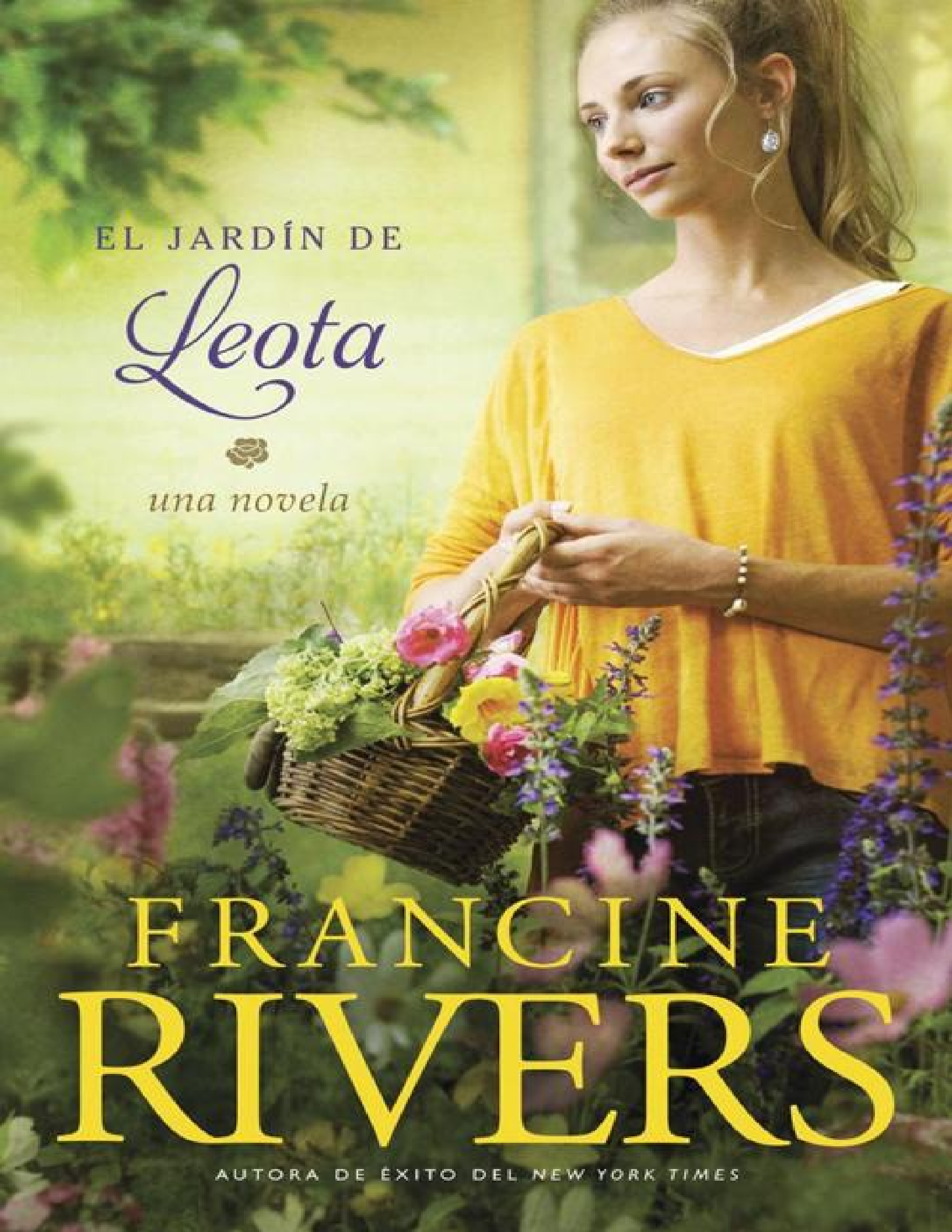
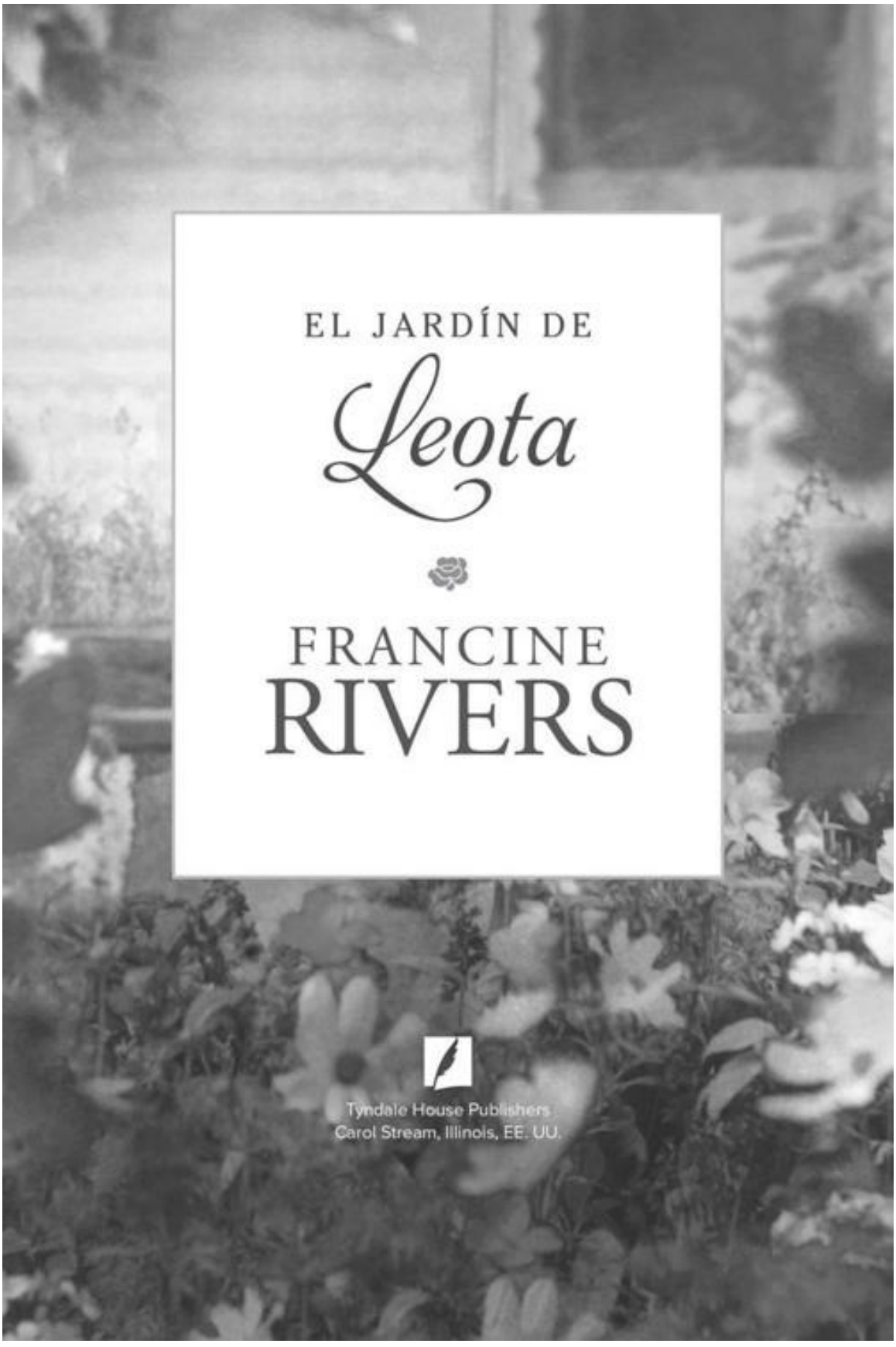

EL JARDÍN DE
Leota
una novela
FRANCINE
RIVERS
AUTORA DE ÉXITO DEL NEW YORK TIMES



EL JARDÍN DE *Leota*

FRANCINE RIVERS

Tyndale House Publishers
Carol Stream, Illinois, EE. UU.

Visite Tyndale en línea: tyndaleespanol.com y BibliaNTV.com.

Visite a Francine Rivers en línea: francinerivers.autortyndale.com.

TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Ministries.

El jardín de Leota © 2021 por Francine Rivers. Todos los derechos reservados.

Originalmente publicado en inglés en el 2013 como Leota's Garden por Tyndale House Publishers, Inc. con ISBN 978-1-4143-7065-1.

Fotografía de la autora © por Elaina Burdo. Todos los derechos reservados.

Diseño: Alberto C. Navata Jr.

Edición en inglés: Karen M. Ball

Traducción al español: Patricia Cabral

Edición en español: Keila Ochoa

Las citas bíblicas han sido tomadas de la Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente, © 2010 Tyndale House Foundation. Usada con permiso de Tyndale House Publishers, 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

El jardín de Leota es una obra de ficción. Donde aparecen personas, eventos, establecimientos, organizaciones o escenarios reales, son usados de manera ficticia. Todos los otros elementos de la novela son producto de la imaginación de la autora.

Para información acerca de descuentos especiales para compras al por mayor, por favor contacte a Tyndale House Publishers a través de espanol@tyndale.com.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

A catalog record for this book is available from the Library of Congress.

ISBN 978-1-4964-4584-1

Build: 2021-10-06 11:01:17 EPUB 3.0

Dedicado a mis abuelas, mujeres de fortaleza y fe...

Martha Wulff

Margaret Eleanor King

Anna Toresia Johnson

Contenido

Agradecimientos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Preguntas para discusión

Acerca de la autora

Agradecimientos

Ningún libro se ha escrito jamás sin la ayuda de muchas personas. Me gustaría agradecer a:

May Sandine por compartir sus recuerdos;

Jim Ruppert y Cyndi Perez del Exchange Bank de Windsor, por responder con paciencia a mis preguntas sobre operaciones bancarias;

Tim Moore y su asistente, Dianne Moore, de Edward D. Jones, en Sebastopol, por la información sobre el mercado de valores;

Rosie Sanchez Wagner de la firma Fred Young y Directores de Funeraria, por responder algunas preguntas sobre temas delicados;

Patricia Rushford por compartir sus conocimientos y experiencia en la asistencia domiciliaria de ancianos. Su libro Caring for Your Elderly Parents (Cuidando a sus padres ancianos) fue inestimable;

y a Karen Ball por alentarme durante la edición.

CAPÍTULO 1

EL CORAZÓN DE COBAN SOLSEK dio un vuelco y se le hizo un nudo en el estómago cuando vio la B en su propuesta de Sociología. La conmoción fue tal, que el calor subió impetuosamente a su rostro, para después retroceder con una fría sensación de ira. ¡Había trabajado mucho para bosquejar el proyecto del trimestre! Había revisado la información y las fuentes que tenía, había repasado los métodos bajo los cuales planeaba exponer sus ideas y había propuesto un programa. ¡Debería haber recibido una A! ¿Qué había pasado? Abrió la carpeta, le echó un vistazo a las páginas perfectamente mecanografiadas y buscó correcciones y comentarios; cualquier cosa que le diera un indicio del porqué no había recibido la nota que él sabía que merecía.

Ni una marca en rojo en ninguna parte. Ningún comentario. Nada.

Ardiendo a fuego lento, Corban abrió bruscamente su cuaderno, escribió la fecha y trató de concentrarse en la clase. El profesor Webster lo miró fijamente varias veces, directamente a él, individualizándolo de entre los otros ciento veinte alumnos que ocupaban las gradas con pupitres. En cada ocasión, Corban se quedó mirándolo unos segundos, antes de bajar la vista y seguir tomando notas. Tenía un gran respeto por el profesor Webster, por lo que le era más difícil aceptar la nota.

Esto lo voy a objetar. No tengo por qué aceptar la nota sin antes pelear. No era una buena propuesta. Era excelente. Él no era un estudiante mediocre. Se comprometía con toda el alma y el corazón en su trabajo y quería tener la certeza de que estaba recibiendo un trato justo. ¿No era eso lo que su padre le había inculcado?

«Tienes que luchar por ti mismo, Cory. No dejes que nadie te trate mal. Si te dan una patada, tú se la devuelves más fuerte. Derríbalos y asegúrate de que no vuelvan a levantarse. No eduqué a mi hijo para que le aguante tonterías a nadie».

Su padre había llegado a lo más alto de una empresa transportista por su arduo trabajo y su férrea determinación. Había pasado por todos los puestos: de camionero a mecánico, de ventas a administración y a gerente general y, finalmente, a ser uno de los dueños de la empresa. Estaba orgulloso de sus logros; sin embargo, se avergonzaba de su falta de educación formal. Nunca pasó del segundo año de la preparatoria. Tuvo que abandonarla para mantener a su madre y a sus hermanos menores después de que su padre muriera de un ataque cardíaco. El mismo tipo de ataque cardíaco que lo mató a él un año después de jubilarse, dejando una viuda rica y dos hijos y una hija con un sustancioso fondo fiduciario.

«Concéntrate en tu objetivo», le decía siempre su padre. «Ve a una buena universidad. A la mejor, si es posible. Aguanta hasta terminarla. No dejes que nada ni nadie se interponga en tu camino. Consíguete un diploma de una universidad de renombre y ya estarás a la mitad de la escalera del éxito antes de tener tu primer empleo».

Corban no aceptaría esta calificación de ninguna manera. Había trabajado demasiado. No era justo.

—¿Tiene algo que decir, señor Solsek? —El profesor Webster lo miraba fijamente desde su podio.

Corban oyó que varios alumnos se reían en voz baja. Se escuchó un crujir de papeles y el rechinar de los pupitres cuando otros voltearon para mirarlo donde estaba sentado, a la mitad de la hilera central.

—¿Disculpe, señor?

—Su lápiz, señor Solsek —dijo el profesor, con las cejas levantadas—. Esta no es una clase de instrumentos de percusión.

El rostro de Corban enrojeció súbitamente cuando se dio cuenta de que había estado golpeteando su lápiz mientras los pensamientos se precipitaban en su mente.

—Disculpe. —Le dio vuelta a la posición adecuada para escribir y dirigió una mirada reprobadora a dos alumnos que hablaban sin parar. Por cierto, ¿cómo habían logrado llegar a Berkley esos dos cabezas huecas?

—¿Estamos listos para continuar, entonces, señor Solsek? —El profesor volvió a mirarlo con una leve sonrisa.

La vergüenza se transformó en ira. El imbécil lo está disfrutando. Ahora, Corban tenía dos motivos para sentirse indignado: la nota injusta y la humillación pública.

—Sí, señor, cuando usted lo esté. —Forzó una sonrisa seca y fingió un desdén relajado.

Al final de la clase, a Corban le dolía el músculo de la mandíbula por la tensión. Sentía como si tuviera un elefante de dos mil kilos sentado sobre su pecho. Se tomó su tiempo para meter el cuaderno en la mochila ya atestada por los libros y dos carpetas. Afortunadamente, los otros alumnos desalojaron el aula magna rápidamente. Solamente dos o tres se detuvieron para hacerle algún comentario al profesor Webster, que ahora estaba borrando el pizarrón. Corban bajó los escalones hacia el podio llevando la carpeta del informe en la mano.

El profesor Webster apiló sus apuntes y los metió en una carpeta.

—¿Tiene alguna pregunta, señor Solsek? —dijo, poniendo la carpeta en su maletín y cerrándolo con un chasquido. Miró a Corban con esos ojos oscuros y astutos.

—Sí, señor. —Le entregó su informe—. Trabajé mucho en esto.

—Se notó.

—No hubo una sola corrección.

—No fue necesario. Lo que tiene ahí está muy bien expuesto.

—Entonces, ¿por qué una B y no una A?

El profesor Webster apoyó una mano sobre el maletín.

—Usted tiene el potencial para un excelente ensayo trimestral, señor Solsek, pero le falta el ingrediente principal.

¿Cómo podía ser? Tanto él como Ruth habían revisado el ensayo antes de entregarlo. Había incluido todo.

—¿Señor?

—El factor humano.

—¿Disculpe?

—El factor humano, señor Solsek.

—Lo escuché, señor. Es que no entiendo a qué se refiere. Todo el ensayo está centrado en el factor humano.

—¿En serio?

Corban reprimió su ira al escuchar el tono sarcástico de Webster. Se obligó a hablar con más calma.

—¿Cómo propondría usted que fuera más evidente, señor? —Quería una A en esta

asignatura; no aceptaría menos que eso. Sociología era su especialidad. Había mantenido el promedio más alto en sus notas durante tres años. No iba a romper ahora ese historial perfecto.

—Un estudio de caso ayudaría.

Corban se puso rojo de ira. Era obvio que el profesor no había leído su ensayo con la suficiente atención.

—Yo incorporé estudios de casos. Aquí, en la página cinco. Y hay más aquí. Página ocho. —Había respaldado todo lo propuesto con estudios de casos. ¿De qué estaba hablando el profesor Webster?

—Recopilados de diversos libros. Sí, lo sé. Leí la documentación, señor Solsek. Lo que falta es un contacto personal con quienes podrían resultar más afectados por los programas que propone.

—¿Se refiere a que encueste a gente en la calle? —No pudo evitar el tono despectivo que se coló en su voz. ¿Cuánto tiempo tardaría en desarrollar el cuestionario adecuado? ¿Cuántos cientos de personas tendría que contactar para que lo respondieran? ¿No era eso trabajo para una tesis? No estaba en la escuela de posgrado. Todavía no.

—No, señor Solsek. Me gustaría verlo desarrollar su propio estudio de caso. Con uno bastaría.

—¿Solo uno, señor? Pero eso...

—Uno, señor Solsek. No tendrá tiempo para más. Agregue el factor humano y conseguirá la A que ambiciona. Estoy seguro de ello.

Corban no estaba del todo seguro de adónde quería llegar el profesor, pero pudo percibir un trasfondo de desaprobación. ¿Sería porque sus personalidades chocaban? ¿Acaso eran ofensivas sus ideas? ¿Cómo podía ser? Si los programas que él proponía se pusieran en práctica alguna vez, resolverían muchísimos de los problemas actuales que tenían los sistemas gubernamentales.

—¿Tiene alguien en su familia que cuadre con el estilo de vida de la situación hipotética que ha presentado, señor Solsek?

—No, señor. —Toda su familia vivía en Connecticut y al norte del estado de Nueva York, demasiado lejos para hacer la cantidad de entrevistas que necesitaba para un ensayo. Además, su familia tenía dinero. Su padre había roto la cadena de mediocridad de la clase media. El ensayo de Corban se enfocaba en una población con dificultades económicas. Nadie de su familia dependía del Seguro Social para sobrevivir. Pensó en su madre, que vivía una parte del año en Suiza con su nuevo marido, un agente de inversiones.

—Bueno, eso plantea un problema, ¿no es así, señor Solsek? —El profesor levantó su maletín de la mesa—. No obstante, estoy seguro de que lo resolverá.



—Deja de quejarte, Cory —dijo Ruth esa tarde en el departamento alquilado que compartían a pocas cuadras de la avenida Universitaria—. Es simple: si quieres una A, haz lo que el profesor Webster quiere que hagas. No te está pidiendo que hagas algo terrible. —Pasándose los dedos por su lacio y corto cabello negro, abrió un gabinete de la pequeña cocina—. ¿Otra vez nos quedamos sin filtros para el café?

—No, hay muchos. Busca en el gabinete junto al fregadero.

—Yo no los puse ahí —dijo ella y cerró la puerta del gabinete donde había estado buscando.

—Yo lo hice. Me pareció más lógico. La cafetera está justo debajo del enchufe. También cambié de lugar las tazas. Están en el estante encima del café y de los filtros.

Ruth suspiró.

—Si me hubiera dado cuenta de lo complicado que eras, lo habría pensado dos veces antes de mudarme a vivir contigo. —Sacó del gabinete una lata de café y un paquete de filtros.

—Un estudio de caso. —Corban golpeteaba con su lápiz—. Es lo único que necesito.

—Una mujer.

—¿Por qué una mujer? —dijo él, frunciendo el ceño.

—Porque las mujeres están más dispuestas a hablar, por eso. —Hizo un gesto—. Y nunca les cuentes a mis amigas «defensoras» que yo dije eso.

—Entonces, que sea una mujer. Está bien. ¿Qué mujer?

—Alguien con quien puedas desarrollar cierta confianza —dijo Ruth, volcando la quinta cucharada colmada de café tostado francés en el recipiente.

—No necesito que se vuelva algo personal.

—Claro que sí. ¿Cómo supones que conseguirás la clase de respuestas que quieres si no te haces amigo de tu sujeto?

—No tengo tiempo para desarrollar una amistad, Ruth.

—No tiene que ser para toda la vida, ¿sabes? Apenas lo suficiente para que termines tu ensayo.

—Tengo unos pocos meses. Eso es todo. Lo único que necesito es alguien que cumpla con mi criterio de selección y esté dispuesto a cooperar.

—Ah, estoy segura de que eso va a impresionar al profesor Webster.

—Entonces, ¿qué propones?

—Es simple: ofrece un incentivo.

—¿Te refieres a dinero?

—No, no dinero. No seas tan lerdo, Cory.

Él se enojaba cuando le hablaba de esa manera condescendiente. Volvió a golpetear con su lápiz y no dijo nada más. Ella se dio vuelta para mirarlo y frunció levemente el ceño.

—No te enojes tanto, Cory. Lo único que tienes que hacer es ofrecer servicios a cambio de información.

Él dejó escapar una carcajada desdeñosa.

—Seguro. ¿Qué clase de servicios podría ofrecer?

Ella miró hacia arriba, fastidiada.

—Odio cuando estás en este estado de ánimo. No puedes ser tan perfeccionista en este mundo. ¡Madre mía! Simplemente, usa tu imaginación. Porque tienes imaginación, ¿verdad?

Su tono de voz le resultó irritante. Se recostó contra el respaldo de su silla y empujó a un costado de la mesa su propuesta, deseando haber tomado un camino distinto en su proyecto. La

posibilidad de tener que hablar con gente lo ponía nervioso, aunque no pensaba confesarle eso a Ruth. Ella estaba estudiando dos licenciaturas a la vez, mercadotecnia y telecomunicaciones. Podía hablar con cualquiera, en cualquier momento y sobre cualquier tema. Desde luego, también la ayudaba que tenía una memoria fotográfica.

—Deja de preocuparte por el tema. —Ruth sacudió la cabeza mientras se servía una taza de café negro—. Ve al supermercado y ayuda a alguna ancianita a llevar las compras a su casa.

—Con la suerte que tengo, pensará que soy un asaltante que quiere su cartera. —Levantó su lápiz y comenzó a golpetearlo nerviosamente—. Será mejor que pase por alguna organización comunitaria.

—Ahí lo tienes. Encontraste una solución. —Se inclinó para besarlo en la boca, le quitó el lápiz y se lo puso detrás de la oreja mientras se erguía—. Sabía que lo resolverías.

—¿Qué hay de la cena? —dijo cuando ella se apartó—. Esta noche te toca cocinar a ti.

—Ay, Cory. No puedo. Disculpa, pero ya sabes cuánto tardo en preparar una comida. Si la preparo, debo hacerlo bien, y tengo que leer doscientas páginas y revisar algunos materiales antes del examen de mañana.

Ni más ni menos que lo que él tenía que hacer la mayoría de las noches.

Se detuvo en la puerta y, apoyándose contra el marco, le regaló una sonrisa encantadora. El cabello oscuro enmarcaba su perfecto rostro ovalado. Sus ojos castaños eran igual de hermosos y su sonrisa era de las que atraían a los anunciantes de pasta dental en los avisos publicitarios. Su piel era perfecta, como la de una dama inglesa. Por no hablar del resto de su cuerpo, del cuello hacia abajo. Ruth Coldwell venía en un paquete muy lindo y era muy inteligente, por no decir ambiciosa.

Una cita fue todo lo que le tomó a Corban para saber que era compatible con él. Aún más después de la segunda cita y la noche apasionada que tuvieron en el departamento de él. Lo volvió loco y llevó sus hormonas a un estado frenético. Un mes después de su primera cita, le costaba concentrarse en su trabajo y se preguntaba qué iba a hacer al respecto. Luego, la providencia le sonrió. Mientras tomaban un café, Ruth se desahogó con él y le confesó sus problemas de dinero. Llorando, dijo que no sabía de dónde sacaría el dinero para finalizar el semestre. Corban propuso que se fuera a vivir con él.

—¿De verdad? —Sus hermosos ojos castaños relucieron con lágrimas—. ¿Lo dices en serio? —Lo hizo sentir como un príncipe azul al rescate de su dama en apuros. El dinero no era un problema para él.

—Claro.

—No sé...

—¿Por qué no? —Una vez que Corban se decidía por algo, solo era cuestión de encontrar la mejor manera de lograr su objetivo.

—Porque no hace tanto que nos conocemos —dijo ella, preocupada.

—¿Qué es lo que no sabes de mí que necesitas saber?

—Ay, Cory. Siento como si te conociera de toda la vida, pero es un paso importante.

—No creo que eso cambie mucho las cosas. Hoy por hoy, pasamos juntos cada minuto libre que tenemos. Dormimos juntos. Ahorraríamos tiempo si viviéramos juntos.

—Esto es algo serio. Es como casarse. Y no estoy lista para eso. No quiero ni pensar en el matrimonio en esta etapa de mi vida. Tengo demasiadas cosas que hacer primero.

La palabra matrimonio lo estremeció. Él tampoco estaba listo para esa clase de compromiso.

—Sin ataduras —había dicho él con seriedad—. Compartiremos los gastos y las tareas por

igual. ¿Qué te parece? —Ahora hizo una mueca al recordar haberlo dicho. Por otro lado, había dicho un montón de cosas para convencerla—. Eso reducirá los gastos de ambos. —Aunque él no tenía problemas de dinero, tuvo la precaución de no herir su orgullo.

Ella se mudó a la tarde siguiente.

Hacía seis meses que vivían juntos y, a veces, él se sorprendía cuestionándose ciertas cosas...

Ruth volvió a entrar a la cocina y se inclinó para besarlo de nuevo.

—Otra vez esa mirada... Sé que me toca cocinar a mí. Es que, a veces, no puedo evitar que las cosas sean así, Cory. La universidad es lo primero. ¿No estuvimos de acuerdo en eso? —Pasó los dedos suavemente por el cabello de su nuca. Su caricia le calentó la sangre—. ¿Por qué no pides comida china?

La última vez que ella había llamado para pedir algo, le había costado a él treinta dólares. El dinero no era lo que le molestaba. Era el principio.

—Creo que saldré a comer pizza.

Ella se enderezó e hizo una mueca.

—Como quieras —dijo y se encogió de hombros.

Sabía que a ella no le gustaba la pizza. Cada vez que él pedía una, ella comía de mala gana, poniendo una servilleta de papel debajo de la porción para que absorbiera la grasa.

—Necesito mi lápiz —dijo mientras ella se dirigía otra vez a la puerta.

—¡Qué gruñón! —Se lo quitó de atrás de la oreja y lo arrojó a la mesa.

Sentado a solas en la cocina, se preguntó cómo podía estar tan loco por alguien y, al mismo tiempo, sentir que las cosas no estaban del todo bien.

Algo estaba mal.

Se pasó una mano por el pelo y se levantó. En este momento no tenía tiempo para pensar en su relación con Ruth. Necesitaba resolver lo que haría con su ensayo. Tomó la guía telefónica, la puso bruscamente sobre la mesa y la abrió en las páginas amarillas. Había una larga lista de organizaciones de beneficencia que ofrecían servicios para adultos mayores. Pasó el resto de la tarde llamando y haciéndoles preguntas, hasta que dio con la única que parecía conveniente para sus propósitos.

—Es maravilloso que esté interesado en hacer un voluntariado, señor Solsek —dijo la señora al otro lado de la línea—. Tenemos muy pocos estudiantes universitarios en nuestras filas. Por supuesto, tendrá que venir a una entrevista en persona, y hay unos formularios que deberá rellenar. También tendrá que hacer un curso de orientación durante un fin de semana. ¿Tiene certificado de reanimación cardiopulmonar?

—No, señora —dijo, reprimiendo su irritación. ¿Una entrevista en persona? ¿Formularios? ¿Cursos de orientación? ¿Solo para ofrecerse como voluntario para llevar a una anciana al banco o a la tienda de comestibles?

Corban tomó nota de la información pertinente y suspiró profundamente. ¡Que lo parta un rayo por meterme en esto, profesor Webster!



—¡No harás semejante cosa, Anne-Lynn! ¿Cómo se te ocurrió algo tan completamente ridículo? —Definitivamente, Nora estaba temblando. Justo cuando pensaba que todo era perfecto, su hija le saboteó sus planes. ¡Bueno, no lo lograría! Todo seguiría su curso, tal como había sido planeado.

—He tratado de decirte lo importante que...

—No voy a escucharte, Annie. —Nora se levantó de la mesa y cuando recogió la taza y el platito, repiquetearon, revelando su falta de control. Hizo un esfuerzo vigoroso por aquietar sus manos y llevó los trastes al fregadero de azulejos de la encimera, donde los dejó con cuidado—. Puedes llamar a Susan y decirle que has recapacitado.

—Mamá, por favor. He pensado mucho en todo esto…

—¡Dije que no! —Nora se negó a mirar a su hija. No quería ver lo pálida que estaba, lo suplicantes que podían ser sus ojos azules. Manipulación emocional, eso era lo que estaba haciendo. No pensaba caer en eso. Esforzándose por mantener la calma, enjuagó la taza y el platito y los puso con cuidado en el escurridor—. Irás a Wellesley. La decisión está tomada.

—Una decisión tuya, mamá. No mía.

Ante el comentario sereno, Nora cerró de un golpe la puerta del lavavajillas y, dándose vuelta, miró furiosa a su hija.

—Alguien debe tener un poco de sentido común. Por una vez en la vida, incluso tu padre estuvo de acuerdo. ¿No fue él quien dijo que el título de una universidad prestigiosa como Wellesley te abrirá las puertas?

—Dijo que ir a la California State University haría lo mismo.

—Ah, Cal. Solo porque él fue ahí.

—Papá dijo que quiere que haga lo que me haga feliz.

El corazón de Nora palpitó fuertemente, con furia. ¡Cómo se atrevía a desarmar todo lo que ella había hecho! Por una sola vez en la vida, ¿no podía pensar en alguien más que en sí mismo? La única razón por la que él insistía en que Annie fuera a Cal era para mantenerla en la Costa Oeste.

—¿Él quiere lo mejor para ti y yo no? ¿Es eso lo que está insinuando? Bueno, ¡se equivoca! Amar significa querer lo mejor para alguien.

—Esto es lo mejor, mamá. Tengo un empleo. Podré valerme por mí misma.

—Como mesera. Ganando el sueldo mínimo. Eres tan ingenua.

—Sé que no viviré con las mismas comodidades que tengo aquí, contigo y con Fred, pero tendré mi propio departamento.

—Compartido con una hippie...

—... y comida y...

—¿Crees que te mandé a los mejores colegios privados para que te dediques a servir mesas? ¿Tienes idea de cuánto costó tu educación? Clases de música, danza, gimnasia, refinamiento, modelaje y los campamentos de porristas. Gasté miles de dólares, por no hablar de las miles de horas de mi tiempo que dediqué para criarte con lo mejor de lo mejor, para que tuvieras las oportunidades que yo nunca tuve. Me sacrifiqué por ti y por tu hermano.

—Mamá, eso no es justo...

—Tienes razón. No es justo. No para mí. No te irás a San Francisco a vivir como una hippie en ese pequeño departamento barato de Susan. No vas a lanzar por la borda tu oportunidad de ir a Wellesley solo para cursar algunas clases de arte. Si tuvieras algún talento de verdad, ¿no crees

que te habría enviado a estudiar a París?

Vio el fugaz gesto de dolor que atravesó el rostro de Annie. Bien. Mejor hacer un corte definitivo y que la realidad fuera clara. Mejor que le doliera un poco ahora, que ver a su hija lanzar por la borda todas sus oportunidades de tener un futuro brillante y próspero. Podría seguir tomando sus absurdas clases de arte como asignaturas electivas.

—Mamá, por favor, escúchame. Hace mucho tiempo que estoy orando por esto, y...

—Anne-Lynn, ¡no te atrevas a volver a hablarme de Dios! ¿Me escuchas? Lo peor que hice en mi vida fue mandarte a ese campamento de la iglesia. ¡No has sido la misma desde entonces!

Los ojos de su hija se llenaron de lágrimas, pero Nora se rehusó a flaquear. No podía, si esperaba ver a su hija superar esta encrucijada. Anne tenía que tomar el buen camino. Nora sabía que, si cedía por un instante, se perderían todas las esperanzas que había tenido para Anne.

—Te amo mucho, Anne-Lynn —dijo, adoptando un tono apaciguador—. Si no fuera así, te dejaría hacer lo que quieres. Confía en mí. Yo sé lo que te conviene. Algún día me lo agradecerás. Ahora, sube a tu cuarto y reflexiona en todas estas cosas. —Al ver que Anne abría la boca para hablar, levantó una mano—. No más palabras, por ahora. Ya me heriste lo suficiente. Ahora, por favor, haz lo que te pedí.

Anne se levantó lentamente y se quedó parada junto a la mesa, con la cabeza agachada. Nora la observó, calculando si tendría que seguir peleando para asegurarse de que Anne no desperdiciara su vida. Era una chica tan hermosa, alta como una modelo, manos perfectas para tocar el piano, sus excelentes notas bastaban para ir a cualquier universidad del país, pero sin un ápice de sentido común. Nora sintió que los ojos le ardían con unas lágrimas contenidas que no se molestó en disimular. ¿Qué cruel ironía era esta? ¿Ahora Anne quería despojarla de todos sus sueños?

—Mamá, tengo que empezar a tomar decisiones por mi cuenta.

Nora apretó los dientes, sintiendo que el abismo se ensanchaba entre ambas.

—Ya que últimamente te gusta tanto la Biblia, deberías buscar la parte en la que habla acerca de honrar a tu padre y a tu madre. Y como tienes un padre ausente, debes honrarme a mí. Ahora, ve a tu cuarto antes de que realmente pierda la paciencia.

Anne se fue en silencio.

Temblando otra vez, Nora se apoyó contra la encimera de la cocina. Su corazón latía como un tambor de guerra. Nunca le había sucedido que Anne se opusiera a los planes que tenía para ella. Tal vez no debería haberse alegrado tanto de que Anne se graduara precozmente de la preparatoria. Eso le había dado tiempo de sobra para pensar en qué otras cosas podía hacer.

Un poco más tranquila, Nora suspiró. Se sentía muy orgullosa de Anne, quien con gran ilusión les contó a sus amigos que se había graduado en enero con un promedio general de 4.0, en realidad más alto que eso, con las pocas clases preuniversitarias que había cursado. Pero ¿cómo podía uno tener un promedio mejor que perfecto?

Debería haber metido a Anne a hacer algo para mantener su mente ocupada. De esa manera, no habría tenido tiempo para ir a visitar a Susan a su departamento ni de pensar en lo magnífica y emocionante que sería una vida independiente y asolada por la pobreza.

«Me mudaré con Susan...».

¡Susan Carter! Esa chica nunca lograría nada. Los Carter eran buena gente, pero no tenían clase. Tom y su trabajo como obrero, y Maryann, con su empleo mal remunerado de enfermera.

Cómo se las arreglaban para alimentar y vestir a seis hijos era algo que superaba el entendimiento de Nora. Era una pena que Tom Carter nunca hubiera sido más ambicioso, como para que Maryann pudiera quedarse en casa y ocuparse de sus hijos. Su hijo, Sam, había ido a parar a la cárcel y Susan era un problema latente.

Nora entró al comedor y sacó de la vitrina de caoba una copa de cristal cortado. Regresó a la cocina, abrió el refrigerador y sacó una botella de Chablis frío. Necesitaba algo para calmar sus nervios. Llenó su copa, volvió a tapar la botella con el corcho y la guardó en su lugar antes de salir a la terraza interior. Se sentó en la reposera blanca de mimbre con sus mullidos almohadones floreados y estiró sus piernas delgadas.

Los viejos resentimientos subieron a la superficie. ¡Qué habría dado Nora por tener las oportunidades que ella estaba dándole a Annie! ¿Y su hija las valoraba? No. Como una niña malcriada, Anne-Lynn quería salirse con la suya. Quería tomar sus propias decisiones. Todavía no había dicho: «Es mi vida y quiero vivirla», pero todo era esencialmente lo mismo.

No lo permitiré. No dejaré que arruine su vida.

Tomó aire por la nariz y lo soltó lentamente para calmarse. Luego, bebió el vino. Necesitaba pensar en Annie y en qué haría si continuaba con este sueño imposible. Todavía quedaba el resto de la primavera y el verano. Anne-Lynn tenía demasiado tiempo libre. Ese era el problema. Bueno, eso se podía resolver con bastante facilidad. Nora se aseguraría de que Annie se comprometiera a hacer algo. Tanto dar tutorías en la escuela secundaria hasta junio y, luego, ayudar en los cursos de verano se vería bien en su currículo.

Le dolía la cabeza. Podía sentir que se acercaba otra migraña. Si Anne volvía a la planta baja, haría que le preparara una compresa fría. Quizás eso le dejaría en claro cuánto afectaba a su madre este estrés.

Ay, ¿por qué Anne-Lynn tenía que rebelarse ahora? ¡Que hubiera cumplido dieciocho años apenas la semana pasada no significaba que estuviera lista para manejar su vida! Susan le metía ideas en la cabeza. O el padre de Anne. Nora tenía muchas ganas de llamarlo y decirle lo que pensaba de su última interferencia. ¡Cal! La gente de clase media iba a Cal. Quizás si él hubiera sugerido Stanford...

Los últimos cuatro años habían sido maravillosos. Anne se había aplicado después de los últimos años turbulentos y emocionalmente exigentes, en los que Nora se había preguntado muchas veces si su hija huiría y viviría en la calle. Anne había destacado en todo; solo una vez le suplicó dejar las clases de ballet y de música. Pero cuando no se lo permitió, siguió adelante con las actividades que ya tenía preparadas para ella. En la escuela, estudiaba y trabajaba mucho, era popular entre los demás alumnos y recibía más que suficientes llamadas de sus admiradores masculinos. Pero Nora solo le había permitido salir con unos pocos. A fin de cuentas, no quería que Anne se casara con algún tipo común y corriente de la zona de la bahía de San Francisco.

Wellesley. Era allí donde Anne-Lynn conocería gente de calidad, donde se relacionaría con alumnos de las universidades prestigiosas y donde se casaría con una persona de la clase adecuada.

¿Por qué quería Anne-Lynn desperdiciar todo eso ahora?

«Hace mucho tiempo que estoy orando por esto...».

Esas palabras resultaban cada vez más irritantes cuando Nora las escuchaba. Bebió el resto del vino y se levantó para servirse otra copa.

Al principio, Nora no había pensado demasiado en la «conversión» de Anne. Lo cierto es que la palabra la exasperaba. Era como una cachetada, como un insulto. ¿Qué creía la chica que era Nora, una pagana? ¿Acaso no había hecho que la familia asistiera regularmente a los servicios de la iglesia? El padre biológico de Anne había sido diácono alguna vez y, aunque Fred no tenía tiempo, ofrendaba generosamente a la iglesia. Nora frunció el ceño, enojada, pensando otra vez en el asunto. Ella había servido muchas veces en los comités femeninos, y llenado bolsas con alimentos enlatados cada vez que había una colecta de alimentos.

Y entonces, de repente, después de un campamento de verano, Anne-Lynn llega a casa y dice: «Mamá, me convertí en cristiana. Acepté a Cristo Jesús como mi Salvador y Señor en el campamento. El pastor Rick me bautizó. Soy muy feliz y quiero que tú también lo seas».

¿Ella se había convertido en cristiana? ¿Qué creía que era antes? ¿Una pagana?

Nora lo dejó pasar. Si bien le pareció una proclamación tonta, empezó a ver con agrado que estaban produciéndose algunos cambios en la actitud y el comportamiento de su hija. Si Anne quería atribuírselo a Jesús, estaba bien. Siempre que cesara la rebeldía y la terquedad, eso era lo único que le importaba a Nora. Anne escuchaba y hacía lo que le decían. Incluso daba las gracias, mantenía su cuarto limpio y ordenado, y se ofrecía para ayudar con las tareas del hogar. Realmente, un cambio bendito, después de varios años de arranques de mal humor preadolescente. Si Anne había regresado del campamento a casa como una jovencita dispuesta a hacer lo que le dijeran, pues bien, gracias a Dios por eso.

Solo algunas veces, Nora veía en su hija el asomo de una expresión que indicaba que estaba atrapada en una especie de lucha interna.

En los últimos años, todo había sido maravilloso. Anne se había convertido en la hija que Nora siempre había soñado. Todas las amigas de Nora la envidiaban por la hija realizada y encantadora que tenía, especialmente cuando sus propias hijas eran respondonas, experimentaban con drogas, salían con chicos a escondidas, se escapaban de la casa o quedaban embarazadas y tenían que abortar.

Anne era perfecta.

Anne era su orgullo y su deleite.

Y no la dejaría cometer ningún tipo de error tonto.



En su luminoso cuarto de la planta alta, Annie estaba sentada en la cama, con las piernas cruzadas, bajo el dosel de encaje y croché. Apretando contra su pecho un almohadón de satén rosado, trataba de contener las lágrimas que corrían por sus mejillas. ¿Por qué su madre siempre tenía que hacerla sentir tan culpable? Por más que se esforzara e hiciera las cosas lo mejor posible, nunca era suficiente. Un error, una idea fuera de tono de lo que su madre deseaba bastaban para que le recordara cuán desagradecida, rebelde, terca y tonta era. Cuando las palabras no eran suficientemente fuertes para controlarla, una migraña aparecía con mucha fuerza. Su madre probablemente estaba abajo en este momento, consintiéndose con una copa de vino blanco y una compresa fría, tendida en la reposera de la terraza interior.

Y es mi culpa, pensó Annie, sintiéndose desesperada. Cada vez que trato de independizarme, sucede esto. ¿Cuándo se terminará?

Oh, Señor, tú sabes cuánto me esfuerzo por tomar cautivo todo pensamiento y fijar los ojos en ti. Mamá sabe cómo provocarme. ¿Por qué es así? Jesús, tú sabes que he tratado de comprender a mi madre, de complacerla, pero nada es suficiente jamás. Peor aún, ya nada tenía sentido. Su madre se quejaba del dinero que había gastado en Annie, pero no le permitía conseguir un empleo ni vivir sola. Ella es la que insiste en que vaya a Wellesley. Tú sabes cuánto cuesta eso, Señor. Yo no puedo ir mientras sienta que me impulsas a estudiar arte, pero mamá no quiere escucharme. Señor, dijo que Susan le caía bien, pero ahora está diciendo que es una hippie y que no es suficientemente buena para ser mi compañera de departamento. ¿Cómo podía decir su madre que estaba orgullosa de los logros académicos de Anne y, al minuto siguiente, decirle que era tonta e incapaz de tomar decisiones sobre su propia vida?

«Ya que últimamente te gusta tanto la Biblia, deberías buscar la parte en la que habla de honrar a tu padre y a tu madre».

¿Honrar implicaba hacer todo lo que le dijeran, sin hacer preguntas? ¿Significaba rendirse inmediatamente? ¿Quería decir que debía renunciar a sí misma para hacer realidad los sueños de otra persona, independientemente de cuáles fueran esos sueños?

Annie sabía que si iba a Wellesley como su madre quería, los planes para su futuro no terminarían ahí. Mamá la llamaría y le preguntaría con quién salía, si el joven tenía «potencial». Desde luego, eso quería decir que tuviera notas altas en los exámenes, calificaciones excelentes y una especialización que le garantizara una profesión económicamente próspera. Derecho. Medicina. Negocios. Su madre querría saber si el joven tenía «buenos antecedentes». Un descendiente de algún pasajero del Mayflower. Alguien con un buen árbol genealógico. Una persona cuyos padres fueran ricos de toda la vida y gozaran de un alto prestigio social.

Negó con la cabeza. Mamá podía ser de mentalidad abierta. No le molestaría que su hija saliera con un descendiente de inmigrantes, siempre y cuando su familia fuera muy respetada y reconocida.

¿Un Kennedy, quizás?

La culpa la avasalló. Estaba siendo irracional. Su madre no era tan mala.

¿Me estoy volviendo como ella, Señor? Cuando me despegue de su lado, ¿les haré a mis hijos lo que ella me está haciendo a mí? ¿O algún día perderé la razón y terminaré diciéndoles: «Yo no

tuve ninguna libertad, así que ustedes pueden hacer lo que quieran»? Ay, Padre, perdóname, pero estoy empezando a odiarla.

Lo último que deseaba Anne era dejarse dominar por la ira y la amargura, ¡pero esto era tan frustrante! Su madre ni siquiera quería escucharla. Y la cosa no hacía más que empeorar. Pensé que podría crecer e irme de casa, valerme por mí misma, pero es como si me tuviera atrapada en sus garras. Cuanto más forcejeo, más me lastima.

—Dios, ayúdame... por favor.

Honrar. ¿Qué significaba eso?

Tal vez si iba a Wellesley...

No, eso apenas demoraría lo inevitable. Aunque fuera a Wellesley, igual tendría que escuchar cuánto había sacrificado su madre por su futuro. Y si no iba a Wellesley, nunca dejaría de escuchar cuán ingrata había sido por la oportunidad que había desperdiciado.

Señor, estoy en un dilema sin salida. ¿Qué hago?

En cualquier dirección que Annie mirara, se sentía bloqueada. Como un ternero que huye de la manada, solo para ser alcanzado por el arriero y atrapado con un lazo. La fragua estaba encendida y el hierro ardía al rojo vivo, pero no era el nombre de Dios el que su madre quería marcar en su carne. «Propiedad de Nora Gaines», eso era lo que ella quería. Sin embargo, ¿se conformaría con eso?

Nada de lo que ella hacía estaba bien, a menos que lo hiciera como su madre quería. «Vuelve al corral, Annie. Sé lo que estás destinada a ser y me aseguraré que suceda». Pero ¿lo sabía? ¿Qué era lo que realmente quería su madre?

No sé qué hacer, Señor. Siento que Tú me llevas en una dirección, y que mamá me arrastra hacia el lado opuesto. ¿Cómo puedo desengancharme para hacer Tu voluntad sin lastimarla? ¿Por qué no puede soltarme?

Annie quería amar a su madre como debía hacerlo una hija, pero cada vez le costaba más. Apenas toleraba estar con ella en la misma habitación. Si no hubiera subido, habría explotado diciéndole palabras que luego habría lamentado. Mantuvo la cabeza agachada para que su madre no viera sus sentimientos. Se mordió la lengua porque sabía que, si se le escapaba una sola palabra, sería como incendiar un pastizal. Tuvo que apretar los puños para no levantarlos y gritarle: «¡Sal de mi vida, madre! ¡Nada te satisface jamás! Estoy harta de vivir así. ¿Por qué no te consigues tú una vida propia para que yo pueda vivir la mía?».

Las palabras incandescentes habrían salido como lava de su boca, arrasando el paisaje de la relación que tenía con su madre, y habrían calcinado todo. Ciertas cosas que Annie sabía sobre su madre, cosas que desearía no saber. Una de ellas era que Nora Gaines sabía guardar rencor. Tenía una lista de las heridas que había sufrido a lo largo de toda su vida. Y de quién las había causado. Nunca olvidaba nada, jamás perdonaba. El pasado era como artillería pesada, guardada en una caja, esperando. Y era rápida para cargar y disparar. Annie sabía el nombre de cada persona que había lastimado a su madre y cómo lo había hecho. Nora Gaines se aseguró de ello.

A veces, la culpa de las transgresiones del pasado se derramaba sobre la cabeza de Annie y empezaban las letanías.

«Eres igual que tu padre. Nunca tuvo suficiente sentido común como para pensar en el futuro... Eres igualita a tu padre, te la pasas soñando todo el tiempo. Eres como él...».

O peor.

«Eres igual a tu abuelita Leota; siempre pensando en ti misma. Nunca te importan los sentimientos de los demás… Mi madre nunca tuvo tiempo para mí. Mira cuánto tiempo te he dedicado a ti. Nunca fui amada como tú... Mi madre nunca me regaló nada. Tuve que irme sola a los dieciocho años y hacer mi propio camino... Siempre quise asegurarme de que tuvieras las mejores oportunidades. Me aseguré de que tuvieras todo lo que nunca tuve».

Annie no recordaba que su madre hubiera dicho al menos una vez algo bueno sobre su propia madre, Leota Reinhardt. Y eso le generaba dudas. ¿Era la abuelita Leota la culpable de que su madre fuera así?

No había manera de evaluar causa y efecto porque Annie solo conocía la versión de su madre. Nunca había escuchado que la abuelita Leota hablara mucho sobre nada. De hecho, Annie rara vez veía a la abuelita Leota. Aunque su abuelita vivía en las colinas de Oakland, Annie podía contar con las dos manos las veces que la habían llevado a visitarla. Y, tan pronto como llegaba con su familia, les ordenaban a Annie y a Michael que salieran a jugar al patio para que los adultos pudieran hablar.

Frunció el ceño. Nunca había sido su abuelita quien los mandaba afuera.

A su madre siempre le dolía la cabeza al rato de llegar a la casa de la abuelita Leota, por lo que nunca se quedaban más de una o dos horas. De regreso a casa, mamá, furiosa, hacía una lista de los defectos de la abuelita.

Una vez, cuando sus padres aún estaban casados, Annie escuchó a su padre decir que Leota le agradaba. Fue una sola vez. Lanzó las palabras como un desafío. A ello le sobrevino una batalla feroz, larga y escandalosa, con portazos y vidrios rotos. El recuerdo de esa noche había quedado grabado de manera permanente en el cerebro de Annie. Un recuerdo de acusaciones mutuas y atroces. Seis meses después, los padres de Annie solicitaron el divorcio. A sus tiernos ocho años, Annie supo que no le convenía mencionar a la abuelita Leota ni hacer preguntas sobre ella.

Acostada en su cama, Annie miraba hacia arriba a través del dosel tejido a croché que había sido un obsequio de su décimo cuarto cumpleaños. Su madre había organizado una fiesta llena de amigos de la escuela, del ballet y de la gimnasia. Ese día, la casa se llenó de gente. Su madre se aseguró de que abriera el regalo de ella al final, luego de lo cual procedió a decirle a todo el mundo cómo había visto el dosel en una revista de diseño de interiores y llamó a la editorial, quienes la pusieron en contacto con la empresa.

—Lo hice traer desde Bélgica.

Todos exclamaron «oohh» y «aahh» al verla. Una amiga le susurró al oído: «Ojalá mi madre me comprara algo así».

Annie recordó que había deseado poder devolver el dosel a su caja envuelta profesionalmente, con sus enormes moños de seda y sus flores y regalárselo a la niña, junto con sus mejores deseos. Tenía ganas de gritar: «¡Yo no pedí esto! Lo usará en mi contra. La próxima vez que me atreva a contradecirla, dirá: “¿Cómo puedes ser tan desagradecida? Yo te compré ese hermoso dosel. Tuve que hacer una llamada de larga distancia a esa revista y esperar una eternidad, solo para averiguar de dónde provenía. Y luego tuve que escribir a la empresa en

Bélgica. ¿Tienes alguna idea de cuánto cuesta ese dosel? De niña, habría dado cualquier cosa por tener algo tan precioso en mi monótono cuarto. Y ahora, tú no quieres hacer ni lo más sencillo que te pido”».

Algo se movió dentro de Annie, una sutil tibieza, el más simple destello de luz. Apenas una chispa, pero fue como si un fósforo iluminara una habitación a oscuras. Pudo ver con claridad, y un escalofrío la recorrió.

Ay, Dios... ay, Dios. Estoy acostada aquí en mi cama, igual que mamá está tendida en su reposera, allá abajo. Me entrego a mis quejas de la misma forma que ella alimenta las suyas. Desprecio lo que hace, y yo me estoy volviendo como ella.

Annie se incorporó, su corazón latía con fuerza. No puedo quedarme aquí. No puedo seguir así. Si lo hago, terminaré odiando a mi madre como ella odia a la suya. Señor, no puedo vivir de esa manera.

Se deslizó fuera de la cama y fue a su guardarropa. Abrió las puertas corredizas con espejos, se estiró hasta el estante alto y bajó su maleta. Abrió los cajones de su cómoda, sacó solamente lo que necesitaba y lo empacó apresuradamente. Tenía lo suficiente para arreglárselas hasta que estuviera instalada con Susan. Tomó su Biblia de la mesita de noche y la puso encima de su ropa. Cerró la maleta con llave.

¿Debía hablar con su madre? No, no se atrevía a correr ese riesgo. Sabía la escena que provocaría si la confrontaba. Se sentó en su escritorio, abrió un cajón lateral y sacó la caja con los bonitos papeles para correspondencia. Se quedó sentada un largo rato, pensando. Dijera lo que dijera, no cambiaría la mentalidad de su madre. Secándose los ojos y restregándose la nariz, Annie apretó fuertemente los labios. Señor... Señor... No sabía qué decir en su oración. No sabía si estaba haciendo bien o mal.

Honra.

¿Qué significaba eso, al fin y al cabo?

Mamá, escribió: estoy agradecida por todo lo que has hecho por mí. Se quedó en silencio un rato largo, tratando de pensar qué más decir para que el golpe no fuera tan duro para su madre. No se le ocurrió nada. Nada serviría. Lo único que podía imaginar era la ira. Te amo, escribió finalmente y la firmó: Annie.

Dejó la nota en medio de su cama.



Nora escuchó una vez el crujido de la escalera y supo que Annie estaba bajando. Eso es bueno. Ha tenido tiempo para pensar las cosas. Nora se relajó en la reposera, presionó la compresa tibia sobre sus ojos y esperó que su hija viniera a pedirle perdón.

La puerta delantera se abrió y se cerró.

Sorprendida e irritada, Nora se incorporó.

—¿Annie?

Enfadada, arrojó la compresa al piso y se levantó. Fue a la sala de estar y la llamó otra vez. Probablemente, Annie había salido a caminar, enfurruñada. Ya volvería, con un humor un poco más maleable. Siempre lo hacía. Pero le fastidiaba que la hiciera esperar. La paciencia no era una de las virtudes de Nora. Le gustaba resolver las cosas lo más rápido posible y no le gustaba preocuparse y andar preguntándose que estaría pensando y haciendo Annie. Quería saber dónde estaba y qué le estaba pasando por la mente.

¿Por qué está siendo tan difícil? ¡Solo estoy haciendo lo mejor para ella!

Al entrar a la sala, vio a Annie a través de las cortinas de satín del ventanal. Su hija estaba metiendo una maleta en el baúl del carro nuevo que su padre le había obsequiado por su graduación. Estupefacta, Nora se quedó mirando a Annie, quien cerró de golpe el baúl, caminó hasta la puerta del conductor, la abrió y se metió en el carro.

¿Adónde cree que va? Nunca debe salir sin pedir permiso.

Mientras Annie se alejaba por la calle, dos emociones atacaron a Nora al mismo tiempo: una furia candente y un pánico helado. Corrió a la puerta, la abrió de par en par y salió a toda prisa.

—¡Annie!

Nora Gaines se quedó parada sobre el césped impecable del frente de su casa, contemplando las luces traseras del carro de su hija, que destellaron una vez cuando se detuvo fugazmente en la esquina para luego girar a la derecha y perderse de vista.

CAPÍTULO 2

LEOTA REINHARDT LAVÓ Y enjuagó su plato Fiesta verde para queso, el tenedor y el cuchillo, y los dejó secar al aire en el soporte plástico sobre la encimera del fregadero. La casa estaba silenciosa; las ventanas, cerradas. Solía dejarlas abiertas toda la primavera porque le encantaba el sonido de los pájaros y el olor del aire puro y perfumado por las flores que entraba desde su jardín trasero. Pero, en los últimos años, el jardín había quedado abandonado porque la artritis la mantenía cautiva adentro. Sacó el tapón del fregadero y se miró las manos nudosas mientras el agua tibia y espumosa se escurría.

Así como el tiempo se está escurriendo. A sus ochenta y cuatro años, sabía que no le quedaba mucho. La tristeza la abrumó, una soledad que parecía profundizarse con los largos días y noches de espera.

Una puerta se cerró de golpe; Leota levantó la cabeza y vio a los tres niños apenas asomados a la astillada cerca pintada de blanco que daba al lado oeste. La casa de al lado estaba tan cerca que podría hablar con sus vecinos si los conociera, lo cual ya no era así. Todos los vecinos que conoció alguna vez ya no estaban. Se habían mudado o, quizás, habían muerto mucho tiempo atrás. La casa del lado oeste ahora estaba ocupada por una joven de raza negra con tres hijos: un niño de unos nueve años y dos niñitas de, tal vez, siete y cinco. Leota era la última habitante de las familias originales que compraron estas casas poco antes de la Segunda Guerra Mundial. Los padres de su esposo habían comprado la casa cuando era nueva. Recordó fugazmente esos tiempos turbulentos cuando Bernard se fue a la guerra y ella se mudó a vivir con «mamá y papá», trayendo consigo a sus dos hijos pequeños. Jorge acababa de cumplir tres años y Eleonora recién empezaba a caminar y a interesarse por todo.

Cuando Bernard volvió a casa como un hombre distinto, mamá y papá insistieron en que se quedaran con ellos. Veían el quebrantamiento en él, y Leota se dio cuenta de que no tenía opciones. Durante un tiempo, vivieron todos juntos y civilizadamente, si no es que felices, hasta que el garaje fue ampliado y papá y Bernard lo convirtieron en un departamento de un dormitorio, con una sala de estar y ventanas que daban al jardín. Qué amargos fueron esos años.

Las cosas mejoraron cuando mamá y papá les dejaron la casa «grande» a ellos y se mudaron a la vivienda más pequeña. Luego, papá murió pocas semanas después de un ataque al corazón y mamá lo sobrevivió trece años más. No fue sino hasta los últimos años de mamá cuando, finalmente, Leota sintió que habían hecho las paces.

—Te juzgué mal. —El acento de mamá era evidente, aun después de tantos años de vivir en Estados Unidos. Se había esforzado por quitárselo, pero, a medida que se acercaba a su muerte, lo había recuperado; quizás, como si su mente estuviera regresando a su infancia en Europa. Cuando Leota se agachó para arroparla con su colcha, mamá le acarició la mejilla, sus ojos azules legañosos llenos de lágrimas—. Has sido buena con mi familia, Leota. —Palabras amables después de tantos años de malentendidos. Mamá murió una semana después.

A Leota le resultó extraño recordar aquellas palabras en este momento mientras observaba a los tres niños vecinos bajar solemnemente los escalones traseros y cruzar el patio. El niño llevaba una pala pequeña; la niña mayor, una caja de zapatos. La más pequeña lloraba, sumamente

desdichada. Ninguno habló mientras el niño cavó un hueco. Apenas dejó la pala a un costado, su madre salió por la puerta de atrás. Se acercó a ellos y les dijo unas pocas palabras; a continuación, extendió la mano con un trozo cuadrado de un bonito algodón floreado. La niña más grande lo agarró y se arrodilló en el suelo mientras la más pequeña sacó algo flácido de la caja. Un gorrión muerto. La madre tomó la caja vacía, regresó hasta el bote de la basura y la arrojó en él mientras la pequeña envolvía el diminuto pajarito con el algodón bonito. Luego, lo puso tiernamente en su diminuta sepultura. El himno que cantaron desencadenó los recuerdos de Leota de los servicios religiosos de tanto tiempo atrás: «Roca eterna»...

Pero ¿qué le estaban haciendo a la canción, agregándole trinos y gorjeos? ¿Por qué no podían cantarla simplemente como había sido compuesta?

Cuando la primera palada de tierra cayó como una lluvia delicada sobre el agujero, la niña pequeña se levantó de un brinco, corrió hacia su madre y se aferró a su larga falda con estampado de cebra. La mujer la alzó y la abrazó; regresando a la casa mientras el niño terminaba el entierro.

Tanta pompa y ceremonia, tantas lágrimas por un simple gorrión.

Oh, Señor misericordioso, ¿le importará a alguien que yo ya no esté? ¿Alguien derramará aunque sea una lágrima? ¿O quedaré tendida y muerta en esta casa durante incontables días, hasta que el hedor de mi cuerpo en descomposición haga que alguien venga a verme? Se había esforzado tanto por mantener unida a su familia y había fracasado en todos sus intentos.

La niña mayor pasó una mano a través de la cerca de Leota y arrancó algunos narcisos, voluntarios que se habían aclimatado de siembras de mucho tiempo atrás. Leota quería abrir la ventana y gritarle que alejara sus manos ladronas de las pocas flores que le quedaban en el jardín, pero, tan pronto como apareció el enojo, se disipó. ¿Qué importancia tenía? ¿Acaso podría la niña volver a unir los tallos rotos? Contempló a la niña mientras ponía las flores en la tumba nueva, la última ofrenda de amor al difunto pájaro. Cuando la niña se dio vuelta, vio a Leota en el marco de la ventana de la cocina. La niña soltó un sollozo sobresaltado, echó a correr por el jardín, subió aprisa los escalones y desapareció adentro. La puerta se cerró de golpe detrás de ella.

Leota pestañeó, profundamente dolida. La expresión del rostro de esa niña fue como una bofetada en el suyo. No había sido la culpa de haber sido atrapada robando dos narcisos lo que hizo huir tan rápido a la niña. Había sido el miedo.

¿Me he convertido en la bruja de un cuento de hadas? ¿Por qué otra razón tendría semejante expresión la pobrecita, si no creyera haber visto una bruja vieja y horrible que podría hacerle daño?

Las lágrimas hormigueaban en los ojos de Leota y nublaban su vista. Le dolía el corazón.

Dios, ¿qué hice para que las cosas terminen tan tristemente? Siempre amé a los niños. A mis hijos, más que a ninguno. Todavía los amo.

Sin embargo, Eleonora la llamaba de vez en cuando y se las ingeniaba para visitarla apenas un par de veces al año. Nunca se quedaba más de una hora y la mayor parte del tiempo lo pasaba mirando por la ventana, temerosa de que algún vándalo robara las llantas de su Lincoln. ¿O era

un Lexus? Y Jorge estaba siempre muy ocupado para visitarla, demasiado ocupado para llamar o escribir.

Leota se apartó del fregadero de la cocina y caminó unos pasos hasta la mesa que había junto a la ventana trasera. Apoyándose, se sentó despacio, haciendo una mueca por el dolor de sus rodillas. El vidrio estaba manchado por las lluvias caídas durante años, que arrastraban polvo y mugre de los canalones obstruidos del techo. La última vez que se había subido a la escalera para limpiarlas había sido hace diez años; la última vez que había limpiado los vidrios había sido durante la primavera pasada. Al día siguiente llovió, y no volvió a limpiarlos después de eso.

Del otro lado de esa ventana opaca, estaba su jardín, abandonado desde mucho tiempo atrás: su lugar de retiro y renovación. Ahora se limitaba a mirarlo: le dolía demasiado ver que las rosas descuidadas crecían enredadas, los arbustos que alguna vez habían sido moldeados con tanto esmero estaban indisciplinados. La maleza asomaba por todas partes, ahogando a las flores. El césped estaba seco en algunas áreas y demasiado crecido en otras. Las macetas seguían alineadas sobre el muro de contención de ladrillos, pero las preciadas plantas compradas con el dinero que tanto le había costado ganar estaban muertas, algunas secas por el calor de los meses de verano y otras, ahogadas por las lluvias invernales. Las cerezas que habían caído el año anterior se habían podrido en el patiecito, dejando manchas como gotas de sangre seca. Oh, y su encantadora glicinia lavanda y púrpura...

Leota cerró los ojos para aplacar el dolor. La glicinia estaba creciendo de manera salvaje, los brotes retorcidos se habían entrelazado y engrosado hasta quebrar la celosía sobrecargada, que ahora estaba caída y bloqueaba la verja hacia la huerta, la cual alguna vez había producido lo suficiente para alimentar a su familia y a los vecinos. Ahora, no daba más que flores de mostaza y algodoncillo, y unos diminutos árboles de damascos, cuyos frutos habían caído y se habían podrido en la tierra.

Flexionando lentamente los dedos, Leota se estiró para agarrar el periódico, retiró la bandita elástica azul y la puso en un envase de plástico de margarina vacío. Todas esas absurdas banditas elásticas, una por cada día de cada año que había leído el Oakland Tribune. ¿Qué iba a hacer con todo eso? ¿Qué haría con las pilas de envases plásticos de margarina guardados en la despensa? ¿Y con las tarteras de aluminio? ¿Y con las revistas? Gracias a Dios, las suscripciones a las revistas habían vencido y ya no seguían llegando. Ahora existía un flagelo del demonio llamado correo basura.

Aunque estaba interesada en leer el periódico, Leota decidió que un vistazo sería suficiente. ¿De qué le serviría a ella leer detalles de cómo el mundo, en general, se iba al infierno? Iraq y ese lunático. Los países soviéticos disidentes, con sus armas nucleares y sus ánimos caldeados. Japón y China, con sus viejos resentimientos. En cuanto a las noticias locales, sabía que Oakland superaba sus propias estadísticas de asesinatos, caos y corrupción gubernamental. ¿Y los editoriales? Lo mismo de siempre, año tras año. ¿Para qué leerlos? ¡La última vez que leyó una página entera, había discusiones encendidas sobre los pros y los contras de enseñarles el lenguaje afroamericano vernacular a los niños de los barrios pobres de la ciudad! ¿Por qué no podían aprender el inglés correcto? Recordó cuánto había practicado el idioma Mamá Reinhardt, aunque nunca tuvo la intención de trabajar fuera de su casa. Y papá, quien sí había logrado aprender bien el inglés, solo trabajó hasta los años de la guerra; luego, el miedo y la desconfianza lo dejaron sin empleo.

No, no necesitaba leer la primera plana para saber que el mundo no había cambiado mucho a lo largo de su vida. Si quería detalles, podía verlos a todo color en alguno de los noticieros que

daban entre las cuatro de la tarde y las once de la noche. De vez en cuando los veía: la misma matanza repetida hora tras hora. Ya no era necesario salir a curiosear. Si lo prefería, se podía ver una secuencia verdadera desde la ventanilla de un patrullero policial. Y en cuanto a las guerras, bastaba con mirar CNN un buen rato. Y nada era demasiado desagradable ni perverso que no pudiera ser discutido abiertamente en una gran cantidad de programas de debates.

—Y no empecemos con las telecomedias —le murmuró al silencio. Políticamente correcto no era más que otra manera de decir todo vale, por más pervertido que sea. Y toda esa charla insustancial sobre las celebridades, de las que no conocía a la mayoría.

Señor, ¿por qué no me llevas a casa de una vez? Estoy cansada. Sufro. Estoy hastiada de ver lo que pasa en el mundo. La cosa está empeorando. No le sirvo a nadie. Me he convertido en una bruja vieja y malhumorada que aterra a los hijos de los vecinos. Las personas que amo tienen que vivir su propia vida. ¿No es ese el nombre de una telenovela?

Eso era algo que se había jurado que nunca haría. Mirar telenovelas. Pero estaba entrando en la desesperación. A veces, encendía el televisor nada más que para escuchar el sonido de otra voz humana.

Encontró las secciones del periódico que quería: las historietas y Querida Abby. Había leído los consejos de la columna durante tanto tiempo que sabía exactamente qué clase de consejos daría. Había analizado todo tipo de problemas imaginables, y estaba segura de que muchos de ellos los había inventado la gente.

No hay nada nuevo bajo el sol. A veces se sentía como una mirona o una voyerista que se dedicaba a no perder de vista la vida privada de los demás. En fin... ¿por qué no? Ya no tenía vida propia. Cualquiera que mirara a través de su ventana, se moriría de aburrimiento. Se rio entre dientes. Casi podía escucharlos ahora mismo. «¿Qué está haciendo esa vieja? Sentada junto a la mesa del rincón; ahora sentada frente a su televisor; ahora sentada en el baño; ahora acostada en su cama sin pegar un ojo porque se la pasó durmiendo casi todo el día en su sillón».

En algún programa de entrevistas había escuchado que las personas debían ejercitar la mente. Como ya no podía hacer ejercicio físico, suponía que bien podía hacer el intento de rodar las canicas de su cabeza. Por lo tanto, ahora era aficionada a los crucigramas y estudiaba alemán con un libro que Bernard le había comprado al poco tiempo de casarse. Qué pena que no había empezado antes. Le habría facilitado la relación con Mamá Reinhardt. Como sea, todavía trataba de mantener la mente ocupada. Lo último que deseaba era desarrollar una demencia senil o Alzheimer. Que el cielo la ayudara si algún día salía de su casa a deambular por las calles de Oakland, en busca de quién sabe qué. Se perdería en cualquier esquina. Terminaría durmiendo en algún portal. Eleonora y Jorge recibirían una llamada diciendo que habían encontrado a su vieja y loca madre durmiendo en una banca del parque.

Quizás eso lograría llamar su atención.

A una amiga suya que fue compañera de sus días de trabajo, sus hijos la habían llevado a vivir a Chicago. Cosma Lundstrom le escribió que un día soleado había salido a caminar por placer y estuvo a punto de morir congelada en un portal, antes que sus hijos frenéticos la encontraran. La carta que le escribió a Leota sobre el episodio decía:

El sol había salido, pero luego se levantó el viento. Me habían hablado del viento (siendo que esta es la «Ciudad de los vientos»), pero nunca esperé que refrescara tanto. Me senté y no pude levantarme. Esa escalera de la entrada estaba tan fría que bien podría haber sido un banco de metal en el Polo Sur. Creo que se me congeló el trasero por esa maldita cosa. Y después, los dientes postizos se me pegaron, así que ni siquiera podía pedir ayuda. Supongo que todos los que pasaban por ahí creían que la estaba pasando más que bien, sentada, sonriente, ¡cuando la realidad era que tenía los labios congelados y pegados a las encías!

Cómo se había reído con esa carta. Cosma siempre escribía cosas graciosas. Una vez había hecho un viaje a Arizona con otros jubilados y, al regresar, le escribió para contarle que la temperatura alcanzaba los cuarenta y siete grados, con una sensación térmica de menos doce.

Dijeron que era más barato ir en el verano. ¡Ahora entiendo por qué! Tenía tanto calor que compré un traje de baño y no me importó quién viera mis piernas vetustas y arrugadas. No sirvió de nada. ¿Por qué diablos querría alguien calentar una piscina en Arizona?

Un año, la tarjeta navideña que Leota le envió a Cosma regresó con la dirección tachada por una línea. Alguien había escrito Fallecida en letras grandes y había una mano estampada con tinta señalando que la carta regresara al remitente.

Fallecida.

Una amistad de cincuenta años había terminado. Como si nada.

Fallecida.

Qué palabra tan fría e insensible. No iba con la mujer llena de vida y risas y comentarios sagaces. Cosma había sido un regalo de Dios durante los años en que Leota trabajaba y mamá y papá aún vivían. Ella y Cosma tenían el mismo jefe, un hombre bondadoso que tenía dos hijos sirviendo en el Pacífico y que ponía empeño en contratar a las esposas de los soldados. Ambas jóvenes, ambas con maridos que estaban en el frente, Leota y su nueva amiga tenían mucho en común. Cosma siempre era la que escuchaba sus penas y le daba consejos sanos sobre Mamá Reinhardt, que ella a menudo seguía.

Los ojos de Leota se llenaron de lágrimas. Ay, Señor, cómo extraño a Cosma. No tengo a nadie más. El enfisema debe habérsela llevado. Siempre le dije que fumar no era bueno para nadie. Pero ella tenía que empezar, pensaba que la hacía verse elegante. Negó con la cabeza. Cosma apenas había vivido un año en Chicago, cuando sus hijos tuvieron que trasladarla a un asilo. «Mi botella de oxígeno y yo tenemos nuevos aposentos», había bromeado en una carta. «¿Recuerdas cómo solíamos caminar alrededor del lago Merritt después del trabajo y, cuando terminábamos, estábamos frescas como unas margaritas? Ahora, lo único que puedo caminar es de mi sillón hasta el baño. El máximo ejercicio que consigo hacer es escribir cartas. Mientras mis dedos sirvan para andar y caminar, puedo arreglármelas».

Ah, cómo se divertían cuando eran jóvenes e iban juntas al cine. Habían ido varias veces al local de recreación de las Fuerzas Armadas para moverse al ritmo de Glenn Miller y Harry James

con los soldados que estaban de franco, y de regreso a casa lloraban porque parecía que la guerra nunca acabaría y que sus propios esposos no volverían.

Sin embargo, mientras Leota se preocupaba por lo que podría pasar si Bernard moría en la guerra, Cosma enfrentaba la vida como un torero. Y la vida la corneó cruelmente cuando los soldados llegaron a su puerta con la noticia de que Jeremy, su primer esposo, había muerto en el campo de batalla en Guadalcanal.

Cosma conoció a su segundo marido, Alfred Lundstrom, un marino guapo de ojos azules, oriundo de Minnesota, quien había regresado al país para recuperarse de una herida recibida en el Pacífico Sur. Se casaron al mes de su primera cita, poco antes de que él se reincorporara a su unidad. Alfred volvió sano y salvo. Recogió a Cosma y se la llevó a vivir al noreste de Minnesota. «¡Esta chica de ciudad está ordeñando vacas!», le escribió en una carta. Se quedaron el tiempo suficiente para tener a su primer hijo, y después regresaron a California.

Cuando Leota se enteró de los planes que tenían, se llenó de ilusiones de que terminaran viviendo en la zona de la Bahía de San Francisco. Añoraba tener cerca a su amiga. En aquella época, era terriblemente infeliz: trabajaba horas extra y discutía mucho con su suegra, a quien sus hijos se estaban apegando. Cada vez que les decía que hicieran algo, mamá se metía y les decía que no tenían ninguna obligación de hacerlo. Y, además, estaba Bernard, que seguía en guerra consigo mismo.

Pero sus esperanzas no se materializaron. Alfred vio un futuro lucrativo en Southland y resultó que tenía razón. Llegó a tiempo para los años del auge de la construcción y le fue tan bien que terminó abriendo su propia empresa.

—Este hombre vive para trabajar —se quejó una vez Cosma durante una conversación telefónica. Alfred murió de un infarto a los sesenta y cinco años.

«Me avergüenza decir que estoy enojada con él», le escribió Cosma. «Acababa de jubilarse. Teníamos toda clase de planes para disfrutar juntos de nuestros años dorados, y me dejó. Típico de los hombres. No tuvo tiempo para callejear. Tomó el atajo a su destino final».

Afortunadamente, Alfred tenía un buen seguro y sus hijos habían sido formados en la empresa familiar. Cosma logró sobreponerse pocos meses después, pero su duelo duró varios años. Fue su hija quien la hizo salir de la casa con un crucero a México. Después de eso, Cosma empezó a viajar sola.

Leota había amado las cartas de Cosma y vivía indirectamente a través de sus aventuras, pues sus vidas no podrían haber sido más distintas.

Bernard nunca había sido ambicioso ni particularmente trabajador. Volvió a casa de cuerpo entero, pero herido emocional y psicológicamente. No era el galán del que ella se había enamorado y con quien se había casado a los veinte. Era como un viejo cansado que se sentaba en su sillón y cerraba los ojos, no para dormir, sino para bloquear al mundo exterior. Ella había intentado todo tipo de maneras de sacarlo de su depresión, pero él había quedado atrapado. Luego, empezó a beber para amortiguar el dolor de su corazón y ahogar la culpa que lo consumía. Nunca llegaba al extremo de emborracharse completamente; bebía lo suficiente para adormecerse. Solo una vez se excedió al punto de perder el control. En aquel momento, ella logró traspasar brevemente sus barreras y asomarse a sus pensamientos atormentados para vislumbrar el pozo en el que estaba. Él le contó todo y Leota sintió que las tinieblas la envolvían a ella también. Después de eso, trató de retenerla ahí abajo con él por un tiempo, pero ella luchó por liberarse y encontró el camino y los medios para salir. Oh, Dios mío, ¡oh, Dios! clamó y el Señor puso Su mano sobre ella y la levantó.

—No fue tu culpa, Bernard. ¡No lo hiciste tú!

—¡Tú no entiendes! —Él estaba furioso, frustrado—. ¿Cómo puedes entender? ¡No eres alemana!

—¡Tampoco lo eres tú! ¡Por el amor de Dios, y por tus propios hijos, supéralo!

Él decidió quedarse donde lo habían puesto las circunstancias. No podía superarlas ni esquivarlas; no podía escapar de la prisión de su mente. Luego de un tiempo, no quiso escucharla más.

Apenas volvió a casa de la guerra, mamá y papá le hicieron algunas preguntas directas.

—¿Pudiste averiguar algo? —le preguntó papá mientras mamá esperaba tensa.

—La ciudad fue destruida —dijo Bernard—. No dejaron nada. Absolutamente nada. —Su voz era tan dura y fría, que dejó en claro que la puerta a sus vivencias de la guerra se había cerrado violentamente y la llave había quedado adentro. Mamá y papá nunca volvieron a preguntarle nada sobre la guerra.

Dejaron que ella recogiera los pedazos e intentara volver a ensamblar a Bernard.

Mamá y Papá Reinhardt habían esperado que eso sucediera. La habían observado y notado cada uno de sus fracasos. Únicamente papá, y solo a veces, parecía entender cuánto se esforzaba ella. Mamá no entendía nada.

—Una mujer tiene el deber de hacer feliz a su esposo —decía mamá, y Leota sentía que todo el peso de la culpa por la infelicidad de Bernard caía sobre sus hombros. Tenía ganas de arremeter contra ella en defensa propia, pero sabía lo que sucedería si lo hacía. Saber lo que Bernard había visto había sido una trampa. Leota contaba con el terrible poder de silenciar a su atormentadora en el momento que quisiera. Lo único que tenía que hacer era golpear a Helene Reinhardt con la espada de la verdad y ponerla en su lugar. Mamá nunca más se atrevería a mirarla con ese desdén y desprecio superiores. A veces, la tentación era tan grande que tenía que salir de la casa porque Leota sabía que nunca podría hablar de eso, no sin quebrantar la confianza de su esposo. Y era algo que no quería hacer. Prometió nunca decirles a sus padres lo que él le había contado aquella noche de copas.

¿Cuántas tardes se había escapado al jardín a trabajar hasta que se hacía de noche? Se sentaba en la oscuridad y lloraba, la ira y la frustración mezcladas con el amor y el dolor desgarrador que sentía por Bernard. Una esperanza apremiante le hacía guardar silencio y quedarse donde estaba. Todavía lo amaba. Si usaba lo que sabía para defenderse, sería a un alto costo.

Los ojos de Leota ardieron con lágrimas mientras miraba fijamente el periódico, recordando cuánto luchó y los años que pasaron antes de que llegaran a un punto de reposo con Mamá Helene. Llegando al final de su vida, logró querer a la anciana y se alegró de haber guardado silencio. Fue mejor que saliera de papá y no de ella.

Cumplí la promesa, Bernard. Nunca dije una palabra, mi amor.

La tristeza se apoderó de ella. Bernard murió un año después que Alfred. No de un ataque al corazón, sino por complicaciones causadas por el alcoholismo. A través de los años, él se había quedado en casa mientras ella iba a la iglesia.

—¿Por qué debería ir? Dios no existe —decía él—. ¿Cómo podría haber un Dios, siendo el mundo lo que es? —Pero ella sabía que no era así. Sin Dios, ella no habría tenido la fortaleza para quedarse. No fue sino hasta el final que él se arrepintió y lloró por los años desaprovechados.

Y ella seguía aferrada a la esperanza. Y esperaba.

Tomó su lápiz y se quedó mirando el crucigrama. ¿Palabra de cuatro letras para entrada? Arco. ¿Palabra de seis letras para excelencia... merece? Mérito. Escribió las letras con cuidado. Creación de Keats: poesía; sitio húmedo: pantano; sobrenombre: alias.

El reloj de pared resonó desde la sala. Había estado sentada a la mesa trabajando en el crucigrama durante casi una hora. Dejó el lápiz sobre el periódico y se levantó con gran esfuerzo. En estos días tenía las articulaciones agarrotadas y doloridas. Entró en la pequeña lavandería, que alguna vez había sido el porche de atrás, y metió algunas prendas en la lavadora. Apenas le quedaba un poquito de detergente. Espolvoreando una cucharada sobre la ropa, giró el disco hasta «carga pequeña». Se quedó parada un momento, observando cómo caía el agua. Era una máquina vieja, como ella, y a veces podía ser temperamental. Hoy funcionaba bien.

Con ganas de beber un vaso de leche, fue al refrigerador. Quedaba leche suficiente para llenar medio vaso. Supuso que debería salir a hacer compras otra vez. No podría postergarlo mucho más. Le quedaban dos huevos, media hogaza de pan y alimentos enlatados. No había carne. Nada de verduras ni frutas. Tampoco había galletas, aunque quizás tuviera los ingredientes para hacer algunas.

El distrito Dimond estaba apenas a unas cuadras; era el lugar donde iba de compras desde hacía más de sesenta años. Hasta unas semanas atrás, no había tenido ningún problema para ir caminando y volver cargando los pocos artículos que compraba en el supermercado. Pero la última vez que fue, un adolescente que andaba en patineta chocó con ella. Leota iba cruzando el estacionamiento cuando, de repente, él apareció.

En un esfuerzo desesperado por no caerse, lanzó la bolsa de la compra y todas las cosas se desparramaron por doquier. Por la manera furiosa en que el muchacho la miró, cualquiera habría pensado que era ella la culpable. Nunca en la vida había escuchado semejantes insultos de un muchacho. Sin vergüenza, soltó una sarta de palabrotas que la hicieron ponerse completamente colorada. Luego, volvió a subirse a su patineta y le soltó más groserías, dejándola alterada, mortificada y nerviosa. Solo tardó un instante en enojarse. ¿Qué les pasaba a los jóvenes de hoy? Quizás, los padres del muchacho lo habían disciplinado poco y lo habían malcriado. Y ahora era un salvaje empeñado en atropellar ancianitas.

Una de las empacadoras del supermercado que llevaba los carritos de vuelta del estacionamiento pareció notar que ella estaba recogiendo las provisiones desparramadas y se detuvo a ayudarla.

—Parece una bolsa pesada, señora. ¿Quiere un taxi? Yo los llamo todo el tiempo para un montón de ancianos que viven en los alrededores. No demorará más de quince minutos en llegar.

Leota se enfureció. Quizás fue cómo la joven dijo «ancianos» lo que la hizo enojar más aún.

—¡Yo no dejé caer estas cosas! ¡Un vándalo adolescente en una de esas patinetas casi me tiró al suelo! —Se arregló el vestido y enderezó los hombros con la mayor dignidad que pudo—. Los clientes ya no estamos seguros en su estacionamiento.

—No hay ninguna razón para que estuviera patinando en el estacionamiento. Tenemos letreros que lo prohíben.

—Tal vez no sabe leer. —Considerando el sistema de educación pública, no la sorprendería en absoluto.

—Le diré a la empresa de taxis que se apure...

—No, no lo hará. No soy tan vieja y decrépita como para no poder caminar hasta mi casa.

—Disculpe —musitó la muchacha, desconcertada—. No quise ofender.

—Ofenderla.

—¿Cómo dijo?

—Ofenderla. —Mamá Reinhardt hablaba mejor que ella.

La muchacha murmuró algo y volvió a sus carritos, los agrupó chocándolos entre sí y los empujó hacia la tienda.

Eso había sucedido hacía una semana.

Leota anotó detergente en su lista. Al paso que estaba creciendo, necesitaría dos viajes para cargar todo colina arriba. Había visto a un viejito jalando un vagoncito rojo y, en ese momento, pensó que estaba loco. Ahora, le parecía que era muy práctico. Podría cargar dos bolsas llenas de comestibles en un vagoncito y jalarlo hasta la casa con más facilidad que cargándolas en sus brazos. Y si tenía que parar y descansar, no tendría que apoyar las bolsas pesadas en el piso para luego agacharse, tratar de levantarlas y arriesgarse a que se le lastimara la espalda.

Un vagoncito rojo.

Buena idea, pero ¿dónde podría conseguir uno?

Enjuagó el cartón de leche, lo llenó con agua y volvió a ponerlo en el refrigerador. Agua tendría que ser, hasta que juntara el valor para ir caminando a la tienda otra vez. Se quedó mirando fijamente las provisiones. Un frasco con pepinillos agridulces, un paquete mediano de mantequilla, un frasco semivacío de mayonesa, cuatro rebanadas de queso envueltas en plástico y un recipiente con albaricoques en conserva. Era el último de los cientos de frascos que había envasado durante tantos años. Por dos años, estuvo solito como un huérfano en el estante de la despensa, hasta que el día anterior lo bajó y lo metió al refrigerador. En los últimos años, ¿cuántos albaricoques, cerezas y ciruelas se habían podrido en el suelo? ¡Qué lamentable y vergonzoso desperdicio!

Los árboles frutales necesitaban cuidados. No vivían tanto como los robles o las secuoyas. Debían ser podados y cuidados. Si se les ignoraba, se deterioraban y se convertían en árboles ralos y leñosos que cada vez daban menos frutos. Los insectos los infestaban y se enfermaban. Cuando llegaban los vientos, las ramas se quebraban. Al cabo de unos años, el árbol que alguna vez había dado frutos suficientes para todo un vecindario, no daría lo suficiente para los pájaros y una ancianita.

Leota cerró de golpe la puerta del refrigerador y caminó hasta la sala. Agotada, se hundió en el viejo sillón de Bernard. Era perfecto para ella. Después de que Bernard murió, pasó casi tres semanas enteras tapizándolo con una bonita tela gruesa de color aguamarina. El trabajo resultó ser una buena terapia. Ahora, después de treinta años de viudez, lo había gastado a fuerza de tantas siestas dormidas en él, dejando los apoyabrazos, el apoyacabezas y los almohadones del asiento casi pelados y hundidos para siempre. Pero estaba amoldado a ella, tal como se había amoldado a Bernard después de todas esas noches que había permanecido sentado, contemplando el vacío.

Ella estaba volviéndose como él. Sentada, con la mirada fija, esperando.

Pensando en el pasado.

Sus pensamientos solían llevarla a los buenos tiempos vividos en tantos años. A veces, envejecer era la cruz más difícil de cargar. Antes, solía caminar por el lago Merritt solo por el placer de oír el canto de los pájaros, de ver a los niños echar a navegar sus botes, de sentir el sol sobre sus hombros. Y todos esos años en que salía a trabajar, se paraba en las esquinas de la ciudad a esperar el autobús que la dejaba a cinco cuadras de la casa. Pasaba horas trabajando en el jardín; a veces, hasta la puesta del sol, y aún le quedaban fuerzas para ir a un salón de baile

con una amiga y bailar un rato. Había sido una mujer fuerte, llena de energía.

Ahora... ahora lo único que hacía era caminar de la cocina a la sala, de la sala al baño, del baño a la sala y a su cuarto. Había dejado un sendero trazado en la alfombra. Solo su mente vagaba en la actualidad, viajando a cualquier parte. Del pasado al presente. Atravesando la ciudad. Cruzando el país. Alrededor del mundo. A veces, llegando hasta el cielo. O bajando al infierno.

Oh, Señor, yo soñaba con ir a Europa. Quería conocer Londres, Roma, París, Viena. Sigo deseándolo, pero estoy vieja, tan vieja que me agoto de solo pensar en caminar las cinco cuadras hasta el supermercado y volver.

Quizás, si tuviera alguna compañía, no sería tan malo.

Alguien.

Cualquiera.

Pensó en llamar a Jorge y descartó la idea. Apenas había pasado el mediodía. Estaría trabajando. No existían los almuerzos de dos horas para su hijo. Le había dado el número telefónico de su oficina, pero, por la expresión de su rostro, supo que lo último que él quería era que su madre llamara. «En caso de emergencia», le había dicho. Pero aun así...

No. Podía esperar hasta más tarde. Hasta las siete, tal vez, si todavía estaba de ánimo. Una vez lo había llamado a las cinco y media, pensando que estaría en su casa. Escuchó carros y camiones de fondo. Cuando le preguntó dónde estaba, él dijo que en su carro; un convertible, en esa época. La aterraba la idea de que sostuviera el teléfono con una mano mientras conducía por la autopista con la otra. Le dijo que sujetara el volante con ambas manos y que cortara. Esperó que la llamara cuando llegara a su casa. Cuando no lo hizo, lo llamó ella, pensando que se había matado en la carretera. Atendió su esposa, Jeanne. Sí, había llegado sano y salvo a casa. No, no le había mencionado su llamada. Estaba en su estudio, trabajando en un proyecto. Apoyó el teléfono en la mesita y fue a buscarlo. Unos minutos después, volvió a la línea. Con voz apenada, dijo que Jorge no podía hablar con ella en ese momento. Estaba en medio de algo. ¿Necesitaba algo? Leota dijo que no. «¿Cómo estás tú, madre?» Bien. Todo está bien. Tan bien como siempre.

Jorge nunca le devolvió la llamada. No era de los que hablaban por teléfono, a menos que tuviera que ver con ganar dinero.

Leota no quería llamar a Eleonora. No quería escuchar las excusas de su hija por no llamarla, por ir a visitarla muy de vez en cuando, o por no invitar a su madre a su casa en lo alto de la colina. Leota no tenía ganas de fingir que creía las mentiras de Eleonora, mentiras que nunca eran tan veladas como para no clavarle una daga en el corazón.

—Ah, disculpa, madre. Debería haberte llamado antes, lo sé. Es que el tiempo se me va. Ya sabes cómo es. Tenemos tantos compromisos. Acabo de regresar de llevar a Anne-Lynn a visitar a la familia de Fred en Newport Beach. Nos quedamos diez días. Fue maravilloso. La pasamos estupendamente bien juntos. Siempre hacen todo a un lado cuando vamos de visita con Anne-Lynn. Pensé que Anne-Lynn disfrutaría de las playas, pero lo único que quería hacer era ver los museos. Tiene ganas de ser artista, ¿sabías? Ah, no lo sabías. Bueno, supongo que tiene cierto talento, pero es solo una etapa que pasará. En el otoño, irá a Wellesley. Con una beca... Ah, sí, a Michael le va bien en Columbia. Está en el cuadro de honor. Acabamos de mandarle un cheque

para el nuevo semestre.

Eleonora y sus recordatorios sutiles de las faltas de su madre. Eleonora y sus resentimientos. Eleonora y sus heridas y su lloriqueo interminable.

Estoy cansada de esto, Señor. Tú sabes que no quiero convertirme en una carga para mis hijos. A veces, lo único que deseo es que me lleves a casa.

El silencio se cerró a su alrededor. Inmóvil en su sillón, esperó un suave susurro... alguna señal...

Un derrame.

Nada sucedió. Ninguna voz descendió del cielo. Ningún resplandor luminoso en su sala sombría. Y seguía respirando. Todavía podía sentir el latido de su corazón. Tenía un corazón fuerte. Probablemente viviría hasta los cien años. Qué alegría. Mil gracias. Las lágrimas hormiguearon en sus ojos y la ira afloró.

Todo lo que hice carece de significado. ¿Qué logré después de tanto trabajo? El sol sale, se pone y vuelve a salir, como siempre lo ha hecho, como siempre lo hará. En realidad, no es que creyera que el mundo se detendría, Señor. Un simple «gracias» habría sido agradable. Pero no. Las estaciones vienen y van. Los días pasan. ¿Y qué diferencia hará para alguien algo de lo que hice cuando me haya ido? ¿Se dieron cuenta, al menos? ¿Entendieron?

Todo lo que tengo quedará para mis dos hijos, Señor, ¿y qué harán ellos? Venderán la casa a unos desconocidos. Harán una venta de garaje y sacarán unas monedas de las cosas que atesoré durante años. Mi ropa irá a parar a una bolsa para retazos, mi jardín será arrancado y las cartas de mis amadas amigas terminarán en el cesto de la basura.

Mejor habría sido morir hace muchos años, que vivir para ver el sinsentido de todo esto.

¿Siempre fue así?

Oh, Dios, ¿cuál es el sentido de la vida?

Leota recostó su cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Esperando. Pensando.

Sería mejor si tuviera Alzheimer, Señor. Tuve una infancia feliz. Sería mejor volver atrás y vivir en ella, y olvidar lo que vino después. ¿Qué pasaría si realmente olvidara todo? ¿Y a todos? ¿Acaso no me olvidaron ellos? ¿Pero y si...?

Sus pensamientos galoparon, saltando por encima de los cercos, echando abajo las laderas, chapoteando en los riachuelos sin mojarse, y la trajeron de regreso a su sillón; el corazón palpitando desbocado, con una sensación de pánico. ¿Qué le depararía el futuro?

Leota apretó los labios. ¿Sabes qué más, Señor? ¡Estoy cansada de las conversaciones unilaterales contigo!

Se levantó y encendió el televisor. El ruido enlatado era mejor que ninguno.

Era temprano en la tarde, el mejor horario para las telenovelas. Qué alegría. Jóvenes audaces e inquietos, médicos lujuriosos que perseguían a enfermeras y pacientes por los pasillos del hospital, señoras que tenían un segundo empleo como prostitutas, vecinos psicóticos que iban de

visita con galletas envenenadas. Siguió girando la perilla, cambiando de un canal a otro. Las otras opciones eran menos estelares: boletines informativos sobre el último chiflado que quería empezar una guerra, publirreportajes vendiendo lo más actual y óptimo para mejorarle la vida a uno o convertirlo en millonario, programas de debate que exhibían el sufrimiento y la degradación mientras los espectadores reían a carcajadas y se peleaban... No llegaba a cambiar de canal con suficiente rapidez. Tenía que haber algo, cualquier cosa que fuera aleccionadora y entretenida a la vez. Refritos de mujeres viejas disfrutando los años dorados bajo el sol de Florida...

Señor, la mente se me está poniendo como un pudín de tapioca. Voy a terminar igual que la pobre señora Abernathy. ¿Te acuerdas de ella, Jesús? La viejita que vivía en la otra esquina en el año cuarenta y cinco. Yo la veía cuando regresaba a casa de trabajar. Le preguntaba cómo estaba, y ella me relataba los grotescos detalles de sus funciones fisiológicas. ¿Me estoy poniendo así? El primer visitante que pase por esa puerta sabrá cómo me fue en mi último viaje al baño.

Me tragaré todo ese frasco de aspirinas antes de que eso ocurra. Hasta ahora no le he dicho a nadie si me funcionan bien las cañerías. Tampoco es que me lo hayan preguntado. Pero te prometo, Señor, que si llego a eso, compraré un par de botellas de píldoras para dormir ¡y las bajaré con una botella de ginebra!

«Organizaciones de servicios para ancianos...» oyó al pasar y regresó para escuchar más. «Hoy tenemos aquí con nosotros a Nancy Decker para contarnos qué están haciendo sus voluntarios y cómo va el programa».

Acompañantes. Disponibles. Sin costo. Voluntarios encantados de acompañar a personas mayores a la tienda y hacer encargados. Solo tiene que llamar...

¿Conque solo hay que llamar, eh? Bien, ¿por qué no? ¿Qué opción tenía? Si lo hacía sola, podía resultar lastimada y terminar siendo una carga para sus hijos. Podía evitar salir de su casa, pero la idea de morir de hambre lentamente no la atraía mucho.

Prestó atención al número telefónico en la pantalla del televisor. Entonces, ¿a esto llegamos, Señor? Esperó otro largo rato, esperando una respuesta mejor. Cuando no llegó ninguna, levantó el auricular.

—Me pregunto qué clase de buen samaritano me enviarán —murmuró para sí misma con disgusto mientras marcaba el número.

CAPÍTULO 3

QUÉ LINDO VECINDARIO. Corban miró cautelosamente a su alrededor mientras estacionaba su carro negro azabache frente a la pequeña casa de estuco grisáceo. Irritado y tenso, observó las otras casas deterioradas y los jardines descuidados. Al otro lado de la calle había un Chevy viejo azul, con un costado abollado y en la puerta del conductor, con pintura en aerosol negra, un N14. La casa donde estaba estacionado el carro lucía tan mal como todas las demás, excepto por el toque decorativo que le daban los elaborados barrotes negros de hierro que cubrían todas las ventanas.

¿Qué estoy haciendo aquí?

Pensó en una variedad de palabras para describir al profesor Webster y sus ideas sobre la necesidad de agregar el «factor humano».

Con la boca apretada, Corban revisó el interior de su carro para asegurarse de que no quedara nada de valor a la vista. Nancy Decker le había advertido lo que podía esperar en esta parte de Oakland.

—La mejor manera de protegerte es estar completamente alerta a lo que pasa a tu alrededor. Las personas que resultan asaltadas son, generalmente, las que no prestan atención a lo que sucede a su alrededor. Ah, y no dejes en el carro nada valioso a la vista.

Mala idea el no haber invertido en un autoestéreo que pudiera desconectar y llevar consigo. Apretando los dientes, Corban instaló la barra bloqueadora del volante antes de salir y cerrar la puerta con su llavero de control remoto. Se sentiría menos vulnerable si hubiera venido en un Chevy viejo y destartalado. Uno con abolladuras. De los que nadie se tomaría la molestia de robar.

Corban metió el llavero en el bolsillo delantero de su Levi’s, rodeó su carro y se paró en la vereda para mirar la casa donde vivía su persona asignada. El césped estaba crecido, excepto en las porciones de manchones marrones donde había muerto o estaba secándose. Los arbustos invadían los escalones del frente. Manchas de agua bajaban por una esquina de la fachada donde el canalón del techo se había soltado, probablemente por la sobrecarga de hojas del árbol desnudado por el invierno que estaba levantando una parte del bordillo de cemento. El lugar se veía sucio, como si la contaminación de décadas lo cubriera como una capa de polvo periódicamente lavado por las lluvias invernales.

Aclarándose la garganta, se dispuso a realizar la entrevista y empezó a caminar por el sendero. Vive en un basural. La maleza brotaba de las juntas del cemento de la acera. Al parecer, la anciana tenía poco o nada de dinero. Probablemente vivía del Seguro Social y de sus míseros ahorros. Obviamente, no le alcanzaba para contratar a alguien que mantuviera arreglado el jardín ni para hacer algo por su casa mugrienta y los canalones colgantes. Tampoco lo suficiente para vender y mudarse a un establecimiento residencial para ancianos.

Cumplía con los criterios de selección del informe: pobre pero no desposeída.

Una cerca blanca, que hacía de límite de la propiedad, asomaba debajo del peso de una maraña de rosales trepadores sin flores. Pudo divisar un camino que llevaba a un garaje, apenas del tamaño como para acomodar un auto más grande que un Ford modelo T. Las ventanas

laterales lucían un feo y descolorido toldo metálico verde y blanco.

Los escalones del frente habían estado pintados alguna vez. ¡Ni más ni menos que de verde y rojo! La superficie visible de las ventanas delanteras tenía una arenilla gruesa. La anciana probablemente ni siquiera podía ver el mundo exterior a través de ellas. Una vieja mecedora en el porche pequeño estaba ocupada por una gran araña de jardín. Las macetas colgantes contenían los restos marrones y ralos del follaje que antes había crecido en ellas. La puerta delantera parecía sólida como para aguantar un ariete, aunque no fuera necesario. Cualquier aspirante a ladrón podría acceder fácilmente a la vivienda a través de las dos ventanas laterales. Lo único que tendría que hacer era romper un vidrio, estirar el brazo para abrir el cerrojo y, ¡listo! El criminal tendría acceso a lo que quisiera. Suponiendo, desde luego, que la anciana tuviera algo valioso para robar, lo cual Corban dudaba mucho.

Lo único que impedía el acceso eran las cortinas delgadas que mantenían cierta privacidad. En lugar de una mirilla, que no sería necesaria con las dos ventanas laterales, había una pequeña ventanita de vidrio emplomado, estratégicamente integrada en el centro de la puerta gruesa. Por dignidad, supuso él, si eso era posible en un entorno tan pobre.

Corban tocó el timbre. Se paró frente a la ventanita de seguridad para que la anciana pudiera verlo bien desde adentro. Pasándose los dedos por el pelo, dibujó una sonrisa en su rostro.

No hubo respuesta.

Levemente molesto, se preguntó si sería sorda. Esta vez, apoyó el pulgar en el timbre y lo apretó más fuerte, prestando más atención. Escuchó la campanilla adentro. No era un zumbido fuerte, sino un din don melodioso. Esperó otro minuto. Como todavía no había respuesta, dudó si debía golpear enérgicamente la puerta. Descartó la idea y echó un vistazo por la estrecha ventana lateral. La cortina que la cubría era suficientemente transparente para que pudiera ver la sala. Lo intentó, pero no logró ver nada por la capa de mugre. Con un gesto de asco, buscó en su bolsillo y encontró su pañuelo con monograma, lavado y planchado en la lavandería.

Leota escuchó la campanilla desde la cocina, se secó las manos con el paño de cocina y fue hacia la puerta delantera. Volvió a sonar antes de que pasara la mesa del comedor. Estaba a la mitad de la sala, cuando vio a un desconocido frotando la ventana lateral de la puerta delantera. ¿Qué creía que estaba haciendo? Se detuvo y lo observó, cada vez más enojada. Ya era bastante malo que no tuviera fuerzas ni energía para limpiar las ventanas, como para que un extraño viniera a frotar un punto justo en el medio de una. Ahora tendría que ver ese espacio limpio que le recordaría sus faltas como ama de casa.

El hombre curioseaba hacia adentro, tratando de ver más allá de las cortinas transparentes. La irritación subió desde el interior de Leota como lava saliendo de un volcán. El enojo la reactivó, a pesar del dolor artrítico que sentía en las caderas, las rodillas y los tobillos. Recorrió los últimos pasos, giró el cerrojo y abrió la puerta.

—¿Qué cree que está haciendo, espiando dentro de mi casa?

El joven retrocedió rápidamente y su rostro se puso rojo.

—D-disculpe. Soy Corban Solsek, señora. Nancy Decker me envió de...

—¡No me interesa quién es usted! —Qué le importaba si alguien lo había enviado. ¡Eso no lo justificaba! —¡Mire qué bien! ¿Lo mandó aquí a espiar por mis ventanas?

—¡No, señora! Toqué dos veces el timbre. No sabía si usted... —Se frenó y su color pasó de rojo a púrpura.

—¿Estaba muerta?

Parecía horrorizado.

—Eso no es lo que quise decir.

—¿Ah, no? —Casi podía ver los engranajes de su cerebro operando y girando a toda velocidad en busca de una respuesta sensata.

—Sorda, señora. No sabía si...

—No estoy sorda ni muerta, como bien puede ver. —Estaba empezando a disfrutarlo.

—Lo... lo lamento...

Leota vio un indicio de fastidio en sus ojos castaños. No le gustaba que lo regañaran. Ella imaginó que prefería ser maleducado y librarse de esto. Decidió no mostrarle compasión.

—Hace bien en lamentarlo. —Abrió la puerta de un tirón—. Bueno, no se quede parado ahí, como si fuera usted el del rigor mortis. ¡Entre! —Retrocedió, dejándole espacio de sobra. Era un muchacho grande. Probablemente era uno de esos deportistas que tenía la obligación de hacer una buena obra al día por los líos que causaba el resto de la semana—. Vaya a mi cocina. Debajo del fregadero encontrará limpiador para vidrios.

—¿Disculpe? —Su rostro joven y apuesto mostró una expresión totalmente consternada.

Leota alzó el mentón un poco más alto y se quedó mirándolo directamente a los ojos. Podía medir treinta centímetros más que ella y duplicarla en peso, pero no se dejaría intimidar por él. Tenía suficiente cantidad de horas de televisión vista y de lectura de periódicos para saber que no le convenía dejarlo salirse con la suya—. Usted estropeó mi ventana, joven. Usted puede limpiarla. —El abrió la boca, pero ella no le dio oportunidad de discutir—. Es eso, ¡o iré a decirle a la señorita Decker que me envíe a otra persona! Alguien que no sea tan grosero como para espiar por mi ventana.

Con los labios apretados, él atravesó la sala, pasó la mesa del comedor y entró a su cocina. No le tomó más de seis pasos.

—¿Dónde me dijo que buscara?

Leota tuvo que contener una sonrisa. Sonaba sumamente malhumorado.

—¡Debajo del fregadero! ¿Dónde más supone que la gente guarda el limpiador para vidrios? ¿O usted tiene un impedimento para escuchar?

—Aquí no hay ningún papel toalla —se quejó lo suficientemente alto para que ella lo escuchara.

—¡Levántese! Los papeles toalla están ahí mismo, frente a su nariz, colgados del estante del gabinete para los platos. ¡Si ese rollo fuera una serpiente, ya lo habría mordido! —Se paró en medio de la sala para observarlo como un halcón—. Dos hojas no alcanzan para esta tarea. —Cuando él dio un buen tirón al rollo, ella se puso las manos a las caderas—. ¡No dije todo el rollo! Cuatro o cinco. Eso es suficiente. Esas cosas cuestan dinero, ¿sabe? Ahora, vuelva a enrollar el resto cuidadosamente, como estaba. Con cuidado, señor Solsek.

Cuando regresó a la sala, tenía un músculo de la mejilla contraído. Ni siquiera la miró cuando salió por la puerta delantera para rociar el limpiador de vidrios desde la parte superior de la ventana hasta abajo y empezar a restregarla firme y rápidamente. Ella podía ver que sus labios se movían. Insultándola, sin duda.

Los labios de ella también se movieron, crispados. Vio que los trozos de papel estaban empapados y aún faltaba más de la mitad del trabajo. Se dio media vuelta, volvió a la cocina y sacó un paño de cocina de un cajón. Hizo correr agua caliente sobre él, lo exprimió y lo llevó a la sala, junto con otras cuatro hojas de papel toalla.

—Tome. —Le lanzó el paño de cocina—. Use esto primero. Luego, el resto del papel. —Tomó los papeles mojados y ennegrecidos de sus manos y retrocedió para verlo trabajar. Al cabo

de unos minutos, la ventana izquierda estaba tan limpia como era posible, con la capa de polvo que tenía del lado de adentro. A pesar de ello, había una diferencia enorme entre la hoja de vidrio limpio y la del lado derecho.

De pronto, al mirar las ventanas, lo único que sintió ganas de hacer era meterse de nuevo a la cama y taparse la cabeza con las mantas.

Corban había hecho su mejor esfuerzo por dominar su enojo cuando salió y restregó el vidrio. Ahora, regresó al interior de la casa y miró la ventana desde adentro.

—¿Qué le parece?

La anciana no dijo nada. Se quedó mirando una ventana y la otra. Antes de que pudiera ponerlo a limpiar el resto de sus ventanas sucias, él estiró el paño inmundo.

—¿Dónde quiere que ponga esto?

—En el cesto de la ropa sucia que está en el porche de atrás. El papel toalla va en el cesto de la basura, debajo del fregadero. —Le entregó el montón que había sacado de su mano.

Corban los agarró y fue hasta la cocina, agradeciendo que la vieja chiflada no le hubiera ordenado agarrar un balde y limpiar toda la casa. Cosa que no le vendría mal. Todo el lugar, desde el grasiento techo hasta el viejo linóleo amarillo y gris que cubría el piso de la cocina, necesitaba una limpieza. Al menos, la mesa de fórmica amarilla con motas marrones del diminuto comedor estaba limpia, aunque la antigua cocina de gas y el refrigerador de puerta redondeada sí necesitaban una buena restregada.

—¡Y asegúrese de guardar el limpiador de vidrios en el mismo lugar de donde lo sacó!

¿Acaso creía que él quería robárselo? Lo metió debajo del fregadero, depositó los papeles empapados en la bolsa de basura de papel, impermeabilizada con una bolsa plástica del supermercado, y cerró violentamente la puerta del gabinete. Encontró la lavadora y la secadora en el diminuto porche trasero, ¡ambas máquinas eran más viejas que él! Descubrió el cesto de la ropa sucia, que contenía una toalla rosa desteñida, una toallita y un vestido de poliéster floreado en tonos pastel similar al que tenía puesto la mujer. Lanzó el paño de cocina encima de las prendas.

La casa deprimía a Corban. Estaba sucia, poco iluminada y era lúgubre. Y el olor que había. No podía definirlo... no era solo de la casa, sino el tufillo peculiar e indescriptible de la propia anciana. Corban se sentía un poco asqueado por ese olor. Así como por lo que veía a su alrededor. Peor aún: sentía repulsión por el cabello encrespado y blanco de la vieja, con ese vestido barato, el llamativo cárdigan tejido a croché y las viejas pantuflas rosadas, peludas y apelmazadas. Estaba ahí, de pie en esa sala sórdida, como una gallina pendenciera lista para picotearlo. Lo miraba fijamente con esos ojos azules legañosos y, por la mirada que había en ellos, se daba cuenta de que ella tampoco se preocupaba demasiado por él.

Eso le molestó. Él estaba ofreciendo voluntariamente su tiempo para ayudar, ¿verdad? Como mínimo, debía mostrar un poco de gratitud.

Empezamos con el pie izquierdo. No debería haber mirado a través de su ventana, pero ¿cómo podía saber que iba a tardar cinco minutos en llegar a la puerta delantera? De todas formas, tenía que hacer algo para salvar la situación. ¿Cómo lograría obtener la información que necesitaba si no le caía bien? Se obligó a sonreír.

—Nancy dijo que usted necesita ir al supermercado. La llevaré.

Ahí está. Eso debería haber provocado una sonrisa en el rostro de la vieja bruja.

Leota frunció los labios. Él la miró, esperando. ¿Qué esperaba? ¿Una palmadita en la cabeza? ¿Un gran beso? No quería ir a ninguna parte con este joven arrogante. Lo había visto mirando su casa con un gesto de repulsión. No cabía duda de que él venía de un entorno grandioso. Qué bien. Ella no se movió ni dijo nada. Lo inspeccionó; estaba vestido con unos Levi's desteñidos. ¿Quién ha visto que quede bien una chaqueta de gamuza marrón sobre una camiseta blanca? Tenía el cabello muy corto, como el de un emperador romano. Y vaya que tenía aires de emperador. ¿Se creería el rey del mundo?

—Tengo artritis. No puedo arrodillarme con facilidad.

—¿Disculpe, señora? —Él ladeó un poco la cabeza.

—Nada. Solo pensaba en voz alta.

Él se veía perplejo; luego, ligeramente irritado. Como si tuviera que ir a otros lugares y ver a otras personas. Y ella le estaba haciendo perder su preciado tiempo.

—¿Le gustaría que le trajera sus zapatos?

Ah, cuánta amabilidad.

Que fuera vieja no significaba que estaba senil. Ella sabía que tenía puestas las pantuflas. ¿Por qué no debería usarlas? Estaba en su casa. La gente no se la pasaba todo el día sentada con sus zapatos de calle, ¿verdad? Si no fuera porque necesitaba comprar provisiones con tanta urgencia, le diría que volviera inmediatamente al lugar de donde había venido. Sin embargo, aún le quedaba suficiente sentido común como para saber que no tenía alternativa. La idea de complacer a este bruto iba en contra de su naturaleza. Pero, también, la de pasar hambre. Ya estaba viviendo de verduras enlatadas. No podía esperar otros tres días a que esa señorita Decker encontrara y mandara a otro voluntario. ¿Voluntario? ¡Se veía como que lo habían reclutado!

—Sé dónde están mis zapatos, joven. Puede sentarse ahí a esperar hasta que me los ponga. —Señaló el sofá. Al ver que él no se movía, se encogió de hombros y se fue a su habitación. Muy bien. Que se quede parado. No solo no le importaba si estaba cómodo o no; quizás se demoraría un rato más con sus zapatos, ¡solo para fastidiar a este Príncipe Azul!

Corban volvió a echar un vistazo al sofá. Parecía tan cómodo como una cama de clavos. Había tomado la decisión correcta de quedarse parado. Cuando la mujer se alejó, él suspiró. Por lo lento que se movía, él podría aprovechar la oportunidad de mirar a su alrededor.

La sala y el área del comedor eran una sola habitación con una línea divisoria trazada por la moldura de madera gruesa desde una pared hasta el techo. La mesa del comedor era anticuada, hecha de una madera sólida y oscura, con patas de garra. Sobre ella había un mantel tejido a croché y un jarrón que contenía unas flores plásticas cubiertas de polvo. Contra la pared del fondo, había un aparador atestado de platos y objetos de vidrio. Nada de vajilla Wedgwood ni cerámica de Royal Doulton.

La alfombra estaba descolorida. Fuese cual fuese su color original, actualmente era gris y estaba gastada. Un camino hacia la cocina. Un camino hacia el pasillo por el que había desaparecido la mujer. El punto más colorido de las dos salas era la manta tejida echada sobre el respaldo del horrible sofá. Había un gran sillón hundido y lleno de bultos junto a una mesita de dos niveles, atiborrada de libros y revistas. En el otro extremo del sofá había otra mesita igualmente recargada y polvorienta. Ambas lámparas imitaban unas urnas griegas, con pantallas amarillentas. Sobre la repisa de la chimenea había una lámina de un paisaje, como esas miles de láminas impresas que cualquiera puede comprar, puesta en un marco dorado, vistoso y ordinario. También sobre la repisa había otras seis fotografías y algunas estatuillas. Una era de una niñita con tres gansos. Otra era de un niño sentado sobre una cerca. Alrededor de la sala había otros

cuadros enmarcados, en su mayoría, hechos a mano. El más grande era un muestrario de bordado lleno de campanillas en flor y letras negras recargadas que proclamaban: «En cuanto a mí y a mi familia, nosotros serviremos al S

EÑOR

. (Josué 24:15)».

Una alfombra trenzada en semicírculo yacía frente a la chimenea que probablemente no se había encendido en diez años. Sobre la pequeña chimenea de ladrillos había una gran caracola marina cubierta de polvo, un grillo de latón deslustrado y un par de grandes botas negras.

Todo lo que tenía eran cachivaches viejos, descoloridos y estropeados. Los objetos más caros que aparentemente tenía la anciana eran el gran sillón reclinable Naugahyde y el gran televisor estilo caja en el rincón delantero de la sala. Aquí no habría ninguna liquidación de patrimonio. Apenas una venta de garaje para deshacerse de sus cosas.

Corban podía escuchar a la anciana arrastrando los pies mientras se acercaba. Miró hacia la puerta y observó la rejilla de hierro forjado de la calefacción justo frente a la puerta abierta de su baño. Todo el cuarto, desde el piso hasta la mitad de la pared, era una pesadilla de azulejos rosados, negros y verdes.

Cuando la anciana regresó, él se encogió por dentro. Se había puesto un largo abrigo marrón con grandes solapas y botones negros de plástico en el cuello y unos zapatos marrones con suela gruesa y sin cordones. Ignorándolo, caminó hasta su sillón y se agachó. Cuando se incorporó, tenía en la mano una vieja cartera negra y parecía tener una rata agarrada del cuello. La sostuvo con ambas manos frente a ella y lo miró penosamente.

—Necesitaré mi lista del supermercado. Está en la encimera de la cocina, a la derecha del fregadero.

Qué vieja tan mandona.

—Sí, señora.

Cuando salieron, ella cerró la puerta delantera con cuidado. Corban le ofreció su brazo antes de que empezaran a descender los escalones del frente y ella lo tomó. De mala gana. Podía sentirla temblando. ¿Por un ataque de nervios? ¿O solo por su vejez? No era algo que le importara. Sacó el llavero de su bolsillo y apretó el control.

—Le abriré la puerta. —Le palmeó la mano y se alejó.

Se quedó mirándolo con la mandíbula apretada.

—¡Yo no iré en ese carro deportivo!

Lo dijo como si él fuera a inscribirla en las 500 Millas de Indianápolis.

—No es un auto deportivo, señora. Solo es un...

—No me interesa qué es... No entraré en él. El supermercado está apenas a cinco cuadras. Caminaremos.

—¿Caminaremos? —¿Cinco cuadras atravesando uno de los peores vecindarios que había visto en su vida? ¿Y su carro estaría aquí cuando volvieran?

—Por supuesto. Hace más de sesenta años que voy caminando al supermercado.

—Cinco cuadras de ida y cinco cuadras de vuelta son diez cuadras, señora —dijo él, tratando de remarcar la distancia.

—Felicitaciones. Sabe sumar. Es gratificante saberlo porque leí que, en la actualidad, la mayoría de los estudiantes que se gradúan de la preparatoria ni siquiera saben leer.

Él estaba echando humo. ¿No había llamado para pedir ayuda porque no podía ir sola? Intentó pensar en algo, en cualquier cosa, para convencerla de no hacerlo.

Ella lo miró furiosa.

—Usted parece un joven corpulento, señor Solsek. Creo que podrá caminar las diez cuadras.

Corban masculló una palabrota en voz baja cuando la vio empezar a caminar sin él. Miró su carro, echó un vistazo al vecindario y, súbitamente, sintió pánico.

—¿Me daría un minuto para que estacione mi carro en su entrada? —Trató de suavizar su tono de voz—. No quisiera que interfiriera el paso de alguien.

Leota se detuvo. Dio media vuelta y lo miró. ¡Qué sandez! Sabía perfectamente qué lo preocupaba, y reconocía que era una preocupación razonable. Pero tendría que aprender a golpes que no podría hacer nada al respecto. Quizás la próxima vez tendría la suficiente sensatez para venir en un VW destartalado y prestado, o en autobús.

—Adelante. Vaya.

Lo vio prácticamente saltar por la parte trasera del carro, deslizarse en el asiento del conductor, quitar un artefacto rojo desconocido del volante y arrancar el motor. Sonó un rugido agradable y ronroneante. Ese carro debió haberles costado un ojo de la cara a sus padres. Retrocedió hábilmente al medio de la calle, giró y rugió al subir por su estrecha entrada para carros.

Sonriendo ligeramente, Leota esperó.

Un minuto.

Dos.

Tres.

Sabía lo que estaba sucediendo sin tener que mirar, aunque era una gran tentación acercarse unos pasos y pararse en el otro extremo de su entrada para carros, desde donde podría observar el espectáculo. En lugar de eso, se quedó parada a la mitad de la acera, contenta con imaginarlo.

Escuchó su voz, bastante alta, llena de frustración. Una sola palabra, la clara evidencia de lo que sentía. El reluciente parachoques apareció cuando movió poco a poco el carro hacia atrás. Lo estacionó sobre la acera como para poder abrir la puerta delantera hacia los escalones del frente. Observó cómo subía la ventanilla. Frunció los labios. No sería conveniente reírse de alguien tan orgulloso. Él volvió a instalar ese artilugio rojo y salió. Ella oyó el chasquido cuando trabó las puertas con su varita mágica. Se guardó el llavero en el bolsillo y caminó por el miserable césped en mal estado y lleno de maleza. Para cuando la alcanzó, parecía haber recobrado la compostura.

—No podía abrir ninguna de las dos puertas —dijo, sonriendo desoladamente—. Su entrada es demasiado estrecha.

—Su carro es demasiado ancho. —Le sonrió inocentemente—. Si midiera quince centímetros menos, podría haber salido por la ventanilla.

Corban sintió el calor que subió por su cuello y cubrió su rostro hasta donde nacía su cabello.

—Podría habérmelo advertido.

—He aprendido que la experiencia es una mejor maestra. —Levantó una mano—. Su brazo, por favor. Como habrá notado, soy vieja. Por eso necesito apoyo.

Estuvo a punto de decir que le compraría un bastón. El que ella quisiera. ¡Con una empuñadura de cabeza de dragón! Sin embargo, el atractivo de aprobar con una A la asignatura del profesor Webster se apoderó de él y tuvo que morderse la lengua. Debía mantener el rumbo. Tomó aire despacio y logró pronunciar un rígido:

—Será un placer, señora.

—Vaya tontería. —Le pareció escucharla decir.

Ninguno dijo una palabra más durante las cinco cuadras y, cuando llegaron a la tienda, Leota

Reinhardt fue la que habló.



—¡Nunca en mi vida había sentido tanta vergüenza! —Corban lanzó su chaqueta deportiva sobre una silla—. Para cuando llegamos a la mitad del supermercado, ¡quería comprar cinta adhesiva y cerrarle la boca a esa vieja bruja!

—Vaya humor que trajiste. —Ruth se rio—. ¿Qué pasó?

—¿Qué no pasó? En primer lugar, me hizo limpiar la ventana del frente. Deberías haber visto esa pocilga, Ruth. Luego, se encaprichó con caminar las cinco cuadras hasta el supermercado. Cuando llegamos, tardó una hora en recorrer la sección de frutas y verduras, para ir a quejarse al gerente del departamento de productos agrícolas que ya nada tiene un sabor auténtico. «¡Da igual comer plástico!», decía, y tendrías que haber visto la cara del tipo. Luego, empujó el carrito hasta la sección de carnes y señaló que todo está empaquetado para familias. «Uno tiene que comprar diez chuletas de cerdo para conseguir un precio decente. ¿Sabe cuánto tardaré en comer diez chuletas de cerdo?», dijo. Y todo eso no fue nada, comparado con lo que le dijo a la pobre cajera. Esa vieja le contó a la chica que ella acostumbraba comprar chuletas de cerdo por cinco centavos cada una, y que ahora el precio de un solo tomate es peor que un asalto en la carretera.

—Cálmate, Cory. No puede haber sido tan malo.

—Tres bolsas con provisiones, Ruth. ¡Bolsas repletas! Tuve que cargar dos de ellas por cinco cuadras en subida. Se detuvo un par de veces, pero justo cuando creía que podía apoyarlas en el suelo y descansar un minuto, empezaba a caminar otra vez. Apoyó su bolsa en la baranda de su porche y se puso a revolver su cartera durante cinco minutos, buscando la llave. Me dolían los brazos. Estaba a punto de dejar caer todas sus cosas y largarme, cuando abrió la puerta y me dijo que llevara las bolsas a la cocina. Volví y llevé la otra también porque sabía que si no lo hacía, tendría que esperar media hora más a que caminara desde la puerta delantera hasta la cocina con la bolsa. Le ofrecí guardar sus cosas y me dijo que podía hacerlo ella misma. Y entonces, ¡me dio una moneda de veinticinco centavos!

Ruth se rio.

—Bueno, supongo que en su época eso se consideraba una buena propina.

Corban sabía que no había sido por eso.

—Lo hizo por maldad.

—¡Ay, por favor! ¿Por qué haría algo así?

—Tendrías que conocerla para entender. —Abrió bruscamente la puerta del refrigerador y miró adentro. Mascullando una maldición, sacó una botella de vino tinto. La apoyó en la encimera, abrió el gabinete y buscó un vaso limpio. Al no encontrar uno, miró rápidamente el fregadero—. ¿Tuviste visitas o algo por el estilo?

—La reunión de mujeres «defensoras» fue aquí esta tarde —dijo ella, distraída con sus estudios—. Disculpa. Todavía no he podido lavar los platos.

Sofocando su irritación, cerró de un portazo el gabinete y abrió otra puerta. Sacó una taza.

—No será tan fácil ni tan rápido como pensé.

—¿Qué cosa?

—La vieja.

—Bueno, ¿y contestó alguna de tus preguntas? ¿Trataste de conseguir alguna información?

—¿Estás bromeando? No tuve la oportunidad de hacer ni una sola pregunta. Antes de los primeros diez minutos de estar ahí, supe que no iba a sacarle nada útil hasta que no tenga cierto tipo de vínculo con ella. Y sabe Dios cuánto tiempo llevará eso. —Bebió de un trago media taza de vino. Su cabeza latía fuertemente. Nada como un dolor de cabeza por tensión para que uno

deseara beber. Después de pasar algunas horas con Leota Reinhardt, tenía ganas de agarrar una botella por el cuello y tomársela entera.

Ruth anotó algo en su cuaderno y lo miró un instante, antes de volver a prestar atención al texto apoyado sobre dos pilas de libros.

—Entonces, ¿por qué no buscas otra manera de cumplir con los requisitos de esa asignatura? Piensa en ir a alguna reunión de adultos mayores o algo por el estilo.

—El profesor Webster no quiere una docena de opiniones. Quiere un estudio de caso. Ya invertí tres horas en esta anciana. No voy a desperdiciar ese tiempo por la remota posibilidad de que tenga mejor suerte con otra persona.

Ruth entrecerró los ojos al escuchar su tono.

—Es tu informe. —Se encogió de hombros—. Haz lo que quieras.

Corban se irritó ante su indiferencia. Necesitaba desahogarse y ella acababa de dejarle en claro que no tenía el tiempo ni la inclinación para escuchar. Inclinada otra vez sobre su libro de texto, resaltó un renglón con un marcador amarillo antes de anotar el punto importante en su cuaderno. Prácticamente, fue como si colgara un letrero diciendo: «Desaparece. Estoy estudiando».

Terminó el vino y dejó la taza en el fregadero. No tenía tiempo para albergar resentimientos. Tenía que tranquilizarse y dedicarse a las tareas de lectura que se apilaban después de cada clase. Ruth estaba en lo cierto: debía concentrarse.

La dejó sola en la mesa de la cocina y fue a la sala. Su escritorio estaba junto a la ventana que daba al pulcro jardín del edificio de departamentos, donde había una piscina. Le gustaba poder mirar hacia afuera. Ruth bromeaba diciendo que lo hacía porque quería ver chicas en traje de baño, pero no era por eso. No le gustaba la sensación de estar entre cuatro paredes. A Ruth no le importaba tener una pared frente a ella. Decía que estudiaba mejor rodeada de muros y de privacidad. Él también había notado que a ella le agradaba estar cerca del refrigerador y de la cafetera.

A pesar de sus idiosincrasias, las cosas parecían andar bien. Él tenía su espacio y ella el suyo.

Entonces, ¿por qué seguía furioso?

Sentándose en su escritorio, amontonó algunos papeles de la reunión de Ruth y los lanzó al piso. Alguien había abierto uno de sus cuadernos y había garabateado una página entera. Apretó los dientes, la arrancó, hizo una pelota con la hoja de papel y la arrojó al cesto de la basura. Cuando abrió el cajón del centro del escritorio, descubrió que quedaba un bolígrafo en la bandeja de acrílico. Él los compraba por docena.

—Hazme un favor, Ruth. ¡Dile a tus amigas que no se acerquen a mi escritorio!

—Lo siento —le gritó ella—. ¿Qué te falta?

—Bolígrafos. Otra vez.

—Te traeré algunos más cuando vaya a la tienda.

—¿Cuándo irás?

—No ahora mismo. —Percibió cierta aspereza en su voz—. ¿Por qué no tomas un café?

Cualquier cosa que lo mantuviera callado. Lo último que necesitaba era una dosis de cafeína. En este momento se sentía a punto de explotar. No solo por Leota Reinhardt. Era por la universidad. Por el profesor Webster y sus exigencias ridículas. Por toda su asquerosa vida.

Echó un vistazo al departamento, ahora hecho un lío después de que las amigas de Ruth vinieran a hablar de cómo el mundo maltrataba a las mujeres. Como la discriminación positiva había sido descartada, creían que las mujeres estaban recibiendo un trato injusto. Sí, bueno, a él

le gustaría saber quién estaba recibiendo el trato injusto aquí. Él había ordenado todo esta mañana. Ahora, los cojines estaban desparramados caóticamente, los recipientes semivacíos de papas fritas habían quedado sobre la mesa de centro, donde también había una fuente con salsa Ranch solidificándose. La alfombra necesitaba ser aspirada otra vez. Los periódicos estaban al revés y desparramados en el piso. Eso lo fastidiaba. Estas mujeres estaban tan obsesionadas por la igualdad de derechos que se habían olvidado completamente de los actos más simples de buena educación.

Empujó la silla hacia atrás y volvió a entrar a la cocina.

—No me quejo de que tus amigas vengan a casa, Ruth, pero llegué a mi límite. O se ponen a ordenar el lugar antes de irse, o que se reúnan en otra parte.

Ella parpadeó un instante, como si estuviera a punto de contestarle; luego, su expresión pasó de apenas enojada a sumamente resignada.

—De acuerdo. Me ocuparé de ello. —Se levantó y dejó sus libros a un costado—. Debí haberlo hecho antes de que llegaras a casa. Trata de calmarte, ¿quieres? Te pones muy tenso por nada.

Entró a la sala. En pocos minutos, recogió los periódicos, los folletos y las servilletas, y arrojó todo al cesto de la basura que había junto a su escritorio. Corban colaboró llevando los recipientes con las papas fritas y la salsa mientras ella sacaba a rastras la aspiradora del armario y la enchufaba. Él metió todo en la bolsa de la basura.

—Deja los platos, Cory. ¡Yo los lavaré! —gritó Ruth por encima del zumbido de la aspiradora que estaba pasando de un lado al otro. Lo hizo rápida y descuidadamente, la desenchufó tirando del cable y lo enroscó varias veces en la manija antes de volver a meter la máquina dentro del armario.

Regresó a la cocina.

—Dije que yo lavaría los platos. —Lo apartó de un empujoncito—. Solo que no puedo hacer todo a la vez, ¿sabes?

Él se apartó de su animosidad, queriendo ser comprendido.

—No me gusta el caos.

—Pues, buena suerte. Hay caos en todas partes.

—No tiene por qué haberlo en mi departamento.

Ella lanzó el fregador de los platos al piso y lo enfrentó con unos ojos resplandecientes por el enojo y las lágrimas que asomaban.

—¡Mira! Lamento que hayas tenido un día horrible, pero no te desquites conmigo. —Le dio la espalda y siguió lavando los platos—. A veces, eres tan irrazonable. Yo iba a limpiar. Solamente quería terminar una parte del trabajo primero. Te comportas como si nunca hubiera hecho mi parte.

—No dije eso.

—¿No lo dijiste? ¿Qué es más importante, Cory: tener un departamento inmaculado, o graduarse con honores? ¡A veces, pienso que el único motivo por el que me pediste que viniera a vivir contigo fue para tener una sirvienta!

Nada que ver, teniendo en cuenta la infinidad de veces que hacía el trabajo de ella. Pero se dio cuenta del humor que tenía ahora, un humor que se encargó de dejar perfectamente en claro que era por culpa del malhumor de él, y cerró la boca.

Tal vez sí estaba exagerando. Quizás estaba haciendo un gran problema por nada. Había cosas más importantes en el mundo que tener los platos lavados y guardados, y los cojines en su

sillón correspondiente. Un poco de caos nunca había matado a nadie, ¿verdad? ¿Por qué permitía que lo fastidiara tanto? Ella le había advertido desde el principio, antes de mudarse con él, que no era la persona más ordenada del mundo.

Quizás ver cómo vivía esa anciana en una casa llena de mugre y cubierta de polvo había sido el detonante para él.

Observó a Ruth. Estaba furiosa. Apenas lavaba y enjuagaba los vasos. Él estaba seguro de que si decía una palabra más, ella empacaría sus cosas y se iría. Más tarde haría las paces con ella. Comida china para llevar. Una rosa roja. Todo quedaría en el olvido.

Frustrado e inquieto, volvió a la sala, se sentó en su escritorio y anotó algunas cosas:

Leota Reinhardt. Cascarrabias. Exigente. Padece artritis. Necesita alguien que la cuide. Senil (¿?). No mencionó a su familia. Vive en la miseria. Único sustento económico: Seguro Social (¿?). Estudios (¿?).

No sabía mucho, teniendo en cuenta el tiempo que había pasado con ella. La próxima vez, la haría hablar.

Corban encendió la computadora, abrió un archivo y escribió todo lo que había observado sobre la anciana y su entorno. Cuanto más pensaba en ella, más adecuada le parecía para su estudio de caso. Al fin y al cabo, quizás no perdió por completo el día.

Cuando terminó, se sintió un poco más satisfecho. La próxima vez, iría mejor preparado. Al menos, ya sabía qué esperar. Le llevaría alguna cosita, también. Tal vez si se mostraba un poco más encantador, podría sacarle alguna información.

Repasó sus notas y sonrió; luego, arrugó sus anotaciones manuales y las arrojó al cesto de la basura. Apretó la tecla para cerrar el documento y guardar los cambios. A continuación, siguió con otros asuntos más importantes y apremiantes, con lo cual dejó a Leota Reinhardt archivada y olvidada.

CAPÍTULO 4

—NO ME SORPRENDE QUE TE HAYAS IDO, princesa. Sabía que sucedería algún día. Sabes que puedes venir a vivir conmigo y con Mónica en San Diego cuando lo desees. Nos encantaría recibirte.

Annie suspiró.

—Lo sé, papi, pero no puedo hacer eso. Sabes cómo lo tomaría mamá. —Su madre culparía de todo a su segundo esposo, Dean Gardner, el padre de Annie. A lo largo de los años, él había sido un conveniente chivo expiatorio para varias cosas.

—¿Qué es ese ruido de fondo, Annie? —le dijo él—. ¿Tienes una fiesta en casa? —Lo dijo como si aprobara la idea.

—No, papá. Es un loro. Susan está cuidando un pájaro. A veces puede ser más ruidoso de lo que debería.

—Habla como si estuviera conversando con alguien.

—Repite las cosas que escucha en la tele. Su dueño la deja encendida para que tenga compañía mientras él se va a trabajar.

—Volviendo a tu madre, cariño, ella ve las cosas exactamente como quiere verlas. —Había un tono distinto y familiar en su voz—. Tienes que empezar a vivir tu propia vida y dejar de vivirla para ella.

—Lo entiendo, papi, pero no quiero quemar mis naves. La amo. Quiero poder ir a verla y hablar con ella sin...

—Buena suerte.

Annie suspiró y se frotó la frente. Sabía que había sentimientos amargos entre su madre y su padre. A veces, era agotador sentir que ella era como la base de un subibaja de resentimientos y rencores que crecían en virulencia. De un lado y del otro, ida y vuelta. ¿Acaso nunca se terminaría? ¿Por qué no podían entender que ella los amaba a los dos? Ambos albergaban sus propios intereses para ganarse la confianza de Annie. Ella lo sabía. Lo entendía. Y era doloroso porque, se dieran cuenta o no, tanto su madre como su padre la usaban como un arma contra el otro.

Quizás llamarlo no había sido la idea más brillante. Tal vez, debería haber esperado hasta que sus propias emociones fueran más claras.

—Perdón, cielo. Escucha. Dame la dirección donde estás quedándote y te enviaré un poco de dinero para ayudarte a empezar.

—Tengo dinero, papi. Estoy viviendo con Susan Carter. Te acuerdas de ella, ¿verdad? —Le dio la dirección.

—¿En San Francisco? ¿Segura que quieres vivir en la ciudad?

Notó la aprehensión que había en su voz.

—El lugar donde vivimos cuenta con un sistema de seguridad. Tenemos un portero automático para dejar entrar a las personas. Es un departamento pequeño y bonito, con una cama abatible. Yo uso un futón.

—¿Una cama abatible? ¿De qué época es ese edificio?

Ella se rio.

—Deja de preocuparte, papi. Ya soy una chica grande, ¿recuerdas?

—¿Estás segura de que no quieres venir a San Diego? Estoy convencido de que podrías entrar sin problemas a la Universidad de California, teniendo en cuenta tus calificaciones y los puntajes que obtuviste en los exámenes de admisión. Fuiste admitida en Berkeley, ¿verdad? Aunque tuvieras que esperar hasta el próximo semestre...

—No iré a la universidad, papi.

—¿A ninguna universidad?

—Estudiaré, pero no iré a ningún lugar como Wellesley ni Cal. Me inscribí en dos cursos del Instituto de Bellas Artes. —Cuando él no dijo nada, supo que lo había sorprendido. ¿Su silencio también significaba descontento? Una cosa era decirle a su hija que hiciera lo que le dictaba su corazón, y otra muy distinta enterarse de que había desestimado cuantiosas becas de universidades y colegios prestigiosos para tomar un par de cursos de arte—. Trata de no preocuparte, papi. Siento que Dios está guiándome a hacer esto. Todavía no sé el porqué, pero tengo que ir hacia donde siento que Él me está llevando.

—Cariño...

Había intentado hablar abiertamente con su padre, pero era difícil. Lo que ella decía él no lo valoraba porque no era creyente. Decirle que Dios la estaba guiando era algo que siempre lo ponía nervioso. Pero no podía mentir. Era difícil hacerlo entender que necesitaba estar en el lugar donde Dios quería que estuviera. Y ella sentía su presencia innegable en su obra artística. Cuando dibujaba o pintaba, tenía una sensación de pertenencia, una cercanía con el Creador, quien le estaba abriendo los ojos, los oídos y el corazón al mundo que la rodeaba.

Un mundo que incluía a miembros de su familia hechos pedazos por el divorcio y la disfunción.

Y, quizás, una abuela que guardaba alguna llave para entender a su madre y a sí misma.

—El punto es que me mantenga sola, papi. ¿No es lo que dijiste? No quiero vivir en la opulencia, sino en el departamento de Susan, que es lindo y espacioso. Estamos bastante cerca del zoológico y de la playa como para que pueda ir trotando. En el lugar donde Susan trabaja se abrió una vacante, así que ya tengo un empleo reservado.

—¿Qué clase de empleo?

—Como mesera. Es en un restaurante de primera categoría. Ganaré lo suficiente para pagar mi parte de los gastos y del alquiler.

—¿Cómo se llama?

—El Clavo de Olor.

—¿Quién querría comer en un lugar llamado «El Clavo de Olor»?

Ella se rio.

—Cualquier persona a la que le gusten las especias y el ajo. Es un restaurante muy conocido, papi. El ajo es lo que está de moda. Es muy bueno para ti.

—Te mandaré los cheques que le enviaba a tu madre.

Su padre tenía su propia manera de manifestar su desaprobación.

—No llamé para pedirte dinero, papi. Tengo dieciocho años. Soy adulta ahora. ¿Recuerdas? Guarda tu dinero.

—Ante los ojos de la ley quizás seas una adulta —dijo él con tristeza—, pero sigues siendo mi chiquita.

Los ojos de Annie se llenaron de lágrimas.

—Necesito valerme por mí misma.

Él se quedó callado por un momento.

—Entonces, no llamaste para pedir dinero ni consejos.

—No.

—Sabes que te amo, ¿verdad? —dijo él tiernamente.

—Sí. —Apretó los labios. Le dolió el corazón.

—¿Qué pasa, mi amor? ¿Qué te dijo tu madre antes de que te fueras?

Annie cerró los ojos. Las cosas hirientes que le había dicho su madre seguían viniendo a ella como la marea y llenándole la cabeza de restos de un naufragio. Su padre era demasiado perceptivo, pero no iba a darle el gusto de hablar de los comentarios dolorosos de su madre. ¿Para qué echarle leña al fuego de la amargura?

Quizás su madre tenía expectativas muy por encima de lo que cualquier ser humano podía hacer realidad, pero su padre tampoco era perfecto. Mónica era la segunda mujer con la que había convivido en los últimos cuatro años y tenía menos de la mitad de su edad. La madre de Annie decía que su padre tenía complejo de Peter Pan; su padre decía que la experiencia de haber estado casado con Nora bastaba para curar de por vida a cualquier hombre.

—¿Puedes hablarme de la abuelita Leota, papi?

—¿Leota? ¿Por qué la mencionas?

—Tengo curiosidad. Es mi única abuelita todavía viva y, realmente, no la conozco.

Él no dijo nada por un momento, y Annie sintió que estaba sopesando con mucho cuidado sus palabras.

—Debe andar ya por sus ochenta años —dijo—. Apenas la vi un par de veces.

—¿Cómo es?

—Ah, no lo sé. Normal, supongo. Me caía bien.

—¿Puedes ser más específico?

Él dejó escapar una carcajada seca.

—No es mi intención insinuar que me agradaba solo porque tu madre tiene cierto rencor muy arraigado contra ella. Quiero decir que de verdad me agradaba. Las pocas veces que la visitamos, me recibió de buena manera. La última vez que la vi, había hecho un pastel alemán de chocolate, y salchichas caseras de carne y papas, y chucrut. Me moría de ganas por disfrutar de ese banquete. Por supuesto, no nos quedamos el tiempo suficiente para probar algo de eso. Tu madre empezó a atacarla diciéndole todo tipo de cosas sobre el pasado.

Ay, papá, no empecemos con eso otra vez.

—¿La abuelita dijo algo?

—No. La escuchó. Que yo recuerde, no dijo una palabra, aunque tampoco tuvo la oportunidad. Y nada de lo que hubiera dicho habría cambiado la situación. Ese día, tu madre se lució. Yo sentí vergüenza; realmente, mucha vergüenza. Nora los buscó a ti y a Michael, que estaban en el patio de atrás, y se fue al carro. No tuve otra opción más que pedirle disculpas a Leota e irme.

—¿Por qué nunca venía a nuestra casa?

—No la invitábamos. Las invitaciones siempre venían de ella. No, me retracto. Tu madre la invitó a nuestra boda.

—¿Y ella fue?

—Sí. También fue a la recepción. Y a tu bautismo.

—Entonces, puede conducir.

—No lo creo. No recuerdo haber visto un carro cuando íbamos a su casa. Y lo dudo. Trabajaba en una oficina cerca del lago Merritt. Creo que tuvo el mismo empleo durante años, aunque no sabría decirte qué hacía. Fuera lo que fuera, tu madre decía que quería más a su trabajo que a su familia.

Annie frunció el ceño. ¿A eso se refería su madre cuando dijo que ella era como Leota Reinhardt? Annie quería estudiar arte, ¿y tuvo que darle la espalda a las esperanzas que su madre tenía para ella para hacerlo?

¿Por qué tengo que elegir entre lo que mi madre quiere y lo que yo me siento guiada a hacer?

—¿Por qué el interés repentino en tu abuela, Annie?

—Siempre me hice preguntas sobre ella, papi. Simplemente tenía miedo de hablarle de ella a mamá.

—Y no es para menos. No es precisamente justa cuando se trata de su madre. ¿Por qué no vas a ver a Leota y decides por ti misma?

—Lo he pensado, pero...

—Déjame adivinar: tu madre lo tomaría a mal. ¿Cierto?

—Bueno... —Si su madre se enteraba, se sentiría herida. Se sentiría traicionada. Pero ¿por qué tenía que ser así? ¿Qué había sucedido para que hubiera semejante animosidad de parte de su madre? ¿Era recíproca esa animosidad? Su padre le había dado a entender lo contrario, pero él tenía su propia agenda. Sin embargo, Annie no dejaba de preguntárselo. ¿Podía ser simplemente una cuestión de personalidad el distanciamiento entre su madre y su abuela? ¿O pasaba algo mucho más profundo?

«¡Eres igual a tu abuelita Leota!».

¿Qué significaba eso realmente?

¿Quién era Leota Reinhardt? ¿Qué había hecho para convertirse en una persona no grata?

—Mira, cariño, si vives el resto de tu vida tratando de complacer a tu madre, tendrás muchas aflicciones.

—Papi...

Él suspiró largamente.

—Está bien. Te dejaré en paz. Es tu decisión. —Titubeó—. ¿Qué noticias tienes de tu hermano? —Su tono fue tan seco que Annie hizo un gesto de dolor. Él nunca se había llevado muy bien con su hijastro. Michael era el fruto del primer matrimonio de Nora con Bryan Taggart. Taggart se había retirado de la vida de su hijo ni bien concluyó el divorcio. En ese momento, Michael tenía tres años. El padre de Annie le dijo una vez que su madre había hecho todo lo posible por sacarle dinero al padre de Michael para los gastos de manutención. Sin embargo, los honorarios legales y los trastornos emocionales no habían valido lo que su madre llamaba «la insignificante suma de dinero por remordimiento».

Taggart se mudó a otro estado, volvió a casarse y tuvo otros hijos. Cuando Michael tenía dieciséis años, averiguó dónde estaba su padre y se puso en contacto con él. De alguna manera, su madre se enteró. Tenía un sexto sentido para esas cosas. Esa única llamada telefónica había sido una especie de hedor nauseabundo para sus fosas nasales. A veces, era como un sabueso

para los asuntos que ella consideraba contrarios a su autoridad. En esa oportunidad, captó el leve rastro, siguió la pista y acorraló al pobre Michael y le sacó la confesión a fuerza de reclamos. Annie nunca olvidaría ese destripamiento verbal.

«¿Cómo pudiste hacerme esto? ¡Después de todo lo que sacrifiqué por ti! Te he amado y he estado ahí para ti toda tu vida, ¡y este es el agradecimiento que recibo!». No es que Taggart le hubiera abierto la puerta a Michael. De hecho, por lo poco que Annie recordaba de aquella terrible pelea entre su medio hermano y su madre, Taggart había dejado en claro que no le interesaba buscar una relación con su hijo.

¿Le sucedería lo mismo a ella cuando hablara con su abuela? ¿Quedaría la puerta eternamente cerrada para ella? ¿Y si su madre se enteraba de que había ido a ver a su abuela?

—¿Annie? —La voz de su padre la trajo de vuelta al presente.

—Oh, Michael está bien, por lo último que supe.

—¿Cuándo fue eso?

—En Navidad. Mandó una nota —dijo rápidamente para no mencionar que la nota iba dirigida solamente a su madre. A pesar de que ella idolatraba a Michael, él nunca se había interesado mucho en ella. La nota había sido solo eso, una nota corta y al grano. Lo habían ascendido y estaba ganando más dinero; ambas novedades para alegrar a su madre y para justificar por qué nunca tenía tiempo para ir a visitarla—. Lo llamé y le dejé un mensaje para avisarle que me mudé.

—Ajá...

—Está ocupado, papi. Sabes que trabaja muchísimo.

Su padre no dijo nada a eso, lo cual estuvo bien. Nada de lo que dijera aliviaría el dolor que Annie sentía. La verdad era que a su medio hermano no parecía importarle nadie más que él mismo. Era cierto que tenía poco tiempo para dedicarle a la madre que lo consentía y que presumía de él cada vez que tenía la oportunidad. «Mi hijo, el que se graduó con honores en Columbia... Mi hijo, que fue buscado y contratado por una de las empresas de Fortune 500... Mi hijo, que es tan apuesto que podría ser modelo de la revista GQ...». Nora Gaines disfrutaba la gloria que le confería ser la madre de Michael Taggart.

—Si decides ir a ver a tu abuela, salúdala de mi parte, ¿quieres?

—Todavía no he decidido si iré o no, papi.

—Espero que lo hagas, cariño. Algo te está consumiendo. Y nunca es bueno dejar que otro piense por ti. Ni siquiera tu padre, que te adora.

Durante los días siguientes, Annie pensó en su abuela. Parecía que no podía sacarse de la cabeza a Leota Reinhardt. Pensó en todo lo que recordaba de ella, que no era mucho, y en todo lo que su madre le había contado sobre ella, nada de lo cual era bueno. No podía quitarse de encima la sensación de que debía ir a ver a su abuela, sea cual fuere el costo.

Y el costo sería alto. Podía contar con eso. Sin embargo, una semillita de intranquilidad estaba echando raíz y creciendo en su interior.

¿Por qué, después de todos estos años, eso la molestaba tanto? ¿Solo porque su madre la había acusado de ser como su abuela? No era la primera vez que le disparaba ese proyectil. ¿Por qué ahora había dado en el blanco? ¿Por qué tenía que dolerle tanto que la comparara con alguien a quien no conocía? Tal vez era porque implicaba que su deseo de tomar otro camino que el que había sido trazado para ella era, por alguna razón, erróneo y malo. ¿Qué había hecho Leota? ¿Y

por qué?

Annie oró por la situación y por todo lo que la estaba incomodando. Oró por ser liberada de ella, pero la liberación no llegó. En cambio, el empujoncito suave se convirtió en un empujón. Incluso durante sus ratos devocionales en la Palabra, su abuela venía a sus pensamientos. «Yo soy la vid; ustedes son las ramas». Annie sabía muy bien que ese versículo bíblico se refería a Jesús; entonces ¿por qué Leota Reinhardt aparecía en su mente cada vez que lo leía?

¿Era porque la abuela Leota era la última vid del lado materno de la familia? Su abuelo había muerto antes de que ella naciera. Solo había oído hablar de los bisabuelos Reinhardt. Todo lo que su madre contaba de ellos eran recuerdos color de rosa que contrastaban con los tonos oscuros de la abuela Leota.

—Eran las personas más adorables que he conocido en mi vida —le había dicho su madre una vez—, y tan generosas. Por qué aguantaban a mi madre, nunca lo sabré. Ella nunca tenía tiempo para nadie, más que para sí misma.

«A menos que nazcas de nuevo...».

Señor, no entiendo lo que estás tratando de decirme. ¿Estás diciendo que Leota Reinhardt no cree en ti? No sé nada de ella, excepto que si voy a verla, lastimaré a mamá, si llegara a enterarse.

¿Qué pasaría con Leota Reinhardt? ¿Y si no conocía a Jesucristo como su Salvador y su Señor? ¿Qué sucedería entonces?

Esa preocupación empezó a ser más importante que todo lo demás. ¿Qué sería de Leota Reinhardt si nunca nadie se había preocupado por transmitirle la buena noticia de Jesucristo? Annie se sentía acosada por la culpa. La enfrentaba en cada posibilidad que exploraba. Se sentía culpable por no ir a Wellesley; se sentía culpable por decepcionar a su madre; se sentía culpable por haber llamado a su padre y por tratar de sacarle alguna información sobre Leota Reinhardt porque eso simplemente le había dado más leña para echar al fuego del odio que sentía por su madre; se sentía culpable por no hacer nada.

Lo peor es que eso hablaba de cuán profunda era su fe. Si podía quedarse donde estaba, segura y callada, era mejor que desechara su fe. Si no estaba dispuesta a arriesgar algo, más bien, todo, para transmitir la realidad del reino del Señor a su propia abuela, mejor sería que cerrara la Biblia y fuera a Wellesley, a Cal, o a cualquier lugar donde el más tenaz de sus padres considerara que debía ir.

Señor, no puedo seguir así. No puedo. Soy débil. Estoy tropezando. ¿De qué sirve mi fe o mi testimonio, si mi propia familia es un desastre?

Cuanto más reflexionaba en lo poco que sabía sobre la anciana, más comprendía que tenía que ir y descubrir por sí misma en qué condición estaba su abuela ante el Señor. Y quizás en el proceso se enteraría de lo que había pasado para levantar las murallas altas y gruesas que había entre su abuela y su madre.

«Hoy te doy a elegir entre una bendición y una maldición...».

¿Cuál era Leota Reinhardt?

Ay, mamá, ¿qué hay en mí que te hace ver a la madre que desprecias?



Leota estaba sentada con la mirada fija en el televisor. Ya había descifrado las palabras del dicho popular y estaba esperando que la rubia escultural con el vestido verde de satén girara el siguiente cuadrado. «T», dijo Leota en voz alta. «¡T!». ¿Cuánto más fácil podía ser? E _ _ _O S_ _ T _ N E _ E S_ _ A. Podía leerlo claramente, como si ya hubiesen girado el resto de las letras. EL TÍO SAM TE NECESITA. Hasta podía ver el afiche con el caballero barbudo con el sombrero de copa, señalándola.

—Me gustaría girar otra vocal —dijo el participante y mencionó la letra I.

Indignada, Leota se levantó y caminó hasta el televisor. Se agachó y giró la perilla para cambiar de canal, desesperada por encontrar algo interesante o desafiante, cualquier cosa para pasar el rato y no darle una patada a la pantalla de vidrio.

Una repetición de Dallas. Clic. Noticieros. Clic. Un programa con invitados sobre madres que les habían quitado el novio a sus hijas.

Fantástico.

Clic. Una película sobre una madre que tramaba el asesinato de una porrista de la escuela preparatoria para que su hija pudiera ganar un concurso. ¡Los comerciales aseguraban que era un docudrama!

La basura es basura, por muy sofisticado que sea el nombre que le den.

Clic. Una música salida directamente del infierno, con demonios que danzaban. Clic. Una película vieja. Leota la había visto en el año 1947, más o menos. En aquel entonces, no era muy buena. Dudaba que los años la hubieran mejorado. Clic. Boxeo. Adecuado para su estado de ánimo, pero no para su susceptibilidad. Clic. Policías de la vida real en acción. Ah, eso debía ser casi tan divertido como las repeticiones de las audiencias de Clinton.

¿Por qué querría alguien ver estos programas? La gente ya estaba suficientemente deprimida. ¿Querían las cadenas televisivas que la gente tuviera ideas suicidas? Tal vez era eso. Una conspiración del gobierno. Probablemente, Oliver Stone ya estaba trabajando en una película sobre el tema. Con suerte, estaré muerta antes de que llegue a la televisión.

Clic. Teletiendas. ¿Qué estaban vendiendo esta noche? Alhajas de jade del Oriente. De China. De Japón. Nuestros nuevos mejores amigos. Qué sorprendente era cómo la gente se olvidaba de la historia cuando ponían a su disposición mercancías baratas.

—¡Ah, pura basura! —Leota apretó la perilla para apagarlo. Se enderezó en el silencio y miró hacia afuera por la sucia ventana delantera. Afuera se veía oscuridad, excepto por la vacilante luz de la farola. El reloj de la repisa de la chimenea dio las once de la noche. No estaba cansada en lo más mínimo. ¿Cómo podía estarlo, después de haber dormido la siesta en el sillón toda la tarde? Sabía que se había dormido porque tenía el cuello tieso. Le esperaba una larga noche de insomnio.

Miró las fotografías sobre la repisa. La más reciente que tenía de Eleonora era de hacía cinco años. Era un retrato navideño de la familia. Muy profesional. Muy refinado. Eleonora tenía puesta una blusa roja de satén y un collar de perlas. Auténticas, por supuesto. Su marido, Fred, se veía atractivo con su cabello grueso y blanco y un costoso traje oscuro. Michael miraba fijamente

a la cámara con sus arrogantes ojos oscuros y la pequeña Annie se veía muy hermosa con su largo cabello rubio rojizo. Con rizos naturales, igual que su padre.

Qué hombre tan apuesto había sido Dean Gardner. Y qué lástima que el matrimonio se hubiera roto. Él le agradaba. Dean no era como el primer marido de Eleonora, Bryan Taggart, ni tan centrado y exitoso como Fred Gaines. Pero le parecía una verdadera pena que los problemas no hubieran sido limados desde el comienzo. Los problemas que no se resolvían encontraban la manera de crecer como la maleza en el jardín. Si se les daba plena libertad, los problemas se convertían en un estilo de vida que asfixiaba todos los buenos recuerdos, las lecciones aprendidas, las metas y el claro discernimiento. Tarde o temprano, terminaban matando al amor mismo.

Dios, ¿cómo puede despreciarme tanto la hija a la que amé tan entrañablemente? Contéstame eso, Señor. ¿En qué me equivoqué?

Leota se afligía de solo pensar en Eleonora. ¿Qué le pasaba a su hija? Tres matrimonios, dos hijos sobresalientes en todo, una casa protegida por un portón de hierro, carros elegantes, vacaciones en Europa y, aun así, Eleonora no era feliz.

He estado orando por ella durante años, y ¿de qué sirvió? Me doy por vencida, Señor. Ocúpate Tú de ella.

Cerró los ojos con el corazón dolorido. Solo una vez, me gustaría escuchar a alguien de mi propia carne y sangre decir que me quiere tal como soy. Solo una vez, me gustaría que mi hija viniera a visitarme y me dijera gracias por todos los sacrificios, en lugar de hacer una lista de todas mis faltas. Solo una vez, quisiera escuchar que Eleonora o Jorge dijeran: «Gracias, mamá. Valoro todo lo que hiciste».

Ni en sueños.

Ay, Dios mío, ¿por qué no puedo irme ahora a casa, contigo? De todas maneras, ¿qué estás esperando? Ya hice todo lo que pude en este mundo. Estoy vieja. Soy inútil. Me duele todo, por dentro y por fuera. Me paro aquí, en la sala, a mirar las fotografías de mi familia. Me dan ganas de llorar. Cada uno tiene su propia vida, y en esas vidas no hay lugar para una anciana. Estoy cansada de escuchar que Eleonora me diga qué pésima madre he sido. Estoy cansada de poner la otra mejilla. Estoy cansada de encender el televisor para oír otra voz humana. Estoy harta de sentarme en el rincón de mi cocina a mirar mi jardín agonizante. ¡Estoy cansada de vivir! ¡Ay, Dios, quiero irme a casa!

«Mi propósito es darles una vida plena y abundante».

El corazón de Leota palpitó fuertemente; la ira fluyó en su interior. ¿Vida abundante? En la próxima vida, tal vez, pero no aquí. No ahora. ¿Por qué me haces esto? ¿Qué hice alguna vez para merecer este tratamiento? Me gustaría saberlo.

«¿Dónde estabas tú cuando puse los cimientos de la tierra? ¿Alguna vez has ordenado que aparezca la mañana? ¿Puedes tú contener el movimiento de las estrellas y restringir el paso de las Pléyades o de Orión?».

Sollozando, Leota se sentó en su sillón gastado. Yo sé quién eres Tú. Sé que puedes hacer todas las cosas. ¿Acaso no Te he adorado desde que tengo memoria? ¿No me encontraba contigo todos los días, en mi jardín, y me apoyé en Ti durante todos aquellos años de... Oh, Dios, ¿no lo entiendes? Estoy cansada de ser malinterpretada. Estoy cansada del dolor de vivir. Cansada de estar sola.

—Quiero irme a casa. Por favor, deja que me vaya a casa. —Volvió a recostar su cabeza hacia atrás y dejó que las lágrimas cayeran libremente por sus mejillas. ¿Por qué estaba esperando Él?

Deja de lloriquear.

Una imagen le vino a la mente... un caldero lleno de oro. El oro hervía y las impurezas negras subían, como espectros, a la superficie del líquido dorado.

¿Esa soy yo, Señor?

«Espera en el Señor y verás lo que haré».

Como si tuviera alguna opción...



Corban estaba sentado en su escritorio, anotando ideas de cómo llevarse bien con el lado bueno de Leota Reinhardt y hacer más fácil la tarea. Llevar un carrito con ruedas para las compras del supermercado. Conseguirle un bastón. Limpiar los vidrios. Hizo una mueca. Lo último que quería hacer era limpiar los vidrios de la vieja, pero si eso lograba que hablara con él, lo haría. Dio golpecitos con el lápiz. Algo fácil. Algo que no demandara demasiado tiempo ni esfuerzo. ¿Chocolates, tal vez? ¿Flores? Descartó ambas ideas. Apenas había tratado un par de horas a la mujer, pero estaba seguro de que si le llevaba bombones o flores, lo clavaría de las orejas a la pared y le lanzaría dardos a la cabeza por querer congraciarse con ella.

Dando un vistazo a su Rolex, notó que si no salía ahora para el campus, llegaría tarde a la clase del profesor Webster. Soltó el lápiz y levantó su mochila. Echándosela al hombro, salió por la puerta, dejando que se cerrara detrás de él. Caminando a zancadas hacia la universidad, pensó en alguna manera de convencer al profesor de que no le exigiera un estudio de caso. Tenía que haber alguna manera para evitar pasar más tiempo con esa vieja bruja.



Mientras estaba en la biblioteca sacando libros sobre Monet y van Gogh, Annie revisó en el mostrador de consultas un directorio telefónico de Oakland. Leota Reinhardt figuraba en el directorio, así como su dirección. Tal vez si Annie viera la casa, la recordaría. De camino a casa, paró en una gran librería y compró un mapa de Oakland.

Susan abrió la puerta y entró con una bolsa de provisiones.

«¡Llama a la policía!» chilló el lorito arcoíris que estaba en una percha junto a la ventana.

—Yo vivo aquí, Bernabé. Pájaro malcriado. ¿Volviste a hacer un desorden?

—Pasé la aspiradora hace un rato —dijo Annie con una gran sonrisa.

Susan apoyó la bolsa con las provisiones en la encimera.

—No servirá de nada. Se pondrá a desparramar las semillas otra vez. Creo que imagina que debe plantar cultivos para tener semillas el año próximo. Eres un pájaro bobo, Bernabé. ¡Pájaro bobo!

Bernabé abrió sus alas y las ahuecó como indignado por semejante insulto; luego, volvió a aplanarlas y la miró con desdén.

«Cuidao, chica».

Susan y Annie se rieron.

—Tienes los peores modales, Bernabé. No puedo entender por qué un policía querría tener una mascota. Claro, Raúl no necesitaba sacarte a caminar, ¿verdad? Lo único que tenía que hacer para tenerte contento era encender el televisor y dejarte suficiente comida. Lamentablemente, no tenemos televisor.

«En algún lugar todos conocen tu nombre», cantó el pájaro.

—No te quedarás con nosotras para siempre, ¿sabes? —Susan empezó a guardar las cosas.

—Me parece que podrías tenerlo más de lo planeado —dijo Annie.

—Raúl dijo que regresará de Los Ángeles en una o dos semanas. —Susan miró detenidamente al pájaro—. ¿Escuchaste, Bernabé? Dentro de una semana estarás fuera de aquí, compañero.

Annie sonrió.

—Hay un mensaje para ti. De Raúl.

Susan entornó los ojos.

—Ay, no. ¿Malas noticias?

—Depende de cómo lo veas. —Su sonrisa se amplió—. Lo contrataron. Ya dejó el depósito para un departamento amueblado. El problema es que la administración no admite mascotas.

—Eso no es una mascota. —Susan señaló al pájaro—. ¿Qué hay de sus cosas? Tiene que regresar...

—Las empacó antes de irse.

—Él lo sabía. ¿Por qué no vendió al pájaro y ya?

«¡Ven, gatito, gatito!», graznó el pájaro hacia ella.

Annie sonrió de oreja a oreja.

—Raúl dijo que sabe que cuidarás bien a Bernabé. No podía confiárselo a cualquiera, sino a alguien a quien le gusten los pájaros.

—¡Cabeza de chorlito, querrás decir! —Miró al pájaro—. Genial. Simplemente grandioso.

«¡911!», dijo Bernabé, imitando perfectamente a William Shatner y luego hizo el sonido de una sirena. «¡911!»

—Dices otra palabra más, ¡y te desplumo, te empaco y te congelo como este pollo! —Arrojó

el paquete de pollo al pequeño congelador.

—No lo dijo en serio, Bernabé —dijo Annie, riéndose.

—¿Crees que no? La única razón por la que accedí a cuidar a este pájaro fue porque extrañaba a mi canario. Era tan tierno. ¡Eso es una piraña con plumas! —Miró el mapa de Annie desplegado sobre el piso—. ¿Estás planeando un viaje?

—Uno corto. —Annie lo alisó un poco y terminó de trazar la ruta con un resaltador amarillo.

—¿Quién está en Oakland?

—Mi abuela. —Annie sonrió tímidamente—. Ni siquiera sé qué voy a decirle.

—Ya pensarás en algo. —Susan se dejó caer en el viejo sofá que había comprado en una venta de artículos de segunda mano. Su padre y sus dos hermanos lo habían transportado por el puente de la bahía de San Francisco en su camioneta y lo habían cargado hasta adentro del edificio. Cuando vieron que no cabía en el viejo ascensor Otis, lo subieron los cuatro pisos por escalera hasta el pequeño departamento, donde Susan los esperaba con emparedados, galletas recién horneadas y refrescos—. ¿Cuándo piensas que irás? —Susan quitó la tapita de su refresco.

—Mañana. No tengo que entrar a trabajar sino hasta las cuatro y no tengo ninguna clase.

—¿Cuánto hace que no la ves?

Annie se ruborizó.

—Cuatro años, creo. No lo recuerdo exactamente.

—¿Cuatro años? —Susan bebió un trago de su refresco y negó con la cabeza—. Nunca pasé más de dos semanas sin visitar a algún familiar. Tenemos parientes hasta debajo de las piedras.

Annie había conocido por lo menos a tres tíos de Susan y a unos doce primos durante sus visitas a su casa. Siempre se sentía un poco abrumada cuando estaba en la pequeña casa de los Carter, repleta de parientes, de un extremo a otro. Todos hablaban a la vez y lo hacían en voz alta. Los hombres se juntaban frente al televisor para mirar cualquier deporte de la temporada mientras las mujeres se reunían en la cocina para cocinar, conversar y reír.

—¿Alguna vez se enojó uno con otro?

—¡Ay, por supuesto! Alguien siempre está enfadado por algo. Las peleas más acaloradas se dan cuando nos sentamos a la mesa familiar y tío Bob o tío Chet empiezan a hablar de política, o cuando Maggie habla sobre la igualdad de derechos. Inmediatamente interviene papi en lo que sea.

Annie había visto a la hermana mayor de Susan solo unas pocas veces y le parecía lista y muy simpática.

—¿Maggie es defensora de los derechos de la mujer?

—Solo cuando la situación lo requiere, que es cada vez que viene a visitar a los viejos. —Susan sonrió—. Papi dice que el único motivo por el que las mujeres casadas y con hijos trabajan es porque la gente es muy ambiciosa y quieren demasiadas cosas. Por supuesto, mi mamá trabaja, pero eso no cuenta porque ella tiene un llamado. Nunca se sabe quién lanzará primero la carnada. Maggie le retruca y dice que a algunas personas les gustaría tener casas lindas y vivir en vecindarios decentes por la seguridad de sus hijos, y que la única manera de poder pagarlo es que los dos adultos trabajen. Entonces, papi le contesta que los vecindarios serían mucho mejores si las madres estuvieran todas en casa, cuidando a sus hijos, como se supone que deberían hacer. Y le dan mil vueltas a la discusión. —Se rio—. A veces se exaltan muchísimo.

—¿Se quedan enojados entre ellos?

—No más de una hora. Lo gracioso es que Maggie me contó que ella y Andy ya decidieron que, cuando quede embarazada, se quedará en su casa. Si la escucharas hablar, dirías que ella no

está en absoluto a favor del control demográfico ni de que el estado administre las guarderías. Lo cierto es que se parece a mi papi. Nada les gusta más que un buen y entusiasta debate. A papi le agrada hacer de abogado del diablo a la hora de la comida. De cualquier lado que estés, él tomará el lado contrario. Dice que es una buena manera de aprender a pensar. Esgrima mental, lo llama él. —Susan bebió un largo sorbo de refresco—. Nadie termina ofendido.

Annie no podía imaginar siquiera cómo sería debatir con su madre solo por diversión. Los combatientes tendrían que usar una armadura emocional porque cualquier intercambio de palabras en su casa se haría sin protectores de seguridad. A dos minutos de comenzar, su madre lo convertiría en un deporte sanguinario. «Los palos y las piedras pueden romper nuestros huesos, pero las palabras no me harán daño». La persona que recitaba ese cliché no conocía a su madre. Nora Gaines podía desmembrar a una persona con la lengua.

Annie se sentía casi enferma de culpa. ¿Qué clase de hija era?

Susan se levantó.

—Será mejor que guarde el resto de las cosas. —Abrió el refrigerador, sacó un recipiente y lo abrió—. ¡Qué asco! Debería llevarle esto a mi hermanito y dejárselo para que lo transforme en un proyecto científico.

Distraída, Annie no estaba escuchándola.

La distancia entre Blackhawk, en la ladera este de las colinas, y Oakland, en la bahía de San Francisco, era relativamente corta. En un punto, había un túnel que atravesaba las colinas. Era fácil para conducir y una distancia corta. ¿Treinta minutos como máximo? Sin embargo, por el tiempo que habían pasado con ella como familia, la abuela Leota bien podría haber vivido en el estado de Nueva York.

—¿Qué hiciste hoy? —La voz de Susan salió de atrás de la puerta del refrigerador.

—Llamé a mi madre. —Annie sintió vergüenza desde el instante que lo dijo. Sonó como si hubiera hecho el quehacer más pesado del año.

Susan hizo una pausa mientras buscaba comida.

—¿Y?

Y a su madre le había dado un ataque. «¿Ya recobraste la cordura, Anne? ¿Tienes idea de cuánto me has lastimado y desilusionado?».

Annie no miró a Susan.

—Le conté que tengo un empleo. Empecé a hablarle de mis clases de arte, pero me cortó.

—Ay, Annie... —Los ojos oscuros de su amiga destellaron de ira—. Cuando quieras ser adoptada, solo avísame. Mis padres te aman.

Annie reprimió sus lágrimas y bajó la vista hacia el mapa. Adoraba a los padres de Susan, pero nadie podía reemplazar a su madre. Ojalá las cosas fueran distintas. Desearía que su madre la amara tan incondicionalmente como los Carter amaban a sus hijos. Ninguno era perfecto. Dos de ellos habían tenido muchos problemas desde la adolescencia. El hermano mayor de Susan, Sam, incluso había pasado un par de meses en un reformatorio. El amor firme y la paciencia lo habían cambiado. Susan había estado hablando de él justo el día anterior.

—Se graduará en junio. ¿Puedes creerlo? ¡Él, que era tan desaplicado! Todos nos habíamos dado por vencidos con él, pero mami y papi dijeron que cambiaría cuando fuera el tiempo de Dios. Y ya lo creo que lo hizo. Y no porque ya no le guste complicar las cosas... —Sam. El salvaje. «La reencarnación de James Dean», había dicho Susan una vez. «El toro rabioso de la familia, y lleno de furia, también...».

Annie volvió a mirar el mapa, repasando la ruta que había trazado con su resaltador.

—Mi madre es así, Susi. Solo quiere lo que piensa que es mejor para mí. —Pero ¿la amaba su madre? Annie se dio cuenta de que, en parte, su motivación para tener éxito había sido porque esperaba complacer a su madre. ¿Qué habría pasado si no hubiera tenido el promedio más alto? ¿Y si no tocaba el piano para la Sociedad de Damas como su madre había prometido que lo haría?

Sin embargo, cada vez que le iba bien en algo, siempre le ponía otra tarea delante de ella, algo un poco superior, un poco más difícil. El cuadro de honor en la preparatoria. Asesoramiento entre pares. Servicio a la comunidad durante el verano. Exámenes de admisión. Los primeros puntajes no habían sido lo suficientemente altos, así que su madre la hizo estudiar con un profesor particular antes de que volviera a rendirlos. Finalmente, la beca y las solicitudes para las universidades. Y, entonces, la olla al final del arcoíris que su madre había perseguido para ella: Wellesley. «Todas esas niñas ricas de esas familias importantes. ¡Piensa cómo podría ser tu futuro, Annie!».

Annie sabía que había entrado en pánico. La sola idea de lo que se avecinaba la había aterrado lo suficiente como para hacerla huir. Sentía que ya no podía respirar. La presión de las expectativas de su madre era aplastante. Cada vez que la complacía, la situación no mejoraba, empeoraba. Su madre veía con orgullo el éxito e imaginaba «las posibilidades», lo cual la llevaba a imponer más exigencias y a tener más expectativas.

«Piensa cuánto más podrías haber hecho, Annie, si te hubieras esforzado solo un poquito más. Si yo hubiera tenido tus oportunidades...».

Annie sabía que, hiciera lo que hiciera, nunca sería suficiente.

¿O solo estaba tratando de justificarse por haber salido corriendo?

Dejó caer el resaltador y apoyó la cabeza sobre sus brazos cruzados. Señor, ¿soy una derrotista, como dijo mi madre? ¿Soy una cobarde? ¿Tengo miedo de que no pueda salir adelante en una universidad de verdad?

«¡Eres igual a tu abuelita Leota!».

Todavía podía ver la mirada que había en los ojos de su madre cuando se lo dijo.

—¿Annie? —dijo Susan dulcemente—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. —Se frotó la frente—. Solo estoy intentando unir las piezas.

—A lo mejor, deberías alejarte. Darle tiempo.

Annie levantó la vista, afligida. Sabía que a Susan no le gustaba mucho su madre. Nora Gaines nunca se había esmerado por hacer sentir cómoda a Susan. A veces, ni siquiera anotaba el mensaje cuando Susan llamaba.

—Esa chica —decía siempre con cierto tono de voz que podía adoptar, como si Susan tuviera alguna enfermedad venérea—. ¿Por qué no cultivas una amistad con Laura Danvers? Ella es de buena familia. —Lo cual, por supuesto, significaba una familia con dinero y posición social... alguna otra chica que viviera a su mismo nivel.

Su madre no entendía. Las cosas probablemente habían cambiado mucho desde la época en que ella iba a la preparatoria. Quizás en aquellos tiempos las cosas eran lo que parecían. Ya no. Laura Danvers era bonita y se vestía bien, pero también era adicta a la cocaína.

«Su madre dice que Laura va a fiestas todo el tiempo y que la pasa genial. ¿Por qué no quieres

ir cuando te invitan?».

Porque Annie sabía lo que pasaba en las fiestas. No le gustaba ese ambiente. No quería encajar en lugares donde fumaban marihuana, bebían o tenían relaciones sexuales. Obviamente, Laura era popular. Cuando estaba drogada, aceptaba acostarse con cualquier chico que estuviera con ella. En la escuela, todos sabían que se había hecho dos abortos antes de los diecisiete años. Y, antes de que empezaran los ensayos para la graduación, una de las chicas del gimnasio dijo que Laura era VIH positivo.

La madre de Annie no sabía nada de eso, y Annie sentía que no era asunto suyo hablar de la vida privada de Laura. Tampoco quería involucrarse con el grupo de Laura. Todos creían que eran súper geniales, pero lo único que hacían era desperdiciar su vida desenfrenadamente.

Además, aunque Annie le dijera a su madre todo lo que sucedía en los pasillos de la preparatoria o en las fiestas, daba igual. Probablemente no le creería. Nora veía únicamente lo que quería ver. Veía que Susan usaba el cabello largo y teñido de negro y el aro en la nariz, y veía problemas. Observaba a Laura Danvers, con su corte de cabello de ochenta dólares y su ropa de Saks Fifth Avenue, y veía categoría. Y eso era todo. Su mente estaba decidida.

Yo también soy culpable, Señor. No soy lo que la gente ve. Me he puesto una máscara. Fingía que estaba todo bien porque no quería decirle nada a mi madre. Sencillamente, la obedecía, Señor. Me esforzaba tanto. Y también tenía miedo. Lo reconozco. Tenía miedo de enfrentar la ira de mi madre. Y ahora que me fui de casa, tengo miedo de que si avanzo un paso más y veo a mi abuela, mi madre nunca me lo perdonará.

«Ama al Señor tu Dios...».

—¿Annie?

Sintió la mano de Susan en su espalda. Dejó escapar un suspiro trémulo y se irguió. Pasándose una mano por el cabello, cruzó las piernas al estilo indio y miró a su amiga más querida.

—Susi, no sé si estoy haciendo lo correcto.

Susan se sentó en la alfombra con ella.

—¿Qué puede tener de malo que vayas a ver a tu abuela?

—No entiendes. Mi familia no es como la tuya. Todo es complicado. —Tan complicado, que no podía distinguir el principio, el medio o el final del lío. Un hilo, era lo único que quería, apenas un hilo delgado para poder entender qué había pasado para que su madre fuera tan amargada. Quizás entonces podría empezar el proceso para desenmarañar alguna parte del revoltijo de nudos.

Ay, Señor, quiero comprender a mi madre. No quiero terminar odiándola como ella odia a su madre. «Ámense unos a otros», dijiste. Ayúdame a hacerlo. Por favor, ayúdame.

—Me pone muy nerviosa. —Annie extendió las manos. Estaban temblando.

Susan se estiró y las tomó.

—Vas a estar bien.

—Susi, no sé ni por dónde empezar. ¿De qué hablas con tus abuelos?

—¡De todo! Les encanta hablar del pasado. Abu Addie habla de su padre todo el tiempo.

Nunca conocí a mi bisabuelo, pero siento como si lo conociera porque ella me ha contado muchas cosas de él. Se bajó del barco en San Francisco en 1905 y estuvo aquí durante el terremoto de 1906. Y todavía vivía cuando Neil Armstrong caminó en la luna. ¿No es alucinante? La abuela y el abuelo crecieron durante la Gran Depresión y resistieron la Segunda Guerra Mundial. Solo tienes que hacerles un par de preguntas y ellos arrancan a relatar una docena de historias. Algunas las escuché cientos de veces, pero siguen siendo divertidas. Especialmente cuando nos cuentan detalles sobre sus viejos, cuando eran niños y curioseaban todo. Es genial.

—Mi madre dice que lo único que le importaba a mi abuela era su trabajo.

Susan frunció el ceño.

—¿Qué hacía?

Annie se encogió de hombros.

—No lo sé. Mi madre nunca lo dijo.

—Bueno, ahí tienes un comienzo, Annie. Pregúntale a tu abuela sobre su trabajo.

—Hay tantas cosas que quiero preguntarle. —Bajó la vista al mapa y a la línea amarilla que trazaba la ruta al vecindario de Oakland. Leota Reinhardt vivía a un par de cuadras de la autopista MacArthur. La casa debía ser fácil de encontrar.

—¿Quieres que te acompañe? Podría llamar y preguntarle a Hank si puede cambiarme el turno con alguna de las chicas.

—Gracias, Susi, pero iré sola esta vez.

«Llama al 911», graznó Bernabé.

Annie y Susan se rieron.

CAPÍTULO 5

ANNIE TOMÓ LA SALIDA F RUITVALE para salir de la autopista MacArthur. Giró a la derecha al pie de la colina, condujo otra cuadra y giró a la izquierda. Una vieja iglesia de ladrillos se erguía majestuosamente en la esquina, al fondo de una empinada avenida bordeada de árboles. La calle era angosta y estaba flanqueada por encantadoras casitas de madera y estuco. Cada una tenía un porche en el frente y, aunque algunas casas se veían deterioradas, con un poco de trabajo en el jardín y una mano de pintura quedarían encantadoras. La bisabuela y el bisabuelo probablemente habían vivido aquí en la época que la gente se sentaba afuera, con los últimos rayos de luz de la tarde mientras conversaban con sus vecinos y miraban cómo sus hijos jugaban juntos.

Annie dio una vuelta en U al final de la calle, frente a una vieja escuela primaria de ladrillos. Retrocedió lentamente y se detuvo frente a la casa que tenía los números de la dirección de su abuela. Dos niñas de raza negra jugaban a la rayuela en la acera de la casa de al lado. Estaban vestidas iguales, con jeans y pulóveres rosa brillante, con el cabello recogido en trenzas adornadas con cuentas. Cuando Annie salió del carro, las niñas dejaron de jugar para observarla con cautela.

—¡Hola! —dijo ella, sonriéndoles.

Le devolvieron la sonrisa, aunque no respondieron nada. Sus padres probablemente les habían dicho que nunca hablaran con gente desconocida.

Estirándose hacia atrás en el carro, Annie tomó su cartera y el regalo que había comprado para su abuela. Se colgó la cartera al hombro y cerró la puerta con un empujoncito. Contempló la pequeña casa de su abuela y pensó que, alguna vez, debió haber sido una de las más bonitas de la cuadra. Los rododendros y las azaleas crecían a lo largo del frente de la casa. Ahora no estaban florecidos, pero, en unos meses, los arbustos se cubrirían de flores. El césped se veía en mal estado, pero con buen mantenimiento, un tratamiento para la maleza y fertilizante, recuperaría su belleza en poco tiempo. El árbol desnudo del frente parecía ser un ciruelo en la etapa de dormición invernal, hermoso en flor. En el jardín trasero de su madre y su padrastro había varios árboles por el estilo, todos meticulosamente cuidados por el servicio de jardinería de Marvin Tikado.

El parterre que se extendía al costado de la casa de su abuela tenía una maraña de rosales trepadores. Rosas rosadas, recordó Annie. La cerca blanca de madera luciría espléndida cuando las ramas se llenaran de hojas y se cubrieran de flores. Vio la glicinia que sobresalía del garaje abierto al fondo del camino de entrada. Pronto, sus flores lavanda colgarían como racimos de uvas demasiado maduras, mezclándose con el perfume de las rosas.

Esta casa debía ser sencillamente gloriosa en la primavera.

Los escalones coloridos del frente le dieron la bienvenida; había una vieja mecedora en el rincón del porche delantero, con un asiento tan gastado, pensó Annie, que su abuela debía haber pasado infinidad de horas sentada afuera. Ahora estaba cubierta de polvo y telarañas, pero tal vez, cuando pasara lo más frío del invierno, la abuela Leota volvería a sentarse afuera. Los rododendros estaban demasiado altos en el frente para ver la calle por encima de ellos, pero eso podía remediarse rápidamente. Annie también notó las macetas colgantes y pensó lo bonitas que

se verían con fucsias salpicadas de rosa encendido y flores púrpuras con forma de cornetines.

Con el corazón palpitante, Annie tocó el timbre. Creyó escuchar el televisor encendido en el interior. La abuela Leota debía estar en casa. La pregunta era: ¿Le abriría la puerta a alguien que no había visto en años... alguien a quien, probablemente, ni siquiera reconocería?

Señor, por favor, que mi abuela me invite a entrar. Ayúdame a no decir nada que le moleste y cierre las vías de comunicación entre nosotras. Ayúdame a ver las cosas claramente desde todos los ángulos. Señor, ayúdame.

Esperó expectante, entusiasmada, el estómago agitado por molestos temores e incertidumbres. ¿Por qué debería esperar algún tipo de bienvenida? ¿Alguna vez se había molestado en escribirle? Pensó en una variedad de formas en que había desairado a su abuela sin siquiera pensar en eso. Ni siquiera sabía cuándo era el cumpleaños de Leota.

La puerta se abrió unos milímetros.

—Si está vendiendo algo, no me interesa.

—¿Abuelita Leota? Soy Annie. Annie Gardner.

La anciana la miró de manera rara.

—¿Annie?

No debía recordarla. ¿Por qué debería?

—Annie Gardner —dijo otra vez, con la esperanza de refrescar la memoria de su abuela. Había pasado demasiado tiempo. Sus padres se habían divorciado cuando Anne tenía cinco años, y podía contar con los dedos de una mano las veces que la habían traído aquí—. La hija de Nora.

Miró los ojos marrones de su abuela, pero no pudo descifrar su expresión. ¿Se acordaba de algo su abuela? Tal vez, incluso había olvidado que tenía nietos.

El corazón de Annie se desanimó.

Leota recordaba. Ah, por supuesto que recordaba. Solo que no podía hablar por el nudo que tenía en la garganta mientras contemplaba a la hermosa jovencita que estaba parada en su porche. ¿Cuántos años habían pasado desde la última vez que vio a su nieta? Anne-Lynn Gardner ya no era una niñita. Era alta y esbelta, con un encantador cabello rubio rojizo. En sus manos sostenía una violeta africana con bellísimas flores color púrpura. ¿Cómo sabía Annie que las violetas eran sus flores favoritas? La planta estaba en una macetita rosada de cerámica.

—La hija de Nora, abuelita Leota —dijo nuevamente la joven, claramente angustiada.

—Sé quién eres. —Leota se sintió consternada por sonar tan hosca e impaciente. Abrió la puerta un poco más para demostrarle a la muchacha que era bienvenida. Después de todos estos años, la pequeña Annie era una joven mujer. Oh, Dios, todos estos años perdidos. La garganta de Leota se cerró con fuerza.

Annie entró unos pasos y dio un vistazo al televisor que todavía estaba encendido.

—Espero no interrumpir.

Leota pasó delante de ella y apagó el televisor.

—Geraldo puede vivir sin mí.

La sala quedó en silencio. Se dio vuelta y miró nuevamente a su nieta, estudiándola. Podía ver a Eleonora en la muchacha. Tenía su boca y su nariz, y también había algo de su padre en ella. Esos hermosos ojos azules. Leota se empapó de su imagen, pensando qué decir y preguntándose por qué había venido. Debía tener algún motivo. Parecía nerviosa y cohibida.

—¿Esas violetas son para mí? —Leota le sonrió, esperando hacerla sentir cómoda.

—¡Ay! Sí. Por supuesto. —Las extendió con ambas manos, como si fueran una ofrenda.

—Mis flores favoritas —dijo Leota, tomándolas y admirando los pétalos suaves y aterciopelados—. ¿Cómo lo supiste?

—No lo sabía —dijo Annie en voz baja—. Pensé que eran bonitas y que podrían gustarte.

—Así es, me gustan mucho. Gracias. —Pensó en las violetas que había plantado en su jardín y lo encantadoras que habían lucido mirando hacia arriba, desde el colchón de musgo. Miró a Annie, preguntándose otra vez por qué había venido, pero demasiado temerosa para preguntar—. ¿Te gustaría beber algo? ¿Té? ¿Café?

—Cualquier cosa estaría bien.

—Ven a la cocina, entonces. Prepararé un poco de té.

Té. Con su nieta.

Me pregunto cuándo me despertaré de este sueño hermoso y encantador.

Annie siguió a su abuela. No había esperado que Leota fuera tan menuda. Apenas medía como un metro y medio y era delgada. Su cabello era blanco y estaba recogido con un moño al estilo francés, con pequeños rizos aquí y allá. Tenía puesto un cárdigan blanco pasado de moda, un vestido azul floreado y unas pantuflas rosadas. Annie pensó que se veía adorable. Su abuela sostenía la maceta de violetas como si fuera su posesión más valiosa. La miró durante largo rato, y luego la puso con cuidado en una mesita junto al ventanal. Había un periódico abierto y Annie notó un crucigrama a medio hacer. Entonces, vio el jardín. Ay, qué tristeza...

—Recuerdo tu jardín. Yo creía que era el País de las Maravillas.

Leota miró hacia arriba.

—¿El País de las Maravillas? —Esa descripción pareció agradarle; luego, su expresión se entristeció mientras seguía la mirada de su nieta—. Bueno, ya no es el País de las Maravillas. Es una selva. Hace mucho tiempo que no atiendo el jardín.

—¿Todavía están ahí los duendes?

—¿Los duendes? —Leota pensó por un momento, pero no pudo recordar.

—En el enrejado de rosas que había atrás, junto a la huerta. Eran unos duendes verdes de porcelana, sentados sobre las tablillas. Creo que eran tres. Cabían en la palma de tu mano.

—Santo cielo, me había olvidado completamente de ellos. —Había puesto afuera esas estatuillas cuando Michael era muy pequeño con la esperanza de que los disfrutara y de encender la chispa de la sensación de sorpresa en él. Michael nunca los mencionó y ella se olvidó completamente de ellos.

—También había un gran sapo verde —dijo Annie, sonriendo mientras miraba hacia afuera por la ventana—. Por allí, en la esquina más lejana, donde están creciendo esos alcatraces.

A Leota la animó la manera en que Annie recordaba detalles del jardín.

—Supongo que todavía está ahí. No lo he movido. —Había puesto esas boberías en el jardín para alegrar a sus nietos, pero nunca se habían quedado lo suficiente como para que ella supiera si las habían notado. Una vez, hacía mucho tiempo, había soñado con hacer una búsqueda de huevos de Pascua y...

Desvió sus pensamientos del sendero rocoso que estaban tomando otra vez. ¿Qué sentido tenía darle vueltas a las heridas y a las desilusiones del pasado? Pensar en lo que podría haber sido nunca mejoraba las cosas.

Annie recorrió la cocina con la vista y Leota se preguntó qué pensaba de ella su nieta. Era

pequeña y acogedora. En una época había sido muy alegre, con sus paredes color amarillo canario y gabinetes blancos. La ventana que había sobre el fregadero de la cocina daba directamente a la cocina del vecino. Annie sabía que la ventana podía alzarse para que las señoras pudieran conversar mientras lavaban los platos y sus hijos jugaban en el patio.

—¿Qué te gustaría? —Leota observó a Annie, que estaba echando un vistazo a la cocina. Tenía una expresión tan dulce. Qué contraste con ese joven que había venido como «voluntario».

—Cualquier cosa que tengas, abuelita Leota. ¿Podríamos sentarnos aquí?

—Puedes sentarte donde quieras, querida —dijo Leota y observó a su nieta, quien se sentó en la silla opuesta a la suya. Annie volvió a mirar al jardín por la ventana, pero no parecía sentir el más mínimo rechazo por lo descuidado que estaba. ¿Sería que la joven veía lo que había sido y no lo que era ahora? Leota deseó no haber abandonado las cosas, pero la artritis le dificultaba moverse. Desde luego, esa no era la única razón. ¿Por qué no reconocerlo? Lo había abandonado porque se había dado por vencida. ¿Para qué pasar tantas horas en el jardín, si no había nadie más que ella para disfrutarlo? Ahora se arrepentía. No debía haberlo hecho. Debía haberlo mantenido. Ya era demasiado tarde. No podría enmendar la destrucción de los últimos años. Estaba demasiado vieja.

No era el momento para sumar sus lamentos. Su nieta había venido a visitarla. Alabado sea Dios.

Leota tenía ganas de algo especial, algo para celebrar esta ocasión. Abrió un cajón y hurgó en él hasta que encontró algunos paquetitos de té Constant Comment que había guardado después de que Mamá Reinhardt murió. A mamá le encantaba el té Constant Comment; ambas se sentaban al atardecer a beberlo juntas. ¿Tendría algunas galletas guardadas por ahí? Si habían, debían ser tan viejas como el té y tan rancias y duras como para levantar una pared. ¿Galletas saladas? Ni una. Ay, cómo desearía haber sabido que Annie vendría. Habría comprado ingredientes para preparar algunas con chispas de chocolate o con mantequilla de maní. Quizás la próxima vez.

¿Habría una próxima vez?

Ay, Dios... por favor.

Mientras llenaba la tetera, le tembló la mano. La llevó a la cocina y encendió la hornilla de gas.

—No demorará mucho.

¿Se cansaría de esperar y se iría? En estos días, los jóvenes parecían demasiado apurados para todo. Los lugares adonde debían ir. Las cosas por hacer. Sabía todo eso por lo que Cosma le contaba. Quizás sea por esos videojuegos que juegan todo el tiempo. Todo va tan rápido. Son como los mosquitos contra la puerta mosquitera, estrellándose contra ella y volviéndote loca.

—No tengo ninguna prisa —dijo Annie, volviendo a prestarle atención a su abuela.

—¿Tienes hambre? No tengo galletas, pero podría prepararte un... —¿Un qué? No tenía embutidos. No había preparado atún. Ni siquiera tenía mantequilla de maní a la mano—. ¿... sándwich de huevo? ¿Te gustaría eso?

—No tengo hambre. Solo quería verte y hablar contigo.

Leota se acercó y se sentó con cuidado en la silla frente a Annie.

—¿Cómo está tu madre? —Los ojos de la muchacha pestañearon ligeramente y bajó la cabeza. La tensión regresó. Leota observó que Annie entrelazaba sus manos sobre la mesa. Algo

andaba mal—. ¿Está enferma Eleonora?

—No, abuelita Leota. Madre está bien. Es solo que... —Miró otra vez hacia el jardín y Leota vio el brillo de las lágrimas en sus ojos. Oh, no. Algo anda mal otra vez. ¿No es siempre así? Leota esperó, preguntándose por qué Annie había venido a verla. Nunca había sido incluida en el círculo familiar antes. ¿Por qué ahora?

—No estamos en los mejores términos en este momento —dijo Annie, después de una larga pausa.

Leota sentía el dolor de la joven. ¿Se atrevía a fisgonear? ¿Y si hacía la pregunta equivocada y su nieta se iba? Quería reconfortarla un poco, pero ¿qué podía decir sin que fuera malinterpretado? «¿Todo pasará al olvido con el tiempo?» Eso no era necesariamente cierto. Las cosas nunca se habían olvidado entre ella y Eleonora.

—¿Quisieras hablar de eso? —le preguntó cautelosamente.

Annie volvió a mirarla con sus ojos azules tan afligidos y llenos de dolor, que el corazón de Leota se estrujó fuertemente. Ay, Eleonora, ¿qué le has hecho a nuestra pequeña Annie?

—Mi madre dice que soy como tú.

—¡Ay, querida! —dijo Leota con pesar y el rostro de Annie se ruborizó. La pobre chica parecía tan avergonzada y angustiada, que Leota se arrepintió de haber hecho el comentario. Ella sabía dónde estaba parada con Eleonora. El porqué no era tan fácil de entender—. ¿Por qué diría algo así?

Annie bajó la vista a sus manos entrelazadas.

—Decidí estudiar arte en San Francisco en lugar de ir al este, a Wellesley.

—¿Eres buena para el arte?

Levantó la cabeza y miró a Leota, dejando escapar un suspiro delicado.

—Madre dice que si tuviera algún talento de verdad, me habría enviado a estudiar a París.

Leota no percibió amargura ni vio resentimiento alguno mientras Annie repetía la valoración de su madre. Ay, Eleonora. Siempre tanto juez como jurado. Un chispazo de ira se encendió dentro de Leota.

—¿Qué piensas tú, Annie?

Ella sonrió tristemente.

—Puede que no sea tan buena como creo, pero me encanta.

—¿Qué clase de arte haces?

—He probado toda clase de arte. Todavía no estoy segura de cuáles son mis fortalezas, si tengo alguna. Mientras estaba en la preparatoria, hice un montón de bocetos a lápiz. Sin embargo, habían recortado tanto los fondos que nuestra escuela solamente podía ofrecer dos cursos. El arte no era una prioridad importante.

—¿Qué vas a estudiar?

—Me inscribí en una asignatura de apreciación artística y otra en figuras. Me gustaría probar con acuarelas y acrílicos. Tal vez, con el tiempo, sabré qué se supone que puedo hacer.

—No es de la nada. Una pariente tuya fue artista comercial.

—¿En serio? No lo sabía.

¿Lo sabría Eleonora? No recordaba si alguna vez habían hablado de los parientes más lejanos.

—Era tu tía bisabuela Joyce. Era de mi lado de la familia. Murió antes de que tu madre naciera. Yo heredé algunas cosas de la tía Joyce cuando mi madre murió. Puede que tenga algunos dibujos suyos guardados en alguna parte. Ganaba bien dibujando bocetos de moda

femenina, estufas y maquinaria agrícola. Cosas por el estilo. Nada muy emocionante. También hizo algunas tarjetas de felicitación, si mal no recuerdo.

—Me encantaría verlas.

—Veré si puedo encontrarlas. —Hacía años que no pensaba en ellas. ¿Dónde podían estar? ¿En el baúl de su ajuar, quizás? ¿O en una caja en el ático? ¿Cómo haría para subir ahí para buscarlas?

La tetera silbó. Leota se levantó y apagó el gas de la hornilla. Vertió el agua caliente sobre los saquitos de té y volvió a apoyar la tetera en la hornilla.

—¿Te gusta el té cargado?

—Como te guste a ti estará bien —dijo Annie.

Leota zambullió los saquitos de arriba abajo hasta que el té quedó de un color ámbar intenso.

—¿Azúcar?

—Solo está bien.

Una persona complaciente. Leota tuvo la sensación de que a Annie le gustaba agregarle azúcar al té, pero no quería ser una molestia. Las tazas de té traquetearon cuando las puso sobre la mesa, una delante de Annie y la otra sobre su crucigrama. Abrió un gabinete y sacó una azucarera azul cobalto. Le quitó la tapa, removió el azúcar de adentro y puso la azucarera en la mesa cerca de Annie. Abrió un cajón, sacó una cuchara y la dejó sobre la mesa, también. No podía ofrecerle crema, no le quedaba nada. Tampoco tenía leche. Necesitaba hacer otro viaje al supermercado.

¿Cuándo era que iba a volver ese joven universitario? ¿Cómo se llamaba? Corban. Así se llamaba. Corban Solsek. Se suponía que debía venir el miércoles. ¿Lo haría? No había sido muy amable con él. Pequeño bobalicón presumido. ¿Qué día era hoy? Quizás llamaría a esa amable mujer Decker y le preguntaría si podía enviar a otra persona.

—Huele bien, abuelita —dijo Annie—. Gracias.

Leota se sentó a la mesa con su nieta. Sonrió para sí misma al ver que Annie se servía dos cucharadas de azúcar en el té. O le gustaban las cosas dulces, o no le gustaba el té. Leota decidió que la próxima vez que fuera a la tienda compraría una lata de ese café instantáneo costoso que promocionaban en la televisión. Costara lo que costara. Vainilla francesa. Capuchino. Chocolate tipo holandés. Algo especial. Y también compraría los ingredientes para preparar galletas. Quería tener algo agradable para ofrecerle a su nieta la próxima vez que viniera a visitarla.

Suponiendo que hubiera una próxima visita.

Leota empezó a preocuparse. La visita ni se había puesto en marcha aún y lo único que ella podía pensar era en el poco tiempo que tendría para llegar a conocer a esta muchacha antes de que se marchara. Tenía la sensación de que cuando Annie saliera por esa puerta, sería el fin de todo lo importante. Ay, Señor. ¡Ayúdame! ¿Es tan susceptible como Eleonora? Si digo una palabra incorrecta, ¿se irá y nunca más volveré a verla?

Dios... ¡ayúdame!

Annie estaba callada, luchando contra los temores que de repente la atormentaron. ¿Había hecho lo correcto al venir? ¿Qué pensaba de ella su abuela? ¿De lo que había dicho de su madre?

Fue la abuela quien, finalmente, rompió el silencio.

—Entonces, ya tienes edad para vivir sola.

—Sí. Me mudé con una amiga de la preparatoria. Susan Carter. Ella se graduó un año antes que yo. Es muy divertida.

—Divertida.

—No en el mal sentido —se apresuró a decir Annie, pensando en cómo veía su madre a Susan. Annie no quería darle la impresión errónea a su abuela—. Susan es muy responsable. Estudia en la Universidad del Estado de San Francisco y paga todos sus gastos.

—¿Qué está estudiando?

—En este momento, está clasificada como «indecisa», pero probablemente se especialice en enfermería. Su madre es enfermera. —Annie le contó sobre el departamento y las ventajas de dónde estaba ubicado—. Me gusta correr.

Entonces, es por eso que está tan delgada, pensó Leota.

—No queda lejos del zoológico y está a poco menos de dos kilómetros de la playa —dijo Annie—. Hay un sendero para corredores allí.

Leota creyó recordar algo de que Annie participaba en distintos deportes. Eleonora debía habérselo dicho, pero Leota se avergonzó de no saber más al respecto.

—¿Estabas en el equipo de atletismo?

—No. Madre consideraba que no era una buena idea que una chica fuera corredora, así que hice gimnasia hasta los quince años.

—¿Por qué lo dejaste?

—Un otoño, me fracturé el brazo. La lesión me impidió seguir con la actividad.

—En mi época, a las señoritas no les gustaba correr —dijo Leota—, pero yo solía caminar alrededor del lago Merritt durante mi hora de almuerzo. En esos tiempos, podía mantener un buen ritmo. Y me encantaba estar al aire libre un rato. Guardaba mis zapatos para caminar en el último cajón de mi escritorio en el trabajo. Te diré que más de una persona me miraba asombrada. Pero eso no me detenía. Las cosas han cambiado desde entonces. Escucho que, hoy en día, no es raro que las mujeres usen zapatillas deportivas para trabajar. ¿Es verdad?

Annie sonrió.

—En el centro de la ciudad, veo mujeres vestidas con sus trajes de oficina y zapatillas deportivas todo el tiempo. Muchas se ponen los zapatos con tacones cuando llegan a la oficina.

—Y dejan sin empleo a todas esos pobres podólogos —dijo Leota, riendo entre dientes.

Annie se relajó. Su abuela tenía algo que la hacía sentirse cómoda con ella en esta pequeña casa. El suave brillo del humor en los ojos de su abuela le dio valor a Annie... la hizo decidir arriesgarse a hacer preguntas personales.

—¿Qué hacías para ganarte la vida, abuelita? —¿Cuál era la profesión que había sido más interesante que su familia?

—Era secretaria. Solo una secretaria común y corriente.

—¿Te gustaba?

—Era buena en mi trabajo.

—¿Cuánto tiempo trabajaste?

—Treinta años.

Eso debió ser mucho después de que su madre se fue de su casa. Quizás, había algo de lo que su madre sospechaba.

—¿Trabajaste siempre para la misma empresa?

—Oh, no. En total, trabajé para cuatro empresas diferentes. Todas estaban en el mismo edificio de oficinas, a solo dos cuadras del lago. Una quebró, pero yo fui inmediatamente contratada por una empresa de la competencia. Cuando ese jefe se jubiló, trabajé para el señor que compró su empresa. Luego, esa compañía se fusionó con otra. Me quedé y también trabajé para ellos.

—¿Por qué te fuiste, finalmente?

Leota sonrió apenas.

—Cumplí sesenta y cinco años.

—Oh. ¿Te despidieron por tu edad?

—No. Les avisé dos semanas antes de mi cumpleaños.

Por como lo dijo, parecía que no veía la hora de irse. ¿Fue así?

—¿Te sentías realizada con tu trabajo?

—¿Realizada? No, no diría que el trabajo de secretaria fuera particularmente gratificante. Servía para pagar las cuentas. Y me agradaba la gente.

Annie frunció el ceño. ¿Cómo era posible que alguien que supuestamente había amado tanto su trabajo no pareciera en absoluto interesada en hablar de ello cuando se presentaba la oportunidad? Quizás lo atractivo era la gente para la que había trabajado. ¿Había estado involucrada con alguien? ¿Era eso lo que había causado la ruptura entre su abuela y su madre? No parecía probable. Si Nora se hubiera enterado de algo clandestino, habría dicho algo al respecto. Nunca hubo indicios de que su madre se preocupara por proteger la reputación de la abuelita Leota. En todo caso, su madre habría usado esa clase de información para cerrar y clavar el ataúd de la abuela Leota.

—Pareces preocupada —dijo su abuela en voz baja—. ¿Es por algo que dije?

—No. Simplemente, estaba pensando... —Annie se sonrojó al darse cuenta de hacia dónde se dirigían sus pensamientos. Estaba condenando a su madre de la misma manera que su madre había condenado a su abuela todos estos años. ¿Qué derecho tenía de criticar a su madre, aunque fuera con el pensamiento? ¿Se había puesto en su lugar? ¿Había visto las cosas a través de sus ojos?

«Concéntrense en todo lo que es verdadero, todo lo honorable, todo lo justo».

Se restregó las sienes. ¿Qué es verdadero? ¿Qué es justo?

—¿Te duele la cabeza? Tengo aspirinas.

—No. Estoy bien, abuelita Leota. De verdad. Es que hay tantas cosas... —Apretó los labios, temiendo echarse a llorar. Esperaba que su abuela empezara a hacerle preguntas, como siempre hacía su madre. ¿Qué podría decir ella?

Leota se quedó tranquila y callada, como si estuviese esperando.

Annie se sentía incómoda. Estaba mucho más acostumbrada al vapuleo verbal que le propinaba su madre buscando una respuesta.

«Dime qué problema hay ahora».

«No pasa nada, madre».

«Imagino que quieres dejar el piano otra vez. Bueno, no lo permitiré. ¿Me escuchas? Algún día, me agradecerás que te haya obligado a seguir tomando lecciones. Si te dejara decidir a ti,

abandonarías todo».

«Madre, solo necesito un poco de tiempo...».

«Tienes todo el tiempo que quieras, sentada en esa banqueta. Puedes enfurruñarte mientras estás al piano, igual que si estuvieras en tu cuarto. Ahora, ¡ponte a practicar! Les prometí a las señoras que tocarías en el almuerzo...».

Annie cerró los ojos para no oír las voces que no la dejaban en paz.

Leota podía ver la lucha de la muchacha. Annie estaba terriblemente angustiada por algo.

—¿Por qué viniste, Annie? —¿Qué podía hacer para ayudar a su nieta?

Annie bajó las manos, que temblaban. Las puso alrededor de su taza.

—Apenas te conozco, abuelita Leota.

Leota anhelaba responder, soltar que podría haber sido de otra manera. Pero no se atrevía a pronunciar palabras tan provocativas. Podrían ser malinterpretadas fácilmente. No se prestaría a echarle la culpa a nadie, ni siquiera a Eleonora, que era la culpable. Leota había sido víctima de los reclamos de su hija durante demasiados años. En lugar de eso, fue muy cautelosa:

—Nosotras podemos remediarlo.

Annie levantó la cabeza y la miró. Sus ojos azules estaban vidriosos por las lágrimas y la pena. Se veía muy vulnerable, no como una mujer joven, sino como una niñita que había sido gravemente herida por alguien que amaba. Leota reconocía esa mirada. ¿No la había visto infinidad de veces en el rostro de Eleonora cuando era pequeña? El corazón se le estrujó tanto, que apenas podía respirar; mucho menos, decir palabras reconfortantes.

—Te he extrañado, abuelita.

Leota dejó escapar un jadeo muy suave. No podía hablar. No porque no tuviera palabras: era porque tenía demasiadas. Palabras de amor acumuladas durante los años de soledad. Años que habían transcurrido incluso antes de que Annie naciera, remontándose hasta el día que puso a Eleonora en los brazos de Helene Reinhardt. Eleonora había llorado. Ay, cómo había llorado.

Y como había llorado Leota sentada en el autobús mientras iba al centro de la ciudad y hacía lo que debía hacer.

Oh, Señor, ¿estás dándome una segunda oportunidad?

Algo de la lucha interna de Leota debió haberse manifestado en su rostro, porque Annie estiró el brazo sobre la pequeña mesa y tocó su mano. Una vez, con ternura. Un gesto tentativo. Leota quiso agarrar esa mano joven, fuerte y delgada, y nunca soltarla. En cambio, se quedó callada, inmóvil, temerosa de que si emitía un sonido, en su interior se desatarían un dolor y una esperanza aterradores. Era muy doloroso. Ah, qué agobiante podía ser la esperanza, especialmente para alguien tan joven y obviamente abrumada por su propia aflicción.

—Supongo que no tiene ninguna lógica, ¿verdad? —dijo Annie con una voz suave y perceptiblemente quebrantada.

Para Leota era completamente lógico.

—Yo también te he extrañado —dijo, finalmente. Fue una declaración insuficiente, pero si decía algo más y daba a entender la profundidad de sus verdaderos sentimientos, podría hacer huir a la joven. Oh, Señor, no tiene idea de quién soy. No tiene idea del trasfondo ni de las corrientes subterráneas del pasado. La pobre Eleonora, que había estado en el remolino, nunca lo

había entendido. No quise explicarle. ¿Cómo podía hacerlo sin destruir todas las ilusiones que tenía sobre su familia? Oh, Jesús, haz que estas palabras moderadas sean suficientes, pero no demasiado.

Y así debieron ser, porque Annie levantó la cabeza y miró a Leota a los ojos, examinándola. Luego, los ojos de Annie se llenaron de ternura y brillaron. Cerrándolos, la muchacha agachó la cabeza casi como si estuviera orando en silencio.



Corban no podía creer lo que le estaba pidiendo la anciana. La había llevado al supermercado, donde compró azúcar morena y granulada, soda, huevos, chispas de chocolate y un paquete de dos kilos y medio de harina. Paquete que él tuvo que cargar, junto con el de azúcar y el resto de las provisiones. Esta vez sí que había hecho una compra compulsiva. Había comprado cuatro litros de leche, en lugar de su litro habitual, y un envase de crema con sabor a vainilla francesa. Compró una cajita de té Constant Comment y otra de Orange Spice. Incluso compró dos latas de café instantáneo caro, aunque estuvo a punto de hacer un escándalo cuando vio cuánto le costarían. No permitió que el precio le pasara desapercibido a la pobre cajera.

—¿Tres dólares con ochenta y cinco centavos por esa latita? —había gruñido—. ¡Es un robo! Ciento ochenta gramos, dice aquí. ¿De qué está hecho, de oro?

Corban no dijo una sola palabra. A decir verdad, se sintió conmovido pensando que iba a ofrecerle un capuchino instantáneo después de todo lo que estaba haciendo por ella. Incluso había decidido perdonarla por los insultantes veinticinco centavos de la primera visita. Debería haber sabido cómo eran las cosas. Cuando llegaron a la casa, ella dijo que tenía un poco de agua helada en el refrigerador; parecía que él necesitaba beber un poco. Llegó a decirle que podía humedecer una servilleta de papel para limpiarse el rostro.

—Está un poquito colorado.

Sí, bueno, cargar dos bolsas de comestibles de diez kilos cada una cuesta arriba le podía hacerle eso a cualquiera.

Aun así, ella no quiso subir a su carro.

Y entonces lo llamó para una tarea más.

—Antes que se vaya, me gustaría que me bajara algo del ático.

—¿Del ático?

—Sí, del ático. Ya sabe: el espacio que los constructores dejan entre el techo y el tejado. La casa es pequeña, lo reconozco, pero lo suficientemente grande para tener un ático.

Apretando los dientes, soportó su breve y sarcástica lección.

—Seguro. Lo que quiera. —Cuanto antes hiciera lo que le pedía, más pronto podría preguntarle si podían sentarse a conversar un rato. Quería hacerle unas preguntas.

Ella sacó una linterna de un cajón de la cocina y caminó hacia la sala. ¿Era solo su imaginación o ella realmente caminaba con más vitalidad hoy? Parada en el diminuto pasillo frente al horrible baño de azulejos verdes, rosados y negros y a las dos habitaciones pequeñas en ambos extremos, Leota Reinhardt señaló imperiosamente hacia arriba. Con una linterna en la mano le recordaba a la Estatua de la Libertad.

—Ahí está la puerta. —Lo miró con fastidio—. Bien, por todos los cielos, ¿por qué no trajo la silla? ¿Pensó que podría brincar hasta ahí como Supermán?

Tuvo ganas de lanzarla hacia arriba por la trampilla del ático. Así podría reunirse con los otros murciélagos que probablemente colgaban de las vigas.

—Pensé que habría una escalera —dijo, tratando de razonar. Sabía que estaba diciendo una estupidez aun mientras la decía. Ella lo atacó como un gato a un ratón.

—Ah. Quiere una escalera. Bueno, podría encontrar una en el cobertizo que hay detrás de la cerca del jardín. Yo usaba una escalera cuando podaba los árboles. Si quiere usarla, vaya a buscarla. Puede que no esté en las mejores condiciones, pero le facilitará la subida, supongo. Si puede meterla a la casa.

—Traeré una silla —dijo él con los dientes apretados.

La apoyó con cuidado en el pequeño pasillo, asegurándose de que estuviera sobre la madera sólida y no sobre la rejilla de la calefacción. Cuando se paró encima, se tambaleó un poco. Abrió la trampilla del ático y se quedó mirando fijamente hacia la oscuridad. Olía a polvo y a madera vieja.

—Puede que haya ratas.

El corazón le brincó a la garganta.

—¿Ha oído alguna por aquí? —La miró.

—He oído cosas que corretean ahí arriba por las noches —dijo ella tranquilamente. Desde donde estaba parada, no corría peligro de que algún roedor pudiera saltarle encima desde los rincones oscuros. Él era el único que estaría frito—. Pero no se preocupe tanto, señor Solsek. Probablemente le tengan más miedo a usted que usted a ellas.

¿Por qué le relucían así los ojos? ¿Estaba burlándose de él? Su mal genio subió un grado más. ¿Todos los ancianos eran así de difíciles?

—Y podría ser mi imaginación —dijo ella dulcemente—. Ya sabe cómo nos ponemos las ancianitas cuando vivimos solas durante mucho tiempo. Tenemos los sesos un poco blandos. ¿No es así? Pero hay arañas. De eso, estoy segura.

Él también, y ese era exactamente el motivo por el que no estaba ansioso por subir a ese lugar infernal. ¿Qué otra cosa habitaría en la penumbra allá arriba?

Ella lo golpeó en el muslo con la linterna.

—Necesitará esto, si tiene pensado ver algo.

—Gracias. —Hirviendo, encendió la luz de un chasquido y movió el rayo por el pequeño lugar. Difícilmente llamaría a esto un ático. Vio una pila de cajas, una vieja cuna de madera, una caja de madera para manzanas con algunos frascos vacíos en su interior y una antigua pajarera del tamaño suficiente para albergar un periquito o un canario.

—Me gustaría que bajara las cajas.

—¿Todas?

—¿Cuántas hay?

—Tres.

—¿Solo tres? Pensé que había más. Gire y mire detrás de usted.

Corban se volteó y sintió una telaraña sobre su rostro. Pronunció una sola grosería y se pasó la mano rápidamente por la cara, esperando que la ocupante de ocho patas no estuviera en su cabello ni hubiera caído dentro de su camisa. No, ahí estaba, corriendo hacia las cajas que él tenía que retirar. La aplastó.

—¿Qué está haciendo ahí arriba? —gritó Leota Reinhardt desde abajo.

—Matando una araña.

—¿De qué tamaño es? ¿Cómo la mesa de mi comedor? Va a hacerle un agujero a mi techo.

La linterna titiló. Él volvió a maldecir, sacudiéndola.

—¿Es la única palabra que conoce, señor Solsek?

—Disculpe —murmuró, dándose cuenta de lo que había dicho.

—Para alguien que concurre a una de las mejores universidades del país, tiene un vocabulario muy limitado.

—Le pido disculpas, señora Reinhardt. —¡Ya basta!

—Todo está muy bien, joven, pero si me rompió la linterna, ¡me comprará otra!

El haz de luz volvió a encenderse.

—Todavía funciona.

—Será mejor que así sea. Solo saque las cajas y baje de ahí antes que arruine mi casa.

Corban subió y bajó seis veces. Jadeaba y transpiraba peor que cuando subió la colina desde el supermercado. Los músculos de sus piernas estaban empezando a acalambrarse cuando ella dijo:

—Esa es la que quiero. —Más valía que así fuera. Era la última.

—¿Quiere que vuelva a poner las demás aquí arriba? —Odió siquiera sugerirlo.

Ella le echó un vistazo.

—No. Creo que las revisaré primero. Cuando termine, simplemente las empujaré hasta el cuarto de huéspedes.

—Buena idea —dijo él, agradeciendo el aplazamiento.

—Podrá volver a guardarlas el miércoles que viene.



—¿Sabes qué me enoja en realidad? —le dijo Corban a Ruth esa noche—. Ya he estado ahí tres veces y no sé nada de nada de ella.

—¿Cuál es el problema? ¿No contesta tus preguntas?

—¡No le he hecho ninguna! Cuando termina de usarme para las tareas de esclavo, estoy tan cansado que olvido por qué fui.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —dijo Ruth, continuando con sus ejercicios. Estaba sentada en una colchoneta, estirando las piernas con elongaciones chinas y llevaba su cabeza hasta tocarse la rodilla. Rebote, rebote, rebote; luego, giró hacia la otra pierna y tocó la rodilla con la cabeza. Rebote, rebote, rebote.

—Regresaré este fin de semana y le hablaré de mi informe.

—¿Crees que cooperará?

—Si no lo hace, no seguiré perdiendo el tiempo con ella.



Durante los dos días siguientes, Leota abrió las seis cajas. Cada una la inundó de recuerdos. Algunos eran buenos; otros, estaban mejor recluidos en los recovecos de su corazón.

La primera caja estaba llena de adornos navideños. Era una caja con doce compartimientos, diseñada para transportar botellas de vino. En el transcurso de dos horas, Leota retiró el papel de seda de cada adorno cuidadosamente envuelto y sacó la guirnalda de abalorios brillantes y las tiras de luces enrolladas alrededor de rollos de papel de seda. No había armado el árbol navideño en diez años. Los árboles navideños eran caros en la actualidad. ¡Uno costaba tanto como su factura de la electricidad de un mes! Aunque tuviera el dinero, no tenía manera de traer uno a su casa.

Las mejores navidades habían sido las primeras, cuando Bernard y ella estaban solos con los niños en su pequeño departamento. Qué felicidad era ver el asombro en los ojos iluminados de los niños mientras contemplaban el árbol. Recordaba las noches en que Eleonora se acurrucaba sobre su falda y Jorge se hacía un ovillo a su costado mientras ella les leía cuentos. Eran sus recuerdos más preciados porque, después de que se mudaron a esta casa, hubo poco tiempo para otra cosa que no fuera trabajar. Mamá Reinhardt se hizo cargo rápidamente de sus nietos.

Leota volvió a envolver con cuidado cada adorno y los colocó de vuelta en la caja. Metió la guirnalda y las luces en sus huecos y empujó la caja a un lado.

La segunda caja estaba llena de ropa vieja, y cada artículo le hizo recordar por qué lo había guardado. Su vestido de novia; una hermosa bata satinada que Bernard le había regalado para la primera Navidad que pasaron juntos; un vestido rojo que ella se había comprado para su cumpleaños mientras Bernard estaba en el ejército. Él le había enviado el dinero y le había dicho que se comprara algo bonito. Mamá Reinhardt se escandalizó de que gastara todo ese dinero en sí misma, en lugar de usar una parte para sus hijos. Papá salió en su defensa, pero eso no le sacó la espina de la opinión que mamá tenía de ella.

Pasando la mano sobre el vestido, Leota recordó cuán enojada había estado. Mamá Reinhardt había estado muy resentida con ella. Nada de lo que Leota hiciera por aquella época había sido suficiente. Papá decía que ella no entendía y, ciertamente, no lo hacía. Leota usó el vestido la noche que lo compró. Estaba tan enojada, tan desafiante. Cuando llegó a casa, mamá la estaba esperando. No era tan tarde, apenas las diez de la noche, pero los niños deberían haber estado en la cama mucho antes. Mamá le dijo que se habían quedado levantados porque estaban preocupados por su mamá. Ella les había dicho a los niños que no debían preocuparse por una persona tan egoísta. Su madre ciertamente sabía cómo cuidarse sola.

Esa había sido la gota que derramó el vaso. Llevó a los niños a dormir y regresó a discutir el tema con Helene Reinhardt. Pero resultó que fue su suegra la que desahogó toda su frustración y sus resentimientos, antes de que Leota tuviera siquiera la oportunidad de abrir la boca. Papá Reinhardt intervino y dijo suficiente para silenciar a su esposa.

Incluso entonces, mamá no había entendido todo.

Leota no se había dado cuenta de que los niños sabían algo de aquella noche. No hasta unos pocos años atrás, cuando Eleonora le contó que había hablado del tema con su psicoanalista. Lanzó esa información como si fuera una granada que explotó en la sala, y las esquirlas las hirieron terriblemente a ambas. Eleonora creía que lo sabía todo. Ay, cuán equivocada estaba, pero no serviría de nada explicarle que Eleonora solo había escuchado una versión de las cosas. ¿De qué habría servido recordarle a Eleonora que tenía cinco años en ese momento, que no podría haber entendido todo lo que había escuchado y, mucho menos, la intensidad de la angustia

que implicaba? Una vez que a Eleonora se le metía una idea en la cabeza, no había quién se la quitara. Era como un pitbull, cuando apretaba algo entre sus mandíbulas lo sacudía hasta matarlo.

—Esa fue la noche en que lastimaste tanto a la abuela Helene, que nunca logró recuperarse —la había acusado Eleonora.

En cierto modo, era verdad. Una vez que mamá entendió por qué papá había invitado a Leota a vivir con ellos, nunca se sobrepuso. Pobre papá. Aun después de esa noche, siguió yendo a caminar al parque Dimond y pasando horas allí, con lluvia o con sol. En sus últimos años, mamá lo acompañaba.

Leota miró el vestido rojo que había causado semejante lío. Todavía estaba nuevo. Lo había usado únicamente esa noche. Luego de eso, lo dobló y lo guardó.

Lo siguiente que sacó fue una camisa de lana que usaba Bernard. Se la había regalado para su cumpleaños el primer año que volvió de la guerra. La usaba para las cenas dominicales. Todavía podía verlo sentado al otro extremo de la mesa, frente a papá. Ellos se querían y se entendían el uno al otro. Era mamá la que nunca había entendido del todo. No quería enfrentar la profundidad de lo que la vida les había dado. Hierbas amargas y penas. Demasiada aflicción.

En el fondo de la caja estaba el uniforme militar de Bernard. Abrochadas a él, las medallas que había recibido: la Estrella de Plata, la Estrella de Bronce y el Corazón Púrpura. Él le había dicho que quemara el uniforme, pero ella lo escondió. Se había sentido orgullosa de él. Había defendido su posición sin medir las consecuencias. ¡Oh, y qué caro lo había pagado! El recuerdo de lo que él le había contado en un momento de debilidad la estremeció. Una vez, le preguntó si había hablado de todo con papá. Él dijo que no. No obstante y con los años, Leota tuvo sus dudas de que papá no lo sabía todo desde antes.

Algunas cosas era mejor no hablarlas.

En cuanto a Leota, había decidido cerrar su mente a lo que no podía cambiar y seguir adelante. Había demasiadas cosas buenas en la vida como para permitir que esas que una no podía controlar la destruyeran.

Si tan solo Bernard hubiera podido pensar de la misma manera...

Las dos cajas siguientes estaban llenas de juguetes, juegos y libros de los niños. Sacó los artículos uno por uno: una caja de cigarros llena de vaqueros e indios; un costal de tela con bloques de madera; una muñeca de fabricación casera con un vestido hecho de un saco de harina, con su dobladillo y mangas bordadas; un sobre lleno de matatena y una pelota; un tablero de damas y una caja con las piezas; una lata con acuarelas usadas; una caja con crayones gastados y una variedad de libros viejos y gastados, incluido el favorito de Jorge, Secuestrado. Ella había ido guardando estas cosas a medida que Jorge y Eleonora fueron dejando de usarlas, con la esperanza de, algún día, volver a sacarlas para que las disfrutaran sus nietos. Se imaginaba a sí misma sosteniendo a sus nietos sobre su regazo, leyéndoles cuentos.

Revisó los libros: la primera edición de Jorge el curioso; un viejo y descolorido cuadernillo de Montgomery Ward, titulado Rodolfo, el reno de la nariz roja; El cuento de Pedro, el conejo; una colección de cuentos de hadas con las esquinas de las páginas dobladas; la colección de poesías de Robert Louis Stevenson, Jardín de versos de un niño; y El mago de Oz. Volvió a apilarlos y a meterlos en la caja, guardando una vez más las esperanzas perdidas y los sueños rotos.

¿Qué esposa joven no imagina una vida de realización y felicidad? Y entonces, la realidad se cuela y ella tiene que hacer lo que es necesario y lo que es correcto en ese momento. Nadie

puede anticipar lo que viene de las circunstancias. La vida está llena de pruebas y tribulaciones.

«Anímate, amada. Yo he vencido al mundo».

Lo sé, Señor, pero Tú estás allá arriba, en los cielos, y yo todavía estoy aquí abajo. Viviste treinta y tres años en esta tierra. Tú sabes cómo es. Y aquí estoy, con más de ochenta años. Estoy cansada de esto. Los primeros veinte fueron maravillosos y te los agradezco. Si no tuviera buenos tiempos para recordar, ¿en qué condición estaría? Pero debes saber, Señor, que los últimos sesenta y pico no han sido muy divertidos.

Pensó en la gente del Antiguo Testamento, que vivían cientos de años. Un pensamiento desalentador.

La quinta caja contenía un revoltijo de recuerdos de Mamá y Papá Reinhardt y de los niños. Mamá había ayudado a Eleonora a conservar los recuerdos especiales de sus años escolares en álbumes caseros de recortes. Usaba el cartón de las cajas gruesas que conseguía gratis del almacén. Papá se los cortaba y ella y Eleonora pegaban fotografías de revistas sobre ellos. La tapa de uno era un collage de estrellas de cine de Hollywood. Adentro había ensayos que Eleonora había escrito, recuerdos de bailes escolares, programas de eventos a los que había asistido y fotografías escolares. Otro álbum estaba empapelado con fotos de lugares para ver, como el Gran Cañón, las secoyas de California, las playas de Oregón, las Montañas Rocosas. Dentro de ese álbum de recortes había recuerdos de los años escolares de Jorge.

Alguna vez hubo fotografías de parientes, pero todas habían desaparecido. Las pocas fotos que quedaban eran de los niños durante sus años escolares. Todas las fotografías familiares que le quedaban a Leota estaban sobre la repisa de la chimenea. Tenía solo tres de Bernard. La que les habían tomado el día de su boda estaba colgada en su habitación. La segunda era de ella y Bernard, cuando Jorge recién empezaba a caminar y Eleonora era una bebé. La tercera era de Bernard vestido de uniforme. Se la habían tomado y enviado a ella cuando se graduó del campo de entrenamiento. Ella se la había dado a sus padres y ellos la habían exhibido con orgullo sobre la repisa de la chimenea hasta que él volvió a casa y les dijo que no quería nada que le recordara a la guerra. Luego de eso, mamá la guardó. Ni siquiera la colgó en la pared del pequeño departamento detrás del garaje. Cuando Bernard murió, mamá puso la fotografía sobre el televisor, donde pudo verla todas las mañanas, tardes y noches durante sus últimos diez años de vida.

Escondida en la caja entre la colección de recuerdos, había una vieja caja de zapatos. Leota desató los lazos rosados y levantó la tapa. Adentro había cartas de la antigua patria que Mamá Reinhardt había conservado. Estaban escritas en alemán, por lo tanto, Leota no podía entenderlas. Sin embargo, cuando Mamá Reinhardt murió, Leota no pudo quemarlas ni echarlas a la basura. Si Mamá Reinhardt las había apreciado tanto como para guardarlas todos esos años, ¿quién era ella para deshacerse de las cartas? Estaban prolijamente organizadas en pequeños paquetes y atadas con cintas delgadas de seda rosada. Un paquete por cada año, comenzando en 1924, el año después de que Mamá y Papá Reinhardt inmigraron a Estados Unidos. No había cartas después de 1940.

Leota se preguntaba qué decían las cartas. Tal vez debería destruirlas, pero la idea la perturbaba. La caja de zapatos con las cartas ocupaba un espacio pequeño. Quizás algún día un pariente aprendería a leer alemán y las descifraría. Por otro lado, tal vez esa no fuera una buena

idea.

Sabía lo que habría querido Bernard.

Sopesó la caja en sus manos. Señor, ¿qué debo hacer? Puede que la historia de nuestra familia no sea prístina, pero, de todas maneras, es nuestra. ¿Qué riesgos implica conservarlas? ¿Quién podría resultar lastimado por lo que contienen? Y si efectivamente las quemara, ¿cuánto de lo que somos se esfumaría?

Suspirando, Leota dejó la caja a un costado. No sabía qué hacer con las cartas. Lo pensaría durante algunos días, y entonces tomaría una decisión; si no podía hacerlo, dejaría que alguien más lo resolviera. Que Eleonora o Jorge quemaran el pasado, si así lo preferían.

Antes de volver a poner la tapa en su lugar, notó un largo sobre marrón metido a lo largo de la caja. Lo sacó y le dio vuelta en sus manos. No tenía marcas ni estaba sellado. Leota lo abrió y sacó unos documentos que parecían oficiales. Al extenderlos, los leyó. ¡Eran los papeles de la naturalización de Mamá y Papá Reinhardt! Ambos habían aprobado su examen ante un juez y se habían convertido en ciudadanos estadounidenses en mayo de 1934.

No era casualidad que esos papeles estuvieran con las cartas de Alemania.

—Ay, mamá, estabas tironeada por ambos mundos, ¿verdad? —Sin embargo, también era un mensaje.

Leota dobló los papeles con cuidado y volvió a meterlos en el sobre. Escribió en la parte superior: «Documentos de naturalización de Gottlieb y Helene Reinhardt». Colocó el sobre encima de las cartas para que cualquiera que abriera la caja lo viera en primer lugar. Luego, volvió a poner la tapa, ató de nuevo las cintas y dejó la caja a un costado. Al fin y al cabo, no necesitaba unos días más para decidirse. Conservaría las cartas.

La última caja estaba llena de sus propios recuerdos. La última vez que la había revisado, había hecho limpieza. Había sido el mes después de la muerte de Mamá Reinhardt y ella había guardado algunas de sus cosas en el ático. Tomó un manojo de cartas que le había enviado Bernard mientras estaba en la guerra y otro de tarjetas que él le había comprado para sus cumpleaños y para el Día de la Madre a lo largo de los años.

Dedicó el resto del día a leerlas. Algunas la hicieron llorar, especialmente las de la época de la guerra. Cuando lo conoció, Bernard era un hombre lleno de vida y alegría, pero el optimismo y el entusiasmo juvenil rápidamente cedieron ante las realidades de la guerra. Leyó hasta la medianoche, cuando se sintió demasiado cansada para continuar, y dejó las cartas y las tarjetas restantes sobre la mesa del comedor para terminarlas al día siguiente.



Había cincuenta y tres cartas en total. Mientras las leía, podía oír a Bernard hablándole, al joven Bernard, tan lleno de pasión y esperanza por el futuro. Leyó una por una las ochenta y nueve tarjetas de felicitaciones. Cada una tenía una nota escrita al pie. Todo mi amor, siempre, tu Bernard... No podría haber durado un día sin ti... Eres la luz de mi vida... Siempre tuyo, por la misericordia de Dios... Todo mi amor... Todo mi amor... Todo mi amor...

Quizás algún día sus hijos las leerían. Tal vez entonces entenderían. Eran la prueba de que Bernard Reinhardt siempre la había amado, incluso a través de los años de grave alcoholismo y de los ataques de profunda depresión y silencio.

Oh, Señor, permite que en ese día se acaben las acusaciones contra mí. Que los ojos de mis hijos se abran para que puedan ver y, finalmente, entiendan una pequeña parte de por qué las cosas fueron como fueron. No tienen que saber todo, Señor. No tanto como para que se destruyan sus vidas. Permite que solo sepan lo suficiente como para que dejen de lado sus sentimientos amargos hacia mí y cuenten sus bendiciones. Hice lo mejor que pude con lo que tenía.

Apiló las cartas con cuidado y en orden y las ató nuevamente.

Por ahora, suponía que Eleonora seguiría cautiva de su propia perspectiva del pasado. Se aferraría a esa colcha harapienta y desquiciada de experiencias cosidas por su propia y fecunda imaginación. Fragmentos de conversaciones, cosas que le habían dicho o que había oído: fragmentos de la verdad, pero nunca la verdad completa.

Da un paso atrás, Eleonora. Aléjate un poco y mira bien.

Leota apiló las cartas, ató de nuevo las cintas y revisó el resto de las cosas de la última caja. ¿Qué otros tesoros podría encontrar? Sacó un bolso de fiesta con abalorios, un cuello de encaje con botones de perla, un libro de oraciones cuya tapa de cuero estaba muy gastada, y la carpeta de dibujos de la tía abuela Joyce. Los revisaría después con Annie.

Cerca del fondo de la caja, encontró tres pañuelitos blancos envueltos con papel de seda. Uno tenía un borde de blonda, otro de encaje y el tercero estaba bellamente bordado con nomeolvides. La obra de su madre. Tan delicada. Nunca se había atrevido a sonarse la nariz con uno de ellos; la sola idea le parecía casi sacrílega. Leota pensó en Annie mientras sacaba cada pañuelito y lo admiraba. Como artista, su nieta apreciaría el tiempo y el esmero dedicados a hacer estas cosas encantadoras. Era apropiado que ella las conservara.

En el fondo de la caja, había dos conjuntos de ropa. Uno le había pertenecido a Jorge cuando era pequeño: unos jeans gastados con huecos en las rodillas; una camisa con franjas azules, rojas y verdes; un sombrero de vaquero y un par de botas. El otro conjunto era de Eleonora: un vestido azul con pliegues y frunces, cintas rosadas cosidas alrededor del corpiño y flores blancas bordadas en el cuello y en el dobladillo. Lo había hecho Mamá Reinhardt.

Junto con el vestido, había un par de zapatitos blancos gastados de bebé.

Leota sostuvo las prendas de vestir sobre su regazo y lloró.

CAPÍTULO 6

LEOTA MIRÓ A TRAVÉS DE LA VENTANA de la puerta del frente y vio a Corban Solsek parado en su porche delantero. ¿Por qué había regresado? ¿Ya era miércoles? No podía ser. Annie había dicho que vendría a visitarla nuevamente el lunes. Tenía clases los martes, jueves y viernes por la tarde.

Abrió la puerta y observó el cuaderno de espiral que tenía en la mano.

—Llegas unos días antes, ¿verdad?

—Quería hablar con usted, señora Reinhardt. Si tiene unos minutos.

—Creo que tengo algunos para dedicarle. —Le abrió la puerta—. Bien, pase —dijo cuando él dudó. Se dio cuenta de lo ansioso que estaba por esta visita. Tenía los labios tensos y firmes. No parecía nervioso, sino molesto—. Sáqueselo del pecho, sea lo que sea. —Probablemente iba a decirle que era una vieja boba y que él no tenía tiempo para sus tonterías. Qué pena. Podría haber aprendido algo de ella, si hubiera tenido la disposición. Por otro lado, ella debía reconocer que también podría haber aprendido algo de él, si no la hubiera irritado tanto con esa actitud de sabelotodo. Cada vez que miraba su rostro mojigato, tenía ganas de darle un coscorrón.

—¿Podemos sentarnos? —dijo él cuando se quedó de pie en la sala.

Al parecer, lo que tenía en mente no se podría resolver en uno o dos minutos. Ella volvió a mirar su cuaderno.

—¿Planea tomar apuntes?

—Si no le molesta.

—¿Y si le dijera que sí?

Él apretó y aflojó las mandíbulas.

—No lo haría.

—No. Imagino que esperaría hasta regresar adondequiera que vive, y entonces escribiría todo según quiere que sea.

Sus ojos se ensombrecieron.

—Mire, usted me ha dejado más que claro que no le agrado. Nunca he podido descifrar cuál es el problema.

—¿No? Le daré una pista. Tiene los modales de un chivo en una verdulería.

Se quedó mirándola fijamente, con la boca abierta.

—Yo no diría que usted es la Reina de los buenos modales.

Leota se rio. Cerró la puerta delantera y lo miró. Se rio un poco más.

—¿De qué se ríe tanto?

El pobre muchacho estaba prácticamente gruñendo. Ella siguió riendo de satisfacción mientras pasaba junto a él hasta su sillón y se sentaba. Sacó un pañuelo desechable de la caja y se secó los ojos.

—Bien, recién ahora puedo decir que es la primera cosa sincera que me ha dicho desde que pisó mi umbral.

Corban miraba fijamente a la mujer, sin saber qué decir.

—Por lo menos tiene la decencia de sonrojarse —dijo ella, implacable.

Él negó con la cabeza y se sentó al borde del sofá.

—Tal vez serviría que le hable un poco de mí.

—Sería mejor que me dijera, en primer lugar, qué quiere.

Se sintió curiosamente avergonzado, pero ¿por qué? Estaba tratando de ayudar a los ancianos ¿verdad? Frunció ligeramente el ceño, sin poder sostenerle la mirada. Su calma lo alteraba. Ella lo miraba y él tenía la incómoda sensación de que veía lo profundo de su ser como nadie lo había hecho antes, observando cosas que ni siquiera él sabía que tenía.

—Vaya directo al grano, señor Solsek.

—Estudio en la Universidad de California en Berkeley. Estoy trabajando en un ensayo trimestral para Sociología. Necesito un estudio de caso.

—¿Solo uno?

—Mi profesor puso esa condición —dijo él, asintiendo.

—¿Sobre qué tema es su ensayo?

—Se trata de algunas ideas que tengo sobre el creciente número de adultos mayores que hay en nuestro país.

—¿Un exterminio, quizás?

Trató de no ofenderse. Sin duda, ella sabía cómo sacarlo de quicio.

—Muy bien. —Sonrió ella con ironía—. Entonces, ¿cuál es esa idea suya?

—Expandir la cantidad de residencias para personas mayores en las zonas de alta densidad demográfica. La idea tiene doble finalidad: cuidar a los ancianos y renovar la vida de los núcleos de nuestras ciudades. El gobierno podría subvencionar la adquisición de algunos edificios viejos de oficinas y hoteles en los barrios céntricos pobres, renovarlos y convertirlos en centros de cuidado residencial. Los residentes harían un solo pago para vivir en las residencias por el resto de su vida. Un piso podría ser para instalaciones médicas; otro, para actividades recreativas. Por supuesto, esto es solo un rápido resumen. Bajo este tipo de sistema, se brindaría toda clase de servicios.

La miró otra vez, atento, esperando algún indicio de afirmación. Lo que recibió fue una mirada inexpresiva.

Leota se recostó hacia atrás; había perdido el humor por completo. ¿Cómo era posible que alguien lo suficientemente brillante para entrar a Berkeley fuera tan ingenuo?

—¿Los residentes tendrían derecho a visitas?

La boca de él se contrajo.

—No estoy diseñando un sistema carcelario, señora Reinhardt. Por supuesto que se permitirían visitas. Habría habitaciones para huéspedes disponibles por un tiempo limitado y a un precio mínimo.

—¿Y si alguien quisiera mudarse de la residencia?

—Sería poco probable que alguien quisiera irse.

—Especialmente si la inversión inicial no fuera reembolsable. O si la usaran toda. —¡O si los empleados pusieran tranquilizantes en la comida!

Él frunció el ceño.

—La idea es que todos los residentes reciban el más alto nivel de cuidado durante los últimos años de su vida. Tendrían un ambiente seguro, la tranquilidad de estar bien cuidados, un entorno cómodo, interacción comunitaria. Muchos no tienen nada de eso hoy en día.

—Alguien como yo, quiere decir. Alguien que vive en un vecindario marginal de la ciudad, que depende del Seguro Social. Una persona vieja, con una salud deteriorada y poco, o ningún, respaldo familiar.

Corban se reclinó en el sofá y sonrió.

—Sí, alguien como usted.

—¿Qué edad tiene su profesor, señor Solsek?

—¿Por qué lo pregunta?

—Creo que tiene la intención de que usted aprenda algo más. Si pudiera arriesgar una suposición, diría que anda alrededor de los sesenta años.

—Algo así, supongo. ¿Por qué?

—El pobre tipo ve que le llega la hora de jubilarse y sus últimos años de vida. Probablemente, esté horrorizado ante la idea de que alguien como usted decida lo que le sucederá.

La cara de Corban se puso roja; sus ojos se encendieron de ira.

—¡Ese es un golpe bajo! Estoy perdiendo mi tiempo aquí. ¿Qué sabe usted de cómo son las cosas ahora? ¡Está todo el día encerrada en esta casa decadente, mirando programas de juegos y repeticiones de La tribu Brady! Lo más divertido que hace es atormentar a las cajeras del supermercado. —Se paró, se metió el cuaderno bajo el brazo y se dirigió a la puerta.

—¿Adónde va?

—Me voy. ¿Qué le parece que estoy haciendo? Perdí tres semanas viniendo aquí con la esperanza de llegar a conocerla. Llamaré a Nancy y le diré que le busque otro voluntario.

—¡Bien! Ahora sí que tenemos una actitud para abrir mentes y corazones.

El fuego de sus ojos se apagó y Leota casi sintió pena por él. Casi.

—Tengo ocho semanas para redactar este informe, señora Reinhardt. —Sonaba cansado y deprimido—. Necesito a alguien que esté dispuesto a dar y recibir.

Sabía cuál era su parte según el pensamiento de él. Estaba ciego como un topo en un túnel. Y angustiado. Ese era un buen indicio. ¿Se debía su desesperanza solamente a su informe, o pasaba algo más en su vida que la asignatura de Sociología? Tal vez ni siquiera sabía qué lo estaba perturbando. Apenas estaba saliendo de la adolescencia. ¿Cómo podía saberlo?

—Si se sienta, le daré mi opinión sobre lo que me ha dicho hasta ahora.

Frunció el ceño con un gesto decididamente receloso.

—Puedo imaginarlo.

Cuando ella no dijo nada, él regresó al sofá y se sentó.

—Está bien. Continúe.

Se mostraba tan entusiasmado como si tuviera una manzana en la cabeza y ella tuviera en su poder un arco y flechas.

—Le estoy dando mi opinión. No puede considerarse como completamente cierta en cuanto a la población geriátrica en general, ¿sabe?

Él asintió con el rostro sombrío.

—Me resultaría desalentador vivir en un edificio habitado únicamente por viejos.

Se inclinó hacia adelante.

—No todos en el edificio serían viejos, señora Reinhardt. Habría enfermeras, médicos, empleados de limpieza y cocineros, personal de recreación...

Ella levantó la mano y frenó el torrente.

—Digámoslo así, señor Solsek. Me parecería desmoralizante si las únicas personas con las que viviera fueran aquellas pagadas por el gobierno para ocuparse de mis necesidades. —Él parecía confundido—. Lo dejaré pensando en ese tema. Antes de que se vaya, tengo una pregunta para usted y no quiero que me responda hoy. Quiero que piense en ella y me conteste el

miércoles. Si decide regresar, claro está.

—La escucho —dijo él con cautela.

—¿Por qué quiere guardarnos a los viejos en un edificio financiado por el gobierno y alejarnos del resto de la sociedad?

—Parcialmente financiado, señora...

—El miércoles, señor Solsek. Piense en eso.

Corban se puso de pie lentamente. Leota percibió en su rostro que la lucha continuaba. No menor a la lucha que en ese mismo momento estaba librándose en el interior de ella. Sus ideas la preocupaban. Reconocía sobre qué bases se fundamentaban. Estaba claro que él no. Decírselo no serviría de nada. Él no lo creería si lo hiciera. ¿Podría lograr que se diera cuenta por sí mismo? Probablemente no. Estaba demasiado seguro. Los jóvenes siempre tenían la alta motivación de trabajar por un mundo mejor.

Oh, Dios mío, ¿es así como empiezan estas cosas?

—Haré un trato con usted —dijo ella—. Si está dispuesto a darme una respuesta sincera el próximo miércoles, yo contestaré todas las preguntas que pensaba hacerme el día que vino por primera vez.

Corban la estudió. No parecía feliz con la propuesta que acababa de hacerle. Tal vez pensaba que ella solo quería que siguiera viniendo para su conveniencia. Desde luego, había algo de eso.

—No tengo mucho tiempo que perder, señora Reinhardt.

—Tampoco yo, señor Solsek. —Nunca había tolerado alegremente a los tontos, pero sentía algo que la incitaba interiormente en lo que a este concernía. ¿Cuánto sabía él de cómo era el mundo realmente? Tal vez lo impulsaba la compasión. Con mayor razón debía encender las lámparas y dejar que algo de luz alumbrara su mente oscurecida. Lentamente, para que no lo cegara.

Y, de todas maneras, Tú decides, ¿verdad, Señor?

Corban exhaló despacio y se puso de pie. Esta vez, con calma. Volvió a meter el cuaderno de espiral bajo su brazo, caminó hasta la puerta y la abrió. Hizo una pausa y la miró.

—Lo pensaré y hablaré con usted el miércoles.

—Si Dios quiere, todavía estaré aquí.



Leota estuvo preocupada todo el domingo. Pese a lo que había dicho su nieta, Leota no creía que Annie regresaría.

Durante años, había invitado infinidad de veces a Eleonora a las cenas de Acción de Gracias, de Navidad, de Pascua y a sus cumpleaños. A veces, Eleonora decía que le gustaba la idea y que llevaría a la familia; después, llamaba a último momento y decía que no podría ir. Siempre tenía un motivo: uno de los niños estaba enfermo, su esposo tenía que trabajar, unos amigos habían llamado inesperadamente y llegarían de visita para el fin de semana. El mensaje subyacente siempre era claro como el sonido de una trompeta: Tú no estuviste presente para mí, así que ¿por qué yo debería estar disponible para ti? Cuando finalmente Eleonora iba, se la pasaba todo el tiempo buscando cualquier cosa que pudiera aprovechar para sacar a la luz el pasado y remarcar una vez más los muchos defectos de su madre.

Señor, sé que no fui perfecta, pero lo intenté con todas mis fuerzas.

El tiempo no había cooperado para que Eleonora entendiera la verdad de nada. Leota incluso había esperado que la llegada de los hijos le abriera los ojos a Eleonora, para que pudiera ver desde una perspectiva más amplia cómo la vida era menos que perfecta. No tuvo tal suerte. Eleonora era una experta en controlar su vida y la de sus seres queridos. Siempre tenía que estar en casa a la hora que sus hijos llegaban. Se aseguraba de que tuvieran todo lo que necesitaban. Nada de ropa de segunda mano para sus hijos. Macy's y Capwell's. Jamás el pan del día anterior. Tres comidas completas al día, distribuidas de manera tal que no tuvieran problemas de sobrepeso ni dermatológicos. Nada de remedios caseros cuando se quejaban de dolor de estómago. Solo un médico servía, y un terapeuta profesional, si las cosas se complicaban en el plano emocional.

Leota deseaba desesperadamente creer todas esas excusas patéticas. Quería ignorar los desprecios y fingir que no había escuchado las palabras destinadas a herir. Las pocas veces que intentó defenderse, Eleonora se fue sin escucharla.

Finalmente, Leota se cansó de todo eso. El último año, no llamó ni una vez a Eleonora. Recibió cuatro llamadas indiferentes: una en Navidad, una en Pascua, una en su cumpleaños y una en Acción de Gracias. El Día de la Madre pasó sin una tarjeta ni una llamada.

Para todas las fechas especiales, recibía una tarjeta de su hijo. Con amor, Jorge y Jeanne; era Jeanne quien firmaba las tarjetas y las mandaba. Las pocas veces que Leota veía a Jorge, no demostraba una actitud de amargura. Estaba metido en su mundo y sus preocupaciones.

Se parecía más a Bernard de lo que podía darse cuenta.

Señor, tengo que creer, o deberé reconocer que no hay ninguna esperanza de reconciliación. Durante tantos años he soñado con una relación cercana con mis hijos y con mis nietos, pero ¿llegó Annie solo para despertar la esperanza? Es doloroso. Sigo pensando en todos esos años perdidos.

¿La llamaría Annie para decir que la disculpara porque no podía ir? Los jóvenes tenían la vida demasiado ocupada actualmente. Lugares adonde ir. Cosas que ver. Personas interesantes por conocer. ¿Por qué querría una hermosa chica de dieciocho años pasar tiempo con una vieja?

Leota trató de leer la Biblia para dejar de pensar en sus preocupaciones, pero no pudo concentrarse. El teléfono sonó una vez a las seis de la tarde. El sonido siempre la sobresaltaba.

Recibía muy pocas llamadas. Esta vez, el sonido del teléfono la llenó de una sensación de temor y desesperación como nunca antes. Lo dejó sonar cuatro veces antes de contestar y pasaron varios segundos hasta que se dio cuenta de que la voz en el teléfono no era la de su nieta, sino de una vendedora. Se sintió tan aliviada, que la escuchó. Normalmente, colgaba antes de que terminaran la primera frase de su perorata. Esta tarde, no podía dejar de pensar en Annie. ¿Y si su nieta tuviera que ganarse la vida haciendo ventas telefónicas?

Cuando la mujer finalmente agotó su charla promocional memorizada, dada en el doble de tiempo, y le preguntó si estaba interesada en esta oferta maravillosa, Leota dijo:

—Lo hizo muy bien, querida, pero soy una anciana que vive del Seguro Social. Ni siquiera tengo reproductor de discos compactos.

—Ah. —La oyó suspirar—. Lamento haber ocupado su tiempo, señora.

—Espero que tenga más suerte en su próxima llamada.

—Gracias, señora. —La pobre chica sonó casi al borde del llanto—. ¿Le digo algo? Usted es la primera persona de la noche que ha sido amable conmigo.

—No crea que merezca tanto reconocimiento, querida. Generalmente, les cuelgo.

La vendedora dejó escapar una risa suave.

—La mayoría de las personas lo hace. Tuve diez que me colgaron el teléfono tan bruscamente, que me dejaron zumbando el oído, y varias otras que me maldijeron. Son los gajes del oficio. De todas maneras, gracias por escucharme, señora. Espero que tenga una noche agradable.

—Yo espero que encuentre otro empleo.

La mujer se rio.

—¡Yo también!

Leota colgó con delicadeza y suspiró. Leyó la Biblia durante otra media hora, antes de dejarla a un lado y darse por vencida. Ya sabía lo que decía, pero a veces era difícil pensar en lo bueno. Encendió el televisor, recorrió todos los canales y lo apagó.

¿Qué haría con todas esas galletas con chispas de chocolate si Annie no venía? Había horneado tres docenas. Además, estaban muy ricas. Había probado una para asegurarse de que no había estropeado la receta. Después de todo, hacía tres años que no las horneaba.

El teléfono volvió a sonar a las siete y media. Lo dejó repicar antes de responder, sintiendo que esta vez era Annie.

—¿Abuelita Leota? Espero no haberte despertado.

—Generalmente no me voy a la cama hasta después del noticiero de las diez.

—Ah, bien. ¿A qué hora te levantas?

Leota se despertaba a las cinco y media todas las mañanas, desde hacía años. Había esperado superar el hábito, pero tantos años de levantarse temprano para tener tiempo suficiente para alistarse y tomar el autobús para ir al trabajo habían marcado una rutina. Su reloj despertador se había roto años atrás; sin embargo, sus ojos se abrían espontáneamente todos los días a la misma hora. Su rutina nunca variaba. Se despertaba a las cinco y media, se levantaba a las seis, tomaba un baño, se vestía, preparaba el desayuno y se sentaba a leer la Biblia, el periódico y hacía sus crucigramas. Siempre en ese orden. Desde que tuvo que renunciar a la jardinería, Leota descubrió que el resto del día era agonizar de aburrimiento.

Estoy esperando la muerte, Señor. Es lo único que hago.

—¿Abuelita?

—Estoy vestida y lista alrededor de las siete y media.

—Ah, qué bueno. ¿Te parecería bien si voy un poco antes?

—¿Antes?

—Bueno, pensaba ir aproximadamente a la misma hora que la vez anterior, cerca de la una, pero preferiría ir en la mañana y quedarme a pasar el día. ¿Te parecería bien? Llevaré el almuerzo.

Leota no supo qué decir. ¿Todo el día? Ay, Dios santo, ¡todo el día!

—¿Abuelita? Si lo prefieres, esperaré hasta más tarde; está bien.

—Oh, no. Cuanto más temprano, mejor. Y no tienes que traer nada. Solo a ti misma.

Annie se rio suavemente, al parecer, aliviada.

—Me alegro tanto, abuelita Leota. Hace días que espero ansiosa para verte.

Leota se llevó una mano al corazón. Ay, querida mía, ¡hace años que esperaba este momento!

—Hice galletas.

—¿En serio? —La voz de Annie sonó ronca cuando siguió hablando—. ¿Cuánto hace que no comes comida china, abuelita Leota?

—Ah, no lo sé. Años y años.

—Hay un excelente lugar de comida para llevar cerca de donde vivimos, y tienen la mejor comida china del mundo. Llevaré el almuerzo. Te prometo que te encantará. —Sonaba muy entusiasmada—. Te veré mañana en la mañana.

Leota se quedó largo rato sentada en su sillón, deleitándose en sus sensaciones. Luego, las pequeñas preocupaciones empezaron otra vez. ¿Y si Annie tenía un accidente? ¿Y si la asaltaban yendo a esa tienda? ¿Y si...?

Ay, Señor, mantenla a salvo. He oído que San Francisco es como Sodoma y Gomorra en estos tiempos. No es la misma ciudad a la que solía ir cuando Cosma y yo nos vestíamos elegantes para ir allá. Hasta nos poníamos sombreros y guantes. Por lo que había oído en el supermercado, ahora el tráfico era espantoso. Había drogadictos en todas partes, buscando presas fáciles para robarles dinero. Leota frunció el ceño. ¿Había sido justamente ayer que había leído que había catorce mil personas indigentes en San Francisco, y que muchos tenían algún tipo de adicción? Dios, por favor, te pido que mantengas a salvo a Annie. No permitas que ningún mal la alcance. Pon ángeles a su alrededor.

Cuando finalmente se fue a la cama a las once, siguió despierta casi una hora más; su mente zumbaba con todas las posibilidades funestas de lo que podía llegar a sucederle a una joven hermosa en un mundo malvado.



Annie llegó a salvo a las nueve. Tenía puestos unos jeans y una camiseta blanca con una chaqueta marrón. Su cabello estaba suelto y rizado, enmarcando su bonito rostro, y caía sobre sus hombros y su espalda. Leota pensó que era la chica más encantadora que había visto. Mucho más bella que cualquiera de esas modelos anoréxicas de las portadas de las revistas.

—Espero que no hayas comido todavía —dijo Annie cuando entró con dos bolsas en las manos y su cartera colgada al hombro—. No pude resistirme a los bollos daneses.

Leota había estado demasiado preocupada como para desayunar. Había mirado el reloj todo el tiempo, preguntándose si Annie estaría bien.

—¿Tuviste algún problema para llegar aquí?

—Para nada. El tráfico iba en el sentido contrario. No tuve problemas para salir de San Francisco y cruzar el puente, y tú estás nada más que a un salto de la salida de la autopista. ¿Puedo poner la comida china en el refrigerador?

—Ponla donde quieras. —La casa se sentía distinta con Annie aquí. La llenaba de vida—. ¿Te gustaría un poco de café para acompañar los bollos? —dijo Leota, siguiéndola a un ritmo más lento.

Annie guardó la bolsa de comida china en el viejo refrigerador y cerró la puerta.

—Eso sería perfecto.

—¿Solo o saborizado? —Leota sonrió, colmada por la seguridad de que estaba preparada para cualquier posibilidad. Ella tenía cualquier cosa que su nieta quisiera.

—Lo mismo que vayas a tomar tú, abuelita.

Leota se desalentó por su falta de interés en la bebida. Pensó en el precio indignante de ese café lujoso y, de pronto, tuvo ganas de decirle a Annie cuánto había pagado solo para que supiera lo mucho que significaba su visita. Sin embargo, pensó que lo mejor sería no decir nada. Apenas conocía a su nieta. ¿Qué pasaría si Annie la malinterpretaba y se ofendía?

En cambio, dijo:

—¿Cómo te fue en la semana? —Estaba deseosa de cualquier información.

Annie le habló de sus dos asignaturas: una sobre historia del arte y la otra sobre bocetos. Ambas sonaban interesantes, y que consumían mucho tiempo. Leer un montón para una y hacer proyectos para la otra, pero Annie parecía entusiasmada con todo eso. Leota se sentó, encantada, a la mesa de la cocina, simplemente para escucharla hablar. La habitación prácticamente zumbaba con el entusiasmo juvenil de la muchacha. Leota decidió que Annie era una joven sensata que intentaba aprovechar la vida al máximo. ¡Qué alentador! En lugar de ver las manías de las personas a las que atendía en el restaurante como fallas, todo lo relacionado con sus clientes le parecía interesante. No había duda de que a ellos también les agradaba ella. ¿Cómo podía ser de otra manera?

Leota se levantó una vez para servir con una cuchara el café en polvo azucarado en las tazas que había sacado el día anterior del aparador de la vajilla. Vertió el agua caliente; luego, con el café ya listo, se quedó parada, indecisa. Tal vez sería más amable atender a Annie en cualquier otro lugar que no fuera su pequeña cocina desordenada.

—¿Te gustaría tomar el café y los bollos en el comedor?

—¿Podríamos quedarnos aquí? —Annie sonrió con dulzura—. Es tan agradable mirar afuera y ver el jardín.

Las defensas de Leota cayeron completamente.

—A mí también me gusta este lugar. Siempre preferí esta habitación a la del frente. —Dobló

el periódico y lo dejó a un lado. ¿Y qué si estaba un poquito desordenada? A Annie no parecía molestarle—. Aunque ha estado un poco deprimente en los últimos años. —Puso las dos tazas en la mesa.

—¿Por qué abuelita?

—Ya no puedo trabajar en el jardín. No tengo fuerzas para esas tareas. Hay que hacer muchas cosas para mantener adecuadamente un jardín. —Recordó los bollos daneses y agregó dos de los platos que Cosma le había regalado hacía años. Estaban pintados a mano con bordes dorados y eran tan encantadores que nunca se había atrevido a usarlos. La sola idea de romper uno le impedía correr el riesgo. Tenía pocas cosas preciadas, y menos aún de sus seres amados. Bien, ya era hora de usarlas. Aunque Annie no lo supiera, este era un día para celebrar. Solo utilizaría lo mejor, y si algo se rompía, que se rompiera. ¿De qué serviría la porcelana fina cuando la dueña estuviera muerta y enterrada?

—Estos platos son hermosos, abuelita.

—Me los regaló una amiga hace años. Los trajo de uno de sus viajes. A Francia, creo. —Le habló de Cosma a Annie. Se sentaron en la pequeña mesa de la cocina a beber el café y comer los bollos dulces.

Mientras Annie estaba sentada en la pequeña cocina, se sorprendió pensando en las manos de su madre al mirar las de su abuela. Su madre mantenía sus uñas perfectamente manicuradas porque solía ir al salón de belleza a que las recubrieran con acrílicos y las pintaran con algún tono bonito. Las uñas de la abuelita Leota estaban pulcramente recortadas y naturales. Sus dedos eran delgados y elegantes, a pesar de los efectos de la artritis. Todavía usaba su anillo de bodas. Era una alianza sencilla de oro, usada durante tanto tiempo que parecía ser parte de su dedo.

—A mamá no le gusta la jardinería —suspiró Annie—. Le agrada tener un jardín hermoso, pero prefiere contratar a alguien para que se ocupe de eso. —El servicio de jardinería de Marvin Tikado iba una vez por semana a cortar el césped que rodeaba la casa, podar los arbustos y revisar que no hubiera maleza en ninguna parte. Él renovaba periódicamente con flores nuevas los parterres que bordeaban el sendero empedrado que conducía a la puerta principal.

—Yo amaba la jardinería —dijo la abuelita Leota, mirando hacia la parte de atrás—. Pasaba horas ahí. —Había sido un lugar de refugio. Lo había comenzado cuando se mudó por primera vez a esta casa con Mamá Reinhardt. Mamá no la quería en la cocina y ella no se sentía cómoda de sentarse en la sala con Papá Reinhardt a leer el periódico o algún libro. Así que asumió la responsabilidad del jardín de la victoria. Recopiló conocimientos de los vecinos, quienes le dieron esquejes para empezar en frascos, o semillas para germinar en los envases de cartón para huevos. Había disfrutado al ver crecer las cosas y se había sorprendido y deleitado al descubrir que tenía buena mano para la jardinería.

—Ahora es imposible afirmar que alguien pasó algún tiempo en ese lugar. —Basta de esto, se dijo Leota a sí misma. Lo último que una persona joven quería era visitar a una anciana que no hacía otra cosa que quejarse—. Encontré los dibujos de la tía abuela Joyce. Algunos solo son avisos publicitarios...

Fueron a la habitación del frente, donde Leota había dejado el porfolio sobre la mesa del comedor. Annie lo desató cuidadosamente y lo abrió. La primera imagen era un anuncio de un molinillo de café. Había otra de una estufa de leña hecha de hierro fundido. Otra era de una carreta de granja y otra más de algún tipo de maquinaria agrícola. Había anuncios de reposeras y de aparadores para vajilla de porcelana, de herramientas y cochecitos, de faroles y de trineos. Enseguida, la mesa se cubrió de dibujos con pluma y tinta sobre papeles amarillentos por los

años.

—¡Estos son maravillosos! —dijo Annie, pasando del anuncio del reloj con cadena para hombres a la portada de un libro. Cuentos de hadas y travesuras divertidas, proclamaba la página con una niña sentada bajo el tronco de un árbol retorcido, que observaba a un saltamontes vestido con un esmoquin y con una linterna en la mano. Dejándolo a un lado, Annie levantó otro dibujo de un remolino de hojas, flores y figuras con la palabra Menú impresa en letras góticas negras.

—Mira estos bordes preciosos, abuelita Leota —dijo Annie, admirando varias hojas grandes que tenían muestras que iban desde hojas de parras y uvas hasta intrincados nudos celtas y diseños moriscos. Uno parecía un enrejado con rosas trepadoras. Una página era el dibujo de una dama con un vestido victoriano, parada en medio de unos girasoles. La imagen estaba envuelta por enredaderas de trompeta y flores, con las palabras Obsequios navideños delicados finamente impresas debajo. Annie analizó una página que tenía la letra H en toda clase de estilos, desde la letra de molde más simple hasta el estilo más ornamentado.

Había un anuncio de una mecedora con sus apoyabrazos ornamentados, un marco de madera y unos almohadones que parecían tapices. La tía abuela Joyce había experimentado con personas también, y había hecho numerosos dibujos de hombres y mujeres vestidos con todo tipo de prendas, desde ropa de trabajo hasta atuendos de boda.

—Me encanta esta. —Annie levantó un dibujo a tinta de una mujer sentada en la banqueta de un piano. Llevaba un vestido de cintura alta y largo hasta los pies, con mangas abullonadas. Su espalda estaba girada de manera que uno podía ver la elegante curva de su cuello y su cabello levantado en un rodete. Unos rizos delicados escapaban sobre sus sienes. Sus manos estaban posicionadas como si fuera a tocar un piano que estaba ausente.

Había páginas de animales. Una página tenía un estudio de un caballo de tiro con anteojeras; frontal derecho, frontal izquierdo y de frente. Otra era un estudio sobre una vaca lechera: parada, caminando y pastando. Annie levantó una hoja tras otra de maquinarias, observándolas.

—Con esto se ganaba el pan, supongo —dijo Leota, pensando que probablemente no fueran muy interesantes. Pero Annie miraba todo con ojos asombrados.

—Son maravillosos, abuelita. ¡Mira el detalle! Cada tuerca y cada tornillo. Yo jamás podría dibujar así.

—Nunca digas nunca.

—¡Impresionante!... —dijo Annie, levantando una de las muchas que había. Era un dibujo a pluma y tinta de una alfombra floreada, tan detallada que parecía una fotografía en blanco y negro.

—Su verdadero interés se nota en las ilustraciones que están más atrás. —Leota se sentó en el extremo de la mesa y observó el rostro de su nieta. Annie miraba todo con fascinación. Su placer le producía placer a Leota.

Annie levantó con delicadeza las delgadas hojas de papel y encontró una página tras otra de edificios: una sencilla iglesia rural, una catedral, una casa victoriana de tres pisos con galería, un edificio de oficinas de cuatro pisos hecho de ladrillos, una calle bordeada de árboles con tiendas pintorescas, una misión de adobe, una casa de campo estilo Reina Ana con una glorieta de rosas y una cerca de madera, una cabaña de troncos, un cobertizo entre las secoyas con un fuego ardiendo. Todo había sido dibujado con pluma y tinta. Todos con los detalles más exquisitos. Rosas sobre enrejados. Una ventana con vitral en lo alto de una escalera. Un pájaro sobre la baranda de un porche. La cruz en un campanario.

—Madre nunca mencionó a la tía abuela Joyce —dijo Anne.

—Es probable que Eleonora... —Se detuvo y se corrigió a sí misma—. Tu madre probablemente no sabía nada de ella. Nunca hablamos de mi lado de la familia.

Annie levantó la vista, sorprendida.

—¿Por qué no?

Leota se encogió de hombros.

—¿Tenías una buena relación con tu madre, abuelita Leota?

Pensó que era una pregunta rara. ¿Una buena relación en términos de cercanía o de afinidad? ¿Qué importaba?

—Mi madre murió cuando yo tenía doce años. Recuerdo muy poco de ella, salvo que estuvo enferma por mucho tiempo.

—¿Y tu padre?

—No lo veía mucho. Estaba en la Marina Mercante.

Annie se olvidó completamente de los dibujos.

—¿Qué te pasó después de que murió tu madre? ¿Adónde fuiste? ¿Tenías hermanos o hermanas? ¿Algún pariente?

Las preguntas surgían tan rápidamente que Leota no sabía por dónde empezar. O si debía hablar de eso. Pensó un momento.

Annie se sonrojó y pareció incómoda por primera vez desde su llegada.

—Lo siento, abuelita. No quise que sonara como un interrogatorio. Es que sé muy poco de ti.

—No me sorprende —dijo Leota con tristeza, y entonces agregó rápidamente—, pero no hay mucho que contar. Tenía una hermana mayor. Murió de tuberculosis a los veinte años. Y un hermano que se fue al mar, como mi padre. Tenía quince años cuando se fue. Luego de eso, nunca más supe de él. —Frunció un poco el ceño —. Es raro. Hace muchos años que no pensaba en él...

—¿Qué sucedió cuando murió tu madre?

—Una de las damas de la iglesia me adoptó. La señorita Mary O’Leary. Más irlandesa, imposible. —Se rio suavemente y cerró los ojos cuando los recuerdos llegaron dulcemente—. Ah, no he pensado en ella desde hace años.

—¿Eras feliz con ella?

—Oh, sí. Era muy robusta, muy saludable. Le encantaba salir a dar largas caminatas por las colinas los sábados. Creo que, a veces, lo hacía para cansarme. Procuraba que estuviera agotada para que no hiciera travesuras.

Annie se rio.

—¿Eras de hacer travesuras?

—A veces. En mis tiempos, hice algunas bromas pesadas. La señorita O’Leary enseñaba en la escuela preparatoria. Se cercioró de que sentara cabeza lo suficiente como para completar mi educación. Me iba muy bien bajo su tutela. —Sonrió—. Era mejor para mí.

—¿Fuiste a la universidad?

—Ay, no. No había dinero para algo por el estilo y, de todas maneras, muy pocas mujeres iban a la universidad en aquellos tiempos.

—¿Habrías deseado ir?

Leota se sintió arrastrada hacia aquellos días cuando su futuro se extendía como el amanecer en el horizonte. La vida estaba llena de posibilidades. Era una aventura por desarrollarse, había algo nuevo en cada curva del camino.

—Deseaba muchas cosas. Deseaba tener más estudios. Deseaba un hogar y una familia. Deseaba viajar. —Le sonrió a Annie—. Desear no cuesta nada.

—¿Todavía deseas cosas?

—No tanto. Lo que deseo ahora es muy distinto a lo que deseaba cuando era joven. —Reconciliación. Ah, sí, Señor, deseo eso con todo mi corazón. Sin embargo, Leota sabía que, en lo que a Eleonora concernía, era lo mismo que desear la luna. La reconciliación no existía en el vocabulario de su hija. Tenía toda la soberbia obstinada de sus antepasados alemanes. Que Dios la ayude.

Leota no quiso seguir pensando en esas cosas y decidió cambiar de rumbo nuevamente.

—Quizás tengas el talento de la tía abuela Joyce.

—Solo puedo soñar con algo así. —Annie contempló los dibujos que había esparcido sobre la mesa—. Son tan buenos.

—Desde luego que lo son. Son los dibujos que tenía en su porfolio. Eran lo mejor de su trabajo; probablemente, las imágenes de las que estaba más orgullosa. Ten presente que no hay manera de saber cuántas desechó. Debe haber practicado durante años.

Annie sonrió.

—No había pensado en eso.

—Las personas no suelen pensar en esas cosas. Miran un van Gogh y se quedan maravilladas. La mayoría no sabe cuántos años y años de pinturas hizo, y que vendió una sola pintura en su vida. Leen los millones que pagan los museos por un cuadro suyo, pero van Gogh murió en la pobreza.

—Conoces algo de historia del arte.

Leota se rio en voz baja.

—Sé un poquito de un montón de cosas. —Dio unos golpecitos sobre un dibujo—. Además, Annie, quizás esto ni siquiera sea el tipo de obras de arte que harás.

—No tengo idea de qué tipo de arte haré —dijo Annie, con aspecto abatido.

—¿Por qué deberías saberlo? Apenas tienes dieciocho años.

—Debería tener una idea.

—Bueno, la tienes. Vas a estudiar arte. Ya estás en camino. Disfruta el paisaje mientras lo recorres. Los letreros aparecerán pronto.

Conversaron sobre los dibujos. Leota prefería los retratos de personas, mientras que Annie estaba fascinada por los diseños y los bordes elaborados. Dijo que quería dibujarlos para luego experimentar con colores. Dijo que podía imaginar remolinos de colores vibrantes, rojos fluyendo a naranjas y amarillos, azules oscuros a púrpuras y lavandas salpicados con chispas doradas.

Leota observó su rostro y se maravilló de lo que vio en él. Ah, es tan joven, Señor. No dejes que la vida le arranque esa luz de sus ojos.

—Puedes saber mucho de una persona por su forma de dibujar —dijo Annie—. A ella le fascinaban las personas y la arquitectura.

—¿Qué dibujarías tú?

—Flores. —Annie le sonrió—. Me encantaría pintar un jardín inglés algún día.

Leota suspiró, afligida por el remordimiento. Con razón Annie recordaba el patio de atrás.

—¿Qué ocurre, abuelita? ¿Dije algo malo?

—Para nada. Solo que me habría gustado que hubieras visto el jardín hace algunos años, cuando era todo lo que yo había esperado que fuera. —Con temor a que su nieta viera el brillo de

las lágrimas que asomaban a sus ojos, se levantó rígidamente y caminó hacia la cocina—. Voy a calentar nuestro almuerzo.

Comieron juntas los platillos chinos en la mesa de la cocina, con el sonido de los niños que jugaban en el patio vecino. Leota pensó en el gorrión que los niños habían enterrado y en la flor arrancada entre las tablillas de su cerca. Quizás Annie vendría a poner una flor sobre su tumba. Encontró cierto consuelo en ese pensamiento, pues le transmitía la esperanza de que le importaría a alguien cuando falleciera.

Annie picoteó su comida y se quedó mirando el patio. Leota se arrepintió de haber mencionado el jardín. Pero no podía dejar de pensar cuánto le habría fascinado a Annie unos años antes, cuando estaba en su máximo esplendor. Todo se combinaba en un resplandor colorido maravilloso, digno de ser contemplado. Pero Leota había sido la única que lo había disfrutado.

¿Fue entonces cuando perdió el deseo de trabajar a la luz del sol? ¿Fue por la tristeza de que a nadie le importaba lo suficiente como para venir a ver su obra y cómo había resultado? Fue la última Pascua que había invitado a sus hijos a cenar. La última vez que ellos le dijeron que tenían otros planes.

La tristeza volvió a surgir en su interior y necesitó toda su firmeza para hundirla otra vez donde no lograra abrirse paso ni manifestarse. Si sucedía, quizás Annie no volvería. ¿Por qué querría pasar tiempo con una anciana llorona que no podía dejar atrás las heridas del pasado?

—Madre nunca me dejó trabajar en el jardín —estaba diciendo Annie—. No quería que interfiriera con el trabajo del señor Tikado. Decía que él tenía todo planificado para lograr determinado efecto y que si plantaba otras cosas, lo único que haría sería arruinarlo. Y entre las lecciones de piano, de gimnasia y la escuela, realmente no me quedaba mucho tiempo. —Desvió su mirada de la ventana.

Leota miró esos transparentes ojos azules y vio el dolor que contenían.

—Eché a perder tu visita. Lo siento, querida. —¿Qué más podía decir?

Los ojos de Annie se llenaron de lágrimas.

—No echaste a perder nada, abuelita. Solamente estaba pensando en todas las veces que pudimos haber venido a verte y no lo hicimos. No estuvo bien. No está bien. Mi madre es... —Apretó los labios y volvió a mirar hacia otra parte. Leota vio cómo tragaba saliva y sintió el dolor de la muchacha como si fuera propio—. Tan implacable —dijo Annie, finalmente.

Leota vislumbró los temores de Annie. Quería poder afirmar que Eleonora perdonaría su rebeldía, pero no podía estar segura. No quería darle falsas esperanzas a esta niña herida. Eleonora había demostrado ser intratable en cuanto a su madre se refería. ¿Podría ser igual con su propia hija? Qué pérdida tan terrible sería esa.

—Desearía entender a mi madre.

Y yo, a mi hija.

Annie rodeó su taza de café con manos temblorosas y se quedó mirándola fijamente por un momento. Cuando levantó la cabeza, Leota vio la desesperada infelicidad que había en ellos. ¿Había estado disimulándola por el bien de ella?

—Necesito saber —dijo Annie en voz baja—. ¿Qué te recrimina mi madre?

Leota suspiró.

—He pensado en eso durante años, Annie. Siempre dijo que ella y su hermano nunca me

importaron y que fui una mala madre.

—¿Y... te importaban?

Annie lo preguntó tan vacilante que Leota se apenó más por ella que por sí misma.

—Me importaban muchísimo, y fui la mejor madre que pude ser, dadas las circunstancias.

—¿Qué circunstancias, abuela?

—Las que te da la vida. —No quería hablar del tema. No podría dar todos los detalles sin ser desfavorable con otros. Y no quería estar en la posición de tener que defenderse de su propia hija. ¿De qué serviría? Metería a Annie en algo que no podría entender del todo. Además, podría hacer que Annie se sintiera avergonzada. Muchas cosas saldrían a la luz, cosas que Leota nunca le había contado a Eleonora. Era mejor no hablar de ciertas cosas.

¿No era así?

Tal vez, si Mamá Reinhardt hubiera sabido todo desde el principio, las cosas podrían haber resultado distintas. No lo supo, y sus palabras descuidadas le habían costado muy caro. Leota pensó en los últimos años de vida de la pobre anciana, queriendo reparar los errores del pasado, sabiendo que era demasiado tarde. Al parecer, la oscuridad había triunfado y ninguna cantidad de luz había podido dispersarla. Hasta ahora.

«Yo no sabía. Él no me lo dijo...».

«Lo sé, mamá. Y yo no podía. Ahora, ya está hecho. Olvidémoslo».

Así es como sería siempre. Ella lo había aceptado.

Eleonora descendía de un fuerte linaje alemán. Su sangre era una bendición y una maldición. Oh, Dios, ¿por qué toda esa firmeza no fue canalizada hacia otra cosa, en lugar de resentimientos y decepciones interminables? ¿Qué se necesitaría para que Eleonora viera la verdad, toda la verdad, y por fin borrara toda esa amargura? Leota estaba cansada de luchar. Había pasado demasiado tiempo para deshacer lo hecho y arreglarlo.

Leota casi se había dado por vencida de cualquier posibilidad de cambio, hasta que Annie llegó. Pero no podía agobiar a su nieta con sus sueños. Contaba con la esperanza de su salvación, y eso le bastaba. La muerte llegaría y el dolor se acabaría.

Annie se estiró por encima de la mesa y tomó sus manos, sobresaltándola de su sombrío ensimismamiento.

—¿Y si lo reviviéramos?

—¿Revivir qué? —Los pensamientos de Leota estaban tropezando con su pasado, pensando qué otras sendas podría haber tomado. ¿Por qué? Era demasiado tarde. Uno no podía volver a vivir su vida ni cambiar el rumbo que había tomado.

—El jardín, abuelita. ¿Y si trabajáramos juntas y volviéramos a ponerlo como fue?

El corazón de Leota dio un brinco, pero fue solo un instante. Annie era muy dulce por sugerirlo, pero no tenía idea de lo que estaba diciendo. Leota había sido desterrada del jardín cinco años atrás por su propia vejez. Las articulaciones le dolían horriblemente por la artritis. Cuando trabajaba bajo el calor del sol de la tarde, se mareaba. En otoño, hasta dos suéteres no habían bastado para protegerse contra el frío que parecía calarle los huesos. Finalmente, un día entró a la casa, se quitó los guantes y los echó a la basura. ¿Qué sentido tenía todo ese esfuerzo, cuando ella era la única que estaba ahí y veía los resultados? Y de todas maneras, la hacía sentirse enferma

No, era demasiado tarde. Negó con la cabeza ante la imposibilidad de la tarea. Annie no podía saberlo. No podía ni siquiera imaginar el trabajo que implicaba hacer florecer un jardín.

Y sin embargo...

¿No había sido ese su sueño durante tantos años: trabajar en el jardín con sus hijos y con sus nietos?

No, debía ser sensata. Annie solamente se lo ofrecía porque era bondadosa.

—Estoy demasiado vieja. —No podía subir a una escalera para podar los árboles ni remover la tierra. Ya no podía trabajar de rodillas. Si llegara a arrodillarse, no volvería a levantarse nunca más.

—Tú tienes los conocimientos, abuelita, y yo tengo las fuerzas. Podrías decirme qué hacer.

Vio el entusiasmo en los ojos de Annie; entusiasmo, sin duda, producto de la ignorancia.

—Toma tiempo, Annie. Tú estudias, trabajas y tienes tus amigos. Tienes tu propia vida.

—Quiero pasar tiempo contigo.

—Aquí eres bienvenida cuando quieras, tesoro. No pienses ni por un instante que tienes que trabajar para ser bienvenida.

Annie buscó sus ojos.

—¿No podríamos intentarlo, abuelita?

—Bueno, yo no...

—Por favor.

Leota se ablandó. Miró hacia afuera por la ventana, recordando cómo había sido el jardín en el pasado. Luego, su visión se aclaró y vio todo lo que sería necesario hacer.

—Hoy no —dijo finalmente, cansada y deprimida—. Hablaremos de eso la próxima vez.

La próxima vez Annie habría tenido tiempo para pensarlo mejor y darse cuenta de que tenía cosas más interesantes que hacer.

CAPÍTULO 7

—¿DÓNDE DIJISTE QUE ESTÁ ANNE? —Las manos de Nora apretaron fuertemente el teléfono mientras su rostro se acaloraba.

—Fue a visitar a su abuela a Oakland —repitió Susan.

La adrenalina de la ira corrió por las venas de Nora. Su hija no le haría algo así. No podía. Susan Carter estaba mintiendo. Tenía que ser así. Anne-Lynn no se atrevería a traicionarla de esta forma.

—¿Señora Gaines?

—Debes haber entendido mal, Susan.

—Leota Reinhardt. ¿No es así como se llama su abuela?

El corazón de Nora palpitó más fuerte.

—¿Quisiera dejarle un mensaje, señora Gaines?

—¿Dijo Anne-Lynn a qué hora regresaría? —Sostenía el teléfono tan apretadamente que le dolían los dedos. No tenía ninguna intención de dejar un mensaje con Susan Carter. Seguramente lo olvidaría o lo transmitiría mal.

—Hoy por la tarde.

—¿Podrías ser más específica, Susan?

—No, señora. Lo lamento. —No sonaba para nada que lo lamentara—. Pero Annie y yo estamos en el mismo turno en el restaurante esta semana. Estoy segura de que regresará a casa a tiempo para prepararse para el trabajo.

Nora se enfureció. Cómo se atrevía esta chica ordinaria e inútil a decir que ese agujero en la pared era la casa de Annie. ¡Nora podía oír que alguien hablaba de fondo!

—Tienes un visitante masculino. —Algún rufián, probablemente drogado. Cualquier hombre respetable estaría trabajando a esta hora del día. O yendo a la universidad.

—No hay nadie en mi departamento, señora Gaines. Estoy sola.

—No tienes que mentir, Susan. Puedo escucharlo.

—¿Y si le dijera que no es un hombre?

—El televisor, entonces.

—No tenemos televisor.

Niña insolente. A Nora nunca le había gustado. Y menos le agradaba ahora, que su hija vivía con ella. Podía imaginar qué clase de influencia era Susan Carter para Anne. El hombre siguió hablando de fondo y lo que dijo le erizó los pelos a Nora.

—¿Qué te dice? ¿Algo sobre llamar a la policía? ¿Qué está sucediendo, Susan?

—Ah, nada importante. Está hablando de otro atraco, supongo —dijo Susan con un aire indiferente.

—¡Está diciéndote que llames al 911!

—El viejo Bernabé. Siempre el mismo exagerado.

—Sabía que habría problemas si mi hija vivía contigo.

—Le diré a Annie que llamó, señora Gaines.

El corte brusco en el oído la obligó a hacer un gesto de dolor. Enfurecida, Nora agarró su directorio personal, recorrió las páginas, encontró el número que necesitaba y pulsó las teclas

violentamente. El teléfono sonó cuatro veces antes de que escuchara el mensaje del contestador automático. «Esta es la residencia de la familia Carter». La voz tranquila y dulce le dio a Nora la sensación de estar escuchando el chirrido de unas uñas contra un pizarrón. «Disculpe, pero no podemos contestar la llamada en este momento. Por favor, deje un mensaje después del tono».

—Habla Nora Gaines. Les sugiero que se fijen qué está pasando en el departamento de su hija, ¡antes de que sea arrestada por conducta indecente! Uno de los hombres con los que anda gritaba que llamara al 911 cuando llamé. —Colgó de golpe y se puso de pie. Estaba tan furiosa que temblaba.

¿Cómo podía hacerle esto Anne-Lynn? Nora tenía que encontrarse con dos amigas para almorzar en media hora. ¿Qué iba a decirles? Si no lograba dominar sus emociones, se pondrían como tiburones en aguas sangrientas. Querrían saber qué problema había. Exigirían saber qué había sucedido para que estuviera tan alterada. ¿Qué podía decirles? ¿Que su hija perfecta se había escapado? ¿Que Anne-Lynn, con su promedio perfecto y sus puntajes altísimos en los exámenes de admisión había desperdiciado la oportunidad de ir a una prestigiosa universidad del este? ¿Que Anne-Lynn prefería vivir en una pocilga barata con una zorrita ordinaria en San Francisco antes que vivir otro día en Blackhawk con su propia madre?

—¡Tonta! ¡Es una tonta! —Nora entró a la cocina y abrió y cerró los gabinetes para sacar el molinillo de café, una taza y el azúcar. El corazón le palpitaba fuerte y rápido mientras metía el filtro en la cafetera. Los granos se desparramaron cuando los volcó demasiado aprisa en el molinillo. Sacudió la máquina mientras zumbaba. Quitó la tapa y volcó descuidadamente los granos molidos, desparramando casi la mitad a los costados del filtro y otra parte sobre la encimera de azulejos. Diciendo groserías, lanzó la canastilla en el fregadero y dejó un rastro de granos por el suelo a su paso. La empleada doméstica tenía que venir esta tarde. ¡Que ella limpiara el desastre!

De todas maneras, no quería café y, por cierto, no lo necesitaba cuando sentía que el corazón le iba a explotar en cualquier instante. Una taza de café, y la cafeína la pondría al borde de un ataque cardíaco.

Y será tu culpa, Anne-Lynn Gardner. ¡Todo será por tu culpa! Te arrepentirás de lastimarme así. Vendrás al hospital, te pararás junto a mi cama y me tomarás la mano, suplicándome que te perdone. Dirás: «Perdóname, madre. Tenías razón. Debería haber ido a Wellesley. Debería haberte escuchado». Nora emitió un sollozo entrecortado y se mordió el labio inferior.

¡Me abandona a mí y va a visitar a mi madre!

Nora tenía ganas de agarrar las llaves de su carro y conducir hasta Oakland. Quería decirle a su hija lo que pensaba y cómo se sentía. Las palabras acaloradas ya hervían, el vapor estaba formándose. Ah, los sacrificios que había hecho. ¿Y Anne siquiera los había agradecido? ¡No! Bastante malo era ya que Anne rechazara ir a la universidad. Era malísimo que hubiera huido de todos los planes maravillosos y meticulosos que había hecho para ella. Ya era bastante malo que se hubiera ido a la ciudad para vivir como una bohemia. Pero esto...

«Fue a visitar a su abuela a Oakland».

Era, simple y llanamente, una traición.



Annie cruzó el puente de la Bahía en su carro, con el porfolio de la tía bisabuela Joyce en el asiento del acompañante. La abuela Leota había insistido en que se lo llevara.

—Ha estado ahí en el ático todos estos años, querida. Llévatelo a casa. Es parte de tu patrimonio. Quizás al ver todas esas imágenes, te animes con tu arte.

Y le había regalado una cajita fina que contenía un bellísimo pañuelo bordado a mano, con borde de encaje.

—Lo hizo tu bisabuela. Ella vendía cosas como esa. Debido a su salud delicada, no podía hacer otra cosa. Solo pañuelos y fundas de almohadas bordadas y cosas por el estilo. Hacía encaje a croché pero no me ha quedado nada para mostrarte. Me mandaba a una sombrerería elegante que estaba a unas cuadras de donde vivíamos y me hacía venderlo a la propietaria de la tienda. Recuerdo a mi madre sentada junto a la ventana delantera, donde la luz del sol se derramaba sobre ella. Se quedaba todo el día sentada ahí, haciendo sus labores.

Annie nunca había visto una labor tan bella y lo dijo. Su abuela se mostró muy complacida.

—Es hermoso, ¿verdad? Sabía que lo apreciarías.

Se vería maravilloso sobre un terciopelo negro y puesto en un marco antiguo. La próxima vez que fuera a la tienda de artículos de arte en Market, compraría lo que necesitaba.

Cuando entró al departamento, Bernabé soltó un chillido:

«¡Llama al 911! ¡Llama al 911!»

—¡Ah, ya cállate, pájaro bobo! —dijo Susan desde el baño, donde estaba cepillándose el cabello—. Por hoy, ya nos metiste en suficientes problemas.

—¿Qué pasó?

—No quieres enterarte.

—¿Tan malo es? —dijo Annie, riendo.

—Peor que malo. Catastrófico. —Sacó su cabeza por la puerta—. Pero no hay tiempo para que te lo cuente ahora. Tenemos que salir a trabajar en quince minutos. ¿Vas a comer algo?

—Llevé comida china a la casa de mi abuela. —Agregó unos trozos de fruta al cuenco de Bernabé—. Aquí tienes, mi buen y emplumado amigo.

«Polly quiere una galleta».

—Pájaro bobo —dijo Susan, saliendo del baño—. Te llamas Bernabé, ¡y no comes galletas!

«Polly quiere una galleta».

—Lo lamento —dijo Susan—. Comerás fruta, compañero.

«¡Llama al 911!»

Annie se rio y fue al cuarto para cambiarse de ropa, mientras que Susan se quedó mirando al lorito arcoíris.

—¿Qué le pasa a este pájaro? —dijo Susan—. Basta con que diga algo para que llame a gritos a la policía.

—Cree que no te cae bien.

—Ah, ¿y de dónde sacaría semejante idea? —Susan fulminó con la mirada al pájaro, que iba y venía en su percha.

«¡Llama a la policía! A la reportera del crimen».

—Quizás deberíamos ponerle una cubierta cuando suena el teléfono. Ya sabes, como los que les ponen a los halcones. Eso podría mantenerlo callado.

«¡911!»

—Si fueras un perro, Bernabé, ¡te pondría un collar de ahorque tan rápido que tu cabeza daría

vueltas!

«¡Polly quiere una galleta!»

—¡Muérete de hambre, gavilán sarnoso!

—No lo dice en serio, Bernabé —canturreó Annie suavemente al salir del baño, ya vestida con una falda recta negra y una blusa blanca. Se había peinado rápidamente el cabello y estaba haciéndose una trenza francesa—. Estaré lista en un minutito, Susi. —Se acercó y se paró cerca del pájaro mientras terminaba de peinarse—. Eres un pájaro bonito, Bernabé. Un pájaro muy bonito.

—Tal vez no pienses eso después de que te diga lo que hizo hoy. Llamó tu madre.

Annie se volteó y la miró. La expresión arrepentida en el rostro de su amiga bastó como advertencia.

—¿Qué sucedió? —preguntó mientras salían del departamento.

—Escuchó que Bernabé gritaba que llamara a la policía. Entonces, llamó a mi madre y mi madre me llamó a mí. Quería saber si era cierto que estaba a punto de ser arrestada.

—Ay, Susi. —Annie cerró los ojos.

Susan se rio.

—¿Sigues pensando que Bernabé es un pájaro bonito? ¿Quieres volver a entrar y retorcerle el pescuezo?

—Lo siento. —Estaba disculpándose por algo que había dicho su madre.

—¿Por qué pides disculpas? Siempre haces eso, Annie. No es tu culpa. —Bajó la escalera.

—¿Qué le dijiste a tu madre?

Se encogió de hombros.

—Le dije que estábamos bebiendo unas cervezas, teniendo orgías e instalando unos rieles de luces a intervalos para cultivar marihuana en nuestra sala. ¿Qué más?

—¡No le dijiste eso! —Annie se paralizó por dentro de solo pensar lo que haría su madre luego de semejante declaración.

—Claro que se lo dije. —Susan se rio—. Me conoce lo suficiente, Annie. No lo creería ni por un segundo. De hecho, se rio. Especialmente cuando le conté de nuestro pájaro. —Se rio con tristeza—. Es una pena que tu madre no nos conozca tan bien.



El cartero llegó poco después de que Annie se fuera. Leota abrió la puerta y estiró el brazo para retirar el escaso manojo de la caja metálica empotrada en su pared. Cerró la puerta y le echó llave nuevamente.

Vaya, vaya. Había ganado un millón de dólares de un banco de liquidación de la industria editorial, y se lo estaban enviando en un correo masivo. ¿Qué pensaban? ¿Que había nacido ayer? Caminó hacia la cocina, revisando el resto de la correspondencia. Un anuncio promocionaba limpieza de alfombras. Cuarenta y nueve dólares para lavar con champú las alfombras de dos cuartos. Qué estafa. Cinco años atrás había alquilado una máquina por menos de diez dólares y había limpiado toda la casa.

Desde luego, pasaron días hasta que las alfombras se secaron completamente y la tarea por poco la mata.

Miró la alfombra gris. ¿Habían pasado cinco años? Quizás más que eso. ¿Seis? ¿Siete? Demasiado tiempo.

Al otro lado del anuncio de la limpieza de alfombras había un aviso sobre una niña desaparecida. Raptada por un desconocido. Desaparecida desde el 15 de diciembre. No pasaba un día sin que Leota encontrara una de estas notificaciones deprimentes en su buzón. ¿Qué estaba pasándole al mundo para que tantos niños desaparecieran?

Dos sobres eran de organizaciones benéficas, seguramente pidiendo donaciones. Uno de ellos era de la organización que había enviado a Corban Solsek. Debería haber sabido que acabaría en su lista de contactos. Quizás les mandaría un cheque por diez dólares, volvería a alquilar esa máquina para limpiar alfombras en el supermercado y haría que Corban Solsek limpiara las alfombras por ella. ¿Oh, acaso él no recibiría esa propuesta con una sonrisa de felicidad? No pudo evitar la risita por la ocurrencia. La próxima vez que viniera se la propondría solo para ver su cara.

Si regresaba...

Arrojó casi toda la correspondencia a la papelera de reciclaje. Abrió el sobre del estado de su cuenta bancaria y se sentó a analizarlo en la mesa de la cocina. Todo parecía en orden. El Seguro Social le había depositado su cheque mensual. Se había agregado un dividendo. Sucedía dos veces al año, lo suficiente para pagar los impuestos y algo más. Estaba ahorrando dinero por si llegara a necesitar hacer reparaciones en la casa. Pero no este año. Escribió unos cheques; conciliar el estado de cuenta siempre era algo fácil. Incluso estaba ganando interés, lo suficiente para comprar las estampillas para enviar los pocos pagos de las facturas que tenía. Los servicios públicos. El agua. El teléfono. El seguro contra incendio y robo.

Apartó el estado de cuenta y volvió a mirar afuera, al jardín. El tiempo diría si Annie había hablado en serio respecto a recuperar el jardín a lo que era antes. Más allá de lo que sucediera, había sido un gesto tierno de su parte encender algo dentro de Leota por primera vez después de mucho tiempo. Su boca se torció.

—Y no hay mucho que entusiasme a esta vieja, Señor. —Pero qué día. De hecho, había sido perfecto. Annie es una maravilla, ¿no es así, Señor? Me siento bien de que una parte de mi sangre corra por sus venas.

Sonó el teléfono. ¿Quién la estaría llamando a esta hora del día? Quizás Annie, solo para avisarle que había llegado bien a casa. Leota llegó al teléfono al séptimo timbre.

—Madre, ¿Anne-Lynn está contigo?

Leota parpadeó.

—¿Eleonora? —¿Cuándo fue la última vez que había llamado?

—Nora, madre. ¿Lo recuerdas? Nora. Odio el nombre Eleonora. Por eso nunca lo uso. —Resopló como si se estuviera esforzando por mantener la calma—. Te llamo por Anne-Lynn. ¿Está ahí?

—No. No está aquí. —Leota trató de sofocar la sensación de dolor que resurgió. Su hija nunca había entendido, ni siquiera había intentado...

—¿Estuvo ahí esta tarde? —Eleonora se lo dijo como si le hablara a una niña pequeña.

—Sí. Se fue hace como una hora. ¿Pasó algo malo?

—Nada de lo que no pueda ocuparme yo.

—¿Cómo has estado, querida? Hace mucho tiempo que...

—Todo va de maravilla. —Eleonora hablaba con un tono burlón. Su enfado irradiaba a través del cable telefónico—. He estado ocupada, muy ocupada.

—Has criado una hija maravillosa. Deberías estar...

—Me imagino de qué habrán hablado hoy.

La indignación superó al dolor.

—No, no creo que puedas imaginarlo.

—Bueno, disculpa, madre, pero no tengo tiempo para hablar contigo en este momento. Necesito hablar con mi hija.

Leota no tenía duda alguna de qué significaba eso.

—Trata de no decir nada que luego lamentes, Eleonora.

Su hija cortó.

Leota colgó lentamente el auricular y se sentó en su sillón. Debería haberse contenido. Eleonora nunca escuchaba nada de lo que le dijera. ¿Por qué se había arriesgado a intentarlo? Apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Toda la alegría del día que había pasado con Annie se disipó.

No necesitaba eso, Señor. No necesitaba eso para nada.



Corban pensó en la pregunta de Leota Reinhardt durante varios días. A decir verdad, no podía sacársela de la cabeza. ¿Por qué quería individualizar a los ancianos e instalarlos en un lugar? Pensó en todo tipo de razones prácticas. Atención médica disponible mucho más rápida. Más servicios a un costo más bajo. No se le ocurría nada negativo en su idea de las residencias financiadas con dinero privado y asistidas por fondos gubernamentales. ¿Qué le había visto ella que a él se le escapaba? ¿Por qué había hecho ese comentario sobre el profesor Webster? ¿Por qué se horrorizaría alguien por sus ideas? Eran sensatas. Compasivas.

Ella aborreció las ideas que él había presentado. ¿Por qué?

Se obsesionó tanto con el tema que, finalmente, llamó a Leota Reinhardt y le dijo que sí, que le gustaría ir el miércoles nuevamente para conversar. Ella pareció muy sorprendida de tener noticias de él y le dijo que podía ir, siempre y cuando la acompañara al banco.

—Abren a las nueve. Venga temprano.

—De acuerdo. —No pudo disimular el tono de fastidio en su voz. Se había hecho la expectativa de sentarse, conversar durante una hora, o algo así, e irse. Ahora, al parecer tendría que hacer otra caminata hasta Dimond.

—Caminaremos y hablaremos al mismo tiempo, señor Solsek. Esté aquí a las diez. Si llega después de esa hora, me habré ido.

A la mañana siguiente, tocó el timbre de su puerta a las nueve y media en punto con la seguridad de que si llegaba un poquito más tarde que eso, se habría ido solo para molestarlo.

—Buenos días —dijo ella, dejándolo entrar—. Lo veo con los ojos brillantes y bien espabilado.

Sabía cómo se veía. Esa misma mañana había estado tan adormilado que se había cortado mientras se afeitaba.

—Me quedé trabajando hasta muy tarde.

—¿En su ensayo?

—No. En otra asignatura. Filosofía.

Ella sonrió irónicamente.

—Así de interesante, ¿verdad?

—Después de la una de la mañana es difícil encontrarle sentido a algo. —Todo lo que tenía que ver con esta mujer lo hacía sentir como si tuviera que defenderse.

—¿Es un lector lento?

—No, no soy un lector lento. Trate de terminar de leer doscientas páginas en una noche. —La vio pestañear.

—Fue una simple pregunta, señor Solsek, no una acusación.

—Disculpe. No quise sonar insolente.

Ella dejó escapar una risa fría y se dirigió a la cocina. Corban reprimió su enfado y la siguió. Parado junto a la puerta la vio girar una de las perillas de la estufa. Escuchó un clic cuando la llama se encendió en la hornilla delantera.

—Cuando lea lo suficiente, aprenderá que no hay nada nuevo bajo el sol —dijo ella y apoyó firmemente la tetera sobre la hornilla—. Tome asiento, señor Solsek. ¿Le gustaría un café o un té?

Tenía una manera de decir señor Solsek que lo incomodaba. Quería caerle bien y que ella le cayera bien a él. Quería empezar de nuevo. Y sabía que él estaba arruinándolo todo.

—¿Por qué no me dice Corban, señora Reinhardt?

Ella lo miró, estudiándolo brevemente.

—Muy bien, Corban. ¿Café o té?

¿Se burlaba de él otra vez?

—Café, por favor.

—¿Solo o saborizado?

Estuvo a punto de entornar los ojos, fastidiado. ¿Qué estaba pasando aquí? Se sentía como un pavo en Acción de Gracias.

—¿Tomará usted uno?

—No soy yo quien necesita despertarse.

—Yo estoy despierto.

—Casi. Siéntese. Tampoco ha comido, ¿verdad?

—No. —Nunca desayunaba. Se bebía de un trago un café negro y se iba a sus clases. Nunca comía hasta la tarde.

—Creo que incluso podría tener un bollo dulce para usted.

Desconfiado, la observó mientras se movía afanosamente por la pequeña cocina, sacando una taza del gabinete y una bolsa marrón de la panera. Ella quería algo de él, de eso estaba seguro; algo más que una caminata hasta el banco.

—Entonces —dijo ella, sirviendo agua caliente en la taza—. ¿Ya encontró la respuesta a mi pregunta? —Sirvió una cucharada de café instantáneo con doble chocolate.

—No.

—¿Ha pensado en el tema? —dijo, poniendo la taza frente a él.

Corban se quedó mirándola con tristeza mientras el aroma del humeante café con chocolate atacaba sus sentidos. Recordó cómo se había quejado del precio. No se atrevió a decirle que él odiaba el café endulzado. Siempre lo preparaba cargado y negro. Durante la época de finales, vivía de Mad Max: tres medidas de café exprés en una taza de café negro.

Estremeciéndose por dentro, Corban tomó la taza con ambas manos, decidido a no echar a perder esta entrevista sin que importara lo que tuviera que tragar.

—Estuve pensando en su pregunta. De hecho, casi no he pensado en otra cosa.

—Qué bien. —Se acomodó en la silla frente a él. Entrelazó sus manos sobre el periódico y esperó.

Él bebió un sorbo de café y trató de no hacer una mueca.

—Le agradecería que me dijera simplemente cuáles son sus objeciones a lo que propuse, señora Reinhardt. Sería más fácil.

—Más fácil, quizás, pero no lo asimilaría con la misma profundidad.

—Ese es el punto. No sé qué quiere que asimile.

Ella estuvo callada un largo rato, mirándolo. Casi podía ver cómo giraban los engranajes de su mente. Tenía la mirada tan triste, que Corban se sintió incómodo. De alguna manera la había decepcionado y no podía dejar de sentir remordimiento en su consciencia.

—Quiero ayudar a las personas como usted, señora Reinhardt. —Lo dijo sinceramente.

—Corban, lo diré sin rodeos. Lo que empieza con compasión puede terminar en destrucción. Tengo objeciones, pero algunas de ellas no puedo expresarlas con palabras. Es una... —Volvió a pensar un instante, frunciendo el ceño—... sensación de muerte inminente.

Debería haberse sentido ofendido, pero algo en la manera en que ella lo dijo lo hizo detenerse.

—Tal vez no entiende lo que quiero hacer.

—Corban, usted cree que está marcando un nuevo rumbo, pero apenas está recorriendo el mismo camino trillado. ¿Dónde le parece que terminará esto?

—Mejor que donde estamos ahora. Ya existen residencias similares a las que yo describo, pero financiadas de manera privada. Las personas tienen que ser adineradas para acceder a tales lugares. Tendría que conseguir cien o doscientos mil dólares para ingresar a alguna de ellas. Una vez internada, recibiría todo tipo de cuidados hasta que muriera. Lo que trato de elaborar es un programa para personas que trabajaron toda su vida, pero que no tienen un gran patrimonio como respaldo.

Ella sacudió la cabeza con pesar.

—No se da cuenta, ¿verdad? Los peligros. Quizás no tenga la capacidad de ver lo que yo veo. —Sus ojos estaban húmedos y afligidos—. Por otro lado, probablemente haya exagerado mis preocupaciones. Solo soy una anciana. ¿Qué sé yo?

Él percibió la sutil reprimenda, pero, antes de que pudiera hacer un comentario, ella continuó:

—Dejemos el tema en paz por un rato, ¿quiere? Que la idea se filtre. Después de un tiempo, sentirá realmente a qué sabe. —Bajó la vista hacia su taza—. ¿No le gusta el café?

Corban pensó en mentirle, pero sabía que, si lo hacía, tendría que beber toda la taza. Todavía sentía el sabor empalagoso del primer sorbo.

—Disculpe, pero está un poquito dulce para mí. —Al ver que su boca se puso tensa, añadió —: Le compraré otra lata de café. —Esperó que eso evitara cualquier queja sobre cuánto había gastado para comprarlo.

Ella retiró la taza y la volcó en el fregadero.

—Gracias, pero creo que la lata que compré seguirá aquí mucho después de que me haya ido. —Enjuagó la taza y la puso boca abajo sobre un paño de cocina en la encimera—. Traeré mi suéter y podremos irnos al banco. —Sonó como si estuviera reuniendo a su tropa. Se fue hacia la habitación del frente.

Mientras bajaban la colina, la mano de ella se aferró a su brazo. Corban sabía que la caminata al supermercado y al banco no era fácil para ella. No entendía por qué se negaba obstinadamente a que la llevara en carro con toda comodidad.

—¿Por qué no me deja que la lleve en carro, señora Reinhardt? —Lo dijo con delicadeza, acordándose de la última vez y de lo cansada que había quedado ella. De hecho, agotada.

Ella siguió caminando, con la mirada fija hacia adelante.

—Es mi única ocasión de salir. Solía dar toda la vuelta alrededor del lago Merritt durante mi hora de almuerzo, y ahora mi mundo se ha limitado a las pocas cuadras que hay entre mi casa y el supermercado. —Alzó la vista y lo miró—. ¿Querría usted que mi mundo fuera aún más pequeño?

Sabía hacia dónde apuntaba esa pregunta y se sintió agradecido de que el tema no se hubiera cerrado.

—La residencia no limitaría su vida. Habría actividades.

—Eso suena ominoso.

—¿Por qué tendría que serlo?

—Bueno, dígame usted. ¿Qué clase de actividades tiene pensadas para los viejos como yo? Quizás me haga cambiar de parecer si veo hacia dónde apunta esta idea suya.

Él se metió de lleno, esperando persuadirla.

—¿Manualidades?

—Oh. —Leota Reinhardt no dijo nada más.

Voltearon en la esquina y caminaron una cuadra; se detuvieron en el semáforo y esperaron la señal para peatones. Él se mantuvo callado cuando cruzaron la calle, caminaron otra cuadra y bajo el paso elevado de la autopista hasta el siguiente semáforo, momento en el que se dio por vencido, sabiendo que ella no diría nada hasta que la presionara.

—Supongo que no le agrada la idea.

—Ah, supongo que dependería de qué manualidades. ¿Se refería a pegar palitos de helado y hacer jaulitas para pájaros? ¿Cosas por el estilo? ¿Cosas de jardín de infantes?

—No exactamente. —¿Qué exactamente? No había pensado en el tema.

—¿Colorear con números, quizás? Eso es realmente desafiante.

—Está bien —dijo él en tono sombrío—, no lo pensé con tanto detalle. ¿Le gustaría hacer algunas sugerencias?

—¿Qué le parece un curso para aprender a operar una computadora?

Él se rio. No pudo evitarlo.

—¿Una computadora? Debe estar bromeando.

—¿Por qué? ¿No cree que alguien de mi edad podría aprender?

—Tal vez. Pero ¿para qué querría hacerlo?

—Es la clase de preguntas que le hacen a alguien que se propone escalar el monte Everest. Porque está ahí. ¿Por qué más sería?

—La volvería loca.

—Me llevaría al límite de la senilidad total, ¿eh? ¿Es lo que le sucede a usted?

Él sonrió.

—A veces.

—Tiene metida en la cabeza la idea de que no puede enseñarle trucos nuevos a un perro viejo. ¿Y si el perro quisiera aprender?

Él tuvo la sensación de que estaba provocándolo.

—Supongo que podría aprender los conceptos básicos. Un curso podría simplificarse a lo más básico.

—¿Qué significa eso? ¿Que estaré muerta antes de comprender algo más?

¿Estaba decidida a molestarlo?

—No dije eso.

—Piensa que sería mejor ofrecer cursos que no exigieran pensar, ¿estoy en lo cierto? ¿Cómo le dicen a eso hoy en día? ¿Cosas que no requieren esfuerzo mental? Algo que no implique un gran estímulo para los pobres viejos. Dios no lo permita: no podríamos encarar nada que le exigiera demasiado a nuestra mente. Al ponernos bajo cualquier situación tensa, claro está, estiraríamos la pata. Y entonces, ¿quién sería responsable?

Estaba alterándose con el tema, pensó él tristemente. Ya no caminaba. Ahora marchaba, y lo arrastraba con ella. ¡Vieja gruñona! Él se exprimía el cerebro tratando de saber el motivo.

—¿Para qué querría aprender a usar una computadora?

—No dije que lo haría.

—¡Acaba de proponerlo!

—Estaba pensando en voz alta. Supongo que usted no hace esa clase de cosas.

—A veces hablo conmigo mismo. —¡Especialmente después de visitarla!—. Está bien. Clases de computación. ¿Por qué no?

—Considérelo medicina preventiva. —Aminoró el paso—. He leído artículos que dicen que mantener activo el cerebro podría protegernos contra la enfermedad de Alzheimer.

—¿Le preocupa desarrollar esa enfermedad?

Ella lo fulminó con la mirada.

—No lo sé. No lo recuerdo.

Él no tenía duda alguna que esta anciana estaba en su sano juicio. Por lo menos, en este preciso instante.

—¿Sugerían los artículos qué tipo de actividades?

—Juegos como el ajedrez. Aprender un idioma extranjero. Armar rompecabezas complejos. Estudiar música. Ese tipo de cosas.

—¿Usted hace alguna de esas cosas?

—Bueno, no juego al ajedrez. Se necesitan dos personas para eso. —Lo miró levantando la vista—. ¿Usted juega?

—No. Nunca me atrajo.

—Qué lástima. Estudiar música está descartado. No tengo piano. Estudiar un idioma podría ser una opción, pero no logra entusiasmarme mucho. Una cosa es aprender francés si tiene planes de ir a Francia. Pero como no iré, me parece una lamentable pérdida de tiempo. El lenguaje afroamericano vernacular, quizás. Eso tendría más sentido.

Él se rio al imaginar a esta viejecita aprendiendo a hablar el idioma de la calle.

—O podría seguir haciendo lo que hago —continuó ella—. Resolver crucigramas. Leer el periódico. Leer mi Biblia.

—Observé que tiene un montón de libros.

—Eran de mi esposo. Yo nunca tuve demasiado tiempo para leer.

Él percibió el trasfondo de algo y decidió seguirle la corriente.

—¿Por qué no? —Tal vez conseguiría alguna historia familiar.

—Prefería pasar el tiempo que me quedaba en mi jardín. —Lo miró alzando la vista—. Supongo que no habría demasiada jardinería en una de esas residencias suyas, ¿verdad? Únicamente plantas en macetas. ¿Sabía que las plantas que crecen en invernaderos apenas tienen perfume? Para el caso, sería como tener una de esas cosas de seda que se destiñen con la luz del sol.

Él suspiró por dentro. Estaba empezando a comprender que la mente de Leota Reinhardt no divagaba. Estaba activa, firme y determinada.

—Creo que entiendo a qué se refiere.

De la única manera en que alguien metería a Leota Reinhardt en ese tipo de instalación que él creía sería la ola del futuro, sería estando ella dopada y atada, amordazada y a rastras.

Negando con la cabeza, abrió la puerta del banco para que ella entrara y la siguió. ¿Por qué estaba tan determinada en su manera de pensar? ¿Por qué le parecían tan repugnantes sus ideas? Ya había dejado en claro que no se lo explicaría en detalle. Quería que él «asimilara el verdadero sabor» por sí mismo.

Se sintió como si recién lo hubieran inscrito en el jardín de infantes y estuviera aprendiendo mediante la experimentación táctil.

Tenía que descifrar qué pensaba ella. Necesitaba ver desde su perspectiva. De la única manera que conseguiría lo que necesitaba sería pasando más tiempo con ella. Aunque pareciera mentira, su decisión no lo desesperó como le hubiera sucedido una semana atrás. Cuanto más tiempo pasaba con ella, más se preguntaba qué estaría pensando. Y por qué pensaba de esa manera.

Leota Reinhardt estaba convirtiéndose en un desafío interesante.

CAPÍTULO 8

ANNIE ESTABA SENTADA JUNTO a la encimera de la cocina, leyendo su libro de historia del arte, con una carpeta abierta al lado para poder tomar notas. Hasta ahora había asistido solamente a tres clases, pero todas le habían resultado fascinantes. El profesor era un artista que conocía la historia del arte por dentro y por fuera, de arriba abajo. Se notaba su pasión por el tema, y encendía también su imaginación.

El teléfono sonó y se le aceleró el pulso. Sonó una segunda vez y ella se levantó para alcanzarlo; entonces, se detuvo. Luego de sonar cuatro veces, el contestador tomó la llamada. «Este es el 555-7836. No hay nadie disponible para responder su llamada. Por favor, deje su nombre y su número después del tono».

Escuchó, agradeciendo que Susan ya no quisiera bromear y hubiera cambiado el mensaje otra vez. El mensaje anterior decía: «Estoy presa. Necesito dinero para la fianza. A menos que tenga algún contacto, por favor no deje ningún mensaje». Aunque el padre de Annie se rio y dejó un mensaje, su madre no le había encontrado la gracia.

—Supongo que debes pensar que es gracioso, Susan. ¡Pero no lo es! Anne, habla tu madre. Llama a casa.

Annie lo hizo y sufrió una diatriba unilateral de quince minutos durante los cuales su madre le dijo que la había llamado para reprenderla porque no había tenido la cortesía de llamar antes a casa. «¿Tienes alguna idea de cuánto me preocupo por ti? Anoche, tuve que tomar una píldora para dormir...».

—Borra el mensaje, Annie —le aconsejó Susan—. ¡Por el amor de Dios! Ya sabes qué va a decir. Te hace sentir culpable desde que tienes uso de razón.

—Es mi madre. No puedo ignorarla. —Por más que deseara hacerlo. Pero su conciencia no se lo permitiría. En los últimos días, su madre había llamado no menos de diez veces. Cada vez le cargaba un poco más de culpa.

«Te amo tanto... Cada vez que veo el noticiero, me pregunto...». Su madre no necesitaba decir el resto. Annie ya lo sabía. Su madre no se preocuparía tanto si ella estuviera en Wellesley. Después de todo, estaría en una residencia para mujeres donde tendría supervisión; estaría relacionándose con chicas de buenas familias.

El contestador automático hizo bip. Escuchó a un hombre que se reía.

—¿Qué pasó con el otro mensaje? ¿Conseguiste la libertad condicional? Habla tu hermano mayor, en caso de que hayas olvidado mi voz. Iré a la gran ciudad este fin de semana. ¿Qué dices si vamos a cenar a algún lugar fastuoso? Que no sea ese antro de especias donde trabajas. Llámame, Susi Q.

«Chicos malos... chicos malos... ¿qué van a hacer?» Bernabé cantó a voz en cuello, levantando y agachando la cabeza, parado en su percha.

Annie soltó una risita antes de volver a prestarle atención a su libro de texto, agradeciendo que no hubiera sido una llamada de su madre. No había respondido las últimas dos llamadas, una la noche anterior y una esta mañana, pero sabía que pronto tendría que llamar a su madre o el teléfono volvería a sonar. Ya había pasado la fecha en la que Annie podía cambiar su decisión y

marcharse al este. ¿Por qué no quería su madre olvidar el tema? Era como un pitbull con los dientes clavados en una idea.

Susan llegó una hora después. Annie recién había terminado de leer la última sección asignada y revisaba sus apuntes.

—Mamá y papá te mandan saludos —dijo Susan, lanzando su cartera al sofá—. ¿Alguna llamada?

—Sam.

Susan apretó la tecla y se quedó escuchando la voz de su hermano.

—¡Genial! —dijo con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Hagamos que le dé un paro cardíaco pidiéndole que nos lleve al Carnelian Room!

—Pídeselo tú. Yo no estaré aquí.

Susan frunció el ceño.

—¿Irás a ver a tu madre?

—Tengo que trabajar el jueves y el viernes de esta semana, así que le pregunté a mi abuela si podía pasar el sábado con ella. También me gustaría quedarme a dormir, pero no quiero incomodarla. ¿Podrías prestarme tu saco de dormir?

—Es tuyo.

—Gracias, Susi.

Ah, si la abuelita Leota la dejara trabajar en el jardín.



—Realmente, te estás enganchando en el trabajo voluntario, ¿verdad? —dijo Ruth con una sonrisa burlona mientras seguía con sus ejercicios de estiramiento en el piso. Tenía puestos unos pantalones deportivos negros y una camiseta blanca sin mangas—. Miércoles y ahora también el sábado.

—No teníamos ningún plan, ¿verdad?

—No que yo me haya enterado. —Sin perder el ritmo de la música, llevó su frente a la rodilla derecha y, luego, caminó con las manos hacia adelante, se tomó el tobillo izquierdo y tocó la rodilla izquierda con la frente—. Lo más probable es que estudie todo el día.

Corban observó, molesto. Ella tenía puesto el video de ejercicios con el volumen alto. La había visto completar esta rutina con tanta frecuencia que sabía que todavía le faltaban otros cuarenta y cinco minutos antes de terminarla.

—Siente cómo quema —decía sin cesar una entrenadora de ejercicios demasiado alegre—. ¡Espera! Así es. Uno. Dos. Tres. Cuatro...

Le costaba concentrarse cuando Ruth entrenaba en la sala. La música no era tan mala las primeras doce veces, pero después, empezaba a crisparle los nervios. Quería atravesar la pantalla del televisor de una patada y echar al olvido la imagen de la instructora de ejercicios.

—Pensé que habíamos acordado que harías esto durante la mañana —dijo él sin alterarse.

—Lo sé, pero hoy no estaba con ánimos para hacerlo. Pensé suspenderlo, pero decidí mejor no hacerlo. Si te saltas un día, pronto estarás saltando otro.

¿Como se suponía que él tenía que suspender su estudio durante la próxima hora?

—Tengo dos horas para estudiar antes de irme y no puedo concentrarme con la música sonando a todo volumen.

—¡No te morirás por esperar media hora!

Su tono de voz encendió la mecha. Aplastó el botón para apagarlo y cortó el video.

—Y no te morirás tú si cumples los horarios que convinimos.

El rostro de ella se sonrojó; él no sabía si por el ejercicio o por la ira. Tampoco le importaba particularmente en ese momento. Los ojos oscuros de ella estaban enardecidos. La miró resueltamente, esperando. Empezaba a pensar que había cometido un error terrible al pedirle que se mudara con él.

Un gesto osciló fugazmente en el rostro de ella mientras lo miraba a los ojos. Apartó la vista, se incorporó para sentarse derecha y se levantó con un solo movimiento fácil.

—Disculpa. Tienes razón. —Apretó otro botón y extrajo el video. Lo metió en su caja y la cerró con un chasquido—. Saldré a correr. —Dejó caer la caja delicadamente sobre la mesa de centro, en lugar de dejarla en el estante donde debía estar, y se fue al dormitorio.

Corban se sentó en el sofá y abrió su libro de filosofía. Apretaba tan fuerte los dientes, que estaba empezando a dolerle la mandíbula. No quería pensar qué podía estar pasando por la cabeza de Ruth en ese momento. Pero imaginaba que ya lo sabía. Ella siempre tenía en claro cuándo rendirse: justo a último momento.

Salió del cuarto vestida con unos pantaloncitos satinados rojos para correr y un sujetador deportivo blanco. Se pasó una cinta elástica blanca por la cabeza y ajustó su cabello corto, mirándolo. Él reconoció la expresión que veía en su rostro. Ella sabía que era atractiva, tan atractiva que podía dejarlo mudo cuando quisiera. En los primeros dos meses de su convivencia, eso había sido cierto. La recorrió con la mirada, desde la cabeza hasta los pies calzados para salir a correr, pero, esta vez, su mirada no resplandeció por el deseo.

—Quizás podríamos hacer algo juntos cuando vuelva de correr. —Le dirigió una sonrisa felina—. No debería tardar mucho.

—Tómate tu tiempo —dijo él, volviendo a posar la vista en el libro que tenía sobre su regazo.

Se quedó parada un poco más. Él podía sentir que tenía la vista fija en él, pero no le dio la satisfacción de volver a mirarla. Su estrategia había funcionado en otros momentos, pero no esta vez. Él no era un títere al que ella podía manejar tirando de algunos hilos. Ella le importaba. Más de lo que quisiera reconocer. También sabía que, si la miraba de nuevo, le diría lo que le estaba pasando por la cabeza, y que se arrepentiría después. Sin embargo, a veces se preguntaba si él le importaba en lo más mínimo a ella.

Ella se dirigió a la puerta. Al abrirla, se volteó y lo miró de nuevo.

—¿Sabes, Cory? A veces me pregunto por qué me invitaste a vivir contigo. Creí que me amabas. Qué tontería, ¿verdad? Me haces sentir usada.

Él levantó la vista de su libro.

—En ese caso, diría que nuestra relación es estrictamente simbiótica.

Ella cerró la puerta con un golpe al salir.



Nora se estacionó frente a la casa de su madre. Con el corazón martilleándole, se quedó quieta unos segundos, tratando de calmar sus nervios. Necesitaba un cigarrillo. Ansiaba una copa de vino. Cerró los ojos y tomó aire lentamente, lo retuvo y lo expulsó poco a poco. Su instructor de yoga le había dicho una vez que eso la calmaría. Lo mismo le había dicho el psicólogo.

Aún temblando, Nora salió del carro, apretó el control remoto para trabar la puerta y caminó hacia la casa. Odiaba regresar a este vecindario; se sentía desgarrada por los recuerdos cada vez que venía. Se metió su cartera de mano de cuero rojo bajo el brazo y apretó el timbre. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que vio a su madre? Una punzada de culpa la agitó, pero rápidamente la reprimió con resentimiento.

¿Por qué debería sentirse culpable ella? ¿Y qué si había rechazado muchas invitaciones de su madre durante los últimos años? ¿Acaso había estado presente su madre para ella mientras crecía? No. Su madre los había mudado a ella y a Jorge a vivir con la abuelita y el abuelito Reinhardt, y así se libró de ellos para vivir su propia vida. ¿La había acompañado su madre el primer día que fue a la escuela? No. La abuelita Helene la llevó de la mano y caminó con ella hasta la escuela. De hecho, había sido la abuelita Helene quien la había acompañado a la escuela todos los días hasta que estuvo en segundo grado y le ordenó que fuera sola.

¿Había ido su madre a alguna de las excursiones escolares? No. Había ido la abuelita Helene. Una vez. Nora tuvo remordimientos al recordar cuán avergonzada se había sentido cuando las otras alumnas hicieron comentarios sobre el marcado acento alemán de su abuela.

¿Le cosió su madre un vestido para la graduación de la preparatoria? Por supuesto que no. ¡Se lo hizo ella misma!

¿De qué había servido todo el trabajo de su madre que no fuera para ella misma? Nunca había dinero para ningún gasto extra. Mientras las demás chicas usaban zapatos de charol brillantes, ella usaba zapatos de cuero con pasadores, gastados. Mientras las otras chicas tomaban clases de piano y danza, ella practicaba clarinete porque la escuela lo enseñaba gratuitamente. Otras chicas disfrutaban de salidas y vacaciones familiares, mientras que su familia se quedaba en casa.

Recordó cómo reñían la abuelita y el abuelito, siempre en alemán para que ella no pudiera entender lo que estaban diciendo. Recordaba a su padre, bebiendo, sentado durante horas en su sillón, en silencio, taciturno, solo mientras a ella la acometía un miedo desenfrenado.

¿Y dónde estuvo su madre durante todos esos años?

Viviendo su propia vida, tal como le gustaba. ¡Trabajando!

Merece quedarse sola. Así sabrá como se siente ser abandonada.

Nora nadaba en lo alto de su marea emocional cuando, por fin, su madre abrió la puerta.

—¿Por qué demoraste tanto, madre? —¿Acaso se había fijado por la ventana y, viendo quién era, se quedó esperando que se fuera?

—Estaba en la cocina. No me muevo tan rápido como antes. —Levantó la cadena y dio un paso atrás.

Nora entró, se paró en la sala y echó un vistazo. El olor de la casa trajo una oleada de recuerdos a su mente. Pocos de ellos, buenos.

—Nada ha cambiado, ¿verdad?

—¿Por qué debería? —Su madre cerró la puerta silenciosamente. Dejó la cadena suelta—. ¿Te gustaría tomar té o café?

—No, gracias. —Un té sería agradable, pero Nora no quería aceptar nada de su madre. No ahora. Su madre podía ofrecerle la luna, y ella no la aceptaría. Era demasiado tarde—. No me quedaré mucho tiempo, madre. Simplemente siento que es necesario aclarar algunas cosas respecto a Anne.

Su madre se acomodó en su sillón reclinable y cruzó las manos sobre su regazo. Parecía dolorida y había envejecido mucho desde la última vez que Nora la había visto.

No voy a sentir pena por ella. ¡No después de la manera que me ignoró la mayor parte de mi vida!

Sentándose al borde del sofá, Nora dejó su cartera a su costado y apoyó las manos sobre sus rodillas.

—Anne está en una edad muy influenciable. Necesita alguien que la guíe. Hasta hace unas semanas, siempre había sido una hija ejemplar. Ahora se le metió en la cabeza que puede descartar la universidad, vivir con una amiga hippie en San Francisco y, encima, convertirse en artista. Pero tal vez ya sabes todo esto porque ella ha venido a visitarte a ti.

Los ojos de su madre se entrecerraron un poco, pero no dijo ni una palabra. Nora esperaba algo por el estilo. Ninguna colaboración.

—Es una estudiante inteligente, madre. Se graduó con las calificaciones más altas y tuvo muy buen puntaje en el examen de admisión. Tenía referencias y recomendaciones impecables. Le ofrecieron una beca para una universidad prestigiosa en el este. Pero un día enloqueció y dijo que no quería ir. Se metió en su carro y se fue, sin meditar bien la situación. —Nora se alisó la falda y volvió a apoyar las manos sobre sus rodillas—. Ahora, arreglé las cosas temporalmente para que todavía pueda ir. He hablado con el decano de admisión y le dije que Anne se había enfermado y que no podía ir. Accedieron a mantenerle la beca hasta el próximo semestre.

—¿Les mentiste?

El rostro de Nora se acaloró. El enojo se le subió a la cabeza y la enardeció. ¡Tan típico de su madre ver el lado negativo de todo! «Haz lo correcto», le decía siempre. ¡Haz lo correcto! ¿Lo había hecho ella?

—¡Está enferma, madre! ¡Debe estar enferma de la cabeza para desperdiciar una oportunidad como esta!

—¿Porque es lo que tú quieres?

—Sí —dijo ella, apretando los dientes y levantándose—. Sí, es lo que quiero para ella. Es lo que desearía cualquier persona con un gramo de sentido común. Ella se preparó durante años para esta oportunidad y, de repente, sale corriendo. Muy bien, yo no permitiré que sea tan cobarde. No dejaré que eche todo por la borda.

—¿Y si no fuera esto lo que ella quiere?

—Esto es lo que quiere. Es lo que siempre quiso. Hemos hablado de universidades desde que comenzó el jardín de infantes.

Su madre suspiró suavemente, se veía cansada y vieja.

—Quizás podrías postergarlo un tiempo y dejarla encontrar su propio camino...

—Quieres decir como hiciste tú. Alejarse completamente. —Nora debía haber esperado algo así—. ¿Debería yo ser como tú? —Vio el parpadeo de dolor en los ojos de su madre ante su sarcasmo, pero la ira se apoderó de ella—. ¿Es eso, madre? ¿Que no tenga nada que ver con forjar algún futuro para mis hijos? —Vio el brillo de las lágrimas en los ojos de su madre y sintió

vergüenza. Tras la sensación de vergüenza, llegó otra oleada de ira. ¿Cómo se atrevía su madre a hacerla sentir culpable?—. Debí haber imaginado que no me ayudarías ni tratarías siquiera de entender. Nunca lo hiciste.

—Entiendo. Perfectamente. —Sonaba tan triste, tan agotada y sin esperanza.

Los ojos de Nora también se llenaron de lágrimas. Trató de reprimirlas, sin saber siquiera por qué inundaban sus ojos y sentía que tenía ganas de llorar. Una parte de ella deseaba terriblemente estirarse y tocar a su madre, decirle que lo lamentaba, aferrarse a ella. Otra parte quería herirla por todas las veces que Nora la había necesitado desesperadamente y no había estado presente.

—¡Quiero lo mejor para mi hija!

—Yo sé que lo quieres, querida. Pero lo que tú consideras mejor puede no ser lo mejor para Dios.

Nora se puso rígida ante las palabras amables porque eran un firme regaño.

—¿Cómo podrías saber tú qué es lo que Dios considera mejor? ¿Cuándo fue la última vez que fuiste a la iglesia, madre? ¿Hace diez años? Yo voy todos los domingos. Anne-Lynn debería honrar los planes que yo tengo para ella. En lugar de eso, decidió ser terca y rebelde. ¡Y tú estás ayudándola!

Su madre cerró los ojos como si no soportara mirarla.

—No debería haber venido a hablar contigo —dijo Nora con la voz quebrada—. Nunca estuviste para mí en el pasado. Fui una ilusa al pensar que me ayudarías ahora. —Recogió bruscamente su cartera del sofá y se encaminó a la puerta.

—Siempre estuve ahí para ti —dijo su madre con una voz ahogada—. Cada día de mi vida, solo que tú nunca lo entendiste. Ni siquiera trataste de entenderlo.

Furiosa, Nora se volteó hacia ella.

—¿En qué momento estuviste disponible para mí? ¡Menciona una sola vez!

Su madre no respondió a su ataque. En cambio, habló en un tono tranquilo.

—Siempre dijiste que yo destruí tus sueños. ¿Por qué me reclutarías para que le hiciera lo mismo a tu propia hija?

Temblando, Nora la miró fijamente. Tomó aire de manera entrecortada.

—Siempre distorsionas todo lo que digo para hacerme sentir culpable.

—Yo no puedo hacerte sentir nada.

—Ah, sí que puedes. —El resentimiento y la amargura la colmaron hasta desbordarla—. Quiero que sepas que el único motivo por el que Anne-Lynn pasa algo de tiempo contigo es porque sabe que eso me lastima. Está usándote para vengarse de mí. Solo que no te das cuenta.

—Te entiendo perfectamente, Eleonora.

Temblando violentamente, Nora abrió la puerta de un tirón.

—Con eso me demuestras cuánto te importo, madre. ¡Insistes en llamarme por ese nombre, cuando sabes que lo odio!

—Siempre fuiste Eleonora para mí y siempre lo serás.

—¡No tiene sentido hablar contigo! Siempre tienes que salirte con la tuya en todo. Muy bien, ¡disfruta tu soledad! —Salió dando un portazo. Sus tacones resonaron sobre los escalones. Dos niñas de raza negra habían dibujado una rayuela con tizas de colores en la acera. En Blackhawk, ningún niño tendría permitido hacer semejante desorden. Hicieron una pausa en su juego para observarla. Evitando mirarlas a los ojos, Nora entró en su carro y puso en marcha el motor. Se alejó del bordillo y condujo rápidamente por la calle; giró a la derecha y se dirigió a la rampa de acceso a la autopista.

Lloró durante todo el camino a casa.



A pesar de la disculpa de Ruth cuando regresó de correr, Corban seguía deprimido. Siempre tenía una reacción emocional violenta cuando permitía que sus emociones lo vencieran. Por primera vez desde que ella se había mudado a vivir con él, se negó a retractarse de lo que había dicho. Ella lo notó, desde luego, pero no dijo nada.

Le pareció que ella se esforzaba más durante los dos días siguientes. En efecto, hizo lo que le tocaba de las tareas domésticas y cumplió con su parte de lo que habían acordado para mantener el silencio durante las horas que él estudiaba.

Sin embargo, sabía que estaba viviendo en el ojo del huracán.

Su actitud cambiaría cuando volviera a encontrarse con sus amigas. Siempre era así. Las nubes de la tormenta se estaban acumulando sobre su cabeza, y él y Ruth terminarían en el huracán antes de que ella se tranquilizara nuevamente. Si es que lo hacía.

Por algunas de las conversaciones que había oído al pasar, además de las que Ruth le había contado, Corban había deducido que la mayoría de estas jóvenes mujeres con las que ella salía provenían de familias quebrantadas, como la misma Ruth. Dos chicas habían sufrido abuso sexual por parientes varones. Él podía comprender cuánto odiarían a los hombres que habían abusado de ellas, pero ¿eso agrupaba en la misma categoría de «brutos» a todos los hombres? ¿O les daba un motivo justificado para hacerse lesbianas? Tres de las diez que conocía habían «salido del clóset». Dos de ellas se sentían «cómodas» con su estilo de vida alternativo, sus familias las habían aceptado; la tercera era un desastre emocional que oscilaba entre la hostilidad rabiosa y la desesperación.

—Algún día se quitará la vida —dijo Ruth terminantemente después de una velada particularmente angustiante en la que la joven había monopolizado la reunión desahogando su ira —. Y la culpa será de sus padres, por no dejarla ser ella misma. Deberían obligarlos a ver que es perfectamente natural que algunas personas sean homosexuales. Ella nació así.

—¡Tonterías! Es ella quien no acepta las cosas.

Los ojos de Ruth refulgieron.

—Ella es feliz tal como es.

—¿Feliz? ¿A eso le dices feliz?

—Bueno, si la gente te insultara, ¡quizás tú tampoco serías feliz!

—Los únicos insultos que escuché esta noche fueron los que salieron de su boca.

—Eres tan cerrado de mente, Cory. Es patético. Si no te conociera bien, diría que eres homofóbico.

—¿Yo soy el de mente cerrada? Bueno, tal vez deberían reunirse en otra parte, ya que es mi departamento adonde vienen a descargar sus rencores contra todos los hombres.

Desde ese momento, se desviaron del tema. Fue una de sus peores peleas. Luego de gritarse uno al otro y dormir en cuartos separados, se pusieron de acuerdo en no volver a hablar del tema. Durante dos semanas, Ruth fue a encontrarse con sus amigas en otra parte. Y entonces volvieron; aparentemente, sus aposentos eran más cómodos que cualquier otro lugar donde hubieran estado.

Lo ponían nervioso estas mujeres que se sentaban a hablar de los hombres intolerantes, la sociedad patriarcal y la igualdad de derechos para las mujeres. Para ellas, igualdad era que las mujeres debían tener la prioridad en los mejores trabajos. Otro caso en el que la discriminación positiva había degenerado. Más militantes que querían usar la discriminación para acabar con la discriminación.

—Solo nos reuniremos una hora o dos el sábado en la mañana —dijo Ruth, sirviéndole la

cena que había preparado: una salsa Prego servida sobre unos tallarines hervidos, con un poco de queso parmesano esparcido por encima.

—¿Queda salsa Tabasco?

Ella colocó la botella frente a él.

—En un par de semanas habrá una marcha en San Francisco y queremos prepararnos para ella.

—¿Sobre qué es esta vez?

—Para recaudar fondos para la investigación sobre el SIDA. Pensamos hacer una pancarta.

Echando Tabasco sobre sus tallarines, Corban decidió que iría a otra parte el sábado.



El viernes en la tarde, el timbre sonó poco después de que Annie terminara de prepararse para ir a trabajar. Apretó el intercomunicador.

—¿Quién es?

—Sam.

—Sube. —Apretó otro botón y destrabó la cerradura de la puerta delantera del edificio—. Susi, tu hermano está aquí.

—¿Esta noche? Se suponía que recién llegaría mañana.

—Bueno, ya llegó. —Annie esponjó los almohadones y los lanzó sobre el sofá, recogió algunas prendas de Susan y, rápidamente, las dobló y metió en una cómoda. Caminando aprisa por la cocina, juntó vasos y platos y los puso en el fregadero, luego roció detergente sobre ellos y dejó correr el agua. Tendrían que quedar en remojo por ahora. Le tocaba lavarlos a Susan, y ambas estaban saliendo rumbo al trabajo.

Susan salió del baño vestida con su falda negra recta y la camisa blanca. El timbre zumbó mientras se peinaba frenéticamente el cabello e iba a atender la puerta.

—¿Qué haces aquí? Es viernes. Dijiste que llegarías el sábado.

—Tranquila, Susi Q. Solamente pasé para avisarte que estoy alojado en el...

Annie se dio vuelta del fregadero y sintió que él la miraba fijamente. Susan se rio, mirándolo a él primero y luego a ella. Guiñó un ojo.

—Te acuerdas de Annie Gardner, ¿verdad, Sam?

—¿Ella es Annie? ¿Qué le sucedió a la réplica de Pippi Calzaslargas?

Annie se ruborizó.

—A mí también me da gusto verte, Sam. —Sintió vergüenza al recordar cómo solía usar su cabello pelirrojo en coletas. El rojo se había desvanecido un poco, así como las pecas que habían salpicado su nariz en el pasado.

Él la miró con cariño y una sonrisa de lobo se extendió por su guapo rostro.

—Cuánto has cambiado...

—Pero tiene que irse a un lugar.

«Chicos malos, chicos malos», cantó Bernabé a viva voz y todos se rieron.

—Estamos yéndonos a trabajar, Sam, pero eres bienvenido a pasar un rato aquí, si quieres.

—Ni lo sueñes. Vine a la ciudad para divertirme un poco.

«¿Qué vas a hacer...? ¿Qué vas a hacer...?» cantó Bernabé fuertemente, meciendo la cabeza arriba y abajo.

—Parece que el pájaro quiere irse conmigo. —Sam sonrió de oreja a oreja.

—¿Lo quieres? —dijo Susan alegremente—. Tienes mi bendición para llevártelo.

—Ni lo sueñes —dijo Sam, riendo.

Annie tomó su chaqueta del respaldo de una silla.

—Odio interrumpir la reunión familiar —dijo con una sonrisa—, pero será mejor que nos vayamos, Susi. Llegaremos tarde.

—¿Saben? Todavía no he comido —dijo Sam, siguiéndolas afuera—. ¿Podría ir al Clavo de Olor?

—Tú odias el ajo.

—Odiar es una palabra fuerte. Además, dicen que tiene propiedades medicinales.

—Así es.

—Bueno, me parece que estoy pescándome un resfriado. Necesito algo de medicina

preventiva. ¿Qué dicen?

Susan le dio la dirección y las indicaciones mientras bajaban las escaleras y salían hacia el carro de Annie.

—Nos vemos allí. —Sam levantó la mano saludando de manera casual y cruzó la calle hacia su furgoneta.

Susan se deslizó en el asiento del pasajero y se puso el cinturón de seguridad.

—Bueno, amiga, tengo la sensación de que vas a ver mucho más a mi hermano. —Miró a Annie y sonrió.



Cuando Sam no las siguió al restaurante, Annie supuso que había cambiado de parecer. Estaba más aliviada que decepcionada. Aunque su obvio coqueteo había sido excitante y un estímulo categórico para su autoestima, sabía que él era peligroso en más de un sentido.

A los quince años, pensaba que el rebelde y delincuente Samuel James Carter era una especie de héroe romántico. Fantaseaba con la idea de ser como la heroína de una novela de Harlequin, que con su amor y su pureza disolvería la arrogancia y el cinismo del héroe.

Pero, en los últimos tres años, ella había madurado. Supo cuán devastadora y dolorosa fue la rebeldía de Sam para su familia. Ahora podían hacer bromas al respecto, pero ella recordaba el enojo de Susi y las lágrimas de la señora Carter. Él había tenido que tocar fondo antes de que su vida cambiara. Sam era un mar revuelto y, en lo concerniente a las cosas de la vida, Annie no sabía nadar.

—Debe haberle dado una propina a Hal —dijo Susan al pasar.

—¿Disculpa?

—Sam. Está sentado en tu sección.

Annie recogió varios platos de comida y los entregó a los clientes, preguntándoles si necesitaban algo más. Vio a Sam sentado en la pequeña mesa del rincón, donde podía observar todo lo que pasaba en el salón. La mesera de la barra acababa de abandonar su mesa y varias mujeres sentadas cerca de él estaban mirándolo. Él parecía no notarlas. Toda su atención estaba puesta en ella. Tenía una sonrisa traviesa y desafiante.

Pasó una vez al lado de él.

—Estaré con usted en un momento, señor.

—No iré a ninguna parte, señorita.

Ella rellenó las tazas de café en varias mesas y regresó a la de él.

—¿Ya decidió qué le gustaría esta noche, señor? ¿O preferiría que le dé un poco más de tiempo?

—Ya decidí. —Sus ojos brillaron divertidos.

Annie sacó la libreta de cuero y el lápiz del bolsillo de su corto delantal negro y la abrió.

—Bueno, ¿por qué no me dices cuáles son los platos especiales? —Se reclinó hacia atrás, contemplándola a su antojo.

En la pizarra de la entrada del restaurante había seis platos anunciados. Parte de su trabajo era recordarlos de memoria. Describió cada uno con todos los adjetivos suculentos que el gerente había estipulado, consciente del examen divertido que estaba haciéndole Sam mientras los recitaba.

—Lo hiciste muy bien —dijo él con una amplia sonrisa.

—Entonces, ¿cuál será? —Le habló como si fuera un perfecto desconocido que acababa de entrar al restaurante por primera vez.

—El conejo a los veinte dientes.

—Buena elección —dijo ella, anotando su orden—. ¿Con sopa o ensalada?

—¿Qué clase de sopa?

—Gazpacho de ajo.

—Ensalada. Aderezo Ranch. Con mucha pimienta.

—Le traeré pan.

—Trae mucha agua, también, por favor, mientras lo haces.

Ella se rio en voz baja, cerró la cubierta de su libreta y la metió en su bolsillo.

Los viernes siempre eran concurridos. Tenía ocho mesas y se movía rápido para asegurarse de que todos recibieran lo que querían. Apenas terminaba de vaciarse una mesa y ella retiraba los platos, otro grupo se sentaba. Al término de un par de horas, había hecho las propinas suficientes para comprar las provisiones para una semana.

Y Sam aún estaba ahí.

Cuando rellenó su vaso de agua por tercera vez, Annie observó su plato.

—¿No te gusta el conejo?

Él hizo una mueca.

—Digamos que no creo que vaya a tener ningún problema con los vampiros. Me saldrá ajo hasta por los poros durante toda una semana.

Ella logró reprimir el impulso de sonreír.

—No te resfriarás.

—No, aunque me están tratando con frialdad. —Levantó las cejas a modo de pregunta provocadora.

—No creo que tengas ningún problema con eso. Justo en la mesa que está detrás de mí hay tres damas que han estado tratando de llamar tu atención toda la noche.

—¿Y aun así me rechazas, Annie? Estoy herido.

—Tienes la piel gruesa como un armadillo, Sam.

—Y yo que creía que estabas enamorada de mí.

—Eso fue antes de saber cómo eras.

Él mostró su amplia sonrisa.

—A estas alturas, intentaré lo que sea. —Cuando ella giró y comenzó a alejarse, él dijo—: A propósito, ¿de qué signo eres?

Era el recurso más trillado que podía elegir y lo sabía. Obviamente, era hora de aclarar algunas cosas. Tal vez, cuando así fuera, él no perdería su tiempo.

—Del pez.

—Piscis. —Volvió la sonrisa picaresca, junto con un destello decididamente perverso en sus ojos—. Un buen signo.

—Sí, lo es. Pero no es piscis.

—¿No? —dijo él, frunciendo el ceño.

—No. Ichtus. Jesucristo, el Hijo de Dios, el Salvador.

El semblante provocador desapareció, y la miró directamente a los ojos con una intensidad que ella no había esperado.

—Entiendo que hay un mensaje para mí en esas palabras.

—Espero que sí.

Él torció la boca con pesar.

—¿Tienes miedo de que el león quiere acostarse con el cordero?

El calor subió a sus mejillas. Esperaba que él se riera, pero no lo hizo. Su expresión se volvió seria, contemplativa. Sintió la atracción de su encanto, un remolino interior ante su mirada intensa. Con una parsimonia deliberada, dejó la cuenta sobre la mesa, cerró la libreta de las órdenes y la guardó en su lugar.

—Que tengas una buena noche, Sam. Trata de no meterte en problemas.



Nora estaba sentada en la sala de estar, envuelta en una manta blanca. Miraba la televisión, pero no le encontraba sentido a la película. Su mente estaba a la deriva.

Eran las diez de la noche y Fred aún no llegaba a casa. Había dejado un mensaje en el contestador automático diciendo que llevaría a cenar a unos clientes. Seguramente no podía tardar tanto tiempo, a menos que hubiera ido a la ciudad.

Pensar en la cena en la ciudad la llevó a recordar a Anne y su empleo en el restaurante. Tal vez Fred había llevado a sus clientes al lugar donde ella trabajaba y había hablado con ella por la angustia que estaba causándole a su madre. No, Fred no haría eso. Había dejado la crianza de Anne totalmente en sus manos. Había sentido que su lugar como padrastro lo dejaba al margen, en lo que a Annie se refería. Siempre y cuando ella no interfiriera con su vida, él se mantendría fuera de la suya. Tenían una relación agradable.

A veces, a Nora le molestaba que Fred no quisiera involucrarse más.

—Es cosa tuya cómo manejas las cosas —solía decir—. Es tu hija, Nora, no mía.

Esta vez, necesitaba un aliado. Necesitaba que alguien fuerte la respaldara.

¿Por qué ya no quería escucharla Anne? ¿Por qué su hija ahora estaba poniéndose en contra de ella y pidiéndole ayuda a su abuela?

Cuando dieron las once, Nora empezó a sentir una inquietud en la boca del estómago. El pasado levantaba su horrible cabeza una vez más, persiguiéndola como siempre lo había hecho con los errores pasados de las personas. Se había enamorado de Bryan Taggart cuando tenía dieciséis años. Él era cuatro años mayor, trabajaba e iba a la universidad. Era apuesto, inteligente y encantador. Estaba convencida de que él colmaría todas las esperanzas que tenía de una vida mejor.

Lo que había empezado como una aventura romántica, rápidamente se convirtió en una pesadilla de peleas, cuentas, noches sin dormir y sueños destrozados.

Estaba tan desesperada por lograr que el matrimonio funcionara, que pensó que un bebé obligaría a Bryan a mantener el empleo que parecía brindarle el futuro más prometedor. Sin embargo, su anuncio de que estaba embarazada no unió al matrimonio; lo hizo añicos. Bryan se puso furioso y le dijo que era una embustera y una egoísta. Dijo que había hecho todo para arruinarle la vida y que estaba harto de ella. La abandonó antes de que Michael naciera y no le dejó otra opción que la de mudarse nuevamente a vivir con sus padres.

Todavía recordaba lo que su madre le dijo la primera noche que volvió a casa. Fue la peor crueldad de todas, luego de todo lo que ella había sufrido en los casi dos años de matrimonio. «Esperabas demasiado y demasiado pronto». Abatida y sintiéndose descartada, buscó consuelo en la abuelita Helene, quien le dio la razón en todo. Bryan Taggart no había sido digno de ella.

Al menos, había terminado la escuela preparatoria durante aquellos meses torturadores.

Su segundo matrimonio no fue mucho mejor que el primero. Dean Gardner tenía todas las señales de su Príncipe Azul. Graduado de Berkeley y Stanford con honores en Economía y Contabilidad, ya estaba comenzando a escalar puestos en la actividad bancaria. Como esposa de Dean, tendría la seguridad y las oportunidades que le habían faltado antes. Y Michael también. Se inscribió para cursar materias universitarias durante los horarios que Michael estaba en la escuela. Llevaba a su hijo a toda clase de eventos culturales. Invertía todo lo que podía para potenciar a su hijo y transformarse en personas que pudieran relacionarse con lo mejor de la sociedad.

Y mientras se superaba a sí misma, Dean la engañaba. No se enteró de su amorío con una de

las secretarias de su oficina hasta varios años después. Solo sabía que algo andaba mal, pero cuando quedó embarazada de Anne, Dean volvió a ser el marido cariñoso que había sido al principio. Y se convirtió en un padre aún más consentidor cuando Anne nació.

Ni bien Anne tuvo la edad suficiente, Nora reanudó sus esfuerzos para lograr que Michael recibiera la mejor educación posible. También comenzó a hacer planes para Anne. Tocaba música clásica durante las horas que su hija estaba en la cuna para aumentar su inteligencia. Aun los juegos que jugaba con Anne estaban pensados para desarrollar las habilidades mentales y físicas.

Sus hijos tendrían todas las oportunidades que ella había perdido; su potencial iba a ser desarrollado.

Dean llegó a resentir la atención que les dedicaba a los niños. Sobre todo, le molestaba el amor que tenía por Michael.

—¡Nunca disciplinas al muchacho!

Ella nunca había podido entender la acusación cuando parecía que cada instante de Michael estaba controlado. Su vida era una de disciplina. ¿Acaso no estaba ocupándose de eso?

No obstante, y a pesar de todos sus esfuerzos, Michael también la traicionó. Buscó a Bryan Taggart. Aunque se conocieron, ninguna relación real surgió de ello. Sea como fuere, parecía que algo se había roto entre ella y su hijo. Cuanto más exitoso era Michael, más distante se volvía. Nora le había dedicado mucho amor y esfuerzos, pero él no tenía tiempo para ella.

Dean nunca había entendido lo quebrantada que estaba, hasta qué punto estaba herida. Ella había confiado en su palabra de que haría cualquier cosa que ella necesitara para descubrir lo que deseaba. A diferencia de su madre, ella llevaba a Anne a todas partes, incluso a las clases de la facultad que cursaba. Cuando eso se volvió imposible, renunció a sus propios sueños para asegurarse de que Anne tuviera las oportunidades que le habían faltado a ella. ¿No estaba haciendo lo mismo por Michael?

Y entonces, Dean la dejó estupefacta cuando le dijo que renunciaría a su empleo, en el que ganaba seis cifras al año, para iniciar su propio negocio. Ella vio que toda su seguridad se convertía en cenizas. Las peleas comenzaron en aquella época y no terminaron hasta que se divorciaron. Su abogado insistió en que Dean era más que generoso al dejarle la casa y los ahorros. Pedirle una pensión alimenticia habría sido demasiado, especialmente considerando que el único ingreso que él tenía era la miseria que sacaba en su nueva empresa comercial. Lo único bueno que ella podía decir sobre Dean Gardner era que nunca puso objeciones por tener que mantener a su hija. Los cheques siempre llegaban el primero de cada mes.

El año que se divorciaron, se enteró por Anne, que entonces tenía seis años, que él se había ido a vivir con la mujer que había sido su secretaria en el banco. Cuando él trasladó su empresa al sur de California, la mujer no se fue con él. Luego de una visita vacacional, Anne le contó que todavía eran amigos. Nora no le encontraba el sentido a la vida de su exmarido ni quería tener nada que ver con él, más que para recibir sus cheques mensuales. Sin embargo, por orden del juzgado, Nora había sido obligada a mandar a Anne a pasar las vacaciones de verano con Dean.

Cuando volvió, Nora se enteró de que él convivía con otra mujer. Vivió varios años con ella hasta que, aparentemente, aceptó un empleo lucrativo en Nueva York y se fue. Otra vez, amistosamente. Ahora, Dean vivía con otra mujer distinta, esta vez, más joven.

Habían pasado catorce años desde su divorcio y, a veces, Nora aún se sentía dolida de que no la hubiera amado lo suficiente para hacer que su matrimonio funcionara. Las cosas que él había dicho fueron tan crueles, tan degradantes, tan completamente falsas. Y sin embargo, después de

tanto tiempo, se sentía celosa cada vez que se enteraba de que él estaba con otra persona.

¿Qué lógica tenía eso, cuando ella amaba a Fred?

Dicen que la tercera es la vencida. Y, hasta ahora, ella había pensado que su matrimonio era perfecto.

Hasta esta noche.

¿Dónde estaba Fred? Eran más de las dos de la mañana y él todavía no estaba en casa.

¿Estaba engañándola, también, como cada persona a la que ella había amado?

Dios, ¿por qué lo hacen? ¿Por qué todos se alejan de mí? Les dedico toda mi vida y ellos me dan la espalda. Mi madre no me amaba lo suficiente para pasar tiempo conmigo. Mi padre apenas me dirigía la palabra. Bryan me abandonó. Dean me engañaba. Michael nunca tiene tiempo para mí. Anne quiere que todo sea como ella dice. Y, ahora, Fred...

El portón del garaje zumbó. El corazón de Nora palpitó descontroladamente, con una mezcla de alivio y enfado. ¿Cómo se atrevía Fred a quedarse fuera tan tarde? Se sentó en la butaca que daba al vestíbulo. Él vería que la luz todavía estaba encendida y entraría a ver qué hacía ella. Escuchó que se abría la puerta del garaje. Él apareció, con el saco de su traje todavía puesto, el impermeable colocado sobre un hombro y su maletín en la mano. Parecía cansado.

—¿Dónde estabas, Fred? Estaba enferma de preocupación por ti. Son las dos y media.

—Fui a Scoma, en San Francisco. Los señores de Japón llegaron esta mañana. ¿Lo recuerdas? —Tenía la boca tensa por la irritación.

Ella frunció el ceño ligeramente, y su enfado desapareció. Algo andaba mal.

—¿Ni siquiera lo recuerdas, verdad, Nora? —dijo Fred con calma. Solo la miró, esperando. Estaba completamente muda. La sonrisa de él era desalentadora—. Estás tan atrapada por la rebelión de Annie, que todo lo demás no existe. —Sus ojos se oscurecieron ligeramente—. Hace un mes te dije que vendrían estos hombres. Te dije lo importante que podía ser este contrato para el negocio. Se quedarán hasta el sábado.

Ella vio la acusación en sus ojos.

—¿Por qué estás enojado conmigo? ¿Qué hice mal?

—Ayer en la mañana te dije que te llamaría y te avisaría dónde iríamos a cenar esta noche. Tenías que reunirte conmigo allí, Nora.

De pronto, recordando todo, se sintió helada. ¿Cómo pudo haberlo olvidado?

—¿Dónde estuviste tú, Nora?

—Estuve en casa de mi madre —dijo con voz temblorosa, horrorizada de haberlo decepcionado tanto. ¡Esto era culpa de Anne! Si Anne no hubiera salido corriendo ni la hubiera hecho pasar por una trituradora emocional, ella habría cumplido su deber con Fred.

La expresión de él cambió.

—¿Está enferma tu madre?

—Nunca la había visto tan mal. —Eso era cierto. La había impactado que su madre hubiera envejecido tanto desde la última vez que la vio.

—¿Ella te llamó?

—No. Tuve... tuve un mal presagio. —Pensando en la traición de Anne, se cubrió el rostro con las manos y se echó a llorar—. Tenía que verla. Todo lo demás desapareció de mi cabeza. Acabo de tener el peor día de mi vida. Y ahora, para rematarlo, estás enojado conmigo.

En el pasado, Fred siempre la había consolado inmediatamente. Esta noche, se quedó parado

donde estaba. Con un suspiro, dejó el impermeable sobre el respaldo del sofá y colocó el maletín en el piso.

—Necesito beber algo. —Se paró detrás de la barra, sacó una botella de escocés del gabinete inferior y se sirvió medio vaso.

Lloriqueando y limpiándose la nariz con un pañuelito de encaje, Nora no pudo evitar la punzada de resentimiento porque Fred no le había ofrecido uno a ella.

—Algo tendré que hacer para guardar las apariencias. —El tono de Fred era desalentador. Bebió un trago de escocés y dejó el vaso sobre la barra. La miró enigmáticamente desde el otro lado—. Guardar las apariencias con los japoneses. La esposa del señor Yamamoto estuvo presente porque estaba ansiosa por conocerte, y el hecho de que mi esposa no apareciera fue más contundente para ellos que las cien páginas de documentos en los que he trabajado durante los últimos seis meses.

No era solamente enojo lo que vio en sus ojos. Lo que había era dolor y decepción. Lo había defraudado profundamente. El miedo se enroscó en la boca de su estómago. ¿La abandonaría él como todos los demás? Ella hacía muchos esfuerzos y nunca nada se resolvía como lo había planeado.

—Perdóname, Fred.

—Es un poco tarde para pedir perdón. —Levantó otra vez el vaso, bebió el resto del escocés y dejó el vaso en la barra. La miró de nuevo y negó lentamente con la cabeza, como si tratara de encontrarle sentido a todo—. Nora, a veces me pregunto...

—¿Qué te preguntas? —dijo ella en voz baja, cuando él no continuó la frase.

Parecía agotado y mayor de los cincuenta y siete años que tenía.

—Será mejor que no diga nada más en este momento. Estoy cansado. Me voy a la cama.

¿Qué se suponía que significaba eso? ¿Que todo era culpa de ella? ¿Por qué no hacía el intento de comprender lo difícil que había sido su día? Así entendería cómo fue que la cena de esta noche se le hubiera ido de la cabeza. A pesar de todos sus esfuerzos, de los sacrificios que hacía por sus seres queridos, a ninguno parecía importarle cuánto sufría ella.

Fred levantó el impermeable del respaldo del sofá y se agachó para recoger su maletín.

—Mañana seguiremos hablando.

De alguna manera, esas palabras poseían un tono amenazante.

Cuando él abandonó la sala, Nora lloró; esta vez, con miedo de lo que podía depararle el día siguiente.

CAPÍTULO 9

CORBAN SE ESTACIONÓ EN LA ENTRADA para coches de Leota Reinhardt, notando que había un carro con el símbolo cristiano del pez estacionado frente a su casa. También notó otras cosas. El césped estaba recién cortado y los arbustos del frente de la casa habían sido prolijamente podados y a una altura suficiente para que el porche delantero fuera visible. Las macetas colgantes habían sido retiradas.

Mientras subía los escalones del frente, vio que la mecedora había sido lavada. El asiento todavía estaba mojado, así como todo el porche delantero. No había telarañas ni polvo, solo olor a humedad y al césped recién cortado.

¿Había venido otro voluntario? Se sintió súbitamente irritado de que alguien se metiera. Tocó el timbre y esperó. La tercera vez que llamó, se preocupó de que algo pudiera haberle sucedido a la señora Reinhardt. ¿Por qué no atendía la puerta? Al no escuchar ningún sonido proveniente de adentro, se adelantó para mirar por la ventana que estaba junto a la puerta delantera, pero recordó los comentarios que ella le había hecho a propósito de su primer encuentro. Si ella no quería responder, no estaba obligada a responder.

Resignado, bajó los escalones preguntándose qué debía hacer a continuación. Justo en el momento que estaba abriendo la puerta de su carro, escuchó voces en el fondo de la casa. Se apretujó hasta pasar el capó del carro y caminó por el estrecho camino de entrada.

—¿Señora Reinhardt? —llamó mientras llegaba por la esquina de atrás. Ella estaba parada en el jardín, en el sector del patiecito al otro lado de la puerta trasera; tenía puesto un vestido floreado de poliéster y un suéter blanco. Había una chica con ella.

Una chica muy atractiva.

—Corban, ¿qué hace aquí? Es sábado.

—Se me ocurrió pasar por aquí —dijo él, tratando de no fijar los ojos en la acompañante de la anciana.

—Ella es mi nieta, Anne-Lynn Gardner. Annie, él es Corban Solsek. Es de la organización benéfica que envía voluntarios para ayudar a los viejos.

La muchacha tenía una silueta esbelta y atlética, su largo cabello rubio rojizo estaba recogido en una cola de caballo. Traía puesta una camiseta blanca manchada de tierra, unos jeans azules desteñidos y unas zapatillas deportivas sucias. Se quitó el guante de jardinería y dio un paso al frente con la mano extendida.

—Encantada de conocerte, Corban. —Tenía la frente sudorosa y la mejilla manchada de tierra. A pesar de su aspecto desarreglado, irradiaba una inocencia y una cordialidad sincera que lo hicieron reaccionar con una sonrisa.

—Igualmente —dijo él.

—Llegó justo a tiempo —dijo Leota, con ojos resplandecientes.

Ese comentario le bastó para recuperarse rápidamente y captar toda su atención. Levantando una ceja, la miró.

—¿Debería preguntar para qué?

Ella soltó una risita.

—Estábamos a punto de podar los árboles del fondo. No es la mejor época del año para

hacerlo, pero lo necesitan urgentemente. Y usted es el hombre indicado para la tarea.

—Parece que soy el único hombre en los alrededores.

—No eche a perder el cumplido.

Él se rio. La veía mejor que las veces anteriores. Al parecer, estar al aire libre le sentaba bien.

—Vamos a revivir el jardín —dijo Annie, sonriente.

¿En qué se estaba metiendo él?

—No sé nada de jardinería.

—Yo tampoco. —Anne sonaba sumamente complacida. Volvió a ponerse el guante—. Estamos a punto de aprender. La abuela aporta su cerebro. Nosotros, la fuerza física.

—Corban se ofenderá con eso, Annie. —Leota le sonrió directamente a él—. Está en el último año de la universidad, y ya sabes cuán inteligentes creen que son.

Mientras Anne reía, Corban fulminó con la mirada a la anciana, simulando estar fastidiado con ella.

—Supongo que no me perjudicará ensuciarme las manos por esta única vez.

—Qué buen chico. Aceptará el desafío. Las herramientas están en el cobertizo a la derecha de la puerta.

La jardinería no le interesaba en lo más mínimo, pero notó que, hoy, Leota Reinhardt estaba con ganas de hablar. Quizás fuera por la presencia del bomboncito que caminaba por el sendero empedrado delante de él. Por el motivo que fuera, tenía la intención de quedarse un rato y tomar notas mentales.

—Hay una escalera en la pared de atrás —gritó Leota, siguiéndolos a un ritmo mucho más lento. Caminaba con las manos un poco hacia afuera, como si intentara equilibrarse mejor—. Y un serrucho. Debería estar colgado en la pared a la derecha de la puerta. Y una lata de pintura látex y un pincel.

Corban se preguntaba por qué estaba hablando de pintura. Iban a podar árboles, no a retocar el estuco.

—Cuidado con las viudas negras ahí adentro —gritó Leota, parada en la puerta abierta, debajo de una pérgola hundida—. Les gustan los lugares oscuros.

—Lo haremos, abuelita.

Gimiendo por dentro, Corban se quedó atrás con el deseo de que la muchacha no esperara que él enfrentara a los arácnidos. Ella ni siquiera pestañeó hacia donde él estaba. Sin el mínimo titubeo, recogió una rama partida y abrió la puerta. Atacó las telarañas como una guerrera con una espada: arriba, abajo y adelante, avanzando temerariamente en el lugar sombrío y polvoriento. Golpeó a su alrededor unos instantes y le entregó el serrucho; luego, salió cargando una escalera.

—No se quede ahí parado, Corban —dijo la anciana—. Hay una podadora de árboles montada en la pared. Y necesitaremos la lata de pintura de látex y una brocha. Deben estar en el estante.

—¿Qué aspecto tiene una podadora de árboles? —Echó un vistazo alrededor antes de entrar en el cobertizo polvoriento y sombreado.

—Dos varas que calzan una con otra cuando las saca. En el extremo de una están las tijeras de podar.

Encontró las piezas y se quedó enredado en la soga unida a la parte inferior de las tijeras. Enrolló la soga rápidamente alrededor de su mano, levantó las dos varas y las sacó, agradecido de estar nuevamente a la luz del sol. No sintió nada arrastrándose sobre él.

Anne ya había puesto la escalera cerca del árbol más grande en el centro del jardín amurallado del fondo.

—¿Qué clase de árbol es este, abuelita?

—Un albaricoquero. El que está ahí es un cerezo. El otro es un ciruelo. —Negó con la cabeza —. Todo está tan enmarañado...

Corban no podría haber estado más de acuerdo con ella. Los tres árboles tenían ramas que apuntaban a todas partes; el suelo estaba cubierto de malas hierbas; algunas, altas hasta las rodillas, aunque las que estaban al fondo eran aún más altas. Lo peor de todo era la capa de frutos secos y podridos que había debajo de los tres árboles, acumulados durante varios años a juzgar por su aspecto. Pequeños arbolitos habían brotado aquí y allá.

—De acuerdo, abuelita. Tenemos todas las herramientas. Ahora, ¿por dónde empezamos? — Anne estaba parada con el serrucho en la mano, aparentemente preparada para casi todo.

Leota Reinhardt caminó cuidadosamente hacia ellos. Estiró el brazo hasta una de las ramas que se había caído y rompió una sección. Miró alrededor y alzó la vista para recorrer el árbol.

—Lo primero que tienes que hacer es sacar todas las ramas muertas, partidas y enfermas. Esa y aquella... —Señaló—. Comienza ahí y ve bajando y despejando. Encuentra un brote en crecimiento y corta justo encima de él. —Miró al joven—. Corban, arme esa podadora y úsela. Annie sola no puede hacer todo el trabajo.

—Cuidado ahí abajo —dijo Annie mientras movía hacia abajo la primera rama.

—Despacio —dijo la señora Reinhardt—. No dejes que las ramas choquen unas con otras. Alcáncele la lata, Corban. Annie, tendrás que pintar la superficie de los cortes para que no entren gérmenes en ellos y para que la savia no siga derramándose por mucho tiempo. Usa la navaja que te di.

Annie sacó la navaja de su bolsillo trasero, apalancó la tapa de la latita para abrirla y cerró de nuevo la navaja. Corban la observó aplicar pintura al corte de la rama. Dejó la lata en la unión de las ramas y se agachó para tomar el serrucho que había puesto en la bandeja de la escalera.

—La podadora, Corban. ¡La podadora!

¡La anciana era como un general reuniendo a sus tropas! Vigilaba de pie junto a la verja, observando la batalla.

—Deja esa, Annie. Corta la que está a la derecha. Queremos que el árbol esté ralo para que el aire circule y llegue más luz a todas las ramas.

—¿Esta, abuelita?

—Sí, exacto. Esa. Corban, fíjese si puede llegar a la de allí. Jale; no tenga miedo de hacerlo. ¿Ve cómo esa rama está raspando la más grande? La está lastimando. Probablemente haya una herida ahí. Annie, tendrás que pintarla encima para que no se deteriore. Ahí mismo hay una rama que necesita ser cortada. El viento debe haberla quebrado. ¿La ven? La que tiene las hojas marrones. ¿Puedes trepar, cariño?

Annie se rio.

—Te apuesto a que sí.

Pasando de la escalera al árbol, y con el serrucho colgando del gancho que tenía en el cinturón, avanzó por el árbol con gracia y facilidad. Hizo una breve pausa para tomar la lata de pintura y la enganchó a su cintura, junto al serrucho. No parecía importarle que un poco de la pintura estuviera cayendo sobre sus Levi’s. Corban trabajaba debajo, mirándola. Era como una niña en un picnic.

—¡Cuidado! —gritó Annie cuando otra rama voló.

Mientras la anciana instruía a sus subordinados, el árbol tomó forma. Empezó a abrirse desde adentro, la luz se filtraba a través de las hojas verdes y lograba que los bordes brillaran en tonos dorados. Las ramas ya no se extendían en todas direcciones, inmanejables y fuera de control, sino que estaban contenidas, redondeadas hacia arriba y chatas en la parte superior, como una copa de vino.

—Ahora —dijo la señora Reinhardt, suspirando de satisfacción—, ahí está. Eso se ve muy bien.

Annie bajó de la escalera. Retrocedió casi hasta la verja donde estaba su abuela, y miró hacia arriba. La sonrisa que tenía la anciana era como la de una niña complacida.

—Los tres darán fruto este año —dijo la señora Reinhardt—. Una gran cantidad de fruto.

Corban frunció el ceño.

—Creí que, con menos ramas, daría menos frutos.

—Una buena poda estimula el tipo de crecimiento adecuado. Lo mismo se aplica a las personas.

Él estaba a punto de preguntarle qué quería decir con eso, cuando Annie dijo:

—¿Qué deberíamos hacer con los restos de la poda, abuelita? Lástima que no tengamos una astilladora. He visto a las cuadrillas que trabajan en los árboles que bordean las calles. Meten las ramas adentro y las trituran hasta reducirlas a un mantillo fino que distribuyen debajo del árbol, todo en cuestión de minutos.

—Tenemos algo mejor que una astilladora. —La sonrisa de Leota Reinhardt era puramente traviesa—. Tenemos a Corban. —Lo miró y agitó la mano en un gesto imperativo—. Corte las ramas más grandes en trozos de sesenta centímetros. Traeré algo de soga y podrá atarlos en manojos pequeños y apilarlos junto a la puerta de atrás. Quemaré las ramas de a pocos durante los momentos de frío que vendrán.

—Mientras Corban hace eso, abuelita, empezaré con el cerezo —dijo Annie plegando la escalera.

Corban reprimió su irritación. La señorita hacendosa y la Tratante de Esclavos. ¿Qué creían estas dos mujeres que era él? ¿Un miembro del Cuerpo Civil de Conservación? Partió una rama seca contra su rodilla, la arrojó a un lado y recogió otra rama. Sería más fácil hacer el trabajo lo antes posible que intentar zafarse.

La preciosa Anne-Lynn Gardner ya estaba encaramada en la escalera bajo el cerezo. Corban partió otra rama con la rodilla y la lanzó a un lado. Si podía sacarle alguna información, no habría perdido el día completo.

—Entiendo que tu abuelita y tú son muy unidas.

—No tanto como me gustaría. —Inclinó la cabeza para mirarlo, con el serrucho preparado—. Mi familia no la visitaba muy a menudo y, cuando lo hacíamos, mi madre me relegaba a quedarme en el jardín. Apenas conozco a mi abuela, Corban. —Empezó a serruchar la rama muerta—. Pero voy a corregirlo.



Leota encontró el ovillo de cordel en el gabinete del lavadero en el porche de atrás. Ya estaba exhausta. El solo hecho de mantenerse parada junto a la verja del jardín la agotó. La luz del sol le hacía bien, pero también le quitaba la poca energía que tenía. Suponía que se debía a tantos meses sentada adentro bajo la luz artificial. Se había vuelto tan pálida como un cadáver en descomposición. Bueno, ¡ya no se sentaría adentro!

Tomó el sombrero de ala ancha del gancho de la pared, donde había estado colgado por dos años, y regresó afuera. Mientras subía los cuatro escalones de ladrillos hacia el sendero empedrado que se extendía frente a la vivienda que Bernard había construido para sus padres, sintió que las piernas le pesaban como si fueran de plomo.

Dondequiera que miraba, había cosas que necesitaban ser podadas, entresacadas, atadas y eliminadas. Horas de trabajo. Para ella, siempre había sido un trabajo de amor. ¿También lo sería para Annie? Pobre Corban, parecía tan sombrío. Ella no se hacía ilusiones en absoluto respecto al motivo por el que había aceptado ayudar: venía a buscar información; probablemente ahora mismo estaría interrogando a Annie. Aunque Annie no podía contarle demasiado. Esa ternurita ni siquiera se daría cuenta de que estaba siendo interrogada. Ni le cruzaría por la cabeza que alguien pudiera querer usarla.

Por otro lado, quizás estaba siendo injusta con Corban. No era del todo culpa suya estar tan envanecido por el conocimiento como para no tener ni una pizca de sentido común. La educación en estos días era un ídolo, al igual que lo había sido en el pasado. Corban no contaba con las ventajas que tenía ella. A veces, la escuela de la vida enseñaba más que las mejores universidades del mundo.

Y Tú, Señor. Tú enseñas al corazón tanto como a la mente. A veces es difícil soportar la verdad, pero es mejor caminar a la luz de la verdad que vivir en la oscuridad de las mentiras.

Cuando llegó a la verja, jadeaba un poco.

—Trabaja con rapidez —le dijo a Corban.

Él dejó de mirar a Annie y la miró. Leota tropezó con un adoquín. Para mantener el equilibrio, se aferró a un poste de la pérgola.

—¿Está bien, señora Reinhardt? —Corban parecía preocupado. ¿Qué pensó? ¿Que se vendría abajo y moriría a sus pies, y que su informe se haría humo?

—Estoy bien. Solo vieja y torpe.

—Le traeré una de esas sillas de jardín.

—Me está dorando la píldora, ¿verdad?

Él se detuvo y le dirigió una sonrisa sarcástica.

—Es más fácil hablar con usted cuando está consciente.

Ella se rio entre dientes. El chico carecía de buenos modales, pero tenía agallas. Admiraba eso.

—¿Y bien? ¿Estuvo preguntándole a Annie toda clase de cosas sobre la vieja mientras yo estaba en la casa?

—Lo intenté.

Por lo menos, estaba aprendiendo a decir la verdad y a no ser pretencioso.

Annie partió dos ramas y le sonrió desde arriba.

—Eres un gran misterio, abuelita.

—Es bueno ser un misterio. Despierta interés. Si le hubiera contado todo de mí a Corban, no se tomaría la molestia de seguir viniendo y yo tendría que entrenar a otro voluntario. —Corban volvió con la silla metálica americana y la dejó caer pesadamente sobre el parche de césped cubierto de maleza. Se veía notablemente irritado—. ¿Bueno? ¿Acaso no es cierto?

—No deberías fastidiarlo, abuelita. Estoy segura de que no se desentenderá completamente de ti cuando consiga la información que necesita para su informe.

—Debes estar viendo algunos aspectos en él que a mí se me escaparon. —El rostro de Corban se puso rojo, fuera de ira o de vergüenza, no estaba segura. Lo miró a los ojos—. Si me equivoco, dígamelo.

—Estoy pensando en irme ahora mismo.

—Ah, deje de hacer pucheros. Antes de irse, lleve la silla a ese lugar, al sol. Así podré ver mejor lo que Annie le está haciendo al cerezo.

Corban agarró la silla, la maniobró a través de la verja y volvió a dejarla con un golpe. Regresó y le ofreció el brazo para que se apoyara.

—Y ni siquiera tuve que pedirlo —dijo, mirándolo con una sonrisa. Se agarró firmemente de su brazo mientras caminaba sobre el terreno rugoso del sector de atrás—. Qué buen chico, ocupándose de las necesidades de una anciana. —Se sentó cómodamente en la silla—. Gracias, querido.

—De nada, señora —dijo él con los dientes apretados.

Sacó el ovillo de cordel del bolsillo de su suéter y se lo entregó.

—En caso de que decida no irse. —Cuando él solo se quedó mirándolo, ella dijo—: Para las ramas. De sesenta centímetros de largo. ¿Ya lo olvidó?

—Esperaba que usted lo hubiera olvidado. —Tomó el ovillo de cordel y se puso nuevamente a trabajar.

Leota estaba empezando a encontrarlo agradable. Él era rígido, estirado y egoísta, pero quizás podía ser accesible. Ella se recostó hacia atrás, disfrutando de la sensación del sol sobre su rostro.

—¿Sabías que un árbol albaricoquero puede vivir hasta cien años?

—¿Cuántos años tiene el tuyo, abuelita?

—Sesenta y cinco, o algo así. Apenas estaba empezando a dar fruto cuando vine a vivir con Mamá y Papá Reinhardt. Planté dos cerezos. Uno murió. Nunca supe qué lo mató. Un día estaba sano, y al día siguiente, las hojas estaban marchitas. Tuve miedo de que alguna plaga lo hubiera atacado y se extendiera al otro árbol, así que lo corté rápidamente y lo quemé. Trabajé y oré mucho por esa tierra antes de plantar ese ciruelo que lo reemplazó.

—Parece que dedicó demasiadas preocupaciones a un solo árbol. —Corban lanzó a un lado un manojo atado y empezó a armar otro.

—Fue en el año 1944. La preocupación se respiraba en el aire. La guerra era cada vez más fuerte. Mi esposo estaba en el ejército, combatiendo en Europa. Ver morir a ese árbol me hizo preocuparme más aún por él.

Corban se detuvo y la miró con el ceño fruncido.

—No entiendo. ¿Qué tiene que ver un árbol moribundo con su esposo en Europa?

—Supongo que nada, excepto por el hecho de que este era mi jardín de la victoria. Cuesta creer que todo saldrá bien cuando tu árbol frutal se muere de la noche a la mañana.

—Ah. —Todavía parecía confundido. Sonrió con cortesía, pero su expresión lo decía todo. Pensaba que le faltaba un tornillo—. ¿Volvió a casa su esposo?

—Sí, volvió a casa. —Corban la miró, esperando algo más. Ella le devolvió la mirada y sonrió. Podía seguir esperando un tiempo más. No valoraría lo que ella tenía que decir. Al menos, todavía no.

—¿Cómo era el abuelito? —dijo Annie, todavía trepada en la escalera. Partió otra rama y la bajó con cuidado a través de las otras antes de dejarla caer.

—¿Qué te ha contado tu madre?

Annie se quedó inmóvil en la escalera.

—No mucho —dijo después de un momento, y se puso a trabajar de nuevo.

Pobre Eleonora. Tanto enojo, tanta vergüenza. Y todo porque era demasiado ciega y terca para querer ver la verdad. Señor, a veces me gustaría poder sacudir a esa chica hasta que se vinieran abajo los muros que la rodean. Imagino que sabes exactamente cómo me siento.

—Era un buen hombre, Annie —dijo Leota con firmeza—. Era de buen corazón. Le importaban profundamente muchas cosas. Solo que era... callado.

Bernard no siempre había sido una persona cerrada a cualquier contacto. Hubo un tiempo en que era como un caballero montado en un espléndido corcel, listo para ir a pelear cualquier batalla. ¿No había sido él quien había atacado la ciudadela de Leota y reclamado su corazón? Ella aceptó casarse con él después de cuatro citas; el anuncio fue como un bombazo para los padres de él, que nunca llegaron a sobreponerse del todo. Papá casi lo hizo, tal vez, pero mamá nunca llegó a aceptarla por completo sino hacia el final, y para entonces era demasiado tarde para deshacer los daños acumulados a través de los años.

Durante tres años, Bernard y ella fueron bendecidos con la felicidad. Luego, los japoneses bombardearon Pearl Harbor y pusieron su mundo de cabeza. Bernard se alistó en el ejército, en lugar de esperar a ser reclutado. Ella entendió sus motivos, pero eso no evitó que el miedo la devorara durante todo el tiempo que él estuvo fuera. Lo amaba tanto que creía que moriría sin él. No fue sino hasta después que llegó a entender que había cosas peores que la muerte.

Bernard Gottlieb Reinhardt había ido a la guerra joven y orgulloso de quien era: un estadounidense leal, dispuesto a dar su vida para derrocar a Hitler. Sus padres ansiaban tanto como él que el régimen de Hitler fuera destruido, porque seguían las noticias de lo que ese dictador desquiciado y ególatra estaba haciendo en Europa. En sus oraciones, rogaban por sus parientes que vivían en Alemania, atormentados por lo que podía llegar a pasarles. Las cosas que escuchaban eran desgarradoras. ¿Por qué no podían ver los demás lo que realmente estaba sucediendo y salir de Alemania antes de que fuera demasiado tarde? Podían venir a Estados Unidos, la tierra de la libertad y las oportunidades.

La libertad y las oportunidades…

Oportunidades que rápidamente disminuyeron para los que aún conservaban su acento alemán. La desconfianza abundaba.

El pobre Bernard había cargado demasiada responsabilidad sobre sus hombros. Había ido a la guerra no solo a pelear, sino a buscar a dos tíos y a sus familias y a averiguar qué les había sucedido. Si podía encontrarlos.

Y quiso Dios que los encontrara.

El Bernard Gottlieb Reinhardt que volvió a casa no era el mismo hombre que se había marchado orgullosamente a la guerra. El veterano era un desconocido, quebrantado y tan angustiado, que nada pudo sacarlo por completo de las profundidades de su depresión. Ni siquiera el alcohol pudo mitigar el dolor con el que vivió hasta que murió.

Corban le dijo algo y, arrancada de sus pensamientos, lo miró confundida, aún perdida en la

ciénaga de sus recuerdos.

—Su esposo, señora Reinhardt. ¿En qué trabajaba?

—Ah, hacía un montón de cosas. Durante un tiempo, pintó casas. Luego, hizo trabajos de mampostería. Fue empleado de un techador. Se podría decir que Bernard tuvo tantos trabajos distintos, que se convirtió en una persona que hacía de todo. Tendría que echarle un vistazo al departamento que está detrás del garaje. Bernard lo construyó para sus padres. Él hizo todo, hasta la plomería.

No vio ninguna razón para decirles que, después de la guerra, Bernard parecía no poder conservar un empleo por más de un año. Siempre pasaba algo: resentimientos, una pelea, salarios bajos, períodos de inactividad, despidos.

—Luego de un tiempo, se convirtió en un empleado de mantenimiento. Las personas lo llamaban para hacer trabajos ocasionales. Un poco de esto, un poco de aquello. Cualquier cosa que hiciera, la hacía bien.

Annie la miraba desde su posición. Cuando sonrió, Leota vio algo en su expresión que le dieron ganas de llorar. Quizás Eleonora había dicho más de lo que Annie estaba dispuesta a compartir.

—Con esa clase de oficios, debe haber sido imposible ahorrar lo suficiente para los años de jubilación —dijo Corban.

La boca de Leota se puso tensa. Suponía que él insinuaba que Bernard la había dejado sin recursos. Era cierto, pero era un tema en el que no quería pensar.

—En la vida hay otras cosas además del dinero, joven. —No tenía ninguna intención de repasar los defectos de Bernard como esposo ni como padre. Él había hecho lo mejor que pudo.

—No quise menospreciar en absoluto a su esposo, señora Reinhardt.

El muchacho tonto seguía con la fijación en su proyecto, reuniendo información, haciendo suposiciones. Todas equivocadas.

—El hecho es que nunca hablamos sobre la jubilación —dijo ella—. No hubo tiempo. Las personas de mi generación trabajaban hasta los sesenta y cinco o setenta años, o hasta que los sacaban por la puerta con los pies por adelante. A algunos los despedían un mes antes de que empezaran a gozar de sus beneficios de jubilación. Bernard falleció en 1970. Y no me pregunten cómo murió. No pedí que le hicieran una autopsia.

Cuando Corban se estremeció, ella cerró los ojos, arrepentida de haber sido tan brusca. Suspiró y lo miró directo a los ojos.

—Hay cosas que usted nunca entendería, Corban, y a mí no me queda valor para explicarlas.

Él frunció el ceño y la miró interrogativamente. Por primera vez, Leota vio compasión. Sonrió ligeramente.

—No es tan fácil como pensaba, ¿verdad? Este proyecto suyo.

—No, no lo es.



—¿Qué te pasó? —dijo Ruth cuando Corban entró al departamento.

—Estuve haciendo trabajos manuales —dijo él, secamente, y se dejó caer en el maltrecho sofá. Estaba agotado, sucio y molesto. Echó un vistazo al departamento y se sintió un poco mejor. Había esperado encontrar un desastre al llegar, pero Ruth se había mantenido ocupada. La alfombra estaba limpia, los almohadones del sofá habían sido esponjados, la mesa de centro estaba libre de los restos habituales que quedaban luego de una de sus reuniones—. ¿Qué pasó? ¿Se canceló la reunión?

—No —dijo ella, fastidiada—. Acabo de terminar de limpiar. Se fueron hace horas. ¿Dónde has estado, Cory?

—En la casa de la señora Reinhardt, ayudando a su nieta a podar unos árboles frutales.

—¿Su nieta?

Corban percibió cierto tono en su voz. ¿Estaba celosa? Era bueno saber que era valorado.

—Se llama Anne. Dieciocho años, algo así. Va a una escuela de arte en San Francisco.

Ruth apoyó su hombro contra el marco de la puerta de la cocina y cruzó sus tobillos. Sonrió con una expresión enigmática.

—¿Es bonita?

—Bastante. Menuda. El cabello hasta la cintura. Rubia.

—¿Rubia natural?

—Qué pregunta tan desagradable.

Ella se rio.

—Ay, olvídalo. Las personas que viven en la ciudad y se creen artistas están a un centavo por docena. Me parecen unas cabezas huecas.

—Estás siendo bastante arrogante, considerando que acabas de tener una reunión con tus militantes feministas.

Con ojos relampagueantes, se apartó del marco de la puerta y volvió a la cocina.

—¿Quieres cenar? Hice cazuela de atún.

—Ya comí en la casa de la señora Reinhardt. Costillas de cerdo a $6,40 el kilo. —Se rio de que la señora Reinhardt se hubiera asegurado de que él supiera cuánto le había costado a ella su comida.

—¿De qué te ríes? —Ruth regresó y se paró en la puerta con un paño de cocina sobre el hombro—. Suena a que es una vieja grosera.

—Sí, lo es —dijo él, con la cabeza recostada en el sofá—. Desagradable. Gruñe una de cada dos palabras que me dirige. Me da órdenes como si fuera del personal de servicio. No me respeta ni un poco como persona.

—¿Sabe que estudias en una universidad?

—Lo sabe. Otro motivo para atacarme.

—¿Por qué?

Él se inclinó hacia adelante y se pasó los dedos por el pelo, frustrado.

—¿Por qué crees? Sabe que la necesito para mi proyecto.

—¿Se lo dijiste?

—No me dio muchas opciones. La última vez que estuve ahí por poco me cuelga de las orejas. O era sincero con ella, o me echaba a patadas por la puerta de su casa. Hablando en sentido figurado, por supuesto.

—¿Y bien? ¿Estás obteniendo lo que necesitas de ella?

—Logro cosas a cuentagotas. Me arroja información como si fuera trocitos de comida para perro. «Sentado, Corban. Trae eso, Corban». —Pensó en las docenas de atados de ramas cortadas que había dejado apilados prolijamente en su porche trasero. ¿Cuántos trocitos de información le había sacado a duras penas el día de hoy? Cada vez que se enteraba de algo de la anciana, surgían más preguntas.

Leota Reinhardt no era tan simple como parecía.

—Entonces olvídate de ella, Cory. Ve a una de esas residencias para adultos mayores y entrevista a algunas personas. O ve a una de esas residencias para enfermos. Por el amor de Dios, no te hagas tanto problema por una sola anciana.

Qué fácil era decirlo.

—Ya llegué hasta aquí con la señora Reinhardt; no arrojaré la toalla ahora. —Las cosas que ella había dicho hoy le habían despertado un interés más profundo. Aunque hablar con ella era como tirar de los hilos de un tapiz, cuando lo que él quería realmente era todo el cuadro—. Hoy estaba distinta. Pude ver otros aspectos de ella que no había visto antes.

—¿Por ejemplo?

—Tiene sentido del humor. Puede arrancarte un pedazo del cuerpo y suturarte en la misma frase.

—Qué linda —dijo Ruth secamente—. ¿Esos nuevos aspectos servirán para tu ensayo?

No era eso lo que la estaba molestando, y ambos lo sabían. Corban se levantó y fue hacia su computadora. Apretó el botón para encenderla y se sentó.

—Tengo que escribir algunas notas mientras la información está fresca en mi memoria. —Hizo clic en el ícono del procesador de textos. Sabía que Ruth seguía parada en la puerta; podía sentir cómo lo miraba. El aire crepitaba por la tensión.

—¿Por qué no hacemos algo mañana, Cory? Vamos al cine o tomemos un barco a la Isla de los Ángeles. Algo. Últimamente me siento un poco preocupada. ¿No te parece que estamos estancándonos en una rutina?

Estaban estancados, era verdad. O ella había sido inflexible. Qué curioso que ella lo notara ahora. Tal vez estaba sintiéndose un poquito menos segura de él y de su situación. Bueno, allá ella.

—Ya veremos. —Abrió el archivo y empezó a escribir en la computadora.

Hoy estuvo de visita la nieta de R. Noté una diferencia en la actitud de R. Animada. Enfocada. Sentido del humor sarcástico. Hizo numerosas bromas a costa mía. Habló más de lo habitual. Contó un poco de su esposo.

**Buscar información sobre Bernard Reinhardt.

Anne dijo que no sabía mucho sobre su abuelita. Su familia no la visitaba a menudo.

—Tal vez iré sin ti —dijo Ruth.

Notó una leve amenaza detrás de su declaración de independencia: Si estás ausente, puedo llegar a encontrar a alguien más atractivo por ahí, amiguito. Enojado, la miró.

—Haz lo que quieras, Ruth. Solo ten cuidado. —Esperaba que viera el resto. No esperes que baile al ritmo que te dé la gana. Tu hechizo se está debilitando.

Los ojos de ella parpadearon e, inmediatamente, se endurecieron.

—Qué bueno saber que te preocupas por mi bienestar. —Le dio la espalda y regresó a la cocina.

Corban volvió a pensar en Leota Reinhardt.
Se oyó el golpe de la puerta de un gabinete en la cocina.

¿Qué causó el distanciamiento familiar?
**Conocer mejor a Anne-Lynn Gardner.

¿No había dicho Anne que se quedaría a pasar la noche con su abuela? Quizás regresaría allá al día siguiente y le pediría su número de teléfono.

CAPÍTULO 10

LEOTA ESTABA SENTADA A LA MITAD de la iglesia, en el centro del banco, junto a Annie. Con las manos plegadas sobre su regazo, Leota contemplaba los vitrales de las ventanas del lado este. El sol temprano en la mañana entraba a través de ellos, haciendo que las tonalidades del arcoíris resplandecieran con colores más intensos que los reales. En el frente había una cruz vieja y fuerte montada en la pared. A la derecha y a la izquierda, unos estandartes proclamaban: Rey de reyes y Señor de señores con satinados y exquisitos diseños en dorado y púrpura.

Hombres y mujeres de diversas edades y colores de piel, todos vestidos con túnicas color granate y cuellos blancos, estaban sentados en el coro, justo debajo de la cruz. El pastor, que no era el que ella recordaba, estaba sentado solo a la izquierda del púlpito, en un asiento parecido a un trono. Lucía solemne tal como estaba vestido, con una toga larga y negra y una estola bordada.

¿Cuántos años habían pasado desde que ella había puesto un pie en esta vieja iglesia, con su imponente edificio y hermosos ventanales? ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que estuviera rodeada por los demás miembros? ¿Seis años? ¿Diez? Ni siquiera seguía siendo la misma denominación, aunque a ella no le molestaba demasiado esa cuestión. Había una buena sensación en este lugar, una calidez que se impregnaba en la gente. Además de las dos personas que daban la bienvenida en la entrada, más de una docena de feligreses les habían sonreído o saludado a Leota y a Annie.

La última vez que Leota había venido, estaba tan cansada y deprimida que supo que era la última vez que asistiría a la iglesia. La vejez, y sus limitaciones, la habían alcanzado. La caminata hasta la parada del autobús había sido agotadora. La espera, estresante; especialmente cuando varios jóvenes rufianes le echaron el ojo a su cartera, al parecer esperando que algún posible testigo se alejara y la dejara indefensa. Afortunadamente, el autobús había llegado antes de que la asaltaran.

El viaje había sido tranquilo, pero para cuando llegó a la iglesia, necesitaba desesperadamente utilizar el baño, ubicado en un piso más abajo. Se las arreglaba con dos o tres escalones, pero un tramo de escaleras en un corredor angosto y curvo era riesgoso. Los niños que bajaban corriendo a la escuela dominical habían chocado con ella varias veces. Aferrada fuertemente al pasamanos, había avanzado de a pocos, temerosa de caerse y romperse los huesos. Los más jóvenes y en buena condición física tuvieron que apretarse para pasar junto a ella.

Cuando logró bajar las escaleras hasta el baño y volvió a subirlas para ir al santuario, estaba exhausta. Angustiada e inadvertida, se sentó al fondo de la iglesia y apenas pudo escuchar el sermón. En su lamentable estado, el servicio se pasó volando. Lo único que podía pensar era en el largo viaje a casa. ¿Cuánto tiempo tendría que esperar el autobús? ¿Quién estaría esperando en la parada de autobuses para amenazarla? A ese punto, estaba tan cansada que se quedó sentada y temerosa de cómo haría la caminata de cuatro cuadras por la parte plana, antes de subir la colina sobre la que estaba construida su pequeña casa.

Todo había sido demasiado para ella. La vida era lo suficientemente estresante como para sumarle cosas. Después de ese día, no volvió a la iglesia. Los primeros domingos que se quedó

en casa, trató de consolarse con los servicios por televisión. Seguramente al Señor no le molestaría. Sin embargo, romper con el prolongado hábito de asistir a la iglesia todos los domingos había sido desgarrador. Y qué propuesta tan solitaria eran esos teleevangelistas, con sus presentaciones dramáticas, sus cantantes profesionales, sus entornos deslumbrantes y sus agobiantes pedidos de dinero. A veces la habían hecho sentir tan mal que había considerado la posibilidad de mandarles una buena tajada de su cheque del Seguro Social.

En lugar de eso, había apagado el televisor.

La parte más triste era que nadie la echaba de menos. Había asistido a la misma iglesia durante años y, cuando dejó de ir, ni una sola persona la llamó para averiguar por qué motivo dejó de hacerlo. Supuso que si hubiera estado más involucrada tal vez habrían notado su ausencia. Tal como estaban las cosas, no se había involucrado en nada. Cuando se fue, a nadie le importó.

Durante un tiempo, se había encontrado con Dios en el jardín. Pero, luego, también fue despojada de ese tiempo precioso. Se preguntó si con Él había sucedido lo mismo que con la iglesia. Ciertamente, Dios no la necesitaba a ella. Con todos los miles que había ahí, sirviéndolo poderosamente, ¿qué importaba una ancianita no comprometida?

Ella dejó de hablarle por un tiempo. Luego, empezó otra vez. ¿Con quién más podía hablar en los días largos y solitarios?

Leota miró alrededor disimuladamente, buscando rostros conocidos. No había ninguno a la vista. Ahora, la congregación era mixta, más de raza negra que blanca, y algunos asiáticos e hispanos esparcidos por el lugar. Igual que su vecindario. Algunas personas vestían trajes y vestidos elegantes, mientras que otras usaban jeans y camisetas.

Se sentía cómoda, mucho más cómoda que en épocas pasadas. Tal vez fuera porque tenía a Annie sentada junto a ella. Sin embargo, tenía la sensación de que se trataba de algo más que eso... en esta iglesia había un espíritu que parecía unir a las personas. Más allá de la raza o del trasfondo cultural. Todos parecían conocerse y se saludaban con afecto.

¿No era así como se suponía que debía ser? ¿Adónde más podía ir uno en este mundo para encontrar tal sensación de paz entre todas las personas, sino ante Jesucristo? Esta era la primera vez que estaba en una iglesia donde se sentía de esa manera. Parecía una proclama silenciosa: Somos uno en Cristo, hermanos y hermanas todos.

Señor, ya no conozco a mis vecinos, pero con seguridad siento que conozco a todos en esta iglesia. No de nombre, sino por el Nombre. Jesús reluce en ellos. Bueno, en la mayoría de ellos. A ese pastor le vendría bien una sonrisa en su rostro, pero tal vez está hablando contigo antes de hablar con nosotros.

Todos se pusieron de pie y cantaron «Sublime gracia» y, sorpresivamente, las lágrimas corrieron por las mejillas de Leota. Esperaba que Annie no lo notara ni se avergonzara. La pobre niña se preguntaría por qué lloraba su tonta abuelita.

Oh, pero, Señor, no puedo evitarlo. Se siente tan bien; como si hubiera llegado a casa. Escuchar este viejo himno es como saborear un poquito del cielo. Aun así, es un sentimiento mixto, Jesús, porque sé que Annie y yo saldremos de aquí en un rato y tal vez pase mucho tiempo antes que vuelva a pararme, sentarme, orar y cantar en una iglesia otra vez. Oh, Señor, quizás esta sea la última vez. Punto. A menos que Annie vuelva a visitarme otro fin de semana. Pero no puedo

contar con eso, ¿puedo, Señor? No puedo contar con nadie ni con nada. No tengo derecho a hacerlo. Ella tiene su propia vida.

El nudo que Leota tenía en la garganta era tan duro que no pudo seguir cantando. Siguió gesticulando las palabras con la boca para que nadie notara su lapsus, si es que se les ocurría mirar. Podía oír cómo cantaba Annie; su voz era nítida y encantadora. Probablemente, Eleonora la había mandado a lecciones de canto. Eleonora había deseado desesperadamente tomar lecciones de canto cuando era una adolescente, pero no había dinero para eso. Leota le había sugerido a Eleonora que se uniera al coro de la iglesia, pero su hija pensó que era lo más cruel que alguien le hubiera dicho en la vida.

Otros también notaron lo bien que cantaba Annie. Una mujer afroamericana se dio vuelta y miró a Annie, sonriendo. Complacida, Leota miró a su nieta con orgullo. Annie no se daba cuenta de nada de todo esto porque cantaba con los ojos cerrados.

Ah, Señor, es preciosa, ¿verdad? Y una bendición enorme. Sé que tendría que estar agradecida por este tiempo que estoy pasando con ella. No debería esperar más. Y estoy agradecida, Señor; de verdad. Pero Tú debes saber cuánto duele esto. Dentro de unas pocas horas, volverá a cruzar la bahía y podría pasar mucho tiempo hasta que vuelva a verla. Sé que tendría que disfrutar el momento, gozarlo tal como es. Ayúdame a no pensar en el día de mañana...

Había ocasiones, aunque odiara reconocerlo, en las que se preguntaba si no habría sido mejor que Annie nunca hubiera venido. Es como cuando recuperas la sensibilidad del pie luego de que se te ha quedado dormido. Duele mucho. Ay, Dios mío, la vida duele. Había olvidado cuánto.

Annie y ella volvieron a sentarse. El pastor comenzó su sermón. «Hay una temporada...». Y leyó de la Biblia mientras los pensamientos de Leota se le adelantaban y recordaba la cita bíblica: «Hay una temporada para todo, un tiempo para cada actividad bajo el cielo». Eclesiastés. Escrito por un viejo rey que había desperdiciado sus años en búsquedas banales. El pastor leyó solo una porción del pasaje, antes de comenzar a elaborar su idea de que los cristianos se involucren en la comunidad, haciendo que se escuchen sus voces sobre cómo se dirige el gobierno, siendo activos en lugar de pasivos.

Leota trataba de concentrarse, pero su mente divagaba. Escuchaba algunas palabras y sus pensamientos se alejaban, otra vez al pasado, deambulando por túneles como un conejo que corre por su madriguera. Conocía el libro de Eclesiastés. Conocía muy bien el pasaje. Pero nada de lo que decía el pastor parecía aplicarse a ella. Habría deseado que se ciñera a las Escrituras, en lugar de irse por las ramas con lo que deberían estar haciendo todos para cambiar el mundo. Si algo había aprendido en su larga vida era a no darle tanta importancia a lo que el mundo estaba haciendo y a interesarse más por entenderse con el Señor. Se necesitaba a Dios para cambiar el corazón. Un corazón transformado significaba una vida transformada. Se necesitan muchas personas transformadas para cambiar al mundo.

Pero le parecía poco probable. Por todo lo que había leído en la Biblia en los últimos años, el mundo estaba llegando a su fin. Nada mejoraría. Iba a empeorar mucho más. Y luego, acabaría en llamas.

Ella suponía que este joven pastor estaba hablando del mientras tanto. Él quería que todo el mundo trabajara denodadamente para tratar de cambiar las cosas para mejor mientras el mundo esperaba el regreso de Jesús.

La idea la agotaba.

Ya se le había pasado la edad de involucrarse, de estar activa, de cambiar el mundo. La verdad era que ya no le interesaba. Que viniera el fuego. Estaba más cerca de la hora de su muerte que de cualquier otra cosa. No criticaba al joven pastor por su fervor, por su gran esperanza de ver una comunidad más limpia, más segura, más amorosa. Pero ¿no había leído el Apocalipsis?

—Un tiempo... —volvió a citar. Usaba las palabras como el tañido de una campana. Y, ciertamente, lo era.

La mente de Leota volvió a distraerse. «Un tiempo para sembrar y un tiempo para cosechar...». Ahora, por primera vez en años, los árboles estaban podados. Cuando llegara el verano, habría frutos, una gran abundancia de frutos para guardar en conserva y regalar. ¿Querría Annie aprender a hacerlo? ¿Removería la tierra del jardín de la victoria y sembraría las verduras? ¿Y qué sería de los arbustos en flor y de los perennes? Leota dejó que sus pensamientos se escaparan a los recuerdos en colores: rosados, azules, rojos, morados, amarillos. Ah, el patio que rodeaba la casa era encantador, Señor. ¿No es cierto? Tú lo recuerdas. Leota podía verlo todo nuevamente con los ojos de su mente, como había sido, y como podría ser nuevamente. El jardín lucía su esplendor con los destellos de los colores del arcoíris. Colores alegres y encendidos... más hermosos que los de cualquier vitral.

¿Lo verá Annie como yo, Señor? ¿Sentirá allí Tu presencia como la sentía yo? ¿O será un trabajo aburrido, como lo era para Eleonora?

Las palabras hirientes resurgieron en el eco de la voz enojada de Eleonora y trajeron una oleada de dolor.

«¡Preferías hacer jardinería en lugar de pasar tiempo con tu propia hija!».

«Acompáñame, Eleonora. Ven afuera conmigo y mira las cosas con mis ojos, aunque sea durante una hora...».

«Yo odio la jardinería. No quiero tener manos horribles y llenas de callos como las tuyas, ni tierra debajo de las uñas. Quiero tener las manos como las de la abuelita Helene... Odio estar arrodillada. La abuelita dijo que no puedes obligarme...».

Ay, Dios, ¿por qué Eleonora no podía ver? ¿Por qué no podía sentir el gozo que sentía yo? ¿Por qué odiaba todo lo que yo amaba?

«Un tiempo para derribar y un tiempo para construir...».

La familia de Leota había sido derribada. Destruida. ¿Puedo reconstruir lo que tuve con mis hijos cuando eran pequeños, Señor? ¿Tenemos Eleonora y yo alguna oportunidad todavía? ¿Y qué hay de Jorge? ¡Ojalá pudiera derribar con mis propias manos las murallas que lo rodean! Es tan parecido a Bernard que quisiera sacudirlo hasta quitárselo, pero él no me dejaría acercarme tanto. Ni siquiera sabe cuánto se parece a su padre.

Ay, Dios santo... ¿era eso? Jorge era como Bernard. Padre, ¿por qué se esconde mi hijo? ¿Qué tiene miedo de enfrentar? ¿El fracaso, tal vez?

«Un tiempo para llorar y un tiempo para reír...».

Leota había llorado suficientes lágrimas para toda una vida. Quería volver a reír. Quería dejar de afligirse por las cosas que podrían haber sido...

Quiero danzar antes de morir, Dios. Quiero abrazarme a la vida, como lo hacía antes. ¿Qué pasó con toda esa fortaleza que tenía? Estaba segura de Ti, completamente convencida de que todo resultaría bien. «Dios me cuidará». Siempre me lo decía a mí misma. ¿No es lo que siempre te dicen en la iglesia? Dios hará que todo salga bien. Me he sentido abandonada.

Hubo un revuelo en su interior, como un beso soplado suavemente.

Sí, lo sé. Ahora está Annie. Gracias, Jesús, por Annie. No quiero ser desagradecida. Pero aún anhelo estar con mi hija y con mi hijo, Señor...

Su mente se llenó de imágenes, de fotografías de los tiempos en que Eleonora y Jorge eran pequeños y ella podía abrazarlos, besarlos y amarlos con toda libertad. Había sido mucho tiempo atrás, antes de que se interpusiera la supervivencia. Sus hijos nunca habían entendido por qué ella había tenido que trabajar, y ella no podía explicarlo sin herir a otros. Pensó que con el tiempo...

«Un tiempo...».

Leota cerró los ojos para resistir las lágrimas. Pensé que cuando crecieran, verían con mayor claridad. Que, finalmente, comprenderían los sacrificios. Que harían preguntas... «¿Por qué?» «¿Qué sucedió?» «¿Cómo?».

No había sucedido. Nunca les importó lo suficiente como para preguntar. No hasta el día de hoy. Y todavía no lo saben.

¿Cuándo sabrán la verdad, Señor? ¿Cuándo preguntarán por qué las cosas fueron como fueron? ¿Cuándo verán las cosas desde mi perspectiva? ¿O es Tu voluntad que la verdad muera conmigo? ¿Es eso lo que quieres, Jesús? Seguramente, Dios no quería que las cosas fueran así.

«Yo soy la verdad... La verdad te hará libre».

La verdad dolería. Eleonora estaba obsesionada consigo misma y Jorge le había cerrado completamente las puertas a Leota. ¿Sería posible...? ¿Estaría él haciéndoles lo mismo a su esposa e hijos? ¿Lo mismo que Bernard había hecho tantos años atrás? ¿Era tan inmenso el dolor de Jorge? ¿Tenía el corazón roto?

¿Por qué razón, Padre? Oh, Señor Dios, añoro a mis hijos. Los amo tanto. Quiero que regresen. Sé que pido demasiado. Siempre he pedido demasiado, Señor. Quería tanto para ellos. Quería que recibieran todo lo que Tú tienes para dar. ¿Por qué no quisieron aceptar nada? ¿Fue porque les fue ofrecido con mis manos? ¿Fue eso lo que hice mal, Señor?

Se le cerró la garganta; las lágrimas le hicieron arder los ojos. Les había fallado.

«Un tiempo para buscar y un tiempo para dejar de buscar...».

Leota cerró los ojos. Oh, Señor, mis ovejas están perdidas. ¿Reconocerán Tu voz cuando los llames? ¿Gritarán aliviados y correrán a buscarte? ¿O harán oídos sordos? ¿Escucharán, pero se alejarán asustados? ¿Seguirán dándole manotazos a la mano que se acerca a ellos para rescatarlos?

Ella había hecho toda clase de esfuerzos; sin embargo, no había llegado a nada. Y aquí estaba este pastor eufórico y joven, diciendo: «Hagan... hagan... hagan...». Bueno, ella había hecho todo lo que pudo, y nada bueno resultó de aquello. Nunca tenía tiempo suficiente. Habían pasado los días, las semanas y los años.

Annie la tomó de la mano. Sobresaltada, Leota la miró. Su nieta sonrió con una mirada dulce y preocupada. Leota parpadeó para ahogar las lágrimas y le devolvió la sonrisa, esperando que no se manifestara nada de la angustia que sentía. Los ojos de Annie también se llenaron de lágrimas y tomó la mano de Leota con ambas manos, sosteniéndola tiernamente sobre su regazo.

Leota cerró los ojos otra vez. No hice nada bien, Señor, y sin embargo, aquí estoy sentada, viendo lo que Tú hiciste. Quizás, aún haya esperanza. Si pudiera soltarlo. Si dijera la verdad. Si ellos escucharan...

«Un tiempo para esparcir piedras y un tiempo para juntar piedras...».

Las suaves palabras la llenaron.

Ah, Señor, me aferraré fuerte a mi amor y no lo soltaré. Me desharé de todas las palabras crueles que me lanzaron. Desecharé el enojo, el dolor y la desesperación. No pensaré en las acusaciones falsas, los desprecios, los silencios prolongados ni el rechazo. Voy a pensar en Ti. Pensaré en Annie. Pensaré en los árboles frutales que florecen. Pensaré en las plantas perennes y en las anuales que crecerán aunque no las cuide. Las flores no crecen si no hay lluvia, y ha estado lloviendo, Señor. Oh, había estado lloviendo durante un largo, largo tiempo.

«Un tiempo para rasgar y un tiempo para remendar. Un tiempo para callar y un tiempo para hablar. Un tiempo para amar y un tiempo para odiar. Un tiempo para la guerra y un tiempo para la paz».

Leota apretó los labios. Ella derribaría las murallas y repararía las cercas. No se quedaría callada. Oh, Padre, ya es tiempo, ¿verdad? Es hora de hablar del pasado, de dar a conocer la verdad. He amado mucho y durante mucho tiempo, pero es hora de odiar la maldad que mantiene alejados de mí a mis hijos. Iré a la guerra por Eleonora y por Jorge, les guste o no. La batalla no estará terminada hasta mi último aliento. He esperado y esperado, pero ya no esperaré. Los sacudiré con lo que tengo para decir. Les sacudiré hasta el alma misma. Quizás eso baste para derribar sus altares y destruir sus ídolos y para que de una buena vez y para siempre se vuelvan al Dios viviente que los creó para que sean sus hijos.

—Gloria sea al Padre —cantó de repente la congregación, y las vigas parecieron repicar con el sonido—. Y al Hijo y al Espíritu Santo. Como fue en el principio, que así sea otra vez…

Cuando Leota se puso de pie nuevamente junto al resto de la congregación, no recordaba una sola palabra de las que había dicho el pastor, pero se sintió renovada. No intentó sumarse al canto, sino que dejó que las palabras la empaparan completamente. Señor, purifícame otra vez. Lávame con Tu agua viva y con hisopo. Por Tu sangre quedaré blanca como la nieve. Sana mi corazón herido y restáurame. Y luego, Señor, dame Tu espada.

Cuatro hombres pasaron al frente y se hizo una oración antes de que recogieran los platos de las ofrendas. Una joven de raza negra cantó. Leota reconoció el nombre del himno impreso en el programa, pero lo que la joven cantaba no se parecía mucho a lo que Leota recordaba. La melodía casi había desaparecido entre las escalas sofisticadas que subían y bajaban, los trinos y los gorjeos. Leota supuso que esto era lo que la gente llamaba música soul, pero a ella le daba ganas de gritar: «¡Cántala normal, tal como la compusieron! ¡Cántala normal!».

Annie sonreía. Ella y las demás personas del mismo banco parecían disfrutar la música. Eso era evidente. Leota se dio cuenta de que la joven cantaba el himno con todo su corazón. La joven alcanzó una nota alta y Leota sintió que se le erizaba la piel. Le recordó al día que observó a los niños de al lado enterrar a ese pájaro. Todos cantaron un himno en el mismo estilo. De forma más discreta porque estaban sepultando a un pájaro...

Por todos los cielos, ¿no era la misma mujer? Le resultaba vagamente conocida.

Leota notó que el plato de la ofrenda se acercaba y se sintió sumamente angustiada. Metió la mano hasta el fondo de su cartera, tratando de no pensar cuántos días pasarían antes de que llegara otro cheque del Seguro Social. Lo único que encontró fueron nueve dólares. ¡Nueve dólares! Qué miseria para ofrendarle al Señor del universo, al Creador de todo. Avergonzada, dobló los billetes y los mantuvo en la palma de la mano. Cuando le entregaron el plato, metió los billetes debajo de los sobres blancos de la colecta que ya lo colmaban y lo dejó pasar.

Cantaron la antigua doxología conocida mientras los hombres llevaban los platos al frente y los colocaban sobre el altar. El pastor dijo una última oración, pidiéndole al Señor que empoderara a todos los presentes para salir y hacer algo audaz por Jesús. Cuando descendió del púlpito, todos se pusieron a cantar una última canción conmovedora con una melodía que sonaba judía, acompañada por muchos aplausos. Impactada, Leota se quedó inmóvil y callada. Este despliegue de fervor distaba mucho de la solemnidad de los servicios de antes. Y esas personas no se parecían en absoluto a los feligreses de rostros apacibles que solían llenar estos bancos.

Cuando terminó la canción, todos empezaron a hablar y a moverse. Algunos se aglomeraron en el pasillo central y caminaron hacia la puerta, donde el pastor esperaba para saludarlos; sin embargo, el resto parecía no tener apuro para partir. Se reunieron en pequeños grupos sonriendo, hablando y riendo.

Ciertamente, las cosas habían cambiado.

Leota y Annie no habían dado dos pasos, cuando la joven de raza negra sentada en el banco adelante del suyo se dio vuelta para saludarlas. Su nombre entró por el oído derecho de Leota y salió por el izquierdo.

—Ella es mi abuelita —dijo Annie—, la señora Leota Reinhardt.

—Bien, me da gusto conocerla, señora Reinhardt —dijo la joven—. ¿Anne y usted vienen de fuera de la ciudad?

—No. Yo asistí a esta iglesia durante más de veinte años.

La mujer pareció desconcertada.

—Ahora yo me siento incómoda. Pensé que conocía a todos los que venían aquí.

—Hace algunos años que no asisto. Me cuesta mucho llegar aquí desde donde vivo. Antes, venía en autobús. —Deslizó su mano debajo de la de Annie porque necesitaba sostenerse. Tantas personas apiñadas a su alrededor la ponían nerviosa. Se movió con rigidez. No quería que la empujaran ni caer de bruces y hacer el ridículo. Annie posó su mano sobre la de Leota.

—¿Dónde vive, señora Reinhardt?

—En el distrito Dimond.

—Conozco la zona. ¿En qué calle?

Annie se lo dijo.

—¡Vaya, no me diga! Arba Wilson vive en la misma calle. Tiene que conocerla.

—Ya no conozco a nadie de mi calle. —Leota deseó poder irse para no seguir pasando vergüenza. Arba Wilson. Bien, por fin podía ponerle un nombre al rostro de su vecina de al lado.

Annie la miró, perpleja. Su nieta debió percibir la incomodidad que transmitía, porque

empezó a moverse. Además, era obvio que la dama que las había saludado no sabía qué decir. Annie extendió su mano, estrechó la de la dama y dijo que estaban encantadas de conocerla, pero que tenían que irse.

Otras personas las saludaron mientras avanzaban hacia la puerta. El pastor estrechó la mano de Leota, en tanto que Annie los presentaba rápidamente. El apretón fue suficientemente fuerte como para que Leota hiciera un gesto de dolor.

—Espero que haya puesto una tarjeta de visitante en el plato de las ofrendas —dijo.

—No, no lo hice. —La había notado al sentarse, pero no había pensado en completarla.

—Ah, bueno, espero que haya disfrutado el servicio, señora Reinhardt.

—Fue distinto a lo que estaba acostumbrada. —De hecho, todo había sido diferente. Y alentador.

—Sin embargo te gustó, ¿verdad, abuelita? —dijo Annie, sonriendo.

—No dije que no —les dijo Leota a ambos.

—Bien, eso es bueno —dijo el pastor.

—Creí que esa joven iba a hacer volar el techo con sus notas altas.

El pastor sonrió con una mirada resplandeciente esta vez.

—Verdaderamente, canta en el Espíritu, señora.

—Se ve mucho mejor cuando hace eso —dijo ella sin pensar.

—¿Cuando hago qué cosa, señora?

—Sonreír.

—¡Abuelita! —dijo Annie, riendo—. Creo que mejor nos vamos.

El pastor se rio.

—Pero asegúrese de traerla otra vez, señorita Gardner. —Se volteó para saludar a otra persona detrás de ellas.

Annie se rio entre dientes todo el camino hasta llegar al carro.

—¿Qué? —dijo Leota, vagamente molesta.

—De verdad, ¡me sorprendes! —se rio Annie mientras la acomodaba en el asiento delantero y le abrochaba el cinturón de seguridad. La besó en la mejilla y cerró la puerta, asegurándose de que hubiera quedado bien trabada.



Cuando Annie condujo colina arriba, vio estacionado un carro negro conocido en la entrada de carros de Leota. ¿Qué estaba haciendo Corban Solsek aquí un domingo? Él bajó los escalones del frente y esperó en la acera, mientas Annie aparcaba frente a la casa.

—Hola, Corban —dijo Annie mientras salía del carro y lo rodeaba para ayudar a su abuela.

Leota manipuló torpemente el cinturón de seguridad, tratando de encontrar por sí misma el botón para destrabarlo, sin tener suerte.

—Yo lo hago, abuelita —dijo Annie agachándose dentro del carro, sobre ella. El cinturón se soltó y Annie lo retiró con cuidado de alrededor de ella, dejando que se replegara.

—De regreso para trabajar un poco más en el jardín, ¿cierto? —le dijo Leota a Corban mientras Annie la ayudaba a salir del carro. Por la expresión que puso él, ella supo que pensaba que hablaba en serio.

Annie se rio en voz baja.

—Sé buena, abuelita —dijo, susurrando—. Si hoy le das un descanso, quizás logremos que regrese para ayudar el próximo fin de semana.

Leota soltó una risita. He aquí una niña con las mismas ideas que ella.

—Solo vengo por unos minutos —dijo Corban.

Así que planteaba sus excusas antes de declarar sus propósitos.

—Bueno, entonces, hola y adiós. —Con la mano firme sobre el brazo de Annie, Leota pasó junto a él, quien tuvo que pararse sobre el césped para salir de su camino.

—Creo que abusé de su hospitalidad —dijo él con ironía—. Annie, ¿podrías darme tu número de teléfono?

Leota se detuvo y lo miró nuevamente.

—¿Para qué? Pensé que ya tenía una novia. —Nunca antes había visto que un rostro enrojeciera tan rápido.

—Así es, y no estoy pidiéndole el teléfono a Annie para invitarla a salir.

—Y entonces, ¿por qué quiere su número?

—Porque pensé que si algo le sucede a usted, sería bueno tener el número telefónico de un pariente cercano.

Ella lo miró a los ojos y lo vio cambiar de posición, incómodo. A estas alturas, él ya debía saber que no le convenía mentirle ni pensar que lo dejaría salirse con la suya.

—¿Planea hacerme caer en los escalones del frente pronto?

Sus ojos relampaguearon y el rubor se esfumó.

—Cualquier día de estos.

Ella se rio.

—Bueno, entonces, venga con nosotras. Si tiene más de un minuto, puede entrar. Estoy cansada y tengo que ir al baño.



—Ella es distinta cuando estás aquí, Annie. Más abierta —dijo Corban mientras la anciana no podía escucharlo. Le explicó rápidamente su proyecto—. Me enteré de más cosas de tu abuela ayer, de lo que pude enterarme en varias semanas.

—¿Sabe que estás haciendo este informe?

—Lo sabe. No se lo dije desde el principio. Un gran error.

—Puedo entender eso, ¿tú no? Habrá pensado que viniste con pretextos falsos.

Él pensó que era un comentario duro, pero lo reconoció.

—Supongo que sí.

—Debe haberte perdonado.

—Me alegro de que lo pienses.

Annie lo miró y le sonrió.

—Le caes bien.

—Sí, claro. Tanto como a la peste negra.

Annie se rio.

—No hace mucho que conozco a mi abuelita, Corban, pero sí sé que dice lo que piensa. Si no quisiera que estuvieras aquí, te diría que te fueras.

—Tal vez, solamente esté siendo educada.

Annie se rio entre dientes.

—Es sincera. Esta mañana estuvimos en la iglesia, y dejó sorprendido a más de uno.

—¿No le gustó?

—Creo que le encantó, pero el servicio no fue lo que esperaba.

—No sabía que fuera religiosa. —Tomó nota mentalmente—. ¿De qué denominación es?

Annie suspiró.

—¿Puedo hacerte una sugerencia?

—Claro. Dime.

—Que te olvides de entrevistar a mi abuelita y la conozcas como persona.

—Es lo que estoy tratando de hacer, Anne.

—¿En serio? ¿De verdad? —Había algo en sus ojos que le recordaba fuertemente a Leota Reinhardt. Veía más allá de todo lo que le había dicho, buscando algo más profundo. ¿Sabía cuál era su motivación? A veces se preguntaba si se conocía a sí mismo. Sin embargo, a diferencia de la anciana, la expresión de Anne no tenía el menor indicio de falta de amabilidad.

—Intento hacer el bien con lo que aprendo de ella. —Quería que Anne entendiera. Los ojos azul claro de ella le sostuvieron la mirada con una expresión firme e inflexible, y su conciencia se retorció. Era como si Anne Gardner le hubiera dicho: «Por favor, no la uses».

—De acuerdo. —Asintió él—. No tomaré apuntes, mentales ni de ningún tipo. —Tal vez si Anne sabía lo que implicaban sus ideas, sería más comprensiva con su causa y le brindaría alguna ayuda—. Me gustaría llevarte a tomar un café y explicarte...

—Podemos tomar café aquí mismo —dijo Leota desde la puerta—. Sería bueno que pusiera todas las cartas sobre la mesa y dejara que Annie las analice. Veamos qué opina ella de los proyectos gubernamentales que usted quiere ver prosperar para nosotros, los pobres viejos.

Corban aceptó el desafío. La señora Reinhardt lo había hecho pensar un poco mejor las cosas, y ahora tenía ideas más concretas sobre qué clase de actividades recreativas podría haber disponibles para la residencia de adultos mayores. Tal vez las correcciones fueran más de su agrado.

Anne se quedó escuchando sin hacer comentarios.

La señora Reinhardt calentó agua y mezcló el capuchino para su nieta; después, preparó una cafetera con café negro para él. La anciana no dijo nada durante la media hora en que Corban habló, aunque él esperaba que interviniera y diera a conocer sus objeciones. Ella sirvió café para ambos y se sentó en la silla más cerca de las ventanas mirando hacia el jardín mientras él hablaba.

Cuando Corban finalizó, esperó la aprobación de Anne, sabiendo que eso sería importante para su abuela.

—Pareciera que tienes intenciones muy loables —dijo ella.

Él se quedó esperando, pero ella se limitó a mirarlo con el ceño fruncido por la perplejidad. Observó a su abuela y luego volvió a mirar a Corban.

La plácida neutralidad de la joven lo fastidiaba.

—¿Qué tiene de malo el plan?

—No lo sé. —Ella negó con la cabeza—. Pero hay algo en esto que me preocupa.

—Explica lo que quieres decir.

—No puedo explicarlo. Es... —Se encogió de hombros.

—¿Es qué?

—Instintivo. —Ella suspiró—. Lo siento, Corban.

La anciana giró en su lugar junto a la ventana y palmeó la mano de su nieta. Cuando la señora Reinhardt miró a Corban, él vio lágrimas en sus ojos. Ella le sonrió con la sonrisa más tierna del mundo, una como nunca antes había visto en toda su vida.

—¿Qué les parece si preparo almuerzo para todos? —Apoyó las palmas de las manos sobre la mesa y se levantó.

—Ay, abuelita, yo lo haré.

—Sacaré los ingredientes.

El timbre de la puerta sonó mientras la señora Reinhardt caminaba hacia los gabinetes.

—Mira a ver quién es, tesoro, por favor. —Corban nunca la había escuchado usar ese tono de voz anteriormente. «Tesoro». Dulce, cariñosa, un afecto que derretía.

Anne salió de la cocina. Un momento después, Corban pudo escuchar las voces y las risas provenientes de la sala. Tenemos compañía, pensó molesto. Y así se acabó su tarde a solas con la señora Reinhardt y su nieta. Ya no podría acceder a los motivos por los que no les gustaban sus ideas. El día iba a ser un total desperdicio.

Anne regresó a la cocina seguida por una chica de aspecto punk y un hombre varios años mayor que Corban.

—Abuelita —dijo Annie—, ella es Susan Carter, mi mejor amiga y compañera de departamento…

¿Compañera de departamento? Corban le echó un vistazo a la muchacha, quien lo miraba con una ceja levantada y una media sonrisa dibujada en su boca. Anne hacía una curiosa pareja con esta chica moderna, con aretes colgantes, el cabello teñido de negro, jeans ajustados, camiseta negra de licra y mirada provocativa.

—... y su hermano, Sam. Él estudia en la Universidad Estatal de San José. Criminología. —Sam tenía el mismo cabello y ojos oscuros de su hermana. Se parecía al otro medio millón de estudiantes universitarios que Corban veía a diario: pantalones Levi’s, chaqueta deportiva

marrón, camiseta blanca, zapatos náuticos sin medias. Sonriente, Sam extendió la mano para saludar a la anciana. Cuando la señora Reinhardt apoyó su mano en la de él, Sam la levantó con un gesto ceremonioso y la besó como un conde europeo. Corban hizo una mueca en su interior.

—Este es un pillo. —¡La vieja parecía realmente complacida!

Susan se rio.

—Ya te tiene fichado, Sam.

Corban se paró mientras Anne lo presentaba a los hermanos.

—Corban es un amigo de mi abuelita.

Corban dio un paso adelante para darles la mano.

—Un gusto conocerlos a ambos.

Sam le dirigió una mirada fría y calculadora cuando le estrechó la mano. Su apretón fue un poco más fuerte de lo necesario. Corban sonrió apenas. Podía suponer a quién quería impresionar este payaso, y con seguridad no era a la señora Reinhardt.

—Corban estudia en Berkeley —dijo la señora Reinhardt—. Viene de visita una vez por semana y camina conmigo al supermercado. —Le dirigió una mirada pícara—. Y tiene algunas ideas brillantes sobre cómo manejar a los adultos mayores.

—Estábamos a punto de preparar algo para almorzar —dijo Anne rápidamente.

—Qué bien. Llegamos en el momento oportuno —dijo Sam.

Afligida, el rostro de la señora Reinhardt se llenó de angustia.

—No sé si...

Susan sonrió de oreja a oreja.

—No tiene de qué preocuparse, señora Reinhardt. No vinimos a gorronear. De camino, paramos en el restaurante de comidas para llevar. Sam compró suficiente para alimentar a un ejército. Emparedados, ensalada de papas, ensalada de repollo, pepinillos encurtidos, papas fritas y pastel de zanahoria.

—Ah, bueno; en ese caso, sean bienvenidos —dijo la señora Reinhardt y todos rieron.

Todos menos Corban.

—Desearía poder quedarme —dijo él con ironía. Miró a Sam y a Susan—. Mi novia y yo tenemos planes para esta tarde. —Vio que el destello malicioso desapareció de los ojos de Sam Carter.

Susan suspiró con dramatismo y entornó los ojos hacia arriba.

—Bien, ¡santo cielo!, eso sí que fue directo. —Levantó las manos y retrocedió como si ese anuncio acabara de convertirlo en un paria—. No tienes que preocuparte.

Él dejó escapar una risa sin humor y le tendió la mano a la señora Reinhardt. Cuando colocó la suya sobre la de él, no la besó. Apoyó la otra mano sobre la de ella.

—La veré el miércoles, señora Reinhardt. Gracias por el café. —La soltó y miró a Anne—. ¿Puedo hablar contigo un minuto a solas?

Lo siguió a la sala, donde él habló en voz baja para que los demás no pudieran escuchar.

—Cuídate de ese tipo.

—Sam es inofensivo.

—Sí, claro. ¿Crees que pasarás los fines de semana con tu abuela?

—Eso dependerá de mis turnos de trabajo.

—¿Dónde trabajas?

Se lo dijo.

—Vendré a visitarla cada vez que pueda.

—¿Te molestaría darme tu número de teléfono?

—Para nada. —Miró alrededor y vio una libreta junto al sillón de su abuela, después, escribió su número en un trozo de papel. Lo arrancó y se lo dio—. Espero que no tengas que usarlo.

Corban sintió el calor que subió a su rostro. Se sintió como si acabara de darle una cachetada.

Ella frunció el ceño, extrañada, y lo miró a los ojos.

—Espero poder llegar a conocer a Arba Wilson.

—¿A quién?

—A la señora que vive al lado. Esta mañana la vimos en la iglesia. Es muy amable de tu parte que quieras cuidar a la abuelita Leota, Corban, pero realmente sería mejor si ella conociera mejor a sus vecinos. Además, tú vienes solamente los miércoles. Si algo le sucediera...

Entonces había creído en su razón para querer su número de teléfono.

—Creo que tienes razón.

Cuando él se dio vuelta, ella apoyó una mano en su brazo.

—Aprecio lo que has hecho por mi abuelita, Corban. Estaba sola hasta que tú viniste a ayudarla.

Él escuchó risas en la cocina.

—Ya no está sola. —La casa estaba demasiado llena para que se sintiera cómodo.

—Creo que hay lugar para uno más. O incluso dos, si quisieras traer a tu novia alguna vez.

Él torció la boca. Esa sí que era una idea.

—Tal vez.



—Es atractivo —dijo Susan cuando Annie volvió a la cocina.

Annie se rio.

—No me sorprende que lo hayas notado, Susi.

—Y tiene novia —dijo Sam intencionadamente—. Lo dejó bien claro.

—¿Y qué? —dijo Susan—. Los hombres también cambian de parecer, ¿sabes? ¿Cuántas novias has tenido y abandonado?

Los ojos de Sam se oscurecieron.

—Abandonar no es la palabra que yo usaría.

—¿Descartaste? ¿Las dejaste fantaseando con el sol, la luna y las estrellas?

Annie se dio cuenta de que Sam no estaba disfrutando las bromas de Susan.

—Es una tarde preciosa. ¿Por qué no hacemos un picnic en el jardín? ¿Te parece bien, abuelita?

—Me parece una idea espléndida. Afuera hay más lugar para pelear. —El comentario mordaz les arrancó una carcajada sorprendida a los hermanos Carter—. En el ropero del cuarto de huéspedes encontrarás una manta del ejército, tesoro.

Sam llevó una de las viejas sillas metálicas hasta el césped para Leota.

—¿Dónde quiere sentarse, señora?

—Aquí mismo está bien.

Annie pensó que su abuelita se veía preciosa sentada a la luz del sol, con ese maltrecho sombrero de paja puesto. Hizo ondear la manta del ejército al abrirla y la extendió sobre la hierba. Sam la agarró del otro lado y la emparejó para que ella se sentara mientras Susi sacaba los emparedados envueltos en plástico adherente y los recipientes plásticos del restaurante. Incluso habían previsto traer un paquete con platos de cartón y sobrecitos que contenían una servilleta, un tenedor, una cuchara y un cuchillo de plástico, sal, pimienta y una toallita húmeda.

Sam sorprendió a Annie y dijo una bendición. Cuando alzó la cabeza, lo miró a los ojos, esperando que no lo hubiera hecho para causarle una buena impresión a ella. Susi se estiró para tomar un plato.

—¿Qué le gustaría, señora Reinhardt?

—Un poquito de todo, excepto el emparedado. Esos bollos grandes son demasiado duros para mí.

—Mi abuela tampoco puede comerlos así —dijo Susi, sonriendo—. Dice que le preocupa que se le salga la dentadura.

—Es algo que pasa.

—No tiene que preocuparse. —Susi abrió el emparedado, pinchó los ingredientes con el tenedor y los sirvió en un plato. Cortó el bollo en trozos fáciles de comer—. Ahí tiene, señora Reinhardt. No hay como el sabor de la masa madre de San Francisco. —Le pasó el plato a Annie.

Annie agregó las ensaladas, los aderezos y las papas fritas y se lo dio a su abuela. La mano de Sam rozó la suya cuando la estiró para servirse un emparedado.

—Disculpa —murmuró ella retirando la mano.

—No fue nada. —Sam le alcanzó el emparedado, mirándola con ojos seductores.

—Sam dijo que no llegó a ninguna parte contigo el viernes en la noche —dijo Susi con sus ojos oscuros pendientes de ellos, mirándolos por encima de una lata abierta de refresco—. Así que pensó en volver a darse una oportunidad hoy.

Annie se ruborizó.

—No tenías que llegar a tales extremos, Sam.

—¿Quieres decir que lo único que tenía que hacer era pedírtelo y saldrías conmigo? —Su boca se ladeó.

Annie podía sentir que su abuela los observaba.

—No, no dije eso.

Sam miró tristemente a su hermana.

—Ella no confía en mí.

—Probablemente porque ha oído de tus travesuras desde que estábamos en la escuela primaria.

Sam miró a Annie.

—Las personas cambian.

Ella se dio cuenta de que era sincero.

—Yo sé que sí. —Ella no dudaba que su vida era muy distinta a la de sus días tormentosos, pero eso no la hacía cambiar de parecer en cuanto a involucrarse con él. No quería involucrarse con nadie en este momento. No se conocía lo suficiente a sí misma como para avanzar a alguna clase de relación. Estaba vulnerable. Sería demasiado fácil cometer un error grave.

—Soy adorable, ¿verdad? —Cierto indicio de travesura volvió a insinuarse en sus ojos.

—Sí, eres adorable.

—Demasiado adorable —dijo su abuela haciendo reír a los hermanos.

Cuando Sam volvió a mirar a Annie, ella agachó la cabeza. Era atractivo de una manera inquietante, especialmente cuando su atención estaba centrada en ella. Annie tenía cosas que resolver, cosas en las que debía pensar a fondo. Si la vida de Sam pudo cambiar tanto, quizás otras vidas también podían hacerlo. Empezando por la suya.

Sam se inclinó hacia ella para tomar un emparedado.

—Relájate, Annie. No soy tan malo como piensas.

—Este jardín debe haber sido hermoso —dijo Susi, mirando alrededor.

—Linda manera de decirlo —dijo Sam entre dientes.

Susi hizo una mueca.

—Disculpe. No quise decirlo de esa manera, señora Reinhardt.

—No pidas disculpas. Tienes toda la razón. Qué lástima que no vinieran ayer.

—¿Por qué? —dijo Sam.

—Los habríamos hecho trabajar a los dos. Hasta ahora, Annie recortó los arbustos del frente, cortó el césped y podó los árboles frutales.

—Corban ayudó un montón —dijo Annie y le dio un mordisco a su emparedado.

—Sí, lo hizo, pero ahora se fue, y hay mucho más para hacer. Creo que este joven caballero está tan deseoso de enamorarte que podríamos reclutarlo para que ayude.

Annie se tragó el pedazo de emparedado.

—¡Abuelita! —Su rostro se encendió.

Sam se rio.

—Considéreme reclutado, su señoría.

—Muy bien, joven. Ya veremos si tiene algo más que carisma y buena pinta. Coma su emparedado. Necesitará estar fuerte. Tan pronto como termine, Annie le mostrará dónde encontrar las herramientas. Y luego, yo le diré qué hacer y dónde hacerlo.

CAPÍTULO 11

NORA ESTABA SENTADA ESPERANDO en la oficina del pastor Burnie. Se dio cuenta de que debería haber llamado antes de venir. Tal vez, si lo hubiera hecho, no la habrían dejado sentada donde cualquiera pudiera verla y hacerse preguntas de qué hacía ella aquí. Había olvidado que ese día había un estudio bíblico. Las mujeres daban vueltas por el salón, esperando que comenzara su clase. También había olvidado que el pastor Burnie enseñaba esa clase.

Si no hubiera estado tan alterada, se habría detenido a pensar qué diría la gente de que viniera a pedir consejos a la iglesia. Ahora se sentía expuesta, humillada y enojada. No había privacidad en esta iglesia enorme. Todos sabían todo de los demás. Quizás los católicos habían tenido la idea adecuada acerca de entrar en un confesionario. Al menos, allí, las personas tenían privacidad. ¿Por qué, cuando vio todos los carros en el estacionamiento, no se dio cuenta de que esa mañana había un estudio bíblico para mujeres? Al menos seis mujeres la habían visto entrar. Nora reconoció a dos que, probablemente, ahora mismo estarían hablando de ella. Había almorzado con ellas. Sabía cómo eran. ¡Cómo disfrutaban de enterarse y hablar de los asuntos de todos!

Descruzando las piernas, Nora unió sus tobillos y entrelazó las manos sobre su falda. Las palmas de sus manos transpiraban. El corazón le latía con fuerza. Estaba temblando. ¡No se encontraría en esta situación miserable si su psicólogo, el doctor Leeds, hubiera estado dispuesto a hablar con ella durante más de un minuto! Quedó completamente deshecha cuando la secretaria del doctor le dijo que tenía los turnos llenos en las dos semanas siguientes. ¡Dos semanas! Ella le dijo a la mujer que necesitaba hablar inmediatamente con él, pero la secretaria contestó que el doctor estaba con un paciente y que le había dicho que no quería ser molestado. La voz condescendiente con la que le habló hizo que Nora quisiera gritar. En lugar de eso, sencillamente le dijo a la secretaria que no toleraría ser postergada. Le insistió a la secretaria del doctor Leeds que la comunicara inmediatamente; era una emergencia.

Poco después de eso, él se puso en la línea, como ella sabía que sucedería. Ya había tenido que insistir en otra ocasión. Sin embargo, esta vez a él no pareció importarle que ella estuviera pasando por una crisis. Por su tono, se dio cuenta de que estaba enojado con ella. Cuando trató de explicar la situación, él dijo que estaba en territorio conocido y que le devolvería la llamada en un momento que fuera conveniente para él. Ella dijo que no podía esperar, ¡y él le dijo que tomara un Valium! Le dijo que quería que estuviera tranquila cuando hablara con ella. Nora le dijo que se calmaría si pudiera hablar con él en ese momento, pero él dijo:

—Hablaré contigo después, Nora. —Y colgó.

Después de los miles de dólares que le había pagado al doctor Leeds durante los últimos tres años, ¿era eso lo único que tenía que decir? ¿Toma un Valium y espera? Si le hubiera dedicado cinco minutos de su precioso tiempo, no estaría sentada en la oficina de la iglesia, delante de Dios y de todos los demás, esperando que el pastor Burnie se desocupara para hablar con ella. ¡Todo esto era culpa de Annie! Si hubiera ido a la universidad, donde debía estar ahora, no habría razón alguna para preocuparse.

Nora temblaba de agitación. Ver a su madre siempre la alteraba. Eso era lo que estaba mal. Apenas unos minutos en compañía de Leota Reinhardt bastaban para arruinar un mes de sesiones

con el doctor Leeds. Nora nunca recordó la respiración y los ejercicios de meditación que el doctor le había enseñado, hasta que salió de la casa de su madre. El doctor Leeds le había dicho que fuera sincera con su madre. ¿Y que le dijera qué? ¿Cuánto la despreciaba por haber abandonado a sus hijos; cómo no soportaba regresar a esa casa; cuán deprimidos habían estado sus hijos? Todo eso se lo había dicho cientos de veces. Su madre lo sabía, aunque no le importara.

Nora levantó una mano y se apretó las sienes palpitantes con sus dedos temblorosos. Nunca fallaba. Lo único que tenía que hacer era pensar en su madre, y su cabeza empezaba a latir fuertemente.

¿Por qué se demoraba tanto el pastor Burnie?

Nora volvió a cruzar las piernas. Se puso a pensar en Fred y en cómo se había enojado porque no había aparecido en la cena con sus clientes. Ella trató de pedirle disculpas, pero él ni siquiera quiso mirarla. Despreció el omelet que ella le había preparado.

—¿Cuándo me has visto comer desayuno, Nora?

Nunca antes había sido descortés, y eso la dejó pasmada. Luego, miró sus ojos... los vio más oscuros que nunca. Le sirvió un poco de café, pero tampoco quiso tocarlo. Fue como si cualquier cosa que ella le ofrecía estuviera podrida y fuera intocable. Nada de lo que hacía era suficientemente bueno.

Era como vivir con la abuelita Helene. Nunca nada era suficientemente bueno...

Nora no quería pensar en el pasado. No deseaba hablar de eso. Quería resolver cómo lograr que Annie volviera a casa y cómo hacer que Fred la perdonara.

Las palabras de Fred volvieron a sonar en sus oídos: «Siempre lo lamentas, Nora, pero nunca cambia nada. Por una vez, me gustaría ver que pienses en alguien más que en ti misma. Desearía ver algún esfuerzo...». Había empezado a decir algo más, pero ella estaba tan desconsolada que huyó a la sala y se lanzó sobre la mecedora giratoria. Pensó que la seguiría y le pediría perdón por alterarla. Era lo que él solía hacer. Pero la noche anterior, Fred subió las escaleras y cerró la puerta del dormitorio. Cuando ella subió y le preguntó si le importaban sus sentimientos, lo único que él dijo fue:

—Me voy a la cama. Estoy cansado.

¿Cansado? ¿De qué?

¿De ella?

Nadie la comprendía. A nadie le interesaba.

Conteniendo las lágrimas, Nora echó un vistazo a la oficina del pastor Burnie. Tres de las paredes estaban cubiertas de estanterías cargadas de libros cuyos ejemplares estaban prolijamente organizados por categorías: familia, estudios bíblicos, comentarios, devocionales, oración, biografías. Dos estantes completos detrás del escritorio del pastor Burnie contenían varias versiones y ediciones de la Biblia: Reina-Valera, la Nueva Versión Internacional, la paráfrasis The Living Bible, la Nueva Biblia de las Américas, la Phillips, la Nueva Traducción Viviente, La Biblia de Jerusalén, varias ediciones de Manantial. Nora frunció el ceño. ¿Cuántas biblias necesita un hombre? Desde luego, el hombre era un pastor... quizás las coleccionaba. Una Biblia era suficiente para la gente normal. Más que suficiente. Ella había intentado leerla una vez, al fin y al cabo, se suponía que era literatura clásica, pero le resultó aburrida.

¿Qué hacía demorar tanto al pastor Burnie? Nora se puso de pie y empezó a caminar de un lado a otro. La pared que había detrás del sofá donde se había sentado tenía fotografías familiares. El rostro beatífico de Sally Burnie le disgustaba, así como los rostros risueños del hijo

y la hija de Burnie. Por todas partes había recuerdos de los viajes del pastor Burnie y su familia a Israel, África, Grecia, a una reserva india en Nuevo México, a un orfanato en Honduras. Estaban ahí, en cada imagen, sonrientes, siempre sonriendo.

¿Cómo hacían para ser tan felices? Sabía que su vida no siempre había sido fácil. Sally tenía esclerosis múltiple. El sueldo del pastor Burnie era una fracción de lo que ganaba Fred y, sin embargo, se las arreglaban. El hijo de los Burnie tenía dificultades de aprendizaje y, aunque su hija era bastante inteligente, Nora estudió los rasgos de la niña en las fotografías de la pared, bueno, iba a necesitar de todo su cerebro. Nora no lo entendía. ¿Cómo podían los Burnie ser todos tan felices cuando tantas cosas estaban claramente mal?

¿Por qué yo no puedo ser feliz? ¿Qué hice para merecer la desdicha con la que vivo todos los días?

Oyó al pastor Burnie en la oficina externa. Ya era hora. Él entró a su oficina.

—Hola, Nora. —Cerró la puerta suavemente detrás de sí—. Disculpa la tardanza. Una de las diaconisas tenía que encargarse de la clase de esta mañana. Tuve que hacerle rápidamente un resumen de lo que iba a cubrir. Ahora, ¿cómo puedo ayudarte?

Ella rompió en llanto. No quería caer en eso, pero ¿qué podía hacer cuando era tan infeliz? El doctor Leeds a veces la rodeaba con sus brazos y la dejaba desahogarse.

—¿Le sucedió algo a Fred? —El tono del pastor Burnie era de preocupación, aunque mantuvo la distancia.

Nora apretó las manos sobre su regazo.

—Fred está bien. Todo normal. Annie se fue de la casa. ¿Ya se enteró? Su padre gastó una ridícula suma de dinero en un carro para obsequiárselo, y ella se metió en el carro y se fue sin siquiera mirar atrás. Para colmo, está viviendo con una chica bohemia en San Francisco. Estoy muy decepcionada. Pensé que mi hija tenía algo de consciencia.

—Está viviendo con Susan Carter —dijo él en voz baja—. La conozco. Y a su familia, también. Susan tiene los pies sobre la tierra.

Nora lo miró.

—Su hermano Sam también los tenía. ¿Lo recuerda? No le ha traído más que dolor a su familia. ¿Sabía que estuvo preso durante un tiempo?

La expresión del pastor Burnie hizo que el rostro de Nora se encendiera. ¡Ella no estaba chismeando! Era la verdad sobre Sam Carter. ¿Cómo podía mirarla el pastor como si estuviera siendo indiscreta con algo que él no deseaba escuchar? Él rodeó su escritorio y tomó asiento. Nora sintió como si una pared se hubiera interpuesto entre ambos. Ella estaba de un lado; él, del otro. Nunca se había sentido más incómoda y confundida en su vida. No podía mirarlo a los ojos.

¿Qué había hecho ella para sentirse tan avergonzada? Se secó delicadamente la nariz con su pañuelo de encaje. Quizás el pastor Burnie no veía el cuadro completo. Cuando lo hiciera, sería más compasivo.

—Anne tenía una beca para ir a Wellesley. Tantos años de esfuerzos y trabajo, y ella los desperdició.

—La universidad no es para todos.

—Ciertamente lo es para Anne-Lynn.

—Pareces muy segura de eso.

Su tono neutro la irritó.

—¡Por supuesto que estoy segura! Es lo que siempre quiso. Es por lo que trabajamos tanto. Siempre tuvo notas espectaculares. Y cuando no las lograba, yo me encargaba de que tuviera un profesor particular. Ha sido miembro de los mejores clubes. ¿Qué chica no desearía tener la oportunidad de ir a una universidad prestigiosa como Wellesley? Cualquier jovencita con dos gramos de sentido común aprovecharía la oportunidad. Anne-Lynn dijo que iría.

—¿Crees que Annie pudo haberlo dicho para complacerte, Nora?

¿Adónde quería llegar?

—Si quisiera complacerme, no estaría tomando cursos de arte en San Francisco. Eso, definitivamente, no me complace. ¿De qué le servirá? Además, no tiene ningún talento. —Las palabras salieron antes de que tuviera tiempo de pensar cómo sonarían. Vio el pestañeo en los ojos del pastor. Su rostro se encendió una vez más—. No quise decirlo así. Es que estoy molesta. Eso es todo. A veces, las cosas me salen de mala manera cuando estoy molesta.

Se secó los ojos y se sonó la nariz con delicadeza.

—Supongo que alguien dirá que Anne puede dibujar un poco, pero uno no se gana la vida haciendo eso. Está exponiéndose a ser rechazada. No quiero que salga lastimada. Quiero verla triunfar.

El pastor Burnie posó una mano sobre la otra sobre el escritorio y cerró los ojos. ¿Estaba orando? Nora carraspeó nerviosamente. Él levantó la cabeza un poco y la miró.

—Nora, todas las respuestas a tus problemas se basan en una relación nueva con Dios.

¿Qué se suponía que quería decir con eso?

—Yo conozco a Dios.

—¿En verdad?

—¡Por supuesto que sí! Hace cinco años que vengo a esta iglesia. ¿Tiene idea de cuánto dinero hemos ofrendado Fred y yo? Y he participado en todos los comités más importantes.

—Las personas vienen a la iglesia por todo tipo de razones. Sería útil si pudieras decirme qué crees tú.

—¿Qué creo sobre qué?

—Sobre Jesucristo.

—Esto es ridículo. —Nora se quedó helada frente a las insinuaciones—. Usted sabe qué creo. Creo en lo mismo que cualquier persona que viene aquí. —Estaba completamente perdida en cuanto a qué más podía decir. Sin embargo, el pastor Burnie seguía callado, esperando. ¿Acaso no había dicho ella lo suficiente? ¿Era una pregunta capciosa? Furiosa, le lanzó una mirada fulminante. No era una niña de escuela dominical para que él la pusiera a prueba haciéndola recitar el Credo de los Apóstoles o los diez mandamientos. ¡Era una adulta, por el amor del cielo! —. No sé qué quiere que diga.

—No estoy pidiéndote que recites nada, Nora. —Su sonrisa parecía casi tierna—. Lo que sí necesito es tener alguna idea de tu posición con el Señor.

Ella se rio con amargura.

—Teniendo en cuenta cómo me va en la vida, diría que no cuento con Dios para nada. Últimamente, no me ha mostrado su favor en nada. Haga lo que haga, nunca es suficiente para cambiar nada. —Se levantó y caminó hasta la ventana que miraba hacia la calle.

—¿Qué te hizo venir aquí?

—La desesperación. —¿Por qué no decirle la verdad? Quizás no sería tan santurrón si supiera que era su última opción—. Mi terapeuta no tenía tiempo para atenderme hoy, y yo necesitaba ayuda. Es por eso que recurrí a usted. No quiero sonar ofensiva, pero es la verdad. —¿Por qué

debía disculparse al respecto, especialmente luego de que la había dejado esperando durante veinte minutos?

—¿Puedes decirme cuál es tu problema?

Ella se dio vuelta y vio compasión en sus ojos. Al fin, una persona dispuesta a escuchar, alguien dispuesto a ayudarla a resolver algo. El doctor Leeds no había sido capaz de hacerlo. Quizás el pastor Burnie podría hacerlo.

—Son tantos... empezando por mi propia niñez horrible.

—¿Fuiste maltratada?

—No me golpearon ni fui abusada sexualmente, si eso es lo que quiere decir, pero sin duda alguna fui desatendida. —Le dio la espalda y miró hacia afuera por la ventana—. Mi madre se iba temprano todas las mañanas y llegaba a casa prácticamente a la hora en que mi abuelita y yo estábamos haciendo la cena. Entonces, se iba al jardín. Mi madre nunca se interesó en mí ni en mi hermano, ¿sabe? Nos entregó a mi abuelita y salió a vivir su propia vida como le dio la gana.

Lo miró nuevamente de frente.

—Anne-Lynn se parece a ella. Peor aún: ahora pasa los fines de semana con mi madre, quien, indudablemente, le envenena la mente con mentiras. Lo sé porque Anne-Lynn apenas me devuelve las llamadas. —Su corazón se angustió.

—¿Es por eso que has venido hoy?

—No. En parte, sí. Es su culpa... —Negó moviendo la cabeza y tragó convulsivamente. El pastor Burnie parecía completamente confundido—. Es culpa de mi madre —dijo ella, esperando que con eso le quedara en claro—. Fred está enojado conmigo por cierta función comercial insignificante que se me pasó por alto. Fui a hablar con mi madre sobre Anne-Lynn y, después de eso, quedé tan molesta que me olvidé completamente de la cena. Ahora, Fred casi no me dirige la palabra. Se comporta de una manera muy irracional. Todo se está desmoronando. A pesar de todo lo que hago por los demás, ¡nadie parece interesarse por mí!

—¿Qué quieres que haga, Nora?

Parecía y se oía sincero, pero ¿no la había escuchado? ¡Ella quería que le dijera cómo arreglar todo! Quería que le dijera que iría a su casa y hablaría con Fred y lo haría actuar como un esposo amoroso de nuevo. Quería que su pastor hablara con Anne-Lynn, la hiciera regresar a casa y comportarse como una hija cariñosa y sumisa. Pero cuando miró a los ojos al pastor Burnie, no pudo decir todo eso porque tuvo la sensación de que él ni siquiera contemplaría la posibilidad de hacerlo.

Ah, ¿por qué había venido?

Quizás lo único que quería realmente era la oportunidad de hablar de lo infeliz que era. Quería un oyente empático. Quería alguien que la entendiera y se mantuviera a su lado contra los que la herían. Por lo menos el doctor Leeds estaba de acuerdo con ella en que todo había comenzado con su madre.

Se frotó las sienes. ¿Cuándo se había salido tan fuera de control su vida? ¿Por qué todas las personas a las que amaba le daban la espalda? Esposos, hijos... su propia madre había sido la primera que la había rechazado.

—¿Nora?

—No lo sé, pastor Burnie. Ya no sé nada.

—Eso es un comienzo.

Se volteó y lo miró.

—¿Qué quiere decir?

—A veces necesitamos ser derribados antes de levantar la vista.

Ella frunció el ceño. ¿Qué estaba diciéndole él?

—Puedo darte una certeza, Nora. Dios te ama. Puedo asegurarte que las respuestas a todos tus problemas radican en una relación personal con Jesucristo. Hasta que el centro de tu vida deje de estar puesto en ti y pase a ser del Señor Jesús, solamente repetirás los mismos errores y tendrás la misma angustia una y otra vez. Es la condición de la carne. Pero Dios te ama. Desea una relación personal contigo. Él hizo que eso sea posible mediante la muerte de Jesucristo en la cruz. Y por medio de Su resurrección, ha demostrado que no tienes nada que temer cuando te acercas a Él en busca de Su amor y de Su dirección.

Ahí estaba otra vez: la insinuación de que ella era egoísta. ¿Y qué quería decir el pastor Burnie con eso de repetir los mismos errores? ¿De qué hablaba? Ella no había venido a escuchar una clase de escuela dominical. No necesitaba que le predicara. ¿Era tan tonto que no se daba cuenta de que ya era cristiana? ¡Ella se había sentado en los bancos de su iglesia durante cinco años! ¿Acaso no había escuchado el pastor Burnie lo que ella le había dicho? ¿No estaba escuchándola en lo más mínimo?

—Dios no quiere una parte de ti de vez en cuando, Nora. Quiere todo de ti, todo el tiempo. Eso es lo que significa pedirle a Jesús que entre en tu corazón.

—¿Y qué significa eso? ¿Se supone que debo pasarme todos los días en estudios bíblicos para mujeres o involucrarme en algún tipo de obra misionera?

Él volvió a dirigirle esa mirada. Triste. Tolerante. Era como si viera algo en ella de lo cual no estaba enterada en absoluto.

—Yo no dije eso, Nora. No estoy hablando de obras, sino de una relación.

—Una relación que no cree que tenga. ¿No es así? —Dejó que su ira se levantara. Su ira la mantenía a salvo y la fortalecía. Sentía que tenía el control. ¿Cómo se atrevía a hablarle así el pastor? Pensó en todas las veces que otros le habían dicho cosas hirientes, y la furia creció aún más; brasas ardientes que ella avivó hasta que se convirtieron en llamas.

Las personas siempre la habían oprimido. Ni su propio pastor se esforzaba por entender su dolor y su tristeza. ¿Dónde estaba su compasión cristiana? ¿Dónde estaba el apoyo? ¿No debía él sentir cierta santa indignación por la manera miserable como la trataban su hija y su esposo? ¿No decía la Biblia que se debía honrar a la madre?

Su boca temblaba.

—Acudo a usted, desesperada porque necesito ayuda, ¿y lo único que puede decirme es que necesito una relación con Jesús? ¿Cómo se atreve a cuestionar mi fe? —Levantó un poco la voz —. Después de todo lo que he hecho por esta iglesia durante años, ¿cómo se atreve a cuestionarme a mí sobre cualquier cosa relacionada con la religión? —Cerrando los puños con fuerza, reprimió el impulso de insultarlo.

—Soy un pastor, Nora. Tengo el llamado a tratar de hacer volver al rebaño a la oveja perdida.

—¡Yo no soy la que está perdida! Debería estar hablando con Anne-Lynn. Pero parece que no ha escuchado una sola palabra de lo que dije, ¿verdad?

—Al contrario.

—Debería haber sabido que no debía venir aquí. —Temblando violentamente, Nora levantó bruscamente su cartera del sofá—. ¿Qué sabe usted de dar consejos?

La secretaria del pastor Burnie levantó la vista cuando Nora abrió la puerta de un tirón. Las manos de la mujer quedaron congeladas sobre el teclado de la computadora al ver salir a Nora de la oficina. Nora la ignoró y siguió caminando. Salió por las puertas de la iglesia y caminó a paso

firme por el estacionamiento hasta su Lexus. Se metió al asiento del conductor, cerró la puerta violentamente y puso la llave en el punto de arranque. El carro se puso en marcha con un rugido. Los neumáticos chirriaron cuando salió del estacionamiento rumbo a la calle principal. Alguien apareció delante de ella desde una calle lateral, obligándola a frenar de golpe. Nora hizo estallar la bocina, insultando y rodeando el viejo Ford.

—¡Viejo estúpido! ¡Deberían quitar del camino a esta gente!

Condujo sin rumbo durante una hora; entonces, decidió entrar al centro comercial. Caminaría y se daría tiempo para pensar. Tal vez se sentiría mejor si se compraba un vestido nuevo. Algo verde. A Fred le gustaba el verde. Mejor aún: algo azul. A ella le gustaba el azul.

Dio vueltas por las tiendas, mirando la mercancía. Nada le llamó la atención. Finalmente, agotada y deprimida, paró en la plaza de comidas y compró un bollo dulce y un vaso de café. Se sentó sola y observó el ajetreo de las madres con sus hijos, de los grupos de chicas adolescentes que se reían tontamente y miraban a los chicos, de los chicos que observaban a las chicas, de mujeres mayores sentadas conversando, de una madre primeriza amamantando a su bebé en un rincón tranquilo.

Con manos temblorosas se llevó a los labios el vaso de poliestireno y bebió el líquido caliente con cuidado. Nunca se había sentido tan sola.

Puedes identificar a un árbol por su fruto.

¿Dónde había escuchado eso? Le sonaba a algo que podría haber dicho su madre. Siempre tuvo la costumbre de lanzar comentarios tontos que no parecían pertinentes a la conversación.

«La tierra buena ayuda a cultivar raíces fuertes...».

«Si no son debidamente podados, estos arbustos no darán flores sanas...».

«Las cosas crecen mejor con un poco de abono».

A Nora nunca le había importado la jardinería.

«Ven al jardín conmigo, Eleonora. Quiero enseñarte...».

¿Enseñarle qué? ¿A cavar la tierra? ¿A amarrar las enredaderas y a plantar verduras que ella no quería comer? ¿Cómo hacer injertos? ¿A trasplantar una planta de semillero de un albaricoquero o un ciruelo? ¿Quién quería retoños cuando podían comprar un arbolito de un vivero por un par de dólares?

Su madre nunca se había molestado en averiguar qué cosas le interesaban. Nunca había llevado a Nora a un concierto ni al ballet, ni siquiera había considerado el hecho de que Nora anhelaba ir a la universidad.

Qué interesante que el jardín florecía, mientras que nunca había dinero suficiente para nada de lo que Nora deseaba. Ni bien tuvo la edad suficiente, Nora se había puesto a trabajar en una tienda de telas y, en cada descanso que tenía, se dedicaba a observar a las mujeres que demostraban cómo se usaban las máquinas de coser. La abuelita Reinhardt le había enseñado a Nora los rudimentos de la costura. En las clases de economía doméstica de la preparatoria, Nora había aprendido la mayor parte de lo necesario para hacer su propia ropa. Nada de bordes

irregulares para ella. Terminaba cada costura, alineaba las telas escocesas y elegía los mejores estampados y los más adaptables. Por fortuna, tenía el talento suficiente para hacer vestidos que parecían adquiridos de los percheros de Macy's o Capwell's. Cuando llegó a la preparatoria, se había vuelto suficientemente hábil para que ninguna de sus amigas sospechara que la ropa moderna que ella usaba era hecha en casa.

Nora recordó un momento cumbre en su vida cuando la señorita Wentworth, su maestra de economía doméstica, le dijo que tenía talento para ser diseñadora. Se sintió feliz ante semejante elogio, aunque no se hizo ilusiones de ir a una universidad en Nueva York ni a una universidad local.

En ese momento, se juró a sí misma que algún día compraría para ella y para sus hijos la ropa de las mejores tiendas. Se aseguraría de que ningún miembro de su familia ansiara alguna vez las cosas que ella se había perdido durante su infancia. Vivirían en una linda casa, en un vecindario agradable, tendrían ropa bonita y de buena marca, clases de danza, pases de temporada para conciertos y el ballet, salidas a museos, fiestas junto a la piscina de un club de campo y una licenciatura en Humanidades de una universidad prestigiosa. A ningún hijo suyo le faltaría nada que el dinero pudiera comprar.

Le costó muy caro, pero cumplió esa promesa. Su primer esposo huyó de la responsabilidad; el segundo, se había rebelado. Pero ella nunca titubeó. Aunque sus hijos no estuvieran ni una pizca agradecidos por todo lo que había sacrificado por ellos. Los había puesto antes que a cualquier otra persona o cosa en su vida, ¿verdad? ¿Acaso Fred no estaba enojado porque ella había puesto a Anne antes que a él? Estaba tan estresada por el amotinamiento de su hija, que se había olvidado de sus propias obligaciones para con su esposo. Y, ¿le importaba a Anne la angustia que estaba causando? No, desde luego que no. A ella no le importaba nadie más que sí misma. Se había escabullido sin decir ni un miserable «Gracias, madre» por todos los años que la había llevado al atletismo y a las clases de danza y de música, la había taladrado con las lecciones, había escrito a máquina sus solicitudes y ordenado sus documentos. ¡Por no mencionar el dinero! Miles de dólares malgastados. ¡Nora podría haber recorrido el mundo entero con lo que había gastado en su desagradecida hija!

Puedes identificar a un árbol por su fruto.

¿Por qué esas palabras eran tan dolorosas?

¿Y por qué no podía sacárselas de la cabeza?



Susan estaba en el sofá, llorando.

—¡Raúl nunca debió dejar a Bernabé bajo mi cuidado! Creo que va a morir. Míralo, Annie.

Annie arrojó su cartera sobre la mesa de centro y caminó hasta el pájaro.

—Hola, Bernie. Hola, chiquito... —Bernabé no hizo su bailecito habitual adelante y atrás. No dijo nada ofensivo. No se movió para nada. Sus patas estaban aferradas a la percha; sus plumas, más infladas que nunca. Era verdad. No parecía él mismo.

—¿Qué le estará pasando?

—Yo sé lo que le pasa. ¡Soy una idiota! ¡Deberían matarme!

Annie la miró.

Susan se sonó la nariz y miró a Annie con los ojos rojos e hinchados.

—Le pedí prestada a Howard esa aspiradora que tiene. Ya sabes, la del tipo que vive al otro lado del pasillo. El empleado de mantenimiento. Estaba tan furiosa porque Bernabé había hecho un desorden terrible. Estaba pasándole la aspiradora a todas las semillas, recogiendo los trozos de frutas y verduras y el excremento del pájaro. Bueno, sonó el teléfono.

—¿Y?

—Me agaché para contestar. Era Sam, y me distraje por un segundo. Apenas un segundo, claro está. Pero fue suficiente. Escuché ese gran... sorbido ruidoso. Sam también lo oyó, porque preguntó qué había sido eso. Me fijé, y Bernabé había desaparecido. Debe haberse caído de cabeza a la manguera. —Resolló y se sonó la nariz.

—Quizás se quebró algunos huesos —dijo Annie, preocupada. Lo tocó. Él no se movió.

—Te aseguro que no se rompió nada. Solo mira mi mano. —La estiró—. Apagué la máquina y la abrí, y ahí estaba, aleteando, picoteando y rasguñando. ¡Le salía sangre! Estaba cubierto de semillas y de pedacitos de fruta seca y podrida, y de todo lo que Howard había aspirado. Pelos de perro, creo. Tuve que limpiarlo. —Lloró más fuerte—. Lo bañé en el fregadero. Probé el agua, Annie. Estaba tibia. No le gustó mucho. Y se veía tan patético todo mojado. No quería que contrajera una neumonía, o cualquier enfermedad que pueda pescar un pájaro, así que lo sequé. Con tu secador de pelo.

—Pobre Bernabé. —Annie acarició sus plumas con delicadeza—. ¡Qué día has tenido!

—Olvídalo. Está comatoso. Está sentado ahí como si estuviera embalsamado. No ha emitido sonido en todo el día. Ni pío. Solo mira fijamente. —Susan ocultó su rostro entre sus manos y sollozó—. Sigo esperando a que se desplome y estire la pata.

—Vamos, Bernabé. Reacciona, bonito —dijo Annie dulcemente. El pájaro no respondió. Ni siquiera movió las pestañas, aunque no estaba segura que las tuviera.

—Nunca me gustó mucho, Annie, pero no quiero que se muera. —Sus ojos estaban enrojecidos—. ¿Oíste eso, Bernabé? ¡Ni se te ocurra morirte!

El teléfono sonó. El pájaro se contrajo una vez y volvió a quedarse inmóvil.

—Pobrecito —dijo Annie y se inclinó para contestar el teléfono antes del segundo timbrazo.

—Annie, querida. Sabía que si llamaba muchas veces, a la larga atenderías tú.

—Hola, Sam. —Sonrió ante su broma.

—¿Cómo está Bernabé?

—En shock, creo.

—Y no es para menos. Imagina si te succionara un tornado, para después caer en una inundación y, encima, que te sequen con un torbellino del desierto. ¿Ya está de espaldas con las patitas para arriba?

—No es gracioso, Sam.

—No te preocupes, cariño. Vivirá. Ese pájaro es demasiado malvado para morir.

—Deberías verlo...

—De hecho, estaba pensando que debería ir y visitar a Susi Q.

—Ajá —dijo ella, sarcásticamente.

Él soltó una risita entre dientes.

—¿Vas a estar en casa esta noche?

—Creo que iré de excursión a la playa.

Él suspiró.

—Estás evitándome?

—Estoy huyendo para salvar mi vida.

—Tienes un concepto completamente erróneo sobre mí, Annie.

Ella se rio.

—Fue un gusto hablar contigo, Sam. —Le pasó el teléfono a su compañera—. Está llamando para ver cómo estás. —Se descolgó la mochila del hombro y la apoyó en el piso, junto al sofá. Tomó una naranja de la frutera que había sobre la encimera y la peló. Comió una parte y le ofreció la otra a Bernabé—. Vamos, Bernie. No tuvo la intención de asustarte. —Abrió su pico, pero ella tuvo la sensación de que lo había hecho para advertirle que lo dejara en paz, más que porque estuviera listo para comer un pedazo de fruta.

—No —le dijo Susi a Sam—. Sí. Tal vez. No lo sé. Supongo que podría intentarlo. De acuerdo. ¡De acuerdo!

Annie miró a Susi. Su compañera de departamento no solía ser tan enigmática cuando hablaba por teléfono; tenía una sonrisa vagamente arrogante. Su buen humor parecía haber vuelto. La sonrisa se convirtió en una amplia sonrisa, con un brillo decididamente malicioso en los ojos.

—¿Ahora? Oh, está tratando de tentar a Bernabé con un gajo de naranja. —Se rio—. Le contaré que dijiste eso, Sam. Ahora me está mirando frunciendo el ceño. Ah, ¿en serio? ¿Por qué no me sorprende? Está bien. ¡Está bien! Adiós. —Colgó el teléfono y lo dejó sobre la mesa con un golpe sordo—. Tengo órdenes estrictas de mantenerte en casa esta noche. Que ni se te ocurra salir. —Movió las cejas arriba y abajo—. Mi atrevido y generoso hermano vendrá con un amigo, alguien que, según él, es el hombre de mis sueños.

—Eso es extorsión, Susi.

Impenitente, se encogió de hombros con los ojos centelleantes.

—Qué importa. Además, ya sabes cuánto me gustaría tenerte de cuñada.

—Debes estar bromeando. ¡Tengo dieciocho años!

—A lo mejor viene de familia. Una vez me dijiste que tu madre se casó a los diecisiete.

—Y se divorció a los veinte.

Ella hizo una mueca.

—Oh, es verdad, lo había olvidado. Bueno, eso no significa que vaya a sucederte a ti. Cuando los muchachos Carter se enamoran de verdad, es para toda la vida.

—Susi, tu hermano no está enamorado de mí.

—¡Por supuesto que sí lo está! Lo he visto enganchado con otras chicas antes. Esto es diferente, completamente diferente. Está totalmente enamorado de ti. Puedo sentir el calor que emana de su cuerpo cada vez que está cerca de ti.

Annie sintió el calor que trepó a sus mejillas.

La expresión de Susan se suavizó.

—Annie, no hace tanto que estabas enamorada de él.

—Lo sé. —Se hundió en el sofá y apoyó los pies sobre la mesa.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—¿Por qué tiene que haber un problema?

—Te conozco. Nunca fuiste suficientemente libre para disfrutar tu propia vida. Esta es tu oportunidad.

—Yo estoy disfrutando la vida.

—De una manera refrenada e inhibida. Nada menos que con tu abuelita. ¿Cuán a salvo puedes estar?

Annie se rio.

—¿Y piensas que Sam es la cura para mi vida aburrida? Sí, claro. —Se levantó y se dirigió a la cocina. No había comido desde la mañana y estaba hambrienta.

Susan se puso de pie y la siguió, se arrellanó sobre la banqueta y apoyó los codos sobre la encimera mientras Annie sacaba huevos, queso, setas, medio pimiento verde y un pequeño tomate.

—Reconozco que Sam fue bastante salvaje, Annie. ¿Es eso lo que te preocupa?

—No. Me gusta como es. Me gusta mucho, de verdad. Siempre me gustó. —Enjuagó las verduras y las puso en la tabla de picar—. No sé si puedo explicarlo, Susi.

—¿Podrías intentarlo, por favor? Annie, te prometo que no le diré nada de lo que me digas. Si eso te preocupa...

—Puedes decírselo, si crees que eso lo ayudará a retroceder un poco. —Le sonrió a su amiga —. La mayoría de las chicas, tú incluida, parecen tener el deseo apremiante de casarse. —Se encogió de hombros—. Yo no.

—¿Porque tu madre no parece haber logrado que un matrimonio funcione?

Annie dejó de picar el pimiento unos instantes.

—Por favor, no hables así de ella, Susan.

—Lo siento.

—No, es mi culpa. Te he dicho demasiadas cosas de lo que pasaba cada vez que yo estaba angustiada.

—Tenías que hablar con alguien.

—Pero ¿no te das cuenta? Solo conoces mi parte de la historia. Ella quería que me fuera bien. Eso no tiene nada de malo.

—Ella te manejó para que te fuera bien, y eso no está bien.

—No lo sé. —Empezó a picar de nuevo—. He estado pensando en mi madre, tratando de unir todo y de encontrarle un sentido a por qué es como es. Hay una historia entre ella y mi abuelita Leota que todavía no tengo clara. Quiero averiguar qué pasó para que mi madre sea tan amargada y resentida.

—No puedes justificarla, Annie.

—No intento justificarla. Trato de entender. Tal vez, si puedo ver las cosas de ambos lados, podré ayudar a tender un puente entre ambas.

—Entonces, buena suerte.

Annie sabía que eso no tenía sentido para los demás, pero el Señor estaba hablándole al corazón. Si dejaba que su cabeza gobernara su vida, debería marcharse y rara vez, si es que alguna vez lo hiciese, mirar atrás. Como lo hacía Michael. Tal vez solo fuera una manera de

protegerse, quizás egoísmo. Ella no lo sabía y no tenía derecho a juzgar a su hermano. Sin embargo, a veces le preocupaba estar haciendo lo mismo. Sabía que su hermano no sentía un afecto profundo por ella; ningún afecto por nadie, especialmente no por la madre que había allanado su camino para que tuviera éxito. Annie no quería llegar a ser así. No obstante, una parte de ella veía lo atractivo que sería no tener que preocuparse por los sentimientos o necesidades de nadie más; especialmente, por los de su madre.

Durante el primer mes que estuvo lejos de su madre, en su cabeza había resonado la letanía: ¡Quiero mi propia vida! Si me equivoco, serán mis errores. Es mi vida. ¡Déjame vivirla a mi manera!

Pero la libertad no le trajo serenidad. No logró sentir paz alguna hasta que se puso en contacto con su abuelita, aquella primera vez. Desde entonces, las cosas estaban cambiando. Como las estaciones del año, el calor del verano estaba cediendo al frío del otoño. Disfrutaba el tiempo que pasaba con la abuelita Leota. Estaba aprendiendo mucho de ella, absorbiendo sus historias de vida. Todo el tiempo, mientras estaban juntas en el jardín, Annie sentía que la abuelita le hablaba en dos niveles.

«Tienes que facilitar que el árbol se abra para que el aire pueda circular y la luz llegue a su interior».

Esas palabras la habían afectado profundamente. El aire y la luz. La buena tierra. El agua viviente. Le dolía el corazón y sabía que Dios estaba hablándole a través de su abuelita.

Más allá de lo que pensara Susan, Annie sabía que estaba haciendo lo que se suponía que debía hacer. Tenía una sensación de rectitud, de estar de vuelta en casa. No podía permitir que nada interfiriera en el camino por el cual debía avanzar.

Sam quería desviarla hacia otra senda. No era que tuviera la intención de apartarla de Dios. Ella sabía que no era así. Él también amaba al Señor, según se había enterado. Reconocía que Jesús lo había sacado del pozo en el que él mismo se había metido. Sin embargo...

Annie suspiró. Sam era guapo, encantador e inteligente. Era de espíritu alegre, enfrentaba las cosas de la vida disfrutando como un niño. Suficientemente atractivo como para acelerarle el pulso, pero eso no significaba que debía dejarse persuadir. Sabía que él no era parte del plan que Dios estaba desarrollando para ella. No podía explicar cómo lo sabía; ni siquiera a sí misma, mucho menos a Susan. Simplemente, lo sabía. Si iba en contra de ese conocimiento, se perdería el milagro que estaba esperándola. Fuera lo que fuera...

La poda.

Sonrió para sí misma mientras preparaba el omelet. Algo simple como podar. «Tienes que facilitar que el árbol se abra para que el aire pueda circular y la luz llegue a su interior», había dicho su abuelita y, mientras Annie estaba allá arriba, en ese viejo albaricoquero, pensó que las personas eran de la misma manera. Dios cortaba las ideas sin futuro, las filosofías enfermas, las promesas incumplidas y los sueños perversos de su pueblo. ¿Por qué no permitía su pueblo al Creador del universo hacer Su voluntad con ellos, para que pudiera podarlo y moldearlo conforme al pueblo que Él había predestinado que fuera? Porque entonces, ¡qué cosecha de buenos frutos habría cuando llegara el verano!

Ay, Dios mío, eso es lo que yo quiero. Ah, Santo Padre de vida, Tú que haces crecer las cosas, pódame. Corta y poda según Tu voluntad. Señor, que Tu Espíritu se levante dentro de mí como

la savia viva de un árbol. Que sea Tu corazón el que palpite en mi pecho. Que el fruto de mi vida sea un reflejo de Tu amor, Tu paz, Tu paciencia, Tu amabilidad, Tu bondad, Tu fidelidad y Tu mansedumbre. Padre, yo no puedo hacer nada sin Ti. No quiero ni intentarlo. Sé el jardinero...

—Eso se ve muy bien —Susan observaba a Annie mientras plegaba el omelet en la sartén.

—¿Tienes hambre? —Annie sirvió el omelet en un plato y se lo ofreció a Susan—. Puedo hacer otro.

—¿Ves lo que quiero decir? —Susan agarró el plato—. Deberías estar diciéndome que me haga mi propio omelet.

Annie se rio.

—¿Y que todo el departamento quede con olor a huevos quemados? Mejor no. —Le dio un tenedor a Susan y rompió dos huevos más en el cuenco—. Puedes lavar los platos.

Susan comió un bocado y agitó el tenedor hacia Annie.

—No puedes enmendar años de resentimiento, Annie. Sabes cómo es tu madre. Y no me mires así. No puedes cambiar a las personas. Solo lograrás salir herida. Ya pasaron tres meses, y todavía no te perdona que te hayas ido a vivir sola. ¿Cómo crees que lograrás que ella perdone a su madre luego de décadas de odiarla por lo que supuestamente le hizo? ¿Cómo?

—No lo sé. —Pero sí sabía una cosa: nada era imposible para Dios. Por alguna razón, Él había puesto en su corazón que entablara una relación con su abuelita. ¿Por qué haría algo así si no tuviera planes? Y Sus planes siempre eran para un buen propósito—. Sé que el Señor está obrando en todo esto, Susi. Y quiero estar ahí para ver qué sucede.

Susan soltó una risita.

—Leota es muy buena onda. Yo estaba un poco preocupada de qué diría cuando nos vio aparecer por su casa y nos apoderamos de la tarde. Sam no. Él pensó que entraría como si nada y se haría cargo de la situación. Y de repente, se vio removiendo la tierra en el fondo mientras yo trasplantaba retoños del albaricoque y el ciruelo. ¡Ya lo creo que eso le enseñó una lección! Me dijo que estuvo dolorido por una semana. Apuesto a que la abuelita Leota era muy especial cuando era joven.

Annie hizo circular la sartén y la mantequilla derretida siseó mientras cubría la base. Vertió en ella la mezcla del omelet.

—Espero que me cuente un poco más sobre ella. —Miró a Susan un poco arrepentida—. Mi madre siempre dijo que yo me parezco mucho a la abuelita Leota. Ciertamente me gustaría saber qué significa eso.

Sam llegó a las seis de la tarde con el amigo que había prometido. Annie notó que los ojos de Susan se iluminaron cuando se lo presentó. Al parecer, Chuck Hauge también pensó que Susan era todo lo que había esperado.

—Sam me ha hablado mucho de ti.

—Cree todo lo que escuchaste —dijo ella con una sonrisa descarada. Sin embargo, a la media hora su sentido del humor se había enfriado notablemente.

—¿Qué tiene Sam en la cabeza? —murmuró Susan y de un codazo apartó del paso a Annie en la pequeña cocina para sacar hielo del congelador—. No tenemos nada de nada en común. ¡Se graduó y tiene una maestría en administración de empresas! El año pasado trabajó para una compañía de computación en Silicon Valley. No habló mucho de lo que hace, pero es probable que vaya en camino a convertirse en un director ejecutivo. Y aquí me tienes a mí, una mesera. Él lee el Wall Street Journal. Yo leo las tiras cómicas. A él le gusta el sushi. A mí, el bistec, bien

cocido. A él le gusta la música clásica.

—A ti te gusta la música clásica. —Annie apenas pudo reprimir una sonrisa.

—Sí, cuando tengo insomnio.

Annie sirvió un aderezo en una bandeja con galletas.

—Se supone que la música clásica desarrolla el coeficiente intelectual.

—Él no necesita un coeficiente intelectual más alto, y yo soy un caso perdido. —Susan entornó los ojos hacia arriba y echó el hielo en un recipiente. Luego de servirse algunos cubos de hielo en su refresco, echó un vistazo por encima del hombro—. ¿Puedo llevarte algo para beber, Chuck?

Annie le sonrió, divertida, mientras ponía más galletas en la bandeja.

—Hay tanta dulzura en tu voz como para que atraiga abejas.

—Cierra la boca —dijo Susan en voz baja. Preparó otro refresco y se encaminó a la sala—. Sam tiene los días contados por meterme en esto.

Annie la siguió y puso la bandeja sobre la mesa. Sam la miró desde donde estaba parado, cerca del ventanal, donde Bernabé moraba en silencio sobre su percha.

—Qué pájaro tan malhumorado. Ningún cambio, supongo.

Annie negó con la cabeza.

—Ni pío.

Susan levantó la vista bruscamente, lanzándole dardos a su hermano con los ojos.

—Ni una palabra.

Ante la sonrisa lenta y burlona de Sam, Susan se levantó.

—¿Por qué no salimos a caminar un rato, Chuck? Estamos a solo seis cuadras del mar.

Tan pronto la puerta se cerró detrás de ellos, Sam abandonó la ventana y se sentó en el sofá, apoyando un brazo en el respaldo.

—Eso no podría haber salido mejor si yo lo hubiera planeado. —Miró a Annie con una sonrisa lenta y provocativa.

Annie tragó saliva.

—Quizás también nosotros deberíamos salir a caminar. El aire está agradable y fresco a esta hora del atardecer.

—Estoy muy a gusto aquí, donde está calentito. —Dio unas palmaditas en el sofá—. ¿Por qué no te sientas conmigo?

Annie se acomodó en la desgastada y atiborrada butaca naranja que Susan le había comprado a un vecino de otro piso, quien se había mudado la semana anterior. Cruzó sus piernas vestidas de jeans y reposó sus brazos sobre el terciopelo liso.

—Aquí estoy bien.

Sam se limitó a mirarla y negó con la cabeza, una sonrisa triste en su rostro.

—No muerdo, Annie.

—No es lo que he escuchado.

Sus ojos pestañearon y su mirada se puso seria.

—Volvamos atrás y arreglemos esto. No busco tener una aventura contigo, Annie. No estoy insinuándome para divertirme un rato.

—Lo sé.

—No, no lo sabes. Me conoces desde hace mucho tiempo. Lamentablemente. No te culpo por pensar que soy un cretino, considerando algunos de los planes alocados que llevé a cabo hace algunos años. Estuviste lo suficientemente cerca para enterarte de los efectos colaterales. —Se

inclinó hacia adelante, con las manos entrelazadas flojamente entre sus rodillas—. Mira, Annie. Lo diré claro y simple. Si tu padre estuviera por aquí, me sentiría perfectamente tranquilo de hablarle de mis intenciones.

Cohibida, desvió la vista de la intensidad de sus ojos.

—Me siento halagada.

—Halagada no es lo que tenía en mente. Confiada se acerca un poco más a mi objetivo.

Conmocionada, volvió a mirarlo.

—No desconfío de ti, Sam.

—¿En serio? Entonces, ¿por qué estoy sentado aquí y tú estás sentada allá?

Si lo que buscaba era que fuera franca, eso haría.

—Avanzas tan rápido como siempre, y yo quisiera ponerte un freno. Ahora mismo.

Él se recostó lentamente.

—Está bien —dijo luego de un largo rato—. Entonces, puede ser que estoy a toda máquina. Este motor está un poquito caliente. Bajaré los cambios hasta primera. ¿Así está mejor?

—Piensa en recorrer otro camino. No me involucraré contigo, Sam.

—Involucrarse. —Torció la boca—. Qué palabra tan cargada.

—Somos amigos. No quiero que nada eche a perder eso.

Él sonrió.

—Ahora sí que apareció el viejo beso de despedida, si alguna vez me lo han dejado en claro. Yo mismo lo usé algunas veces. —Su expresión se suavizó—. Muy bien. Seamos amigos. Lo cual significa que podemos salir y divertirnos un poco, en lugar de decidir qué modelo de platos queremos. ¿Qué te gustaría hacer?

—No tengo la más mínima idea.

—Salgamos y veamos qué nos parece interesante. Una cena tardía. Vamos a bailar un rato. Una caminata por el muelle 39. Lo que quieras.

—¿Y qué pasará con Susi y Chuck?

—Les dejaremos una nota.

—No lo sé, Sam...

—De acuerdo. Nos quedaremos aquí. Por mí, está bien. Nosotros dos solos. Sin televisor. Trataré de no acosarte, pero no puedo garantizar nada.

Ella se rio.

—Eres incorregible.

—Es lo que me decían mis maestros. —Sonrió—. Entonces, ¿qué quieres hacer?

Se relajó al ver su mirada. Pobre Sam. Esperaba que no le doliera tanto como le había dolido a ella cuando su enamoramiento de él estaba en todo su esplendor.

—Voy a buscar mi chaqueta.

El Señor siempre dejaba una vía para escapar de la tentación, y ella quería tomarla.

CAPÍTULO 12

LEOTA BARRIÓ EL PEQUEÑO PATIO DE LADRILLOS. Habían pasado meses desde que había quedado terminado. El aire del otoño estaba fresco y hacía que le dolieran los huesos, pero quería limpiar el pequeño espacio antes de que llegara Annie. No era aceptable que permaneciera sentada como una anciana todo el tiempo y dejara que Annie y sus amigos se ocuparan de todo.

Haciendo una pausa, Leota se enderezó para admirar el trabajo que se había realizado durante el último mes. El jardín ya no parecía descuidado ni abandonado. Los árboles estaban podados; los arbustos recortados y con forma; las enredaderas raleadas y atadas a los cercos y a los enrejados. Y, con solo una sonrisa de Annie, ese muchachito tan bien parecido que había venido de visita con su hermana había removido la tierra del jardín de la victoria. Incluso había echado abono y reparado las tablillas del enrejado.

Sonriendo para sí, Leota se apoyó sobre la escoba para descansar mientras miraba las macetas con plantas que había aquí y allá en el pequeño patio y en el muro de contención. Algunas necesitaban ser trasplantadas urgentemente; otra lección para Annie, si la muchacha estaba interesada en eso.

—¡Abuelita! —Annie apareció del otro lado de la esquina—. Aquí estás. Cuando no contestaste el timbre, supuse que estarías aquí afuera.

Leota sintió que el calor volvía a sus huesos cuando miró a su nieta. Los ojos azules de Annie resplandecían de amor y su sonrisa iluminó el corazón de Leota.

—Llegas temprano. —Gracias, Señor. Oh, muchas gracias.

—No te molesta, ¿verdad?

—Por supuesto que no. —Leota miró lo que había traído Annie: una tubería con bucles metálicos retorcidos que salían en varias direcciones—. ¿Qué es eso? —Ni bien lo dijo, le preocupó haber herido los sentimientos de Annie. ¿Y si era un trabajo de arte que había terminado?

Annie se rio.

—Lo que te guste pensar que es. Rayos de calor. Sonido. Es una escultura metálica. La compré en una venta de garaje.

Gracias al cielo. El cachivache de alguien, sin duda.

—¿Qué harás con ella?

Annie se mordió el labio.

—Bueno, me pareció que quedaría interesante en el jardín. Tengo algunas pinturas anticorrosivas en aerosol: amarillas, naranjas y rojas. Se verá como rayos del sol.

Leota la miró de nuevo, tratando de entusiasmarse un poco. Era la cosa más fea que hubiera visto en su vida.

—Ay, abuelita, lo lamento. Debí haberte preguntado primero. Puedo llevarla a casa.

Leota se rio. Bueno, ¿por qué no ponerla en el jardín? De todas maneras, el jardín ya no era solamente de ella. También era de Annie. ¿Por qué no dejarla jugar en él?

—Creo que tiene potencial. Ponla en medio del césped, si quieres. —Le causaba curiosidad ver qué haría Annie cuando le daban libertad. Si este era el primer indicio, Leota sabía que iba a

presenciar un gran espectáculo.

Los hijos de Arba Wilson estaban jugando en su patio. Una se detuvo para mirar por encima de la cerca.

—¿Qué es esa cosa?

—Una escultura de jardín —dijo Annie alegremente—. ¿Te gustaría venir y ayudarme a instalarla?

Leota sintió un destello de irritación. No quería compartir a Annie.

—¿Puedo? —La niñita saltó de la cerca y subió corriendo los escalones traseros—. ¡Mamá! ¡Mamá! La señorita me invitó a pasar. No, no la vieja, la...

En menos de dos minutos, la pequeña, su hermana mayor y su hermano aparecieron en el jardín. Leota siguió sosteniendo su escoba y observando. Luego de unos minutos, su irritación se había desvanecido. El entusiasmo de los niños la divertía. ¿Cuánto hacía que no había niños en este patio? ¿No había sido por esa razón que había plantado este jardín en un principio? ¿Para hacer que sus hijos quisieran salir de la casa?

Arba bajó la escalera y se paró junto a la cerca a observar mientras sus hijos parloteaban y ayudaban a Annie a cavar un hoyo y a instalar en él la tubería.

—¿Cómo está, señora Reinhardt? —Le sonrió Arba a Leota pensativamente. La expresión del rostro de Arba hizo que Leota se preguntara si la mujer más joven pensaba que a ella podían brotarle cuernos y exhalar fuego y humo.

—Todavía respiro.

—Ah, bien —Arba pareció desconcertada—. Eso es bueno.

Leota sintió un escalofrío. El aire frío se había calado en sus articulaciones artríticas.

—Creo que iré adentro.

—No la están molestando, ¿verdad?

—¿Quién?

—Mis hijos.

—Claro que no. No mientras estén con Annie. La próxima vez, pueden pasar por la verja.

—¿Cuál verja?

Leota se acercó unos pasos y la señaló.

—Por ahí. Desde luego, usted no la conocía. No podía verla por todos esos arbustos de ligustro demasiado crecidos. Deberían haber sido recortados hace años. Mi esposo puso la verja hace veinte años. Yo tenía una buena amiga que vivía en su casa. Murió en 1964. Sus hijos vendieron el lugar.

—¿Alguien más ha usado la verja desde que su amiga murió?

—No. La familia que vino después tenía un bebé y pasaba la mayor parte del tiempo dentro de la casa. Era una pareja reservada. Casi nunca los veía. Pero sí los escuchaba. Se gritaban día y noche. Hasta la policía vino una vez para impedir que se mataran entre ellos. De esa casa ha entrado y salido una docena de familias en los últimos años y la mayoría ni se molestó en mantenerla más que usted. Supongo que pensaban que, como la alquilaban, era responsabilidad del propietario, pero él tampoco se preocupó jamás. Por eso el césped está lleno de maleza y el resto del jardín tiene el aspecto que tiene.

La sonrisa de Arba había desaparecido.

—Yo trabajo, señora Reinhardt. Trabajo mucho. Para cuando llego a casa, estoy demasiado cansada para desmalezar y limpiar el jardín.

—Le ocupa una hora al día y se sentirá muy bien al hacerlo. Hay algo en el trabajo con la

tierra que hace que la energía que gastó en la oficina vuelva a su cuerpo. —Leota se apoyó en la escoba y miró a Arba a los ojos—. Al menos, así me resultaba a mí. Yo trabajé muchos años en una oficina. Tomaba el autobús y caminaba. —Las articulaciones estaban empezando a dolerle más—. Y sé que usted trabaja, Arba Wilson. Sus hijos siempre están solos, excepto los fines de semana.

Los hombros de Arba se pusieron rígidos.

—Si la molestan, solo tiene que decírmelo, señora Reinhardt. Yo me ocuparé de que no vuelvan a hacerlo.

—Alguien podría molestarlos a ellos.

Arba se calmó y su rostro mostró una expresión preocupada.

—¿Alguien ha estado molestando a mis hijos?

—No que yo haya notado, y he estado observándolos. Juegan muy bien entre ellos, pero salen al frente, donde cualquiera podría ver que no tienen supervisión. En estos días, hay algunos malos elementos.

Arba parecía afligida.

—No tengo alternativa, señora Reinhardt. Ojalá la tuviera. Cada centavo que gano es para pagar el alquiler, la comida, los servicios públicos, los gastos del carro y la cobertura médica. No me sobra nada.

—Su padre debería ayudarla con los gastos.

—¡Su padre! —Arba soltó una risa dura—. Primero tiene que encontrarlo la justicia.

—¿Se fugó?

—Probablemente esté en Los Ángeles. A menos que esté preso de nuevo. Prefiero vivir con lo justo, a que vuelva a ser parte de nuestra vida. No necesitamos la ayuda que él pueda darnos, señora Reinhardt. Una vez, me mandó al hospital y le rompió un brazo a Nile porque se puso delante del televisor mientras su padre estaba mirando algún lamentable partido de fútbol.

—Oh. —Con razón Arba tenía sentimientos tan fuertes contra el hombre. ¿Quién podía culparla?—. ¿Tiene algún familiar que pudiera ayudarla?

—Solo una hermana que recibe ayuda del estado. No quiero que mis hijos crezcan pensando que está bien relajarse y dejar que el gobierno se ocupe de uno.

—La felicito. ¿Y si contrata una niñera?

—Cuesta demasiado. Necesitaría ayuda financiera, y no quiero tomar ese rumbo.

—Entonces, dígales que jueguen en el patio de atrás. Ahí estarán más seguros. —Leota no aguantaba más el frío—. O podrían venir a mi casa de vez en cuando y mirar un poco la televisión. Siempre que no sea ese MTV. —Se dio vuelta y empezó a subir la escalera trasera. Cada escalón era un sufrimiento, le dolía intensamente la articulación de la rodilla. Abrió la puerta y se detuvo—. Por cierto, ¿cómo se llaman?

—Kenya, Tunisha y Nile.

—Vaya, por todos los cielos, ¿por qué les puso nombres de países africanos y de un río de Egipto?

—Para que se sientan orgullosos de su cultura. Por esa razón.

—¿Quiere que se sientan orgullosos de que los africanos hayan vendido a su propia gente a los traficantes de esclavos? Hay partes de la cultura que es mejor dejar de lado.

—¿Disculpe?

—Me escuchó bien claro. Mi esposo fue a la guerra y terminó en Alemania, de donde eran sus padres. Llevó esa carga espantosa el resto de su vida. En cambio, si hubiera seguido adelante

con su vida, habría sido mejor para todos. —La vieja impaciencia se apoderó de ella—. Cuando sus hijos jueguen aquí en mi casa, ¡los llamaré Carolina, Indiana y Vermont! Son libres, igual que los israelitas. Y son estadounidenses. ¡Haga que se enorgullezcan de eso! —Cerró de un golpe la puerta mosquitera.



—Tu abuelita sí que es especial —le dijo Arba a Annie—. Todavía no descifro qué es. ¿Siempre ha sido así?

Annie sostenía el tubo mientras los niños rellenaban el hoyo que la rodeaba.

—No creo que tuviera la intención de ofenderte. —Era la primera vez que su abuelita decía algo sobre su abuelo que la ayudó a conocerlo un poco mejor. Esperaba poder animarla a que le contara más.

—Ah, no te preocupes. —se rio Arba—. A veces, los viejos se ponen gruñones. —Miró hacia la casa—. Ella me agrada.

—A mí también. —Annie apenas logró que salieran las palabras por la repentina opresión que sintió en la garganta. ¿Estaba llorando? Pero ¿por qué? ¿Y por qué esta sensación de fatalidad inminente?

Los niños terminaron de aplanar la tierra alrededor de la tubería.

—¿Resistirá así, Annie? —Nile alzó la vista hacia ella con los ojos muy abiertos.

—Creo que sí. —Lo probó empujándola suavemente y, luego, con más fuerza. Se mantuvo bien. Se alejó y miró la escultura de metal, ahora afirmada en el jardín de flores—. ¡Buen trabajo, chicos! —Los niños se pusieron de pie y retrocedieron hasta donde estaba ella.

—Vengan a casa ahora —dijo Arba, apartándose de la cerca—. A lo mejor vemos a Annie y a su abuelita el domingo en la iglesia.

—Gracias por su ayuda a los tres —gritó Annie mientras se iban. Sonriente, saludó a Arba agitando la mano y caminó hacia su carro. Sacó un bolso de viaje, dos bolsas plásticas con alimentos y una gran jaula para pájaros tapada. Caminó por la entrada para coches y entró por la puerta de atrás. Puso la jaula sobre la mesa de la cocina, dejó el bolso en el piso y colocó los comestibles en la encimera. Abrió el refrigerador y guardó el queso, los huevos, las hamburguesas, el calabacín, las setas, las papas de cáscara roja y dos litros de leche. Dejó sobre la encimera una hogaza de pan, un paquete de bollos dulces, una lata de café azucarado, una cajita con veinte bolsitas de té de sabores variados y una lata de cocoa, y se dirigió a la sala para ver cómo estaba su abuelita.

Estaba sentada en su sillón, con una manta de croché sobre las piernas. Estaba pálida.

—¿Estás bien, abuelita?

—Estoy bien. Solo tengo frío.

Annie le tomó una mano. Estaba helada. La frotó.

—¿Qué dices si te preparo chocolate caliente?

—Eso estaría bien, pero no tengo.

—Yo compré. —Annie dudó cuando vio tiritar a su abuelita—. Sería mejor que encienda la chimenea primero.

—No he encendido la chimenea en años.

—Si prefieres que no lo haga...

—Oh, no; me encantaría que lo hicieras. Siempre me gustó el fuego en la chimenea, pero se me ha vuelto demasiado problema encenderlo y limpiar todo cuando se apaga. Y me quedé sin leña. Los fósforos están en la repisa, detrás del retrato de tu abuelo.

Annie miró la vieja fotografía. Su abuelo había sido un hombre muy distinguido.

—Debe haber tenido ojos azules. —Se veían claros en la foto.

—Los más azules que vi en mi vida. Y el cabello rubio. Como el oro.

Annie raspó un fósforo, retiró la pantalla hacia un costado y encendió el periódico

amarillento arrugado debajo de las ramas cortadas y de un viejo leño. Todo estaba tan seco que el fuego encendió enseguida.

—No sé nada de él. Mi madre nunca dijo mucho sobre él. —Cuando su abuelita no dijo nada, Annie decidió no presionarla—. Pondré el agua a hervir.

—Esta mañana, hice ensalada de atún —gritó su abuelita—. Si tienes hambre, está en el estante de arriba del refrigerador. Sírvete. También hay una lata de duraznos en conserva.

—¿Vino Corban esta semana?

—El miércoles. Supongo que mañana aparecerá de nuevo. Cree que me saca más información cuando estás aquí.

Annie se rio.

—Pensó que lo hacía sutilmente.

—Tan sutil como una aplanadora. Cualquier persona con medio cerebro podría adivinar la intención de ese cuento chino. Si algo me sucediera, buscarían en mi libreta de contactos hasta encontrar los números telefónicos bajo «en caso de emergencia», y llamarían a tu madre o a tu tío. O a ti. A propósito, ¿trajiste al loro? ¿El que dijiste que tuvo un colapso nervioso?

—Está aquí.

—¿Tuvo alguna mejoría? Echémosle un vistazo.

—Empezó a comer otra vez. —Quitó el cobertor de la jaula de Bernabé y la llevó a la sala—. Me alegro de que me hayas dejado traerlo, abuelita. Susan está muy preocupada por él. Ahora que comenzó a comer otra vez, Susan está convencida de que la está castigando con su silencio.

—¡Vaya que es bonito!

—Es un loro arcoíris.

—Algunas aves son gregarias. Quizás estaría mejor con una compañera.

—Raúl pagó quinientos dólares por Bernabé, abuelita. A ese precio, me temo que su destino es ser soltero.

—¡Quinientos dólares por un pájaro! ¡Eso es más de lo que yo ganaba al mes! ¿Qué hacía para ganarse la vida ese hombre? ¿Vender droga?

Annie se rio.

—Es policía.

—Bueno, debería haberse conseguido un pastor alemán. Le habría costado menos y podría llevarlo al trabajo con él. ¿Por qué no dejas a Bernabé en aquella mesa, junto a la ventana delantera a la izquierda de la puerta? Allí hay mucha luz. Tal vez eso le guste.

Annie dejó la jaula delicadamente. Bernabé se sacudió una vez y se quedó quieto.

—Antes, caminaba de un lado al otro en su percha y hablaba todo el tiempo. Raúl le dejaba el televisor encendido día y noche para que le hiciera compañía.

Su abuelita se levantó y encendió el televisor.

—¿Algún canal en particular?

—No nos lo ha dicho. —Annie le sonrió al pájaro.

Su abuelita sonrió y eligió un concierto de la televisión pública.

—Puede que eso aplaque sus plumas erizadas.

Annie regresó a la cocina. Había tenido sus dudas de cómo recibiría su abuelita a Bernabé, pero la oyó hablándole y sonrió para sí misma. Esperaba que su abuelita Leota se quedara con Bernabé cuando se lo ofreciera. Había leído que las mascotas prolongaban la vida de las personas, y deseaba tener a su abuelita muchos años más. Tal vez Bernabé podía ser justo lo que ella necesitaba.

Llevó la taza con chocolate caliente a la sala y la dejó al lado de Leota. El fuego del hogar crepitaba.

—¿Estás entrando en calor?

—Sí, gracias. No debí quedarme tanto tiempo afuera. El trabajo solía mantenerme bastante abrigada, pero estar de pie y apoyada sobre una escoba no hace circular la sangre. ¿Por qué no sales y pintas esa escultura metálica mientras duermo la siesta?

Los ojos de la abuelita Leota fueron cerrándose mientras terminaba de hablar y Annie, mirando con preocupación su rostro todavía pálido, se dirigió al jardín.



Cuando Annie terminó, retrocedió unos pasos para contemplar el efecto. Las cintas rojas, anaranjadas y amarillas de metal brotaban hacia afuera de la tubería gris como una explosión de color en el jardín otoñal. Algunas hojas de los árboles frutales también estaban empezando a cambiar. Una clemátide estaba creciendo cerca de la escultura y Annie enroscó varios zarcillos alrededor de la base de la tubería, pensando lo bonita que se vería si la enredadera creciera ocultando una parte del metal.

Volvió a guardar las latas de pintura en aerosol en la bolsa plástica y la dejó en el suelo, junto a la puerta de atrás. La abuelita Leota estaba dormida; su sillón reclinable recostado hacia atrás justo lo suficiente para que sus pies levantados no interfirieran con su vista del televisor. El concierto había terminado y unos actores hablaban con acento británico. Annie suponía que el programa era una novela policial de Agatha Christie. Bernabé picoteaba en su comedero. Desde «el incidente», como lo llamaba Susan, se había vuelto muy pulcro. Si Bernabé le agradaba lo suficiente a su abuelita, Annie había decidido que sacaría el posadero del baúl de su carro y lo armaría para poder quitar la tapa de la jaula.

Annie llevó su bolso al cuarto de huéspedes. Colgó el vestido que pensaba usar el domingo para ir al servicio de adoración; luego, sacó su cuaderno de bocetos y sus lápices. El resto de la tarde, hizo estudios en blanco y negro. Calmada por el suave ruido de fondo del televisor, dibujó el rostro de su abuelita mientras dormía en su gran sillón. Delineó sus manos venosas y delicadas. Luego, hizo unos bosquejos rápidos de la chimenea y la repisa, de Bernabé en la mesa al lado de la ventana, de la lámpara sobre la mesa lateral de su abuelita con el tapete, la Biblia y los anteojos para leer.

Cuando la mano se le empezó a acalambrar, Annie dejó a un lado el cuaderno de bocetos y los lápices y fue a la cocina para empezar a preparar la cena. Encontró un recipiente en un gabinete y condimentos en otro. Mezcló los ingredientes para el pastel de carne. Después de lavarse las manos, encendió el horno y revisó los gabinetes de abajo, buscando una fuente para horno. En ella, metió a presión el pastel de carne y lo puso a hornear. Lavó dos papas de cáscara roja, las metió en una olla con agua y la dejó sobre la hornilla para encenderla después. Rebanaría y cocería al vapor el calabacín mientras hervían las papas.

Sonó el teléfono. Annie se asomó a la puerta mientras su abuelita atendía. Se dio vuelta, buscó dos platos y cubiertos y puso la mesa para dos en la cocina.

—¡Annie! —gritó su abuelita—. ¿Te molestaría que Corban pasara un rato esta noche?

—La cena estará lista en una hora, abuelita. Hay de sobra para uno más. —Esperó un momento y se paró en la puerta—. ¿Dijo que sí?

—Viene en camino.

Annie agregó un par de cubiertos a la mesa, dos papas más a la olla y fue a sentarse con su abuelita en la sala. Se sentó en el sofá con las piernas cruzadas y apoyó el cuaderno de bocetos y la caja de lápices en la mesa lateral.

—No tenía intención de dormir tanto tiempo. —Su abuelita se movió como si estuviera liberándose de la tensión de los hombros y la espalda—. No soy una gran compañía para ti.

—Yo disfruto tu compañía, abuelita, despierta o dormida.

Leota bajó el sillón para que sus pies volvieran al suelo. Se impulsó para levantarse, se quedó un momento parada y empezó a pisar con un pie, y luego con el otro.

—¿Estás bien, abuelita?

Echó a caminar a un paso lento.

—Estoy en una edad en que necesito activar la circulación antes de emprender largas caminatas.

—¿Adónde vas?

—Al baño. Y después, a mi cuarto a buscar un suéter.

—Yo puedo traerte el suéter.

—Yo sé que puedes, pero lo haré yo. Si no me muevo un poco por aquí, me transformaré en este sillón y tendrán que sepultarme con él y todo.

Annie se estremeció ante la idea y la rechazó rápidamente. No tenía sentido ponerse lúgubre. La abuelita viviría un largo tiempo.



Annie saludó a Corban en la puerta cuando llegó.

—Buenas noches, señora Reinhardt —dijo él formalmente mientras entraba a la sala.

—Creo que ya nos conocemos lo suficiente para que pueda decirme Leota —dijo ella desde su sillón—. ¿Dónde está su cuaderno?

—Lo dejé en el carro. —Torció la boca con pesar—. Parece que se queda callada cuando lo tengo en la mano.

—¿Cómo le cae a su novia que pase la noche del viernes aquí, conmigo y con mi hermosa nieta?

—Abuelita...

—Ruth se fue a la ciudad con algunas amigas.

—¿Noche de chicas?

—Mañana en la mañana hay una marcha. Una manifestación política. Ellas estarán en primera fila. —No parecía contento al respecto.

—La cena está lista, abuelita —dijo Annie con la esperanza de evitar que tuviera que seguir dando explicaciones. Corban ayudó a su abuelita a levantarse.

—Está aprendiendo —dijo Leota, sonriéndole. Annie notó que se mostró desalentado por el cumplido. Está muy a la defensiva, Señor. ¿Qué podemos hacer para que su corazón se ablande y pueda relajarse para que sea él mismo? Es como una tortuga de tierra, se mete adentro y se cierra, esperando que le caiga un martillo encima. Annie los siguió a la cocina. Cuando estuvieron sentados, Leota lo miró—. ¿Quisiera hacer los honores?

—¿Los honores?

—Orar.

Él se ruborizó hasta las raíces de su cabello.

—No acostumbro orar.

—¿No lo hace o no quiere hacerlo?

—La religión nunca fue parte de mi vida.

—Tampoco ha tenido gran protagonismo en la mía. Sin embargo, la fe lo es todo. —La abuelita estiró las manos. Annie extendió la suya al otro lado de la mesa para tomar la de Corban, de manera que se unieron en un círculo. Corban parecía indudablemente incómodo pero resignado. La abuelita Leota agachó la cabeza. Annie hizo lo mismo y cerró los ojos.

—Padre —dijo su abuelita con solemnidad—, bendice esta comida para el uso de nuestro cuerpo y bendice las manos que la prepararon para nosotros. Y ayúdanos, Señor Jesús, a ministrar a este pobre muchacho pagano. Amén.

Annie apretó los labios uno contra el otro, tratando de no reír. Miró furtivamente a Corban, cuyo rostro estaba aún más rojo.

—Gracias —dijo él, sombríamente.

—De nada. —Su abuelita habló sin el menor indicio de humor. Le ofreció un recipiente—. ¿Calabacín?

La lluvia golpeteaba el techo mientras los tres cenaban juntos. La abuelita Leota hizo una pausa y miró el jardín.

—Esa cosa se ve bien ahí afuera. Será lo único de color hasta la primavera.

Corban echó un vistazo. Su entrecejo subió y bajó.

—Bueno, eso es, sin duda... diferente.

Annie no supo si le había gustado o no, pero no se preocupó.

—¿Más pastel de carne, abuelita?

—No, gracias, querida. En general, no como tanto. Tengo que cuidar mi silueta joven y femenina, ¿sabes? —Miró hacia la ventana exterior cubierta por la lluvia—. Quedan algunos espacios vacíos para que los llenes, Annie. —Le sonrió a Corban—. Y usted también, si la imaginación lo acompaña.

—¿Que llene con qué? —dijo él.

—Con lo que tenga que ofrecer.

Corban echó un vistazo hacia el jardín y volvió a mirarlas, completamente perdido.

—Estaba pensando en bolas de boliche —dijo Annie.

—¿De qué estás hablando? —dijo Corban un poco frustrado.

—De bolas de boliche —repitió Annie—. Hay de todos los colores. Compré dos en una venta de artículos usados. Una amarilla y una jaspeada de rosado con rojo.

—¿Para qué?

Ella encogió los hombros.

—Ah, no lo sé. Eran lindas y no costaban mucho.

Él dejó escapar una risa áspera y pinchó un pedazo de papa.

—Suena como trasladar un cachivache de un lugar a otro.

—¡Por el amor del cielo, Corban! —La abuelita lo miró con el ceño fruncido—. ¿Nunca fuiste un niño pequeño?

Annie notó que su abuelita había salido a defenderla y se sintió conmovida.

—Pensé que podrían verse interesantes en el jardín. ¿Te animas?

—Haz lo que quieras ahí afuera, tesoro. El jardín es más tuyo que mío, ahora.

Alarmada, Annie apoyó una mano sobre la de su abuelita.

—Nunca será mío, abuelita. Es tu jardín. Yo no cambiaré nada si no lo deseas...

—Tonterías. Ahora, guarda silencio, y escucha. El jardín es solamente tuyo, siempre y cuando lo siembres, le quites la maleza, lo cultives, lo riegues y lo podes. Un jardín necesita mucho cariño y atención. Sal y disfrútalo. El Señor sabe que estuvo mucho tiempo descuidado. El solo verte trabajar y poner manos a la obra es para mí un placer indescriptible. Así que, adelante: trae las bolas de boliche y cualquier otra cosa que quieras.

Annie se mordió el labio, sintiendo que el dolor era más profundo. ¿Estaba dándose por vencida su abuelita? Ella no quería quedar a cargo del jardín. Quería acompañar a su abuelita para que lo disfrutaran juntas. Tenía tanto que aprender. Había tantas cosas que su abuelita podía enseñarle. Oh, Señor, danos tiempo. Por favor, danos tiempo.

La abuelita Leota le dio unas palmaditas sobre su mano.

—No te aflijas, Annie. —Una vez más, miró hacia afuera—. De todas maneras, nunca me perteneció. Tenía tantas esperanzas, tantos sueños, mientras estaba afuera. —Apretó la mano ligeramente—. Es un montón de trabajo. Al principio, no te das cuenta. Tienes que ablandar la tierra con la azada y fertilizar. Luego, siembras la semillas, riegas y quitas la maleza conforme pasa el tiempo y esperas a que crezcan. Luego, tienes que proteger las plántulas de las plagas y podar cuando crecen demasiado rápido y se descontrolan. A veces, se te escapan completamente. A veces mueren, y no sabes por qué. Pero otras veces florecen, y puedes compartirlas con todos. De eso se trata, ¿lo ves? De dar fruto. Llevar la dulce fragancia...

Sus ojos se humedecieron.

—Esos tres árboles del fondo en los que trabajaron ustedes dos deberían dar frutos este año. —Soltó la mano de Annie—. Si no lo hacen córtalos.

Annie sintió que le dolía el corazón. Ahí estaba otra vez la sensación de que su abuelita no estaba hablando tanto de lo que sucedía al otro lado de la ventana, sino de lo que había pasado dentro de la casa. Sintió el escozor de unas lágrimas ardientes y gruesas. Notó que Corban la miraba, perplejo. ¿Él no sentía nada por lo que la abuelita acababa de decir? ¿O era simplemente que no entendía?

—¿Al abuelo también le gustaba la jardinería?

Su abuelita pestañeó y bajó la vista a su plato.

—No había un jardín cuando se fue a la guerra. Mamá y papá Reinhardt lo empezaron, pero todo lo que plantaba mamá se marchitaba y moría. Después de que vine a vivir con ellos, los quehaceres externos recayeron sobre mí. Y parece que tenía buena mano para la jardinería. Al poco tiempo, dejó de ser una obligación para mí porque me encantaba estar ahí afuera, al aire libre y bajo los rayos del sol. Desde el principio, el jardín se convirtió en mi lugar. Verás, yo trabajaba todo el día, y cuando llegaba a casa... bueno, el jardín era el refugio donde podía resolver mis penas y mis frustraciones, y hacer que el gozo fluyera nuevamente en mi interior.

—¿Te ayudaba mi madre?

—A veces Eleonora salía afuera. Yo esperaba que le gustara como a mí, pero nunca pareció tomarle cariño. Se apegó mucho a tu bisabuela, ¿sabes?, así que se quedaba adentro la mayor parte del tiempo. Eleonora era muy pequeña cuando nos mudamos aquí y Mamá Reinhardt se encargó de criarla a ella y a tu tío Jorge cuando yo salía a trabajar. Mamá Reinhardt nunca lo aprobó.

Corban apartó su plato y se inclinó hacia adelante en la mesa.

—¿Nunca la aprobó a usted o que trabajara?

—A ninguna de las dos, supongo. Ella no entendía. Eran tiempos difíciles. Nuestro país estaba en guerra contra Japón y contra Alemania. Mamá y Papá Reinhardt eran inmigrantes alemanes, ambos hablaban con mucho acento. En el caso de mamá no importaba demasiado porque, de todas maneras, no habría salido a trabajar. Pero nadie quería contratar a Gottlieb Reinhardt. Era un profesional, un ingeniero, y su orgullo se sentía terriblemente herido porque lo miraban con sospecha. Nunca habló de discriminación. No era como hoy en día, que todo el mundo grita porque es discriminado, pero era un golpe contra su honor y su integridad. No estaba enojado; se sentía avergonzado. Mamá no supo nada de esto hasta varios años después.

—¿Cómo podría no saberlo, abuelita?

—Él era un hombre muy discreto, mi cielo. No gimoteaba ni se quejaba. Todas las mañanas, salía y se mantenía fuera de la casa todo el día, recurriendo a sus ahorros cuando dejaron de llegar los cheques de pago. Ella creía que salía a trabajar. Él buscó trabajo durante meses, recorriendo las calles, tocando puertas, ofreciendo su experiencia y su conocimiento. Después de un tiempo, se dio por vencido. Iba al parque Dimond, se sentaba en un banco y leía.

Annie vio lágrimas en los ojos de su abuelita.

—Era demasiado orgulloso para decirle a Mamá Reinhardt que nadie quería contratar a un alemán. Ambos eran ciudadanos naturalizados, pero eso no le interesaba a nadie. La gente tenía miedo y desconfiaba. —Sonrió con tristeza—. Hasta hace unas pocas semanas, no sabía que tenían la ciudadanía. Encontré los documentos con algunas cartas viejas.

—Entonces, ¿te mudaste a vivir con la bisabuela y el bisabuelo para ayudarlos económicamente?

—Ah, no era tan moralista ni tan altruista. Yo también necesitaba ayuda. Papá estaba preocupado porque iban a perder la casa. Le escribió a Bernard sobre la situación, esperando que

su hijo pudiera ayudarlo. Bernard me escribió. A mí apenas me alcanzaba el dinero y Bernard creyó que era una respuesta del cielo para todos. Pensó que también era una buena manera para que yo conociera mejor a mamá. Y así tendría a alguien que cuidara a Jorge y a Eleonora, para que yo buscara un empleo y ayudara hasta que papá encontrara algo. Como tantos hombres se habían ido, sobraban los empleos. Pero no para los alemanes, ¿sabes? Entonces, vine a ver a papá y le hablé al respecto. Papá dijo que me mudara a vivir con ellos, y lo hice. Encontré trabajo esa misma semana.

—¿Y eso no hirió su orgullo? —Corban parecía escéptico.

—Papá sabía que había trabajado antes de casarme con Bernard. De hecho, había trabajado la mayor parte de mi vida, como la mayoría de las personas en aquella época. No le contó la situación completa a mamá, y no me correspondía a mí hacerlo, tampoco. Las cosas ya estaban bastante mal entre mamá y yo, como para que le refregara por las narices que era yo la que pagaba el techo que tenía sobre su cabeza. Desde el principio se había opuesto a que Bernard se casara conmigo. Yo intentaba mantener la paz, no declarar la guerra. Mamá Reinhardt no supo lo que estaba pasando realmente hasta que Bernard volvió a casa después de la guerra. Y para entonces, era demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? —Corban frunció el entrecejo. Las palabras quedaron flotando en el aire.

—Para los niños. He tenido muchísimos años para pensar las cosas, y sé que la mayoría de nuestros problemas se remontan a esa época.

Annie sintió la angustia de su abuelita. Tomó su mano entre las suyas.

Su abuelita la miró tristemente.

—Fue realmente injusto. Tienes que ver las cosas desde el lado de Mamá Reinhardt. Durante todos esos años que yo trabajé, Mamá Reinhardt no supo que le daba el dinero a papá. Ella creía que no me importaban mis hijos. Pensaba que buscaba la manera de cargarla a ella con Jorge y con Eleonora para yo poder vivir mi vida sin preocupaciones y divirtiéndome mientras Bernard peleaba en la guerra. Papá nunca la contradijo. Era demasiado orgulloso, supongo. Le dolía demasiado. Sentía mucha vergüenza. Los más perjudicados fueron los niños, y yo no lo entendí del todo. Estaba atrapada por mis propios resentimientos y frustraciones. Mamá Reinhardt amaba a Jorge y a Eleonora a su manera, pero decía cosas muy hirientes de mí. Y como eran tan pequeños, las creyeron todas.

Suspiró.

—Ahora, miro hacia atrás y me doy cuenta de que todos mis actos daban a entender que ellos no me importaban. Yo trabajaba todo el día; cinco, a veces, seis días por semana. Luego, iba a la iglesia los domingos. No era la misma denominación a la que mamá y papá habían ido en Alemania, entonces, mamá se paraba en la puerta y me decía que yo iba en contra de todo lo que Bernard quería.

—¿Era cierto eso?

—Desde luego que no, pero era lo que ella creía y hacía las cosas difíciles para los niños. Pasaban tanto tiempo con mamá, que cada vez le eran más leales a ella. Y yo lo empeoraba. La mayoría de las veces, me mordía la lengua y alimentaba mis quejas contra ella. Afortunadamente, tenía una buena amiga, Cosma. Era un amor. Trabajábamos juntas. Su esposo también estaba sirviendo en el ejército. A veces, ayudábamos como voluntarias en el local de recreación de las Fuerzas Armadas. Les servíamos café y galletitas a los soldados y bailábamos con ellos.

Negó con la cabeza.

—Nunca olvidaré una noche en que Mamá Reinhardt se quedó levantada esperándome. Me insultó en alemán. Yo no sabía lo que significaban sus palabras, pero vi la cara que tenía y escuché el tono de su voz. —Se rio suavemente, sin alegría—. Perdí la paciencia y le dije que creía saberlo todo. Ella dijo que, cuando su hijo regresara, iba a contarle todo sobre mí y que, después, me sacaría de su casa. En ese momento, papá se levantó de la cama y se interpuso entre las dos. Yo pensé que él le contaría la situación entonces. Esperé y oré para que lo hiciera.

—Pero no lo hizo —dijo Corban, con unos ojos turbios.

—No del todo, y yo no me atreví.

—¿Por qué no? Se lo merecía.

Negó lentamente con la cabeza.

—Cuando aplasta el orgullo de alguien, Corban, gana un enemigo, no un amigo.

—Ya era su enemiga —dijo él, encogiéndose de hombros.

—Papá no. Él estaba de mi lado. Eso pudo haber sido parte de la hostilidad de mamá. Dijo que no podía decírselo aún, pero que lo haría. Yo sabía que era mejor dejárselo a él y esperar.

—¿Se lo contó? —El corazón de Annie sentía dolor por todo lo que había soportado su abuelita.

—Con el tiempo. —Apartó su plato. Annie vio que le temblaban las manos—. Esto es muy difícil. Estás escuchando las cosas únicamente de mi lado y veo que lo que me pasó te hiere, pero las cosas nunca son tan simples. Debes tratar de entender y no resentir a Mamá Reinhardt. —Se estiró para palmear la mano de Annie—. Somos familia, ¿sabes? Su sangre corre por tus venas, igual que la mía. Piénsalo desde su perspectiva. Yo no me parecía a nadie que ella conociera. Era muy independiente. Muy moderna. Muy estadounidense. —Sonrió con tristeza—. Se opuso a que tu abuelo se casara conmigo por todo eso. Pensaba que Bernard sería más feliz si se casaba con una chica más parecida a las de su tierra natal.

Leota colocó los utensilios de su cena sobre su plato.

—Creo que cuando me mudé a su casa, ella estaba convencida de que yo trataría de hacerme cargo de todo. Por eso luchó contra mí desde el principio. No quería que cocinara, limpiara o hiciera algo en la casa. Cuando salí a trabajar, eso no hizo más que justificar lo que pensaba de mí. Yo no la entendía más de lo que ella me entendía a mí. Le costaba el inglés. De hecho, ella y papá hablaban en alemán la mayor parte del tiempo. Yo me mantenía fuera de su camino todo lo que podía. Era bastante difícil de lograr en una casa pequeña, por eso trabajaba en el jardín. Pensaba que así les daría espacio para estar a solas, y me daría tiempo a solas con mis hijos.

—Pero no resultó así. —Annie sabía que su madre odiaba la jardinería más que nada en este mundo. Y ahora sabía por qué. Su madre nunca había entendido que la abuelita Leota le estaba extendiendo una invitación. Siempre se refería al jardín como un lugar de trabajo, en lugar de un trabajo de amor.

—No, no resultó de esa manera. Las cosas rara vez salen como las planeamos.

—¿Qué pasó cuando su esposo volvió a casa de la guerra? —dijo Corban—. ¿Arregló las cosas?

—Tuvimos un nuevo conjunto de problemas. —Estiró la mano para agarrar el plato de Corban—. ¿Terminó?

Annie vio que la expresión de su abuelita cambiaba sutilmente. La abuelita Leota no quería hablar del abuelo Bernard. El dolor se notaba claramente en sus ojos. Recuerdos demasiado dolorosos para las lágrimas.

Corban también debió sentirlo.

—Sí —dijo él lentamente y le entregó su plato vacío—. La mejor comida que he comido en mucho tiempo.

Annie agradeció que no presionara a su abuelita con más preguntas. Cuando él la miró, ella le dirigió una sonrisa.

La abuelita Leota tomó sus utensilios y los puso sobre su plato. Luego, deslizó con cuidado el plato debajo del suyo. Le tendió la mano a Annie. Annie no quería que dejara de hablar del pasado; necesitaba saber todo para entender a su madre.

—¿Alguna vez pudiste hacer las paces con Mamá Reinhardt, abuelita?

—Años después. —Suspiró con las manos apoyadas sobre la mesa—. Es difícil de explicar. Creo que ella supo que fue mi sueldo el que salvó la casa, porque papá se la transfirió a Bernard ni bien volvió de la guerra. Pero no fue sino hasta años después, cuando papá se estaba muriendo, que le contó todo. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Fue entonces cuando cambió conmigo.

Pestañeó y se quedó callada y quieta un momento.

—Yo sabía que estaba arrepentida. En ese momento, también la comprendí mejor. Llegamos a un entendimiento. Nos quisimos lo mejor que pudimos. Hacia el final, creo que las dos superamos completamente el pasado. —Respiró hondo, soltó el aire poco a poco y empujó su silla para apartarla de la mesa—. Después de todo lo que dijimos e hicimos, ella fue mi única compañía cuando tu abuelo murió.

Annie sintió la angustia de esa declaración tranquila. Al final, ambas mujeres se habían quedado solas. Ella entendía la plenitud de eso, pues su madre había llorado lágrimas amargas cuando la bisabuela Reinhardt murió.

«Habría ido a verla, si mi madre no hubiera estado ahí todavía...».

Llena de pena y de una sensación de vergüenza que no podía definir, Annie se levantó.

—Yo lavaré los platos, abuelita.

—Puedes dejarlos en el fregadero por mí, pero yo lo haré. Necesito estar parada un rato y hacer algo.

Annie cedió. Sabía que era parte de su naturaleza intervenir y tratar de encargarse de las tareas del hogar, pero hacer todo por su abuelita no era compasivo ni amable. Efectivamente, su abuelita necesitaba levantarse, andar por la casa y hacer cosas por sí misma. Sobre todo, necesitaba saber que era útil. Llegaría un momento en el que necesitaría más cuidados, pero no era este. Aún no. No ahora. Dejando los platos y cubiertos en el fregadero, Annie se hizo a un lado.

—Los platos son todos tuyos, querida. ¿Quieres que los seque?

—No. Los dejaremos en el escurridor. Se supone que es más sano. Corban, ¿por qué no trae otro atado de leña y aviva el fuego? Me uniré a ustedes en la sala cuando haya terminado aquí.

Annie entendió. Su abuelita estaba pidiendo unos momentos para estar sola. Miró a Corban y vio que él también entendió. Se levantó y fue a la otra sala. Annie rodeó los hombros de su abuelita con sus brazos y la besó en la mejilla.

—Te amo, abuelita —dijo, cohibida por su voz gruesa—. Te amo mucho.

Su abuelita la miró con sus ojos azules llenos de lágrimas.

—Yo también te amo. Y, por encima de lo que sea que te haya dicho tu madre, también la

amo a ella. Siempre la amé. Siempre la amaré.



Corban puso las ramas cortadas en el fuego. Annie estaba detrás de él, acariciando al lorito.

—No sabía que tu abuela tenía un pájaro.

—Bernabé es de mi compañera de departamento, pero ella espera que la abuelita Leota quiera adoptarlo. Y tú también esperas eso, ¿verdad, Bernabé? —Giró la cabeza y volvió a sonreírle a Corban. La dulzura de esa sonrisa lo tomó desprevenido—. Susan y yo no tenemos tiempo suficiente para estar con Bernabé —acarició otra vez al loro— y los pájaros necesitan compañía.

Corban estaba perturbado por cómo había reaccionado ante Annie. Buscando distraerse de alguna manera, agarró su cuaderno de bocetos.

—¿Esto es tuyo?

Lo miró y sus ojos pestañearon, avergonzados.

—Sí —dijo simplemente, y desvió la mirada. Él se preguntó si la preocupaba lo que pudiera decirle. ¿Creería que era tan malvado como para criticar ferozmente su trabajo?

—¿Te molestaría que les eche un vistazo? —Estaba decidido a demostrarle que podía ser amable.

—Supongo que no. Estaba practicando.

El primer boceto lo sorprendió.

—Son muy buenos, Anne. —Le asombraba cuánto.

—¿De verdad lo piensas?

Parecía muy vulnerable. ¿En verdad tenía la autoestima tan baja? Se dominó al recordar que la primera vez que salió con Ruth, había visto una mirada similar en ella, aunque no había vuelto a verla desde que se había mudado a su departamento. A veces se preguntaba si Ruth había sido realmente vulnerable, o si todo había sido una farsa. En el mismo momento en que se le ocurrió esa idea, se sintió culpable. Últimamente, Ruth se estaba esforzando más, aunque él notaba cierta dureza debajo de las sonrisas superficiales. ¿Era su atracción hacia Anne-Lynn Gardner la que lo hacía ver a Ruth Coldwell bajo una perspectiva distinta y cuestionar cuáles eran sus sentimientos por él?

¿Qué decir de sus propias intenciones y sentimientos? ¿Se animaba a escudriñar su propio comportamiento? Con la boca apretada, se sentó en el sofá y siguió hojeando el cuaderno.

—¿Cuánto hace que estudias?

—Acabo de empezar mis clases en el instituto de arte, pero siempre me encantó dibujar.

—¿Sabes qué vas a hacer con esto? —dijo él, analizando una página—. Quiero decir, ¿para ganarte la vida?

Ella se incorporó despacio y le susurró al pájaro antes de contestarle a Corban.

—Ah, todavía no lo sé. Por ahora, estoy aprendiendo lo básico.

—¿Qué te apasiona?

—El Señor.

Él la miró. No había habido la menor duda ni vergüenza en su respuesta. ¿La había oído bien?

—¿Disculpa? —¿Era alguna clase de fanática religiosa? No parecía de ese tipo.

Ella pareció pensarlo por un momento. Sonrió y se encogió de hombros.

—Quiero pintar cosas que glorifiquen a Dios.

—¿Paisajes? ¿Esa clase de cosas?

—Y las esculturas de metal que compro en las ventas de garaje. O paredes. —Se rio de sí misma—. Lo que sea. El Señor me lo hará saber en Su momento.

No era una cabeza de chorlito. Simplemente, era rara. Su rostro estaba iluminado, sus ojos azules brillaban como encendidos desde adentro. Él pensó que era la chica más hermosa que hubiera visto en su vida, incluida Ruth. Aunque estuviera un poco loca.

No pudo evitar sonreír. A diferencia de Ruth, que todo el tiempo lo confundía, esta chica lo hacía sentir cómodo. Y le causaba curiosidad.

—No hablabas en broma sobre las bolas de boliche, ¿verdad?

—No, no era broma. —Ella se rio—. Las visitas podrían imaginar que son huevos de dinosaurios, ¿no te parece?

Su risa no era forzada ni frívola. Estaba llena de calidez y surgía de ella como un torrente, y era contagiosa. Él sonrió.

—No lo había pensado. Si veo alguna en una venta de garaje, te la compraré. ¿Qué dices?

—¿Vas a ventas de garaje?

—No muy seguido.

Ella lo miró de forma dudosa.

—¿Alguna vez? Vamos, Corban. Dime la verdad.

Le recordaba a su abuela, que lo pescaba en cada mentira piadosa.

—Está bien. Una o dos veces. Por curiosidad. Pero empezaré a prestarles atención. Lo prometo. Quiero decir: no me había dado cuenta de que la gente vendiera cosas tan valiosas como las bolas de boliche. ¿Alguna otra cosa en tu lista de deseos? ¿Una vieja raqueta de tenis, tal vez? ¿Unos palos de golf?

Ella sonrió.

—Bueno, déjame pensar un minuto. —Se sentó en el otro extremo del sofá y cruzó las piernas al estilo indio—. Sí a la raqueta de tenis y a los palos de golf. Tengo algunas ideas de cómo podría usarlos. Pero me interesan más los viejos baldes de lavado y las regaderas, las pajareras, los animales de cerámica, las macetas y las piedras grandes... esa clase de cosas. ¿Qué te parece eso para empezar?

—¿Crees que soy Rockefeller?

—Regatea. Lleva la cuenta. Te lo pagaré. Solo no gastes una fortuna.

—Estaba bromeando, Anne. —Torció la boca—. El dinero no es un problema para mí.

Ella inclinó ligeramente la cabeza, mirándolo con una expresión rara.

—Creo que debe ser un problema mayor de lo que crees.

Él frunció el ceño y desvió la mirada de su intenso escrutinio. Dio vuelta a otra hoja de su cuaderno de bocetos y le dio unos golpecitos al dibujo.

—Este es bueno de verdad, Anne. —El bosquejo de las manos de Leota Reinhardt era tan real que él pudo ver la calidad de su piel fina como el papel, las venas, el anillo de bodas que se había convertido en parte de su dedo, las uñas cortas. Eran manos que habían trabajado duro, pero tenían gracia.

—Perdona si me pasé de la raya. —La disculpa fue tranquila y dicha con total sinceridad.

Él exhaló y la miró otra vez.

—Tener dinero trae sus inconvenientes. —Volvió a pensar en Ruth. Sería bueno saber cuál era su situación con ella. No recordaba que fuera tan ofensiva ni que estuviera tan a la defensiva antes de que empezaran a vivir juntos. ¿O fue cuando empezaron a dormir juntos que las cosas cambiaron? Ya no estaba seguro de nada. Solo sabía que algo no andaba bien. Algo oscuro estaba operando debajo de la superficie, algo letal que estaba socavando la relación que había esperado tener con ella.

Se quedó mirando uno de los dibujos de Anne y se maravilló al ver los detalles.

Anne se inclinó para ver qué estaba analizando.

—Siempre me pareció que sus manos son hermosas. ¿No te parece? Ahora hay tantas mujeres de manos suaves y uñas largas forradas con seda y pintadas con lindos esmaltes en tonos rosados y rojos. Pero las manos de mi abuelita tienen tanto... carácter.

Ella tenía razón. Pensó en Ruth y en el tiempo que dedicaba a sus manos y uñas; al cabello, y a su cuerpo... hasta a los pies. Se sentaba, limaba sus pies y los masajeaba con cremas caras. Todo en Ruth estaba ensayado, hasta las lecciones de canto. Ruth era una obra en proceso. El sonido de los videos de ejercicios resonó en su cabeza. Cuando se le cruzó ese pensamiento, se rio en voz baja.

—¿Qué? —Anne miró su rostro, curiosa.

—Trataba de imaginar a tu abuela haciendo rutinas de gimnasia frente al televisor.

Anne se rio. Ah, cómo se reía. Le fascinaba el sonido de su risa. Le encantaba ver su rostro. A su vez, ella lo hizo reír. Cielos, se sentía bien no tener que preocuparse de si se ofendería por su alegría.

—¿De qué se ríen, ustedes dos? —dijo Leota desde la entrada, con un paño de cocina colgado sobre su hombro.

—Creí que ibas a dejar que los platos se secaran solos, abuelita. Solo querías librarte de nosotros.

—Esta vieja yegua no está jubilada del todo.

Corban le sonrió a la anciana, disfrutando el momento.

—¿Usted hace ejercicios, Leota?

—¿Se refiere a ejercicios con pesas? —Le dedicó una mirada divertida—. Últimamente, no.

Anne se rio más fuerte.

—Agrega pesas a la lista, Corban. Abuelita, ¿no quedarían geniales en el jardín? Podríamos apoyar una en posición vertical contra la cerca y apuntar una enredadera de rosas miniatura para que trepe por ella. De todas maneras, la mayoría de las personas compran equipos para hacer ejercicios y dejan que acumule polvo en un rincón.

—Si encuentras algunas pesas, puedes traerlas y plantarlas. —Con esta declaración, Leota regresó a la cocina.

Corban volteó otra hoja en el cuaderno de bocetos de Anne.

—¿De dónde sacaste estos diseños? —Estudió los remolinos y los rizos intrincados, la clase de modelos que podía encontrar en un lugar morisco.

—Ah, solo estaba haciendo garabatos. —Ella se levantó y caminó hacia la cocina.

¿Solo haciendo garabatos? Corban la observó, deteniéndose en la abundante caída de su largo cabello rizado rubio rojizo, atado hacia atrás en la nuca y cayendo sobre su forma ágil. Era más delgada que Ruth, pero, definitivamente tenía curvas en todos los lugares correctos. Se vestía despreocupadamente, con un suéter rosa a la cintura, jeans azules gastados y zapatillas deportivas viejas. Ruth también usaba Levi’s, generalmente con una camiseta blanca, un cinturón de cuero negro y un blazer color marrón con un prendedor de oro en la solapa. Ni muerta la encontrarían con unos jeans con manchas de césped o de tierra en las rodillas y el bolsillo trasero roto.

Hojeó las páginas restantes del cuaderno de bocetos, admirando los trabajos de Anne; luego, lo dejó a un lado cuando las dos mujeres regresaron a la sala. Leota se acomodó. Sujetándose de los apoyabrazos del sillón, se empujó para que el sillón se reclinara hacia atrás y se elevara el

reposapiés. Se veía cansada y pensativa. Lo pescó estudiándola, suspiró y cerró los ojos. ¿Pensaría que iba a empezar a interrogarla?

Anne se sentó en el sofá y tomó su cuaderno de bocetos. Corban esperaba que siguiera dibujando para observarla trabajar. En lugar de eso, lo dejó a un lado y se fijó en él.

—¿Hace cuánto trabajas como voluntario?

—Un par de meses. —Echó un vistazo a Leota y vio que tenía un ojo abierto y apuntado hacia él—. De acuerdo. Está bien. Tu abuela es mi primera asignación.

—Corban es muy altruista. Va a cambiar el mundo para bien. Solo pregúntale.

Él se sonrojó. Leota le sonreía. Resignado, miró a Anne y confesó:

—Necesitaba un sujeto para un ensayo que estoy escribiendo. Tu abuela es ese sujeto, para gran disgusto suyo.

Leota se rio entre dientes.

—Al principio, así era, pero estoy empezando a disfrutar de su augusta presencia.

—Mil gracias.

Ella cerró el ojo.

—No hay que esforzarse demasiado para sacarlo de sus casillas, ¿cierto?

—Mire quién habla.

—Muy bien. —Ella cruzó las manos sobre su regazo—. No deje que me salga con la mía en nada.

Corban decidió aceptar el desafío.

—Me gustaría saber más sobre su esposo. —Vio que los músculos del rostro de ella se tensaban un poco. ¿O había sido un gesto de dolor?—. Usted mencionó que tuvo un nuevo conjunto de problemas cuando él volvió a casa. ¿A qué clase de problemas se refería? ¿Al estrés tardío? ¿Problemas familiares? ¿De trabajo?

Leota se quedó callada.

Él se arrepintió de haber dicho algo. Qué idiota era. Podía sentir su silencio. Estaba tan callada, que se preguntó si estaría juntando fuerzas para un ataque de ira. Probablemente le diría que se marchara de su casa y no volviera a poner un pie en su umbral. Pero cuando abrió los ojos lentamente, miró a Annie, no a él.

—Bernard Gottlieb Reinhardt tenía el corazón más sensible que cualquier hombre que haya conocido en mi vida. Y es por eso que la vida se volvió tan difícil para él. Se sentía responsable por cosas sobre las que no tenía ningún tipo de control. —Su rostro se llenó de angustia. Cerró los ojos nuevamente.

¿Por qué había hecho tanto hincapié en la sensibilidad de su esposo?

Corban miró a Anne y vio las lágrimas que corrían por sus mejillas. ¿Sabía ella de qué estaba hablando su abuela? Volvió a mirar a Leota e hizo un gesto de dolor para sí mismo. Era un verdadero imbécil. Estaba empezando a aborrecer la idea de hacer un ensayo y de usar a Leota Reinhardt como parte de su investigación.

Leota inclinó el sillón hacia arriba para sentarse con la espalda derecha, las manos sobre los apoyabrazos y los pies en el piso.

—Supongo que ya es hora —dijo en voz baja. Por su expresión, Corban percibió que había tomado una decisión, y que ahora estaba decidida a seguir adelante con ella, por muy doloroso que fuera.

Ay, ¿por qué no mantuvo la boca cerrada?

—La primera vez que vi a Bernard, yo estaba en uno de los salones de baile del centro de la

ciudad. Bernard llegó con varios amigos suyos. Era de la clase de jóvenes que las muchachas notaban inmediatamente. Alto, apuesto... era rubio y tenía unos ojos azules preciosos. No había dado tres pasos dentro de aquel salón, cuando ya estaba rodeado de mujeres. No les prestó atención. —Sonrió—. A mí me encantaba bailar; especialmente el swing, y nunca me faltaba pareja de baile. Bernard se quedó parado y me observó toda la noche.

—¿Nunca te sacó a bailar, abuelita?

—Él no sabía bailar —soltó una risita—, y tenía demasiada dignidad como para aprender a bailar delante de todo el mundo.

—Entonces, ¿cómo lo conociste?

—La banda tomó un descanso. A mí me faltaba el aire y tenía calor por el baile. Bernard estaba de pie cerca de la mesa de los refrescos. Ya había pasado más de la mitad de la noche y lo único que había hecho él era mantenerse parado y mirarme. Tenía un vaso con ponche en la mano y lo bebía a sorbitos. Me sonrió y levantó su vaso. Entonces, tomé al toro por los cuernos. Caminé directo hacia él, le dije que tenía sed y extendí mi mano. Se sonrojó cuando me dio su vaso. Lo bebí todo, se lo devolví y le pedí más.

—¡Abuelita! —dijo Anne, riendo—. ¡Yo nunca tendría el valor suficiente para hacer algo así!

—La mayoría de las damas no pensarían en hacer algo semejante. Yo siempre perseguía lo que quería. Además, se me ocurrió que si lo esperaba a él, envejecería y me saldrían canas antes de que me dijera una palabra. Había rumores de guerra y la vida no parecía tan segura. Por otro lado, tal vez esa era mi excusa para ser tan descarada. No quise perder la oportunidad. Nunca antes había visto a Bernard en el salón de baile. Cuando vi que no bailaba, supuse que, probablemente, nunca volvería a verlo allí. El que no arriesga, no gana, dice el dicho. Apenas vi a tu abuelo, pensé que el riesgo de ser completamente humillada en público bien valía la posibilidad de que me invitara a salir.

—Obviamente, lo hizo.

—Oh, hizo algo mejor que eso. Me propuso matrimonio.

—¿Ahí mismo, en el salón de baile? ¿Esa noche?

—Bueno, luego. En el asiento trasero.

Corban se rio. No pudo evitarlo. Era un aspecto de Leota Reinhardt que nunca hubiera imaginado, ni en un millón de años. Ella fijó la vista en él como un francotirador a punto de disparar. Él trató de recuperar el control.

—Lo siento. —¡El asiento trasero!

—Desde luego que lo siente —dijo ella a secas—. Puedo adivinar qué conceptos inapropiados se precipitaron por esa pequeña mente sucia que tiene. ¿Alguna vez ha estado en el asiento trasero de un automóvil?

—No, señora. —Sus labios se crisparon.

—Obvio que no. Es un lugar pequeño, muy pequeño, demasiado pequeño para hacer cualquier cosa inapropiada, se lo aseguro. Especialmente cuando el carro está en movimiento y el viento sopla sobre su rostro y el carro rebota con cada bache del camino. Y no me mire con esa sonrisa insolente que tiene.

—Solo le estoy pagando con la misma moneda. ¿De quién era el carro?

—De uno de los amigos de Bernard. No puedo recordar su nombre, pero él conocía a mi amiga y preguntó si necesitábamos que nos llevaran a casa. El baile terminó tarde, y estábamos esperando el autobús cuando ellos llegaron en el carro. No había estado dos segundos en el asiento, cuando Bernard me rodeó con el brazo, se inclinó hacia mí y dijo que algún día se

casaría conmigo.

—¿Qué le dijiste, abuelita?

—Dije: "¿Qué te parece el próximo miércoles? Es mi día libre". Por supuesto, pensé que estaba bromeando. Cuando me llevó a pasear al día siguiente en la noche, me di cuenta de que no estaba bromeando.

—La nueva definición de un romance breve e intenso. —Corban dibujó en su rostro una sonrisa aún más amplia—. Una semana.

—En realidad, fue casi un año, y la mayor parte del tiempo lo dedicamos a tratar de cambiar la opinión de su madre sobre mí. Verán, Bernard regresó a su casa esa primera noche. Sus padres estaban preocupados y lo esperaron despiertos. Les dijo que había conocido a la joven con la que se casaría. Para cuando contó toda la historia, ellos estaban convencidos de que yo era... bueno, no la clase de chica que cualquiera desearía para su único hijo. Una chica que bailaba con todos los hombres jóvenes en un salón público, bebía de la copa de un desconocido y aceptaba una propuesta matrimonial en el asiento trasero de un carro. —Sonrió con tristeza—. Una Jezabel.

Se frotó los muslos como si le dolieran.

—Yo no los entendía a ellos, y ellos no me entendían a mí. Hasta que Bernard se marchó a la guerra, tuvimos muy poca relación con mamá y papá. Bernard iba a visitarlos los domingos en la tarde después de la iglesia. Yo los invité varias veces a cenar, pero... bueno, Mamá Reinhardt era muy buena cocinera, y yo era una mujer recién casada que había vivido a punta de cazuela de atún, carne en conserva con col, y papas. —Sonrió, divertida—. No lograba impresionar a Mamá Reinhardt.

Corban sintió que se despertaba un enojo en su interior ante el dolor que debió haber sentido Leota.

—Me suena como que era una vieja bruja.

—Supongo que eso es lo que usted pensó de mí al principio. —Leota le lanzó una mirada incisiva—. ¿No es así?

—Ahora que lo menciona —admitió con una sonrisa irónica.

—Quizás aún lo piensa. ¿Nunca le enseñó nadie a respetar a sus mayores?

—Sí, señora.

—Sinceramente, esa es una de las cosas que me gustan de usted, Corban. Su impertinencia. —Los ojos de Leota parpadearon y, por primera vez, a Corban lo sorprendió lo bien que le caía, realmente muy bien. Seguramente había sido alguien muy especial cuando era joven.

—Entonces, no los visitaban a menudo para cenar —dijo él, esperando retomar el hilo.

—Una vez por mes, padecíamos de la compañía de los otros. Papá me cayó bien desde el principio, pero mamá se sentaba, observaba y no decía nada. Cuando lo hacía, le hablaba en alemán a papá y él traducía.

—¿Ella no hablaba inglés?

—No muy bien. El idioma era otro obstáculo entre nosotras. El inglés no es más fácil de aprender que el alemán, pero, con los años, aprendimos a hablar la una con la otra. Más hacia el final.

—¿Aprendió mi madre a hablar alemán?

—Tu madre y tu tío Jorge hablaban alemán en casa hasta que su padre volvió de la guerra. Después de eso, nunca se volvió a hablar alemán en la casa.

Los ojos de Annie se agrandaron.

—¿Ni siquiera Papá y Mamá Reinhardt?

—No en presencia de Bernard.

Corban esperó, sabiendo que cualquier cosa que Leota tuviera que contar no saldría fácilmente. Vio las lágrimas que inundaron sus ojos mientras permanecía callada, ordenando sus pensamientos. Pestañeó, con sus manos masajeando sus muslos una y otra vez. Se veía canosa y acabada. Vulnerable. Como si se estuviera ahogando en recuerdos dolorosos.

—La lealtad de mamá se puso a prueba cuando Bernard ingresó al ejército —dijo finalmente —. Ella y papá tenían hermanos y hermanas en Alemania, todos con sus propias familias. Recuerdo que ambos decían lo loco que estaba Hitler. Leían los periódicos a diario y lloraban por cada palabra que decían sobre Alemania. Algunos editoriales los llamaban "hunos sangrientos". Los Reinhardt recibían cartas desde que habían salido de Europa, y las últimas estaban llenas de elogios entusiastas para el Führer. Por supuesto, mamá y papá contestaban enseguida con la verdad. Entonces, las cartas dejaron de llegar.

Ella se recostó hacia atrás con sus manos inmóviles.

—Yo estaba con Bernard cuando les contó que se había enrolado. Mamá Reinhardt lloró. Nunca había escuchado un llanto como ese. Gemía como si estuvieran arrancándole el corazón. Papá le dijo a Bernard que si la guerra se volvía a favor de Estados Unidos y él llegaba a Alemania, tratara de encontrar y salvar a cualquier pariente que pudiera.

Luego, se quedó en silencio. Corban se mordió el labio, dándole la oportunidad de empezar de nuevo. Sin embargo, cuando siguió callada, él no pudo contener la pregunta.

—¿Llegó a Alemania?

—Sí.

Tanto dolor en una sola palabra. Corban nunca se había dado cuenta que era posible comunicar tanto con una palabra. Annie estaba sentada calmada y en silencio, con los ojos llenos de lágrimas; parecía sentir el dolor de su abuelita como si fuera propio.

—Bernard llegó al pueblo donde habían vivido mamá y papá. La unidad con la que él estaba lo destruyó. —Pestañeó sin mirar a ninguno de los dos—. Una noche se despertó luego de tener una pesadilla recurrente. Me dijo que los hombres se habían vuelto locos, y él con ellos. Mataron a todos los que vieron. Quisieron borrar ese pueblo de la faz de la tierra.

Corban no podía creer que había escuchado bien. Se inclinó hacia adelante. ¿Por qué?

Ella lo miró desoladamente.

—Antes de que llegaran al pueblo, habían liberado un campo de concentración. Bernard dijo que no podía describir el olor, los cuerpos muertos apilados como leña. El pueblo estaba cerca, lo suficientemente cerca como para que supieran lo que sucedía allí, lo suficientemente cerca como para haber abastecido a los soldados del lugar. Bernard nunca se sobrepuso a lo que vio y a lo que hizo al respecto. —Cerró los ojos. Estaba temblando.

Annie empezó a llorar. Dejó el sofá, se arrodilló a los pies de su abuela y apoyó la cabeza sobre su regazo. Leota acarició su cabello lentamente.

—Tu abuelo dijo que cuando se desvaneció la furia que había en él, lo único que le quedó fue vergüenza. Vergüenza por lo que había hecho, pero más vergüenza por la sangre que corría en sus venas.

—¿Lo supieron alguna vez Mamá y Papá Reinhardt? —dijo Annie con lágrimas en los ojos.

—Bernard jamás dijo una palabra de eso a nadie, excepto a mí, y solamente me lo contó una vez, cuando se desahogó en contra de su voluntad. Era como un cáncer que lo devoraba por dentro. Sus padres sabían que algo terrible había sucedido en Alemania, algo tan espantoso que su hijo nunca pudo hablar de la guerra. Quizás si hubiera hablado de eso, no habría sufrido tanto.

Corban no podía imaginar lo que debió haber sentido el hombre.

—¿Cómo... cómo hizo para sobrellevar lo que había sucedido?

—Vino a casa, volvió a trabajar y trató de seguir adelante con su vida. Papá le transfirió la casa; él y Bernard construyeron el departamento que está detrás del garaje. Mamá se mudó a regañadientes, porque sentía que yo le había robado la casa. Estaba llena hasta desbordar de resentimiento. Me culpaba a mí por la depresión de Bernard, diciendo en términos inequívocos que una buena esposa sería capaz de sacar a su esposo de eso. Ella simplemente no lo entendió. Y en ese momento, yo tampoco.

Suspiró.

—Nuestras riñas deben haber empeorado las cosas para tu abuelo. Y tu madre y Jorge tenían miedo de su padre. Claro, no lo recordaban como era antes porque eran muy pequeños cuando se fue. Después de su regreso, Bernard era propenso a los ataques de ira al principio. Era un artesano excelente, pero trabajaba durante un tiempo, luego perdía los estribos y lo despedían. En los primeros cinco años que estuvo en casa, perdió un trabajo tras otro. Cuando se corrió la voz, no pudo encontrar empleo a tiempo completo. Eso lo hizo sentir peor, porque entonces era yo quien debía trabajar para pagar las cuentas. Cayó en largos períodos de silencio. Siempre había hecho trabajos maravillosos. Hizo el enrejado del jardín. Hizo los gabinetes de la cocina y ese aparador empotrado para la vajilla que está ahí. Piezas hermosas, pero lo único que conseguía eran trabajos ocasionales.

Con los ojos húmedos, Leota continuó en voz baja.

—Por las noches, se sentaba frente al televisor y bebía hasta que se quedaba dormido.

—Ay, abuelita —murmuró Annie, sosteniendo la mano de su abuela entre las suyas y frotándola dulcemente, como si quisiera darle calor.

—Era un buen hombre, pero estaba destrozado por dentro. —La boca de Leota tembló—. Y nunca supe cómo volver a armarlo. —Sus labios se torcieron en una sonrisa sin humor—. Como Humpty Dumpty. Hecho añicos.

Corban no sabía qué decir ni qué hacer para aliviar su pena. El largo silencio lo incomodaba porque señalaba su ineptitud. El silencio de diez minutos le resultaba insoportable. ¿Cómo había llevado ella el silencio de años, especialmente sabiendo cuál era su causa?

—No son únicamente los alemanes —dijo Leota como si él hubiera hablado en voz alta—. Ese es el problema. Traté de decírselo a Bernard, pero nunca quiso escuchar. Miren lo que les hicieron los japoneses a los chinos durante la masacre de Nankín y a todos los que alguna vez cayeron en sus manos durante la guerra. Miren lo que les hicieron los hombres blancos a los nativos americanos. Lo que los africanos se hacen unos a otros. Tenemos las guerras santas en Medio Oriente, la yihad contra nosotros, el genocidio en el Sudeste asiático y a los soviéticos causando divisiones y apuntando sus ojivas a todas partes. Aquí, en nuestro propio país, ahora mismo, sientes que la marea está volviéndose contra los cristianos. Los difaman y los acusan de toda clase de cosas. No. No hay nada nuevo bajo el sol. Recuerdo que en los años sesenta pensaba, cuando sucedieron los disturbios de Watts, que lo que pasó en Alemania podría suceder aquí. Y después, estalló la epidemia del SIDA. Sería tan fácil que la situación se volviera en contra de los pobres y de los enfermos.

—No, no se trata de los alemanes. —Negó con la cabeza—. Es la humanidad. Es nuestra propia naturaleza pecadora que crece, toma el control y hace estragos en el mundo. Pero Bernard nunca quiso escuchar. Nunca aceptó la gracia ni la misericordia de Dios. Sabía que en este mundo no había manera de enmendar lo que había hecho, pero no quiso que Dios lo limpiara de

todo eso con la sangre de Cristo. No hasta el final. Así que, sufrió. E hizo que todos a su alrededor sufrieran junto con él.

Annie negó con la cabeza; su expresión cargada de angustia acongojó a Corban. Cuando habló, lo hizo con una voz ahogada por las lágrimas.

—No creo que mi madre sepa nada de esto, abuelita.

—Tienes razón. No lo sabe. Ella y Jorge eran demasiado niños para entender lo que pasaba. Creían lo que les decían. Siempre pensé que me guardaría lo que sabía hasta el día que muriera. Pero últimamente... —Miró a Corban con sus ojos claros y brillantes, pensativos—. A veces, uno tiene que decir la verdad por más dura que sea. Aunque no cambie nada. La gente parece cometer los mismos errores una y otra vez.

Corban sintió una pesadumbre en la boca del estómago. Leota Reinhardt estaba tratando de enseñarle algo, y por más que lo intentara, no sabía con seguridad qué era.

—Me ayuda a entender un poco mejor a mi madre, abuelita. Hay tantas cosas que no sabe. Tal vez, si las supiera...

—Ella tiene que querer saber, cielo. La tierra debe ser ablandada antes de plantar. Hay que regar antes de que la semilla eche raíz. —Acarició con ternura la mejilla de Annie—. Ay, cómo divaga una anciana cuando tiene un público tan amable. Bien, ¿qué dicen si bebemos un té de hierbas?

Annie se levantó, se agachó para besar la mejilla de su abuela y fue a la cocina.

Entonces, Leota miró directamente a Corban, desafiándolo de alguna manera. Corban notó que ella estaba tratando de hacerlo ver más allá de él. ¿De qué se trata, anciana? quería gritarle. Dígalo sin rodeos. ¡Dígamelo! Quiero saber. Quiero ver. Quiero entender.

Ella sonrió. Fue una sonrisita irritante que le dejó en claro que no le haría las cosas fáciles.

Lo único que dijo fue:

—Tengo esperanza en usted, Corban Solsek. —Esperó un instante más; después, se levantó del sillón con rigidez, encendió el televisor en un programa de juegos, tomó asiento otra vez y reclinó la cabeza hacia atrás. Luego cerró los ojos y no dijo una palabra más durante el resto de la noche.

CAPÍTULO 13

NORA CAMINABA POR EL CENTRO COMERCIAL. La tienda de artículos de Navidad estaba abierta, pero ella pasó de largo, fastidiada. Ni siquiera era fecha de Noche de Brujas; faltaban seis semanas para Acción de Gracias; sin embargo, pronto los acebos y los Papá Noel brotarían como mala hierba en las vidrieras de todas las tiendas. Cada año, la Navidad llegaba con mayor antelación y traía consigo una tristeza interior. ¿Por qué la deprimía siempre la Navidad? Por más grande que fuera el árbol, por más luminosa que fuera la decoración y más frenéticos los festejos, siempre se sentía sola y desolada.

Deteniéndose en una juguetería, Nora recordó la emoción de comprar regalos para sus hijos cuando eran más pequeños. Michael había amado los juguetes LEGO desde que tuvo edad suficiente para apilar bloques. Con los años, ella le había comprado colecciones cada vez más complicadas, y caras, de los bloquecitos plásticos que se conectaban. ¿Dónde estaban ahora? ¿Guardados en el garaje, en caso de que un nieto los quisiera algún día? ¿O se los había llevado Michael cuando se mudó? No podía recordarlo.

Las muñecas de la vidriera de la juguetería le recordaron las compras que hacía para Anne... y la frustración que acompañaba ese pensamiento. Una Navidad había hecho fila para comprarle a su preciosa hija una muñeca Pimpollo. Cuando la tienda anunció que no había más muñecas disponibles, le había dado más de doscientos dólares a una señora que había comprado tres. Bruja tacaña. Cuando Annie abrió el bonito paquete y vio la muñeca, agradeció en voz baja, volvió a acostarla en su caja y la colocó debajo del árbol.

—¿No te gusta? Todas las niñas desean una de esas muñecas. No tienes idea lo difícil que fue conseguir una para ti.

—Es linda, mami.

Nora odiaba que la llamara mami. Una y otra vez, le había recordado a Anne-Lynn que le dijera mamá o madre. Mami era para los bebés.

Anne llevó la muñeca a la escuela. Cuando volvió sin ella, Nora se enojó. Estaba completamente segura de que Anne la había perdido y se preguntó por qué era tan descuidada.

—¿Tienes idea de cuánto me costó esa muñeca? ¡Doscientos dólares! ¡Debería haberte comprado una de esas muñecas baratas Raggedy Ann!

Luego, para empeorar las cosas, Anne-Lynn se echó a llorar y confesó que no la había perdido. Se la había regalado a una niñita que había recibido solamente un rompecabezas para Navidad. Ahora, parada frente a la vidriera de la juguetería, Nora recordaba cómo se había enfurecido por eso. ¿Y por qué no debería haberse enojado? Había esperado durante horas, pagado un precio ridículo por algo que cualquier niña normal quería... ¿y qué había hecho su hija? Había regalado el obsequio como si no significara nada para ella.

Así como yo no significo nada para ella. Las lágrimas ardían en sus ojos mientras Nora estaba parada mirando por la vidriera de la juguetería. Todas las cosas que hice por mis hijos, ¿y acaso las valoran? Ni yo ni mis sentimientos les importan un comino. Solo se preocupan por sí mismos. ¿Cuándo fue la última vez que Michael me llamó? ¿El año pasado, para el Día de la Madre? Cierto, Anne llama, pero siempre desde la casa de Leota. ¿Por qué sigue preguntándome si me gustaría ir a visitarlas y a tomar el té? ¿Solo para herir mis sentimientos?

¿Para que sepa cuánto tiempo y amor está dedicándole a mi madre? ¡Tanto mi madre como Anne saben que no quiero ir allá para tomar el té ni para ninguna otra cosa!

Se mordió el labio, las lágrimas brotaron, tenía la garganta apretada y ardiente. ¡Sus hijos eran tan egoístas! ¿Sabían lo crueles que eran? Debería sacarlos de mi testamento. ¡Eso los haría reaccionar! Y, además, se lo merecen. Ellos me han abandonado. A decir verdad, debería dejarles una carta y que el abogado se los leyera en voz alta, diciéndoles por qué los he desheredado. Eso los obligaría a arrepentirse... Eso los haría retorcerse de culpa por lo miserables que habían sido con ella. Si tuviera alguna enfermedad mortal, como cáncer, y sufriera durante meses... Quizás, entonces, se apenarían. Tal vez, Fred también lo lamentaría.

Tomó aire temblorosamente y lo soltó despacio. El problema era que ella estaba sana. Físicamente. Había mantenido su peso bajo, se ejercitaba, comía bien. Sin embargo, acababa de ver al doctor porque quería preguntarle por las palpitaciones, los dolores de estómago y de cabeza.

Estaba muriendo. Lo sabía. Incluso le dolían los huesos. Debía tener cáncer, o algo peor. Había soportado una serie de análisis y estudios. Los técnicos médicos le habían sacado sangre, la habían hecho beber bario y tomado radiografías. Cuando no encontraron nada, insistió en que el doctor le diera una orden para una resonancia magnética. Hoy había recibido los resultados.

—No encuentro nada malo en usted, Nora. —Su diagnóstico era estrés, lo cual estaba provocándole síntomas psicosomáticos. Él le sugirió un psiquiatra. Furiosa, le dijo que había ido a terapia durante años y que no había servido de nada. Ahora, su vida estaba peor que antes. Rompió en llanto y dijo que ojalá estuviera muriendo. Realmente desearía tener cáncer.

—¡Entonces todos ellos lamentarían cómo me han tratado!

El doctor conversó un rato con ella, animándola a que fuera a pasar unos días en una especie de centro de atención en los Montes de Santa Cruz, donde podría descansar, hablar con un terapeuta y replantear su vida.

Piensa que estoy loca. Se apretó la sien con la mano. Bueno, tal vez lo estaba. Tal vez estaba en camino a un ataque de nervios. Si así era, ciertamente no era por su culpa. Nadie la quería. Nadie la había querido verdaderamente jamás. Ni siquiera su propia madre...

¿Por qué, Dios? No lo entiendo. Me esforcé tanto. Hice todo bien, y todo salió mal. Nada de lo que hago resulta como quiero. Dos de los hombres que amé terminaron odiándome. Los dos hijos que tuve no quieren ni hablarme.

A lo mejor, siempre he amado demasiado a los demás. Debería haberme amado más a mí, en lugar de dedicar tiempo y dinero a mis esposos y a mis hijos. Debería haberme cuidado a mí misma.

Se alejó de la vidriera de la tienda y siguió caminando, pasando junto a otras mujeres que daban vueltas por el centro comercial. Algunas llevaban niños en cochecitos, algunas caminaban con amigas y otras estaban sentadas en los bonitos bancos, contemplando a las personas que pasaban. Nora volvió a detenerse para mirar otra vidriera abarrotada de productos para regalar.

¿Por qué no debía comprar cosas para sí misma? ¿Por qué no comprarse algo, si eso la hacía sentirse mejor? ¿No había comprado siempre regalitos para alegrar a los demás? Era hora de que se levantara el ánimo a sí misma. Entró a la tienda y deambuló entre los exhibidores, eligiendo

cosas y devolviéndolas a su lugar. Vio algo en un rincón alejado. Algo que la hizo sonreír. El artículo era bonito y completamente inútil. También era costoso, considerando lo que era, pero le gustaba, y eso era lo único que importaba hoy. Era el momento de mimar a Nora, en lugar de que Nora mimara a los demás. Tenía efectivo de sobra, pero decidió pagar el producto con una tarjeta de crédito. Fred siempre le daba una asignación, pero supuso que él se lo debía, dada la reticencia que le había mostrado en los últimos tiempos. Hizo la compra y se fue.

La sensación acogedora y reconfortante pasó pronto. Para cuando Nora llegó al estacionamiento, se preguntaba por qué había gastado cincuenta dólares en un oso de peluche. ¿Qué diría Fred cuando viera el estado de cuenta? Desde luego, no diría oso en el débito. Solo indicaría la tienda.

Sentada en el interior del carro, Nora sacó el oso de la bolsa y se quedó mirándolo, con la esperanza de resucitar el tenue placer que sintió cuando lo vio por primera vez. Quizás había estado pensando en futuros nietos. Las lágrimas brotaron en sus ojos y se derramaron. Si sus hijos alguna vez tenían sus propios bebés, tal vez entenderían cómo se sentía. Se darían cuenta de lo buena madre que había sido. Sabrían cómo se había sacrificado por ellos. Quizás entonces...

De pronto, una imagen llenó sus pensamientos: Leota de rodillas en el jardín. Leota mirando hacia la casa, las lágrimas corriendo por sus mejillas.

¿Dónde estaba yo? ¿Por qué no salí a estar con ella?

Nora cerró los ojos y los apretó fuertemente.

Estaba ayudando a la abuelita Reinhardt. Eso es lo que estaba haciendo. Siempre estaba ayudando a la abuelita. Ella decía que no sabía qué haría sin mí. La ira se desató otra vez. Mi madre nunca ayudaba. Lo único que hacía era ocuparse de sus propias necesidades y deseos. Nunca le importó nadie más que sí misma.

Pero la imagen seguía en su mente. Junto a ella, otro recuerdo destelló. Casi podía sentir la mano de la abuelita Reinhardt en su brazo. «Nein. Tu mamá piensa que está bien perder tiempo en plantar flores, pero yo tengo trabajo por hacer. Sé una niña buena y ayuda a preparar la cena».

La furia de Nora se debilitó, dejando confusión y angustia. Metió el oso en la bolsa de la compra y lo lanzó al asiento de atrás. Metió la llave en el punto de arranque y puso en marcha el carro.

Entonces, nuevamente subió a la superficie la soledad de la que había intentado huir toda su vida, la soledad que tan desesperadamente procuraba aplastar hasta dejarla irreconocible. Brotó con tanta fuerza que tuvo que aferrarse al volante. Apenas podía respirar por el dolor que le causó darse cuenta. Las lágrimas la cegaron.

Tengo esposo.

Tengo hijos.

Y aun así, estoy sola.



Fred estaba en casa. Cuando Nora se estacionó, el carro de él estaba en el garaje. Al verlo, se sintió desalentada y culpable. Había perdido toda la tarde deambulando por los centros comerciales, mirando vidrieras. ¿Y todo con qué fin? ¿Para sentirse mejor? Se sentía peor. Ahora, Fred había llegado temprano a casa y ella no tenía idea de qué preparar para la cena. ¿Había sacado algo del congelador esa mañana? Probablemente no. ¿Quién pensaba en la cena cuando el médico iba a decirte que te estabas muriendo de una temida enfermedad?

Sacó la bolsa que contenía el oso y salió del carro. Abrió la puerta lateral del garaje que daba al interior de la casa y respiró lentamente, tratando de prepararse para cualquier cosa. Cuando entró a la cocina vio una caja de pizza abierta sobre la encimera. Faltaban dos porciones. Fred estaba sentado en la sala de estar, mirando las noticias de la noche, con una copa de vino en la mesa lateral. Se había cambiado el traje y tenía puesto un pantalón color caqui y un suéter azul marino. Siempre estaba bien vestido, aun cuando estuviera holgazaneando en la casa. Era de esos hombres que se ponía más guapo con los años.

Por favor, Dios, no permitas que deje de amarme como hicieron Bryan y Dean. Por favor.

Fred la miró con ojos preocupados.

—¿Qué te dijo el doctor?

—¿Es por eso que viniste temprano a casa?

—Estaba preocupado por ti. Es bastante tarde.

Ella dejó su cartera sobre la encimera.

—Tenía que hacer unas compras. —Sus labios temblaron—. Un regalo. —No le dijo que era para sí misma.

—¿Cuál es el diagnóstico?

—Ah, estoy bien. Nada malo. Estoy fuerte como un roble. El doctor dice que debería internarme.

Él torció la boca.

—Podrías pensarlo.

Nora estalló en lágrimas. Cubriéndose el rostro, se paró en la cocina sollozando. Deseó estar muerta. Debería chocar el carro contra un árbol, o saltar desde un acantilado, directo al océano. Entonces sus hijos se arrepentirían de haberla tratado tan mal.

Sintió que los brazos de Fred la rodeaban y la acercaban a su cuerpo.

—Te amo —dijo él dulcemente—. Me vuelves loco, Nora, pero te amo.

Se aferró a él y lloró más fuerte, pensando en todas las maneras que lo había descuidado últimamente.

—No te merezco.

—No, es cierto —dijo él con un dejo de humor—. Pero tuviste suerte, supongo.

Ella retrocedió un poco y le sonrió con ojos lacrimosos. ¿Qué haría sin él? Recordó las palabras hostiles que le había dicho apenas el día anterior. Pensó en la cuenta que él había perdido por su olvido.

—Me perdonas todo. —Era el hombre más bondadoso que hubiera conocido en su vida. Su espíritu bondadoso había sido una de las cosas que la habían atraído a él.

—Necesitamos ayuda, Nora. No podemos seguir así.

Un temor inquietante recorrió su ser. Pudo oír una campana interior que anunciaba la muerte

de otro matrimonio. La amabilidad antes del golpe mortal.

«Fuiste la primera mujer que amé en mi vida», le dijo Bryan la noche antes de abandonarla. La nota que dejó al marcharse fue lo último que le escribió. Incluidos los cheques de la pensión alimenticia. Cómo podía ingeniárselas un hombre para desaparecer tan rápido y tan radicalmente era algo que ella nunca había podido entender.

Dean no había sido tan amable al respecto: «Si tienes algo que decirme, hazlo a través de tu abogado».

Nora se encogió por dentro. No puedo pasar por esto otra vez. Dios, ayúdame. No puedo.

Haría cualquier cosa que Fred quisiera. No podría soportar un nuevo fracaso. Estaba tan cansada de pelear, harta de la vida, hastiada de sí misma.

—Quizás tengas razón —dijo mansamente—. ¿Qué piensas que deberíamos hacer?

—Para empezar, reunirnos con el pastor.

—No le caigo bien. —Se apartó de sus brazos y se volteó—. Hace un par de semanas fui a verlo para pedirle ayuda.

—¿Y?

—Dijo que no era cristiana. —Se abrazó a sí misma.

—¿Por qué diría algo así?

¿No le creía?

—Bueno, no lo dijo abiertamente. Lo insinuó.

—¿Qué le dijiste?

—Le recordé cuánto tiempo hacía que iba a esa iglesia y cuánto dinero habíamos ofrendado; luego, me fui.

—Me refiero a antes —dijo Fred con tranquilidad—. Para darle esa impresión.

—No recuerdo.

Fred no dijo nada. No necesitaba emitir palabra. Ella se sentía avergonzada, incómoda y a la defensiva. Sus emociones estaban muy confusas. No quería pensar en el pastor Burnie. No quería pensar en lo que él había dicho, lo que había dicho ella…

Se volvió hacia Fred.

—Tal vez si nos fuéramos un fin de semana. A San Francisco. O mejor aún, a Carmel. Podríamos irnos solos. Solo nosotros dos.

—Ahora solo somos nosotros dos, Nora.

El dolor se extendió por su cuerpo y le apretó el corazón.

—No tenías que recordarme que Anne se fue de la casa sin siquiera darme un beso. —Se dio vuelta—. Eso fue cruel, Fred, y después del día horrendo que tuve. —Se masajeó las sienes, sintiendo la llegada de otra migraña—. Esta mañana llamé a Anne-Lynn. Me dijo que estaba yéndose a una clase de arte, cuando lo que realmente quería decir era que no quería hablar conmigo ni un minuto —dijo con amargura—. Ni siquiera me dio la oportunidad de contarle lo enferma que he estado ni todos los estudios que he tenido que soportar.

Todo para enterarse de que no había nada malo en ella. Que todo estaba en su cabeza. Estrés. ¿Y quién tenía la culpa de eso?

Fred la agarró de los hombros.

—Annie ya es grande, Nora. No puedes hacerla regresar a casa y que vuelva a ser tu nenita.

—¡No estaba tratando de hacer eso!

Él la soltó.

—¿No? Mientras estaba aquí, podías decirle lo que debía hacer. Tiene que aprender a valerse

por sí misma.

—Eso no es cierto. —dijo ella, dándose vuelta—. Jamás intenté dirigir su vida.

—No lo intentabas, Nora. Lo hacías. La pobre chica no podía respirar sin que le dijeras cuánto aire podía tomar.

—¿Cómo dices semejante cosa? Lo único que he hecho en mi vida fue amar...

—Desde que las conozco a ti y a Annie, has manejado su vida. Control, Nora. De eso se trata todo para ti, ¿cierto? Tengo que decirte que me sentí orgulloso de ella cuando, al fin, te enfrentó y se fue.

Nora se quedó mirándolo, aturdida.

—¿Orgulloso?

—¡Sí, orgulloso!

La ira defensiva brotó dentro de ella.

—Porque no querías que siguiera aquí, ¿no es eso lo que realmente deseabas? Estabas celoso de la relación que teníamos. Nunca entendiste lo unidas que éramos. No era tu hija. Era mía. —Vio la mirada de sus ojos y supo que sus palabras habían herido su corazón como puñales. Que sufriera. Él la había herido primero—. Entre más pronto Annie saliera de aquí, pensaste que más pronto me tendrías toda para ti solo, para que yo hiciera lo que tú quisieras cuando tú quisieras.

Mientras el torrente de palabras furiosas se derramaba de su boca, una parte de ella le gritaba: ¿Por qué le haces esto? Detente. ¡Basta! Pero la correntada siguió fluyendo y los ahogó a ambos en su amargura.

¿Cuántas palabras se necesitaban para causar un daño irrevocable?

El silencio reinó entre los dos durante un minuto, antes de que Fred hablara con una voz cansada.

—¿Cuándo en la vida hiciste lo que otra persona quería, Nora?

—Siempre estoy haciendo algo para alguien. He hecho todo por ellos desde que eran bebés. Tú no entiendes cómo me siento porque nunca tuviste hijos propios.

—Yo quería tenerlos, Nora, pero no estuviste dispuesta.

—No me reproches eso ahora, Fred. ¿Cómo podía pensar en tener un bebé, cuando Michael estaba en la universidad y Anne-Lynn me demandaba tanto tiempo? —Escuchó el eco de sus propias palabras y vio la expresión en su rostro—. Yo amo a Annie.

—Puede ser, Nora, pero te amas más a ti misma. Te amas a ti misma por encima de todos y de todo.

Le clavó los ojos, desolada.

—¿Cómo puedes decirme eso después de todo lo que he hecho por ellos? Cuando Annie se fue, estaba destruida. Tú sabes que es cierto.

—Ah, sí que lo sé. Todo el mundo lo sabe. Pero lo cierto es que estabas destruida por todas las razones equivocadas. Creíste que tenías todo bajo control. Tenías su futuro diseñado, con años de anticipación.

—¡Ella quería ir a la universidad!

—No, Nora. ¡Tú querías que fuera a la universidad! Lo único que escuché siempre es cuánto habías deseado tú ir, y nunca tuviste la oportunidad. Siempre quise preguntártelo: ¿Qué te lo impidió?

—¿Qué estás diciendo? ¿Que debería ir a estudiar ahora?

—Se necesitan agallas para vivir tu propia vida, ¿verdad, Nora? Lo único que has hecho es decirles a los demás cómo tienen que vivir la suya. Lo único que has hecho siempre es intimidar

a tus hijos para que vivieran por ti.

Estaba furiosa.

—¿Cómo puedes decirme cosas tan crueles?

Él suspiró.

—Las digo porque es la triste verdad y porque es hora de que las escuches de alguien que te ama.

—¿Me amas? ¿A esto le llamas amar? ¡No tienes ni idea de lo que es el amor!

Él regresó a la sala vacía y se sentó con los ojos fijos en el televisor que zumbaba.

—¿Alguna vez te preguntaste por qué Michael nunca llama ni viene a la casa? Michael fue el primero al que ahuyentaste. No, me retracto. Quizás el primero fue Bryan Taggart.

El dolor recorrió su cuerpo.

—Te odio. —Otra vez rompió en llanto.

—Nunca has afrontado la verdad sobre nada.

—Esa no es la verdad. A Michael le importa.

—¿Qué cosa le importa? —Agarró el control remoto y cambió de canal.

Él mismo, fue el pensamiento traidor. Se rebeló contra la idea.

—No conoces a mi hijo como yo.

—Conozco a su madre. Es suficiente. —Fred subió el volumen.

Temblando, Nora recogió bruscamente su cartera y subió la escalera. Arrojó la cartera sobre la butaca, se sacó el blazer de pelo de camello y entró al clóset para colgarlo. Todavía temblaba violentamente. Se sentó al borde de la cama. Las palabras de Fred seguían sonando en sus oídos: «Se necesitan agallas para vivir tu propia vida... Creíste que tenías todo bajo control...».

—Está equivocado.

Mira a tu alrededor.

Nora levantó la cabeza y contempló los elegantes muebles Ethan Allen, las cortinas caras, las paredes pintadas en un tenue color melocotón, los cuadros originales y los grabados firmados por sus autores que había comprado en una galería exclusiva de San Francisco. Ella había elegido todo personalmente, sin escatimar en gastos. ¿Cuántos miles de dólares había gastado para dejar este cuarto exactamente como lo quería? ¿Alguna vez se había preguntado qué le gustaría a Fred?

Lo mismo había hecho en cada habitación de la casa, incluidos los cuartos de Michael y de Anne. Había derramado bendiciones generosamente sobre sus hijos. Tenían solo lo mejor. Los mejores colegios, el mejor vecindario, la mejor ropa, los mejores juguetes, las mejores clases, la iglesia más pudiente, los amigos adecuados.

¿Con qué propósito? ¿Para qué fin?

«Se necesitan agallas para vivir tu propia vida...».

¡Me sacrifiqué por ellos!

Escuchó una vocecita calma que la cuestionó. ¿Lo hiciste, amada?

Lo hice. ¡Claro que lo hice! Quería que Michael y Anne-Lynn tuvieran una vida mejor que la que yo tuve. Quería estar a disposición de ellos como mi madre nunca lo estuvo para mí. Quería darles todo lo que siempre quise. Quería... quería... amor.

Nora se cubrió la cara con las manos y su llanto amargo ahogó la voz tranquila y alentadora de eso mismo que buscaba.



Ruth salió del baño y miró fijamente a Corban con el rostro pálido y los ojos rojos.

—¿A que no sabes? —Extendió el objeto blanco de plástico.

—¿Qué? —Lo miró detenidamente, desconcertado. Los ojos de ella ardían, furiosos, atravesándolo acusatoriamente—. ¿Qué es esto?

—¡Una prueba de embarazo! ¿Qué crees que es? —La exhibió frente a sus ojos—. Está azul. ¿La ves? ¡Positivo! —Pronunció una grosería repugnante.

Él sintió que se ponía pálido. Su sangre se congeló; luego, se acaloró.

—Creí que estabas tomando la píldora.

—Estoy tomando la píldora. ¡Aunque los métodos anticonceptivos no deberían ser una responsabilidad únicamente mía!

—Eso no es lo que quise decir. —Trató de mantenerse tranquilo. Trató de pensar—. ¿De cuánto tiempo?

—Dos meses. Tres. ¡No sé! Ni si quiera se me había ocurrido hasta que, hace unos días, empecé a vomitar. —Arrojó la prueba al bote de basura junto al escritorio y dijo una grosería otra vez—. Jessie dijo que podía estar embarazada. Entonces, pensé que sería mejor averiguarlo.

Corban no sabía qué decir. ¡Un bebé! Lo primero que pensó fue cómo se había metido en este lío y cómo haría para salir de él. Durante las últimas semanas se había dado cuenta de que no estaba enamorado de Ruth Coldwell. De hecho, no tenía la seguridad de que le gustara mucho. Su amorío había empezado por lujuria, pura y sencillamente. Bueno, quizás no tan pura. A los pocos meses de convivencia, había empezado a cuestionar los sentimientos de Ruth. Los motivos de ella se habían vuelto bastante claros. Necesitaba a alguien que financiara sus gastos diarios mientras cursaba la universidad con becas. A ella le gustaba su departamento, su carro, su cuenta bancaria. Le resultó bastante fácil entenderlo una vez que quitó su ego de por medio.

Bien, ahora las cosas no eran tan simples.

—¡Ya deja de mirarme así! —dijo ella, enojada y consternada.

—¿Así cómo?

—Como si yo hubiera planeado este embarazo.

—Sé que no lo hiciste.

—Claro que no lo hice. Lo último que deseaba era quedar embarazada. —Bajó la vista como si ni siquiera soportara tocarse a sí misma—. Ya aumenté un kilo. —Estalló en llanto—. ¿Por qué tuvo que pasar esto? ¡Todo era tan perfecto!

¿Perfecto?

Sintió que brotaba sudor en su frente. Su corazón palpitaba fuertemente. Tenía un nudo en el estómago. Ruth estaba embarazada de su hijo. Miró la prueba de plástico en el bote de basura y sintió que una oleada de calor recorría su cuerpo. ¿Era vergüenza? ¿Miedo? ¿Asombro? No podía ni empezar a valorar las emociones que se agitaban en su interior. Tenía que pensar, pero ella caminaba de un lado a otro como un animal enjaulado. Quería tranquilizarla, calmarla.

—Lo resolveremos, Ruth.

Ella se detuvo y lo fulminó con la mirada.

—¿Qué cosa resolveremos?

—Lo que vamos a hacer. —Se puso de pie y caminó hacia ella—. Este no es solamente tu problema, ¿sabes? Estamos juntos en esto.

Los hombros de ella se encorvaron un poco.

—No puedo creer que esto esté sucediendo —dijo desoladamente—. He sido tan cuidadosa. —Corban la acercó a su cuerpo cuando ella empezó a llorar. Nunca había visto ni oído llorar a Ruth. No pensaba que pudiera hacerlo.

—Todo va a estar bien. —Le frotó la espalda como si ella fuera una niña asustada y él el adulto. Se hizo cargo de buena gana, si no es que con entusiasmo, de su nuevo rol de consolador. El pánico estaba pasando; las posibilidades aumentaban. Se sintió curiosamente protector—. Hay personas que han tenido bebés antes que nosotros, y lograron terminar la carrera.

Se puso rígida en sus brazos.

—No estarás sugiriendo que lo tenga, ¿verdad? —Se apartó de él—. Ni se te ocurra considerar esa posibilidad, Cory.

Él se quedó helado al ver la mirada en sus ojos.

—¿Por qué no? Terminarías el año académico...

—¡De ninguna manera! —Sus ojos se encendieron—. ¿Te volviste loco?

Él frunció el ceño.

—Yo me gradúo en junio.

—Bueno, yo no. —Se dio vuelta y se alejó para ir a sentarse en un sillón al otro extremo de la sala. Cruzándose de piernas al estilo indio, agarró sus rodillas y lo miró con frialdad—. ¿Qué hay del posgrado? Vas a graduarte con honores. Ya tuviste una entrevista en Stanford. A mí todavía me falta otro año…

—Podrías transferirte.

—Sí, claro. ¿Y quién pagará mi matrícula? ¿Papá Noel? Mi beca está aquí. No puedo pasarme a cualquier universidad que quiera. No tengo un fondo fiduciario.

Estaba disparándole todas sus armas, y no le gustó. Una frialdad se coló en su corazón. ¿Cómo se había involucrado con esta chica? Los ojos de ella destellaron. ¿Podía ver lo que él estaba sintiendo? ¿Lo tenía escrito en la cara? Volvió a desviar la mirada y se mordió el labio. Un poco tarde para refrenar sus palabras. Lo miró de nuevo, afligida.

—Siempre estuvimos de acuerdo, Cory, en que primero es lo primero. Graduarnos de la universidad, después...

¿Después qué? Se preguntó él ahora. ¿Realmente habían hablado alguna vez de lo que vendría después? Sintió un escalofrío. Sabía que no podía hacerle ninguna promesa sobre financiar sus estudios, especialmente en Stanford.

Un bebé. Su bebé. Pensó en las alternativas que tenían.

—Mira —dijo él con cautela—, no he decidido ir a Stanford. No tiene nada de malo quedarse aquí en Berkeley.

—Tú quieres ir a Stanford y lo sabes. No me digas que no. Si te quedaras aquí, resentirías el tener que cambiar de planes.

—No, no lo haría.

—Sé realista. —Su rostro estaba rígido y pálido—. Esta semana falté a dos clases porque me sentía demasiado mal para ir. Creo que le dicen náuseas matutinas. Solo me siento mal hasta después del mediodía. ¿Cuántas clases crees que puedo perder y seguir manteniendo las notas altas como para conservar la beca?

Él sabía en lo que estaba pensando. Había escuchado todos los argumentos a favor del aborto

y estaba de acuerdo con cada uno de ellos. Hasta este momento había estado a favor del derecho a decidir. Pero ahora ya no estaba tan seguro. Era el hijo de él del que ella estaba hablando. Algo había cambiado dentro de él en el plano elemental. No parecía importarle ninguna retórica. Tampoco los razonamientos, las justificaciones, las excusas.

Simple y llanamente, le enfermaba la idea de que se hiciera un aborto.

—Sé que no es el mejor momento —eligió cuidadosamente sus palabras—, pero podemos solucionar las cosas. Si no quieres quedarte con el bebé, podemos entregarlo en adopción.

—No puedo creerlo. ¡Realmente estás sugiriendo que lo tenga! —Se paró de golpe y volvió a caminar de un lado a otro—. No estamos hablando de un trofeo, Cory. ¡Es mi vida!

—Lo sé, Ruth, pero es mi hijo.

Frenó y lo fulminó con la mirada.

—No puedo creer que digas eso. Todavía no es un niño. No lo llames hijo.

—Ahórrame los disparates feministas, Ruth. Los dos tomamos los cursos de Psicología y Anatomía. Te juro que te cuidaré. Pagaré todo. Me haré responsable. Incluso me casaré contigo, si quieres.

—Gracias por la propuesta tan romántica. —Se dio vuelta y se abrazó a sí misma.

Se llenó de vergüenza. Cruzó la habitación y apoyó las manos sobre sus brazos.

—No quise que saliera así. —Acarició sus brazos—. Ruth, perdóname. Si pudiera enmendar las cosas, lo haría. Sé que esto no fue planeado. Sé cuánto te importa tu carrera. No te pediría que renunciaras a ella. Solo espera algunos días, ¿está bien? Pensemos bien las cosas. ¿No es de eso de lo que se trata la elección? Saber que hay opciones.

Él sintió que los músculos de ella se relajaban. Dejó escapar un suspiro trémulo.

—Tengo miedo. Tengo tanto miedo, Cory.

Corban se inclinó y la besó en la curva de su cuello.

—Yo también.

Se preguntó si tendrían miedo por los mismos motivos.



—¡Oigan, ustedes! —gritó Leota desde su puerta delantera—. Dejen tranquilos a esos niños, o llamaré a la policía.

Los dos adolescentes que estaban hostigando a los hijos de Arba Wilson le gritaron obscenidades y salieron disparados por la calle. Ella salió a su porche.

—Vengan adentro, ustedes tres. Son presa fácil para cualquier rufiancito que ande por la vereda. ¿No les dijo su madre que jugaran en el patio de atrás? —Sostuvo la puerta abierta de par en par para ellos—. Ve al baño y lávate, Vermont.

—Mi nombre no es Vermont.

—Lo es mientras estés en mi casa. Ahora, muévanse. —Las dos niñitas estaban llorando. Cerró la puerta mosquitera, aseguró el cerrojo, cerró la puerta delantera con doble llave—. Ustedes dos vengan a la cocina conmigo. —Agarró dos paños de cocina de un cajón y los mojó con agua del grifo. Le dio uno a cada una y les dijo que se limpiaran la cara—. ¿Y qué querían esos dos muchachos?

—Querían que Nile los deje entrar a la casa.

Nile estaba parado en la puerta, presionando su ojo con una toalla húmeda.

—Eres un niño valiente.

—No me diga niño.

—Ay, por todos los cielos. Está bien. Eres un jovencito valiente. ¿Así te gusta más? Ahora, siéntate y tranquilízate.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Sigue parado en la puerta y le daré tus galletas y la leche a las niñas.

Nile se sentó.

—Mamá querrá saber dónde estamos. —Kenya se limpió las lágrimas de las mejillas.

Leota le palmeó el hombro.

—Ella lo sabrá, cariño. Yo le dije que los tres eran bienvenidos en mi casa. Pueden considerarla una casa segura. Carolina, siéntate ahí. Indiana, puedes usar mi silla. ¿A qué hora llega a casa su mamá?

—A las seis —dijo Indiana—. Esta noche, traerá pollo del Kentucky Fried Chicken.

—Es su favorito —dijo Nile, señalando con un tirón de cabeza hacia Kenya-Carolina—. Se lo traerá hoy porque es su cumpleaños.

—¿Así que es tu cumpleaños? ¿Cuántos años tienes?

—Siete.

—Bueno, yo tengo doce veces siete. ¿En qué me convierte eso?

—Ochenta y cuatro —dijo Nile en medio segundo, y añadió—: Vieja.

—Valiente y bueno para las matemáticas. Parece que tienes un buen futuro por delante, a menos que dejes que tus labios empiecen a actuar antes de que tu cerebro se ponga en marcha.

Indiana soltó una risita.

—Hablas gracioso.

—Es inglés, cariño. Yo no hablo el lenguaje afroamericano vernacular. —Leota colocó las galletas de animales cubiertas de glaseado en un bonito plato de porcelana. Cuando terminó de servir los tres vasos con leche y los dejó en la mesa, las galletas casi habían desaparecido. Tunisha-Indiana había apartado tres para ella. Los niños Wilson eran amables. Decían gracias. Incluido Nile-Vermont, que había dejado a un lado el trapo húmedo. Para cuando llegara su mamá tendría el ojo cerrado por la hinchazón.

Tomó las tres galletas de la mano de Tunisha y le dio una a cada uno. Una bolsa de galletas costaba tres dólares ochenta y nueve centavos. En oferta. Con razón Arba Wilson debía trabajar tantas horas. Leota no pudo evitar calcular cuántos baldes de pollo del KFC tendría que comprar para llenar a estos tres niños en desarrollo.

Faltaban dos horas y media para las seis de la tarde. Resignada, Leota fue a su despensa.

Los tres niños comieron dos latas de ensalada de frutas, seis rebanadas de pan y tres rebanadas de queso americano, antes de quedar satisfechos. Leota dejó de calcular el costo. La verdad es que era un deleite tenerlos en su cocina. Se relajaron y charlaron como pequeñas urracas. Ella tuvo la sensación de que ahora que estaban repletos se pondrían a correr como el conejito del comercial de Energizer.

—¿Les gustaría mirar la televisión? —Cualquier cosa con tal de que los mantuviera tranquilos y callados. Y adentro, donde estaban a salvo.

Los niños la siguieron a la sala. Lamentablemente, los programas de debates y las telenovelas parecían dominar la programación.

—Qué lástima que no tenga ningún libro para niños. Podría leerles.

—Yo tengo un libro —dijo Tunisha—. Lo saqué de la biblioteca de la escuela. Está en mi mochila. —Salió por la puerta delantera y se fue antes de que Leota pudiera llamarla. Preocupada de que los rufianes aún estuvieran merodeando, salió al porche delantero y esperó. Tunisha corrió por el acceso para carros y rodeó su casa hasta la parte trasera. Leota escuchó el portazo del mosquitero. Un minuto después, oyó el golpe nuevamente y la niña regresó corriendo por el acceso con un libro en la mano.

Leota la observó mientras subía los escalones.

—¿Cerraste la puerta trasera?

—Sí, señora. —Jadeando, le entregó a Leota el libro que había tomado prestado.

—El viento en los sauces. —Leota sonrió—. Bueno, veamos hasta dónde llegamos antes de que su mamá vuelva a casa.

Algunos minutos después de las seis sonó el timbre de la puerta. Leota no pudo evitar sentirse un poquito decepcionada. Antes siquiera de que su madre hubiera pasado por la puerta, las niñas ya estaban contándole el problema que tuvieron en la acera, la merienda de las galletas de animalitos, la ensalada de frutas, el pan y el queso, y las aventuras de Topo. Arba trató de hacerlas callar; parecía avergonzada e incómoda. Peor aún, parecía asustada. Levantó el rostro de Nile y revisó su ojo. Después, miró a Leota.

—Gracias por intervenir, señora Reinhardt. Espero que no la hayan molestado mucho.

—Puede llamarme Leota, y se han portado perfectamente como unas damas y un caballero. —Tan pronto como comenzó a leer, se habían quedado quietos como ratoncitos. Qué pena que no pudiera terminar de leer la historia. Estaba disfrutándola. Resignada, agarró un papel del correo basura que tenía en la mesa lateral, lo metió en el libro y lo cerró—. No olvides tu libro, Indiana.

Tunisha lo tomó y lo sostuvo contra su pecho.

—¿Nos leería un poco más mañana?

Arba Wilson hizo un gesto apenado.

—No, Tuny. —Tiernamente, pasó una mano por las ordenadas trenzas de su hija—. La señora Reinhardt tiene cosas más importantes que hacer.

—¿Cómo qué? —dijo Leota francamente.

Arba abrió grande los ojos.

—¿No le molestaría?

—Me gustaría escuchar el final de la historia.

Indiana le dirigió una gran sonrisa a Leota, y luego a su madre.

—¿Podemos, mamá? ¿Por favor?

—¿Por favor? ¿Podemos? ¿Podemos? —Carolina se acurrucó contra su madre.

—Una mujer inteligente sabe cuando está derrotada.

Leota logró reprimir su sonrisa. Mañana era miércoles. Corban Solsek vendría nuevamente para llevarla de compras. Sería mejor que escribiera una nueva lista de compras. Necesitaría abastecerse de provisiones.

CAPÍTULO 14

ANNIE SUBIÓ CORRIENDO LAS ESCALERAS,abrió la puerta del departamento y lanzó su mochila al sofá. Sonriendo, levantó el teléfono y marcó el número telefónico de su abuelita. Mientras esperaba que atendiera, caminaba de un lado a otro.

—¿Hola? —Fue el dulce saludo.

—¡Abuelita! ¡Tengo la mejor noticia!

—Ganaste la lotería y te irás a recorrer el mundo en un crucero.

Annie se rio.

—Algo mejor que eso. Mi profesor de Arte tiene un amigo con una galería aquí en San Francisco. Va a colgar una de mis pinturas.

—¿Colgar?

—En su galería. En una pared. Para venderla. Me refiero a mi pintura. ¡Ay, abuelita, yo no esperaba que sucediera algo así ni en un millón de años!

—Vaya, ¿por qué no? Cualquier persona con dos dedos de frente puede ver que tienes talento.

Cómo adoraba a su abuela.

—Nunca has visto mis pinturas, abuelita. No tienes idea de si tengo talento o no.

—Por supuesto que lo sé. No tengo que ver nada para saberlo. Lo llevas en los genes. Tu tía bisabuela hizo esas representaciones maravillosas. La bisabuela Reinhardt era una artista con sus agujas de bordar. Y a sus dieciséis años, tu madre era una costurera experta.

—¿Mi madre? Lo dices en broma, ¿cierto? —Nunca había visto que su madre usara una aguja.

—No, no bromeo.

—Ni siquiera sabía que cosía. —Cualquier arreglo que necesitara la ropa iba a la tintorería francesa.

—Ay, sí. Empezó a coser su propia ropa cuando tenía trece años. Hacía las cosas más bonitas. Iba a las tiendas más caras y veía qué estaba de moda. Luego, compraba remanentes en una de las grandes tiendas de telas del centro y las copiaba, sumándoles sus propias ideas. Incluso hacía las terminaciones de todas las costuras como hacen las tiendas exclusivas. La verdad es que tenía facilidad para eso. Era tan buena que hacía sus propios patrones en papel de seda que compraba en la tienda de todo por cinco o diez centavos. —La abuelita Leota no dijo nada por unos segundos y, después, añadió en voz baja—: Me pregunto por qué dejó de coser.

Annie también se lo preguntó.

—Nunca he visto a mi madre coser nada.

—Eso sí que me parece de lo más raro. ¿Por qué dejaría de hacer algo que disfrutaba tanto?

—Probablemente no lo disfrutaba, abuelita. —A decir verdad, a Annie no se le ocurría ni una cosa que su madre disfrutara hacer. Según su madre, hasta ir de compras era una carga. Todo en la vida le parecía una obligación más. ¿Por qué se sentía así?

—Eleonora pasaba horas en esa vieja máquina a pedal en el dormitorio —dijo la abuelita Leota—. Era de la abuelita Reinhardt. La usaba para arreglar ropa. Ella le enseñó a tu madre cómo funcionaba. De hecho, creo que así fue como empezó tu madre, haciendo los arreglos de la

familia. Cuando cumplió los dieciséis, dijo que quería una nueva máquina de coser. Yo hubiera dado cualquier cosa para conseguirle una, pero en esa época no había dinero...

La abuelita Leota estaba divagando de nuevo, pero a Annie le gustaba cuando su abuela recordaba el pasado en voz alta. Annie había aprendido más de su madre en los últimos meses que en todos los años que había vivido con ella. Le costaba imaginarse a Nora como una adolescente entusiasta que diseñaba su propia ropa.

—Eleonora siempre parecía disfrutar mucho cuando cosía en esa máquina antigua; pero, por otro lado, no puedes juzgar por lo que yo diga. Me han dicho que ya no sé nada de nadie. Excepto de mí misma, desde luego. —Hizo un sonido como si estuviera carraspeando—. ¿Cuánto costará ese cuadro?

—¿Cuadro?

—Tu pintura, la de la galería. Por la que me llamaste. ¿Cuánto pedirán por ella?

—Oh... No lo sé, abuelita. Estaba tan emocionada que ni se me ocurrió preguntar.

—¿Alguna posibilidad de que la vea antes de que la vendas?

—Podría pedirla de vuelta por unos días y llevártela este fin de semana. A menos que tengas otros planes.

—No, a menos que depilarme los vellitos del labio superior cuente como planes. Pero no la pidas. Sácale una foto. Deberías tener un álbum con fotografías de tus obras y anotar quién compra cada una. Oh, Annie, antes de que lo olvide, ¿tienes algún libro en tu casa? ¿Libros infantiles?

—Tengo una caja llena de cosas que traje de casa. Podría haber algunos ahí. ¿Por qué?

—Los hijos de Arba han estado viniendo a casa las últimas tardes. Vienen después de la escuela y yo les leo. Incluso han empezado a traer la tarea aquí para hacerla en la mesa de la cocina. Y ahora están trayendo amigos. Dos niñitos mexicanos de la cuadra y un niño vietnamita que vive cruzando la calle. No recuerdo sus nombres. Tom, Dick y Harry los llamo yo.

—¿Les estás leyendo a seis niños?

—Estoy a la mitad de Robinson Crusoe, pero no los veo muy interesados. El lenguaje es demasiado anticuado para ellos. Ayer, Carolina trajo algunos libros. Historias de terror para niños, imagínate. Nunca vi semejantes portadas de libros. Cosas horribles. Dijo que todos los niños los leen. No me sorprende que el mundo esté volviéndose loco.

—Pasaré por la biblioteca.

—Simplemente trae cualquier cosa que los mantenga interesados hasta que Arba llegue a casa. No quiero que los niños se pongan inquietos y tiren abajo la casa a mi alrededor. Por lo menos, ahora traen su propia merienda. Después del primer día, creí que me dejarían la despensa vacía. Nunca había visto niños que se atiborraran tanto de comida como esos tres chicos Wilson.

Annie podía imaginarlo. Sin duda, tres niños en crecimiento estarían hambrientos después de un largo día en la escuela y, probablemente, el cheque del Seguro Social de su abuela no alcanzaba más que para alimentarse a sí misma. Annie sonrió al pensar en la imagen de su abuela leyéndoles historias a seis niños de menos de nueve años. No era una tarea menor. Ella podía colaborar con los esfuerzos de alfabetización de su abuela llevando un poco de mantequilla de maní, mermelada y algunas hogazas de pan. Y un par de litros de leche. Y tal vez, una bolsa con manzanas y un racimo de bananas, también.

—Yo también tengo una buena noticia —dijo la abuelita Leota—. Bernabé está comiendo bien. Incluso lanzó algunas semillas al piso hoy. Todavía no habla.

—¡Genial! Le diré a Susan. Se sentirá aliviada. ¿Les gusta a los niños?

—Lo dejan tranquilo. No bien alguien se acerca a ese pájaro, abre el pico y se prepara para atacar. Arba le dice Mandíbulas. Ahora, escucha, tesoro: será mejor que cortemos. Esto te está costando caro.

—Apenas un par de centavos, abuelita.

—Un centavo ahorrado es un centavo ganado.

Riendo para sí misma, Annie negó con la cabeza.

—Te veo el sábado en la mañana, abuelita.

—No el viernes, esta vez. ¿Vas a salir con el tal Sam el viernes?

—No. Trabajo en el restaurante.

—Qué pena. Un joven tan agradable. Y apuesto, también.

Annie se rio.

—Y peligroso. Te quiero, abuelita.

—Yo también te quiero, tesoro.

Annie llamó a su padre con la buena noticia, pero no estaba disponible, así que le dejó el mensaje a Mónica. Sabía que había pocas probabilidades de que su padre lo recibiera. Mónica siempre parecía olvidarse de pasar los mensajes. Annie marcó los números de su casa, pero presionó el botón de apagado antes de que el teléfono tuviera tiempo de sonar.

Se quedó un momento con el teléfono presionado contra la frente, orando en silencio para que su madre se alegrara con ella. Sabía que esperaba demasiado, pero quería compartir las buenas nuevas con sus seres queridos. Además, si su madre se enteraba de la novedad por otra persona, solo le daría un motivo más para sentirse ofendida.

Annie respiró hondo, apretó otra vez los números y esperó, contando los timbres. Temblaba un poco, esperando, solo por esta vez, que su conversación fuera agradable. Algún día, su madre tendría que aceptar el hecho de que Annie ya no era una niña. Tenía que encontrar su propio camino en la vida.

Ah, madre, por favor, solo esta vez…

—Residencia Gaines.

—Madre, habla Annie. Llamo para compartir contigo una noticia maravillosa.

—La única noticia que necesito escuchar es que has decidido ser razonable y vendrás a casa.

Annie se armó de valor en su decisión.

—Una de mis pinturas va a estar en una galería de San Francisco. A la venta.

—¿Cómo pasó eso?

Annie dudó.

—Bueno, mi profesor me dijo que estaba tan impresionado con ella que se la mostró a un amigo.

—Qué bueno por ti. —Lo dijo con una voz tan seca que Annie desearía no haber llamado—. ¿Cuántos años tiene este profesor tuyo?

¿Qué tenía que ver eso?

—Cuarenta, cuarenta y cinco. Realmente, no lo sé. ¿Qué importa eso, madre?

—Lo único que tienes que hacer es pensarlo, Anne-Lynn. ¿De verdad piensas que una estudiante de primer año de Arte lograría que expusieran una pintura suya en una galería de San Francisco? Esas galerías exponen las pinturas de artistas famosos. Si lo sabré yo. Las frecuentaba bastante cuando compraba cuadros para esta casa. Si me lo preguntas, ese profesor quiere algo de

ti, y puedo suponer qué es.

Annie no se lo había preguntado. Toda la excitación y la alegría que sentía se esfumaron, junto con el sabor embriagante de confianza en sí misma.

—Está casado, madre.

—¿Crees que eso cambia algo?

—Está felizmente casado.

—Ah, ¿eso es lo que él te dijo? Ya tienes la suficiente confianza con él como para que te hable de la relación personal con su esposa.

—¿Por qué distorsionas las cosas...?

—No estoy distorsionando nada. Alguna vez fui joven. Los hombres que están en posiciones de poder siempre coquetean con las chicas tontas que son tan ilusas que no pueden pensar con claridad. Usa la cabeza, Anne-Lynn.

Annie se secó la humedad de la mejilla.

—¿No vas a decir nada?

—¿Qué querrías que dijera, madre?

—Quieres la verdad, ¿cierto? Siempre te he dicho la verdad acerca de todo.

—Ni siquiera has visto mi pintura, y sin embargo…

Su madre suspiró de forma dramática.

—Bueno, supongo que ahora sentirás pena por ti misma.

Algo dentro de Annie se quebró, dejando ira y dolor a su paso.

—Eso te lo dejo a ti, madre. —Apretó el botón de apagado y volvió a poner el teléfono en la base. A los pocos segundos, volvió a sonar. Annie lo ignoró. El contestador automático se encendió.

—Deja de hacer pucheros y levanta el teléfono, Anne. Realmente, ya tuve suficiente de estas niñerías... —Siguió hablando hasta que la máquina hizo clic. Annie se agachó y apagó el contestador. El teléfono empezó a sonar otra vez. Sonó diez veces antes de detenerse. Al minuto siguiente, empezó a timbrar de nuevo. Quince veces. Cuando finalmente paró, Annie se sentó y lloró. Se necesitaría un milagro para que tuviera con su madre la clase de relación que anhelaba tener. Estaba cansada de luchar.

El teléfono empezó a sonar otra vez y siguió interminablemente. Su madre no pararía hasta que ella contestara. Annie tomó su chaqueta y salió por la puerta.



Nora echaba humo. Cuanto más sonaba el teléfono, más furiosa se sentía. ¿Cómo se atrevía Anne-Lynn a no responder? Leota tenía la culpa de esto. Las uñas de Nora se clavaron dolorosamente en la palma de su mano derecha mientras esperaba que su madre atendiera.

Uno, dos, tres, cuatro...

El clic sonó y ella no esperó a oír la voz de Leota.

—¿Qué le dijiste a mi hija para ponerla tan en mi contra?

—¿Disculpe?

Era la voz de un hombre. El calor inundó el rostro de Nora. ¿Había marcado el número equivocado? Colgó el teléfono violentamente. Tratando de calmarse, respiró hondo y apretó los números con cuidado. La misma voz masculina contestó al primer llamado, esta vez, beligerante.

—¿Quién es?

—¿Es este el número de Leota Reinhardt?

—Sí, lo es. ¿Quién llama?

—¿Quién es usted?

—Corban Solsek, aunque a usted no le incumbe. Ahora, le hago la misma pregunta. Otra vez.

¡Qué impertinencia!

—Nora Gaines. Y sí me incumbe. Soy la hija de Leota Reinhardt.

—Un gusto conocerla, supongo. Espere. Veré si Leota quiere hablarle. —Nora se enardeció completamente cuando él cubrió el receptor. No podía escuchar nada y se llenó de dudas durante la pausa que transcurrió hasta que su madre se puso en la línea.

—¿Eleonora? ¿Pasó algo malo?

—No me vengas con Eleonora, madre. ¿Qué mentiras has estado diciéndole a Anne-Lynn?

El silencio reinó durante varios segundos.

—No he estado diciéndole ninguna mentira. ¿De qué estás hablando?

—¡Ella me odia! De eso estoy hablando.

—Por supuesto que no te odia.

—Ah, sí, claro que sí. Y todo es por tu culpa. Lo sé. Pasa todo el tiempo contigo y nunca viene a casa, donde es querida.

—Ella es querida aquí, Eleonora. Igual que tú.

—Ahí mismo tienes una mentira. Tú nunca me quisiste, ¡y ahora estás usando a mi hija para lastimarme!

—¿Es esto lo mismo de siempre, Eleonora? Porque si lo es, te lo diré de una vez por todas, ¡son tonterías!

Nora sintió que se enardecía ante el regaño.

—¿Qué me dijiste? —En todos sus años de vida, solo una sola vez había escuchado ese tono frío e inflexible en la voz de su madre. Y había sido dirigido a la abuelita Reinhardt.

—Me escuchaste, Eleonora. ¡Dije tonterías! Debí decírtelo hace mucho tiempo, en lugar de dejarte seguir adelante como una mocosa malcriada. Si quieres aclarar y arreglar las cosas entre nosotras, debes venir a tomar el té alguna vez. ¡Ya te he invitado suficientes veces!

Nora se estremeció cuando el teléfono golpeó en su oído. Se quedó mirándolo. La línea estaba muerta. ¡No podía creerlo! Su madre le había colgado. Ella nunca lo había hecho antes.

El miedo se apoderó de ella.

¿Cómo se siente estar sola?

Yo estoy aquí, amada. Vuélvete a Mí.

Las voces se enfrentaban en su cabeza. A veces, conformaban un coro que despotricaba y avivaba su dolor y su ira. Y entonces, la voz apacible incitaba su conciencia, haciéndola retorcerse de incomodidad, impulsándola a gritar pidiendo ayuda.

Ven a Mí, amada…

¿Qué ayuda has recibido alguna vez? Dejó que la voz más fuerte ahogara a la otra. Nunca pudiste confiar en nadie más que en ti misma.

—Yo no tengo la culpa.

Eleonora, le había dicho su madre una vez, algún día tendrás que dejar de echarles la culpa de todo a los demás.

Ante el recuerdo, aparecieron rápidamente las lágrimas. Su madre se lo había dicho el día que fue a contarle que Dean Gardner le había pedido el divorcio.

Cerrando los ojos con fuerza, Nora recordó las palabras con las que Dean se despidió: «¡Lo único bueno que resultó de nuestro matrimonio fue Annie!». Por ese motivo, ella se había vengado de él ganándole la custodia cuando el tribunal respaldó sus cargos por maltrato. Había dedicado su vida a asegurarse de que Anne-Lynn no se convirtiera en una soñadora como su padre. Se había sacrificado.

Mentiste.

Había renunciado a sus propios sueños...

Te vengaste.

¿Como se está vengando tu madre?

Nora recordó a su madre parada en la puerta de su cuarto. Recordó que estaba enojada por algo. Se levantó de la máquina de coser, caminó hasta la puerta y la cerró de un golpe en la cara de su madre. Todavía podía recordar la expresión de Leota. Estupefacta, dolida, confundida.

¿Por qué recordaba eso ahora, cuando su propio dolor era tan grande?

Para que sepas...

¿Saber qué? ¿Saber que nada estaba bien entre ella y su madre desde hacía años? No quería escuchar la voz que le susurraba que era ella la que estaba equivocada, no solo en cuanto a su madre, sino en todo. Sin embargo, era esa voz la que estaba empezando a escuchar más fuerte que la propia, como una lluvia constante sobre su cabeza, obligándola a buscar un refugio contra la tormenta más difícil que se aproximaba.



—Si yo tuviera una hija como ella, la repudiaría. —Corban sintió que se enojaba cada vez más al ver el brillo de lágrimas en los ojos de la anciana. Estaba tan furioso que temblaba. Si Nora Gaines hubiera estado parada en medio de la sala, le habría dicho claramente lo que pensaba de ella. Tenía una palabra de cinco letras que encajaba perfectamente con Nora.

—No juzgue. —Leota lo miró severamente.

¿Cómo podía defenderla?

—¿Qué le pasa a su hija?

—Piensa que fui una madre terrible. —Leota sonaba muy cansada—. Y en cierto sentido, supongo que tiene razón.

Corban se sentó en el sofá y se recostó. Pensó en Ruth, que estaba muy dispuesta a ponerle fin a su embarazo. ¿Qué clase de madre sería, cuando no quería saber nada del bebé que llevaba dentro? El bebé de él. Apostaba a que Leota Reinhardt no había sido esa clase de madre.

—¿Qué hizo usted que estuvo tan mal?

—Yo trabajaba. —Cerrando los ojos, echó la cabeza en el respaldo—. Y cuando estaba en casa... —Se quedó callada.

Corban deseó saber qué decirle para que se sintiera mejor, pero no le salió ninguna palabra.

—¿Le molestaría ir al supermercado sin mí? —dijo ella con voz baja y un poco temblorosa —. Hoy no me siento en condiciones de hacerlo.

—No hay problema. —La vio a punto de llorar. Él supuso que necesitaba pasar un rato a solas, sin que él estuviera sentado en la sala presenciando su humillación y su dolor.

—La lista está en la encimera de la cocina. —Se agachó para tomar su cartera, que estaba metida en el bolsillo del sillón reclinable. Desabrochó el broche de metal y sacó su billetera. Cuando él regresó, le dio dos billetes de veinte dólares—. ¿Alcanzará con esto?

—Debería. —Metió los billetes en el bolsillo delantero de sus jeans.

Ella abrió el monedero y sacó la llave de la puerta delantera.

—Hice dos copias. Una para Annie y otra para usted.

La tomó, entendiendo perfectamente la confianza que ella acababa de depositar en sus manos. Nunca habría esperado sentirse tan conmovido por un gesto así. Asintió con la cabeza y apretó la llave en su puño.

—Póngala en su llavero antes de que la pierda —dijo ella y cerró la billetera con un chasquido. La puso sobre su regazo con ambas manos encima.

Él sacó su llavero e hizo lo que le había dicho.

—¿Va a estar bien, Leota?

—Estaré bien. —Se masajeó el brazo derecho como si le doliera—. Solo estoy un poco cansada, es todo.

—No demoraré.

—No se apure. Y mientras va de un lado a otro, podría pensar cosas amables respecto a mi hija.

—Eso no será fácil.

—Será más fácil si recuerda que es la madre de Annie, y que Annie ha llegado a ser alguien muy especial.

Corban sonrió irónicamente.

—Buen punto.

Desde que venía a la casa de Leota como voluntario, era la primera vez que hacía los

mandados solo. Buscó todos los productos de la lista, haciendo una pausa para sentir y oler los tomates y golpear el melón de cáscara lisa como lo hacía Leota. Mientras caminaba hacia la caja, tuvo el impulso de comprarle alguna cosita. Y sabía exactamente qué sería. Retrocedió hasta el sector de los productos agrícolas, agregó un artículo más a la canasta y lo pagó con su propio dinero.

Cuando entró a la casa, Leota no estaba en la sala.

—¿Leota? ¿Dónde está? ¿Está bien?

La puerta del baño se abrió y ella apareció con el cabello húmedo sobre la frente y las sienes.

—Estoy bien. Solo estaba lavándome la cara. —Tenía los ojos hinchados y rojos.

—Guardaré estas cosas para usted. —Se dirigió a la cocina con las dos bolsas de papel cargadas y un artículo pequeño en una bolsa plástica colgando de su brazo.

Cuando terminó de guardar los alimentos de Leota en el refrigerador y los gabinetes, dobló las bolsas de papel y las metió ordenadamente en la caja que Leota había puesto en la estantería del porche trasero. Metió la arrugada bolsa plástica en la olla de veinticinco litros con motas azules y blancas que había junto a la caja. A Leota le gustaba ponerle un «pañal» a las bolsas de papel que usaba para la basura. «Eso impide que goteen». Ruth se había burlado de él cuando empezó a hacer lo mismo en el departamento.

Hurgando en su bolsillo, Corban sacó el recibo y el vuelto de Leota y, después, tomó el artículo que había comprado él.

—Su vuelto, señora —dijo él ceremoniosamente—, y una cosita que compré para usted. —Hizo una reverencia frente a ella y le presentó la plantita florecida que estaba en una bonita taza de porcelana con su respectivo platito. La dulce palabra que dijo ella al ser gratamente sorprendida le sacó una sonrisa a Corban.

Dejó el vuelto sin contar en la mesa lateral y tomó el obsequio de sus manos. La taza traqueteó y la apoyó con ternura sobre su regazo.

—Ay... una violeta africana. Gracias, Corban. Son adorables.

—Es un placer, Leota. —Nunca había gastado mejor el dinero. Le gustó la sensación agradable y acogedora.

—Bernard me regaló violetas una vez. Fue hace muchísimo tiempo.

Cuando alzó la vista para mirarlo, él vio una expresión de niñita perdida en sus ojos. Eso lo sorprendió, así como la empatía que se apoderó de él. Se sintió al borde de las lágrimas y avergonzado por las emociones inexplicables e intensas. No se sentía cómodo con estos sentimientos. Quizás tenían más que ver con Ruth y con el bebé. Fuera lo que fuera, sintió la angustia de Leota. No pudo escapar de ella.

No podía evitarla ni superarla. Por primera vez en su vida, Corban sentía la angustia de otro como si fuera propia. Había escuchado que las personas mueren cuando pierden las esperanzas, y Leota parecía estar perdiéndolas, en lo que concernía a sus hijos. Si no fuera por Annie, su vida bien podría estar acabada. Cuando tocó los pétalos de las bellas flores color lavanda, su mano tembló, y él sintió tristeza por ella.

¿Es esto lo que se siente cuando alguien te importa? Era lo peor. Lo incomodaba. Lo hacía sentir vulnerable e ineficaz. Y lo peor es que no sabía cómo frenarlo. Ni siquiera sabía cuándo había empezado a sentirlo. En algún momento del mes anterior, había dejado de pensar en Leota Reinhardt como el tema de su ensayo y había comenzado a verla como una amiga. Vivaz, directa, graciosa, irritante, enigmática, desafiante, entrañable...

—¿No tiene una clase esta tarde? —dijo ella.

—A las dos —dijo él, torciendo la boca.

Ella miró a propósito al reloj de la repisa.

—Bien, será mejor que se ponga en marcha ahora o llegará tarde.

Se acabaron la calidez y el afecto. Si se quedaba, ella le daría un sermón.

—¿Vendrá Annie el viernes? —Esperaba que sí. Leota siempre revivía cuando Annie estaba presente... La dulce y sencilla Annie. Indudablemente, tenía un don especial.

A diferencia de Ruth. Ella era aguas profundas y traicioneras.

—El sábado —dijo Leota—. Tiene que trabajar el viernes.

—Quizás pase por aquí.

—¿Por qué no trae a su novia esta vez? Me gustaría conocerla. —Inclinó levemente el mentón—. Estoy segura de que a Annie también le gustaría.

—Le preguntaré.

—Por cierto, ¿cómo se llama?

—Ruth. —Como si él necesitara un recordatorio.



Sam estaba esperando en los escalones de entrada del edificio de departamentos cuando Annie regresó de su caminata. Ella se sintió acalorada de la punta de su cabeza hasta las suelas de su calzado. Habían quedado en verse a las seis de la tarde. Cuando ella se acercó, él se puso de pie.

—¡Ay, Sam, discúlpame! —Para empeorar su vergüenza, se puso a llorar.

—Oye, no estoy enojado. Solo estaba preocupado. ¿Estás bien?

No, no estaba bien. Se sentía deprimida.

—¿Por qué no te dejó entrar Susan?

—Me dejó entrar antes de irse al trabajo. Salí a buscar algo de mi carro y la puerta se cerró de golpe detrás de mí. —Levantó un ramo de flores envuelto en celofán rosado. Estaban marchitas.

¿Cuánto hacía que la esperaba?

—¿Qué hora es? —Se limpió rápidamente las lágrimas de las mejillas y metió la mano en el bolsillo para buscar las llaves.

—Las ocho y treinta.

—Ay, Sam... —Abrió la puerta y la empujó—. ¿Por qué esperaste tanto tiempo?

—Te daré tres alternativas para que adivines, y las dos primeras no cuentan.

Annie miró atrás por encima del hombro y quiso llorar más fuerte al ver la expresión en sus ojos. Él no ocultaba en absoluto la profundidad de sus sentimientos. Sam le gustaba mucho, pero, al parecer, no lograba transmitirle claramente que el Señor tenía otros planes para ella.

—Vine conduciendo desde San José, Annie. Trabajé horas extra y ahorré dinero durante semanas para poder llevarte a una cena elegante en Top of the Mark. Siete platos, como mínimo. Hasta le pedí prestado un traje impresionante a un amigo. Te juro que modela para GQ. Compré flores; la combinación perfecta de rojo, por la pasión, y blanco, por la pureza, para que no pienses que quiero arruinarte. —Meneó las desaliñadas flores ante los ojos de ella—. Y luego, llego aquí y toco el timbre, con el corazón palpitando en la garganta, ¿y a quién encuentro? A mi hermana. —Se llevó una mano al corazón—. Te olvidaste completamente de mí. Me siento herido de muerte, Annie. Debería demandarte por daños y perjuicios.

—Lo lamento tanto. —Sonó como un disco rayado. No podía dejar de pensar en su madre. Señor, no quiero desconectarme de ella, pero es sumamente difícil caminar por Tus caminos y complacerla a ella al mismo tiempo.

Él le levantó el mentón, mirándola con ternura.

—¿Cuándo vas a dejar de sentir culpa por todo, Annie? Como si algo de lo que hicieras fuera a cambiar a las personas de adentro hacia afuera. —Sacó su pañuelo—. Toma.

—Gracias.

—De nada. Observarás que ese pañuelo tiene mis iniciales. Un regalo de Navidad de mi madre. Quédatelo. Cada vez que te suenes la nariz, pensarás en mí.

Annie se rio. No pudo evitarlo.

—Así está mejor. Ven, subamos. Es lo mínimo que puedes hacer, después de dejarme plantado.

Abrió la puerta del departamento y lo dejó entrar.

—Iré a lavarme la cara, Sam. Ponte cómodo.

Annie entró al baño y abrió el grifo. Se agachó, ahuecó las manos y se frotó el rostro varias veces con agua fría. Buscó la toalla a tientas y la presionó sobre sus ojos. Se miró al espejo y vio que su cabello era un lío revuelto por el viento, tras la extensa caminata por la playa. Colgó la

toalla nuevamente en su sitio y se pasó los dedos varias veces por la voluminosa cabellera de rizos rubio-rojizos. Haciendo una mueca, se dio por vencida y regresó a la sala.

La chaqueta de Sam estaba doblada sobre un taburete. Él estaba parado junto a la ventana, con las manos metidas en los bolsillos.

—¿Puedo prepararte algo para cenar, Sam?

—La cena debería estar aquí en cuarenta y cinco minutos. Ensalada, pan francés y berenjenas gratinadas con queso parmesano. ¿Qué tal suena eso?

—Me encantan las berenjenas gratinadas.

—Lo sé. Susan me lo dijo. —Se dio vuelta y la enfrentó—. Entonces, ¿vas a contarme qué pasó?

Ella volvió a pasarse los dedos por el cabello.

—Nada. Todo. —Suspiró y se hundió en el mullido sillón. Recogió las rodillas hasta la altura de su pecho—. Fue el mejor día de mi vida. Y uno de los peores.

—Llamó tu madre.

Ella levantó la vista.

Los ojos de Sam ardían. Annie notó la tensión que había en sus hombros y supo que su enojo no era hacia ella.

—No sé qué hacer con ella —dijo Annie en voz baja.

—Yo podría darte ideas.

—Ah, lo sé. —Apoyó la frente sobre sus rodillas—. Todos tienen una idea de lo que debería hacer con ella. Regañarla. Eliminarla de mi vida. —Levantó la cabeza y lo miró—. Es mi madre, Sam. La amo. Me gustaría saber qué la hizo ser como es.

—¿Para que tú puedas arreglarla? —Su tono era monocorde—. Olvídalo, Annie. Es una tarea que solo Dios podría realizar. —Se acercó más—. Escucha a uno que era igual de egoísta, egocéntrico y destructivo como tu madre. Cuanto más intentes corregir las cosas con ella, peor se pondrán. —Se rio con sarcasmo—. Cariño, mis padres tuvieron que darse por vencidos y echarme de la casa antes de que yo recuperara el juicio. Si no hubieran tenido las agallas para hacerlo, no quiero ni pensar dónde estaría yo en este momento. Muerto, probablemente.

Ella sabía de lo que estaba hablando. Ella había atravesado esa época acompañando a la familia de Susan. Había visto llorar a su madre y caminar de un lado a otro por la frustración a su padre. Susan le daba un detallado informe diario.

—Tu familia oraba por ti, Sam. Todo el tiempo. Y yo también oraba por ti.

Los ojos de él se humedecieron.

—Tal vez es lo único que puedes hacer por tu madre. —Se acercó y se sentó en el sofá. Inclinándose hacia adelante, cruzó las manos entre las rodillas—. Debes tener límites, Annie, o las personas te pasarán por encima. Hasta Jesús tenía límites. No permitió que nadie le impidiera hacer lo que vino a hacer. Tuvo que huir de las hordas de personas que siempre estaban pidiéndole cosas. Creían que podían decirle qué necesitaban y qué querían. Todo el mundo tiene sus propias prioridades. Si dependiera de nosotros mismos, acabaríamos en el infierno. Desde nuestra primera bocanada de aire, nuestras prioridades se oponen a las de Dios. La única persona a la que puedes tratar de arreglar es a ti misma.

Las lágrimas regresaron.

—Lo sé, Sam. Por eso me fui de casa. Sabía que si me quedaba un día más, terminaría cediendo y dándome por vencida. Si me hubiera quedado, en este momento estaría en el este, en Wellesley, especializándome en administración de empresas, en ciencias políticas o en algo que

pudiera tener en común con un futuro directivo de empresas o algún senador. Me conformaría con los sueños que mamá tenía para mí, en lugar de averiguar cuál es el plan de Dios. —Se desdobló en el sillón y se levantó. Estaba inquieta—. Supongo que para la mayoría de personas cometí el peor error de mi vida.

—Hiciste lo que tenías que hacer. Te fuiste. Si regresaras ahora, descubrirías que nada ha cambiado. No puedes hacer que las personas cambien, Annie.

—Eso lo sé en mi cabeza, pero cada vez que mi madre y yo hablamos, se me parte el corazón por ella. Sé que estoy donde se supone que debo estar. Pero no se trata solamente de ser feliz. Estoy segura de estar en el camino que Dios preparó para mí. No sé exactamente adónde me llevará, pero a veces tengo la sensación de querer recorrerlo, sabiendo que Jesús está al final. Hoy quería decirle eso a mamá, pero no lo hubiera comprendido. Yo estaba muy emocionada por lo que pasó, pero ella no pudo entenderlo.

Él se inclinó hacia atrás.

—No quiso, querrás decir.

—No pudo, no quiso, ¿cuál es la diferencia?

—Hay una gran diferencia, y lo sabes.

Ella lo miró, derrotada.

—Una de mis pinturas estará en exposición para la venta en una galería muy conocida. Fue como una reafirmación de Dios.

—Susan me lo contó. Estás en camino, y tu madre no está contenta por eso.

—Piensa que el profesor está coqueteándome.

Él levantó las cejas.

—¿Lo está? —Le dedicó una sonrisa lenta y rapaz—. ¿Identificarías las señales de advertencia si lo hiciera?

Ella le sonrió de manera cortante.

—Sam, a mis doce años ya sabía que tu libido estaba a toda máquina.

Él sonrió con malicia.

—Y yo sabía que estabas muy enamorada de mí.

Le encantaba fastidiarla con eso. El corazón de ella se desbocaba cada vez que él estaba cerca. Sus entrañas se estremecían siempre que él miraba en dirección a ella, aunque su expresión denotara un completo desprecio. La molesta amiga de su hermanita Susan. Él todavía lograba que su corazón se acelerara peligrosamente.

—Maduré, Sam.

Él suspiró dramáticamente.

—Oh, ojalá fueran aquellos viejos tiempos, cuando Annie Gardner estaba perdidamente enamorada de mí. Ya lo dice el dicho: cosecharás lo que siembras. Ahora yo estoy locamente enamorado de ti, y tú me olvidas por completo y me dejas congelándome en los escalones de tu edificio.

—Te lo mereces. No fuiste nada amable en los viejos tiempos.

—Fui un tonto. —Se puso de pie y el corazón de ella dio un brinco. Esperaba que no se le insinuara. No ahora, que ella se sentía vulnerable. Él debió haber notado su necesidad de poner distancia, porque se tomó un momento para estudiar su rostro con una sonrisa traviesa en los labios—. ¿Y dónde está esa pintura que te hará rica y famosa?

—Difícilmente rica o famosa —dijo ella, poniéndose de pie y yendo a la cocina. Le dijo el nombre de la galería cerca de Union Square. Cuando le preguntó sobre la pintura, ella la

describió brevemente.

Sonó el timbre.

—Así que salvada por la campana, ¿eh, Annie? —Sabía que él estaba tratando de adivinar en qué pensaba ella—. Yo me encargo. —Abrió la puerta y salió.

Annie abrió un gabinete de la cocina y sacó platos y vasos. Los cubiertos estaban en un cajón de la encimera. Como Susan y ella no tenían una mesa de comedor, acomodó la mesa de centro y arrojó un cojín a cada lado para que ambos se sentaran cómodamente en el piso. Sam regresó y dispuso los recipientes de poliestireno mientras Annie llenaba dos vasos altos con agua helada. El pequeño departamento se llenó rápidamente con los deliciosos aromas de la estupenda comida italiana. Ella olió la maravillosa fragancia de la albahaca, el tomate y el ajo.

—Me alegra que no te fuiste, Sam.

—El camino al corazón de una mujer es a través del estómago. —Se sentaron y él extendió las manos—. ¿Digo yo la oración? —Ella puso sus manos en las de él y bajó la cabeza. Él no dijo nada por un largo momento, rozando el reverso de su mano con el pulgar, lo cual hizo que subiera un hormigueo por el brazo de Annie—. Señor, por lo que estamos a punto de recibir, te damos gracias. Y Padre, mantén mis pensamientos puros, ¿quieres, por favor? Y coloca setos espinosos a mi alrededor si siquiera parece que estoy a punto de pasarme de la raya. En el nombre de Jesús, amén. —Alzó la cabeza y se encogió de hombros—. Pensé que debía mencionarle eso último al Señor, por precaución.

Ella esperó. Él se inclinó un poco hacia adelante, mirándola. Annie sintió que el calor volvía a subir a sus mejillas. Carraspeó delicadamente.

—La cuestión es obedecer, Sam.

—Estoy tratando —dijo él en voz baja.

—Ayudaría que me soltaras las manos. De lo contrario, no podré usar mi tenedor.

—Aguafiestas. Qué te parece si te recuestas en el sofá y yo pelo unas uvas para ti.

—Ni de broma. —Él aflojó sus manos lo suficiente para que ella las retirara suavemente.

La comida estaba deliciosa; la compañía, exactamente lo que necesitaba. Sam le habló de su semana. La hizo relajarse y reírse nuevamente.

—Me hiciste adicto a las ventas de garaje —dijo con pena—. Mi departamento está comenzando a verse como Sanford and Son con todos los cachivaches que estuve recogiendo para el jardín de Leota. Cachivaches para mí, pero tesoros para ti. Te enorgullecerá saber que ahora eres la dueña de una carretilla vieja, una palangana, una regadera y otra bola de boliche para tu colección en crecimiento. Esta vez es una negra, común y corriente, pero estoy en busca de lo insólito. Todo está en mi carro, incluso mientras hablamos. Ayer vi un erizo. No me pude resistir al pequeño.

—¿Un erizo? —Se rio mientras juntaba los platos y los llevaba a la pequeña cocina.

—Sí. —Se levantó para seguirla—. Ya sabes, uno de esos chiquitos de metal, con una escobilla en el lomo. Sirven para ponerlos en el porche trasero y quitarte el barro de las botas. Al menos, eso es lo que dijo el anciano. Había un letrero en su casa que decía «Vendida». Dijo que estaba listo para mudarse a un lugar más pequeño. Debe haber sido director ejecutivo en alguna época. Conocía toda la jerga. Casi te compro un esquife, pero no cabía en mi carro. Costaba solo diez dólares porque tenía un agujero enorme en el fondo, grande como para que pase un tiburón. —Tomó un paño de cocina—. Tú lavas, yo seco.

—Lavaré los platos más tarde. —Le quitó el paño de cocina y lo lanzó a la encimera—. Suspende las futuras compras, ¿quieres, por favor? A menos que tengas pensado guardarlas para

ti mismo. ¿Cuánto te debo por el botín que reuniste hasta ahora?

Su boca se curvó despacio, rozando suavemente una mejilla de ella con un dedo. Annie lo pellizcó en la parte inferior del brazo.

—¡Ay! —Retrocedió él, sorprendido—. Solamente iba a proponerte un besito.

—De acuerdo. —Se estiró de puntillas y le dio un besito de hermana en la mejilla. Sintió las manos de Sam en su cintura y apoyó las suyas contra su pecho. Podía sentir cómo le palpitaba el corazón—. Sam —dijo, conteniendo la respiración. Se echó un poco hacia atrás, pero él no la dejó escapar. Sus ojos estaban muy oscuros.

—No me tengas miedo, Annie. No estoy jugando con tus sentimientos. Te juro que no.

—No te tengo miedo.

—A algo le tienes miedo. —Tomó su rostro tiernamente—. ¿Es a esto? —Se inclinó para besarla. Fue el más delicado de los besos, casi casto, excepto por la mirada que había en sus ojos cuando retrocedió y la reacción que ella sintió—. Oh, Annie. —La segunda vez, no se contuvo. Ella sintió las manos de él entre su cabello; luego, deslizándose por su espalda, avanzando cada vez más hacia un territorio peligroso... territorio en el que ella sabía que no debía meterse.

—Sam, detente. —Ella temblaba.

—Te amo.

—Si me amas, para.

—Annie...

Se apartó firmemente para que la soltara. Cuando él estiró la mano para tocar su rostro, ella retrocedió otro paso y negó con la cabeza.

—Dime que no sientes nada, Annie.

—Sabes que sí.

—Puedes confiar en mí.

—Confío en Dios, Sam, y esto no forma parte del plan que Él tiene para mí.

—¿Cómo sabes eso con certeza? Tu corazón está tan acelerado como el mío. Dime que no es cierto.

¿Cómo podía explicárselo, cuando ella misma no lo entendía del todo?

—Sería tan fácil caer, Sam. Olvidarme de todo por un ratito y dejar que pasara esto entre nosotros. —Como tantas chicas que conocía de la preparatoria. Amigas que vivían rápido y descuidadamente, pensando que nunca tendrían que afrontar las consecuencias. Chicas que vivían el momento y lo pagarían toda la vida. Pero no se trataba solo de eso. Era algo más complejo, algo que escapaba a su comprensión.

—No estoy pidiéndote que te acuestes conmigo, Annie.

Sintiendo que su rostro se acaloraba otra vez, comenzó a darse vuelta.

Él la detuvo estirando una mano para tomarla del mentón y levantar su rostro para que lo mirara a los ojos.

—No dejaría que llegáramos tan lejos.

Era mejor ser sincera.

—No tendrías la intención de hacerlo.

Él escudriñó sus ojos. Luego, bajó la vista a su boca; cerró los ojos y soltó el aire despacio.

—Está bien. Tienes razón. —Abrió los ojos y la miró por un largo momento—. No puedo dejar de preguntarme... —Pareció estremecerse por dentro. Se volteó, rodeó la encimera de la cocina y tomó su chaqueta del respaldo del taburete—. Dejaré el botín en la casa de tu abuela el sábado en la tarde. ¿Está bien?

—Sam... —dijo ella, sintiendo un nudo en la garganta.

—¡Ni se te ocurra decir que lo lamentas, Annie! —Tenía los ojos enardecidos con la misma intensidad de sus emociones—. Si lo haces, voy a lanzar toda mi paciencia al viento, y te llevaré a ese dormitorio...

Podía ver que estaba dolido y atormentado. El viejo Sam estaba luchando contra el nuevo Sam. El aire se cargó de tensión por unos segundos; después, él suspiró y le dirigió una sonrisa autocrítica.

—Hiciste bien al pisar el freno. Si hubieras cedido un centímetro más, yo habría seguido hasta el final.

Al salir, él cerró la puerta con delicadeza.

Jesús, mantenlo firme, oró Annie, y a mí también.

CAPÍTULO 15

EL TIMBRE DE LA PUERTA SONÓ mientras Annie estaba en la cocina de su abuela. En cada mano tenía una bandeja con galletas con chispas de chocolate y no podía acudir a atender.

—¡Iré en un segundo, abuelita! —Cerró la puerta del horno con el pie y corrió hacia la encimera.

—Ya voy yo, cielo.

Annie escuchó voces de niños en la puerta delantera.

—¡Truco o trato! —Inclinándose hacia atrás, vio a través de la puerta el momento en que su abuela alzaba las manos y lanzaba un chillido. Annie se rio del fingimiento, plenamente consciente de que su abuela no estaba sorprendida en absoluto por los fantasmas y los duendes parados en los escalones del frente. La abuelita Leota y ella se habían preparado para los niños todo el día.

Surgieron risitas nerviosas de la bandada de niños apiñados en los escalones.

—Ahora que ya me han engañado... —dijo la abuelita, abriendo la puerta mosquitera y abriéndola con un empujoncito— entren y tomen un dulce.

Annie oyó que la puerta mosquitera golpeó y la puerta delantera se cerró firmemente.

—Qué olor tan exquisito hay aquí. —Arba estaba parada en la puerta de la cocina mientras las voces de los niños parloteaban alborotadamente en la sala delantera—. Manzanas caramelizadas, palomitas de maíz, galletas, chocolate caliente. Creo que pensaste en todo, amiga.

—Espero que sí. —Annie sonrió—. Puedes ayudar a servir. —Puso la última de las galletas en una rejilla.

—No será necesario. —Arba pegó su cuerpo contra el marco de la puerta mientras Nile pasaba apretadamente junto a ella, seguido por sus hermanas y por «Tom, Dick y Harry» o, como sus madres los habían llamado: Jorge, Raúl y Do Weon. Los niños se detuvieron lo suficiente a la espera del asentimiento de Annie y, después, se abalanzaron sobre las golosinas como hormigas sobre un montículo de azúcar morena.

—No hay como la Noche de Brujas para despertar la glotonería de los niños —dijo Arba—. Una de las amigas de Tunisha llamó esta tarde. Sus padres llevarían una camioneta llena de niños a lo alto de las colinas donde viven los ricos. —Sonrió con sarcasmo—. Pensaron que recibirían mejores cosas allá. Algunos van a varios vecindarios y utilizan fundas de almohadas. Terminan con golosinas suficientes para que toda la familia coma durante un año.

—Me alegra que tus hijos hayan decidido pasar la noche conmigo y con la abuelita Leota.

—Bueno, lamento decir que tuve que convencerlos —dijo Arba en voz baja—. Te advierto, amiga: quieren historias de fantasmas. Si empiezas a contarles algún cuento lindo, un inocente cuento de hadas, ellos empezarán a portarse mal. Bastante mal. —Sus ojos negros titilaron alegremente—. Y ellos son más que nosotras.

Annie se acercó a ella.

—No te preocupes, Arba. Tengo una historia que le gana a cualquier otra que hayan visto o escuchado en la tele o en el cine. —Pudo oír a su abuelita hablando con las otras mujeres en la sala. La abuelita Leota siempre alzaba la voz cuando hablaba con Juanita Alcalá y Lin Sansan Ng, como si hablar a gritos sirviera para que ambas mujeres entendieran mejor el inglés.

Arba sirvió con un cucharón el chocolate caliente en las tazas y las puso en una bandeja. Annie esparció los malvaviscos encima y convocó a los niños para que ayudaran.

—Vengan, chicos. Nile, toma algunas servilletas. Raúl, trae la bandeja con las manzanas. Tunisha, trae las galletas, por favor. Jorge, en la mesa hay un recipiente Tupperware lleno de toallitas húmedas. Tú puedes llevar eso mientras Kenya se ocupa del recipiente con las palomitas de maíz. ¡La hora del cuento está a punto de empezar! ¡Apresúrense!

La abuelita Leota se ubicó cómodamente en su sillón reclinable mientras Juanita y Lin Sansan se sentaban en el sofá. Arba ocupó el sillón mullido cerca del pasillo que llevaba al baño y a los dos dormitorios.

—Acerquen todas las golosinas para tenerlas a la mano —dijo Annie sonriendo mientras los niños se apuraban a ocupar sus lugares. Se acomodaron rápidamente—. Siéntense cerca unos de otros, porque en un minuto, este lugar se pondrá muy oscuro. —Le dio tiempo suficiente a la pequeña Kenya para retroceder de modo que quedó apoyada en las rodillas de su madre; entonces fue a la cocina y apagó las luces. Se estrujó al pasar junto al sillón de la abuelita Leota y se paró delante de la chimenea—. Señoras, por favor, apaguen las lámparas que hay a su costado.

La única iluminación provenía de la pequeña lamparita del baño y del resplandor de la farola de la calle que llegaba a través de las cortinas.

—¿Todos listos para escuchar una historia verdadera?

—¿Una historia de terror? —Los ojos de Nile estaban muy abiertos y ansiosos.

—Les contaré cómo el mal llegó al mundo y quién lo trajo. —Annie se paró frente a la chimenea. La repisa tenía una hilera de calabazas talladas y sin encender. No habían encendido el fuego en la chimenea. Eso llegaría después, mientras relataba la historia. Así como el momento de asar los malvaviscos.

—En el principio, antes de que los cielos y la tierra fueran creados, solo existía Dios. Todo era amorfo. No existían los días ni las noches. No existían el sol ni la luna, tampoco las estrellas en el cielo. No había flores, árboles ni pájaros. No existían los peces ni los animales. No había ninguna persona. Todo era oscuridad. Todo era quietud y silencio.

Esperó varios segundos. Qué pena que se oyera el sonido de la autopista que estaba a una cuadra de distancia. En fin, estaba tan callado como podía estar.

—Entonces, el Señor dijo: “Que haya luz”, ¡y hubo luz! —Encendió un fósforo largo y tocó el pabilo dentro de la primera calabaza—. Dios separó la luz de la oscuridad e hizo el día y la noche. Separó las aguas para que existieran los mares y la atmósfera alrededor de la tierra. Él habló y las aguas se replegaron y apareció la tierra seca y surgieron las montañas. Él hizo el sol, la luna y las estrellas para que tuviéramos las estaciones, y señales en el cielo para que nos dijeran cuando estaba sucediendo algo muy importante.

La luz de la vela resplandeció entre las tallas del sol, la luna y las estrellas en la calabaza.

—Dios habló nuevamente, y hubo árboles frutales y todo tipo de vegetación. Habló y los mares rebosaron de criaturas vivas, desde el plancton más minúsculo hasta los grandes monstruos marinos que viven en las partes más profundas del océano. Él habló, y aparecieron las bestias sobre la faz de la tierra: tigres y osos y conejos y ratoncitos, elefantes y lagartos y sapos y saltamontes y hormigas. Y todo era bueno y perfecto y hermoso.

Encendió otra calabaza que tenía animales, peces y pájaros tallados alrededor. Parecía que estaban corriendo, nadando y volando en círculos.

—Cuando todo estuvo listo, cuando las plantas hicieron que el aire fuera respirable y los animales, las aves y los peces produjeron sonidos y movimiento, el Señor se agachó y recogió

polvo de la tierra y formó al hombre. Hizo al hombre a imagen de Sí mismo y, después, sopló Su aliento de vida en sus fosas nasales. Tomó al hombre y lo puso en el huerto que Él había preparado. Llevó al huerto a todas las criaturas que había hecho y dejó que el hombre les diera nombre. Le pertenecían al hombre de la misma manera que ustedes les pertenecen a su madre y a su padre, que les pusieron el nombre que tienen. Pero no había ninguna criatura adecuada para que ayudara al hombre; entonces, el Señor lo hizo quedarse dormido. Sacó una costilla del costado del hombre e hizo a una mujer para él. Estaba formada con carne de su carne y hueso de sus huesos, y eran perfectos el uno para el otro.

Encendió la tercera calabaza, y un hombre y una mujer, tomados de la mano, se iluminaron.

—El nombre del hombre era Adán, y el de su esposa, Eva. Y vivían juntamente con Dios en el jardín de Edén. La vida era perfecta.

—¿Qué tiene de escalofriante todo esto? —resopló Nile, disgustado—. He escuchado esta historia cien veces en la escuela dominical. ¡Es aburrida!

Annie se acuclilló. Bajó la voz y continuó:

—Dios también hizo otras criaturas llamadas ángeles, serafines y querubines. Estas criaturas debían servir al Señor Dios, adorarlo y alabarlo y ministrar a todos los hombres y mujeres que vendrían a partir de Adán y Eva. Una de las criaturas era muy bella. De hecho, era la criatura más hermosa que Dios hubiera creado. Se llamaba Lucifer y se volvió tan orgulloso de su belleza, que creyó que era tan bueno como Dios. No solo eso, pensó que también debía tener el poder de Dios. Así que peleó una guerra en el cielo y Dios lo expulsó, junto con todos los ángeles que se pusieron del lado de Lucifer. La tercera parte de los ángeles del cielo cayó a la tierra.

Ella encendió otra vela y los ángeles caídos brillaron.

—Todavía están aquí. Y siguen en guerra contra Dios. Lucifer se hace llamar por otros nombres. Nombres terribles. Nombres que los llenarían de miedo: Satanás, Belcebú, la serpiente antigua. Y sus colaboradores se llaman... demonios.

Kenya se trepó al regazo de su madre. Arba le dio una palmadita en el hombro.

—Satanás, con aspecto de serpiente, entró arrastrándose al jardín que Dios había hecho para Adán y Eva. La serpiente le habló a Eva y le dijo: “¿De veras Dios les dijo que no deben comer del fruto de ninguno de los árboles del huerto?”. Ahora bien, Dios les había dicho que podían comer de cualquier árbol del huerto excepto uno, el árbol del conocimiento del bien y del mal. Eva se confundió con la pregunta de Satanás y dijo que Dios les había permitido comer de cualquier árbol, excepto ese, y que ni siquiera debían tocarlo, o morirían. El maligno dijo: “Pero claro que no morirán”. Satanás le mintió a Eva y le dijo que si ella comía del árbol, sería como Dios. A Eva eso le sonó maravilloso, así que fue y miró el árbol prohibido. Era muy bello, como todo en el huerto de Dios, y quiso lo que Satanás le dijo que podría tener. Entonces, agarró el fruto y lo comió.

—Fue una tonta —dijo Nile.

Annie giró la calabaza para que pudieran ver la vela que resplandecía a través de las tallas que había en el otro lado: la mujer entregándole algo al hombre.

—Entonces le dio el fruto a su esposo y él también comió de él. Adán sabía que no debía hacerlo; sin embargo, lo hizo de todas maneras, y con ese simple acto de desobediencia, el pecado ingresó al mundo, y trajo consigo la muerte.



Leota observó los rostros de los niños mientras Annie hilaba las historias bíblicas en una larga secuencia del amor de Dios desde el principio. Annie cambiaba la voz, las expresiones y hacía gestos dramáticos para darle vida a las historias. Su nieta atraía la atención de los niños como el flautista de Hamelín.

—¿Satanás es real? —Los ojos rasgados del pequeño Harry se veían inseguros.

Annie asintió con solemnidad.

—Sí, es real. No estoy inventando nada de esto, Do Weon. Todo lo que les conté es verdad. Satanás no es un demonio con cuernos, traje rojo y tridente. Es un ser espiritual que existe, que deambula por el mundo como un león rugiente, buscando a quién devorar. Y sus demonios lo ayudan. Satanás es el padre de las mentiras y es un asesino. Nada bueno proviene de él.

Lin Sansan parecía angustiada y la pobre pequeña Kim, su hija, a punto de llorar. Se levantó del piso y gateó hasta el regazo de su madre. Lin Sansan miró a Juanita, a Arba y luego a Leota, notablemente insegura de qué debía hacer: si quedarse y escuchar, o irse. Leota suponía que se quedaba en su asiento por las limitaciones de la cortesía. La mujer parecía muy tímida, y Leota dudaba que la pequeña señora pudiera pararse y llamar la atención de todos. Por lo tanto, seguía sentada abrazando fuerte a su hija, escuchando a Annie, quien hablaba de cosas que claramente asustaban a la mujer.

—¿Qué pasó cuando Dios se enteró? —dijo Do Weon, inclinándose hacia adelante.

—Se entristeció y se enojó mucho. Pero seguía amando a Adán y a Eva. Entonces derramó sangre por primera vez. Mató a un animal, y con su piel hizo ropa para Adán y para Eva. Luego, los echó del jardín. Desde entonces, las personas han tenido que trabajar para ganarse la vida. Sentimos el dolor y el sufrimiento. Tenemos miedo. Nos lastimamos unos a otros en todo tipo de maneras terribles. Todos somos iguales que Adán y Eva. Ahora tenemos una naturaleza pecadora. Aunque sepamos lo que es bueno, a veces hacemos lo malo. Y solamente se necesita un pequeño pecado para convertirte en un pecador. Adán y Eva no pudieron seguir estando con Dios, no como habían estado en el jardín, cuando Él caminaba y conversaba con ellos cara a cara.

Kim se acurrucó más contra su madre.

—¿Dios nos odia a nosotros también?

—Ay, no, querida. Dios los amó incluso en aquel momento, y también nos ama a nosotros. Él es nuestro Padre y desea recuperarnos de todo corazón. Desde el principio, Dios supo que tomaríamos malas decisiones. Por eso él ya había hecho un plan para proveernos un camino para volver a Él. Y eso les prometió a Adán y a Eva después de que pecaron. Él nos enviaría un Mesías.

Leota adoraba cómo Annie decía la palabra Mesías. La hacía sonar misteriosa y maravillosa. Annie animó a los niños para que la repitieran. «Mesías», dijeron en el mismo tono que Annie. El reloj dio las siete, pero ninguno de los niños lo notó. Se acercaron más, prestándole atención a Annie mientras les contaba que Caín había matado a su hermano Abel... cómo la maldad se descontroló en el mundo, hasta que Dios decidió destruir a todos, salvo a Noé y a su familia. Les habló de Abraham y sus hijos, y también de José en Egipto. Escucharon tranquilos el relato de Moisés y la liberación de los israelitas y la entrega de la ley.

—La ley era buena, perfecta y un regalo de Dios, pero también era una carga tremenda. Las personas necesitaban la ley para aprender a obedecer a Dios nuevamente, pero la ley también les mostró a hombres, mujeres y niños que no podían obedecer cada uno de los preceptos. Había

tantas leyes sobre tantas cosas, que nadie, ni una sola persona, podía cumplirlas todas. A algunos no les importaba, pero otros querían agradar a Dios. El problema era que, si no cumplías una sola ley, eso te convertía en transgresor y pecador. Y la pena por el pecado es...

—La muerte —dijeron los niños cuando ella señaló la calabaza que había encendido, iluminando una calavera y unos huesos cruzados.

—Y la gente lloraba: "Oh, Señor, ¿cuándo vendrá el Mesías?". —Les sonrió a los niños—. Digan eso conmigo...

—Oh, Señor, ¿cuándo vendrá el Mesías? —repitieron los niños, siguiéndola cuando ella señaló otra calabaza que iluminaba la talla de un hombre con las manos levantadas hacia el cielo.

—Pasaron cientos de años y hubo guerras terribles, hambrunas y sequías. La muerte y el diablo nunca toman vacaciones. El pueblo obedecía las leyes y trataba de ser bueno; después volvía a olvidarse y era muy, muy malo. Dios les envió unos hombres llamados profetas para hacerlos volver a Él. Yo soy su Padre. Los amo. Vengan a Mí. Vengan a Mí. A veces, el pueblo escuchaba y se arrepentía. Cuando no lo hacían, los enemigos venían y los llevaban cautivos, los sacaban a rastras de sus hogares y los esclavizaban. Entonces, el pueblo clamaba nuevamente.

—Oh, Señor, ¿cuándo vendrá el Mesías?

Leota notó que hasta Lin Sansan lo decía ahora, junto con su hija, y Arba y Juanita.

—Pasaron mil años. Y otros mil. Y más. Cuando Dios supo que era el momento perfectamente correcto, envió a un ángel llamado Gabriel a una jovencita llamada María, y le anunció que iba a tener un bebé, y que ese bebé sería el Hijo unigénito de Dios, Jesús, el Mesías.

—¿Qué quiere decir unigénito? —Kim observaba a Annie desde la seguridad de los brazos de su madre.

—Quiere decir que Dios iba a poner a ese niño dentro de María. En lugar de que un hombre fuera el padre de Jesús, Dios iba a ser Su Padre. María también estaba confundida, Kim. Le preguntó a Gabriel cómo podría tener un hijo, ya que nunca había estado con un hombre, y Gabriel le dijo que Dios mismo, el Espíritu Santo, iba a cubrirla con su sombra y ella quedaría embarazada. Y eso fue lo que sucedió. Dios se ocupó de todo, hasta de darle a María un esposo santo llamado José. Era un carpintero.

Leota echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Estaba agotada. Tal vez era por haber ayudado a Annie a tallar tantas calabazas, o por la emoción de que hubiera tantas visitas en la casa. De todas maneras, se sentía bien de tener la casa llena de niños. Pocas veces venían niños a la casa cuando Eleonora y Jorge eran pequeños. Madre Reinhardt nunca lo había incentivado porque sentía que ya era suficiente tener que atender a dos. Así era como Leota había soñado que fuera su casa. Llena de amigos y de vecinos.

—Cuando José y María llegaron a Belén, María estaba lista para tener a Jesús —continuó Annie—. No pudieron encontrar un lugar donde alojarse. Finalmente tuvieron que irse a un establo, que probablemente no fuera más que una cueva en una ladera en las afueras de la ciudad. María y José eran tan pobres que lo único que pudieron hacer cuando Jesús nació fue envolverlo en tiras de tela y meterlo entre el heno de algún comedero de los animales.

Encendió otra calabaza.

—Pero ni bien nació Jesús, sucedió algo asombroso. Una nueva estrella brilló en los cielos. Era la señal de Dios, quien había hecho todo el universo, de que al fin había enviado al Mesías. Lamentablemente, no muchas personas vieron esa estrella. Quizás estaban dentro de sus casas y no prestaron atención. Pero los hombres que estudiaban las estrellas la observaron en el cielo. De hecho, algunos salieron de su propio país para seguir a la estrella. Sabían que significaba que

había nacido alguien de suprema importancia, un rey o un dios, y querían encontrarlo y adorarlo. No sabían que Jesús era el Rey de reyes y el Dios, el único Dios, Aquel que había creado todo lo que existió y lo que habría de existir...

Leota se recostó y escuchó la voz de Annie mientras hablaba de la visita del ángel, del rey Herodes y la matanza de los bebés, de María y José huyendo a Egipto...

Egipto. La tierra del sufrimiento.

—De Egipto Dios llamaría al Mesías.

¿Egipto es solo un país, Señor? ¿O un estado de ánimo? ¿Cuánto tiempo estuve en Egipto antes de que me enviaras a Annie, para que me llevara de los ríos de la autocompasión a la Tierra Prometida de la abundancia? Estoy tan llena, Jesús. Repleta algunos días, con la casa invadida por niños. Y sin embargo, todavía ansío algo más. Anhelo que mis propios hijos vengan a casa a verme. ¿Así es como te sentiste a lo largo de tantos siglos desde el comienzo de los tiempos? Quiero llamar a gritos a Eleonora y a Jorge, y llorar. ¿Por qué son tan tercos? ¿Por qué no acuden a mí? ¿Por qué no buscan la verdad de algo?

A veces, aunque odiaba reconocerlo, Leota deseaba no haber tenido hijos. ¿Alguna vez te sentiste así, Señor? Sin embargo, si no hubiera tenido a Eleonora, ahora no tendría en mi vida a esta jovencita cariñosa e irreprochable. No habría podido sentarme y escuchar Tu historia nuevamente relatada por los labios de alguien que Te adora. Estaría completamente sola, esperando la muerte. Quizás este tiempo precioso hiciera que todo el sufrimiento valiera la pena. Leota tenía una hija que la despreciaba, pero de Eleonora había salido esta nieta que se había convertido en la niña de los ojos de Leota, el consuelo en su vejez.

Pero ¿por cuánto tiempo, Señor? Es tan joven y hermosa. He visto cómo la mira Sam. Incluso Corban está empezando a mirarla de esa manera, a pesar de que está en pareja con otra. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que Annie se aburra de una anciana que cada día está más decrépita?

—"¡Crucifícalo!", gritaron todos. —Annie levantó la voz y Leota se sobresaltó—. Los discípulos huyeron, temerosos por su vida. Los líderes judíos tenían miedo de perder sus posiciones de poder en la iglesia. El pueblo judío estaba furioso porque Jesús no era el Mesías guerrero que ellos querían. Los romanos tenían miedo de no poder seguir dominando el mundo que habían conquistado. Querían mantener la paz a cualquier precio, aun cuando eso significara matar a un hombre inocente. Todos participaron. Incluso ustedes y yo, aunque no estuvimos ahí. Nosotros pecamos, igual que todos ellos pecaron. Satanás debe haber creído que había ganado la batalla cuando Jesús murió en la cruz ese día. Debe haber celebrado cuando bajaron el cuerpo de Jesús y se lo llevaron para sepultarlo. Jesús era un joven de apenas treinta y tres años, y no tenía una tumba preparada para Él. Al Hijo unigénito de Dios tuvieron que colocarlo en una tumba prestada. Y los que lo amaban perdieron todas las esperanzas. Se escondieron y lloraron. Ay, cómo debe haber bailado Satanás sobre la sepultura de Jesús.

Leota cerró los ojos para contener las lágrimas inesperadas. ¿Eso es lo que me ha pasado a mí, Señor? ¿Perdí la esperanza? ¿Perdí de vista quién eres? ¿Caí en el engaño de dejar de creer que me amas y que todas Tus promesas permanecen? Me he sentido muy abandonada, pero

¿significa eso que lo estaba? Ahora miro a Annie y sé que Tú escuchaste cada oración que dije. Aunque no las respondiste todas. Al menos, no en lo que respecta a Eleonora. Aunque, pensándolo bien, supongo que ella tiene algo que decir sobre cómo vive su vida.

Señor, ¿por qué nos maldijiste con el libre albedrío? ¿Por qué no fulminaste a Adán y a Eva y empezaste de nuevo con otra pareja perfecta? ¿O todo habría terminado de la misma manera otra vez? Parece que siempre tomamos las decisiones equivocadas, y luego tenemos que vivir con la desgracia de haberlas elegido. Yo traté de hacer lo correcto. Ay, Dios, lo intenté. Tú sabes cuánto lo intenté. ¿Me equivoqué? Si hice lo correcto, ¿por qué mis hijos no se dan cuenta? Y si me equivoqué, ¿por qué no puedo darme cuenta yo?

El antiguo reloj de la repisa repicó una vez. Las ocho y media. Annie actuaba un llanto con la voz cargada de toda la desolación de un profeta viejo:

—¿Cuándo, oh Señor, cuándo nos enviarás a un Salvador?

El corazón de Leota repitió el lamento. Yo sé que Tú eres el Salvador, Señor. Pero, oh Padre, el enemigo es tan fuerte. Debilita mi armadura, buscando las grietas donde tenga el espacio suficiente para poder colar un dardo ardiente y vuelva a hundirme en el pozo de la desesperación. Él hizo trizas mi familia antes de que me diera cuenta y, para cuando lo entendí, sus corazones se habían endurecido tanto que no pude llegar a ellos. Tal vez si ella hubiera luchado más fuerte y por más tiempo, pero estaba dolida y enojada, y se replegó como un perro lamiéndose las heridas. Igual que los discípulos antes de que Dios soplara el Espíritu Santo sobre ellos. ¡Oh, Dios, si me dieras la confianza en mí misma para decir la verdad! Tal vez si ellos supieran los motivos y los detalles de mis decisiones, tendrían compasión. Eleonora está atrapada en una telaraña de mentiras. Y yo estoy cansada de eso, harta hasta morir por las recriminaciones. Era una historia que Bernard tenía que contar, pero estaba demasiado avergonzado para hablar. ¿O fue orgullo lo que lo hizo guardar silencio, Señor? ¿Es eso lo que nos ata más fuerte que las cadenas? El maldito orgullo. El mío, sobre todo.

—¡Jesús resucitó! —La voz de Annie estaba colmada de gozosa emoción, y los niños aplaudieron—. La muerte no pudo retenerlo en la tumba. El diablo y todos sus demonios no pudieron destruirlo. ¡Él resucitó! ¡Y sigue vivo hasta el día de hoy! Toda persona que crea en Jesús nunca perecerá, sino que tendrá vida eterna con Él. Los que crean en Él se despojarán de su cuerpo y lo acompañarán en el paraíso.

La muerte, la gran aventura. Qué fácil era para los jóvenes pensarlo así, cuando los años se extendían delante de ellos. La juventud sentía que tenía todo el tiempo del mundo. Se sentían inmortales. Leota giró su rostro hacia otro lado. La muerte se acercaba más cada día. Podía sentir que se acercaba. A veces tenía tanto miedo que el corazón le palpitaba fuerte. Otras veces, se sabía perfectamente en paz con ella. Aunque no había mucho que pudiera hacer para impedir su llegada. Lo desconocido era muy inquietante; estaba muy bien conocer las promesas, pero la incertidumbre seguía presente. ¿Cómo sería morir?

Leota recordó cuando estaba embarazada de Jorge. Sabía el final inevitable: tendría un bebé. No había escapatoria. Ella iba en un tren que avanzaba a toda velocidad. La espera y las preguntas que se hacía sobre el destino la habían atemorizado. Bernard le había recordado cuántos millones de bebés habían nacido antes de que concibieran el de ellos. ¿De qué servía ese tipo de consuelo? Ella nunca había tenido un bebé. ¿Sufriría terriblemente, gritaría, lloraría y se pondría en ridículo? ¿Se moriría?

Y lo mismo era ahora, en su vejez, con el tiempo acelerando. Tal vez se acostaría a dormir una noche en su cama y se despertaría en otro lugar al llegar la mañana. ¿No sería agradable así? Morir mientras dormía, sin estar consciente de lo que sucedía.

Sin embargo, sabía que esa clase de muerte no era para ella. Lo presentía. ¿Era el dolor creciente que le advertía que su muerte no iba a ser tan fácil? ¿O era el resultado de todos los años de esperar y hacerse ilusiones? Tenía la sensación de que Dios la haría enfrentar a la Parca cara a cara.

Permitió que sus pensamientos anduvieran a la deriva hasta el día en que pusieron a Jorge en sus brazos. Ah, cómo le dolían los pechos esas primeras semanas que lo había amamantado y establecido el vínculo con él. Apenas oía que lloraba, sus pechos se llenaban de leche. Lo sostenía muy cerca de ella y lo miraba fijamente mientras su boquita succionaba, extrayendo el alimento de su cuerpo. Y lo mismo había sucedido con Eleonora. Cómo le encantaba a Leota vestirla elegantemente y mostrársela a todo el mundo. Antes de que Bernard se fuera a la guerra, llevaban a los niños a la cama matrimonial en la mañana. Ah, cómo reían y jugaban, acurrucándose unos con otros.

Papá necesita tu ayuda, le escribió Bernard. ¿Habría actuado ella de manera diferente si hubiera sabido cómo esas cuatro palabras podrían cambiar su vida para siempre?

Yo quería hacer lo correcto, Señor. Empecé con las mejores ilusiones, pensando que todos podríamos esforzarnos por el bien común.

«¡Mami! ¡Mami!».

La voz era tan clara como el día que Leota la escuchó. Eran los gritos de Eleonora, que forcejeaba en los brazos de Mamá Reinhardt. Sus bracitos se estiraban hacia Leota, con los ojos muy abiertos, asustados. Mamá Reinhardt aferró firmemente a la pequeña Eleonora, mirándola a ella con furia. Dijo algo en alemán. Leota nunca supo qué significaban esas palabras, pero le bastó ver la mirada de los ojos de su suegra para atenerse al silencio por el bien del orgullo de papá.

«Volveré esta tarde, Eleonora. La abuelita Reinhardt te cuidará bien». Los gritos de Eleonora aún resonaban en sus oídos.

«¡Mami!».

Se había angustiado al punto de creer que el peso le destrozaría el corazón. Lloró todo el camino hasta que llegó al trabajo esa mañana, y todas las mañanas que siguieron a esa durante el primer mes.

—¿Abuelita? —Unos dedos suaves le acariciaron el cabello. Leota abrió los ojos. La lámpara estaba encendida. La sala estaba vacía.

Leota se movió en el sillón.

—Los niños se fueron.

Oh, Dios mío, los he perdido. Los perdí hace años, pero parece que hubiera sido ayer.

—Sí. Se fueron hace como una hora. Pasarán mañana por aquí para darte las gracias. Creo que la noche fue un éxito. ¿No te parece, abuelita?

Las lágrimas nublaron su vista.

—Me perdí todo. Me perdí todas las cosas importantes de sus vidas porque tenía que trabajar. Tenía que mantener un techo sobre sus cabezas y el pan en la mesa. Me perdí las obras escolares de mis hijos, los partidos de béisbol y las reuniones de padres. No pude acompañar a mi hija a los bailes escolares ni me senté en el auditorio durante las funciones de la banda, tampoco me paré en la esquina a verlos desfilar por la calle. No pude verlos crecer. Ay, Padre, me perdí todo.

Te sacrificaste por amor a ellos.

Annie se arrodilló al lado del sillón y le tomó la mano.

—¿Te sientes bien, abuelita?

—Extraño a los niños —dijo con voz conmovida.

—Volverán mañana.

—Los extraño tanto...

Annie parecía muy preocupada. Leota se enojó consigo misma. Debía estar hablando como una vieja demente. Mejor quedarse callada que preocupar a su dulce nieta con cosas que la querida niña no podía cambiar. Mejor aplastar el dolor hasta lo profundo de su ser otra vez, y tratar de esconderlo donde no se viera. ¿Quién quería estar cerca de alguien que se quejaba y se lamentaba del pasado? Pero la aflicción estaba apenas debajo de la superficie. Y le quedaba tan poco tiempo.

El tiempo suficiente para estar sola otra vez. El tiempo suficiente para ser abandonada una última vez.

Con un suspiro tembloroso, se incorporó.

—Bien, ahora que he dormido la siesta, será mejor que traslade mis viejos huesos a la cama. —Enderezó completamente el sillón a su posición erguida y dejó que Annie la ayudara a levantarse—. Ahora podré sola, querida. Me las arreglaré. Te veré en la mañana. —Se apoyó pesadamente en el bastón que le había dado Annie y trató de no hacer un gesto de dolor mientras caminaba lentamente hacia el pasillo que conducía al baño y a su dormitorio.

—¿Abuelita? —Annie se acercó a ella. Rodeó a Leota con sus brazos y la abrazó por un largo rato. Cuando retrocedió, había lágrimas en sus ojos—. Te amo, abuelita. Lo sabes, ¿verdad? Te amo mucho, mucho.

Oh, qué dulce bálsamo eran esas palabras. Agradecida, Leota tomó las mejillas de Annie con ambas manos y la miró a los ojos por un largo momento. Ojos azules, hermosos, ojos celestes, iguales a los de Eleonora.

—Yo también te amo, querida mía.

—Lamento no haber venido antes.

Leota sabía a qué se refería.

—Dios te mandó en el momento justo. —La besó en la mejilla.

—Todo se resolverá, abuelita. Dios no nos va a defraudar.

—No, no lo hará. —Leota quería retribuirle el mismo consuelo que Annie estaba tratando de darle. Annie necesitaba saber que sus palabras la habían hecho sentir mejor y que la fe de su abuela era suficientemente fuerte para soportar cualquier cosa, lo que estuviera por venir. Leota ciertamente creía que Dios no la defraudaría. Durante el rato que le llevó ir al baño, cambiarse la

ropa y meterse en la cama, se aferró a esa promesa. Luego, la oscuridad la envolvió, las dudas bailaron en su corazón y fluyeron las viejas tristezas mientras se enfrentaba a la verdad.

Dios nunca te defrauda.

Pero las personas sí.



Corban entró al departamento y se preguntó por qué todas las luces estaban apagadas. ¿Dónde estaba Ruth? Siempre estaba en casa a esta hora de la noche. Encendió el interruptor, cruzó la sala y dejó su mochila junto a su computadora. Tenía mucho que leer si quería ponerse al día. Se había enfocado tanto en rehacer su ensayo sobre el cuidado de los ancianos, que estaba atrasándose en Filosofía. Durante la próxima semana tendría que esforzarse más y quedarse levantado hasta tarde para encarrilarse.

Le pareció oír el suave maullido de un gato y reconoció que el sonido sofocado venía del dormitorio. Frunciendo el ceño, caminó hasta la puerta y miró adentro. La luz de la sala alumbraba lo suficiente para dejarle ver que había alguien en la cama.

—¿Ruth? —Encendió la lámpara.

—¡Apaga la luz! —La voz de ella sonó llorosa—. Apágala...

Hizo lo que le pidió.

—¿Qué pasa? ¿Te sientes mal? —Entró al cuarto y se sentó al borde de la cama que compartían. Cuando le tocó la pierna, ella recogió las dos replegándolas contra su pecho y lloró más fuerte—. ¿Ruth? ¿Qué pasó? —El miedo se apoderó de él—. ¿Es el bebé?

—No hay ningún bebé —ella se atragantó.

Corban sintió que el estómago se le contraía hasta dolerle.

—¿Tuviste... un aborto espontáneo? —dijo él lentamente con el corazón golpeando fuerte en su pecho.

Ella ajustó más la manta que envolvía su cuerpo.

—Te dije que no podía tenerlo, Cory. Te lo dije, pero no quisiste escuchar mis razones.

Él se levantó lentamente y retrocedió, apartándose de la cama.

Ella empezó a sollozar.

—Me mintieron. Dijeron que no dolería. Fue tan doloroso que me desmayé. Cuando recobré el conocimiento, estaba en una sala con seis mujeres más. Pedí algo para el dolor, pero la enfermera dijo que tendría que pagar cincuenta dólares más. ¿Puedes creer que alguien pueda ser tan insensible?

Corban sintió un oleaje de emociones exaltadas y violentas en su interior. Tenía que salir de la habitación. Tenía que alejarse de ella. Fue a la sala y se quedó parado con los ojos muy apretados. Quería destrozar algo. Podía oír a Ruth. Ya no era un llanto bajo, sino sollozos ruidosos, atragantados y llenos de angustia. ¿Por quién? ¿Por el niño que había matado? ¿Por su hijo? ¿O por ella misma, porque no era tan fácil como quería que fuera?

—Cory, te necesito.

Agarró su chaqueta y salió por la puerta, cerrándola de un portazo. Caminó calle abajo y pasó por el café de la esquina donde le gustaba sentarse con sus amigos. Alguien lo llamó por su nombre, pero siguió caminando. No le importaba en qué dirección iba. Quería huir. Quería alejarse lo más posible de Ruth Coldwell.

Se sorprendió a sí mismo llegando al campus. Siguió caminando y pasó por los edificios en los que había cursado sus clases los últimos tres años. Vio el estadio, lo rodeó y siguió subiendo hasta que se dio cuenta de que estaba en Tightwad Hill, donde los que no querían pagar entrada se sentaban a ver los partidos universitarios de fútbol.

Con el cuerpo agotado y un vacío espiritual, Corban hizo una pausa y se quedó mirando hacia Berkeley y al otro lado de la bahía hasta San Francisco. Las luces eran hermosas. Aquí, todo parecía impecable y limpio. Sin embargo, sintió que las lágrimas se acumulaban en sus ojos y un

nudo apretado y caliente le cerraba la garganta.

Annie vivía por ahí, en alguna parte. Deseaba poder llamarla y hablar con ella. Preguntarle qué debía hacer ahora. Lo arrestarían y lo llevarían esposado si hiciera lo que quería. Se puso en cuclillas y se pasó las manos por el pelo. ¿Por qué había hecho eso Ruth? Él le había dicho que se haría cargo de ella. Le había dicho que podrían resolver las cosas. Entrelazó los dedos sobre la nuca y se quedó con la cabeza agachada y los ojos cerrados.

—Jesús —susurró. Más allá de eso, no sabía qué decir. Hasta unas semanas atrás, había estado a favor de que la mujer decidiera sobre su cuerpo. Qué curioso que las cosas pudieran cambiar tan rápido. No había entendido lo que significaba que él no tenía voz ni voto en si su propia carne y sangre tenía derecho a vivir o no.

Sacó a la luz todos los debates filosóficos que había tenido en las últimas semanas. Ninguno lo consoló.

—Jesús —susurró otra vez y las lágrimas brotaron.



Ruth estaba envuelta en una manta y acostada en el sofá cuando Corban abrió la puerta.

—¿Dónde fuiste? —Lo miró detenidamente.

—A caminar.

—Son las once. Te fuiste cuatro horas. —Su rostro estaba pálido; sus ojos, hinchados de llorar. Tenía el cabello aplastado de un lado como si hubiera pasado la mayor parte del tiempo acostada en posición fetal en la cama, tal como la había dejado. No pudo mirarla a los ojos.

—Necesitaba pensar.

—¿No crees que yo pensé en el asunto? Es lo único que hice durante semanas, Cory. ¡Trata de entender!

—Estoy tratando, pero preferiría no hablar de eso en este momento, si no te importa.

Ella dio vuelta a su cara y él vio que le costó tragar saliva.

—He trabajado demasiado para echar todo por la borda. —Se dio vuelta para mirarlo nuevamente, con ojos reluciendo por las lágrimas—. Igual que tú.

Ella podía llorar todo un mar de lágrimas y no lograría tocar su corazón. Ahora, no.

—Tengo derecho a mi propia vida. —Se ajustó más las mantas—. Y tú también. Uno de los dos habría tenido que renunciar a sus sueños. Y yo sabía que, a la larga, sería yo. Así son siempre estas cosas. La mujer tiene que renunciar a todo.

—¿Es eso lo que han estado diciéndote tus amigas? Yo habría renunciado a mucho —dijo él tensamente.

—Y nunca me habrías dejado olvidarlo tampoco, ¿verdad?

—Podríamos haberlo resuelto.

—Ni hablar.

La amargura de ella aumentó su ira.

—Nunca te diste la oportunidad de saberlo.

—No tenía que esperar. Sabía lo que pasaría. Lo que siempre les pasa a las mujeres. Hace unos meses pensabas lo mismo que yo.

—Estaba equivocado.

Ella se incorporó lentamente y esperó. Corban sabía que quería que la mirara a la cara, pero no pudo. Ruth exhaló despacio.

—Aunque deseara deshacer lo que hice, Cory, no podría. Es demasiado tarde.

Ella se había ocupado de eso. Su hijo estaba muerto. Entonces la miró, asqueado, y vio que las emociones de ella se filtraron un instante en sus facciones: vergüenza, tristeza, confusión, una súplica desesperada. Ella ocultó el rostro entre sus manos y se echó a llorar otra vez. La pena se agitó en su interior. ¿Quién era él para condenarla tan duramente? ¿No había estado él totalmente a favor del aborto hasta unas pocas semanas atrás?

Suspiró pesadamente, aceptando su parte de la culpa, y caminó hasta ella.

—Lo lamento, Ruth. Lamento que hayas hecho algo tan terrible. Lamento que mi hijo esté muerto. Lamento que ambos tendremos que vivir con lo que hiciste. —Tocó su cabello y se sentó a su lado en el sofá—. Debería haberte apoyado más. —Tal vez si hubiera estado más tiempo con ella, haciendo planes para el futuro, en lugar de tratar de terminar sus clases...

—Habría sido más fácil —dijo ella, malinterpretando completamente lo que había dicho. Llorosa, se volteó hacia él y se aferró con sus dedos a su camisa. Corban sintió que todo su cuerpo temblaba violentamente contra el suyo.

Necesitó toda su fuerza de voluntad para abrazarla y consolarla.

CAPÍTULO 16

—ANNE-LYNN ME LLAMÓ ANOCHE y dijo que está haciendo planes para pasar Acción de Gracias en Oakland —dijo Nora, sirviendo café para Fred—. Pasará el feriado con mi madre, en lugar de estar con su familia. —Puso la taza bruscamente, enojada porque él no había dejado de leer el periódico para mirarla—. ¿Oíste lo que te dije?

—Te escuché, Nora. Ya estaba enterado.

—¿A qué te refieres con que estabas enterado?

—Annie llamó el miércoles pasado y me mencionó la idea. Me pareció buena.

—¿Y dónde estaba yo mientras eso estaba pasando? —dijo Nora, echando chispas.

—Según recuerdo, habías ido de compras. —Bajó el periódico lo suficiente para mirarla a los ojos—. Dijiste que este año ibas a adelantarte en las compras navideñas.

Ahora sí lo recordaba. Había comprado un traje de chaqueta y pantalón de seda azulada para su hija que le había costado trescientos dólares, sin contar todos los accesorios: los zapatos, la cartera, la chalina y el prendedor de perlas, que había comprado para acompañarlo. Seguía imaginando lo deslumbrante que se vería Anne-Lynn con ese conjunto. El azul iba con sus ojos. ¡Ahora, Nora quería devolverlo todo! ¿Por qué debería regalarle algo a Anne-Lynn, cuando la pequeña ingrata la traicionaba constantemente?

Miró furiosa el periódico que Fred mantenía en alto como un escudo.

—¿Por qué no me dijiste nada de esto antes? —Tenía ganas de arrancarle de las manos el periódico y romperlo en pedazos.

Fred suspiró, dobló el periódico abruptamente y la miró, frunciendo las cejas en un gesto irritado.

—Porque Annie dijo que volvería a llamarte y te lo contaría ella misma, lo cual ha hecho ahora. —Hablaba con los labios apretados—. Además, no tengo ninguna intención de estar en medio de esta situación ridícula entre tu hija, tu madre y tú.

—¿Ridícula? —Dominó el impulso de gritarle—. Me vendría bien que me apoyes un poco, Fred. —Se sintió orgullosa del tono despreocupado de voz con el que lo dijo.

—Tú eres la que declaró la guerra, Nora, mucho antes de que yo llegara al terreno. He decidido permanecer neutral.

—Prácticamente, es como si dijeras que estás del lado de Anne-Lynn. O de mi madre.

Él cerró el periódico y lo lanzó sobre la mesa como si arrojara un guante. Sus ojos se encendieron.

—¿Qué tiene de malo que Annie pase Acción de Gracias en casa de tu madre este año? Es un acto de bondad.

—¿Bondad? ¿Eso es lo que piensas? —Soltó una risa nerviosa—. Ella sabe muy bien que yo quiero hacer la comida de Acción de Gracias aquí, en nuestra casa. Mi madre también lo sabe.

—¿Para qué? ¿Para que puedas quejarte otra vez de cuánto trabajaste y de cómo nadie aprecia nunca lo que haces? ¿O para que puedas excluir a tu madre otro año más?

Ella contuvo la respiración y sus mejillas se acaloraron súbitamente.

—Mi madre puede venir si quiere.

—Qué magnánimo de tu parte —dijo él secamente.

—¡Eso no es justo! La he invitado antes. Es ella la que siempre decide mantenerse alejada.

—Hasta donde yo sé, tu madre no tiene licencia para conducir. ¿Ha cambiado eso? ¿Alguna vez le ofreciste ir a buscarla o hiciste arreglos para que alguien la trajera?

Nora sintió que se le erizaba la piel.

—Ella puede hacer los arreglos para venir por sí misma.

Él negó con la cabeza, contemplándola con tristeza.

—Michael te trata igual que tú a tu madre. ¿Alguna vez pensaste en eso, Nora? Has sido un buen ejemplo para él, ¿cierto?

Las lágrimas brotaron rápidamente de sus ojos.

—Michael me ama.

—No se nota.

—¡Qué cosa tan cruel estás diciendo! —balbuceó.

—Hace cinco años que estoy casado contigo, Nora, y nunca te escuché decir una sola cosa agradable de tu madre. Y las pocas veces que tuve la oportunidad de visitar a Leota, me pareció que era encantadora.

—Sí, encantadora. El encanto es engañoso.

—Y la belleza es superficial. —Se paró—. Me voy a trabajar. —Levantó su chaqueta del respaldo de la silla y recogió su maletín—. Cuando Annie y tú resuelvan dónde pasaremos Acción de Gracias, avísame y estaré ahí. A menos que, por supuesto, no sea bienvenido.

Ella contuvo sus lágrimas de resentimiento.

—¡Quizás me vaya a algún lado ese fin de semana y pase Acción de Gracias sola! Así, todos estarían contentos, ¿verdad?

—Qué buena idea. —Salió de la sala sin darse vuelta para mirarla.

Empezó a temblar por dentro. ¿Estaría más feliz su familia si se fuera sola y los dejara celebrar Acción de Gracias sin ella, de la manera que quisieran y con quien quisieran?

¡Acción de Gracias en la casa de su madre! El día de Acción de Gracias en una casa pequeña de antes de la guerra, rodeada de casas venidas a menos, en medio de un barrio marginal. ¡Qué encantador! Nora levantó la taza de café de Fred, la llevó al fregadero y volcó el contenido antes de ponerla en el lavavajilla, junto con el platito. Dejó correr el agua para enjuagar el café. ¿Qué sabía Anne-Lynn de rellenar y asar un pavo? ¡Nada! Lo único que Nora le había dejado hacer para Acción de Gracias era ir a la florería y recoger el centro de mesa; luego, poner la mesa y ayudar a recoger los platos al terminar. El año anterior, Jorge y su familia habían venido a cenar. Su esposa, Jeanne, había traído dos pasteles caseros, uno de calabaza y el otro de carne picada. Los pasteles estuvieron tolerables; ciertamente, no eran de la calidad de los que Nora podría haber hecho. Las cucharadas de crema batida que ella añadió a cada porción habían ayudado. Annie pasó la mayor parte del día cuidando a Mitzi y a Marshall mientras Jeanne interfería en el trabajo de Nora en la cocina. Típico de los hombres, Jorge y Fred no levantaron un dedo para ayudar. Se mantuvieron muy ocupados mirando un partido de fútbol por televisión.

Anne-Lynn preparando la cena de Acción de Gracias. ¡Qué fracaso sería eso!

Las palabras de Fred hicieron que se le retorciera la conciencia. Era cierto que, en el pasado, nunca había hecho arreglos para que su madre pudiera estar presente. Por otro lado, Jorge podría haberse ofrecido a pasar por allá en su muy sofisticado Mercedes y recogerla. Aunque no le quedara de paso. ¿Se suponía que ella debía hacer todo sola?

El día de Acción de Gracias sería mucho mejor aquí.

Sabía que si lo hablaba con Anne-Lynn no llegaría a nada. Tomó el teléfono, marcó el

número de su madre y esperó, respirando hondo para calmar sus emociones.

—¿Hola?

—Madre, habla Nora. Me parece que sería mucho mejor si yo hiciera la celebración del Día de Acción de Gracias aquí otra vez este año. Estás invitada, por supuesto.

—Lo siento; no la escucho muy bien.

—¡Quizás escucharías mejor si apagaras el televisor!

—No sé qué vende usted, pero no estoy interesada. —Y colgó.

Nora exhaló con fuerza. Era la segunda vez que su madre le colgaba el teléfono. ¿Acaso estaba perdiendo la cabeza, además de la capacidad de escuchar? Volvió a marcar el número, tratando de dominar su carácter.

—¡Madre, soy Nora!

—¿Eleonora? Ah, hola, querida. ¿Cómo estás?

Nora apretó los dientes. ¿Usaba ese nombre solo para irritarla?

—Llamé para hablar de Acción de Gracias.

—Ah, a Annie y a mí nos encantaría que pudieras venir.

—Yo no dije que...

—¡Será maravilloso! ¡Como en los viejos tiempos! Ella tiene todo planeado.

¿Los viejos tiempos? ¿Qué tenía de bueno hacerlo como en los viejos tiempos?

—¡Madre! Quiero hacer Acción de Gracias aquí, en mi casa.

Hubo una pausa.

—Entonces, tenemos un problema, ¿verdad? ¿Por qué no vienes para que podamos conversarlo?

—No quiero ir hasta allá.

—Yo sé que no quieres. Nunca quieres venir. ¿Por qué, Eleonora?

—Creo que lo sabes.

—¿Por qué no vienes y me lo dices?

—¿Por qué haces tan difíciles las cosas? —gritó, frustrada.

—No me queda mucho tiempo de vida, Eleonora. Estoy cansada de esperar que las cosas mejoren entre nosotras. Ya tengo más de ochenta años y no me siento de lo mejor físicamente. Me gustaría que pongamos las cosas en orden antes de que me vaya.

—Para mí, no hay nada que poner en orden. —¿Querría recibir su absolución? ¡Ni en sueños! —. Además, vas a vivir hasta los cien años. —No pudo evitar decirlo con amargura. Cuando no logró ninguna respuesta, frunció el ceño, molesta por la punzada de vergüenza que sentía. Las palabras de Fred regresaron para perseguirla y enojarla: «Michael te trata igual que tú a tu madre». ¿Por qué tenía que pensar en eso ahora? ¿Y por qué debía sentirse culpable, cuando su madre había decidido dejar a otra persona a cargo de sus hijos mientras ella elegía ir a trabajar? —. Madre, ¿por qué no intentas ser razonable? Sabes muy bien que allá no hay lugar suficiente para hacer la cena de Acción de Gracias.

—Ven aquí y lo conversaremos.

—Tengo mejores cosas que hacer que pelear contigo.

—Haz lo que mejor te parezca, pero, si no lo hablamos, Annie estará aquí para Acción de Gracias. Te echaremos de menos. —La línea telefónica volvió a quedarse muda.

Nora dijo una grosería y estrelló el teléfono al dejarlo nuevamente en el cargador.

—Está bien, madre. Tú lo pediste. Iré. Y cuando llegue, ¡te diré claramente lo que pienso!



Leota se había olvidado que era miércoles. Quizás no habría estado tan empeñada en sacar a Nora de sus casillas si hubiera recordado que Corban vendría para llevarla a hacer las compras. No lo recordó hasta que él tocó el timbre y lo vio a través de las cortinas.

—Ay, santo cielo —dijo, molesta consigo misma. En estos momentos, Eleonora estaría en su carro, volando por el camino para la batalla.

Afortunadamente, él había aprendido a darle bastante tiempo para que lograra levantarse del sillón y fuera hasta la puerta. Leota estaba a punto de pedirle disculpas y mandarlo de regreso a casa, cuando vio su cara.

—¿Qué le pasa?

—Nada.

—¿Murió alguien? —Descorrió el pestillo de la puerta mosquitera y lo dejó entrar.

—Todo está bien, Leota.

—Ya sabe que no le conviene mentirme. Pensé que lo habíamos acordado hace mucho tiempo. —Él parecía que no había dormido desde la última vez que lo había visto. Estaba pálido, con unas sombras oscuras debajo los ojos y más tenso que nunca.

—No quiero hablar del tema —dijo él—. ¿Le parece bien?

—Una señal bastante clara de que necesita hablar de algo.

—Ya está bien, Leota. Hoy no estoy de humor. ¿Está lista para ir a hacer las compras o no?

—Olvidé que hoy es miércoles.

—¿Quiere que vuelva otro día?

—No. Necesito algunas cosas para Acción de Gracias. —No podía irse y correr el riesgo de que Eleonora llegara mientras no estaba; tampoco quería mandar a su casa a Corban, cuando claramente necesitaba desahogarse, aunque no supiera que lo necesitaba—. Escribiré una lista y le daré el dinero. Hoy puede encargarse de las compras por mí. ¿Qué le parece?

—Bien.

—Todavía tiene la llave de mi casa, ¿verdad?

—Sí. ¿Está segura de que quiere que la tenga?

—Creo que puedo confiar en que no vendrá a robar en la mitad de la noche y me dejará la casa vacía. Además, es una medida de seguridad. ¿Qué pasaría si alguna vez me da un síncope y no puede entrar para levantarme del piso?

Pareció no causarle gracia.



No hacía ni media hora de que Corban se había ido, cuando Nora llegó a la puerta de la casa de Leota.

Ay, Señor, ay, Señor, ayúdame a abrirle los ojos a mi hija. Ayúdame...

Leota abrió la puerta.

—Hola, Eleonora. Me alegra que hayas podido venir.

—¿Tenía alternativa? —dijo incluso antes que la puerta se abriera—. Podríamos haber arreglado esto por teléfono. —Entró a la casa. No miró a Leota a los ojos; le echó un vistazo a la sala con el rostro tenso, como si cada cosa que había en ella le trajera recuerdos poco gratos. Vio a Bernabé e hizo una mueca—. ¿Un loro?

—Un lorito arcoíris, según dijo Annie. Bernabé es de Susan Carter; pero tuvo un ataque de nervios y necesita tranquilidad y descanso. Ese pájaro cuesta quinientos dólares. ¿Puedes creerlo? Un policía se lo dio a Susan. ¿Por qué no te sientas y preparo café para las dos?

—No quiero café.

—¿Té?

—No quiero té, café, ni nada. No tengo tiempo.

Leota volvió a acomodarse en el sillón reclinable. Miró a su hija, que se había sentado al borde del sofá. Estaba vestida con un elegante pantalón gris, una blusa blanca de seda y un blazer de lana color carbón. Usaba unos aretes y un collar de oro, y zapatos de tacón de cuero gris oscuro, con detalles marrones que combinaban con la cartera que no se había quitado del hombro. Sus manos, con uñas perfectamente cuidadas y pintadas de rojo, sujetaban sus rodillas.

Una palabra en falso. Leota sabía que era lo único que se necesitaría para que su hija se pusiera de pie y saliera de la sala, indignada.

—Qué bueno verte, querida. Te cortaste el cabello desde la última vez que te vi. —Estaba más corto, apenas por debajo de las orejas, en capas y con los rizos delicadamente arreglados.

—Supongo que no te agrada.

—Me agrada mucho. Enmarca muy bien tu rostro. —Su hija siempre había tenido un maravilloso sentido del estilo.

—Gracias —dijo Eleonora con una mueca amarga en los labios—. Vine a discutir los arreglos para la cena de Acción de Gracias.

—Invitamos a Jorge, a Jeanne y a los niños. Jeanne dijo que estaba segura de que podrán venir. Traerá un par de pasteles. Tú también puedes traer algo, si quieres, aunque no es necesario. Annie tiene pensado poner la comida en ese aparador. Así, todos podrán servirse lo que gusten. Pondremos la mesa de la cocina para Mitzi y Marshall, y los adultos podrán sentarse en la mesa del comedor.

—No hay lugar suficiente alrededor de tu mesa.

—Lo habrá, cuando agreguemos las hojas de extensión de la mesa. Están guardadas en el clóset del dormitorio.

—No tienes dinero para un buen centro de mesa.

—Tengo un jardín.

—Sí. Tienes un jardín. ¿Cómo podría olvidarlo? —Cuando su madre no dijo nada, apretó los labios—. Sería más fácil y mucho mejor si hiciéramos Acción de Gracias en mi casa.

—No he celebrado Acción de Gracias aquí en años, Eleonora.

—Tú nunca preparaste una cena de Acción de Gracias, madre. Ni una vez, que yo recuerde. La abuela Reinhardt era quien la hacía, porque esta era su casa, no la nuestra. Y ella era la que hacía todo.

—Igual que lo haces tú.

Eleonora alzó un poco el mentón.

—Es una de las cosas que yo disfruto hacer por mi familia.

—Casi tanto como lo disfrutaba Mamá Reinhardt, me imagino.

Eleonora no dijo nada por un par de segundos. Leota sintió la corriente subterránea y temió que la arrastrara hacia abajo.

—Annie no sabe cocinar —dijo Eleonora, finalmente.

—Te sorprendería lo que Annie puede hacer.

—Me escandalizaría, mejor dicho. Será un desastre, y lo sabes. ¿Eso es lo que quieres? ¿Verla humillada?

—Solamente sería un desastre si tú lo conviertes en uno.

—Si sale todo mal, me culparás a mí. ¿No es así?

—Nadie te ha echado la culpa de nada, Eleonora. Nunca. —Contuvo la respiración un par de segundos, y entonces, lo dijo, de una vez por todas—: Siempre fui el chivo expiatorio.

—¡Ah! ¡Qué va, madre! ¡Tú escapaste de cada una de las responsabilidades que tenías! Dos hijos. ¿Te acuerdas de nosotros? Te mudaste a la casa del abuelo Reinhardt y te deshiciste de nosotros, dejándonos en manos de la abuela, para poder irte a vivir la gran vida. Incluso cuando volvías a casa, ¡te interesabas más en ese jardín que en Jorge o en mí!

—No tienes idea de las circunstancias...

—Ninguna circunstancia habría hecho que yo dejara a mis hijos. Siempre he estado a disposición de ellos. Desde que eran bebés me las arreglé para estar en casa con ellos. Sigo estando en casa para ellos.

—¿Y crees que eso te hace mejor madre de lo que fui yo?

—¡Sí! —Los ojos de Nora relucieron con lágrimas de ira—. Eso es lo que creo. Pienso que nunca tuviste ni idea de qué se trataba ser madre.

El corazón de Leota se rompió cuando miró a su hija a los ojos. ¿Cómo habían llegado a este callejón sin salida? Seguramente toda esa furia ocultaba un mar de dolor, pero ¿cómo podría Leota hacerle entender y convencer a su hija de que siempre la había amado? Leota hizo lo que consideraba que era mejor... lo que tenía que hacer. Eleonora desvió la vista de la mirada profunda de Leota y cerró los ojos como si no la soportara.

—No tienes idea de lo terrible que fue, ¿no es cierto, madre?

—No, no lo sé. —Solo sabía lo terrible que había sido para ella—. Cuéntamelo.

Eleonora volvió a mirarla, desesperada.

—¿Por qué debería hacerlo? ¿Para que sigas poniendo excusas?

Leota ya no tenía tiempo para seguir jugando a quién tenía razón y quién se había equivocado.

—¿Cuántos años pasarán antes que decidas seguir adelante con tu vida, en lugar de echarle la culpa de todo al pasado? —Vio que las mejillas de su hija se encendían. No por convicción, sino por su irascibilidad. Y todo por tratar de llegar al fondo de las cosas.

El sonido de una llave en la puerta llamó su atención. Corban destrabó la puerta delantera.

Eleonora se puso de pie.

—¿Quién es este, y qué hace con una llave de la casa? —dijo acaloradamente mientras

Corban entraba a la sala. Él miró sorprendido a Eleonora y le echó un vistazo a Leota.

—Es Corban Solsek. Corban, le presento a Eleonora Gaines, mi hija.

—Un gusto conocerla. —Su tono de voz decía lo contrario.

Leota le hizo un gesto con la cabeza.

—Puede poner los alimentos en la cocina y acompañarnos, si gusta.

—Tengo otra bolsa en el carro.

—¿Le di suficiente dinero?

—Más que suficiente. Le daré el vuelto cuando termine de guardar estas cosas.

Eleonora se sentó rígidamente en el sofá, a observar y escuchar. Corban le echó un vistazo de nuevo.

—Si me disculpa, señora Gaines —dijo él y se fue a la cocina.

—¿Te volviste completamente loca para entregarle una llave a un desconocido? —dijo Eleonora en un susurro enfadado—. ¿Quién es esta persona, y qué sabes de él?

—Corban ha estado viniendo a la casa desde hace varios meses, para ayudarme. Todos los miércoles, como un relojito.

—¿Cómo lo conociste?

—Llamé a una agencia después de ver un anuncio en la televisión.

—Ay, madre.

Ya era suficiente para Leota.

—Necesito provisiones. La caminata es larga hasta la tienda, el camino de regreso a casa es cuesta arriba. Yo no conduzco. ¿Qué querías que hiciera, Eleonora? ¿Morir de hambre?

—Puedes llamar al supermercado para hacer tu pedido y ellos hacen la entrega a domicilio.

Eso sería amable e impersonal. Y costoso.

—Prefiero este arreglo. Además, Corban es una buena compañía. —Nada como una discusión con él para levantar la temperatura de la sangre—. A veces, incluso pasa por aquí los fines de semana y ayuda con la jardinería. —No es que le gustara mucho. Ella sospechaba que estaba interesándose más en su nieta que en la horticultura.

—¿Cuál es la opinión de Jorge sobre esto?

—¿Por qué tendría Jorge algo que opinar sobre este asunto? Hace meses que no llama. Dudo que esté enterado. Está demasiado ocupado con sus negocios y su familia para tener tiempo de correr hasta aquí y ayudarme.

—Eso no es más que una excusa —dijo Eleonora, claramente molesta.

—Ah, ya sabes cómo es, Eleonora. Estoy segura de que Michael también está igual de ocupado con su vida.

Los ojos de Eleonora echaron chispas.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Nada más que lo que dije. ¿Por qué estás siempre tan a la defensiva con todo lo que digo? Lo único que quiero decir es que es agradable tener compañía de vez en cuando. Corban es bienvenido en esta casa cada vez que quiera venir. No voy a despedirlo.

—De la misma manera en que no mandarás a Anne-Lynn a casa, aunque sepas que es donde debe estar.

—Si querías a Annie en tu casa, ¿por qué ibas a mandarla a Wellesley?

Eleonora se ruborizó hasta ponerse morada.

—Habría sido mejor para su futuro que el Instituto de Bellas Artes.

—Es muy talentosa, Eleonora. Como lo eras tú.

—Ah... ¿Ahora eres una experta en la materia?

—Sé lo que me gusta.

—¡Leota! —gritó Corban desde la cocina—. ¿Dónde quiere que guarde el Metamucil?

—¡Encima del fregadero! En el gabinete de la izquierda, con los vasos de agua. Puede ponerlo en el estante de abajo, con las vitaminas y las aspirinas.

—¿Te dice Leota? —Eleonora estaba francamente escandalizada.

—¿Cómo tendría que llamarme? ¿Abuela Moisés?

—Señora Reinhardt sería más apropiado.

—Es un amigo. Yo le dije que me llamara Leota.

—¿Cómo sabes que no se toma el trabajo de venir hasta aquí con la esperanza de que le dejes algo en tu testamento?

Ese comentario hizo que Leota se detuviera a pensar. ¿Era eso lo que le preocupaba a Eleonora? ¿No la preocupación por la seguridad de su madre, o el temor de que alguien pudiera aprovecharse de una anciana? Era su herencia, tal como parecía.

—¿Qué podría dejarle a él que te interese a ti, Eleonora? Tú odias todo lo que hay en esta casa. No hay cosa que yo tenga que tú quieras. —Al menos, eso era lo que siempre había dicho Eleonora. ¿Había cambiado de parecer?

—¿Estás diciendo que lo incluirás en tu testamento?

—No estamos hablando de mi testamento. ¡Lo que estoy preguntándote es qué quieres tú!

Eleonora parpadeó unos instantes. Parecía apenada y avergonzada; después, molesta.

¿Entendería Eleonora alguna vez que la amaba con todo el corazón? ¿Qué más podía hacer Leota para dejárselo en claro?

—Si hay algo en esta casa que signifique algo para ti, Eleonora, lo que sea, lo único que tienes que hacer es decírmelo y me aseguraré de que lo tengas.

Con el rostro contraído, Eleonora se levantó, fue hacia la ventana del frente y apartó la cortina. ¿Estaba vigilando que las llantas todavía estuvieran en su carro?

Corban regresó a la sala. Por la expresión que Leota vio en su rostro, se dio cuenta de que estaba listo para irse.

—¿Por qué no calienta un poco de agua y hacemos ese capuchino que Annie trajo la semana pasada?

Eleonora dejó que la cortina volviera a su lugar. Bernabé caminó hacia el extremo más lejano de su percha, lo más lejos posible de ella. Eleonora se volteó y miró a propósito su reloj de pulsera.

—Dije que no quiero ningún café, madre. Ya estoy bastante atrasada.

—No le molestaría que Leota bebiera un capuchino, ¿verdad? —El tono de Corban fue frío como el hielo.

—¿Disculpe?

Él ignoró con toda intención a Eleonora y miró a Leota.

—¿Le gustaría un capuchino, Leota?

Ella trató de no sonreír por su actitud defensora. ¿Quién lo hubiera dicho...?

—Sí, me gustaría.

—Entonces lo prepararé. —Volvió a la cocina.

Eleonora se quedó mirándolo, consternada.

—Nunca conocí a alguien tan grosero.

—Solo está siendo protector conmigo. Ah, sé que le vendría bien que lo pulieran un poco,

pero ¿a quién no?

Eleonora cambió de hombro la correa de su cartera y acomodó su chaqueta.

—¿Ya estamos de acuerdo con lo de Acción de Gracias?

—Absolutamente. Annie y yo haremos la cena de Acción de Gracias aquí. Espero que nos acompañes.

Las mejillas de Eleonora se sonrojaron.

—Hablaremos de eso más tarde. —Abrió la puerta de un tirón, salió y la cerró de un portazo.

Unos minutos después, Corban salió de la cocina con una taza de capuchino humeante. La dejó con cuidado en la mesa lateral.

—Cuidado. Está caliente.

—Gracias, Corban. ¿Qué me dice de usted?

—No, gracias —dijo, taciturno—. Disculpe si fui grosero, Leota. —Hizo un gesto hacia la puerta delantera—. Es la madre de Annie, ¿verdad? Vaya, sí que es todo un personaje.

Levantó la vista hacia él.

—A ustedes dos les vendría bien un ablandador. Siéntese, Corban.

—Será mejor que me vaya.

—Aún no. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el sofá—. Siéntese y dígame qué lo preocupa.

Se sentó, con el semblante pálido y tenso. Se inclinó hacia adelante y se pasó las manos por el cabello. Cuando alzó la cabeza nuevamente, ella vio que estaba haciendo un esfuerzo por no llorar. Él negó con la cabeza.

—No puedo.

Leota observó su lucha. Sentía su aflicción como si fuera propia, sin siquiera conocer la causa. Le recordaba a Bernard.

—La confesión hace bien al alma, Corban. ¿Escuchó eso alguna vez?

—No soy un hombre religioso.

—Estoy hablando de fe, no de religión.

—Tampoco soy un hombre de fe. —Un músculo se tensó en su mejilla—. Además, no soy yo el que necesita confesarse.

—Si habla del tema, si lo saca a la luz, perderá el poder que tiene sobre usted.

Él negó con la cabeza nuevamente.

—Es demasiado pronto —dijo con una voz ahogada. Se levantó y la miró con un gesto de disculpa—. Mejor me voy. Hoy no sería una buena compañía para usted.

—Tiene razón. Extrañaría su personalidad generalmente alegre.

Él sonrió con tristeza.

—Salude a Annie de mi parte cuando la llame.

—Usted sabe su número. Si le resulta más fácil hablar con ella, llámela. Pero quíteselo de encima, sea lo que sea. —Cuando se dio vuelta, ella dijo su nombre y esperó que volteara para mirarla—. No deje que la raíz de la amargura se apodere de usted, Corban. Si lo hace, pasará el resto de su vida tratando de arrancarla.

Al salir, cerró silenciosamente la puerta. Leota escuchó el rugido de su carro al arrancar. Cuando el ruido se desvaneció, la desesperación cayó sobre ella como una colcha sofocante. Estaba completamente sola otra vez. El pecho le dolía terriblemente. Pensó en Eleonora y en Jorge.

Nada va a cambiar jamás, se dio cuenta. Está bien, anciana. Acéptalo. Lo que tienes que hacer

ahora es levantarte, ir a la cocina y tomar esas píldoras que has estado almacenando desde el año pasado. Si se supone que una basta para mantener la presión controlada, todo el frasco debería concederte una muerte apacible.

«Te amo, abuelita».

Las palabras la sobresaltaron.

—¿Annie? —¿Había entrado su nieta en silencio, sin que Leota se diera cuenta? ¿Cómo era posible, si ella había estado sentada en su sillón frente a la puerta todo el tiempo? ¿Se había Annie estacionado en el camino para coches para entrar por la puerta trasera? Leota miró alrededor del sillón, pero no la vio. Quizás se había quedado dormida y había soñado con tomar todas esas pastillas y dejar atrás la angustia de vivir.

«Te amo, abuelita».

Leota se sobresaltó, asombrada. Era Bernabé, hablando con la voz de Annie. Nítida. Dulce. Llena de ternura.

—Así que ahora hablas. —Se sintió totalmente decepcionada—. Señor, ¿alguna vez te has puesto a pensar que ya he tenido suficiente? Hice todo lo que se me ocurrió que podía hacer. Estoy acabada. Ya está. Preferiría estar ahí arriba, contigo, que aquí, en medio de este desastre. Y si tengo que hacerlo yo misma...

«Te amo, abuelita».

Annie. ¿Qué le haría a Annie encontrar el cuerpo de su abuela desplomado en el piso y, después, enterarse de que se había tomado todo un frasco de pastillas? Leota sabía lo que le haría.

«Te amo, abuelita».

—Cierra el pico. Te escuché desde la primera vez. —Supuso que esto era Su respuesta, también. Te amo. ¿Le estaba diciendo Él que dejara de sentir pena de sí misma y que siguiera con la buena batalla?

—La mayoría de las personas llega a jubilarse...

«Te amo, abuelita».

De acuerdo, Señor. ¡Está bien, está bien! Ella sabía muy bien que si iba a la cocina y se tomaba todas esas pastillas, le haría daño a Annie. Sin saber dónde se desmayaría. Difícilmente sería algo agradable de ver: encogida, muerta y descubierta varios días después. Nada digna.

«Te amo, abuelita».

—Ya te escuché. Ahora, ¡come tu alpiste!

Pero Bernabé siguió diciéndolo toda la tarde, hasta que el espíritu batallador de Leota recuperó toda su dimensión, y ella estaba dispuesta a retorcerle el escuálido pescuezo.

CAPÍTULO 17

LA ÚLTIMA PERSONA QUE LEOTA ESPERABA que llamara era su hijo. Pero la llamó. La voz de Jorge en el teléfono la sorprendió gratamente... hasta que entendió el motivo de la llamada.

—Madre, Nora mencionó que conoció a un joven en tu casa el otro día.

—Corban —dijo Leota, tras dudar brevemente. Su corazón se llenó de dolor y decepción—. Corban Solsek. Es un voluntario de una agencia para cuidados de adultos mayores que llamé. Supongo que Nora también te contó que saqué el teléfono de un anuncio televisivo.

—¿Qué sabes acerca de este joven, madre?

—Vino con una recomendación y está dispuesto a ayudar. ¿Qué más debería saber?

—Podría ser cualquier cosa, madre. No creo que sea prudente dejar que un desconocido tenga acceso a tu casa.

A la casa. No a su madre.

—Sería mejor preguntar por qué es necesario que una anciana tenga que llamar a desconocidos para pedir ayuda. —Lamentó las palabras tan pronto como salieron de sus labios. Estaba descargando la culpa materna y levantando un muro en la comunicación. Podía sentir cómo se levantaba el muro, ladrillo por ladrillo. El cemento se secaba en el silencio.

—Si tuviera más tiempo, iría a ayudarte —dijo Jorge, tensamente—. Pero tengo que atender una empresa y es lo único que puedo hacer para mantenerme a flote, dado cómo está la competencia hoy en día. Ya sabes cómo es.

—Por supuesto que lo sé. —Se lo decía cada vez que hablaba con ella. En general, cuando ella llamaba y lo interrumpía—. Solo no me recriminen porque busque ayuda donde y cuando puedo. Annie me visita varias veces al mes. Ella conoce a Corban. Le agrada. Si Nora y tú tienen preguntas sobre su carácter, quizás deberían hablar con ella. O con la agencia. —Le dio el nombre y el número de teléfono. Esperaba que él no estuviera hablando con ella usando el celular mientras conducía por la autopista—. Es un estudiante universitario, Jorge. Estoy segura de que está en el cuadro de honor. Estudia Sociología, me parece. ¿Eso te deja más tranquilo, querido?

—No llamé para que me des un sermón.

Ella suspiró. No importaba lo que dijera para hacer las paces; siempre resultaba contraproducente. Era mejor no decir nada y seguir adelante con su vida tal como era.

—Sé por qué llamaste, Jorge. —Señor, ojalá no lo supiera—. ¿Tenías algo más que decirme?

—No, nada más.

—Podemos seguir hablándolo cuando vengas para Acción de Gracias.

—Nora dijo que hará Acción de Gracias en su casa.

Entonces, así era como Nora proponía salirse con la suya.

—Pues supongo que tendrás que decidir adónde irás. Annie y yo seguimos haciendo planes para tener la cena de Acción de Gracias aquí.

—Sería menos trabajo para ti si Nora la hiciera.

Pobre Annie. Estaba metida en medio del lío. Presionada por todos lados.

—Ve adonde quieras, Jorge. Yo estaré aquí. —Él no dijo nada, pero, al menos, no le colgó

como lo hacía Nora cada vez que estaba frustrada. Leota exhaló, esperando aliviar el dolor que sentía en el pecho. No sucedió—. Tengo que preguntarte algo, Jorge.

—Adelante. —Claramente, lo dijo sin entusiasmo.

—¿Hay algo en esta casa que quieras? ¿Cualquier clase de cosa? Solo tienes que decírmelo.

—Así, de pronto, no se me ocurre nada.

—Bueno, piénsalo y avísame.

—¿Por qué me preguntas algo así? ¿Estás pensando donar las cosas?

Ella sabía que todavía estaba pensando en Corban, el intruso.

—Lo pregunto porque no estaré aquí para siempre. Necesito saberlo para poder darte lo que desees.

—Supongo que me gustaría la mitad de lo que valen la casa y la propiedad.

Leota tragó con dificultad. Ahí estaba, claro y simple. Dinero. Lo único que él quería.

—¿Madre?

Leota suponía que Eleonora se sentía exactamente de la misma manera. Tuvo la imagen de sus hijos clavando el letrero de «Se vende» frente a la casa y organizando una venta de garaje a los pocos días de su muerte. Sacarían todas sus pertenencias a la acera, con pequeñas etiquetas que indicarían el precio. Todo rebajado para que se vendiera rápido. Adiós y hasta nunca.

Recorrió la sala con la mirada, tratando de ver las cosas con los ojos de ellos. Suponía que la mayoría de sus pertenencias eran cachivaches según sus parámetros. Ellos no sabían que cada chuchería, cada cuadrito bordado y cada mueble significaban algo para ella. Cada cosa de su casa tenía un significado especial y le despertaba un recuerdo. No eran solamente cosas que acumulaban polvo. Su casa cobijaba una biblioteca de historias; la mayoría, privadas; algunas, desgarradoras; otras, encantadoras, tiernas. Habría estado más que dispuesta a compartir esos recuerdos, si a sus hijos les hubiera interesado escuchar.

—¿Madre?

Señor, podría convertirme en una amargada. Qué fácil sería rendirme a la ira en este momento y maldecir a Jorge y a Eleonora por el dolor que me causaron durante años con su abandono y su indiferencia. Pero por otro lado, ellos no lo ven en absoluto de esa manera, ¿verdad? Ellos me abandonaron porque se sintieron abandonados por mí.

Sabía que era cierto. Se habían sentido heridos, y ahora querían hacerle daño a ella. Ellos habían querido que su madre estuviera en casa, esperándolos, a entera disposición de ellos, para solucionar cada situación, tranquilizar cada temor y cumplir cada uno de sus sueños. Y cuando no pudo, se pusieron firmemente en su contra. Eligieron aferrarse a las mentiras que otros les decían que escuchar la voz de su madre. No buscaron la verdad ni una sola vez.

Ay, Dios mío, ¿por qué no quieren buscarme y preguntarme por qué las cosas tuvieron que ser como fueron? ¿Hasta qué punto soy culpable de que sean lo que son porque no estuve dispuesta a contar los secretos de Bernard ni a aplastar el orgullo de Papá Reinhardt? ¿O el de Mamá Reinhardt, en todo caso? ¿Cuántos años debieron pasar para que mamá supiera la verdad y entonces se afligiera por haber puesto a los niños en mi contra? Habría sido mejor que ella se los hubiera confesado que dejarme a mí la tarea de revelar su vergüenza. Y si les dijera la verdad ahora, ¿me creerían? Ay, Jesús, bendito Salvador, Señor Dios, ¡calma mi corazón palpitante y llévame a casa! ¡Estoy harta de esta vida! ¡Harta de esperar, hacerme ilusiones y entristecerme! Estoy harta de las decepciones. ¿Cuándo se acabará esta vida?

—¡Madre!

—Estoy aquí, querido. Pero no por mucho tiempo más, espero.

—¿Qué esperabas que dijera? —Su voz era baja, a la defensiva.

¿Qué esperaba ella que dijera? «Te amo...». «Me gustaría ir en Acción de Gracias. Gracias por la invitación...». «Yo también te extraño. Tengo muchas ganas de sentarme contigo y escuchar sobre tu vida...». «Muéstrame el pasado a través de tus ojos, madre».

Eran tan santurrones, tan creídos, tan independientes. Habían vivido toda su vida en negación. Nunca habían estado dispuestos a buscar ni a escuchar la verdad. Eleonora busca culpables; Jorge se esconde. Cada vez que intenté decirles lo que sucedió en realidad durante esos primeros años, fracasé. Tienen un alambre de púas a su alrededor, y cada vez que intento atravesarlo para llegar a ellos, termino herida.

Leota no pudo decir palabra por el nudo que tenía en la garganta. Llévame a casa, Señor. Llévame ahora mismo mientras estoy al teléfono con él. Quizás, entonces... ¡Vaya! ¿De qué sirve esta apestosa autocompasión!

—¿Madre? —Impaciente esta vez—. Mira, disculpa, pero en este momento no tengo tiempo para esto. Te llamaré más tarde. —Y cortó.

Supuso que tendría tiempo para llamar a Annie y a la agencia de cuidados para adultos mayores y averiguar quién era Corban. Supuso que tendría tiempo para llamar a Nora y pasarle el informe. Devolvió el teléfono a la horquilla y se sentó a pensar un largo rato. Pensó en Jorge y Nora y Annie. Michael Taggart, su nieto, ni siquiera entraba en la ecuación. Había abandonado el barco que se hundía hacía mucho tiempo. Le deseaba lo mejor. Una pena que ni siquiera pudiera recordar cómo era el muchacho. En la foto que había en la repisa tenía cinco años.

Abrió un cajón de la mesa lateral y encontró su libreta de direcciones y el número que necesitaba. Marcó los números con cuidado y escuchó cuántas veces sonó el timbre.

—Dryer, Shaffer, Pulaski y Rooks —fue el saludo—. ¿Con quién le comunico, por favor?

—Me gustaría hablar con mi abogado, Dexter Lane Rooks, por favor.

Hubo una pausa.

—Lo lamento, señora, pero Dexter Rooks falleció hace varios años.

—Bueno, ¿y qué hago ahora? Él era mi abogado —dijo molesta—. Necesito que cambie mi testamento.

—Su hijo se hizo cargo de la mayoría de los clientes de su padre, señora...

—Reinhardt. Leota Reinhardt. Bueno, entonces, déjeme hablar con su hijo. Espero que mi expediente esté ahí todavía.

—Seguro que sí, señora. La contactaré con el despacho de Charles Rooks. Estoy segura de que ellos pueden ayudarla. Un momento, por favor.

Leota trató de calmar sus nervios exaltados y explicarle todo a la secretaria de Charles Rooks. Entonces la puso en espera por tanto tiempo, que se convenció de que se habían olvidado de ella. Quizás esperaban que se muriera en el ínterin y les ahorrara la molestia. En el preciso momento que estaba a punto de colgar e intentarlo otra vez, la secretaria regresó a la línea.

—El señor Rooks hablará con usted, señora Reinhardt.

Efectivamente, una refinada voz masculina apareció en la línea.

—Señora Reinhardt, ¿cómo puedo ayudarla?

Ay, Señor del cielo, ¿tengo que explicar todo otra vez?

—He decidido cambiar mi testamento y necesito hacerlo lo antes posible. Tengo unos papeles que me gustaría que revise. No sé si transferir los títulos ahora, o que eso se realice cuando ya no esté.

—¿Cuándo puede traer esos documentos al despacho?

—Yo no puedo llevarlos al despacho, joven. Tengo ochenta y cuatro años. No conduzco, no tengo dinero para el taxi y estoy demasiado vieja para viajar en autobús. Necesito que usted venga aquí. Si necesita un testigo de la transacción, venga el miércoles. Puedo pedirle a un amigo que venga por la tarde, en lugar de en la mañana. O está mi vecina, Arba Wilson.

—Bueno, señora, estoy muy ocupado y salir de la oficina es...

—Algo que su padre hubiera hecho.

Él dudó.

—Sí, lo hubiera hecho. ¿El miércoles por la tarde, dice? ¿Podría ir después de las cinco? Estaré en el juzgado toda la mañana, y tengo algunas citas después del mediodía.

—Puede venir a cenar, si quiere.

Él dejó escapar una risita.

—Se lo agradezco, señora. No será necesario. Dele su dirección y su número de teléfono a mi secretaria. Entre hoy y el miércoles, anote los cambios que quiere hacer en su testamento y tenga preparados los documentos para que los revise. Eso acelerará el asunto.

—Lo haré.

Empezaría esta tarde, si podía encontrar su testamento. ¿No lo había puesto en el cajón superior de su aparador? ¿O estaba en la caja de seguridad? ¿Había pagado el alquiler de esa caja? Tal vez su testamento estaba en el cajón inferior de la cómoda, con las pocas joyas que Bernard le había regalado antes de ir a la guerra.

La secretaría volvió a la línea y verificó la dirección y el número de teléfono. Ni bien Leota terminó la llamada, marcó el número de Annie. La respuesta vino del contestador automático.

—Habla tu abuela Leota, Annie. Llámame cuando tengas tiempo, querida. Me gustaría hablar de Acción de Gracias contigo. Y de algunas otras cosas. —A continuación, llamó a Corban. Atendió una mujer joven—. ¿Ruth?

—Sí, habla Ruth. ¿Quién es?

Qué voz tan cortante y fría.

—Leota Reinhardt. Corban tiene...

—Cory no está en casa. Le dejaré un mensaje de que usted llamó.

El tono de la línea del teléfono sonó en el oído de Leota antes de que pudiera pronunciar otra palabra. Frunciendo el ceño, Leota volvió a dejar el teléfono en la horquilla.



—¿Qué es todo esto? —dijo Corban cuando entró en su departamento y encontró varias cajas apiladas cerca de la puerta del frente. Pudo ver dos más abiertas sobre la mesa de la cocina, y a Ruth revolviendo los gabinetes.

—Te dejo —dijo Ruth, dándole la espalda.

Él se quitó del hombro la mochila cargada de libros y la lanzó al sofá, junto a otras dos cajas.

—Creí que íbamos a tratar de resolver las cosas entre nosotros.

—¿Qué hay que resolver, Cory? Ya has decidido cómo te sientes.

—Yo diría que eres tú quien tomó la decisión.

Ella se dio vuelta bruscamente.

—¿Qué esperabas que hiciera? ¿Quedarme y aguantar tu actitud acusadora y crítica?

—No he dicho una palabra...

—No hace falta que digas nada. ¡Puedo verlo en tus ojos cada vez que me miras! —Le dio la espalda nuevamente.

—Esos platos estaban en el departamento antes de que te mudaras —dijo Corban, más enojado.

—¡Muy bien! —Abrió las manos y dejó que dos platos se estrellaran contra el piso—. Ahí los tienes. Y los vasos también. —Desplazó seis del gabinete y los arrojó sobre la encimera de fórmica.

Corban la insultó.

—¡Adelante, rompe todo, si crees que te hará sentir mejor!

Los ojos de ella relucieron por las lágrimas.

—¿Crees que me importa lo que piensas?

Tuvo ganas de echarla de su departamento, a ella y a sus cajas.

—Yo soy el único que siempre cedió. —Ojalá ella hubiera muerto en esa clínica.

—Déjame en paz, Cory. ¿Cuándo cediste en algo?

—¿Qué más estás tratando de robarme? —Abrió las tapas de una de las cajas junto a la puerta delantera.

—Vamos. Revísalas. ¡Toma lo que quieras! ¿Sabes qué? Por fin veo cómo eres. —Se paró en la puerta de la cocina, roja de furia—. ¡Eres un hipócrita! No debería haber tardado seis meses en darme cuenta.

—¿Qué te abrió los ojos, Ruth? ¿Matar a nuestro bebé?

La vio encogerse, ponerse pálida. Lo insultó con una palabra más grosera que la que él le había gritado.

—No era tu vida la que estaba en juego, Cory. Ni tu educación. Siempre fui yo la que debía hacerse responsable. ¡Desde el primer momento!

—¿De qué hablas?

—Soy yo la que tuvo que tomar las precauciones. Nunca, ni una vez, te ocupaste de los anticonceptivos. Que la mujer se ocupe, ¿no es así? Que la mujer se haga responsable del juego y de la diversión del hombre. ¡Que la mujer renuncie a todo! Al fin y al cabo, no es más que una vasija, ¿no es cierto? ¡Miserable! Te sentiste aliviado cuando resolví el problema. Simplemente, no querías enterarte del asunto. Ese fue mi error. Tendría que haberte mentido y decirte que lo había perdido. Así, todo habría marchado sobre ruedas. ¿No es verdad? ¡No habrías tenido que compartir mi culpa! —Las lágrimas corrieron por sus mejillas y el odio brotó de sus ojos—. Yo merecía compasión después de pasar por lo que hice, pero era esperar demasiado de ti, ¿cierto?

—¿Compasión? ¡Tú sabías cómo me sentía!

—¿En serio? Hablar no cuesta nada, Cory. ¡Los hechos dicen mucho más que las palabras! ¿Nunca escuchaste eso? ¡Me ayudabas a pintar las pancartas! ¡Me dejabas tener las reuniones! Siempre estuviste a favor de que la decisión fuera de la mujer. O eso decías hasta que yo quedé embarazada. Entonces, hubo un gran cambio de paradigma. De repente, todas las reglas cambiaron. —Torció el labio con una sonrisa salvaje—. ¿Sabes qué? Eres un cerdo machista de mente estrecha. A pesar de tu postura intelectual, no eres más que un fundamentalista de derecha disfrazado.

—¿Y qué eres tú, Ruth? Intercambias sexo por un lugar para vivir. Intercambias sexo para que yo pague tus cosas. ¡Toda esa grandilocuencia sobre la liberación! ¡Tanto que hablas sobre la igualdad de derechos! No eres más que una prostituta que vive de un hombre.

—Te odio.

—¡Odias la verdad!

Después de eso, se puso peor.

Los golpes duelen, pero las palabras destruyen el corazón y el espíritu. Para la hora que dos de las amigas de Ruth vinieron a recogerla para llevarla a su nueva casa junto con sus cosas, ambos estaban completamente devastados.

Cuando ella se fue, Corban se sentó en el sofá y lloró amargamente. No le importaba que Ruth lo hubiera dejado. De hecho, se sentía aliviado de que se hubiera ido y no tener que volver a verle la cara cada día ni andar cuidando cada palabra que decía para no herir sus sentimientos.

¿Había tenido en cuenta sus sentimientos alguna vez?

El dolor lo abrumaba, pero no sentía una pizca de pena por Ruth. Lloró por la pérdida de lo único bueno que podría haber resultado de su sórdida relación: el niño que había sido responsable de engendrar. El niño al que debería haber sido capaz de proteger. El niño que lo perseguía en sus sueños por las noches.



Leota le sirvió café a Charles Rooks mientras él revisaba su testamento y los documentos que ella tenía guardados en un sobre de manila desde hacía cuarenta años.

—¿Crema o azúcar, señor Rooks?

—Solo, gracias. Por favor, llámeme Charles.

Se parecía mucho a su padre: ojos azules, cejas grises tupidas, calvo en la coronilla con cabello canoso a los costados, vestido con un traje gris oscuro que se veía caro. Esta visita iba a costarle un dineral.

—Arba, mi vecina, dijo que pasará a firmar cualquier cosa que usted necesite que firme. La llamaré cuando estemos listos.

—No estaremos listos esta tarde, señora Reinhardt. Tendré que llevarme todo al despacho y haré que lo mecanografíen de la manera apropiada.

—¿Cuánto tiempo demorará eso y cuánto costará?

Le dijo el costo, lo que hizo que su corazón se agitara por el impacto. Después agregó:

—Tendré todo listo para fin de mes.

—A ese precio, lo quiero antes. Le daré un cheque antes de que se vaya.

Él se quitó los anteojos y los dejó sobre la mesa.

—No es algo que deba hacer con prisa, señora. A veces, es mejor meditar bien las cosas antes de hacer cambios importantes como este. Especialmente si hubo alguna pelea familiar. —Levantó las cejas de manera inquisitiva.

—No hubo ninguna pelea. Sé lo que hago. Hace mucho tiempo que vengo pensando en esto. Quiero que todo quede arreglado exactamente como le dije. Puede que esté vieja, señor Rooks, pero no estoy senil.

—No, señora. —Sonrió ligeramente—. No creo que esté senil. Pero sí suena enojada.

—Dolida, señor Rooks. Y harta.

—Hay otra manera de manejar todo esto que no le costaría tanto dinero. Puede tener la tenencia conjunta, o dicho de otra manera, comunidad de bienes con derecho a sucesión entre copartícipes sobre su casa. Cuando usted...

—Muera. Adelante, puede decirlo.

Él inclinó la cabeza.

—Cuando muera, entonces. Su parte le corresponderá a su copartícipe. En cuanto a los otros documentos, puede completarlos al dorso ahora y firmar la cesión cuando esté lista. Si lo hace de esa manera, el testamento está bien tal como está. Solo han cambiado los nombres. Un último consejo, señora. No debería tener este tipo de documentos a la vista de cualquiera en su casa.

—No estaban a la vista de nadie. Estaban guardados en un sitio seguro.

—Señora Reinhardt —dijo él en tono paciente—, ¿tiene idea de cuánto valen esos papeles?

—No, y no me importa. —Tomó asiento en la mesa frente a él, cansada y afligida—. Quería dejarles a mis hijos una herencia importante, señor Rooks, algo que los ayudara a sobrellevar la vida y los llenara de un gozo rebosante. —Apoyó sus manos sobre los documentos—. Lamentablemente, esto es lo único que quieren.

—Lo lamento, señora.

Pareció sincero y, a pesar de todas las cosas horribles que se decían de los abogados, ella creyó que lo dijo sinceramente. Ella sonrió con tristeza.

—Yo también, señor Rooks. Yo también. Ahora, manos a la obra.



—Mi madre dijo que ella y Fred vendrán un ratito —dijo Annie esa noche—. Llamó esta tarde. Creo que mi tío Jorge habló con ella.

Sin duda. Acción de Gracias les daría otra oportunidad para acorralar a su madre y averiguar en qué estaba lo de la herencia. Lo bueno es que todo estaría resuelto mucho antes de que todos llegaran a cenar el pavo.

—Debería ser un día de Acción de Gracias muy alegre.

—¿Estás cambiando de parecer, abuelita? ¿Será demasiado para ti?

Sí. Sería demasiado para ella. Toda la actividad, toda la emoción, toda la tensión. Pero no estaba dispuesta a rendirse a Eleonora. Pasaría Acción de Gracias, aun si le costaba la vida.

—Tú serás la que cocinará, Annie. Yo seré tu animadora. ¿Has cambiado tú de parecer?

—No. Ay, abuelita, estoy tan entusiasmada con esto. Podemos hacerlo. Sé que podemos. Vendré este fin de semana y empezaré por la casa, como dijiste, aunque está perfecta tal como está.

—Un poco de pintura aquí y allá la mejoraría.

—Ya tengo algunas ideas.

Leota se rio entre dientes.

—Ya lo imaginaba. Haz lo que gustes. Quiero que consideres esta casa tan tuya como lo es mía.

—Te prometo que no haré nada sin tu aprobación.

—Ya la tienes, querida. A propósito, estaba pensando en invitar a Corban. ¿Qué te parece? Últimamente ha estado un poco deprimido, y creo que su familia está en alguna parte de la Costa Este. No podrá ir a su casa.

—Sería genial, abuelita. Invítalos a él y a su novia. Y a Arba y a los niños también, si quieres. A Juanita y a Lin Sansan...

—Cuantos más seamos, mejor. —Leota tenía la intención de reclutar tantos aliados de Annie como le fuera posible.

La guerra fría había terminado. La verdadera guerra estaba a punto de empezar.

CAPÍTULO 18

CORBAN FUE EL PRIMER INVITADO en llegar el día de Acción de Gracias. Se movió inquieto, contento de haber traído dos botellas de sidra espumante y otra violeta africana.

—Mi querido muchacho —dijo Leota al recibir la planta en flor en su macetita azul, sonriendo de una manera que aflojó un poco la tensión de sus nervios—. Annie está en la cocina. ¿Por qué no pone a enfriar esas botellas en el refrigerador? Después de eso, ¿podría llevar a Bernabé a mi habitación, por favor? No quiero que hoy tenga una recaída.

—¡Hola! —dijo Annie alegremente y le sonrió mientras volvía a ponerle el papel de aluminio al pavo—. Ya falta poco. Espero que tengas hambre. Es uno de diez kilos.

—Haré mi parte cuando llegue el momento.

—Bien. Puedes hacer el puré de papas. Espero que el tío Jorge corte el pavo. La abuela dijo que ella hará la salsa. Tenemos guisantes y setas, salsa de arándanos, aceitunas negras. Arba traerá batatas caramelizadas y la tía Jeanne traerá pasteles: de manzanas, de carne picada y de calabaza.

—¿Y el relleno?

—Por supuesto que tenemos el relleno. Está en el pavo. Receta de la abuelita. Simple y sencilla: pan sazonado, apio, cebollas y las menudencias, todo molido junto. Nos llevó una buena parte de la mañana, pero valdrá la pena.

Sonó el timbre y Corban vio un destello de tensión en el rostro de Annie.

—¿Qué te parece si recibes a la gente? —dijo ella—. No quiero que la abuelita tenga que levantarse y sentarse cada cinco minutos. Ella debería presidir la celebración en la sala.

Leota ya estaba en la puerta.

—Jorge, Jeanne. ¡Pasen! ¡Pasen!

—Mamá. —La mujer se inclinó para besar a Leota en la mejilla—. ¿Cómo estás?

—Bien, estoy bien. Entren, vengan. —Se dio vuelta con ojos brillantes—. Corban, le presento a mi hijo Jorge, y a su esposa, Jeanne. Y a mis nietos, Marshall y Mitzi. Él es Corban, un buen amigo mío. —Los niños estaban mirando fijamente a Bernabé, que a su vez también los miraba con el pico abierto y listo para atacar.

Jeanne era la única que parecía francamente amigable. Le sonrió a Corban y lo saludó amablemente mientras su esposo permanecía callado como si estuviera evaluándolo. ¿Qué pensaba el tipo que era él? ¿Un criminal en libertad condicional?

—Será mejor que saque de aquí a Bernabé. —Los niños lo siguieron como si marcharan, haciendo preguntas sobre el pájaro que Corban no sabía cómo responder—. Tendrán que preguntarle a Annie. Lo único que sé es que está loco y que muerde. —Cuando regresó a la sala, vio que Jeanne todavía estaba parada con la caja que había traído—. Permítame que le reciba esto —dijo Corban.

—Ah, yo la llevo. Ustedes, los hombres, siéntense y conversen para conocerse. —Dicho eso, Jeanne se fue a la cocina, seguida por los dos niños.

Corban se dio vuelta hacia el rostro sombrío de Jorge.

—Mi madre me contó que has sido una gran ayuda para ella.

—Ha sido un placer para mí.

—Cuando no fue como tener una piedra en el zapato —dijo Leota, poniéndose cómoda en el sillón. Los tres pasaron los siguientes quince minutos conversando, una breve charla sumamente incómoda. Corban nunca se había sentido tan incómodo. Leota intentaba valientemente continuar la conversación con su hijo, pero el bueno de Jorge no parecía cooperar.

—¿Cómo anda el negocio últimamente?

—Bien.

—¿Sigue ampliándose?

—Lo estoy intentando.

—Imagino que Marshall sigue jugando fútbol.

—Creo que sí.

—¿Crees que sí?

—Jeanne se ocupa de las actividades de los niños.

—¿No vas a sus partidos?

—Cuando puedo. —Jorge cambió de posición, miró a Corban y volvió a mirar de reojo a Leota—. ¿Te molesta si enciendo el televisor, madre? Está por empezar un buen partido de fútbol.

—Si es lo que quieres hacer.

¿Cómo —se preguntó Corban— puede no darse cuenta este hombre de la expresión de tristeza que hay en los ojos de su madre? ¿Tal vez su presencia era la causa de la reticencia de Jorge Reinhardt? Quizás si no estuviera en el medio, Jorge se sentiría más libre para hablar.

—Iré a ver si puedo ayudar a Annie en la cocina, Leota. —Al menos las mujeres estaban charlando.

—Este lugar está mucho más alegre —decía Jeanne cuando se unió a ellas en la cocina—. Y las flores que pintaste son maravillosas, Annie. ¡No tenía idea de que tuvieras tanto talento!

Annie se ruborizó.

—La abuelita dijo que hiciera lo que quisiera, y lo he disfrutado muchísimo, tía Jeanne. Se sienta aquí y conversamos mientras pinto. Dice que la pasa bien viéndome.

—No lo dudo —dijo Jeanne—. Me gustaría observar. Me encantaría que hicieras algo así en mi casa. Es más, te pagaría.

—Oh, yo no te pediría que me pagues.

—Tonterías. Eres una artista que trabaja, ¿verdad? Tienes que comer. —Miró por la ventana a los niños que jugaban—. También has estado trabajando en el jardín, por lo que veo. La última vez que vine, todo estaba muy descuidado.

—Corban ha sido una gran ayuda. —Annie le dirigió una sonrisa—. También Susan, Sam y algunos niños del vecindario. Hemos tenido cualquier cantidad de manos que colaboraron.

—Era tan hermoso —suspiró Jeanne—. La primera vez que vine a este lugar, las lilas estaban en flor. El perfume era delicioso cuando te parabas aquí. Me alegro de que estés reviviéndolo.

El timbre sonó de nuevo. Corban se volteó hacia la puerta, pero Jorge ya se había levantado. Al ver quién entraba, Corban se armó de valor para pasar un día largo y miserable. La Reina del Hielo, escoltada por su consorte. Corban respondió a la fría mirada de Eleonora Gaines inclinando ligeramente la cabeza mientras su esposo, Fred, saludaba a Leota con un beso y un cumplido. La regia Eleonora apenas saludó a su madre antes de pasar a la cocina. Él se apartó de su camino para no ser embestido.

—¿Todo va bien por aquí, Anne-Lynn? El pavo huele a que está listo. —Inclinó la cabeza como saludo a su cuñada—. Jeanne. Qué bueno verte.

Poca efusividad entre las cuñadas, pensó Corban, pasando desapercibido mientras observaba la escena.

—Todo bien, madre. Acabo de revisar el pavo hace unos minutos —dijo Annie, girando hacia su madre, quien le puso la mejilla para que Annie pudiera besarla. Annie se echó hacia atrás un poco, con los ojos parpadeando—. Me alegra que hayas podido venir, mamá.

—No veo ninguna batata. ¿No hiciste las batatas?

—Arba las traerá.

—¿Quién es Arba?

—La vecina de al lado de la abuela. Ella y sus hijos vendrán en un ratito.

Ese anuncio, claramente, no fue del agrado de la madre de Annie.

—Mejor iré a ver qué hacen mis hijos. —Jeanne se dirigió a la puerta de atrás. Corban quedó atrapado entre la sala y la cocina.

—Creí que esto sería una reunión familiar.

Annie se ruborizó y pestañeó, mirándolo. Él decidió rescatarse a sí mismo.

—Leota se apiadó de un pobre y hambriento estudiante universitario —dijo él con tristeza.

—Oh, desde luego no me refería a usted —dijo Eleonora.

Mentirosa. Él la miró directamente a los ojos.

—Está bien, señora Gaines. Entiendo a qué se refiere.

Annie lo miró con incomodidad.

—Anne-Lynn —dijo Eleonora, dándole la espalda a Corban—, de verdad, creo que deberías echarle otro vistazo al pavo...

Corban pensó en disculparse y meterse al baño. A lo mejor podría escurrirse por la ventana y escapar.

De alguna manera, Annie se las ingenió para que su madre volviera a la sala y tomara asiento. El televisor estaba a todo volumen y los que hablaban tenían que levantar la voz. Para aumentar la confusión, Arba llegó con batatas caramelizadas y un pastel de batatas de regalo.

—Los niños entrarán por la verja de atrás, Leota. Creo que ya conocieron a tus nietos por encima de la cerca.

—¿La verja de atrás? —Las cejas perfectamente dibujadas de Eleonora se arquearon—. Por favor, Jorge, apaga el televisor. —Cuando lo hizo, Eleonora miró a su madre—. ¿Qué verja?

—La que ha estado allí por años —dijo Leota—. Sam arregló las bisagras hace algunos fines de semana, cuando vino a ver a Annie.

—¿Sam? —Los labios de Eleonora se tensaron.

—Sam Carter. Es un joven muy agradable —dijo Leota.

—Es un expresidiario, madre. —Se levantó y se dirigió a la cocina.

—Ay, qué terrible —dijo Leota en voz baja—. Ahora sí lo arruiné.

Corban pudo oír la voz de Eleonora desde la cocina, aunque no lo que decía en voz alta. Todos parecían estar aguantando la respiración.

—No sabía que estabas viendo a Sam Carter —decía Eleonora—, aunque no sé por qué

debería sorprenderme nada de lo que hagas en estos días.

—No lo estoy viendo de la forma que estás insinuando, madre. —El tono de Annie era calmo y paciente—. Es solo un amigo.

—Ah, claro. Es el término coloquial que se usa para referirse a las relaciones sórdidas hoy en día, ¿verdad?

Fred se levantó con el rostro pálido y tenso.

—Discúlpenme. —Se dirigió a la cocina. Él habló en voz baja, pero la majestuosa Eleonora no le prestó ninguna atención.

—Esto es entre mi hija y yo, Fred. Por favor, no te metas.

—Madre, por favor...

—Yo sabía desde el principio que este día sería un fracaso. ¡Lo sabía! ¿No te lo dije?

—Cállate, Nora.

—¿Qué me dijiste?

—Me escuchaste, como todos los demás en esta casa. Si este día se convierte en un desastre, será por tu culpa. Ahora, ¡volvamos a la sala y sentémonos!

Corban miró a Leota y vio que se le llenaban los ojos de lágrimas. En cualquier momento empezarían a correr por sus mejillas. Miró de reojo a Arba y vio en ella una mezcla de lástima y enojo. La mandíbula de Jorge estaba rígida; sus ojos, fijos en el televisor. Jeanne estaba sentada con una sonrisa forzada. Las voces en la cocina bajaron un poco de volumen, pero seguían igual de furiosas, intensas e intrusivas. Corban se paró.

—Creo que saldré a tomar un poco de aire fresco.

Si se iba a hurtadillas, no lo extrañarían.

—Ni lo piense —dijo Leota, perspicaz.

—¿Qué?

—Sabe exactamente qué, Corban Solsek. Usted se queda.

Jorge miró a uno y a la otra con el ceño fruncido. Cuando Corban lo miró, un músculo se tensó en la línea de la mandíbula de Jorge y volvió a mirar el televisor.

—Que se vaya si quiere, madre.

Eso fue lo que Corban necesitó para cambiar de parecer.

—No me iré lejos, Leota. Apenas al porche del frente.

—¿Lo promete?

—Lo prometo.

No regresó adentro hasta que anunciaron la cena. El pavo estaba cocido a la perfección, aunque Eleonora Gaines no quisiera reconocerlo. Se sentó a la mesa del comedor con la espalda rígida, el rostro pálido, los labios apretados y los ojos bajos mientras Jeanne, Arba, Annie y Leota conversaban.

—Bendigamos los alimentos, ¿está bien? —dijo Leota, sentada en el lugar de honor a la cabecera de la mesa. Los ojos de Annie brillaban otra vez; tendió las manos: una a su abuela y la otra a su madre. Todos unieron sus manos, algunos con menos entusiasmo que otros. Corban se sentía incómodo y cohibido, pero eso no impidió que Arba le agarrara la mano y le dirigiera una sonrisa de ánimo.

—Este es un día de Tu creación, Señor, pues mi familia está nuevamente bajo el mismo techo, luego de tantos años. Gracias, Jesús. —La voz de Leota estaba ronca. Titubeó, y entonces volvió a hablar—: Abre nuestra mente, Padre, y abre también nuestro corazón. Ven, acompáñanos a la mesa. En el nombre de Tu precioso Hijo, Jesús, oramos. Amén.

Circularon las bandejas con comida.

—No hay castañas en el relleno. —Eleonora miró a Annie después de probarlo—. ¿Le pusiste ostras?

—No esta vez.

—Este es el mejor relleno que he probado en mi vida —dijo Jeanne con entusiasmo—. Todo está maravilloso, Annie.

Eleonora le echó un vistazo a Jeanne con la boca apretada, y volvió a comer en silencio. La tensión mantenía cautelosos a todos.

Los niños reían en la cocina.

—¿Qué están haciendo allí? —Eleonora estaba notablemente molesta.

—Divirtiéndose —dijo Fred, secamente.

Corban pensó en su propia familia. Podía recordar la tensión del día de Acción de Gracias, a su madre trabajando como una esclava en la cocina mientras su padre trabajaba en el estudio. El día de Acción de Gracias no había sido más que una fecha en la que los clientes y los vendedores no llamaban a la oficina. Le concedía a su padre un día para descansar del teléfono, pero no de su obsesión. Aunque había triunfado, no podía descansar aprovechando su éxito. Lo impulsaba el recuerdo de una niñez marcada por las privaciones, lo impulsaba querer superar el estigma de haber crecido en el «lado equivocado», lo impulsaban sus propios sentimientos de insuficiencia.

Los padres de Corban vivían en una casa grande en un vecindario exclusivo, con guardias de seguridad en las puertas, pero nada de eso había cambiado a su padre. El hombre siempre había sido impulsado por un viento fuerte. Luego, un día, se fue; lo liquidó un paro cardíaco masivo. Murió en su escritorio. Su madre lloró su muerte durante unos años; después, volvió a casarse. Ahora estaba haciendo nuevas tradiciones. Acción de Gracias en París. Navidad en Ginebra.

Otra persona cocinaba siempre.

De pronto, un pensamiento frío pasó repentinamente por su cabeza y le apretó el pecho. ¿Soy como mi padre? ¿Estoy determinado a demostrar lo que valgo? ¿Para qué? ¿Y para quién? ¿Qué estoy haciendo? ¿Hacia dónde voy?

—Buena cena, Annie —dijo Jorge, levantándose. Dejó su plato en la mesa y no se tomó la molestia de meter su silla.

—Jorge —dijo Jeanne, visiblemente irritada.

—Solo iré a ver el marcador. —Encendió el televisor y se puso cómodo en el sofá.

—¿Dónde están los apagones cuando uno los necesita? —La boca de Jeanne estaba tensa.

—Durante los años de la guerra, teníamos apagones todo el tiempo —dijo Leota—. Las sirenas sonaban y todos bajábamos las persianas y apagábamos las luces. A veces, los niños se asustaban muchísimo. Melba era la capitana de nuestra cuadra. Vivía a dos cuadras de la casa. Salía y caminaba de una punta a la otra de la calle para asegurarse de que no hubiera luces encendidas. La abuela de ustedes...

—Nunca nadie nos bombardeó —dijo Eleonora, impaciente.

—No, si no tienes en cuenta a Pearl Harbor, querida.

El rostro de Eleonora enrojeció.

—Pearl Harbor está a un océano de distancia, madre. Y la guerra terminó hace décadas.

Corban quería inclinarse sobre la mesa y abofetearla. ¿Con qué derecho le hablaba a Leota en un tono tan desagradable? Apretando los dientes, se recordó a sí mismo que no era parte de esta familia y que no era asunto suyo.

Annie miró a su madre.

—A mí me gustaría escuchar sobre los años de la guerra.

—¿Por qué? —dijo Eleonora bruscamente—. Éramos terriblemente pobres. Madre nunca estaba en casa. Y la abuela y el abuelo Reinhardt siempre estaban riñendo.

—¿En serio? —Leota frunció el ceño.

—En general, por ti. Y por el dinero. O más bien, por la falta de dinero. Nosotros éramos una carga para su presupuesto, en caso de que nunca te haya pasado por la cabeza. Tres bocas extra que alimentar. La abuela Helene no estaba contenta de tener la responsabilidad de dos niños y no nos lo ocultaba a ninguno de los dos.

—¡Madre! —El rostro de Annie se puso blanco.

—Déjala —dijo Leota, apoyando una mano sobre la de Annie. Después de eso, Leota no dijo mucho más sobre nada. Se quedó callada, picoteando su cena de Acción de Gracias mientras Annie y Jeanne trataban de llevar la conversación a temas más seguros. Sin embargo, adondequiera que la llevaran, encontraban el campo minado que les había tendido Eleonora. Tan pronto Eleonora terminó de comer, se puso a apilar los platos. El estrépito de la vajilla y los cubiertos parecía anunciar que la comida había llegado a su fin, hubieran terminado los demás o no.

—Yo lavaré —dijo Eleonora y apartó su silla de un empujón.

Los ojos de Annie se llenaron de lágrimas.

—Yo la ayudaré —dijo Arba, empezando a levantarse.

—No, gracias. Lo haré yo sola.

Arba dudó a medio levantarse de su silla, hasta que Leota le sonrió.

—Quédate ahí, querida. No es nada personal. A Eleonora le gusta hacer las cosas a su manera.

Fred bajó la vista a la mesa.

—Perdón, Leota. Annie...

—No es culpa tuya, Fred —dijo Annie en voz baja y agachó la cabeza.

Apenas terminó el partido de fútbol, Jorge se levantó y anunció que era hora de que su familia se fuera. Aunque Mitzi y Marshall protestaron, una sola mirada de su padre bastó para hacerlos callar. Eleonora, la gran mártir, acababa de llegar de la cocina.

—¿Y el postre, Jorge? —Los ojos de Jeanne destellaron de indignación—. Todavía no hemos servido los pasteles.

—Bueno. Comemos el pastel y nos vamos.

—Será mejor que nosotros también nos vayamos, Fred. —Eleonora no se molestó en tomar asiento—. Estoy agotada.

Se hizo un silencio incómodo. Arba se levantó del sillón mullido cerca del pasillo.

—¿Por qué no se sienta y descansa un poco, señora Gaines? Dele un descanso a sus pies.

Annie se levantó, lista para servir.

—¿Qué quieren? ¿Pastel de manzanas, de carne picada, de calabaza o de batata?

—¡De batata! —dijeron al unísono los hijos de Arba.

—¡Manzana! ¡Calabaza! —Se unieron eufóricamente Mitzi y Marshall.

—¿Tienen que gritar de esa manera? —dijo Eleonora, haciendo una mueca.

—¿Qué les parece una pequeña porción de cada uno? —dijo Leota.

—Bien dicho, chica. —Arba sonrió.

Eleonora miró hacia arriba exasperada.

—Para mí, ninguno, Anne-Lynn. Estoy demasiado cansada para tener hambre. Cuando todos

terminen, lavaré los platos.

—De manzana —dijo Jorge, impávido. Quizás su equipo no estaba ganando.

—Corban, ¿cuál quieres tú? —dijo Annie.

—Si no te molesta, esperaré hasta más tarde. —Con suerte, la Reina de Hielo se iría y él volvería a tener apetito. Nada como una mujer conflictiva para causarle acidez al estómago de un hombre.



Cuando Annie entró a la cocina para servir los pasteles, vio la asadera sobre la mesa de la cocina. Estaba tan limpia que parecía pulida con un chorro de arena. Annie abrió el refrigerador para mirar. ¿Qué había hecho su madre con el pavo y las sobras? Con el corazón encogido, abrió la puerta del gabinete debajo del fregadero. Efectivamente, su madre había metido la carcasa con carne en el cesto de la basura, así como las batatas caramelizadas, el puré de papas y los guisantes. Adiós a los emparedados de pavo, a los estofados de pavo y a la sopa de pavo.

Arba, que había venido a ayudarla a cortar y servir los pasteles, se paró detrás de ella. Annie tragó con dificultad y cerró silenciosamente la puerta del gabinete, luchando contra el dolor y la humillación que querían agobiarla. Sus ojos escocían con lágrimas ardientes.

—Lo lamento, Arba. —¿Cómo había podido su madre restregar todo y desecharlo en la basura de esa manera?

—¿Qué es lo que lamentas, chica? No lo hiciste tú. —Estaba parada con las manos en las caderas y miraba alrededor—. Bueno, al menos la cocina está limpia.

Annie dejó escapar una risa suave y frágil.

—Ay... —Se cubrió el rostro. ¿Cómo se iba a sentir la abuelita cuando se enterara?

Arba le rodeó los hombros con un brazo.

—Cariño, esta fue la mejor cena de Acción de Gracias que he tenido desde que mi mamá partió a la casa del Señor. No dejes que nadie te quite el gozo, ¡ni siquiera tu madre!

Todavía temblando un poco, Annie asintió.

—Gracias, Arba.

—Haré el café —dijo Arba.

Annie cortó los pasteles en silencio. Cuando todos los platos tuvieron las porciones pedidas, los llevó a la sala de a dos y los entregó. No quiso mirar a su madre a los ojos. El dolor había dado paso a la indignación. Oró por que su madre se mantuviera callada hasta que se fuera.

—Un café estaría bien —dijo su madre.

—Arba lo está preparando.

—La ayudaré. —Empezó a levantarse del sofá.

—No, no lo harás. Ya hiciste suficiente, madre.

—No es necesario que seas tan descortés, Anne-Lynn. Lo único que hice fue lavar los platos.

Entonces, Annie la miró. Bajó la voz.

—Eso no fue lo único que hiciste, madre. Hiciste mucho más que eso.

Su madre se ruborizó y desvió la mirada. Fred alzó la vista y miró a Annie con una expresión preocupada y confundida.

—Tu pastel. —Forzó una sonrisa y le entregó un plato con el pastel de batata. Su madre siguió con la cabeza agachada.

Cuando Annie se fue de la sala, imaginó lo que estaba pasando en ese momento por la mente de su madre. Probablemente estaba dándole vueltas a las palabras, masticándolas, rumiando hasta poder encontrar la manera de devolvérselas en defensa propia. Annie se negó a sentirse culpable esta vez. Fuera lo que fuera que su madre decidiera decirle, no estaba dispuesta a permitir que sus palabras le atravesaran el corazón y le arruinaran el día.

Corban entró a la cocina.

—Me voy. Gracias por la cena, Annie. Estuvo buenísima.

—¿Estás seguro de que no puedes quedarte un rato más? —Ella sabía que su abuela disfrutaba discutir con él y tenía la sensación de que los demás se irían pronto.

—Tengo que estudiar.

Ella lo miró.

—Sé que no es el momento, Corban, pero me gustaría saber qué está molestándote.

—No, no te gustaría. —Sus ojos estaban oscuros de ira.

—No lo diría si no fuera cierto. Los amigos tienen que ayudarse unos a otros.

Él sonrió apenas.

—Entonces quizás te llame en algún momento.

—Estaré aquí todo el fin de semana. Sabes que siempre eres bienvenido.

Él asintió con la cabeza y se fue sin decir otra palabra.

Arba sirvió el café mientras Annie levantaba los platos de postre vacíos. Podía sentir que la mirada de su madre la seguía; quería que Annie la mirara. Regresó a la cocina y apiló con cuidado los platos en el fregadero. Ya habría tiempo suficiente para lavarlos, una vez que todos se fueran.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Arba, reuniendo a sus hijos. Se inclinó, le dio un beso en la mejilla a Leota y susurró algo en su oído.

Leota sonrió y palmeó tiernamente la mejilla de Arba.

—Eres una muchacha adorable —dijo, y quedó obviamente complacida cuando recibió besos de Tunisha y Kenya, y un apretón de mano de Nile—. Los veré el lunes a las tres —dijo Leota.

Jorge tomó la partida de Arba como una señal para él. Fue a buscar los abrigos que Annie había colgado en el cuarto de huéspedes. Marshall y Mitzi le dieron las gracias a la abuelita Leota por el lindo día, aunque eran demasiado tímidos como para despedirse con un beso. Leota hizo un esfuerzo por levantarse del sillón cuando Jorge regresó a la sala.

—No te levantes, madre. Saldremos solos. Gracias por el excelente día. —Le rozó la mejilla con un beso rápido y puso su mano en el codo de Jeanne, moviendo la cabeza hacia la puerta.

—No te molesta que me despida de tu madre, ¿verdad? —Jeanne lo esquivó y se inclinó, sonriendo—. Es la mejor celebración de Acción de Gracias que hemos tenido en años, mamá. Espero que lo hagamos de nuevo.

Los ojos de Annie se llenaron de lágrimas cuando escuchó la respuesta que murmuró su abuela.

—He orado por años para reunir a la familia otra vez.

—Yo también —dijo Jeanne con voz ronca. Cuando se incorporó, sus ojos estaban húmedos. Rodeó el sillón de Leota para acercarse a Annie, la abrazó fuerte y susurró a su oído—: Buen trabajo, preciosa. Y no abandones el barco. —Le dio una palmadita en la mejilla; entonces se unió a Jorge mientras su familia salía por la puerta delantera.

Annie miró a su madre entonces. Sus miradas se encontraron y ella se quedó en su lugar, esperando.

—Supongo que es hora de que nosotros también nos vayamos. —Su madre se levantó con el mentón en alto—. ¿Fred?

Él se paró y se acercó a Annie para abrazarla fuertemente.

—No sé qué hizo tu madre para lastimarte, Annie —susurró—, pero lo siento.

—Lo superaré.

—Lo sé. —La besó en la mejilla.

Su madre había ido a buscar los abrigos. Volvió a la sala y le entregó a Fred el de él, quien se lo colocó y sostuvo el de ella para que pudiera meter los brazos en las mangas y ponérselo. Annie se paró junto al sillón de la abuelita Leota y apoyó el brazo en el respaldo. Su madre le

dirigió una dura mirada de desaprobación. Luego, miró a la abuelita Leota.

—Gracias, madre, por el lindo día —dijo con frialdad—. Anne-Lynn, te llamaré después para que hablemos.

—Deja pasar un par de días, por favor.

Los ojos de su madre refulgieron, y entonces salió por la puerta seguida por Fred, quien caminaba más lento.

—¿Qué fue todo eso? —dijo la abuelita Leota cuando se cerró la puerta delantera y estuvieron solas.

—Nada de lo que tengas que preocuparte, abuelita. —Esperaba que su madre le diera tiempo suficiente para orar y liberar el enojo y el dolor. Si no lo hacía, ambas lo lamentarían.

Su abuela suspiró.

—La casa está tan silenciosa ahora. Me alegro de que sigas aquí.

Annie se arrodilló junto a su sillón.

—Vamos a pasar todo el fin de semana juntas, ¿lo recuerdas? No me iré hasta el lunes en la mañana.

—En los próximos días podremos comer las sobras.

—Me temo que no, abuelita. Todo desapareció. —Había sacado discretamente la basura por la parte de atrás para que su abuela no viera lo que había hecho su madre—. Excepto un poco de pastel de carne picada.

La abuela Leota sonrió y se acercó a ella.

—Muchas gracias, querida. Muchas gracias por todo lo que hiciste hoy. Fue lo más parecido a un día perfecto que no había tenido en muchos años.

Annie estaba al borde de las lágrimas.

—En efecto, los sentamos a todos otra vez bajo el mismo techo, ¿verdad, abuelita? —Todos excepto Michael.

—Sí, lo hicimos. Y nadie mató a nadie. —Los ojos de la abuelita Leota destellaron traviesamente—. Aunque hubo algunos momentos...

Annie soltó una risa suave y frágil.

—Te amo, abuelita.

«Te amo, abuelita», dijo Bernabé desde el dormitorio del frente. «Te amo, abuelita».

—Ay, por favor —dijo la abuela, indignada—. Otra vez ese pájaro con eso.

Annie se rio cuando toda la tensión de preparar y sobrevivir a Acción de Gracias estalló como una represa. Las lágrimas corrieron por sus mejillas.

«¡Te amo, abuelita!», Bernabé estaba demandando atención. Era como si estuviera diciendo: «Hola, estoy aquí. ¡No se olviden de mí!».

—Yo lo traigo, abuelita —dijo Annie—. Ni bien la jaula esté cubierta se calmará.

La abuela Leota inclinó el sillón hacia atrás.

—Si no, pon la aspiradora en medio de la sala. ¡Eso lo hizo callar la última vez!



—Bueno, me alegro de que se haya terminado —dijo Nora mientras iban en el carro por la calle. Esperó que Fred dijera algo al respecto, pero no lo hizo. Conducía en silencio con la boca rígida, los ojos fijos adelante. Irritada, encendió la radio. Cuando oyó la música de los sesenta que escuchaba él, apretó la tecla para buscar y dejó que cambiara de emisora hasta que llegó a una de música clásica. La detuvo allí, esperando que Beethoven o quien fuera calmara sus nervios exaltados.

—¿Qué hiciste, Nora?

El corazón de ella se sobresaltó.

—¿A qué te refieres con qué hice?

—En la cocina.

—Lavé todos los platos yo sola.

—Arba se ofreció a ayudar.

—Esperaba tener unos minutos a solas con mi hija.

—Tonterías. —En ese momento la miró, una mirada breve y dura que la hizo sentir súbitamente vulnerable. Desprotegida.

Nora tuvo un ataque de culpa. Ofendida por eso, se cruzó de brazos y miró afuera por la ventanilla.

—Dilo de una vez, Nora. ¿Qué hiciste?

—Eché las sobras a la basura. —Se llenó de vergüenza, pero apenas por un instante, antes de que la dominaran los instintos de autoprotección—. Eso es todo lo que hice. A nadie le gusta tener las sobras del día de Acción de Gracias por días y días.

—¡Eso depende de quién haya cocinado!

Su cabeza giró repentinamente para mirarlo con furia.

—¿Qué significa eso? ¿Que Annie es mejor cocinera que yo?

—Me has cocinado muchas comidas maravillosas en todos estos años, Nora, pero hasta hoy no sabía lo húmedo y delicioso que podía ser el pavo. —Entonces volvió a mirarla—. Admítelo. Te pusiste celosa.

—Claro que no.

—¿No? ¿Qué otra excusa podrías poner para tu horrible conducta?

Ella sintió que sus mejillas se acaloraban. Cuando volvió a mirarlo, vio un frío destello en sus ojos antes de que mirara el camino otra vez.

—Me pregunto si alguna vez cambiarás, Nora. —Abandonó la autopista para tomar su salida —. Si no lo haces, terminarás siendo una vieja amargada.

—¿Como mi madre?

Él redujo la velocidad y frenó en el semáforo.

—Ella está sola, quizás, aunque espero que Annie, Corban, Arba y los niños estén llenando el vacío que tú y Jorge dejaron. Pero ¿sabes qué, Nora? No vi un solo indicio de amargura en tu madre, no como la que veo en ti. Me parece increíble, teniendo en cuenta cómo la han tratado sus propios hijos.

La luz cambió a verde. Fred pisó el acelerador con calma y entró a un bulevar concurrido.

—Tengo motivos para estar amargada —dijo Nora en voz baja, reprimiendo las lágrimas—. Pero tú no lo entiendes. No sabes cómo fue eso.

—Entonces, ¿por qué no me lo cuentas?

—Nos llevó a vivir con la abuela Helene y el abuelo y empezó a trabajar. Se iba temprano en

la mañana y no volvía a la casa hasta tarde. Después de un tiempo, ¡sentí como si ni siquiera tuviera una madre!

—¿Y tu abuela Helene?

Cerró los ojos.

—Éramos una carga para ella. No sé cuántas veces la escuché decir que era demasiado vieja para tener la responsabilidad de dos niños pequeños. Y era cierto. No era justo para ella. Tenía unos dolores de cabeza terribles y se quedaba acostada todo el día en el sofá con una toallita fría en la frente. Decía que estaba segura de que iba a morirse. Yo vivía con miedo de que sucediera eso y que fuera nuestra culpa.

—¿Qué pasaba con tu abuelo?

—Trabajaba todo el día. Leía el periódico y, después, escribía cartas en la mesa del comedor. Él y la abuela hablaban en alemán entre ellos. Después de un tiempo, comencé a entender el idioma y me enteré de que ella siempre se quejaba de mi madre. El abuelo la escuchaba un rato y, después, salía a caminar. A veces nos llevaba a Jorge y a mí. Supongo que era tímido. Nunca hablaba mucho de nada. —Lo único que Nora podía recordar que decía era: «Tu mamá es una buena mujer». Lo decía una y otra vez. Ella nunca había logrado entender cómo podía tener esos sentimientos por la mujer que había abandonado a sus hijos y había salido a vivir su propia vida a su antojo.

Fred tomó el control remoto del garaje y lo apretó. Ella se quedó en silencio, abrumada por la tristeza. Apenas él estacionó el carro y apagó el motor, se volteó hacia ella.

—Sigue hablando.

Ella tomó aire entrecortadamente.

—Mi abuela detestaba a mi madre. Nos contaba cómo mi madre salía a bailar y al cine, cuando debía estar cuidándonos. Nos decía que se guardaba todo el dinero para ella y que nunca colaboraba para pagar lo que comíamos. No recuerdo una sola vez que la abuela Helene dijera algo bueno sobre mi madre cuando estaba trabajando. Y cuando mi madre estaba en casa, la abuela Helene la criticaba en su cara y mi madre se quedaba callada y lo aguantaba. O salía al jardín. Yo la odiaba por eso. Deseaba que mi madre se defendiera y luchara por nosotros. Entonces, cuando lo hizo...

Fred tomó su mano y la apretó suavemente.

—Continúa.

—Una noche desperté y las escuché gritándose una a la otra. La abuela Helene en alemán y madre, histérica, llorando enfurecida. Después, oí que el abuelo lloraba. Y la abuela Helene también. Las odié a las dos por lastimar al abuelo. Era un hombre muy dulce, y yo podía escucharlo sollozando y hablando con esa... esa voz quebrantada. No entendía nada de lo que decía, pero sé cuánto lo lastimaron y... yo no pude perdonarlas por eso.

—¿Y tu padre?

—Fue peor cuando volvió a casa. Yo le tenía mucho miedo. Madre se quedó un corto tiempo en casa con nosotros y, después, regresó a trabajar. Era como si no fuéramos suficientes para ella. Mi padre se sentaba en su sillón y bebía.

—¿No tenía trabajo?

—Ah, sí trabajaba. Tuvo su propio negocio durante un tiempo. Pero ningún trabajo le duraba. Recuerdo que una vez volvió a casa hecho una furia luego de que lo despidieron. Jorge y yo nos escondimos debajo de nuestras camas mientras él rompía cosas en la sala. Fue el abuelo quien después nos habló de eso. Dijo que la guerra había cambiado a mi padre. Dijo que mi padre era

un gran carpintero antes de ir a la guerra a pelear por este país, pero yo solamente lo vi terminar dos cosas: el departamento que construyó detrás del garaje para mis abuelos y las cajas de cerveza que bebía todos los días.

Miró a Fred, deseosa de que comprendiera, que se identificara con ella.

—¿Puedes imaginar cómo se habrá sentido la abuela Helene por tener que dejarle la casa a mi madre? Después de eso, la abuela Helene apenas volvió a poner un pie en la casa; no lo hacía sino cuando mi padre la invitaba personalmente. Yo odiaba el día de Acción de Gracias. La abuela se quedaba sentada allí y nunca le dirigía la palabra a nadie. Comía en silencio y mantenía la vista en el plato, y mi madre fingía que estaba muy feliz. —En la cena de esta noche, había probado un bocado de la receta de su madre y los recuerdos regresaron como un torrente. No había tenido la intención de hacerle daño a Anne-Lynn cuando metió ese pavo en la basura. Lo único que quería era deshacerse del pasado y de todo el dolor que le causaba. Todavía podía ver la cara de Anne-Lynn cuando salió de la cocina: pálida, contraída, dolida, enojada.

—¿No fue tu madre quien cuidó a tu abuela hasta que murió?

Nora asintió. Tragó saliva con dificultad.

—Me lo he preguntado a través de los años. No sé cómo soportaron vivir juntas, sintiendo lo que sentían la una por la otra. Debe haber sido el infierno en la tierra. —Recostó la cabeza contra el asiento y cerró los ojos—. Supongo que madre se sentía culpable por haberles robado la casa a mis abuelos. Cuidar a la abuela debe haber sido su penitencia.

—¿Cómo se comportaban cuando ibas de visita?

—¿De visita? —Soltó una risa crispada—. ¿Bromeas? ¿Por qué habría de regresar, cuando no veía la hora de salir de esa casa y alejarme de todos ellos? Me casé con Bryan Taggart solo para irme. —Volvió a reír nerviosamente—. Aunque él no me hizo la vida nada fácil. Lo único bueno que salió de ese matrimonio fue Michael. —Apretó los labios y giró su rostro para que Fred no viera sus lágrimas de dolor. ¿Se había dignado siquiera su hijo en llamar a casa hoy? Se cubrió la boca con la mano y sus hombros se sacudieron.

Fred le acarició el dorso de la mano con un pulgar.

—Tienes que dejar atrás el pasado, Nora. No puedes cambiarlo. Tienes que superarlo y seguir adelante.

—No es tan fácil. Lo he intentado.

Fred suspiró con pesar.

—Pero la echas de menos, ¿verdad? Aun después de tanto tiempo. Le niegas tu amor porque sientes que ella no te amó. Nunca pudiste matarlo de todo, ¿no es así, Nora? Por eso es que no has podido perdonarla.

Retiró su mano de la de él y revolvió la cartera buscando un pañuelo desechable. Él lo decía como si su hija se hubiera ido hacía años, en lugar de meses.

—Podría perdonar a Anne-Lynn si ella volviera a casa, donde debe estar.

Él sacó las llaves del encendido.

—No hablaba de Annie, Nora. Me refería a tu madre. —Abrió su puerta y salió, dejándola sola en el carro.

CAPÍTULO 19

ANNIE SE FUE TEMPRANO EL LUNES en la mañana, pero no antes de que Leota pudiera ocuparse de sus asuntos. Leota se sentía aliviada y ligeramente ufana de haber logrado que Annie firmara varios documentos sin que su nieta sospechara en lo más mínimo. Una copia de los papeles era para el banco, la otra para Charles Rooks, quien había preparado todo rapidísimo, como si ella estuviera a punto de morir.

Su mayor preocupación había sido cómo convencería a Annie de que firmara todo lo que había preparado para ella. Si Annie se daba cuenta de lo que estaba haciendo, podría protestar. Sin embargo, todas las preocupaciones fueron en vano. Lo único que tuvo que hacer Leota fue decirle la verdad a Annie: que quería asegurarse de que hubiera alguien que pudiera intervenir cuando fuera necesario. Con Eleonora todavía tan enojada y Jorge tan distante, era perfectamente lógico nombrar a Annie como su albacea y apoderada.

Eso fue lo único que Annie necesitó escuchar. Firmó en la línea de puntos. Ni siquiera leyó nada. Obedeció los deseos de Leota. Habría dado igual si hubiera estado renunciando por escrito a su propia vida. Desde luego, no tenía idea de lo que había firmado. Leota le había dicho solo la mitad de la verdad, no todo...

Por primera vez en meses, Leota caminó sola a hacer sus mandados. Certificó y mandó el sobre a Charles Rooks. Él mantendría todo seguro entre los expedientes de su despacho, como habían acordado. Se sentó en un banco unos minutos para descansar; luego, entró al supermercado y compró un pollo asado, una ensalada preparada con aderezo en el paquete y dos pastelitos rellenos de crema. ¿Por qué no celebrar? Todo estaba resuelto.

Cuando llegó a casa, agotada, le dio de comer a Bernabé y se sentó a descansar. Se acomodó en su sillón, cerró los ojos y se dejó llevar. Gracias, Jesús, por mi preciosa nieta. Ha sido mejor para mí que diez hijas e hijos. Por favor, cuídala y protégela en los días que vendrán, porque serán escabrosos. Dale sabiduría cuando tome su decisión. Ya ni siquiera sé qué más orar por Eleonora y Jorge, Señor. ¿Me equivoco en seguir teniendo deseos?

Con un suspiro, fue quedándose dormida.



Los hijos de Arba llegaron después de la escuela. Leota les sirvió sándwiches de mantequilla de maní y jalea. Esperaban comer pavo, pero ella les dijo que se había acabado. Leyó dos capítulos de El jardín secreto. Ellos querían más, pero Leota les dijo que era hora de ponerse a hacer la tarea. Arba llegó a las cinco e invitó a cenar a Leota.

—Compré una pizza de camino a casa. —Para el escandaloso deleite de los niños.

—Esta noche, no, querida. Pero te lo agradezco.

—¿Se siente bien? —dijo Arba, observándola.

—Estoy bien, solo que agotada después de los festejos. —Y lo estaba, cansada hasta los huesos, más débil de lo habitual.

—Pasaré a verla más tarde.

—Si lo haces, lo más probable es que me despiertes, y no te lo agradeceré.

Hacía tiempo que Arba se había acostumbrado a los modales bruscos de Leota, y sonrió.

—De acuerdo, su señoría.

—No tengo nada que un buen y largo descanso no pueda curar.

—Los niños no vendrán mañana, Leota. Los recogeré temprano para llevarlos a su chequeo dental. —Apenas lo anunció, hubo protestas inmediatas.

—¡Estamos en la mejor parte de la historia!

—Ay, mamá...

—Yo no necesito ir al dentista.

Arba los hizo callar de nuevo.

—Denle las gracias a la abuelita Leota y vayan a la casa. —Se despidieron con tristeza y salieron en fila de la casa de Leota, siguiendo a Arba como patitos. Leota se rio en voz baja y cerró la puerta. Sin duda se sentirían mejor cuando Arba abriera la caja de pizza.

Annie llamó media hora después.

—¿Arba te llamó? —dijo Leota, frunciendo el ceño.

—Dijo que te veías cansada.

—Estoy cansada. Y, ya que atendí el teléfono, te darás cuenta de que no estoy enferma ni muerta.

—Estuve pensando...

Leota podía imaginarlo. Con lo tierno que era el corazón de Annie, estaría preocupada por esos papeles que había firmado y lo que podían significar. La pobrecita probablemente estaba pensando que su abuela había tomado todas las precauciones y que ahora se proponía pasar silbando como una pelota voladora, apenas rozando la cabeza del jardinero central, y salir del parque. Su jonrón directo a los brazos del Señor. Bueno, ni en sueños. Ahora no. No cuando tenía un tenue destello de esperanza. Era lo que había sentido en Acción de Gracias.

—A veces, pensar demasiado puede causarte problemas, cielo. Lo que hiciste me ayudará a dormir tranquila las próximas noches, Annie. Ahora, no te sientas obligada a llamarme todos los días. Dedica más tiempo a pintar algo maravilloso y deja de preocuparte por esta vieja bruja.

Pese a todo lo que le dijo a Annie, no pudo dormir. Cansada como estaba, la cabeza le daba vueltas. Había un zumbido constante en sus oídos, como el de un enjambre de abejas atareadas. Finalmente se dio por vencida y salió de la cama. Todavía necesitaba escribir las cartas para Eleonora y Jorge, explicándoles por qué había hecho las cosas que había hecho.

Se sentó en la mesa de la cocina envuelta cómodamente con la bata de baño. Tenía los pies fríos a pesar de las pantuflas. Aún no quería encender la calefacción. Nunca lo hacía antes de las

siete de la mañana. Apenas eran las tres.

La nota para Annie fue fácil... la preciosa Annie, abierta y libre de cualquier resentimiento, un soplo de aire puro en esta casa de recuerdos rancios. La carta de Jorge le costó un poquito más. Le recordaba mucho a Bernard, que se guardaba todos los problemas adentro. ¿Por qué sería? ¿El negocio? Gracias a Dios, se anestesiaba con los deportes por televisión en lugar de beber alcohol. ¿O eso tampoco era mejor? Esperaba que Jeanne pudiera abrir una brecha en él antes de que sus hijos crecieran y se fueran.

Eleonora era otro asunto. Leota redactó tres borradores y los descartó todos. Cada vez que trataba de pensar en formas de explicarle sus actos a Eleonora, se sentía más desesperada. Ninguna explicación lograría abrirle los ojos a alguien que ya había tomado una decisión, y Eleonora era inamovible. Finalmente, Leota escribió sencillamente lo que había en su corazón. Lo único que podía hacer era exponer la verdad. Simple, concisa, sincera. Que Eleonora hiciera con ella lo que quisiera. Dobló la carta y la metió en un sobre. Después, puso las cartas donde esperaba que algún día las encontraran.

Se sentía rara. Se sentó en el borde de la cama, preocupada. El zumbido en sus oídos había empeorado. Tuvo una sensación extraña... luego, un sonido metálico en la cabeza, una pequeña punzada de dolor y, finalmente, una rara calidez... como la mano de alguien cubriéndole el oído. Sentía el brazo derecho dormido. Cuando se paró para ir al baño, no sintió ni tenía fuerzas en la pierna derecha. Era solo un peso muerto que la jalaba hacia abajo, abajo, abajo...

Escuchó un ruido sordo, pero no le encontró sentido. ¿Cómo había ido a parar al piso frío de madera?



Corban notó los dos periódicos en el porche cuando subió los escalones. El buzón adosado al costado de la casa, junto a la puerta delantera, estaba repleto. Frunciendo el ceño, tocó el timbre y esperó. No hubo respuesta. Habitualmente, Leota miraba la televisión los miércoles en la mañana. Él no escuchó ningún sonido proveniente del interior de la casa. Con un gesto de extrañeza, rodeó la casa hasta la parte de atrás. A veces, ella se sentaba en la mesa de la cocina y hacía sus crucigramas mientras lo esperaba.

La persiana estaba baja. Nunca la dejaba cerrada durante el día.

Masculló una grosería y regresó corriendo a la puerta delantera.

—¡Leota! —Golpeó fuertemente la puerta. Seguía sin respuesta, ni un solo sonido. Hundió la mano en su bolsillo para buscar sus llaves y las revolvió hasta que encontró la que ella le había dado. La metió a la fuerza en la cerradura y abrió la puerta.

—¿Leota? —Entró en la casa, por primera vez sin ser invitado, y dejó la puerta ligeramente entreabierta detrás de él. El hedor agredió sus sentidos, como si el inodoro se hubiera desbordado. Respirando por la boca la llamó por su nombre otra vez. Cuando llegó al pasillo, la vio caída al costado de la cama. Parecía muerta.

Con gran angustia, él se agachó sobre una rodilla. Le tomó la muñeca. Su piel era delgada como el papel y estaba fría. Tenía los ojos abiertos y parecían en blanco, hasta que él apoyó suavemente la mano sobre ellos, intentando cerrarlos. Ella emitió un quejido y su cuerpo se sacudió hacia atrás, sobresaltada.

—Buscaré ayuda —dijo él. No quería dejarla en el piso, pero tenía miedo de levantarla y ponerla en la cama. ¿Y si se había roto algunos huesos cuando se cayó? Al moverla, podía llegar a causarle más daño. Se levantó, arrancó la colcha de la cama y la cubrió con cuidado—. Resista, Leota. ¡No se me muera!

Después de hacer la llamada, Corban abrió la puerta delantera y volvió a la habitación para sentarse en el piso junto a Leota.

—Aguante. —Le agarró la mano y la frotó—. Resista —siguió diciendo como un mantra—. Aguante; aguante... —mientras su mente gritaba: ¡Apúrense, apúrense! El camión de bomberos y los paramédicos tardaron diez minutos en llegar, los diez minutos más largos de la vida de Corban. Se paró, y apartándose del paso, se sintió inútil mientras los técnicos de emergencias médicas trabajaban. Fueron rápidos y eficientes, pero estaba claro que las cosas no parecían estar demasiado bien.

—Demasiado deshidratada para colocarle una vía intravenosa —dijo uno.

—Pulso débil...

—¡Démonos prisa!

—¿Usted es pariente de ella?

—Un amigo. Yo le avisaré a la familia. ¿A dónde la llevarán?

Los técnicos le dieron el nombre del hospital.

—¡Esperen un minuto! —Corban se acercó antes de que sacaran a Leota por la puerta. Tenía miedo de que la estuvieran sacando de su vida para siempre. La tomó de la mano; la suya, temblorosa—. Leota. —Su mirada errática fue hacia él, aturdida, confundida. Él se preguntó si entendería algo—. Voy a llamar a Annie, Leota. Después iré al hospital. —Le apretó la mano suavemente—. ¡Resista!



Annie supo que algo andaba mal desde el instante que se abrió la puerta del salón de clases y Susan entró.

—Llamó Corban. Tu abuela se cayó. La llevaron al hospital en una ambulancia.

Annie guardó sus materiales de arte, tratando de no llorar.

—¿Se pondrá bien?

—No lo sé, Annie.

Todos la miraban, algunos con compasión; otros, molestos por la interrupción. El profesor se acercó a ella.

—Vaya, señorita Gardner. Yo recogeré sus cosas y se las dejaré en la oficina.

—¿A qué hospital? —dijo Annie, corriendo por el pasillo con Susan. Se echó a llorar—. Ay, Susi. Yo sabía que algo andaba mal cuando Arba me llamó el lunes en la noche. Debería haber vuelto en ese momento.

—Tu abuela te dijo que estaba bien.

—No debería haberle creído. Tendría que haber ido a ver cómo estaba. Debería haberla llamado anoche.

—Annie, no puedes estar en todas partes al mismo tiempo. Además, nadie sabe con seguridad cuando le llega la hora. —Hizo una mueca—. Perdón. —Salieron por las puertas hacia el neblinoso aire de la tarde. El cielo estaba nublado con una intensa probabilidad de lluvia.

—Será mejor que conduzca yo —dijo Susan cuando llegaron al estacionamiento—. No estás en condiciones de ir al volante.

—Tienes que ir a trabajar.

—¡Que me despidan!

Annie respiró hondo, obligándose a calmarse. Señor, Tú estás en control. Sé que Tú tienes el control. Pase lo que pase, sé que la vida de mi abuela está en Tus manos.

—Estaré bien, Susi. Sabía que esto sucedería algún día. —Ay, Dios mío, no tan pronto. Apenas tuve un tiempo muy corto con ella. ¡Quiero más!

—Dame tus manos. —Susan se plantó firme frente a la puerta del carro y extendió las suyas, con un destello resuelto en sus ojos—. No te dejaré ir hasta que pares de temblar. —Annie hizo lo que le pidió. Susan sostuvo sus manos ligeramente por un momento—. De acuerdo. —Besó la mejilla de Annie—. Pero ve despacio, ¿está bien? No sería nada bueno que chocaras por llegar al hospital.

—Tendré cuidado. Lo prometo. —Abrió la puerta del carro y se metió adentro.

—El cinturón de seguridad. —Susan sostenía la puerta mientras la observaba.

—Sí, madre —dijo secamente—. ¡Oh! ¿Llamaste a mi madre?

—La llamaré apenas llegue al trabajo. Eso te dará suficiente tiempo para llegar al hospital antes que ella.

Si lo hace. Annie no pudo evitar ese pensamiento. ¿Se molestaría siquiera en ir?

¡Oh, Dios, si mi madre no viene ahora, yo misma iré y la arrastraré de los pelos hasta el hospital!

Tratando de no llorar, Annie encendió el carro y dio marcha atrás en su espacio. Consciente de la mirada vigilante de Susan, aceleró con cuidado y salió despacio del estacionamiento. Tan pronto como se despejó el tránsito, avanzó y se puso en camino.

Aguanta, abuelita. Ay, Señor, no te la lleves todavía. ¡Por favor, no te la lleves!



Cuando llegó al hospital, Corban no logró que le dieran mucha información sobre el estado de Leota. La primera pregunta que hacían siempre era: «¿Es usted familiar de ella?». Apenas decía que era solo un amigo, se negaban a decirle algo. Aunque les dijera que había sido él quien la encontró y llamó al 911, se mostraban reacios a revelar algo.

Frustrado y preocupado, decidió quedarse en la sala de espera. Cuando Annie llegara, ella le diría lo que estaba pasando y cómo estaba Leota. No se iría a casa hasta saberlo.

Ella llegó corriendo por el pasillo con el rostro ceniciento.

—Trajeron a mi abuela aquí. Leota Reinhardt. ¿Dónde está, por favor? —Cuando le tocó el brazo, ella se dio vuelta—. ¡Ay, Corban! —Se lanzó de lleno a los brazos de él—. ¡Gracias a Dios que la encontraste! —La enfermera lo miró como pidiéndole disculpas y le dijo a Annie que todavía estaban sometiendo a su abuela a unos exámenes. Le avisaría al doctor que la nieta de la señora Reinhardt había llegado.

Se sentaron juntos en la sala de espera, pero Annie no pudo quedarse sentada por mucho tiempo. Caminaba de un lado a otro, se levantaba y miraba por la ventana, caminaba un poco más. Corban vio a Fred y a Eleonora antes que Annie. Eleonora Gaines se veía pálida y preocupada; sus ojos estaban opacos, pero no enrojecidos por el llanto como los de Annie.

—¡Madre! —dijo Annie. Corban observó que no se arrojó a los brazos de su madre, sino que se mantuvo a una distancia prudente del frente frío—. Gracias a Dios que has venido.

—¿Qué hace él aquí?

Al ver que Annie se sonrojó rápidamente, Corban apretó los puños. ¿Cómo era posible que una mujer como Eleonora Gaines hubiera engendrado a una hija como Annie?

—Corban encontró a la abuelita. Fue él quien llamó al 911. —Annie lo miró con gratitud y le sonrió—. Desde entonces, ha estado esperando para saber cómo está la abuelita Leota.

—¿Cómo está ella?

—Qué bueno que lo pregunte —dijo Corban, antes de poder dominarse.

—Eso fue innecesario —dijo Fred con calma, sujetando firmemente con una mano el codo de su esposa.

—Disculpe. —Corban se pasó una mano por el pelo. Admitía que había hablado demasiado rápido, pero la actitud de Eleonora Gaines le hacía hervir la sangre.

Annie empezó a llorar otra vez. Se apartó de su madre y de su padrastro y se sentó en el sofá, con el rostro hundido entre sus manos. Eleonora parecía incómoda.

—Anne-Lynn. —Se acercó, indecisa, y posó su mano sobre el cabello de Annie; luego, se sentó lentamente en el sofá junto a su hija—. Esto no fue inesperado.

—Lo fue para mí —dijo Annie, sollozando entrecortadamente.

—Contrólate, querida. —Eleonora echó un vistazo rápido a las otras personas que estaban en la sala de espera. Sus ojos rozaron con antipatía a Corban.

El sentimiento es mutuo, señora.

Ella sacó un pañuelo caro de su cartera de cuero y se lo ofreció a Annie.

—Tu abuela es muy vieja. Era inevitable que tendría problemas de salud. Todos los tenemos alguna vez, querida.

Annie miró a su madre y retrocedió un poco.

—¡Es tu madre! ¿Ni siquiera te importa que podrías llegar a perderla?

Eleonora se puso pálida al escuchar las palabras de Annie. Se quedó helada cuando Annie se levantó de un salto y se puso a caminar de un lado a otro nuevamente.

—Por supuesto que me importa —dijo Eleonora tardíamente con la mirada ensombrecida por alguna emoción indefinible.

Annie se volteó y la miró fijamente.

—¿Desde cuándo te importa, madre? ¿Te preocupaste de hacer algo especial en Acción de Gracias para tu madre? Nunca en tu vida. ¡Solo viniste a la cena de Acción de Gracias porque no pudiste convencer al tío Jorge que se mantuviera al margen, y porque yo no quise ir a casa!

—¡No te atrevas a hablarme así! —Eleonora se levantó del sofá.

—¿Por qué, madre? ¿Porque es la verdad? —Las lágrimas corrieron por las mejillas de Annie y Corban tuvo que luchar contra el fuerte impulso de ir hasta ella y abrazarla—. Hiciste todo lo posible por arruinarle el día a la abuelita y que todos los demás nos sintiéramos horrible. ¡Hasta tiraste el pavo a la basura!

El rostro de Eleonora se puso morado. Volvió a mirar alrededor, sabiendo perfectamente que todas las personas en la sala de espera habían dejado de mirar a Annie y, ahora, la miraban a ella.

—Termina este berrinche ahora mismo, Anne-Lynn.

Los ojos de Corban se abrieron más grandes. La voz de la señora Gaines sonó temblorosa.

Por otro lado, la voz de Annie fue firme.

—¿Por qué? ¿Porque te sientes avergonzada? Deberías estarlo.

—Estás poniéndote en ridículo.

—¿Y qué? ¿Crees que me importa si parezco una tonta? ¡Solo me parezco a mi madre!

—Annie... —dijo Fred suavemente.

Ella se dio vuelta hacia él.

—¡No la defiendas! Quizás si alguien se hubiera tomado la molestia de decirle la verdad hace mucho tiempo, no sería tan insensible.

—¿Cómo puedes acusarme de eso? —Eleonora lloraba ahora—. Después de todo lo que he sacrificado por ti.

—Tú te sacrificaste, madre. Y jamás dejaste que Michael y yo lo olvidáramos. Nos lo recordabas a cada momento. Pero ¿con qué intención? Lo único que te interesaba era transformarnos a Michael y a mí en tus pequeños trofeos. ¡Miren lo que logró Eleonora! Ni una sola vez hiciste un sacrificio por amor. No como el que hizo la abuelita Leota por ti y por tío Jorge.

—¡Tú no sabes nada de cómo fue!

—¡Tú eres la que no lo sabe, madre! ¡Nunca lo supiste! ¡Nunca te preocupaste por saberlo!

Con el rostro atormentado, Eleonora agarró la cartera y la metió bajo su brazo.

—¡No me quedaré a escuchar esto! —Pasó por la sala como el Titanic, a todo vapor, directo hacia el témpano de hielo.

—¡Eso es, madre! ¡Huye! —gritó Annie detrás de ella—. Es lo que haces siempre que las cosas no son como quieres, ¿verdad? Adelante. ¡Vete! —Luego de decir eso, se sentó de nuevo a llorar.

—Hay cosas que tú no sabes, Annie.

Al oír el comentario discreto de Fred, Annie lo miró con ojos destellantes.

—No te atrevas a decir una palabra en contra de mi abuela, Fred. Lo único que sabes de ella es lo que mi madre te ha contado. —Apretó fuertemente sus manos como si estuviera tratando de controlar la violencia de sus emociones.

El rostro de él se llenó de compasión.

—No iba a hablar en contra de Leota. —Se sentó al lado de Annie y apoyó una mano sobre las de ella—. Tu madre quiere a tu abuela más de lo que puedes comprender, cariño. Solo que tiene miedo de demostrarlo.

—Bueno, ¡será mejor que se apure y aprenda cómo hacerlo!

Corban no podía seguir escuchando. Necesitaba salir del lugar y caminar. Ir a alguna parte. A cualquier parte. Todas las emociones liberadas por Annie y por Eleonora habían alborotado las suyas. Tuvo que apretar los dientes para no levantarse de un salto y unirse a la pelea; así que, en lugar de eso, salió hacia el corredor y se detuvo en el mostrador de emergencias.

—¿Alguna novedad?

—Le avisaremos a los familiares ni bien sepamos algo, señor Solsek.

—Gracias. Muchas gracias. —Se fue ofendido, abriendo las puertas violentamente al salir, y siguió caminando a zancadas.

Eleonora Gaines estaba encorvada contra la pared, el abrigo fuertemente ceñido alrededor de su cuerpo y su rostro desfigurado por las lágrimas. Cuando vio que era Corban, volteó su rostro.

Con la boca apretada, él siguió caminando.



Leota intentaba no dejarse dominar por el miedo, pero eso era difícil en un entorno extraño y rodeada de desconocidos. Las luces y los sonidos... un túnel. ¿Qué estaban haciéndole? Se desvanecía y volvía en sí, soñando apaciblemente con su jardín por un rato. Luego, alguien la movió y se despertó, confundida y molesta por la interrupción tan brusca. Finalmente se despertó del sueño, vio la luz que entraba por una ventana y vio a Annie sentada en una silla, al lado de la cama.

—Hola, abuelita. —Se inclinó hacia ella, sonriendo—. Vas a estar bien.

—¿Dónde estoy, querida? ¿Qué sucedió?

Annie frunció el ceño.

—No entiendo, abuelita. —Parecía asustada.

Bueno, no más asustada que Leota cuando escuchó los sonidos incoherentes que salieron de su propia boca. ¿Qué problema tenía en la lengua? Frustrada, lo intentó otra vez, pero solamente salieron palabras confusas.

Leota empezó a llorar.

Los ojos azules de Annie también se llenaron de lágrimas. Acarició el brazo de Leota; al menos, Leota veía que lo hacía, pero no sentía nada.

—¿Me estoy muriendo?

Annie levantó la vista hacia alguien que estaba fuera del rango de visión de Leota.

—¿Entiende ella lo que digo?

—No hay manera de saberlo —dijo una mujer—. Pero siga hablándole. Está reaccionando. Es una buena señal.

—¿Puedo decirle lo que está pasando? —dijo Annie en una voz más tranquila.

—No la perjudicará. Podría hacer que se sienta menos inquieta.

Leota podía oír el ruido de unas ruedas que traqueteaban suavemente.

—Corban te encontró, abuelita. Él llamó a los paramédicos. Estás en el hospital. Tuviste un derrame cerebral leve. Tu lado derecho está afectado; por eso no puedes moverte mucho. Y te afectó el habla, supongo. ¿Entiendes, abuelita? —Secó las lágrimas de sus mejillas—. Te han dado medicamentos que te ayudarán. Y te pusieron un goteo intravenoso. Estabas deshidratada, así que quieren lograr que tus líquidos vuelvan a ser normales.

Leota escuchaba, asimilando todo. Aunque su cuerpo no funcionaba, su mente comprendía la situación. No sabía si darle gracias a Dios por estar viva, o preguntarle por qué. ¿Por qué no la dejó partir? ¿Para qué servía ahora?

Señor, ¿es por esto que pusiste en mi cabeza que resolviera todo cuando lo hice? Esta es una artimaña. Esto no me place. Ni un poquito.

Debió quedarse dormida, porque cuando volvió a abrir los ojos, Annie se había ido. El tiempo había pasado, aunque ella no sabía con seguridad cuánto. Las personas iban y venían. En un momento dado, abrió los ojos y vio a Eleonora parada al lado de ella, pálida y demacrada. Se le notaba cada año de la edad que tenía, lo cual entristeció a Leota.

—Eleonora... —Su voz no salió bien, y su hija pareció aún más consternada—. Eleonora...

Con la boca temblorosa, Eleonora miró hacia otro lado.

—¿Qué hacemos ahora, madre? ¿Qué vamos a hacer?

Hasta ese momento, Leota no había pensado mucho en lo que le esperaba. Cerró los ojos,

temerosa de lo que podría llegar a ver en los de Eleonora cuando volviera a mirarla. Las palabras hospital de convalecencia surgieron en su mente, trayendo consigo toda clase de posibilidades funestas. El miedo se propagó por ella como un incendio descontrolado. No es así como quería terminar, Señor. No permitas que me metan a un asilo de ancianos y se olviden que alguna vez existí. ¿Qué me sucederá ahora? Oh, Dios, tengo tanto miedo. Nadie podía entenderla, ni siquiera Annie, que la amaba tanto. ¿Pensarían todos que se había vuelto loca?

Podía escuchar a las personas que hablaban alrededor de ella, encima de ella, acerca de ella. El médico y las enfermeras discutían su estado. La única que pensó en hablarle a ella fue Annie. Y no fueron buenas noticias.

La rutina diaria frustraba a Leota. La examinaban, la giraban, la higienizaban, la hacían hacer ejercicios, la alimentaban y la giraban una y otra y otra vez. En una ocasión, dijo una grosería y se sintió mortificada cuando esa única palabra salió fuerte y clara. Miró a la enfermera a los ojos para disculparse, preguntándose qué pensaría la joven enfermera del insulto de la vieja.

La enfermera sonrió.

—Sé que es frustrante, señora Reinhardt. Va lento, pero está mejorando. En este caso, el insulto es un buen indicio.

Excelente. Dentro de una semana estaré maldiciendo como un marinero.

—El doctor está satisfecho con su progreso.

Eso dice él.

La enfermera giró delicadamente de lado a Leota mientras rehacía la cama debajo de ella. Al terminar un lado, giró a Leota sobre su otro lado para finalizar la tarea. Sábanas limpias todos los días, igual que Jackie O. Aunque Leota dudaba que Jackie hubiera ensuciado las suyas. La enfermera cambió la sábana de arriba y reemplazó las mantas, acomodándolas y metiéndolas debajo del colchón.

—Ya está, señora Reinhardt. Limpia y ordenada. —Leota oyó un sonido metálico cuando la enfermera subió las barras a un costado de la cama, y luego, al otro.

Señor, ¿a esto se reduce la vida al final? Me han lavado, cambiado el pañal y arropado en mi cuna como un bebé. Incluso estoy sin dientes otra vez, porque mi dentadura está en ese vaso sobre la mesa lateral. Es humillante estar tan desvalida. Y tan inútil.

La enfermera descorrió la cortina para que Leota pudiera ser vista por cualquier persona que pasara por el corredor. Se acabó la privacidad. Leota intentó no dejar que eso le molestara. Suponía que, de esa manera, era más fácil para las enfermeras controlarla y ver si aún seguía respirando.

No le serviría de nada perder el tiempo. Decidida a mejorar, Leota trató de practicar el habla. Trabajó en eso hasta que la mujer que estaba en la cama contigua a la suya llamó a la enfermera.

—¿Puede darle algo a esa anciana para que se duerma? No se ha callado en toda la tarde. Me pone los pelos de punta.

La enfermera habló con suavidad para tranquilizar a la otra paciente, que acababa de ser operada de su vesícula biliar. La pobre mujer estaba adolorida y pedía más calmantes.

—Lo siento —le dijo la enfermera—, no puedo darle nada hasta dentro de una hora. —La

pobrecita se puso a llorar y la enfermera corrió la cortina que había entre las dos camas. Leota sintió como si le hubieran cerrado una puerta en la cara.

Alguien encendió el televisor. Probablemente con la esperanza de distraer a la otra paciente y que dejara de pensar en el dolor y en las molestias por un rato. Leota pensó en Bernard, sentado en su sillón, escuchando programas de radio, partidos de pelota, noticieros y, posteriormente, mirando televisión. Milton Berle. Yo amo a Lucy. Dinah Shore. «See the U.S.A., in your Chevrolet…».

Después de que Bernard murió, ella apagó el televisor y lo dejó desenchufado durante dos años.

Pensó en Jorge en el día de Acción de Gracias. «Solo iré a ver el marcador». Y en Jeanne, con su mirada llena de sufrimiento y frustración, diciendo: «¿Dónde están los apagones cuando uno los necesita?».

Ay, Señor. Las lágrimas bajaron a las orejas y el cabello de Leota.

Ay, Jesús, ¿acaso nada cambia en este mundo? ¿Siempre es así? ¿Los pecados del padre se extienden a los hijos? ¿Dónde están las bendiciones que prometiste? Podía sentir que la desesperanza le calaba hasta los huesos, aplastando su espíritu, atacándola.

¿De qué le sirvo a alguien ahora, Señor?

Dios, ¿qué propósito tienes en este sufrimiento?



—Susi, sé que estoy fallándote, pero tengo que hacerlo. Durante los últimos días, no he podido pensar en otra cosa, y no soporto la idea de que mi abuela termine en uno de esos asilos de ancianos. Y eso es justamente lo que el doctor dice que pasará. Quiero llevarla a su casa.

—No necesitas explicarme nada, Annie. —Los ojos de Susan mostraban compasión mientras la escuchaba con las manos apretadas entre sus rodillas—. No te preocupes por el alquiler. Me las arreglaré bien. Hay una chica en el restaurante que está buscando otro lugar donde vivir. Justamente ayer me hablaba de eso. Sus compañeras de departamento hacen fiestas todo el tiempo y ella no consume drogas. Quiere irse. Se mudaría mañana mismo si pudiera.

Annie se sentó, aliviada.

—Ah, qué bueno. Entonces, ¿no estás molesta conmigo?

—Triste, sí. Desilusionada, seguro. Eres mi mejor amiga y voy a echarte de menos. Pero ¿molesta? No. —Se reclinó hacia atrás en el sofá y cruzó las piernas al estilo indio—. ¿Lo has pensado realmente bien, Annie? Esta tarea que estás pensando llevar a cabo no es fácil.

—Lo sé. Tendré que lidiar con las cosas a medida que se presenten. No me molesta reconocer que estoy asustada. Ni siquiera estoy segura de que sé cómo empezar.

—Mi madre podría ayudarte, ¿sabes? Tiene mucha experiencia como enfermera a domicilio.

Annie había olvidado completamente que la madre de Susan había retomado sus estudios cuando sus hijos menores empezaron la secundaria. Maryann Carter se había graduado en Enfermería dos años antes de que Susan se graduara de la preparatoria. Había trabajado como enfermera durante años. Ahora era una enfermera registrada.

—No creo que mi abuela tenga dinero para pagar una enfermera privada, Susi. Y sé que yo no tengo.

Ella negó con la cabeza.

—No me refería a eso. Mamá podría decirte qué hacer para asegurarte de que la casa sea segura. Te brindaría una capacitación rápida y recursos. Ella sabe mucho de los cuidados para adultos mayores. Debería saber. Recuerda que cuida a la abuelita Addie desde hace varios años. La abuelita no tuvo un derrame, pero tiene su buena cuota de problemas de salud: diabetes, hipertensión, artritis. Hay muchas cosas que ya no puede hacer sola. Por suerte, tiene una familia grande.

—Y amorosa.



Annie le sirvió café a la madre de Susan en la cocina de Leota. Maryann Carter había aceptado reunirse con ella en la casa de la abuelita tan pronto como Annie le explicó la situación.

—Qué cocina tan bonita —dijo Maryann, mirando alrededor—. Molduras de color amarillo intenso y blanco, y esas flores encantadoras.

—Mi abuela dijo que podía hacer lo que quisiera en la casa. Me divertí mucho haciendo esto.

—Me encantaría que lograras que mi cocina se viera así. —Se rio—. Quizás entonces desearía pasar más tiempo en ella. —Levantó la hermosa taza de porcelana y bebió un sorbo de café. Se quedó pensativa contemplando el jardín durante un largo rato antes de mirar a Annie otra vez—. Antes de comenzar, quiero que me tranquilices. ¿Has tenido en cuenta cómo cambiará tu vida esto, Annie?

Annie no contestó enseguida. Sabía que la madre de Susan no quería una respuesta rápida y altruista. Había pensado en las decisiones que tendría que tomar, las cosas a las que tendría que renunciar... pero no podía dejar de pensar en lo que le pasaría a su abuela si ella no intervenía.

—Sí, lo he hecho.

—Tendrás que poner en pausa tus metas por un tiempo indefinido. Podría ser un largo tiempo.

—Ya lo hice. Ayer dejé el instituto. —Su profesor la había escuchado y le había dicho que lamentaba que tuviera que irse, pero que la entendía. También le dio una buena noticia. Su cuadro se había vendido y le llegaría un cheque por correo. Ella estuvo a punto de llorar cuando se lo dijo. Se había preguntado cómo podría mudarse a vivir con su abuela sin un empleo para pagar sus gastos. Lo último que deseaba era ser una carga monetaria. Sabía que su abuela vivía del Seguro Social y eso apenas le alcanzaba para afrontar sus propios gastos, sin agregar los de Annie. Aunque la pintura no se había vendido por una gran suma de dinero, era suficiente para pagar su parte de los gastos por un tiempo.

La madre de Susan asintió.

—Sé que estás completamente comprometida con esto. Y sé que amas mucho a tu abuela. Pero... ¿sabes en lo que te estás metiendo en cuanto a los cuidados físicos de tu abuela?

—Creo que sí.

—Bueno, veamos si es así. —Maryann apartó a un lado la taza y el platito y entrelazó las manos sobre la mesa—. Tendrás que ejercitar cada articulación y cada músculo del cuerpo de tu abuela para que sus extremidades y músculos no se atrofien ni se pongan rígidos. Deberás tener una rutina para que pueda hacer ejercicios de esta variedad de movimientos cuatro veces al día. Pueden llegar a formarse úlceras en zonas de huesos donde la presión constante rompe los tejidos y la circulación sanguínea es más lenta. Eso quiere decir que tendrás que girar a tu abuela cada dos horas, día y noche. Necesitará una buena nutrición, lo cual significa que tendrás que planificar el menú y cocinar tres comidas por día, todos los días. Además de eso, el cuidado incluye un aspecto muy personal. La higiene es sumamente importante. Bañarla, cepillarle los dientes, cepillar su cabello, cortarle las uñas de las manos y de los pies, lavarla después de que orine o haga sus necesidades...

Annie se ruborizó.

La madre de Susan sonrió.

—Si vas a hacerte cargo de esta tarea, Annie, lo primero que deberás hacer es olvidarte de tus sentimientos de vergüenza que puedan causarte las funciones fisiológicas. No hay lugar para el pudor. Tendrás que enfocarte en lograr que tu abuela se sienta menos consciente de sí misma y

más cómoda con todas estas cosas. Si a ti te da vergüenza, ella sentirá vergüenza.

Annie asintió.

—Tu abuela necesitará tener vida social, pero no tanta como para sobreexcitarse. Necesitarás programarte para tener algún día libre.

—Puedo manejar esto. Sé que puedo.

—No, no puedes. Tienes que ser realista, Annie. Sé que eres joven y fuerte, pero no puedes hacer todo esto sola. Estamos hablando de veinticuatro horas al día, siete días a la semana y treinta días del mes, durante tanto tiempo como viva tu abuela. Ningún ser humano puede hacerlo solo. Necesitas tener un plan de cuidado. Necesitas ayuda.

—He orado por todo esto, señora Carter.

—Me parece que ya tienes la edad suficiente para decirme Maryann, cariño. Y sé que has orado por todo esto. Yo también lo hice. Y Susan ha orado. —La miró—. Y Sam también.

Sam. Vaya.

—No hace falta que te diga qué siente mi hijo por ti, ¿verdad? —Los ojos de Maryann brillaban—. Tom y yo siempre te hemos considerado como una hija. Incluso hemos orado para que Sam se fijara en ti algún día y, ahora que lo hizo... —Se encogió de hombros por un instante —. Bueno, Sam, como el resto de nosotros, tendrá que aprender a esperar en el Señor. —Miró a Annie a los ojos.

—Yo quiero a Sam, pero... —dijo Annie, mirándola.

—Es como un hermano para ti.

—No exactamente. —Annie bajó la vista a su taza de café. Un hermano no le aceleraría el pulso como lo hacía Sam—. No sé cómo explicarlo. —O si debía hacerlo.

—Sam vendrá por aquí y tratará de convencerte de que cambies de parecer sobre todo esto.

—Puede intentarlo, pero no cambiará nada. He orado al respecto. He orado bastante y durante mucho tiempo.

Maryann asintió.

—La oración es un buen comienzo. Ahora, tenemos que pasar a la acción. —Se puso de pie —. Vamos a ver el dormitorio de tu abuela. Empezaremos por allí. —Mientras caminaban, miró alrededor—. Bien —dijo, deteniéndose en el pasillo—. Hay suficiente espacio para que pase una silla de ruedas por estas puertas. —Parándose en el dormitorio, echó un vistazo alrededor—. ¿Crees que a tu abuela le molestaría que volvieras a pintar esta habitación?

—Creo que no.

—Usa colores cálidos, alegres y que contrasten. Lo que hiciste en la cocina sería fantástico. Necesitarás quitar algunos muebles. Está muy abarrotado. Y tendrás que sacar esas hermosas estatuillas de porcelana. Sería muy fácil derribarlas y que se rompieran. Quizás puedas descorrer esas cortinas pesadas durante el día. —Agitó la mano mientras el polvo formaba una nube alrededor—. Y mandarlas a lavar.

Maryann miró el techo.

—Podemos hacer que instalen un poste junto a la cama. Tom sabe cómo hacer eso. El seguro médico lo cubrirá. El poste será para que tu abuela tenga algo de qué sujetarse cuando se levante. Con ayuda, por supuesto.

Y así continuó. Annie pasó el resto de la tarde siguiendo a Maryann por toda la casa y anotando gran cantidad de cosas que tendría que cambiar, agregar o quitar del dormitorio, del baño, de la sala, del comedor y de la cocina. Para cuando terminaron, Annie se sentía abrumada por los detalles.

—No tenía idea...

—Siempre está la posibilidad de que cambies de parecer, Annie.

—Oh, no, no quiero hacer eso. Es que recién ahora veo lo que hay que hacer. —Se rio—. Tendré que llamar a la caballería. —Susan. Arba. Corban. Y Sam, también, si estaba dispuesto a contribuir con tiempo y mano de obra. Se sentía afiebrada por el entusiasmo. Un día a la vez, una tarea a la vez.

—¿Crees que tu madre te ayudará?

Annie negó con la cabeza.

Maryann le tomó una mano y la apretó.

—Lo lamento, Annie.

Sus ojos ardieron con lágrimas.

—En este momento no puedo pensar en mi madre ni en lo que ella quiere. La abuelita Leota tiene prioridad. No soporto la idea de ver que mi abuelita sea internada en algún lugar.

—Hay algunos asilos de ancianos muy buenos en el área.

—Quizás sí, pero no sería lo mismo que si la abuelita está en su propia casa, cuidada por alguien que la ama. Sé que me entiendes. Tú tienes a la abuelita Addie.

Maryann asintió.

—Incluso cuando amas a la persona, no siempre es fácil. La abuelita Addie puede ser una viejita muy complicada a veces. Tu madre... bueno, tal vez...

—A mi madre no le importa la abuelita Leota. Hace muchos años que están distanciadas. Mi madre piensa que me he puesto del lado de ella, pero no es así. Solo quiero estar más tiempo con la abuelita Leota. Quiero todo el tiempo que pueda tener, y no creo que le quede mucho tiempo.

Los ojos de Maryann también se llenaron de lágrimas. Acarició tiernamente una mejilla de Annie.

—Tom y yo te queremos muchísimo, Annie. Haremos todo lo que podamos para ayudar. Lo único que tienes que hacer es pedirlo.

Annie deseó que su madre se sintiera de la misma manera.

CAPÍTULO 20

CORBAN RESOPLABA MIENTRAS CARGABA uno de los extremos de la cómoda vacía de Leota. Sam Carter estaba al otro lado. Annie había retirado los cajones y los había puesto en la sala sobre el sofá. Él y Sam habían logrado pasar el antiguo mueble a presión por la puerta y por el pasillo, hasta el segundo dormitorio. Annie y Susan ya estaban desmontando la cama de Leota para poder moverla a continuación.

Les llevó la mayor parte de la mañana hasta que, finalmente, quitaron de la habitación los muebles y las cortinas, cubrieron el piso con plástico, lavaron las paredes y rellenaron los agujeros de los clavos donde había habido fotografías colgadas. Annie y Susan empezaron a pasar el rodillo con la primera capa de esmalte satinado a base de agua color rosado mientras Corban y Sam se sentaron a descansar y a reabastecerse en la cocina.

—¿Cómo va progresando tu ensayo? —Sam se levantó para servirse una segunda taza de café negro.

—No avanza.

Sam lo miró.

—¿Cuál es el problema?

Corban se encogió de hombros.

—Perdí el impulso, supongo. —Seguía al día en las otras asignaturas, pero el proyecto del profesor Webster estaba zozobrando. Cada vez que se sentaba a transcribir sus anotaciones a su computadora se daba cuenta que solo podía quedarse mirando la pantalla en blanco—. Tengo otras cosas en la mente.

Para empezar, el asesinato de su primer, y quizás único, hijo consumía sus pensamientos.

El departamento estaba silencioso, ahora que Ruth se había ido, aunque su partida no le molestaba. Era la culpa lo que lo mantenía confundido. Parecía que no importaba que él se hubiera opuesto a que Ruth se hiciera un aborto; seguía sintiendo que él también era culpable por la muerte de su hijo. Debería haber habido algo que él pudiera haber hecho para impedir que ella siguiera adelante con su objetivo. Debería haber habido algo que él pudiera haber dicho para que ella cambiara su decisión.

¿El bebé era un hijo o una hija?

Se llenó de desesperación.

Sam se sentó a la mesa con él.

—Parece que algo te está preocupando.

Corban torció la boca con una sonrisa amarga.

—Un montón de cosas me preocupan.

—Mientras que Annie no sea una de ellas...

—¿Ustedes dos son pareja? —dijo Corban levantando las cejas. Sam parecía ser muy mundano para ella.

—No, pero estoy trabajando en eso. Solo pensé que tenía que aclarar las cosas.

—Entonces, yo también voy a aclarar las cosas. Me gusta Annie. Me gusta mucho. Se podría decir que me atrae de muchas maneras, además de lo físico. ¿Tienes algún problema con eso?

La expresión de Sam era enigmática.

—Una mujer debería ser suficiente para cualquier hombre.

—Estoy de acuerdo.

—Tengo entendido que estás en una relación seria.

—Ya no.

Los ojos de Sam pestañearon y contempló a Corban durante un largo momento. Después sonrió ligeramente y alzó su taza.

—Que gane el mejor.

Corban no tenía duda de que el ganador sería Sam Carter.



Annie había sabido todo el día que algo estaba perturbando a Corban, pero no había tenido la oportunidad de sentarse y hablar con él. Había demasiado por hacer y muy poco tiempo para terminar de hacerlo. A última hora de la tarde, cuando dijo que se iba, ella lo siguió a la puerta y le dio las gracias por toda su ayuda. Él parecía muy preocupado, muy deprimido. Ella estaba profundamente preocupada por él.

—¿Estás bien, Corban?

—Sobreviviré. —Le dirigió una sonrisa autocrítica—. ¿Puedo hablar contigo un minuto? —Levantó la vista hacia Sam, que estaba parado en la puerta de la cocina, observándolos—. Afuera.

Lo siguió afuera, cerró la puerta delantera detrás de sí y se quedó parada en el porche delantero, esperando que él dijera lo que necesitara sacar.

Él se pasó una mano por la nuca.

—No sé cómo pedirte esto sin sonar como un completo tonto.

—Solo pídelo, Corban. —Estaba bastante segura de que ya sabía de qué se trataba.

—Me gustaría seguir con esto, Annie. Me gustaría saber cómo resulta todo.

—¿Para tu ensayo?

—En parte. —Hizo una mueca.

Ella vio que sus ojos estaban húmedos.

—Está bien, Corban. Puedes admitir que la abuelita Leota te importa. No te respetaré menos porque te hayas involucrado personalmente con el objeto de tu ensayo. —Sonrió.

Él asintió y no dijo nada por un momento.

—Espero que se recupere, Annie. —Su voz sonó áspera—. De verdad. Espero que le queden muchos años por delante...

—Así será. Ella no se rinde fácilmente.

—Tú tendrás que enfrentar la artillería pesada, y apenas tienes dieciocho años.

El corazón de ella se enterneció hacia él porque era cariñoso. Él no quería que le importara, pero no podía evitarlo. Eso hablaba muy bien del alma de este joven.

—Mi abuelita deslizó algunas cartas bajo mi manga. Y yo creo que estoy haciendo lo que el Señor quiere que haga. Teniendo a Dios de mi lado, ¿quién puede ponerse en mi contra?

—Nunca conocí a nadie tan ingenua como tú, Annie. —Él negó con la cabeza.

Ella apoyó la mano sobre su hombro.

—El viernes hablé con el doctor y dijo que se reunirá conmigo, con mi madre y con mi tío el martes en la mañana. La trabajadora social y el fisioterapeuta también estarán presentes. ¿Te gustaría ir a apoyarme?

—Sería un honor para mí.

—A las once. En el salón de conferencias del tercer piso. Te veré en el vestíbulo a las diez y cuarenta y cinco.

—Ahí estaré.

Esperó para hacerle adiós con la mano hasta que vio su carro alejándose del bordillo de la acera. Corban Solsek había cambiado mucho en las últimas dos semanas. Y, definitivamente, había mejorado.

Abrió la puerta y volvió a entrar a la casa. Sam estaba parado en medio de la sala con los pulgares enganchados en las trabillas de su cinturón, mirándola.

—Estaba invitándote a salir, ¿verdad?

¿Corban? ¿Invitándola a salir?

—No. Solo estábamos hablando de la abuela. Él quiere estar en el hospital cuando tengamos la reunión familiar con el doctor, el martes. Como ha accedido a seguir viniendo los miércoles para ser mi relevo temporal, pensé que sería una buena idea contar con él para que me apoye.

—¿Habrías salido con él si te hubiera invitado?

—Tiene novia, Sam.

—Se separaron.

—Oh. —Sam estaba atento a su rostro, evaluando su reacción. Los celos no le quedaban bien.

—Con razón parecía preocupado hoy. ¿Dijo si es posible que vuelvan a estar juntos?

—No, pero lo dudo —dijo él, sombríamente.

—Corban es un amigo, Sam. Lo mismo que tú. Un amigo muy querido.

—Yo quiero ser algo más que eso.

Ay, Señor, ¿cómo se lo hago entender?

Susi salió de la cocina y la rescató de tener que hacer el intento.

—¿Acaso escuché que Corban está disponible? ¡Buenísimo! —Le sonrió a Annie—. Intercede por mí, ¿quieres? —Le dio un empujoncito a su hermano—. No tengo que preguntar si cuento con tu bendición, ¿verdad? Cualquier cosa, con tal de librarte de la competencia. Vamos, hermano. Será mejor que nos vayamos. —Besó a Annie en la mejilla—. Guardé el resto de los sándwiches. Hiciste suficientes como para un ejército. Este fin de semana nos quedaremos en la casa de mami y papi, así que podemos volver mañana y ayudarte a meter todo en el dormitorio. Papi dijo que vendrá cuando estés lista e instalará el poste junto a la cama y las barras laterales en el baño.

—Lo llamaré. Creo que estaré lista el lunes para los últimos detalles.

Sam le tomó la mano y la llevó con él a la puerta. Susi ya estaba afuera y había bajado los escalones. Sam le levantó el mentón.

—Llama si necesitas algo, Annie.

Cuando bajó la cabeza para besarla, ella giró su rostro unos centímetros para que los labios de él se apoyaran sobre su mejilla. Aun así, su corazón dio un pequeño salto. Sam la agitaba, no había manera de negarlo. Pero ni siquiera la atracción física podía distraerla de su llamado. Y lo último que quería hacer era darle falsas esperanzas a Sam.

Sam retrocedió y sonrió con tristeza. Le pasó un dedo por la mejilla.

—No me rindo tan fácilmente.

—No quiero hacerte sufrir, Sam.

—Ya estoy sufriendo, Annie. Quizás me vendría bien. Una experiencia para crecer.

Cerró la puerta suavemente cuando él salió.

Señor, ¿cómo podemos estar los dos tan seguros de nuestros sentimientos y discrepar tanto?

Volviendo a enfocarse en el trabajo que tenía que hacer, Annie regresó al dormitorio. Pasó las horas siguientes pintando los alféizares de blanco brillante. Cuando terminó, quitó la cinta y dobló el plástico que cubría el piso. Trabajó hasta altas horas de la noche, limpiando y puliendo el piso de madera. Era hermoso y le daba pena tener que cubrirlo, pero era demasiado resbaladizo para la abuela. Annie había comprado una encantadora alfombra rosada en una venta

de garaje. La arrastró hasta el dormitorio y la desenrolló con cuidado. Medía un metro veinte por un metro ochenta centímetros y dejaba a la vista un buen espacio del piso de madera a lo largo de las cuatro paredes.

Sam había quitado las barras de las cortinas de las ventanas delanteras y del costado. Annie colocó en su lugar barras dobles y colgó unas cortinas transparentes de encaje. La habitación era suficientemente alta para que nadie pudiera mirar hacia adentro si no se subía a una escalera, y el farol de la calle estaba lo suficientemente lejos para no inundar el cuarto con su intensa luz.

Parada en medio del dormitorio, miró alrededor imaginando cómo se vería con los muebles de vuelta en su lugar, los pocos cuadros colgados de nuevo y la cama hecha. Annie desearía tener el tiempo y el dinero para empapelarlo. Su abuela pasaría muchas horas en este dormitorio. Debería ser especial, causarle placer y comodidad.

Le vino una inspiración repentina y sonrió.

Salió a buscar la escalera y regresó al cuarto. Buscó sus materiales de arte y se puso a trabajar. No terminaría esta noche, pero podría tener un buen comienzo y continuar después, si el tiempo lo permitía.



Nora llegó a la sala de conferencias y vio a Annie sentada a la mesa, y a Corban Solsek junto a ella. Jorge acababa de tomar asiento y estaba aflojándose la corbata. La trabajadora social y el fisioterapeuta conversaban en voz baja entre ellos y revisaban un expediente. Nora sintió que la mano de Fred se apoyó suavemente sobre su espalda, no empujándola para que avanzara, sino recordándole que él estaba presente. Llenó de aire sus pulmones, enderezó los hombros y entró en la sala.

Notó que Annie no la miró. Corban sí lo hizo, aunque con frialdad. Las líneas de combate estaban trazándose. Nora se preguntó si tendrían relaciones íntimas. El joven mostró un aire protector cuando la miró, desafiante, y se inclinó hacia Annie.

—Nos alegra que haya llegado, señora Gaines —dijo la trabajadora social—. Señor Gaines. —Le tendió la mano a Fred. Nora no podía recordar el nombre de la mujer—. Por favor, tomen asiento y póngase cómodos. El doctor Patterson estará aquí en un momento.

Nora quería preguntar por qué Corban estaba presente. Él no era de la familia. ¿Qué derecho tenía a estar aquí? Apretó fuerte las manos debajo del borde de la mesa, donde nadie pudiera verlas, y guardó silencio. Fred estiró el brazo y metió su mano entre las de ella. Era un toque afectuoso, amable, tranquilizador.

—Fui a ver a madre —dijo Jorge—. Tiene un mejor color.

El fisioterapeuta asintió.

—Ha tenido varios días buenos. Hemos observado una mejoría notable.

Nora no sabía si eran buenas noticias o no. De cualquier modo, su madre ciertamente no estaba en condiciones de irse a casa.

El doctor Patterson entró a la sala, totalmente serio, mostrando claramente que no le sobraba el tiempo.

—¿Están todos presentes?

—¿Vendrá Jeanne? —dijo Nora, mirando a su hermano.

—Dijo que la decisión sobre nuestra madre depende de ti y de mí.

—Y de mí —dijo Annie en voz baja.

Nora le lanzó una mirada a su hija, esperando que Annie captara la indirecta y no causara ningún problema haciendo pedidos irracionales y conmovedores a esta altura. Ella y Jorge ya habían discutido todos los detalles por teléfono. Le sorprendía que Jeanne no estuviera presente. Le parecía que su ausencia era un mensaje claro de que no apoyaba la decisión de ellos.

El doctor Patterson repasó rápidamente el estado de Leota: derrame cerebral, parálisis parcial, habla afectada, incontinencia. Cierta mejoría en los últimos días, pero con una larga convalecencia por delante y la posibilidad de otro infarto. El fisioterapeuta habló del estado físico de Leota, atrofia en determinados músculos, indicios de malnutrición y presencia de artritis. Una enfermera se había unido a la reunión en ese momento y habló del estado mental y emocional de Leota.

—Pareciera que la mayor parte del tiempo entiende lo que sucede alrededor de ella.

Nora observó que los ojos de Annie estaban llenos de lágrimas, pero su hija no hizo ninguna pregunta. Se limitó a quedarse sentada y escuchar, absorbiendo todo lo que decían.

—Recomendamos un hospital de convalecencia —dijo el doctor Patterson.

Annie lo miró.

—¿Qué diría de que fuera atendida en su casa?

—No seas ridícula, Annie —dijo Nora, horrorizada por la idea—. ¿No escuchaste ni una

palabra de lo que dijo el doctor? Ella no va a mejorar mucho. Hay una alta probabilidad de que le dé otro derrame.

—La mayor parte de los gastos del hospital de convalecencia estaría cubierta por el seguro médico —dijo Jorge.

—Creo que la abuelita preferiría estar en su casa.

—Bueno, yo no puedo cuidarla. —Nora no podía creer que Annie intentara hacerla sentir culpable por dejar a Leota en un asilo de ancianos—. Yo tengo mi propia vida para vivir, y Jorge, igual. Tiene un negocio que atender, y yo también tengo responsabilidades.

—¡Es tu madre! —Los ojos de Annie estaban muy abiertos y fríos—. ¿Cómo puedes pensar siquiera en despacharla a alguna parte y dejar que unos desconocidos se ocupen de ella?

El labio de Nora tembló ante la mirada acusatoria en el rostro de su hija.

—¿Qué sabes tú de nada? Estoy haciendo lo mejor que puedo. ¿Por qué debería renunciar a mi vida para cuidarla? Tengo derecho a un poco de felicidad.

El rostro de Corban Solsek se puso pálido y tenso. Ella nunca había visto esa expresión en la cara de un hombre. Le dirigió una mirada fulminante.

—No me mire así. ¿Qué tiene usted que ver con esto? ¿Con qué derecho está aquí?

La respuesta de Annie fue rápida y segura:

—Yo le pedí que viniera. Tengo algo que decir.

—¡No tienes nada que decir sobre esta cuestión! —Nora sentía como si estuviera ahogándose en su propia indignación—. Jorge y yo somos sus hijos y nosotros tenemos que decidir.

El doctor Patterson levantó las manos.

—Estas reuniones siempre son muy sensibles. Tratemos de calmarnos un minuto y discutamos este tema con racionalidad.

Annie levantó una mano. Nora la miró con furia.

—Annie, baja la mano. No estamos en un salón de clases.

—¿Podría hablar sin ser interrumpida? —dijo Annie.

—No hace falta que seas sarcástica.

Corban se inclinó hacia adelante.

—No estaba siendo sarcástica. Estaba pidiendo amablemente que se calle y escuche.

—Corban... —Annie puso su mano sobre el brazo de él, quien se echó hacia atrás y masculló una disculpa.

—¡Quiero que salga de aquí! —dijo Nora, con el rostro enrojecido—. ¡Ahora!

—Sería mejor, Annie —dijo Fred en voz baja.

Corban miró a Annie. Ella asintió y le susurró algo al oído. Él se levantó de su asiento y salió de la sala.

—Ahora, ¿puedo hablar? —dijo tranquilamente.

—Esto no es más que una pérdida de tiempo. —Jorge miró su reloj—. Tengo que estar de regreso en el trabajo a la una. Tengo una cita importante.

—Seré breve. —Los ojos de Annie estaban oscuros ahora—. Llevaré a la abuelita a casa.

Nora sintió súbitamente que se desvanecía todo el calor de su cuerpo.

—No puedes hacer algo así. ¡Qué ideas más absurdas tienes!

—Puedo, madre, y lo haré.

Nora vio la determinación en el semblante de su hija.

—Estás haciendo todo esto en una especie de esfuerzo retorcido para hacerme sentir culpable.

—No, no es así.

Todos se pusieron a hablar al mismo tiempo, protestando, todos enfocados en Annie, quien parecía impasible a cualquier argumento.

—Basta. —El doctor Patterson levantó la mano para pedir silencio nuevamente—. Señorita Gardner... —dijo con una paciencia forzada—. Usted tiene... ¿cuánto, dieciséis... diecisiete?

—Dieciocho, y soy adulta, doctor Patterson.

—Dieciocho, y no tiene idea de lo que está proponiendo.

—No lo estoy proponiendo, señor. Estoy informándoles mi decisión.

Nora protestó y Jorge se unió a ella. Incluso la trabajadora social y el fisioterapeuta unieron fuerzas.

Annie los miró a todos, su mirada decidida.

—Tengo un poder legal.

—¿Qué? —Jorge por poco saltó de su silla—. ¿Qué acabas de decir? —Nora nunca lo había visto tan alterado.

—Tengo un poder legal —volvió a decir Annie—. Ya me mudé a la casa.

Nora le clavó la mirada.

—¿Y qué hay del Instituto de Bellas Artes?

—Lo dejé. Al día siguiente que llevaron a la abuela al hospital. Estoy viviendo en su casa y preparándola. Limpiando, pintando, moviendo los muebles, comprando suministros. He recibido mucha ayuda. Susan, Sam, Corban. La madre de Susan vino a la casa y me dijo lo que necesitaba hacer para que la casa esté lista para la atención a largo plazo. También me dio una capacitación. RCP y ese tipo de cosas. Además, me entregó una larga lista de auxiliares de enfermería, agencias de asistencia a domicilio y programas estatales.

—¿Auxiliares de enfermería, agencias de asistencia a domicilio? —Jorge hablaba en un tono completamente exasperado.

Annie continuó empecinadamente:

—Tom Carter vino e instaló unas barras de apoyo en el baño y otra en el dormitorio. También construyó una rampa para una silla de ruedas que puedo colocar sobre los escalones en la parte de atrás. Corban aceptó venir los miércoles a relevarme para que yo pueda ir a hacer las compras y otras cosas. Todo está listo.

—¿Quién está pagando por todo esto? —Los ojos de Jorge se endurecieron.

—La abuela y yo. Ella añadió mi nombre a su cuenta corriente, y yo tengo algunos ahorros.

—¡Ese dinero no es tuyo para que lo gastes! —Ahora, Jorge estaba evidentemente enojado—. ¡Nora, por el amor de Dios, haz algo al respecto!

—Anne-Lynn, no tienes ningún derecho.

Annie se puso de pie.

—¡Tengo todo el derecho del mundo! Parece que soy la única persona en esta sala que la ama. —Las lágrimas se desbordaron de sus ojos—. Les guste o no, así serán las cosas. La abuelita dejó la decisión en mis manos. ¡Gracias a Dios que así fue!

—¡Madre no cobra lo suficiente del Seguro Social para pagar cuidados adicionales! —dijo Jorge, levantándose también—. ¿De dónde sacarás el dinero para brindarle todos esos cuidados privados tan costosos?

—Puede que no llegue a ser necesario todo eso, tío Jorge. Solo estaba diciendo si llegara a ser necesario.

—Si tienes pensado hacer todo esto tú misma, será necesario casi de inmediato —intervino la trabajadora social.

—Entonces analizaré la posibilidad de venderle la casa a un banco que pagará cuotas mensuales suficientemente importantes como para cubrir...

Jorge explotó.

—¡Tu madre y yo no nos quedaremos sentados de brazos cruzados, dejando que gastes cada centavo de nuestra herencia!

Annie le clavó los ojos. Luego, desvió la mirada hasta que se enfrentó con la de su madre. Nora sintió que el calor subía desde las plantas de sus pies hasta la coronilla. ¿Cómo pudo Jorge decirlo de esa manera? Sonó tan horroroso. ¿Qué podría decir ella ahora para explicarlo de manera que sonara mejor?

—Tu tío Jorge no quiso decirlo como sonó, Anne-Lynn. Solo quiere decir que madre trabajó todos esos años y aportó su dinero para el Seguro Social y para los impuestos. Lo justo sería que el gobierno pagara ahora los gastos de su cuidado. Y pagaría la parte más sustancial si ella...

—No. —El rostro de Annie estaba pálido—. ¡No!

—Esto no nos está llevando a ninguna parte. —El doctor Patterson estaba claramente irritado —. Necesitamos ser razonables y cooperativos. —Nora se daba cuenta de que estaba del lado de ellos. ¿Por qué no se sentía bien con eso?

—La decisión está tomada, doctor Patterson. —Annie sonaba muy formal—. Tengo una copia del poder legal. Si quiere hablar con mi abogado, se puede arreglar. Ya que usted recomendó trasladar a la abuelita Leota a un centro de cuidado lo antes posible, me gustaría llevarla a casa conmigo. Hoy. De hecho, tan pronto como usted pueda ordenarlo.

En el instante en que ella mencionó al abogado, el doctor Patterson se puso rígido.

—Como lo desee —dijo y abandonó la sala con un aire de desdén. Los demás se quedaron callados, avergonzados.

—Anne-Lynn, no lo hagas. —Nora no pudo evitar que le temblara la voz.

—Ya está hecho, madre. —Annie se veía muy pálida... y triste. Volvió a mirar a Nora, que estaba obviamente muy afligida; luego, a Jorge—. Que Dios los perdone a los dos. —Volvió a empujar la silla hacia la mesa y salió de la sala.

Nora cerró los ojos.

—¿Vas a dejar que se salga con la suya en esto? —Jorge se quitó la corbata de un tirón.

—Creo que ninguno de los dos puede hacer algo al respecto. —Fred habló tranquila y equitativamente—. Si Annie puede demostrar que tiene un poder legal, tiene el derecho legal a tomar la decisión por Leota.

Jorge soltó una grosería.

—Será mejor que hables con ella, Nora. Convéncela de que no lo haga. —Se fue ofendido de la sala. Los demás lo siguieron en silencio.

Nora se quedó sentada, incapaz de moverse. Sin poder pensar.

¿Qué acababa de suceder?

Fred se inclinó hacia ella.

—¿Estás bien?

Su boca tembló.

—No. —Fue lo único que logró decir sin desmoronarse completamente.



Leota se conmovió al ver a Corban. No esperaba que él fuera quien ayudara a Annie a sacarla del hospital. La levantó de la silla de ruedas y la colocó cuidadosamente en el asiento delantero del carro de Annie. Ella quiso darle las gracias, pero lo único que pudo hacer fue darle una palmadita en la mejilla. Y llorar.

—Lo lamento, Leota —dijo, y ella se preguntó a qué se refería. Se quedó hasta que Annie empujó la silla hasta atrás del carro y abrió el baúl. Él se cruzó con la mirada de Leota—. Estaba equivocado en todo. —Le besó la frente, le puso el cinturón de seguridad y cerró la puerta. Ella sintió cómo rebotó el carro cuando él metió la silla de ruedas en el baúl; luego, Annie se metió en el asiento a su costado. Estaba sonriendo alegremente, con los ojos resplandecientes.

—Bueno, estamos camino a casa, abuelita. Espero que te agraden los cambios que he hecho. Por supuesto, tendremos que hacer algunos más sobre la marcha. —Arrancó el carro e hizo una pausa de unos segundos para inclinarse hacia ella y darle un beso en la mejilla—. Te amo, abuelita.

—Yo también te amo —dijo Leota, aunque no sonó igual—. Te amo mucho, mucho. —Luego, siguió llorando durante todo el camino hasta su casa.

Corban había llegado antes que ellas, en su propio carro.

—Olvídate de la silla de ruedas, Annie —dijo él, abriendo la puerta de Leota e inclinándose para desabrochar el cinturón de seguridad. Tomó en brazos a Leota y la levantó con cuidado—. Yo regresaré por ella.

—Así que estás tratando de impresionar a mi nieta —dijo Leota entre risitas. Él no entendió una palabra de lo que dijo, pero sonrió ligeramente, como si adivinara lo que podía estar diciendo. La cargó por los escalones del frente, esperó que Annie abriera la puerta y la ubicó suavemente en su viejo reclinable.

Oh, Señor, qué bueno es estar en mi propia casa. Ella sonrió, sintiendo que el costado izquierdo de su boca subía. Annie estaba radiante. Nunca nadie le había parecido más bella a Leota. Podía ver el brillo de Jesús reluciendo en la muchacha.

Corban fue al carro de Annie a traer la silla de ruedas.

Annie la miró.

—Estaremos muy bien juntas, abuelita. Ya me mudé al otro dormitorio. La madre de Susan ha estado trabajando conmigo en los aspectos del cuidado.

Leota sintió el olor a pintura fresca. Hacía años que la sala no se veía tan limpia y pulcra. La madera de su mesa lateral brillaba. La alfombra había sido lavada con champú y aspirada. Los vidrios estaban limpios. No solo el que Corban había limpiado la primera vez que vino, sino todos. Conociendo a Annie, Leota imaginó que todas las ventanas estaban tan limpias que parecían abiertas al mundo exterior.

«Te amo, abuelita», vociferó Bernabé y sacudió la cabeza arriba y abajo, caminando de un lado a otro en su percha.

Leota se rio entre dientes.

No solo sentía el olor a la pintura fresca; también olía que algo maravilloso estaba cocinándose. Por primera vez desde que la habían llevado al hospital, se sentía hambrienta.

Corban se acercó para tocar el brazo de Annie.

—¿Hay algo que pueda hacer antes de irme?

—Puedes quedarte y cenar con nosotras.

—Esta noche no, Annie. ¿Me das un vale para otra noche? Regresaré mañana. ¿Qué te parece si lo cobro entonces?

Annie lo acompañó a la puerta. Entró a la cocina silbando alegremente. Cuando todo estuvo listo para la cena, regresó y ayudó a su abuela a sentarse en la silla de ruedas. En la cocina, Leota pudo ver directamente hacia el jardín por los vidrios recientemente lavados, donde las hojas habían sido rastrilladas y las plantas habían sido podadas y recortadas nuevamente. A simple vista, se notaba que Annie había estado ocupada, hasta en el detalle de conseguir unos cubiertos especiales para ella. El mango de la cuchara era curvo para facilitarle comer sin ayuda. Annie la observó mientras maniobraba con la comida, pero no interfirió.

La noche estuvo llena de primicias y cada obstáculo fue vencido con éxito. Leota estaba conmovida por la ternura de Annie. Annie no pareció sentir la mínima vergüenza cuando la ayudó con los aspectos más personales de su cuidado. Leota se sentía tan cansada que no le quedaban fuerzas para cuando Annie la ayudó a ponerse el camisón y meterse en su propia y maravillosamente conocida cama. No fue hasta que Leota estuvo acostada de espaldas que vio las paredes rosadas y las molduras blancas, las cortinas de encaje y el alto helecho en una maceta. Cuando se relajó sobre su propia almohada, vio que Annie había pintado palabras con una caligrafía bellísima, que encendía dulces recuerdos en rosa: Castillos de arena. Baños de espuma. Jehová Roi. Besos. Tomados de las manos. El Shaddai. Bailar. Música. Sabores. Cometas volando. Películas viejas. Caminatas al aire libre. Amigos. Buenos sueños. Arcoíris. Cristo el Señor. Guerras de almohadas. Colchones de plumas. Conchas de mar. Jesús. Animales. Canto de las aves.

Leota leyó hasta que Annie se inclinó, le dio un beso de buenas noches y apagó la luz.

Y entonces vio en el techo las estrellas fluorescentes que Annie había pegado allí. Leota se quedó dormida, imaginando que se quedaba mirando el cielo estrellado desde una reposera en su jardín.

CAPÍTULO 21

LEOTA ESTABA SENTADA EN SU SILLA de ruedas, afuera en el patiecito. Annie había tenido la precaución de envolverla bien con una manta calientita y suave y un gorro de lana que le cubría las orejas. Tenía las manos protegidas por unos guantes de cuero con forro de lana. Annie incluso había llegado al extremo de calentar en el microondas una almohadilla chata que había rellenado con arroz y semillas. Descansaba, tibia, sobre los hombros de Leota y contra su espalda, y olía a lavanda.

Su respiración expulsaba vapor en el frío aire de la tarde. Le gustaba la sensación del aire cortante en su piel y podía ver el resultado de este en el rubor de las mejillas de Annie y en la punta roja de su nariz. Leota había ansiado estar afuera y, recién esta mañana, Annie había entendido lo que le estaba diciendo.

El jardín estaba apagándose para el sueño invernal. Dos cosas estaban llegando a su momento de gloria con la llegada de la época navideña: el acebo y los espinos de fuego. Tan pronto sus bayas estuvieran completamente maduras, los pájaros vendrían y se darían un festín. Siempre le había asombrado a Leota cómo sabían el día exacto, como si hubieran recibido invitaciones para una fiesta. Revoloteaban sobre los arbustos, comían hasta saciarse y partían aleteando como marineros borrachos que volvían a su barco.

En enero florecerían el brezo lavanda y las iberis amara blancas. En febrero se despertaría el ciruelo, y marzo haría nacer los pimpollos de los narcisos y las flores de luna. Las lilas y los copetes de azúcar de abril florecerían con los rododendros rosados y rojo sangre, los jacintos de los bosques y el manzano en el jardín de la victoria. A medida que el clima se volviera más cálido, los diminutos iris versicolor surgirían entre las matas salvajes de blancos alisos de mar y verbenas. Las rosas, las dalias, las margaritas blancas, las rudbeckias y las caléndulas florecerían desde fines de la primavera hasta principios del otoño.

Leota podía verlas. Sabía exactamente dónde había plantado cada cosa y, con los tiernos cuidados de Annie, el jardín volvería a florecer. Aquí y allá podía ver los toques singulares de Annie. Las graciosas bolas de boliche que parecían huevos de dinosaurio; la escultura de metal, ahora con destellos luminosos como las estrellas; el viejo balde de lavado y la carretilla que servían como macetas. Podía imaginarlos derramando color cuando llegara la primavera.

En este mundo de filosofías de la Nueva Era y desajustes climáticos como los de El Niño, de los juegos de azar que abundaban en tantos estados, de drogas, aborto, crimen, derechos para los homosexuales y la eutanasia, aún había un oasis.

Leota sabía que el Señor estaba con ella dondequiera que fuera, aun en ese hospital deprimente, pero aquí era donde siempre había sentido más su presencia. ¿Es porque todas las cosas más importantes sucedieron en un jardín, Señor? El hombre cayó en el jardín. Tú enseñaste en un huerto. Oraste apasionadamente en un jardín. Fuiste traicionado en un jardín. Resucitaste en un jardín. Amo este lugar porque cuando me siento aquí afuera, veo la maravilla de Tu creación. Siento el olor de la tierra y el aire perfumado por las flores, que me tranquilizan. Me recuerda que Tu mano está en todas las cosas. Pues yo escuché la voz del Señor en el jardín, llamándome.

Instruye a Annie, Señor. Enséñale como me enseñaste a mí.

No bastaba con amar las flores. Annie tendría que odiar la maleza que pretendía ahogar la vida que había en ellas. Tendría que ablandar la tierra y plantar las semillas para poder observar cómo el Padre suscitaba el crecimiento. Tendría que arrancar las ramas que morían. A veces, era necesaria una poda severa para hacer que el fruto naciera y para que otros pudieran participar. Oh, Padre, ¿se dará cuenta de que un jardín es color y proporción, ritmo y líneas, equilibrio y enfoque? ¿Llegará a comprender que algunos somos amapolas que florecen atrevidas y por corto tiempo? Otros son enredaderas ornamentales, flores de la pasión o floripondios. Y aún otros son sencillos lirios violetas y alhelíes. Pero todos estamos en el jardín porque así lo diseñaste, todos estamos aquí para proclamar la gloria de Tu nombre. Ah, Padre Dios, enséñale a Annie que el jardín es para compartir, para meditar en Tu Palabra, para practicar la fe y para experimentar el incomparable gozo de Tu gracia.

Cerró los ojos e imaginó los aromas de los tallos, los jacintos, las salvias, las celindas, las gardenias, el jazmín estrella, las madreselvas...

Oh, Señor, que mi vida tenga un perfume fragante, que sea un sacrificio reconfortante para Ti. Ah, que este páramo de anciana pueda florecer y llevarte un ramillete en flor.

—He decidido que, este año, plantaré un huerto de vegetales, abuelita —dijo Annie desde donde estaba trabajando—. Nuestra primera cosecha será este verano. Maíz dulce, frijoles, zanahorias, guisantes, cebollas...

Leota saboreaba cada momento, observando a su nieta que cuidaba el jardín que ella había amado durante tantos años. Ahora sabía que el jardín no moriría.



Corban estaba parado en el pasillo, junto a la puerta de la oficina del profesor Webster, cuando vio que el corpulento profesor se aproximaba. Los ojos oscuros lo miraron directamente, sin rastro alguno de emoción.

—Necesito hablarle, profesor. ¿Sería conveniente ahora, o debería pedir una cita?

—Ahora estaría bien —dijo el profesor Webster abriendo la cerradura y empujando la puerta para abrirla. Entró y dejó la puerta abierta por completo para Corban. Cuando Corban pasó, vio lo que parecía ser un caos. Las estanterías estaban atiborradas de libros y había más apilados en el suelo. Los archivos y los ensayos saturaban el escritorio del profesor, dejando apenas un espacio pequeño para trabajar. Sobre un soporte que estaba en un rincón había una vieja máquina eléctrica de escribir. Pero Corban sabía que las apariencias podían resultar engañosas: el profesor Webster conocía su asignatura.

—¿Cómo le va con su ensayo, señor Solsek?

—De eso me gustaría hablarle, señor.

—Siéntese. —El profesor puso su maletín en el piso y ocupó su silla detrás del escritorio. Se quitó los anteojos y los limpió—. Adelante. Lo escucho.

—El ensayo está en la basura, señor. Dado que no tengo tiempo para empezar otro, me gustaría darme de baja de la clase.

—Es demasiado tarde para eso.

Corban se lo había imaginado. No obstante, su estómago dio un vuelco. Había trabajado mucho para mantener su posición. Esto le costaría caro, pero sabía que era correcto y justo. Cualquiera con dos dedos de frente no pediría piedad en una universidad de esta envergadura. La competencia no lo permitía.

—Me parece justo, señor. Aceptaré la peor nota. Si me lo permite, me gustaría asistir a las clases hasta que termine el trimestre. —Todavía tenía mucho que aprender.

El profesor Webster volvió a colocarse los anteojos.

—¿Cuál es el problema con el ensayo que comenzó?

Corban pudo sentir que el calor subía de su cuello a su rostro. Exhaló lentamente.

—Estaba en la senda equivocada.

—¿La senda equivocada?

—Uno empieza por las residencias para adultos mayores por los que nadie se preocupa y de los que sería muy fácil deshacerse. Por muy bueno que parezca en teoría, la conclusión es que hay demasiado control estatal y es muy tentador dar soluciones fáciles a las dificultades a largo plazo. Todo el mundo se queja de los impuestos y exige alivio, así que los primeros en ser sacrificados son los que menos pueden defenderse. Hoy en día, son los no nacidos. Yo no quiero ser parte de los que facilitan deshacerse de los ancianos tampoco.

—¿Una sola anciana le enseñó esto?

—Leota Reinhardt trató de enseñarme, señor, pero yo estaba sordo a lo que ella decía. Tuvieron que aparecer otras dos mujeres que me enfrentaron para que lo viera claramente. —Ruth Coldwell y Nora Gaines. Nunca llegaron a conocerse, pero tenían mucho en común.

El profesor Webster se reclinó hacia atrás en su silla.

—Aquí tenemos una población estudiantil de jóvenes brillantes. He tenido alumnos que llegaron todos engreídos como pavos reales, pensando que sus buenas calificaciones y su puntaje en el examen de admisión los hacía especiales. Eran tan vanidosos que creían que sabían más que cualquier otra persona, incluso más que los doctores con veinte años de experiencia a

cuestas.

El rostro de Corban se encendió. Sabía que precisamente él merecía una reprimenda.

—Le pido disculpas, señor. He sido un tonto. —Empezó a ponerse de pie.

—Siéntese, señor Solsek. Aún no he terminado.

Con un sentimiento de desazón, Corban se sentó a la espera de lo que tuviera que decirle.

—En todos mis años de enseñanza, señor Solsek, puedo contar con los dedos de una mano a los alumnos que tuvieron la valentía de reconocer que se habían equivocado y aceptaron una F sin protestar.

Una extraña efusión embargó a Corban al escuchar las palabras del profesor.

—Gracias, señor.

—Es bienvenido a asistir a mi clase. Le pondré «Incompleto», con la condición de que se inscriba en mi asignatura el próximo semestre. ¿De acuerdo? —El profesor se levantó y le tendió la mano.

Corban se quedó mirándolo un instante, no del todo seguro de lo que acababa de suceder. Después, se levantó de un salto y le dio la mano al profesor.

—¡De acuerdo, señor! Y muchas gracias.

El profesor le soltó la mano y sonrió.

—Me interesará ver qué se le ocurre la próxima vez.



Nora no había hablado con Anne-Lynn durante diez días, desde la conversación telefónica que tuvieron dos días después de que su madre salió del hospital y se fue a su casa.

—¿Te gustaría ayudarme, madre? —le había dicho Anne-Lynn—. Una tarde por semana haría una gran diferencia.

—Y si yo aceptara, lo único que estaría haciendo sería alentarte a que continuaras con esta locura.

—Esto es lo que quiero hacer.

—Ah, ¿entonces querías dejar el instituto de arte, mudarte lejos de tus amigos y renunciar a salir con alguien? ¿Quieres que tu vida se reduzca a cuidar de una anciana día y noche mientras viva? ¿Tú quieres eso?

—Mamá, ¿qué mejor manera hay de pasar mi tiempo que amando a la abuelita Leota?

Nora estuvo a punto de decir: «Podrías amarme a mí», pero algo la contuvo. Tal vez fue el recuerdo de la mirada en el rostro de Anne-Lynn cuando Jorge la acusó de despilfarrar la herencia de ellos.

Ahora, había transcurrido más de una semana desde la conversación telefónica con su hija. Seguramente, Anne-Lynn había tenido más tiempo para pensar las cosas y darse cuenta en lo que se había metido. Nora marcó el número de su madre y esperó. A los dos timbres, escuchó la voz de Annie, saludándola con un alegre: «¡Hola!».

—Anne-Lynn, habla tu madre. Quiero...

«Disculpe, pero no podemos atenderlo en este momento. Por favor, deje un mensaje, que se lo devolveremos tan pronto podamos. ¡Gracias!».

Un contestador automático. Una nueva incorporación. Nora escuchó, deliberando si dejar un mensaje o no.

—Habla tu madre, Anne-Lynn. Solo llamaba para ver cómo estás. —Apretó un poco más el auricular del teléfono—. ¿Cómo les va a ustedes dos? —No pudo agregar un sincero «Espero que bien». Incapaz de pensar en otra cosa que decir, alejó el teléfono y apretó la tecla para cortar. Suspirando apesadumbrada, apoyó el teléfono sobre su corazón dolido por un momento y, luego, lo puso con cuidado en la horquilla. Tenía algunos mandados que hacer antes de ir al almuerzo de la Sociedad Literaria de Mujeres Universitarias. Y todavía debía ir de compras para Navidad.

Navidad. Cómo odiaba la Navidad.

¿La llamaría Michael este año?

¿Llamaste tú a Leota el año pasado?

No pudo escapar del pasado por el resto del día. Cada recuerdo que venía a su mente traía consigo miseria. Finalmente, cuando Nora llegó a casa esa tarde, su contestador automático marcaba una luz intermitente en rojo con el número 5. La recepcionista de su dentista había llamado para recordarle la cita que tenía al día siguiente. El mensaje de Fred era para avisar que esa noche llegaría tarde a casa; alguien de su anterior iglesia había llamado para invitarla a una noche del ministerio de mujeres: una merienda de galletitas caseras. El siguiente era un silencio y, después, un clic. Probablemente, otra llamada para venderle algo.

El último mensaje era de Annie.

—Hola, madre. Gracias por llamar. —Su voz se suavizó y se puso más ronca—. Ambas escuchamos tu mensaje. La abuelita lloró. Las dos estamos bien. Nos encantaría que vinieras a

visitarnos. Espero que sepas que eres bienvenida en cualquier momento, mamá. Si no atiendo cuando toques el timbre, búscanos en el jardín.

Nora sintió un nudo en la garganta al escuchar la voz de su hija. «Eres bienvenida en cualquier momento, mamá... búscanos en el jardín».

¿En el jardín en esta época del año? Las hojas estaban cayendo.

Nora recordó haber visto a su madre afuera durante la época más fría; a veces, incluso bajo la lluvia. Rastrillando hojas. Podando. Cubriendo con plástico las plantas que no soportaban el frío.

El dolor dentro de Nora creció.

Camina conmigo. Habla conmigo. Eres mía.

Apretó la tecla y escuchó el mensaje otra vez. Y otra. Y otra vez más.

¿Qué debo hacer?

Seguía escuchando lo que Jorge había dicho sobre su herencia. El dinero era importante para él porque quería salir de sus deudas. ¿Cómo podía culparlo por eso? A Nora no le interesaban los bienes materiales de su madre, y su madre, definitivamente, no tenía dinero. ¿Cómo se las había arreglado para vivir del Seguro Social todos estos años? Fred era rico, así que Nora tenía todo lo que necesitaba. ¿Qué le importaba la casa? Quizás podía ayudar un poquito...

Jorge la llamó varias veces para preguntarle si había logrado hacer entrar en razón a Annie. Nora se descubrió defendiendo a su hija, no por lo que había hecho, sino por su nobleza.

—No es la clase de chica que esté resuelta a robarte tu herencia, Jorge. ¡Me ofende que puedas siquiera pensar en algo así!

Se sentía tan desgarrada.

—¿No crees que ya lo sé? —Prácticamente, Jorge lo había gritado por teléfono—. Pero Annie es una ingenua. ¡A tu hija se le va la mano con su religión! Es mi herencia de lo que está hablando, Nora... y de la tuya. Terminará haciendo algo tonto, como una hipoteca inversa. Lo que le den ahora podría significar algo de dinero a corto plazo, ¡pero a la larga nos despojará de todo!

Nora había convencido a Fred para que hablara con Annie.

—Annie me aseguró que no hará nada hasta que surja una situación que lo requiera —le dijo después de pasar a visitarla—. Por cierto, tu madre luce mucho mejor. Dijo que te manda su cariño. —Él no lo había dicho con sarcasmo, ella lo sabía, pero sintió un pinchazo de culpa por no haberle preguntado por el estado de su madre antes que por lo que Annie había dicho sobre los asuntos de dinero. Lo único que quería era quitarse a Jorge de encima.

Qué desastre había traído esta situación a su vida. Habría sido más fácil para todos si su madre hubiera muerto a causa del derrame, en lugar de terminar inválida. Inválida. Era una palabra terrible. ¿Qué clase de vida iba a tener Annie, confinada en una pequeña casa en un barrio pobre, con una anciana como única compañía?

Quizás algunas semanas más de tener que cuidarla sola y sin ayuda de nadie, durante las veinticuatro horas y los siete días de la semana, harían que Annie entrara en razón más rápido que con palabras. Era la única esperanza que Nora tenía. Apretó otro botón y escuchó por última vez la voz de su hija, antes de borrar el mensaje.



—Hemos tenido un caudal constante de visitas. —Annie le sonrió ampliamente a Corban—. Arba viene todos los días después del trabajo a recoger a los niños. —Sostuvo otro gancho para que él lo atornillara en el alero.

—¿Tú los estás cuidando? —La miró, sorprendido. Una vez que el gancho estuvo firme, colocó la tira de luces. Parecían carámbanos brillantes colgando de los aleros. Annie ya había entrelazado cintas de lucecitas blancas en los rododendros del frente y en el ciruelo recortado y en flor. Desprovisto de su follaje, lucía dramático con las muchas vueltas de lucecitas alrededor del tronco, que subían por el centro del árbol. Después, Annie había rodeado las dos ramas más gruesas que sobresalían, y había formado una cruz.

—En realidad, los niños están ayudando —dijo Annie mientras sacaba de una caja otra tira de luces carámbano—. Por lo general, la abuelita descansa por la tarde. ¿Viste la nueva cama de hospital? Le hace mucho más fácil levantarse, y a mí también. De todas maneras, Nile es el que se ocupa de la lectura ahora. Se sienta en la silla junto a la ventana y las niñas se sientan en la cama de la abuelita. Están por terminar de leer El jardín secreto.

—Este lugar se ve mejor cada vez que vengo, Annie. —Aseguró otro gancho y colocó más luces.

—Quiero que todo se vea maravilloso para Navidad. Ya solo faltan unos centímetros —dijo Annie, alcanzándole la tira de luces.

Corban colocó las últimas luces en el último gancho y bajó la escalera. Annie retrocedió para admirar su trabajo.

—Gracias, Corban. El año que viene será mucho más fácil para mí con todos los ganchos puestos. Lo único que tendré que hacer será colocar las luces. —Juntó las cajas vacías—. ¿Por qué no vas adentro a ver a la abuelita mientras yo guardo esto en el garaje? Vas a quedarte a tomar una sopa, ¿verdad? Ya debería estar lista. A la abuelita le gusta cenar temprano y comer el postre más tarde.

—Claro. Te veo adentro.

Cuando entró por la puerta delantera, Leota lo saludó con su sonrisa torcida mientras Bernabé graznaba: « ¡911! ¡Llama al 911!».

Corban se rio.

—Es mejor que un perro guardián. —Cerró la puerta y giró el pestillo. Annie entraría por atrás. Leota le hizo un gesto con la mano izquierda para que se sentara—. La veo muy bien, Leota. —Se sentó en el sofá a descansar en el ambiente tibio de la sala. Annie mantenía encendido el fuego y había una malla nueva que cubría el frente de la chimenea para que las chispas no volaran sobre la alfombra.

—¿Universidad? —Leota le dirigió una de sus miradas.

—Me pusieron un incompleto y empezaré de cero con un proyecto nuevo el próximo semestre. Todavía no sé sobre qué. —Escuchó que Annie entraba por la puerta de atrás—. Parece que ustedes dos están muy bien juntas. —Recorrió la sala con la vista—. Annie estuvo pintando otra vez. —Las paredes apagadas ahora irradiaban un cálido color melocotón bajo la luz de la lámpara. La repisa de la chimenea había sido encerada y lustrada, y todo lo que había en ella estaba limpio y reorganizado.

—¡Corban! —gritó Annie desde la cocina—. ¿Por qué no ayudas a la abuelita a sentarse en la silla de ruedas mientras pongo la mesa? La cena está lista. Lo único que me falta hacer es calentar los panecillos.

—¿Dónde está su árbol de Navidad? —dijo Corban llevando a Leota hasta su lugar en la cabecera de la mesa de la cocina. Desde esa ubicación, podía ver directamente hacia el jardín.

—Sobre el televisor. —Annie le dirigió una sonrisa mientras servía con el cucharón la espesa sopa de carne en los tazones.

—¿Esa cosita diminuta? —dijo Corban, mirándola. El árbol medía apenas sesenta centímetros y tenía pocos adornos.

—El año próximo será más grande. —Puso el tazón frente a Leota. Cuando Annie se incorporó, lo miró. Él supo que ella no quería que dijera nada más al respecto.

Quizás era un problema de dinero, pensó Corban. Leota vivía del Seguro Social y Annie no podía conseguir un empleo y cuidar a su abuela al mismo tiempo. Guardó silencio mientras Annie colocaba un tazón con sopa delante de él. Cuando tuvo el suyo, Annie se sentó y tomó la mano de Leota. Extendió una mano hacia él. Cuando Corban la tomó, ella bendijo la comida. Se sintió cómodo en la acogedora cocina. Notó que Annie también había puesto luces en el patio trasero.

—¿Irás a tu casa para Navidad? —dijo ella, untando mantequilla al panecillo de Leota.

—No tiene sentido. Mi madre pasará las fiestas en Suiza.

—¿Qué vas a hacer?

—Quedarme en mi departamento hasta la matrícula. —La sopa estaba deliciosa.

—¿Y qué comerás el día de Navidad? —Annie lo miró fijamente—. ¿Una comida para microondas?

—No son tan malas, pero probablemente salga a comer a un restaurante. A disfrutar un poco de la vida. —Su madre le había mandado un cheque cuantioso para que se comprara un regalo.

—Lo dices como si realmente lo esperaras ansioso —dijo Annie con pesar.

Él se encogió de hombros. ¿Qué podía decir? No había nada más deprimente que comer solo en Navidad.

Leota carraspeó. Golpeteó la mesa con el dedo índice.

—Estoy de acuerdo, abuelita. —Annie lo miró—. Ven y festeja la Navidad con nosotras. —Le ofreció un potecito con gelatina.

Corban estuvo a punto de decir que no quería causarles molestias, pero ¿a quién quería engañar?

—Será un placer para mí. ¿Qué puedo traer?

Annie sonrió traviesamente y le guiñó un ojo a su abuela.

—¿Podemos pedir cualquier cosa?

—Siempre y cuando no tenga que cocinar el pavo.

—Eso no será problema. Cenaremos jamón al horno con miel.

—Entonces dime.

—Un crucero —dijo Leota.

Todos rieron; Leota más que los otros.

—Un árbol sería más barato —dijo Annie—. Preferiblemente, un pino oregón de un metro veinte de altura. Es de los mejores, porque tiene espacio entre las ramas para colgar adornos, y el otro día encontré algunas cosas muy bonitas en una venta de garaje.

—Entonces será un árbol. —Corban sonrió. De hecho, ya estaba ansioso por traerlo.

—Da la casualidad que frente al supermercado están vendiendo un lote de ellos. Todas las ganancias se destinan a organizaciones de beneficencia.

Corban sonrió de oreja a oreja.

—Iré a buscar uno apenas terminemos de cenar.



Annie estaba poniendo las últimas guirnaldas metalizadas en el árbol cuando Arba y los niños pasaron a dejar regalos para ella y para la abuelita Leota. Annie sirvió sidra de manzana caliente con ramas de canela y galletas con chispas de chocolate. Como Arba y los niños pasarían la Navidad con unos parientes al otro lado de la bahía, todos decidieron abrir los regalos en ese momento.

Los niños ayudaron a la abuelita Leota a desenvolver los suyos; después anunciaron orgullosos que todos habían contribuido para comprar la caja de chocolates con relleno cremoso para Leota y el bonito frasco de burbujas para baño para Annie. Annie les entregó sus regalos, esperando que les gustaran los adornos de masa de personajes bíblicos que ella había horneado y pintado. Para Nile, había hecho a Simeón, llamado el Negro; para Kenya, la reina de Saba; y para Tunisha, Candace, la reina de Etiopía. Les había hablado una vez de ellos cuando Nile le contó que un amigo musulmán había dicho que Jesús era un dios del hombre blanco que les habían impuesto a los negros esclavizados.

Para Arba había hecho unas manos suplicantes de masa color chocolate. Annie se deleitó al ver que los adornos les habían gustado a los cuatro. Su deseo había sido darles algo especial, algo que perdurara.

—Hora de irnos. —Arba se agachó y tomó la mano de la abuelita Leota—. Que tenga una Navidad maravillosa, Leota. Tendrá algunos días de descanso hasta que volvamos.

—Dios los bendiga. —La abuelita Leota habló suficientemente claro para que la entendieran.

Annie salió con Arba y los niños al porche para despedirlos. Arba se detuvo en la base de los escalones.

—¿Vendrá tu familia a pasar la Navidad?

—Este año, no. La familia de tío Jorge pasará Navidad en Phoenix, con los padres de la tía Jeanne. Ya se habían comprometido a ir antes de que la abuelita tuviera el derrame. Pero sí tienen planeado venir de visita tan pronto como regresen. Y mi madre y Fred... —Se encogió de hombros—. No lo sé.

—Lo siento, Annie.

—Yo también, pero tuvimos Acción de Gracias. Estoy contenta por eso. Sin embargo, Corban vendrá, y Susan llamó. Ella y Sam quieren pasar por acá en la tarde. Tenemos mucho para sentirnos agradecidas. —Su sonrisa tembló. ¡Cuánto había deseado que la familia se reuniera para la Navidad! Señor, he orado tanto por una reconciliación.

—Bueno, que tu abuelita y tú tengan una feliz Navidad, Annie.

—Ustedes también, Arba. Vengan cuando puedan.

—Sabes que lo haré. Los niños están muy encariñados con la abuelita Leota. ¿Cómo podrían no estarlo?

Annie hizo adiós con la mano mientras Arba regresaba a su casa; después volvió a entrar silenciosamente a la casa. La abuelita Leota estaba dormida en su sillón. Jimmy Stewart galanteaba a Donna Reed en Qué bello es vivir. Annie recogió sigilosamente las tazas y los platos con galletas y los llevó a la cocina. Los lavó y los guardó. Apenas eran las ocho y media y ya estaba muy cansada. Se sentó en el sofá a descansar unos minutos. Leota se veía muy tranquila. No quería despertarla aún. Cerró los ojos y recostó su cabeza contra el sofá.

Oh, Señor, no había lugar para Tu Hijo precioso, y aún parece que no hay lugar en el corazón de mi madre ni en la vida del tío Jorge para la abuela Leota. No entiendo, Señor. Simplemente,

no puedo entenderlo. Es tan triste. Se pierden todas las bendiciones que yo estoy recibiendo. Es un alma tan dulce que me duele pensar que algún día podría llegar a perderla. Ay, Dios, por favor, ayúdame a hacer de esta una Navidad especial para la abuelita. No dejes que pase otra temporada sin que sepa cuán amada es.



Nora no podía dormir. Mañana era víspera de Navidad, y nunca se había sentido tan sola y deprimida. Odio la Navidad. Siempre la odié. Todos los años me decepciona. Cuando era niña, porque sabía que no recibiría lo que deseaba. Ahora, es por las compras, luchar contra una multitud tratando de comprar obsequios que les gusten a todos, decorar la casa, pagar una buena cantidad de dinero para que alguien cuelgue las luces afuera, preparar una gran cena elegante, que todos devoran en cuestión de minutos. Para la hora que todo se termina, ya no puedo más del agotamiento. ¿Y cuál es el punto de todo esto?

Miró hacia arriba en la oscuridad escuchando a Fred que roncaba a su lado. Le molestaba que se quedara dormido tan fácilmente después de una pelea mientras ella seguía despierta durante horas, dándole vueltas cien veces a cada palabra dicha. Generalmente, cuando ella estaba con sus «estados de ánimo», como los llamaba Fred, podía hablar con ella hasta resolver el asunto. Esta noche no había sido así. Se había quedado callado hasta que ella le preguntó si le importaba lo que ella sentía. ¿Y su respuesta?

—¿Por qué no llamas a Annie? Sabes que quieres que estemos todos juntos en Navidad.

—¡Aquí! ¡La quiero aquí!

—Bueno, eso no va a suceder. No puede suceder.

—Si vamos allá, no haré más que alentarla a que siga adelante con este plan que tiene, Fred.

Él había cerrado de golpe el libro que había estado leyendo toda la noche y lo dejó en la mesa al levantarse.

—Cómo puedes conocer tan poco a tu propia hija es algo que no puedo comprender, Nora. Está completamente dedicada a cuidar a tu madre. Nada de lo que digas o hagas cambiará esa decisión. Y eso es lo que realmente te molesta, ¿verdad? Ya no puedes controlarla.

—Está desperdiciando su vida.

—¿Cuántos años crees que le quedan a tu madre? No vivirá para siempre.

—Probablemente vivirá hasta los cien años.

—Reza para que así sea. —Y con ese comentario enigmático, Fred subió para irse a la cama.

Ahora, ella daba vueltas en la cama y no podía dormir. Nora sintió que sus lágrimas caían hacia su propio cabello. ¿Cuántas había llorado a lo largo de los años, empezando por el día en que su madre la dejó para irse a trabajar?

Dios, no puedo seguir así. A veces, quisiera estar muerta. Nunca nada resulta como yo quiero. Esta mañana llamé a Michael, y él no veía la hora de colgar el teléfono. Ella era su madre y a él no le importaba en lo más mínimo.

¿De la misma manera en que tú has tratado a tu madre?

Nora apretó los dientes. Ella me abandonó primero. Michael es igual a su padre, Bryan.

El silencio la oprimía. La oscuridad era opresiva. Sintiendo escalofríos, se puso de costado y se acurrucó contra Fred, esperando que su calor la reconfortara.

Yo amaba a Dean Gardner. Lo amaba tanto que creí que me moriría cuando me dejó por esa mujer (¿cómo se llamaba?). Dominique. Seguí esperando que se cansara de ella y volviera conmigo. Bueno, finalmente se cansó de ella, pero luego conoció a Phyllis y, después, a Penny. He perdido la cuenta de las mujeres que ha tenido a lo largo de los años. ¿Cómo se llama su nueva amante? Mónica. Trató de reprimir las lágrimas que ardían en sus ojos. Dios, le entregué

a Dean todo el amor que tenía, y no fue suficiente para retenerlo. Él me fue infiel. Y ahora Anne-Lynn estaba demostrando que era igual a su padre. Había abandonado a Nora de la misma manera en que lo había hecho Dean Gardner.

¡Tú la abandonaste a ella!

No, no es cierto. Su boca tembló. Lo más probable es que se case con ese rufián de Sam Carter y sea desdichada por el resto de su vida.

Y si ese es Mi plan para ella, ¿a ti qué?

Las lágrimas ardieron más cuando pensó en Susan y en los padres de Susan. Ahora que sus hijos habían crecido, nunca tenían que llamar para pedirles que fueran a la casa. La casa de ellos siempre estaba llena de gente. Durante toda la adolescencia, Anne-Lynn quería ir a la casa de los Carter cada vez que se presentaba la oportunidad. Nora pensaba que era por Sam y por su magnetismo al estilo Rebelde sin causa, pero aun después de que enviaron a Sam a la correcional, Anne-Lynn siguió yendo. Le encantaba estar con los Carter.

Cada vez que Anne-Lynn me pedía quedarse a dormir en la casa de Susan, me dolía. Sentía como si estuviera huyendo. Yo deseaba que le encantara estar en casa, conmigo, pero ella era como un ave atrapada entre mis manos. Cuanto más me aferraba a ella, más forcejeaba para liberarse.

Y ahora era libre. Era libre. Y nunca regresaría.

Ay, Dios santo, ¿qué tengo yo que ahuyento a las personas? Lo único que hice siempre fue darles a mis hijos todo lo que querían. Lo único que quiero es que mis hijos tengan una vida mejor que la que tuve yo en mi infancia. Lo único que quería ella era que sus hijos la amaran.

Lo único que quieres es ser su dios.

No, yo no dije eso.

Escuchó que el reloj de pie daba las cuatro en la planta baja. Ya no tenía sentido que intentara dormir. Casi era la hora de levantarse. Se deslizó con cuidado de debajo de las mantas y se puso la bata y las pantuflas.

Las luces del árbol seguían encendidas abajo y el tenue resplandor iluminaba la escalera. Ella había envuelto el barandal con ramas de pino y le había añadido detalles de bayas de acebo. Se veía encantador y llenaba la casa de un aroma a bosque. La repisa de la chimenea lucía perfecta con las sedosas flores de Nochebuena metidas entre las ramas de pino, y las altas velas rojas, verdes y blancas eran el toque perfecto. Ningún decorador profesional podría haber hecho un trabajo mejor.

Se veía tan perfectamente decorado como la vidriera de cualquier tienda comercial.

Es pura fachada. No significa nada.

La Navidad tiene un significado para Annie.

Recordó el mensaje telefónico de su hija. Las palabras volvieron tan claras como si nunca hubieran sido borradas: «Ambas estamos bien. Nos encantaría que vinieras a visitarnos. Espero que sepas que eres bienvenida en cualquier momento, mamá».

Mamá. No Madre. Me dijo mamá.

Y lo había dicho con mucha ternura.

Nora entró a la cocina y molió unos granos de café de una mezcla gourmet. Hirvió un huevo y calentó un croissant en el microondas. Hacía demasiado frío para sentarse en la terraza interior; por lo tanto, subió la temperatura de la calefacción y se sentó en la sala de estar para mirar a través de las puertas de vidrio el césped bien cuidado, los pinos recortados y la tierra hábilmente abonada y desmalezada, lista para que plantaran los bulbos. En la primavera luciría como un parque.

Un parque por el que las personas transitaban y se iban, no un jardín donde las visitas se relajaban y se quedaban. Un parque donde la gente tenía que entrar a través de la casa y obtener permiso de la dueña… no un jardín con una verja trasera que los vecinos podían usar.

Nora cerró los ojos. Podía ver a su madre al otro lado de la ventana de la cocina, de rodillas, con las manos en la tierra.

Había sido muy impactante verla en su cama de hospital. Se veía tan blanca, tan confundida, tan pálida, tan frágil.

El amanecer destelló sus tonos rosados y anaranjados. El reloj del vestíbulo dio las siete. ¡Cómo había volado el tiempo! Tantos años de luchar y sobrevivir a una desilusión tras otra, de buscar y rebuscar algún tipo de paz, alguna sensación de realización y de propósito…

«Espero que sepas que eres bienvenida en cualquier momento, mamá».

Mamá. Se aferró a esa palabra como a un salvavidas. Mamá.

A las ocho de la mañana, levantó el teléfono, llamó a su hija y preguntó si la invitación todavía estaba en pie.

Y, desde luego, lo estaba.

CAPÍTULO 22

LA MAÑANA DE LA VÍSPERA DE NAVIDAD, un camión de entrega trajo dos cajas, ambas dirigidas a Leota Reinhardt, y los remitentes eran el tío Jorge y la tía Jeanne. La caja más grande contenía un reproductor de videos.

—¿Qué es eso? —La abuela Leota lo miraba totalmente desconcertada. Annie trató de explicárselo.

La segunda caja tenía una nota con la letra de Jeanne. «Lamentamos no haber podido estar con ustedes para Navidad. Espero que ambas disfruten las películas. Con amor, Jeanne, Jorge, Marshall y Mitzi». La caja estaba repleta de películas: Las campanas de Santa María, South Pacific, El rey y yo, Casablanca, Milagro por un día, Ben-Hur, Milagro en la calle 34 y Un cuento de Navidad.

—Un tesoro escondido, abuela. ¿Cuál te gustaría ver primero?

—Elige tú.

Cuando Annie trató de instalar la videocasetera, se dio cuenta de que el televisor de la abuela Leota era tan anticuado que no tenía cómo conectarlo. ¿Cuánto costaba un televisor nuevo? Apenas unos doscientos dólares, pero era dinero que su abuela, obviamente, no tenía.

—Ay, abuelita, lo siento. —¿Sería un día de desilusiones?—. No me di cuenta.

—No echaré de menos algo que nunca tuve —dijo la abuela, sonriéndole—. Fue una buena intención.

Annie asintió, demasiado conmocionada para hablar. Nunca había tenido muy en cuenta las comodidades modernas hasta que se mudó a vivir con su abuela. No había lavavajillas, aunque tampoco había demasiadas cosas para lavar siendo apenas dos personas las que comían, y la lavadora y la secadora de ropa tenían más años que ella. Annie había pasado un día entero limpiando la rejilla de ventilación de la secadora. Agradeció a Dios por su protección, porque la rejilla estaba tan llena de pelusa que fue un milagro que no se hubiera incendiado y quemado toda la casa. De hecho, había montones de cosas por hacer. La cañería debajo del fregadero de la cocina tenía una gotera. Los canalones del techo rebalsaban de agua porque los tubos de las bajadas pluviales estaban obstruidos por hojas. Uno de los escalones de atrás se sentía blando al pisarlo porque estaba podrido por los hongos, lo cual significaba que, probablemente, había termitas minando otras partes de la casa de la abuela Leota. Tendrían que rehacer el tejado; Annie había notado una mancha en el techo de su cuarto.

Annie no quería mencionar estas cosas porque no deseaba preocupar a su abuela. O, peor aún, que su abuela malinterpretara preocupación por descontento. Si algo necesitaba arreglo, ella encontraría la manera de encargarse de eso sin preocupar a la abuelita Leota.

Señor, no permitas que me distraiga con todas estas pequeñeces que no son importantes. Qué problema hay si la nueva videocasetera de la abuelita no sirve. Perdóname por decepcionarme. Pobres tío Jorge y tía Jeanne. Gastaron tanto dinero en algo que la abuelita ni siquiera podrá usar cuando, en realidad, ella habría disfrutado mucho más con una llamada telefónica de cinco minutos de parte de ellos. Negando con la cabeza, Annie trajo a la sala una bandeja con chocolate caliente y galletas. Luego de servirle a su abuela, se sentó con las piernas cruzadas en el sillón y bebió a sorbos su chocolate.

El padre de Annie llamó a las tres.

—Envié tarde tu regalo. No lo recibirás hasta dentro de un par de días. ¿Quieres que te diga qué es?

—Lo que sea me gustará, papá.

—Eres demasiado relajada. ¿Cómo le va a Leota?

—Muy bien.

—¿Y tú? ¿Estás agotada?

—Tengo mucha ayuda. Ya te hablé de Corban.

—¿Y tu madre? ¿También te ayuda? —Cuando Annie se quedó callada, tratando desesperadamente de pensar qué decir para que su madre no quedara mal parada, su padre dejó escapar una carcajada burlona—. No te preocupes, Annie. La conozco muy bien. Si no puede controlar algo, lo descarta como una pérdida total.

—Papi...

—Lo siento, cielo. Siempre te digo eso, ¿cierto?

—¿Cómo está Mónica?

—No lo sé. No la he visto desde que se fue de la casa.

Vaya.

—¿Cuándo fue eso?

—El mes pasado. Creí que te lo había mencionado.

—No, no lo hiciste.

—Me estaba presionando para casarnos. Ya conozco ese camino y no quiero reincidir. Con unos años de vivir con tu madre...

—Yo tampoco quiero recorrer ese camino, papi. —Él no respondió nada a ese comentario, y ella no quiso terminar la llamada con un sabor amargo—. Te extraño.

—Yo también te extraño, cariño. Quizás vuele hasta allá en un par de semanas.

¿Cuántas veces había prometido que haría eso?

—Sabes que siempre eres bienvenido, papi.



Nora y Fred se estacionaron frente a la casa de Leota a media tarde del día de Navidad. Nora gimió de forma audible cuando reconoció el carro negro deportivo de Corban Solsek.

—Está aquí otra vez.

—Dale una oportunidad al tipo —dijo Fred, saliendo del carro. La ayudó a bajar y le tomó la mano mientras caminaban por la vereda y subían los escalones. Annie estaba afuera, en el porche, esperándolos. Estaba sonriente y sus ojos brillaban.

—¡Estoy tan contenta de que hayan venido!

La tensión de Nora se aflojó al ver a su hija. Estaba encantadora, con su largo vestido verde de terciopelo, el collar de perlas y el cabello suelto y ensortijado sobre los hombros. Nora buscó indicios de tensión, pero solamente vio sus mejillas sonrojadas y los ojos azules radiantes de regocijo. Y esperanza. No fue hasta el momento que Nora le retribuyó el abrazo que sintió el cambio.

—Estás más delgada.

—Bajé un kilo, supongo. Pasen. Hace frío aquí afuera y la abuelita está ansiosa por verlos a los dos.

Nora se fijó primero en el árbol navideño. Estaba al costado de la puerta delantera, de manera que se podía ver a través de la ventana. Lucía bellamente adornado con lamparillas antiguas de cristal, elfos y oropel. Sin poder mirar aún a su madre, recorrió la sala y se sorprendió de ver las paredes recién pintadas, los muebles lustrados, la vieja alfombra que ahora parecía nueva y la mesa decorada con ramas de pino y velas aromáticas. Un fuego crepitaba en la chimenea. La casa ya no tenía ese olor a viejo. Estaba llena del aroma a pino de la Navidad. Si los recuerdos que le traía esta casa no hubieran sido tan dolorosos, la habría sentido absolutamente encantadora.

—Corban nos regaló el árbol —dijo Annie—. Y me ayudó a colgar las luces en los aleros del frente de la casa y a lo largo del costado del camino de entrada. Puse luces por todo el jardín. En la noche, parece el País de las Maravillas invernal. Las enchufaré apenas oscurezca para que puedan verlo.

—Espera hasta que recibas la factura de la luz eléctrica. —Fred se rio mientras se agachaba para hablar en voz baja con Leota.

Nora se quedó atrás. Había evitado mirar a su madre lo más posible, y ahora que lo había hecho, se le encogió el corazón. Se veía tan vieja. Un lado de su rostro estaba un poco caído.

—¿Quién les regaló la videocasetera?

—El tío Jorge se la envió a la abuela —dijo Anne.

Mortificada, Nora deseó poder esconder la caja de cerezas cubiertas de chocolate que había traído como regalo. ¿En qué estaba pensando Jorge? El año anterior había mandado una caja con víveres. En realidad, la había mandado Jeanne. Jorge ni siquiera se tomaba la molestia de firmar las tarjetas navideñas. Sus tarjetas siempre llegaban firmadas al pie con Jorge y Jeanne, escritas a mano por Jeanne. ¿Y ahora esto? ¿Una videocasetera? ¿Se habían propuesto hacerla quedar mal?

—¿Necesitas que te ayude a conectarla? —Fred parecía entusiasmado con la idea.

Anne se rio y se encogió ligeramente de hombros.

—En realidad, no podemos. El televisor de la abuelita es de antes que se inventara la videocasetera.

—Ah, pero eso no es ningún problema. Le traeremos uno nuevo. Nora y yo nos preguntábamos qué regalarle, Leota. Ahora lo sabemos.

Conmovida por haber sido rápidamente rescatada por él, Nora lo tomó de la mano.

—Estás mucho mejor que la última vez que te vi —le dijo a su madre y, después, sintió que el calor subía a sus mejillas. No había ido a visitarla desde que su madre había salido del hospital.



Leota dejó que la tarde fluyera alrededor de ella. Cuando Eleonora siguió a Annie a la cocina, Leota solo atinó a orar pidiendo que su hija no le dijera algo hiriente a Annie. Eran como las caras opuestas de una misma moneda. Eleonora se ofendía ante la mínima provocación; Annie dejaba pasar todo. Eleonora era la guerrera empeñada en luchar para que la vida se le sometiera; Annie era una pacificadora: vivía con el dolor, se tragaba los comentarios ofensivos y trataba de estar por encima de las circunstancias y seguir adelante.

Yo traté de hacer eso, Señor. Quizás es por eso que, al observar la dinámica de su relación, me dan ganas de seguir el ejemplo de Eleonora. ¡Ah, cuántas cosas le diría ahora si la lengua me lo permitiera!

Tal vez si hubiera dicho lo que pensaba, si se hubiera defendido en lugar de quedarse callada... El silencio no siempre traía paz. Permitir que las personas se comportaran de manera irrespetuosa, generalmente, las hacía más groseras y exigentes con los demás.

Creí que estaba dejando que Eleonora descargara su frustración y que, luego, se terminaría. En lugar de eso, su vida se ha concentrado en el descontento y la desilusión. Me encantaría poder volver atrás y sentarme con ella cuando era una niñita y enseñarle todo de nuevo. Le diría: «Esto es lo que está sucediendo. Esta es la verdad. Esto es lo que tenemos que hacer. ¡Une tus fuerzas a las mías, a las de tu abuela y a las de tu abuelo y trabajemos juntos para mantener unida a esta familia!».

En lugar de eso, había tratado de hacerlo sola.

¿Para qué? ¿Por la gloria? ¿Para ser una mártir? ¿Para demostrarse a sí misma cuánto mejor era que la pobre Helene Reinhardt, que tuvo que descifrar todo el lamentable desastre, sin ninguna ayuda de Leota ni de papá?

Señor, perdóname.

Leota escuchó que Eleonora y Annie conversaban.

—¿Por qué está llorando madre? —preguntó Eleonora en voz baja, y sonó incómoda.

—El derrame le dificulta contener sus emociones —dijo Annie en el mismo tono bajo.

¡Se comportaban como si a ella le fallara la audición de la misma manera que su capacidad para caminar sin aferrarse de alguien o de algo! Oh, Señor, ¡me arruinaste! No puedo hablar con la claridad suficiente para hacerme entender. Excepto por Annie. Es como una madre joven que entiende las tonterías de su hijito de un año. Y en eso me he convertido. Parloteando lo que puedo mientras camino aferrada a mi andador. ¡Señor, te pegaría unos cuantos gritos por dejar que me pasara esto, si no estuviera segura de que Eleonora y Jorge creerían que me volví loca y se aseguraran de internarme para siempre!

Una videocasetera. Por favor, ¿en qué estaba pensando Jorge? Y ahora Fred le ofrecía un televisor. Junto con la caja de chocolates que Eleonora trató de esconder en la mesa lateral. Quisiera saber si piensa que tengo diabetes tipo 2... y va a matarme con bondad. Desgraciadamente, Leota podía adivinar por qué eran tan generosos de repente. ¿Serían tan dadivosos si supieran que ya todo estaba resuelto y presentado ante un abogado?

No estoy siendo justa. ¡Me entrego a la autocompasión y me enfermo a mí misma! Yo conozco a Jeanne. Y sé cómo es Fred. Ambos son personas buenas y generosas. ¡Son mis hijos los que no pueden ver más allá de sí mismos!

Señor, no puedo pensar así. Por el bien de Annie, tengo que levantar la cabeza y aceptar lo que venga. Pero Te diré esto: estoy cansada de ofrecer la otra mejilla. De hecho, estoy harta de hacerlo.

Las cosas no fueron más fáciles para Leota mientras transcurría el día. A decir verdad, se volvieron más complicadas. Eleonora no le caía bien a Corban, y él no hacía ningún esfuerzo por disimular sus sentimientos. Annie trataba de entablar una conversación, pero únicamente Fred colaboraba para continuarla. Entonces llegaron Sam y Susan, y a Eleonora se le pusieron los pelos de punta. Estaba como un pastor alemán con un vendedor atrapado en el porche delantero; un espectáculo digno de ver. Sam no podía ni pestañear sin que Eleonora observara cada detalle. Por cierto que él tampoco mantenía en secreto lo que sentía. Cada vez que miraba a Annie, su expresión proclamaba: Estoy enamorado de esta chica. Lo cual solamente contribuía a encolerizar mucho más a Eleonora.

Lin Sansan Ng, Do Weon y Kim pasaron por la casa, y no mucho después llegaron Juanita, Jorge, Marisa, Elena y Raúl.

Eleonora siguió corriéndose en el sofá hasta que quedó apretada contra un rincón y, mientras Fred se unía a la conversación general, Eleonora se alejaba más hacia el límite del círculo familiar.

—Chris dijo que te agradezca por la información que le diste el otro día —le dijo Juanita a Annie—. Dijo que el grupo le pareció de lo más optimista. Miles está deteriorándose muy rápido.

Eleonora miró a Annie.

—¿Quiénes son Chris y Miles?

—Viven a cuatro casas de aquí, al otro lado de la calle — explicó Annie—. Miles está muy enfermo.

—Sida —dijo Juanita con tristeza.

Leota vio que Eleonora se ponía pálida. Podía imaginar lo que estaba pasando por la mente de Eleonora. Su hija, Annie, estaba viviendo en un barrio pobre y mestizo, con una vieja en sus últimas, que quién sabe cuánto tiempo más viviría, y ahora, ¡su inocente chiquita estaba juntándose, también, con homosexuales!

—¿Sida? —Eleonora le clavó los ojos.

—Annie los conoció hace algunas semanas.

La mirada de Eleonora se dirigió a Annie con una ferocidad demandante y silenciosa.

—Se han distanciado de sus familias. Miles se está muriendo, madre. Yo no estoy de acuerdo con su estilo de vida, pero son vecinos y necesitan nuestra ayuda.

—Ya estás bastante ocupada, Anne-Lynn. Todo el día, cada día, quién sabe por cuánto tiempo.

Annie se ruborizó. Su mirada feroz fue de advertencia.

—Preparo porciones de más y les llevo la cena un par de veces por semana. No es para tanto.

Leota no podía permitir que esto siguiera adelante.

—Yo le di permiso a Annie para hacerlo. —Milagrosamente, las palabras salieron lo suficientemente claras para que Eleonora entendiera.

Eleonora se abalanzó hacia adelante, de modo que quedó al borde del sofá, con las manos como garras abiertas sobre sus rodillas.

—Está perfecto que tú quieras ser magnánima a costa de Annie, madre. Tienes más de ochenta años. Has vivido una vida plena ¿No te importan los riesgos que corre mi hija? ¡No te alcanza con que viva aquí contigo, en este vecindario plagado de criminales, sino que la pones en contacto con el sida!

—¡Madre!

Leota necesitó cada gramo de su fuerza de voluntad para no llorar. Llorar solo haría que las cosas fueran cien veces peor. Además, comprendía la ferocidad de Eleonora. ¿Acaso no había sentido lo mismo por sus hijos cuando Mamá Reinhardt dividía su lealtad?

¿Es eso lo que hice, Señor?

Annie miraba afligida de un lado a otro mientras la batalla se libraba a su alrededor. La pobre estaba parada entre las dos líneas de fuego, sin saber dónde ponerse a salvo. Siempre eran los inocentes quienes resultaban asesinados.

—¿Qué cosa no está bien? —El rostro de Corban enrojeció de ira mientras miraba a Eleonora —. ¿Que, a diferencia de usted, Annie tiene corazón? ¿Que, a diferencia de usted, es capaz de amar a alguien más que a sí misma?

—¡Ey, un momento! —Fred se paró de repente como un caballero de brillante armadura para proteger a su esposa.

—¡Esto no es asunto tuyo! —Eleonora dirigió su animosidad hacia Corban—. A propósito, ¿quién es usted? ¿Qué cree que conseguirá viniendo aquí y adulando a mi madre?

El rostro de Corban enrojeció hasta ponerse morado.

—Me parece a mí que tampoco es asunto suyo, señora Gaines. Usted se retiró de la vida de Leota hace mucho tiempo, y Annie es una persona adulta. Puede tomar sus propias decisiones.

—¡Basta! —Annie se cubrió la cara y se echó a llorar—. ¡Deténganse! Todos ustedes. — Huyó a la cocina.

El rostro de Eleonora se trastornó brevemente. Para los demás, fue apenas un parpadeo, pero Leota vio de inmediato el interior de su hija lastimada. Fue como una fisura en la muralla de cemento que rodeaba al jardín. Apenas un destello de un segundo, pero ella vio que la tormenta había desgarrado el paisaje. Ay, mi hija, mi pobre niña. Entonces, el hormigón de los viejos resentimientos fue volcado para reparar la muralla. Leota pudo sentir la mirada fija y acusadora de Eleonora puesta en ella.

—Quizás esta reunión no fue tan buena idea, al fin y al cabo.

Los ojos de Corban relampaguearon.

—¡Tal vez la lista tendría que haber recortado a un par! —Siguió a Annie a la cocina. Avergonzada, Juanita reunió rápidamente a sus hijos, lo mismo que Lin Sansan. Salieron por la cocina de la manera más silenciosa. Leota sabía que le pedirían disculpas a Annie antes de irse.

Oh, Dios, mi familia, mi preciosa familia. Ayúdanos. Estamos hechos pedazos. El enemigo arrasó con nosotros.

Sam se quedó mudo como una piedra con los ojos enardecidos. Susan tenía la barbilla levantada mientras las lágrimas corrían por su rostro y sus ojos miraban fijamente a Eleonora.

—¿Por qué siempre le hace esto a Annie? Desde que la conozco, ella siempre ha hecho de todo para ganar su aprobación. A usted nada la complace.

—Eso no es cierto. —Eleonora temblaba; Leota lo vio en sus manos, lo escuchó en su voz. Ahora, todas las miradas estaban puestas en Eleonora. Lo que siembres, cosecharás. Quien más condena a los demás, más condenación recibe a la larga. El agua no corría cuesta arriba, y Eleonora se estaba ahogando.

Sin poder hacer nada e incapaz de seguir mirando, Leota giró su rostro hacia la pared y lloró.



Los dolores que Leota había sentido de vez en cuando durante los últimos dos años regresaron esa noche. No hizo sonar la campanilla que Annie había puesto en su mesa de noche. No soportaba la idea de llamar a Annie después de una Navidad tan devastadora. La pobre niña había deseado que todo fuera perfecto. Había trabajado tanto, orado tanto tiempo. Ahora, necesitaba descansar. El dolor se calmó en la mañana.

Cuando Annie entró, Leota le dijo que quería dormir un poco más. Annie pareció preocupada y le hizo preguntas, pero Leota mintió y dijo que todo estaba bien. Dijo que había soñado algo maravilloso.

No se atrevió a sumarle más tristeza a su nieta diciéndole que algo estaba mal, muy mal.

CAPÍTULO 23

EN LOS DÍAS POSTERIORES A LA NAVIDAD, Annie notó el cambio en su abuela. Siempre estaba inquieta, cambiaba de posición cada dos minutos, como si no encontrara una posición cómoda para su cuerpo. Aunque la abuelita había estado bastante gruñona desde el derrame, estaba más quejosa que nunca. O había mejorado mucho el habla, o Annie se estaba acostumbrando a su manera de hablar y la entendía más fácilmente. Al principio era gracioso cómo Leota le hablaba al televisor, diciéndole al comentarista del noticiero lo que estaba mal con su presentación grabada de poco criterio, o que sus opiniones eran «estúpidas». Fue cuando la abuela empezó a hablar de la cremación que Annie se sintió alarmada. Annie trataba de desviar la conversación sobre la muerte, pero la abuelita Leota estaba obsesionada con ella.

—Colócame sobre los bulbos. Necesitan harina de huesos.

Pese a las protestas de la abuela Leota, Annie llamó al doctor.

—¡No iré! —dijo la abuelita Leota, con la barbilla levantada. Estaba irascible, pero esta vez, Annie no podía fingir que todo estaba bien.

—Ah, sí, lo harás. Algo anda mal, abuelita. Quiero que el doctor te revise.

—¡No pasa nada malo!

—¡Estás adolorida! Sé que lo estás. Tratas de ocultármelo, pero lo sé.

La abuelita intentó una sonrisa encantadora y palmeó la mano de Annie.

—Es solo mi artritis, cielo. Ya no soy un pimpollo. Estoy madura y lista para que me arranquen.

Annie rehusó darse por vencida.

—Quizás el doctor pueda darte algo que te haga sentir mejor.

—¡No quiero ir! ¡No voy a ir! ¡Tendrás que cargarme para sacarme de esta casa!

Annie llamó a Corban. Él llegó a la mañana siguiente, ignoró las protestas vehementes y el franco abuso de la abuela Leota, la levantó de su silla de ruedas y la llevó hasta el carro de Annie.

—Menos mal que su brazo derecho no sirve —dijo Corban, incorporándose—. Creo que podría haberme dejado un ojo morado.



Nora supo que algo andaba mal cuando escuchó que se abría la puerta trasera del garaje. Fred nunca volvía a casa tan temprano.

—¿Qué sucede? ¿Hubo algún problema?

—Annie me llamó a la oficina. Tu madre está otra vez en el hospital.

El corazón de Nora se encogió. ¿Así serían las cosas de ahora en adelante? ¿Su hija no sería capaz de hablarle? ¿Llamaría a Fred para que él transmitiera los mensajes?

—¿Otro derrame?

—El médico piensa que puede ser cáncer. Están haciéndole exámenes.

Nora perdió las fuerzas y quedó apoyada en el respaldo de su sillón. ¡Cáncer! ¿Cómo haría para enfrentar esto, cuando su vida ya era un caos? Le dolía el corazón. Tenía el estómago revuelto. Se sentía física y espiritualmente enferma. No se había sentido bien desde aquel horrible día de Navidad. Debería haberse quedado en casa, en lugar de someterse a semejante golpiza emocional. Todos se habían puesto en su contra. Todo porque Annie se fue corriendo a llorar a la cocina por algo que ella había dicho. Y después, su madre también lloró.

¿Qué dije? No recuerdo qué fue lo que dije para causar todo ese revuelo. Por cómo me miraron todos, cualquiera hubiera dicho que yo era un perro haciendo un desastre en la alfombra de la sala.

La lengua es como un fuego...

Ay, Señor, ¿qué dije? A veces, cuando estoy tan alterada que no puedo pensar bien, digo cosas que luego ni siquiera recuerdo.

¿Es eso una excusa?

—Creo que deberíamos ir, Nora.

—Lo último que quiero es ver a mi madre otra vez en una cama de hospital.

—¿Preferirías verla en un ataúd?

Nora se sacudió.

—¿Cómo puedes decir algo así?

—Porque es posible que no te quede mucho tiempo.

Ella escudriñó sus ojos..

—¿Qué dijo Annie? —¿Estaba ocultándole algo?

—Exactamente lo que te dije, pero tengo la sensación de que se acabó el tiempo.

—¿Mi tiempo? —¿Por qué tenía que mirarla así? Como si pudiera ver su interior y entender cosas que ni siquiera ella comprendía. Ella evadió su mirada, incómoda por su escrutinio—. No sé a qué te refieres.

—Sabes exactamente a qué me refiero. Solo que no quieres enfrentarlo. —Rozó suavemente la línea de su mejilla con sus nudillos. La ternura de él siempre la había conmovido en lo profundo de su ser. Lo amaba apasionadamente, aunque no se unieran físicamente durante una semana, o más. Lo admiraba y lo respetaba. Y, a menudo, no podía creer cómo había sido tan afortunada de encontrar un hombre como él, después de dos matrimonios desastrosos. Fred era fuerte, pero su fortaleza no era fruto de exigir que las cosas fueran como él quería ni por creer que siempre tenía la razón. Era producto de algo profundo dentro de él.

Oh, Dios, sé que no soy perfecta. ¡Lo sé! Siempre lo he sabido, cada día de mi vida. Y todo ha empeorado en estos últimos ocho meses, desde que Annie no soportó seguir viviendo conmigo. ¿Necesitaba recibir esa paliza el día de Navidad? Siempre quise ser mejor madre de lo que fue la mía. Siempre quise hacer lo correcto, criar a mis hijos para que fueran mejores que todos los demás. Y lo único que conseguí fue alejar a los que más amo. Dos esposos. Michael. Annie. Me sorprende que Fred no me haya dejado.

Cerró los ojos. Si Fred no hubiera estado con ella el día de Navidad para recoger los pedazos, sabía que al regresar a casa se habría cortado las venas o se habría tragado todo el frasco de pastillas. La habían hecho pedazos y había regresado a casa hecha un mar de lágrimas. Otra vez. Al parecer, siempre que volvía de la casa de su madre lo hacía llorando. A esa casa deberían llamarla la «Casa de los lamentos». ¿Alguien había sido feliz allí alguna vez?

Annie es feliz allí.

—Ya no sé qué hacer. —Levantó la vista hacia Fred—. Siento que nadie en el mundo me ama, excepto tú. —¿Y cuánto le duraría eso? ¿Cuánto tardaría en alejarlo a él también?

—Annie te ama. —Él inclinó la cabeza hacia ella y sonrió; esa sonrisa dulce y bondadosa—. Te amó lo suficiente como para aceptar tu agresión durante dieciocho años.

Por primera vez, Nora no protestó por el duro juicio. Podía aceptar la verdad dicha por Fred porque él no usaba las palabras como un arma. Su tacto, su voz, su lealtad la hacían sentirse segura con él, abrirse. Si cualquier otra persona le hubiera dicho que no había sido una buena madre, le habría dado batalla.

Sin embargo, no era fácil escucharlo. Afectada, cerró fuertemente los ojos y, en su imaginación, vio la mirada en el rostro de su hija antes de que escapase a la cocina. A pesar de lo enojada que estaba, Nora se había dado cuenta de que había destrozado el corazón de su hija. De la misma forma que lo había hecho el día de Acción de Gracias, cuando arrojó a la basura el pavo que Annie había hecho. No había querido enfrentarlo. Había sido Susan quien la abofeteó con la verdad y, de alguna manera, hizo que ahora estuviera dispuesta a escuchar a Fred y sintiera la verdad de su opinión.

Es verdad. Susan tiene razón. Independientemente de lo que Annie hiciera, yo siempre quería que hiciera algo más. Fred tiene razón. Eso fue un abuso. Ay, Dios, es por causa de mi madre que yo soy así.

Y entonces recordó las lágrimas de su madre.

No, no es por culpa de mi madre. Es mi culpa. Ay, Dios, lo es. ¿Por qué me comporto de esta manera?

Porque nunca estás a la altura. Nunca lo has estado, dijo la voz tenebrosa. Y sigues sin estar a la altura.

—¿Qué debo hacer? —El miedo y la angustia la estaban sofocando—. Tengo mucho miedo, y no sé qué hacer.

Fred la tomó de las manos y la levantó de su sillón. La abrazó durante un largo momento.

—Ve al hospital y acompáñalas a las dos. —Ella estaba temblando, le dolía la cabeza—. Te amo —dijo Fred—. ¿Lo sabes?

Pero ¿por cuánto tiempo?

Fred retrocedió y tomó su rostro entre sus manos.

—Mírame, Nora. —Cuando lo hizo, apenas viéndolo a través de las lágrimas en sus ojos, él dijo—: Te conozco mucho mejor que cuando éramos novios. Y te amo más ahora que el día que nos casamos.

—No sé cómo.

Él sonrió con ternura.

—Dios sabe. —La besó como si estuviera sellando una promesa—. Traeré tu abrigo.



Corban se alegró de haberse quedado, especialmente cuando Annie le dijo que había llamado a su madre y a su tío y que ambos estaban en camino. Iba a necesitar todo el apoyo que pudiera conseguir, en especial porque el médico acababa de decirle que no creía que Leota debiera regresar a casa. Lo mejor era que la trasladaran a un hospital de convalecencia, donde recibiría cuidados las veinticuatro horas del día, durante los últimos meses de vida que le quedaban. Al parecer, todo estaba mal en el cuerpo de la anciana. Corban pensó en Leota, haciéndole bromas apenas unos meses atrás.

«Soy como un carro viejo, con el chasis hundido y herrumbroso. Pierdo líquidos y ni siquiera puedo levantarme de mi sillón sin un empujón».

Las lágrimas ardieron en sus ojos. Las contuvo, se las tragó y puso un gesto estoico por el bien de Annie.

¿En qué momento Leota había dejado de ser para él esa vieja arpía y gruñona y se había convertido en Leota, una ancianita a la que amaba? Con las manos apretadas entre sus rodillas, bajó la cabeza y cerró los ojos.

Oh, Jesús... oh, Dios, si realmente estás ahí, en algún lado, por favor, no permitas que Leota muera. Haz que se recupere lo suficiente para que Annie y yo podamos sacarla de aquí y llevarla a casa. Ahí es donde ella quiere estar cuando llegue su hora. Déjame hacer eso por ella.

—¿Te has enterado de algo más?

Al oír la voz de Nora Gaines, él levantó la cabeza bruscamente.

Annie buscó su mano a tientas.

—No. Nada. Dijeron que tardará un rato.

Corban sostuvo firmemente su mano y miró a Nora a los ojos de manera desafiante. Ella también lo miró, pero él no vio ni un indicio de la hostilidad que le había mostrado en Navidad. Simplemente, parecía triste. Y vieja. Era como si hubiera envejecido en los pocos días que habían transcurrido desde la última vez que la vio. Qué raro. De pronto, aunque apenas pudiera creerlo, podía ver algo de Leota en ella. Tal vez fueran sus ojos. Nunca lo había notado antes.

—Vinimos enseguida —dijo Fred. Extendió su mano—. Gracias por ayudar, Corban.

Corban se puso de pie y le estrechó la mano. No veía cómo salir de esto sin ser maleducado y, de paso, lastimar a Annie. Sin embargo, si el tipo estaba echándolo, le convenía pensarlo mejor. No soltó la mano de Annie y volvió a sentarse al lado de ella.

—Me quedaré hasta que sepamos algo más.

—Por supuesto —dijo Fred, asintiendo.

Nora se sentó en una silla frente a Annie. Annie la miró, y luego apartó la vista.

Casi siento pena por la bruja, pensó Corban. Por otra parte, ¿por qué debería hacerlo? Ella se lo buscó. Si Annie nunca vuelve a hablarle, ¿quién podría culparla? Una palabra de Annie sería más de lo que Nora Gaines merecía. Susan Carter le había contado los detalles de cómo había vivido Annie la mayor parte de su vida: como una marioneta manejada por hilos, tironeada de aquí para allá por su madre controladora.

De repente, otro pensamiento afilado como una navaja le cruzó por la cabeza: ¿No eres tú el

tipo que quería meter a todos los viejos en el nivel de pobreza en centros estatales, donde nadie tuviera que lidiar con ellos? ¿No eres tú el que quería sacar a los viejos de la calle y de la vista de todo el mundo? Al fin de cuentas, esta es una sociedad orientada a los jóvenes. ¿Correcto? Los viejos pueden ser un verdadero fastidio.

Tragó con dificultad, luchando contra la oleada de vergüenza que recorrió todo su cuerpo.

Admítelo, Corban. La primera vez que viste a Leota Reinhardt, apenas tolerabas mirarla. Te daban asco sus arrugas, su vestido de poliéster manchado, su casa descuidada en un barrio marginal. Llegaste con todas las respuestas, y querías que ella te las confirmara. Solo para sacar una A en una asignatura de la universidad.

Era cierto. Todo era verdad.

¿Qué es lo que realmente te desagrada de Nora Gaines? ¿Por qué no te detienes a observar bien eso?

Lo hizo. Y en un instante supo qué había despertado tanta animosidad en él. La razón no era tan altruista como la compasión que creía sentir por Annie. Era mucho más personal. Nora Gaines lo había golpeado en su punto débil. Lo había reconocido como lo que era realmente.

«¿Por qué está aquí?». El sarcasmo de su pregunta había dejado al descubierto su consciencia. ¿Para qué había venido? Para usar a Leota Reinhardt, para obtener toda la información que necesitaba y, luego, irse y olvidarse de ella.

Y había algo más.

Nora Gaines le recordaba a Ruth Coldwell. Mientras salía, Ruth le dijo cosas que lo hicieron verse a sí mismo más claramente. Y no le gustó lo que vio. Ella se equivocó en lo que había hecho, pero ¿estaba él más acertado en la manera en que había elegido vivir con ella? ¿Alguna vez pensó en qué consecuencias tendría? Y con Leota, sus buenas obras procedían de motivos puramente egoístas. La desesperada necesidad de ella le había permitido entrar en su vida. Con razón él no le había caído bien al principio.

Corban hizo una mueca. Me parezco más a Nora Gaines que a Annie. Soy egoísta y egocéntrico.

—No debí traerla a este lugar —dijo Annie con voz ronca.

La respuesta de Nora fue rápida y amable:

—Hiciste lo correcto.

—¡No, no lo hice! —Annie se soltó bruscamente de la mano de Corban y se levantó. Caminaba de un lado a otro de la sala de espera—. Debería haber escuchado a la abuela. Ella quería quedarse en casa. Nunca debí traerla aquí.

—Hiciste lo correcto —dijo Nora otra vez.

—Ella necesitaba un doctor, Annie —dijo Fred, asintiendo.

—Creo que sabe que se está muriendo y por eso no quiso decirme que tenía dolores.

—¿Está sufriendo? —preguntó Nora en voz baja.

Annie se dio vuelta y mostró su rostro devastado por emociones contradictorias.

—Hace años que sufre, madre. Un dolor que tú no podrías entender. —Volvió a darle la espalda.

Tenso, listo para el ataque, Corban esperó que Nora Gaines dijera algo hostil y cruel. Pero no dijo nada. Parecía pálida y enferma. O quizás ver que su hermano Jorge entraba a zancadas a la sala de espera le impidió herir otra vez a su hija. Jeanne entró detrás de su esposo, con aspecto cansado y cauteloso.

—Escuchamos el mensaje del contestador automático. —Jorge miró a Fred, a Nora, y luego a Annie. Corban sonrió sombríamente. La mirada de Jorge apenas se percató de su existencia—. Habríamos llegado antes, pero tuvimos que buscar una niñera. ¿Qué dijo el doctor?

—Están haciéndole exámenes en este momento. —Annie se volteó y enderezó sus hombros para mirarlo de frente—. El doctor dijo que tardarían varias horas. —Miró su reloj—. Deberíamos tener novedades en cualquier momento.

Jeanne se acercó a Annie.

—Lo lamento tanto, cariño. ¿Cómo podemos ayudar?

—No hay nada que podamos hacer más que esperar y orar, tía Jeanne —dijo Annie, con lágrimas en los ojos, recibiendo el abrazo y retribuyéndolo.

—Hay muchas cosas que podemos hacer —dijo Jorge resuelto—. Podemos ocuparnos de que madre sea debidamente atendida esta vez.

—Espere un momento... —dijo Corban, levantándose.

—Usted no es miembro de esta familia. —Jorge habló mecánicamente—. Así que no se meta en nuestros asuntos.

—¡Él es mi amigo! —Annie pasó por el lado de Jeanne.

—Y es mi madre de quien estamos hablando.

—Jorge —dijo Jeanne con voz suplicante—. No es un buen momento...

—Es un momento tan bueno como cualquier otro. —Su rostro estaba enrojecido; sus ojos, oscuros—. Creí que lidiarías con tu hija, Nora. Dile lo que hemos hablado.

Nora se inclinó adelante en su asiento y ocultó su rostro.

—Todos estamos alterados, Jorge —dijo Fred con serenidad.

—¡Alterados! Tienes razón, ¡estoy alterado! Regreso de pasar la Navidad con mis suegros y encuentro un mensaje en mi contestador automático diciendo que mi madre está en el hospital, otra vez. Acabo de hablar con el doctor ¡y dijo que probablemente madre haya tenido dolores durante semanas! Si hubiera estado donde quisimos que estuviera desde el principio, ¡habría recibido una ayuda profesional antes de esto!

El rostro de Annie se crispó.

Corban dio un paso adelante.

—¡Oiga, usted! ¿Cómo se atreve a hablarle así a Annie? —Quería asestarle un golpe en su arrogante trasero—. Ella ha estado cuidando a Leota noche y día. ¿Dónde estuvo usted?

—Tengo que ocuparme de mi empresa. Tengo una familia que cuidar. ¡No soy ningún mocoso engreído que pasa por la universidad gracias a un fondo fiduciario!

Corban sintió el rostro acalorado en un instante.

—¡Obvio! —Jorge sonaba ciertamente presumido—. Yo sé todo sobre usted. Especialización en Sociología. El gran ensayo que tenía que escribir. ¿Creyó que no me ocuparía de saber la historia completa del tipo que un día simplemente apareció para ayudar a una ancianita por la bondad que le brotaba del corazón? Contraté a alguien para que lo investigara.

La ira se confundió con la vergüenza.

—Podría haberme preguntado. ¿Qué creyó? ¿Que estaba detrás del descomunal patrimonio de Leota? Ella vive del pago mensual del Seguro Social mientras su hija vive en Blackhawk, y su

hijo...

—¡Váyase de aquí! —bramó Jorge—. ¡O lo echaré yo!



Los trabajadores de la sala de enfermería se miraron unos a otros.

—¿Crees que deberíamos hacer algo? —le dijo una voluntaria a una de las enfermeras. El técnico médico estaba en la sala de suministros, escuchando la conversación acalorada. Negó con la cabeza.

—No se metan. Ya llamé al médico y al capellán.

—Alguien va a necesitar un médico en ese lugar. Hablan como si estuvieran a punto de agarrarse a golpes.

—No será la primera vez —dijo otra enfermera—. Todos tratan de hacer lo que consideran correcto, nadie se hace responsable, y la pobre anciana está entre la espada y la pared.

—No me parece que sea eso lo que está sucediendo —dijo otro miembro del personal—. La nieta quiere cuidarla.

—Abre los ojos. ¿Viste a la chica? No puede tener más de dieciocho años. Todavía es una chiquilla, ¿y ya se supone que tenga esa clase de responsabilidad?

—A lo mejor, si tuviera alguna ayuda... —dijo una enfermera, escribiendo notas en una historia clínica.

—Por lo que escuché, la paciente y su hija han estado distanciadas durante años y el hijo tampoco tiene una buena relación con ella —dijo otra, yendo hacia el botiquín de los medicamentos.

—Pareciera que les importa.

—Ah, seguro que les importa. Internarla y que el estado pague las cuentas. Eso les dejará algo cuando...

—¡Qué cosa tan horrible has dicho!

—¿Cómo sabes tanto? —La otra enfermera devolvió la historia clínica a su archivador.

—¡Lo único que tienen que hacer es escuchar!

—No nos incumbe lo que ellos piensen. Nuestro trabajo es cuidar a la paciente.

El capellán pasó caminando rumbo a la sala de espera.

—Pobre ancianita.

—La nieta quiere hacerse cargo de ella —dijo nuevamente la voluntaria.

—Parece que no conseguirá ayuda de nadie más en esa sala.

La jefa de enfermeras tomó otra historia clínica.

—Bueno, la paciente no estará mucho tiempo aquí.

—¿Morirá?

—Todos moriremos en algún momento, pero no es lo que quise decir. Podría vivir mucho tiempo. Nunca se sabe en estos casos. Pueden sorprenderte. Y los milagros siguen sucediendo. Lo que quise decir es que estamos escasos de camas, y que ella necesitará cuidados a largo plazo. El doctor Patterson pedirá su traslado a un hospital de convalecencia, a menos que la familia llegue a algún tipo de acuerdo.

—Parece que no pueden ponerse de acuerdo en nada.

—Qué triste. —La joven voluntaria se encogió de hombros.

—Es mejor que la alternativa. —La jefa de enfermeras devolvió la historia a su lugar y salió al pasillo a revisar a un paciente.

Una de las enfermeras estaba revisando la historia clínica y los medicamentos que había en sus pequeños vasos descartables. Echó un vistazo al técnico médico que estaba revisando las órdenes.

—¿Qué opinas, Hiram?

—Siento pena por la señora Reinhardt.

Hiram sabía que, a veces, la muerte podía ser una aliada. Podía oír la discusión que continuaba en la sala de espera. Había escuchado a las enfermeras sin aportar su opinión. Apenas una hora atrás le había extraído sangre a Leota Reinhardt. No le resultaría difícil tener acceso al informe médico y ver cuál era el diagnóstico.

Ya había ayudado a pacientes terminales anteriomente. Tal vez podría ayudar a Leota Reinhardt también.



Leota supo que algo estaba mal desde el instante en que Annie entró a la habitación. Aunque su nieta sonreía animadamente, Leota pudo ver sus párpados hinchados y enrojecidos. Estaba fingiendo que todo estaría bien.

Annie le tomó la mano.

—Te sacaré de aquí tan pronto como pueda, abuelita. —Su boca tembló y le costó tragar—. Haré todo lo que tenga que...

—¿Están causándote problemas?

—Solo estamos resolviendo algunos detalles.

Leota vio el sufrimiento en los ojos de Annie, la tensión. Vio otras cosas también, cosas que nunca había notado en las semanas que había pasado bajo los cuidados de su nieta. Qué pena que hubiera tenido que padecer un derrame para saber cómo era tener una hija amorosa. Annie era todo lo que Leota hubiera esperado que fuera Eleonora: bondadosa, amable, desinteresada, sincera, alegre. Eleonora había sido una niña muy dulce, deseosa de agradar. Las circunstancias la habían echado a perder. La pobre Eleonora había aprendido a guardar el dolor escondiéndose dentro de sí misma. Quizás alguien podría atravesar los muros y sacudirla para que saliera de su encierro. Quizás entonces, Eleonora sería la mujer que Dios quería que fuera.

Pase lo que pase, Dios mío, no dejes que arruinen a Annie. No permitas que la amargura se arraigue y ahogue su fe. Señor, ¿harías eso por mí? Rodea a mi nieta con un seto alto. Levanta una muralla. Coloca ángeles en las torres de vigilancia. Yo Te fallé. No pude criar a una hija conforme a Tu corazón. Qué ironía que Eleonora sea quien lo hizo. No, eso tampoco es correcto. No debo pensar así. Fuiste Tú. Tú, todo el tiempo, Señor. Fuiste Tú quien hizo este milagro.

—¿Abuelita? —Annie estaba examinando su rostro.

Leota trató de concentrarse. No debía permitir que su mente divagara tanto.

—No te preocupes por mí. Pase lo que pase, cielo, ya sabes quién lleva ventaja.

Los ojos de Annie se iluminaron, se llenaron de cariño, brillaron.

—Te amo, abuelita. Te amo mucho. —Una letanía del corazón.

—Yo también te amo. —Leota no tenía palabras para decirle a Annie cuánto habían significado para ella los últimos meses. Después de tantos años vacíos y solitarios. Y luego, el idilio—. Preciosa... preciosa... —No quería pensar en la tormenta que se avecinaba.

Señor, estoy demasiado vieja y enferma para vestirme para la batalla. Tendrás que ponerme Tú la armadura.

—El doctor dijo que te dio algo que te ayudará a descansar, abuelita. Yo regresaré en la mañana. —Annie se agachó y la besó. Alguien le habló desde la puerta. Annie levantó la vista, asintió, y entonces la miró de nuevo—. Tengo que irme, abuelita. Aguanta, por favor. No te vayas a casa con el Señor todavía.

Jorge vino a continuación. No dijo gran cosa, pero Leota pudo sentir la tensión que irradiaba. La ira contenida. ¿Le había causado molestias otra vez? ¿Qué hora era? Quizás debía estar trabajando, en lugar de estar visitando a su madre en el hospital. Jeanne se acercó. ¿Por qué había una expresión tan avergonzada en su cara? ¿Qué estaba pasando? Jorge y Jeanne le desearon buenas noches y se fueron.

Después, entraron Eleonora y Fred. Vaya, es la reunión familiar de siempre. Están todos

menos los nietos. Leota nunca había visto tan desconsolada a su hija. Fred rodeaba sus hombros con su brazo mientras se acercaba. Cuando Eleonora puso su mano sobre la de su madre, las emociones inundaron a Leota.

Oh, Señor, se está ablandando. Ay, Señor, Señor... por fin está sucediendo. Así es.

Leota lloró.

¿Cuánto hacía que su hija no la tocaba? Lo último que Leota deseaba era ahuyentar tan pronto a su hija, pero parecía que no podía contener el diluvio. Annie dijo que era por el derrame. Las emociones ya no podían refrenarse.

El rostro de Eleonora se convulsionó. Se volteó un poco, pero Fred la hizo girar de nuevo, susurrándole palabras de ánimo. Antes de que Eleonora pudiera decir algo, una enfermera entró a la habitación.

—Disculpen, pero el doctor dijo que es mejor que la señora Reinhardt descanse ahora. Pueden regresar mañana a visitarla.

Eleonora había recuperado el control. O así parecía, hasta que bajó la vista, apenas mirando a Leota.

—Buenas noches, mami.

Mami. No decía esa palabra desde que era una niñita. Mami. ¡Mami!

Leota recordó a su pequeñita, llamándola a gritos mientras la sostenían fuertemente los brazos de Helene Reinhardt. «¡Mami! ¡Mami! ¡No te vayas!».

Leota quería viajar hacia atrás en el tiempo. Estiró la mano hacia Eleonora, pero ya se había dado vuelta. Oh, Dios, dame unos minutos más con ella. ¿Por qué esa enfermera no podía darles cinco minutos más? ¡Los milagros ocurrían en menos tiempo que eso! Leota había visto el espíritu quebrantado de Eleonora. ¿También estaba contrita? Levantó débilmente la mano de la cama.

—Ellie...

Fue Fred quien se dio cuenta del gesto. Se inclinó y tomó su mano entre las suyas.

—La traeré de regreso mañana en la mañana, Leota. No pierda la fe. —Le besó la mano como un caballero y, después, se fueron.



Annie abrió la puerta del carro. Corban estaba con ella y podía sentir la ira que él irradiaba. Todavía estaba furioso por la escena en la sala de espera. Cuando escuchó despotricar al tío Jorge, se preguntó si ella estaba equivocada y él tenía razón. A lo mejor estaba siendo desconsiderada e inmadura. Luego, vio a la abuelita Leota en esa cama de hospital. No podía soportar la idea de dejarla que viviera lo que le restaba de vida en un hospital de convalecencia, cuando ella podía llevarla a casa y cuidarla.

Señor, sé que no va a ser fácil. Padre, sé que estoy casi extenuada y que necesito más ayuda. Jesús, ayúdame a hacer con sabiduría lo que necesito hacer. No puedo actuar sola. A lo mejor es cierto eso que dijo el tío Jorge de que tengo un complejo de mártir. Si es así, cambia mi actitud y ayúdame a discernir.

Llamaría a Maryann Carter y conseguiría una lista de profesionales que pudieran ayudar. Hablaría con el banco para pedir una hipoteca inversa, o lo que fuera necesario.

Corban la tomó del brazo.

—¿Segura de que estás bien como para conducir, Annie?

—Estoy bien, Corban. Gracias por apoyarme en esto.

—Todavía no ha terminado, Annie.

—Lo sé. Es por eso que me voy a casa. Iré a orar y a hacer algunas llamadas telefónicas, y luego me acostaré a descansar. Mañana en la mañana volveré y sacaré a la abuela de aquí.

—¿A qué hora?

—Generalmente, la abuelita duerme hasta las ocho.

—Estaré aquí a las siete y cuarenta y cinco. Si tenemos que meterla en una bolsa mortuoria para sacarla a escondidas, lo haremos.

Annie dejó escapar una risa frágil.

—Ella se prestaría a eso, estoy segura. Iría con su sentido del humor. —Tomó la mano de él entre las dos suyas—. Gracias, Corban. —Vio que algo titiló fugazmente en sus ojos. Un poco arrepentida, lo soltó. No quería darle una impresión equivocada—. Te veo mañana en la mañana. —Entró en su carro. Él cerró la puerta y dio un paso atrás mientras ella se abrochaba el cinturón y arrancaba el motor. Le hizo adiós con la mano, retrocedió en su espacio del estacionamiento y se dirigió a la salida. Cuando salió del predio, miró por el espejo retrovisor. Corban seguía parado en el mismo lugar, observándola.



—¡Nora! —la llamó Fred cuando lo dejó hablando con el doctor Patterson y echó a caminar por el pasillo. En lo único que podía pensar era en encontrar a Annie antes de que se fuera. Nora caminó tan rápido como pudo por el pasillo, yendo hacia el elevador. Fred la alcanzó cuando las puertas se abrían—. Cariño, espera un minuto...

—No puedo esperar. Tengo que hablar con Anne-Lynn. —Entró al elevador y apretó el botón.

Apenas se abrieron las puertas otra vez, salió corriendo hacia la entrada del hospital. La gente se quedó mirándola. No le importaba lo que pensaran los demás. No quería que su hija se fuera sin hablar con ella. Jamás había visto a Annie tan desgarrada ni tan llena de desprecio. ¿Cómo pudo Jorge arremeter así contra Annie? Si no hubiera sido por la intervención del capellán, Nora le habría dicho a su hermano lo que pensaba de su diatriba.

El aire frío la azotó apenas salió por las puertas automáticas. Ajustándose el abrigo, echó un vistazo al estacionamiento y vio a Corban Solsek caminando junto a una hilera de carros. Estaba solo. Su corazón dio un vuelco.

Fred vino detrás de ella y puso una mano debajo de su codo.

—Se fue, Fred.

—Verás a Annie mañana en la mañana.

—No puedo dejar las cosas como están. ¿Viste la expresión de su rostro?

—La vi —dijo él sombríamente—. ¿Qué quieres hacer?

Nora se ajustó más el abrigo forrado en piel. Sin embargo, el frío se coló rápidamente. Sintió que se estremecía por dentro.

—Anne-Lynn tuvo todos estos meses para escuchar la versión de todas las cosas del lado de mi madre. Quiero que entienda mi versión.

—Quizás deberías esperar, cielo. Está afligida.

Se dio vuelta y lo miró.

—Yo también estoy afligida. Es mi madre la que está ahí. —Ella entendió la mirada tranquila que le dirigió. Ya era hora de que te dieras cuenta de eso. Ella emitió un frágil sollozo y cerró los ojos—. Nunca pensé que me sentiría así por perderla, pero me está desgarrando por dentro. Nunca deseé que se muriera. —¿Segura que no? —. Madre nunca se preocupó por mí. Y me doy cuenta de que Annie piensa que ella no me importa. Y claro que me importa. ¡Me importa!

—Yo sé que sí. —Él la rodeó con sus brazos.

Se apartó de él.

—¡Quiero que ella lo sepa! Quiero que Anne-Lynn entienda cómo fue vivir en esa casa. Si mi madre se muere ahora, ¿crees que mi hija querrá escuchar alguna vez mi parte de la historia? Tengo que hablar con ella ahora. —Metió la mano en su bolsillo para buscar un pañuelo desechable y no encontró uno. Fred le entregó su pañuelo recién lavado.

Las personas caminaban alrededor de ellos. Fred la tomó del brazo y la apartó con delicadeza. El viento subía desde la bahía.

—Por favor, Fred —dijo Nora, sintiéndose desesperada. Él vio cada día de sus cincuenta y siete años.

—Está bien. —La rodeó con el brazo y caminaron juntos por el estacionamiento hasta su Lincoln. Cuando le abrió la puerta, le dijo—: Cuando empieces a hablar, Nora, recuerda que esta puede ser la última nave. Trata de no quemarla.



Annie no había parado de llorar durante todo el camino de vuelta a la casa de Leota. Estacionó el carro en el camino de entrada, lo cerró y entró a la casa. Encendió la luz de la cocina antes de echar llave a la puerta trasera y cerrar la pequeña lavandería.

A lo largo de todo el camino a casa le suplicó a Dios que le diera sanidad al cuerpo de la abuelita para poder tener más tiempo con ella. Y, si esa no era Su voluntad, le rogó que pudiera traer a Leota para que muriera en casa.

Sería mejor que hiciera algunas tareas del hogar o algo para tranquilizarse, antes de llamar a la madre de Susan y pedirle ayuda. Tenía que librarse de esta sensación de pánico que tenía en la boca del estómago.

Padre, por favor. Ayúdame, Jesús. Espíritu Santo, dame sabiduría. Dame las palabras para convencer...

El timbre sonó.

Annie gimió. Ay, Dios, no quiero ver a nadie. No quiero hablar con nadie. Necesito limpiar la cocina. La sartén con los huevos revueltos solidificados estaba volcada en el fregadero; los platos y los cubiertos sucios todavía estaban sobre la mesa de la cocina. Raspó los huevos sobre el cesto de la basura que había debajo de la encimera. Colocó la sartén debajo del grifo, abrió el agua caliente y echó un poco de detergente al chorro.

El timbre sonó otra vez.

Probablemente era Arba. Generalmente venía en la noche a saludar y estar unos minutos con Leota. Ay, Señor, ¡me olvidé de los niños! Hoy vendrían a la casa. Cerró el grifo y caminó rápidamente hacia la sala. Encendió la luz del porche, miró hacia afuera a través de la cortina, y entonces retrocedió conmocionada. Enseguida vino una ira fría.

—¡Vete, madre! ¡Déjame en paz!

—Anne-Lynn, necesito hablar contigo.

—¡Yo no quiero hablar contigo! ¡No me importa si no vuelvo a verte nunca más! —Se dio vuelta y regresó a la cocina. ¿Cómo podía su madre venir aquí ahora? Se había quedado callada en la sala de espera, dejando que el tío Jorge despotricara. «Tu madre está de acuerdo con...» había dicho tío Jorge. «Ibas a lidiar con tu hija. ¿Llamaste al abogado?». Su madre, la traidora.

El timbre sonó otra vez.

Annie se paró junto al fregadero de la cocina, temblando. Volvió a abrir el grifo. Dejó correr el agua hasta que el fregadero estuvo casi lleno. Cerró los ojos y oró fervientemente: Dios, haz que se vaya. No tengo ganas de verla ahora. Señor, ayúdame a controlar mi temperamento. Jesús, ya no soporto más. Creo que la odio, después de esta noche. La odio tanto como ella odió a la abuelita Leota todos estos años.

Ante ese pensamiento, la conmoción la recorrió como una corriente helada. Oh, Señor. ¿Así será esto? Que nunca lo sea. Solo Te pido que se vaya. Haz que se vaya hasta que esté más calmada. Por favor, que se vaya hasta que pueda pensar.

Aspiró una bocanada de aire por la nariz y la soltó lentamente por la boca. Era una técnica que le había enseñado su profesora de piano para que calmara sus nervios antes de un concierto. Su corazón palpitaba con fuerza y se sentía muy acalorada. ¿Sed de sangre en lugar de la sangre purificadora?

¡Jesús, ayúdame!

El timbre sonó otra vez.

Algo estalló dentro de ella.

—Muy bien, madre. ¡Si así es como quieres que sea la cosa! —Volvió a la sala a trancazos, destrabó la cerradura y abrió la puerta violentamente—. ¿Alguna vez se te ocurrió que, quizás, no tenía ganas de verte esta noche? —Apretó los dientes antes de gritar—: ¡O nunca más!

—Anne-Lynn, por favor, necesito hablar contigo.

—Nunca sabes cuándo dejar en paz a la gente, ¿cierto?

—Esta es la única vez...

—Siempre tienes que hacer las cosas cuando es tu momento y de la manera que tú quieres, sin que te importe cómo se sientan los demás.

—Annie. —La voz de Fred llegó desde atrás de su madre—. Por favor, escucha a tu madre.

La expresión en su rostro golpeó la consciencia de Annie. Fred siempre la había tratado con el mismo cariño que a su propia hija, si hubiera tenido una. No era justo meterlo en el medio de esto. Cediendo, destrabó la puerta mosquitera y retrocedió para que pudieran entrar.

—Cinco minutos, madre. Es todo.

—¿Cinco minutos es lo único que puedes dedicarle a tu propia madre?

¿Cuántas veces había oído Annie el mismo gimoteo sarcástico de autocompasión en la voz de su madre? Annie la miró.

—Ya perdiste treinta segundos.

Su madre pestañeó y se sentó despacio en el sofá.

—Mi madre te ha puesto en contra mía.

—Mira quién habla; especialmente teniendo en cuenta todos los años que hiciste todo lo posible por llenarme la cabeza en contra de la abuelita Leota. —Su madre pareció impactada y, después, devastada, pero Annie ya había visto esa mirada anteriormente. ¿Cuántas veces había usado esa mirada contra ella?

¿Cómo pudiste sacar una B+, Anne-Lynn? Estoy tan decepcionada de ti. Si necesitabas ayuda, ¿por qué no me lo dijiste? Habría contratado a un profesor particular... ¿Qué quieres decir con que deseas dejar de ir a la gimnasia artística? La fisioterapeuta dijo que podrías competir el año próximo... Si te dedicaras apenas un poquito más, Anne-Lynn, podrías tocar esa pieza sin la música... La hija de Verónica es la líder de las animadoras. ¿Cómo te conformas con ser una porrista más?

Annie batalló contra el rensentimiento que se sublevaba dentro de ella, contra el dolor que a veces casi la había abrumado. El año en que Susan la invitó al campamento de su iglesia, ella había contemplado la idea de suicidarse. Si no hubiera conocido al Señor ese verano, ni siquiera estaría viva ahora. ¿Sabía su madre cuánto la había presionado?

—Nunca quise ponerte en contra de nadie, Anne-Lynn.

—Por supuesto que no. —La amargura brotó de Annie a pesar de sus esfuerzos por refrenarla —. Solamente aprovechabas cada oportunidad que tenías para contarme lo terrible que había sido tu niñez y cómo tu madre había sido tan horrible. Te asegurabas de que nunca pudiera pasar tiempo con ella. ¡Que Dios no permitiera que yo pudiera llegar a conocer a mi propia abuela!

—Annie —dijo Fred otra vez con su voz dulce—. ¿A quién estás sirviendo en esto?

Eso bastó para frenarla inmediatamente. ¿A quién estoy sirviendo? Ay, Señor, Señor...

—Vine aquí a explicarte cómo me sentía... —La voz de su madre se quebró.

—¡Por favor, madre! —dijo Annie, agotada y entristecida—. Me dijiste cien veces cómo te sentías. Abandonada. No querida. Descuidada. Y le pagaste con la misma moneda a la abuelita Leota.

—Lo dices como si me hubiera vengado.

—¿No fue así? Apenas pudiste, te fuiste.

—Me casé.

—Te casaste miserablemente. También me contaste eso. El desdichado padre de Michael. Y que fue culpa de la abuelita que te fueras tan joven de casa. No era ningún secreto que la odiabas.

—¡Yo no la odio!

—Qué fácil decirlo. Nunca te vi hacer nada por ella, en mis dieciocho años de vida. Puedo contar con los dedos de ambas manos la cantidad de veces que vinimos aquí, y siempre nos mandabas afuera a Michael y a mí, ¡como si la abuelita tuviera un tipo de enfermedad que no querías que nos contagiara! Y a la media hora te daba uno de tus convenientes dolores de cabeza y todos teníamos que irnos a casa. Hablabas mal de ella todo el camino de regreso...

—¡No puedo estar en esta casa sin recordar cómo fue vivir aquí!

—Me encanta estar en esta casa. Me encanta estar con la abuelita Leota.

El rostro de su madre se contrajo como si Annie la hubiera abofeteado.

—No entiendes.

Annie había visto lo que la amargura y el resentimiento habían hecho con su madre. Ay, Dios, no dejes que llegue a ser como ella. Estoy tan furiosa que podría destruirla, y me alegraría. ¿Y después qué? Viviría el resto de mi vida con ese remordimiento, porque la quiero. Es mi madre, Dios, ayúdame. Oh, Señor, por favor, ilumina mi camino. Quédate con nosotros aquí, Señor. ¡Te necesitamos!

Dejó salir el aire.

—Abuelita Leota también tiene recuerdos, madre. Estaba dolida. Tú no sabes nada de lo que sucedía.

«Eleonora y Jorge no entendían, y no era mi secreto para que lo dijera».

Su madre se puso rígida.

—¿Y tú sí?

Fred apoyó su mano sobre la de su madre.

—Quizás si nos lo contaras, Annie...

—Ella no escucharía, Fred.

—Escucharé —dijo su madre, con rabia—. Yo escucharé, si tú escuchas.

—Ya escuché, madre. Escuché tu versión de la historia toda mi vida. ¿Quieres que repita lo que sé? Tenías tres años cuando Leota te entregó a la abuela Helene. Entonces se fue tranquilamente a trabajar como una mujer soltera, y a disfrutar su propia vida sin siquiera voltear a mirar por encima del hombro a los hijos que había abandonado. Y cuando estaba en casa, lo único que le importaba era su jardín. Nunca se interesó por ti. Lo único que le importaba era ella misma. —Furiosamente, Annie limpió las lágrimas en su rostro—. ¿No es eso lo que ibas a decir?

El rostro de su madre volvió a contraerse y las lágrimas llenaron sus ojos.

—Así fueron las cosas.

—No, no fueron así. Así fue como las percibías a través de tus ojos de niña.

—La abuela Helene dijo que ella...

—No te atrevas a echarle toda la culpa. ¡Está muerta! No puede defenderse. Y por lo menos, ¡al final tuvo la decencia de descubrirlo todo por sí misma! —Annie apenas podía creer que las palabras hubieran salido de su boca.

Su madre miró a Fred, con el rostro estrujado.

—Te dije...

—Annie. —Fred la miró, suplicante—. Por el amor de Dios, es tu madre.

Ella se llenó de vergüenza.

«Honra a tu padre y a tu madre...».

Estoy volviéndome igual a mi madre. Annie se dejó caer en el sillón reclinable de su abuela. Ay, Jesús, perdóname. Estoy martillando los clavos sobre Tus manos una y otra vez. ¿Qué clase de testimonio soy de Tu amor? ¿Qué puedo hacer para corregirlo?

Perdónala.

Sus manos se aferraron a los apoyabrazos. Lo hago, Padre. Ay, Señor, lo hago, pero no puedo decirlo, porque ella no entenderá por qué estoy perdonándola. ¿Cómo podría entenderlo? No sabe lo que hizo. No sabe ni la mitad. Siento como si me hubiera desvanecido.

Levántate.

Estoy sentada en las tinieblas.

Déjame ser tu luz.

Y la luz es la verdad.

¡La verdad!

De pronto, con una calma interior, Annie supo qué decir.

—Mamá, nunca entendiste lo que estaba sucediendo.

Su madre levantó los ojos. Parecía desolada.

—¿Qué no entendí? Mi madre no me quería.

—Estás muy equivocada. Ella sacrificó todo por ti y por tío Jorge. El motivo por el que la abuelita se mudó aquí, en primer lugar, fue para hacerse cargo de las necesidades de ustedes. No tenía dinero suficiente para mantenerlos a ustedes y a sí misma, y el abuelo Reinhardt no conseguía empleo.

—¡Eso es mentira, Anne-Lynn! Mi abuelo salía a trabajar todos los días.

—Él se iba de la casa todos los días. Y se sentaba en un banco del parque Dimond. Era alemán, madre. Piénsalo detenidamente. Era un inmigrante con un fuerte acento alemán, durante la Segunda Guerra Mundial. Nadie quería contratarlo. Estaba usando los pocos ahorros que tenía. Sabía que iba a perder la casa. Y después, ¿qué pasaría? Entonces le escribió a tu padre, que estaba sirviendo fuera del país, y le pidió ayuda. Tu padre le escribió a la abuelita Leota y le

contó la situación. Ella tenía sus propias dificultades económicas para llegar a fin de mes con la asignación militar, criando sola a sus dos hijos. Así que se mudó aquí y salió a trabajar. Pensó que era la única manera en que todos podrían salir adelante. Era ella quien pagaba la casa, la comida, los servicios públicos y la ropa de todos los que vivían aquí.

Su madre parecía asustada.

—Pero la abuela Helene decía que mi abuelo era ingeniero.

Annie se preguntó si su madre habría escuchado una palabra de lo que había dicho.

—No tengo dudas de que era ingeniero, madre, pero no un ingeniero con empleo. Tu abuela no sabía que no podía conseguir trabajo. A él le daba mucha vergüenza decírselo. Salía todos los días a buscar trabajo, hasta que se dio cuenta de que nadie quería contratarlo.

—Si todo eso era cierto, ¿por qué mi madre no se lo contó a la abuela Helene? —dijo de manera casi desafiante—. La abuela le decía las cosas más espantosas a madre, y ella nunca dijo nada de esto.

—Porque el bisabuelo Reinhardt era su único amigo en esta casa. Si ella le hubiera dicho la verdad a tu abuela, ¿qué habría logrado? Podría haberse vengado de tu abuela, pero, al hacerlo, habría humillado a tu abuelo. Por eso se quedó callada. Creyó que todo se resolvería cuando tu padre volviera a casa. ¿Recuerdas lo que pasó? Cuando la guerra terminó y tu padre regresó a casa, tu abuelo puso la casa a su nombre. ¿Por qué haría eso, mamá, si lo que dijo la abuela Leota no fuera cierto?

Su madre cerró los ojos.

—Recuerdo la noche que sucedió eso. La abuela Helene gritó y lloró y dijo que mi madre era una zorra y una ladrona. Dijo que mi madre era anormal porque no quería a sus hijos. Jorge y yo nos escondimos bajo nuestras colchas y lloramos.

El corazón de Annie sintió dolor por la niña asustada que debía haber sido su madre.

Su madre dejó escapar un suspiro tembloroso.

—Y mi padre. Yo le tenía terror. Era muy pequeña cuando se fue; no lo reconocí cuando volvió a casa. Era muy alto, robusto y rubio, y tenía unos ojos azules muy fríos. Como uno de esos alemanes arios de los que se lee. —Su rostro estaba blanco; su mirada distante mientras recordaba—. Una vez se enojó tanto que atravesó la pared con el puño. Esa, la que está junto a la puerta de la cocina. —Su boca se curvó—. Siempre perdía los empleos por su temperamento. Y después, por la bebida. Se convirtió en un borracho holgazán.

Al escuchar la descripción, Annie dejó escapar un sollozo doloroso. Nunca había conocido a su abuelo, pero le dolía el corazón por él.

—Tu padre era un carpintero profesional, cuya vida fue destruida por la guerra. Sus padres le pidieron que buscara a sus parientes cuando llegara a Alemania. Él lo hizo. Y encontró a algunos. —Ay, Señor, ayúdala a escuchar esto y a ponerse en el lugar de su padre lo suficiente como para que entienda—. Trabajaban para uno de los campos de concentración. Eran los proveedores de los soldados que exterminaban a los judíos. Tu padre era el traductor de su unidad. Cuando sus parientes le suplicaron piedad, él y otro tipo de su unidad les dispararon. La abuelita Leota dijo que le habló una sola vez del tema, y nunca más volvieron a hablar de la guerra.

El rosto de su madre estaba pálido.

—Recuerdo que la abuela Helene le preguntó cosas en alemán, y él dijo que no había encontrado nada.

—¿Alguna vez volvió a hablar en alemán, mamá?

Su madre cerró los ojos con fuerza.

—No. Una vez, la abuela le preguntó por qué no quería hablarlo y él dijo que quería olvidar que era alemán.

—Estaba avergonzado. No entendía que los alemanes no eran los únicos capaces de cometer atrocidades. Es la raza humana. Bajo la fachada de la civilización, la carne es débil y propensa a toda clase de pecados. Así seríamos todos, si no fuera por la gracia de Dios.

—¡Nunca supe nada de esto! —gritó su madre.

—La abuelita Leota dijo que no eran sus secretos. La bisabuela Helene debe haberse enterado de algo, porque la abuelita Leota dijo que hubo un cambio en ella poco tiempo después de que tu abuelo murió. Finalmente, él debe habérselo dicho antes de morir. Si no le contó todo, al menos la parte de que la abuelita Leota pagó la casa. No creo que nadie, excepto Leota, haya sabido lo que pasó en Alemania. Sea lo que fuera que tu abuelo le dijo a la abuela Helene, después de que fue sepultado, ella jamás volvió a decirle una palabra desagradable a la abuelita Leota. Hicieron las paces. La abuelita dijo que, al final, se quisieron.

Su madre lloraba amargamente.

—Siento como si la abuela Helene me hubiera envenenado.

—Quizás lo hizo. Como tú intentabas hacérmelo a mí, madre.

—No lo digas. Por favor, no digas eso.

—Es hora de que lo enfrentes. ¡Muestra un poco de compasión! Todas las cosas que la abuela Helene te dijo porque no sabía nada de la abuela Leota, tú me las repetiste. No una vez, mamá, sino una y otra vez, año tras año. Esta es tu oportunidad para cambiar las cosas entre tú y abuelita Leota. No la tendrás para siempre.

La aflicción y la vergüenza inundaron los ojos de su madre.

—¿Por qué mi madre no me dijo todo esto hace años?

Los ojos de Annie se llenaron de pena.

—Ay, mamá, lo único que tenías que hacer era preguntar.



El técnico médico entregó al laboratorio que estaba en la planta baja las probetas con sangre que había extraído de varios pacientes. Una técnica estaba mirando a través de un microscopio. Se incorporó, se frotó la nuca y levantó la vista hacia él con una sonrisa.

—¿Cómo estás, Hiram?

—Muy ocupado. —Él terminaría su turno en dos horas más—. Este es mi descanso de la cena. Creo que necesito una buena carga de cafeína.

Ella volvió a concentrarse en el microscopio.

—Tráeme una taza, si te acuerdas. Y un brownie, si tienen alguno.

La cafetería estaba casi vacía, lo cual le venía bien a Hiram. Necesitaba estar solo para pensar. Caminando por el mostrador con el frente de vidrio, eligió el pastel de carne con puré de papas, maíz, una porción de pastel de manzana y un café. Ubicó una mesa en el rincón del fondo y se acomodó. Desde donde estaba sentado tenía una visión completa del salón. Le gustaba poder ver quién entraba y salía.

Encontró el tiempo y la oportunidad para leer la historia clínica de Leota Reinhardt. Luego de completar el curso de pre médicas en la universidad, siempre había soñado con ser doctor. Lamentablemente, sus notas no llegaron a calificar para ingresar a la Facultad de Medicina. Además, el año anterior había tenido que abandonar la universidad y ayudar a su madre a cuidar de su padre, quien había desarrollado la enfermedad de Alzheimer. Finalmente lo habían internado en un hospital de convalecencia.

Cada vez que llevaba a su madre a visitarlo, ella volvía a casa hecha un mar de lágrimas porque la mente de su padre estaba tan ida que ni siquiera la recordaba. Le rompía el corazón. Quizás si se hubiera llevado mejor con su padre habría sentido lo mismo.

Su padre había contraído neumonía dos veces. En ambas ocasiones, él había intentado convencer a su madre de que dijera en el hospital que no tomaran medidas heroicas para salvar al anciano.

—No puedo hacer eso. Es mi esposo. Es tu padre. —Ya no lo es, quería decir él. Todo lo que alguna vez había sido el hombre que fue su padre había desaparecido hacía mucho tiempo. Hiram había comenzado a aborrecer ir a ese hospital de convalecencia. Había comenzado a sentir odio al ver a ese viejo enfermo que solo era el caparazón de un ser humano.

Él sentía tristeza por la familia de Leota Reinhardt. Ella estaba semiparalizada por el derrame. A eso había que sumarle el cáncer, la insuficiencia cardíaca congestiva, la artritis y algunos otros problemas menores como estar a punto de desarrollar anemia. No valía la pena que viviera. Si lograba sobrevivir, su nieta, una verdadera hermosura, se pasaría el próximo año, o dos o más, trabajando noche y día para cuidar a una anciana que ni siquiera podría tener una conversación inteligible con ella. De todas maneras, y considerando cómo estaba reaccionando el resto de la familia, parecía que la vieja no había sido muy buena. Nadie, aparte de la nieta, la extrañaría.

Cada año había más ancianos. La gente vivía cada vez más tiempo. Todo estaba perfecto si estaban sanos, pero, lamentablemente, la mayoría no lo estaba. Cada año veía a más ancianos internados en el hospital, llenando las camas y gastando los dólares recaudados por los impuestos que pagaban él y su generación. Había leído que casi el 30% del dinero del Seguro Social se destinaba al cuidado de personas durante su último año de vida. ¡El 30%! Había leído que para el año 2040, se desembolsaría el 45% para mantener con vida a estas personas unos meses más.

No tenía sentido.

De hecho, a él le parecía cruel. Era cruel hacer que los viejos vivieran más tiempo. Era cruel

que los jóvenes pagaran por eso. Solo había que mirar las caras de los parientes después de una visita para saber que era una agonía ver a un ser querido deteriorarse lentamente y morir. ¿Acaso no lo sabía él por experiencia personal? Algunos de sus pacientes parecían cadáveres en descomposición que, por algún accidente de la naturaleza, aún respiraban. Olían mal.

Sacrificaban a los animales. ¿Por qué no a los seres humanos?

Odiaba ver cómo sufrían las personas.

Las personas deberían poder morir con dignidad.

Si el gobierno podía destinar fondos para los abortos de los trabajadores y los beneficiarios de las prestaciones sociales, ¿por qué no brindarles una muerte digna a los ancianos? A él le parecía perfectamente razonable. Los argumentos eran los mismos. Él llevó el pensamiento más allá, le dio unas vueltas más. Si la gente no quería desembolsar dinero para mantener a los bebés víctimas de las drogas o a los niños nacidos en la pobreza, o los bebés que nacían con discapacidades, ¿por qué querrían financiar los cuidados a largo plazo de las personas que ya no podían cumplir con su parte de la carga laboral?

Lo fastidiaba la cantidad de dinero que tenía que pagar en impuestos cada año. Cuanto más ganaba, más se llevaba el gobierno. ¿Y adónde iba a parar? A los parásitos. ¿Cuánto hacía que Leota Reinhardt había trabajado y aportado sus impuestos al sistema? ¿Dos décadas? Además, ¿cuántos miles de dólares del dinero de los contribuyentes se gastarían para mantenerla viva unos meses más?

Deberían calcularse los beneficios y las cargas.

No estaba bien prolongar la vida. Él veía personas que sufrían lo indecible por el cáncer, un enfisema o la diabetes, donde el cuerpo moría poco a poco. Y los familiares sufrían a la par de ellos. Como sufría él. Como sufría su madre. Con todo lo que se decía de la muerte como parte de la vida... Si eso era cierto, entonces ¿cuál era el problema de ayudar a las personas en el proceso?

Había oído el griterío suficiente desde la sala de espera para saber que Leota Reinhardt no quería terminar en un hospital de convalecencia. La familia no estaba dispuesta a hacerse cargo de la atención médica domiciliaria, excepto la chica, que no sabía en qué se estaba metiendo. Y el tipo que gritaba no quería ver que toda la herencia se desviara al pago de enfermeras privadas a domicilio durante tanto tiempo como la anciana viviera.

Esa chica hermosa debería estar saliendo a bailar y pasándola bien, en lugar de cargar con una vieja enferma que nunca iba a mejorar.

Una inyección. Era lo único que se necesitaba. Y se acabaría todo el sufrimiento de Leota Reinhardt.

Nadie tendría que enterarse siquiera.

Levantó la vista y miró alrededor del salón, vagamente incómodo, a la defensiva. A veces sentía como si alguien estuviera observándolo... como si alguien pudiera leer sus pensamientos. Qué lástima que no pudiera decir lo que pensaba sin poner en riesgo su trabajo. Él era más compasivo que la mayoría; le importaban los pacientes y odiaba ver sufrir a la gente. ¿Por qué debía sentirse culpable por querer ayudar a que un paciente muriera dignamente?

La primera vez había sido difícil. Se sintió enfermo durante días después de hacerlo. Enfermo por la culpa, por el temor, por sentimientos que ni siquiera podía identificar. Pero lo había superado. Pensaba en eso todo el tiempo y en los motivos por los que lo había hecho. Era lo correcto; él sabía que era correcto hacerlo. Había tomado la decisión luego de oír al pasar a la hija de veinte años de la paciente gritándole al doctor: «¿No puede hacer algo? ¿Por qué tiene

que sufrir de esta manera?».

El doctor no había tenido las agallas para hacer lo que debía haberse hecho semanas antes. Pero él sí. Durante las horas tranquilas del turno de la noche, cuando todas las visitas se habían ido y las enfermeras estaban trabajando en las historias clínicas y haciendo el recuento de medicamentos, él había entrado a la habitación y le había puesto una inyección a la paciente. Ni siquiera había abierto los ojos. Había muerto con dignidad.

La segunda vez había sido un poco más fácil y, con cada una después de esa, pasaba cada vez menos tiempo sintiendo otra cosa que no fuera alivio. Había ayudado a diez pacientes en un hospital de California del Sur; la mayoría con cáncer o enfisema. Después, había trabajado en San Francisco y, durante un período de tres años, había ayudado a veinte más con sida. Ver sufrir a todos esos pacientes lo había afectado. Tanto sufrimiento, por no hablar del costo. Tantos miles y miles de dólares al mes solo para mantener a un paciente a fuerza de medicamentos. ¿Qué locura era esa?

En su casillero tenía varias ampollas de morfina y de cloruro de suxametonio que le había dado una de las enfermeras con la que había salido en San Francisco. No estaba solo en su sentir. Había otros, y la cantidad iba en aumento.

Había muchos que necesitaban ayuda. Al fin y al cabo, ¿qué tenía de digno ser incontinente, babear y estar semiparalizado?

Si estuviera en el lugar de Leota Reinhardt, él querría que alguien le tuviera un poco de misericordia.



Nora dejó de tratar de defenderse a sí misma y escuchó. Annie dejó de atacarla verbalmente y acusarla, y empezó a relatar todo lo que Leota le había contado sobre aquellos primeros años. Por primera vez en su vida, Nora comenzaba a ver las cosas a través de los ojos de su madre, y le dolía.

Oh, qué doloroso era.

Seguía viendo esa imagen de los sueños en la que su madre estaba de rodillas en el jardín y miraba hacia la casa con ojos anhelantes. ¿Había sido un sueño? ¿O había visto así a su madre, una y otra vez, mientras ella estaba en la cocina cumpliendo las órdenes de su abuela, absorbiendo sus palabras amargas y dejando que calaran hondo en su alma?

—Ella te ama, mamá.

—Nunca lo dijo.

—Te lo demostró trabajando.

—Me habría gustado escuchar las palabras.

—Tal vez las oíste, pero no estabas prestando atención.

Nora se echó a llorar. ¿Cuántas lágrimas había derramado durante su vida? Había llorado a mares por sí misma. Y ahora estaba llorando por su madre, sintiendo el dolor como si fuera propio. ¿Y no lo era?

—¡No sé qué hacer!

Annie también estaba llorando.

—Ayúdame, mamá. Quiero traerla a casa.

—El doctor dijo que necesita estar en el hospital. Está muy enferma.

—El doctor dijo que necesita cuidados a largo plazo —dijo Annie con determinación.

—¡Pero estás renunciando a tu propia vida!

Annie inclinó el cuerpo hacia adelante con las manos abiertas, suplicante.

—Mamá, no le queda mucho tiempo, y yo quiero pasar cada día que pueda con ella. ¿No quieres eso ahora? ¿No quieres tener la oportunidad de conocerla? Nunca lo hiciste antes. Nunca viste cómo o quién era ella realmente.

Nora tenía miedo, mucho miedo de tomar la decisión equivocada. ¿Cuántas veces se había equivocado en su vida? Tantas que no podía contarlas. Y esta vez era importante. Era sumamente importante.

—Podría pasar tiempo con ella en un hospital. Algunos son excelentes, ¿sabes? Hay uno que no nos queda lejos, ¿verdad, Fred? Podrías volver a casa, Anne-Lynn. Podríamos ir juntas a visitarla.

—No sería lo mismo, y lo sabes, mamá. Si la abuelita pudiera elegir, cuando el Señor la llame a su hogar, ella querría estar en una reposera en su jardín.

Nora se sentía desgarrada. Fred apoyó una mano sobre la suya y la apretó suavemente. Él la estaba mirando, la ternura de su expresión la alentaba. «Tú sabes qué es lo correcto, Nora. En tu corazón, sabes qué querría tu madre. ¿No desearías lo mismo? Estar rodeada por tu familia... estar en tu propia casa?».

—De acuerdo, Annie —dijo con una voz frágil—. No estoy plenamente de acuerdo con que esto sea lo mejor, pero te ayudaré.

—Mañana la traeremos a casa. —Annie la miró con ojos llenos de alivio, unos ojos cariñosos y agradecidos. Nora nunca había visto esa mirada en los ojos de su hija; al menos, no por ella.

—Mañana quizás sea demasiado pronto, Annie —dijo Fred—. El doctor dijo que está muy

débil. Quizás sería mejor esperar unos días.

—Mamá, por favor.

Nora suspiró lentamente. Tantos años de amargura desperdiciados. Tal vez este único acto podría allanar el camino para una nueva relación con su madre, por muy breve que terminara siendo.

—Te ayudaré a traerla a casa mañana en la mañana.



Leota dormitaba. Era difícil dormir con todo el ruido y las actividades del hospital: las enfermeras que iban y venían, la paciente de la cama de al lado, que se había quejado hasta que le pusieron otra inyección que alivió su dolor y la hizo dormir tan profundamente que roncaba como un hombre. También estaba ese técnico médico, que parecía andar merodeando. Apenas un minuto antes se había parado en la puerta, y luego siguió de largo cuando una enfermera le dijo algo.

Su mente viajó a la deriva hasta los años previos a la guerra, cuando Bernard aún estaba entero. Podía verlo en el salón de baile, observándola. Podía recordar el viento en su rostro mientras iban a casa sentados en el asiento de atrás.

La melodía de «Don't Sit under the Apple Tree with Anyone Else but Me» sonó en su cabeza. Podía ver a Mamá Reinhardt tejiendo medias para Bernard. Recordó el sonido de las sirenas antiaéreas y a la encargada de vigilar la cuadra, con su casco, llamando a la puerta y diciéndoles que tenían que oscurecer mejor las ventanas porque todavía se veía luz a través de ellas. Ahorraban todo para el esfuerzo bélico. La grasa de tocino para hacer municiones, los tubos de pastal dental, las latas, los frascos de vidrio, los periódicos y las revistas, cuando terminaba de leerlas y releerlas una docena de veces. Nada se desperdiciaba.

¡Cómo había prosperado su jardín de la victoria! Había cosechado suficientes ruibarbos, lechugas, repollos, tomates, guisantes, maíz, remolachas, zanahorias y papas para alimentar a todo el vecindario. Mamá Reinhardt había preparado cientos de frascos de cerezas, ciruelas, albaricoques y compota de manzanas en conserva.

Aún podía ver aquel camión de Jewel Tea que llegaba desde la esquina y vendía de todo, desde horquillas para el cabello hasta galletas. Y el camión de leche Borden y el de la panadería sueca. Ella solía venderle algunas de sus verduras al viejo Toby, que venía con su camioneta. Él siempre se quedaba sin productos agrícolas mucho antes de que se fueran los clientes.

Pensó en Cosma, su querida amiga. Nunca olvidaría la permanente que le había hecho Cosma. Decía que me parecía a Rita Hayworth, con todos los rizos salvajes de mi cabello rubio rojizo. Fuimos de compras a San Francisco y los marineros nos silbaron, y lo único que pude hacer fue llorar porque me la pasaba deseando que Bernard estuviera en casa para ver lo linda que me veía. Cosma me tomó una fotografía, vestida con ese traje de baño enterizo que usé todo el verano en el jardín. Posé como Betty Grable. Bernard me escribió y dijo que los muchachos de su unidad le dijeron que se había casado con un «bombón». Me pregunto qué hice con esa boina con lentejuelas. Tenía un sombrero de paja con unas rosas gigantes y otro con un penacho de plumas en la copa. ¡Qué graciosa debo haberme visto!

Dejó que su mente se llenara de recuerdos de Eleonora y de Jorge cuando eran pequeños. Amaba los ricitos que caían sobre la nuca de Jorge, el perfume de la piel suave en la curva del cuellito de bebé de Eleonora. Y esas piernas rollizas.

«Mami».

Déjame soñar con esos días lejanos como si estuvieran aquí otra vez. Señor, déjame recordar cómo era tener un hombre íntegro que esperaba un futuro prometedor y dos hijitos sanos y felices. No permitas que mi mente se deje llevar a los años oscuros.

Y sin embargo, también fueron dulces, a su manera.

Sí, aunque pasé por el valle más oscuro y viví en las sombras, Tú fuiste la luz para mí. Mi Señor y mi Redentor. Todos aquellos años en los que Bernard se dejó vencer por su depresión y solía gritar pidiendo ayuda, yo alcé mis ojos a Ti. ¿Cuántas veces salí a la luz del sol y caminé contigo en el jardín y hablé contigo en mi corazón? ¿Cuántas veces salí por las noches a mirar la luna y las estrellas? Y Tú estabas ahí, conmigo. Tú, el amante de mi alma.

El técnico médico estaba en la puerta otra vez. ¿Qué quería? ¿Por qué había vuelto? Se comportaba de manera extraña, miraba a un lado del pasillo y, después, al otro. ¿Había regresado para sacarle más sangre? ¡Seguro que las dos probetas que le había extraído esta tarde habían sido suficientes! La vez anterior que había entrado en la habitación, tenía un recipiente donde transportaba los tubitos. Ahora, sus manos estaban vacías.

Entró a la habitación y se detuvo a mirar que la compañera de cuarto de Leota estuviera dormida. Su presencia angustió a Leota. Algo en su comportamiento la llenó de pánico.

Señor, ¿qué está pasando aquí? ¿Por qué se comporta de una manera tan extraña? Tengo miedo. ¿De qué tengo miedo? ¡Estoy en un hospital! Aquí ayudan a que las personas se pongan mejor, ¿verdad? ¿Por qué está sensación de peligro?

Eleonora regresará mañana. Fred dijo que la traería. Pude sentir que su corazón estaba ablandándose. Oh, Dios, los años que he orado para que esto suceda. Quizás mañana sea un nuevo comienzo. Quizás mañana en la mañana pueda tocar su mano sin que la retire. Quizás mañana en la mañana pueda decirle que la amo y hacer que, finalmente, me crea.

El hombre se apartó de la otra cama y se acercó a la suya. No la miró a los ojos, sino que echó un vistazo hacia la puerta una vez más. Qué extraño.

—Es solo una cosita para ayudarla a dormir, Leota. —¿Por qué traía una jeringa en el bolsillo de su chaqueta? Cualquier tonto se daría cuenta de que podría contaminarse.

Por un segundo apenas, la miró a los ojos.

Fue el tiempo que Leota necesitó para saber qué había venido a hacer el hombre.



Preocupada, Nora miraba hacia afuera por la ventanilla del carro. Llovía, y los limpiaparabrisas se movían de un lado al otro. No tenía motivo para estar preocupada. Fred era un conductor excelente y el tránsito era ligero a esta hora de la noche. Entonces, ¿por qué esta extraña sensación de inquietud?

—¿Qué te preocupa, cariño? —dijo Fred y encendió los faros a luz brillante otra vez después de que pasó un carro al lado de ellos.

—No sé. Tengo una sensación extraña. —Sentía la fuerte necesidad de ir a ver a su madre. Ahora. No mañana en la mañana. Ahora; da la vuelta. Regresa al hospital. Era una tontería.

—¿Sobre qué?

—Estaba pensando en que veré a mi madre mañana en la mañana y que desearía no tener que esperar tanto.

—¿Quieres regresar al hospital?

Nora lo miró.

—Es más de la medianoche, Fred. Debe estar durmiendo desde hace largo rato.

—¿Y si estuviera despierta? ¿Qué te gustaría decirle?

Sintió la garganta caliente y apretada. Volvió a mirar hacia adelante por el parabrisas.

Le pediría perdón. Le diría: Te amo de verdad, madre, aunque nunca haya parecido que te amaba. Es porque te amaba tanto que estaba tan enojada. Diría: por favor, perdóname por todas las cosas crueles que dije e hice. Diría tantas cosas que he guardado reprimidas por décadas. Sollozó.

—Mamá, te extrañé tanto. Eso es lo que diría.

Fred estiró la mano y acarició su mejilla suavemente con sus nudillos.

—Podemos volver, si quieres. Solo tienes que decirlo y tomaré la próxima salida.

Estuvo a punto de decir que sí; luego, se sacudió mentalmente a sí misma. ¿En qué estaba pensando? Era bastante después de la medianoche. Otra vez se estaba dejando llevar por las emociones. Se había pasado la vida entera permitiendo que sus emociones la controlaran. Además, podía imaginar lo que dirían las enfermeras si ella aparecía a esta hora de la noche e insistía en ver a su madre. ¿Qué se suponía que diría? ¿Quiero hacer las paces? ¿Quiero despertar a mi madre para poder decirle que me perdone?

—Está bien, Fred —dijo, apoyando su mano sobre su muslo—. Puedo esperar algunas horas más.

¿Qué importaba una noche más?



Oh, Dios mío, no permitas que haga esto. Ay, por favor, Señor. Annie me dijo que aguantara. Fred dijo que no perdiera la fe. Eleonora está tan cerca de ser ella misma otra vez. ¡Señor, ayúdame!

Apenas podía moverse por la medicación que ya le había dado. Levantó la mano, pero el técnico médico simplemente sonrió.

—Entiendo —dijo él—. Todo terminará pronto. No sufrirá más.

Ay, Dios, él no me entiende. ¡No sabe lo que está haciendo! Yo no estoy viva para mi propio beneficio. Estoy viva por el bien de mis hijos. ¡Ay, Jesús, ábrele los ojos! ¡Muéstrale! Hazle entender. Oh, Jesús, ¡impídele que haga esta cosa terrible! Yo quiero vivir. Quiero ver a mi hija en la mañana. Necesito tiempo, solo un poquito más de tiempo.

Su mente estaba atormentada; su corazón, aterrado.

¿Qué le sucederá a Eleonora cuando venga? ¿Y a Jorge? ¿Se encerrará cada vez más en sí mismo, hasta que sea igual a Bernard? Ay, Señor, mi dulce Annie. ¿Se dará por vencida? Oh, Padre celestial...

Podía sentir la frialdad de la muerte aproximándose, la oscuridad que la asediaba.

—No tardará mucho, Leota —dijo el hombre—. Shhh... no se resista. —Apoyó la mano sobre su boca—. Relájese y déjela venir.

¡Aguanta! ¡Aguanta!

Trató de arañarle la mano, pero no tuvo fuerza para liberarse.

Aguanta...

Pero no pudo. Su mente y su voluntad no bastaban para vencer lo que él había hecho. Él levantó la mano, tomó la suya brevemente y la apretó.

—Pronto acabará —dijo como si estuviera haciéndole un favor. Cuando volvió a mirarlo a los ojos, él frunció el ceño—. Es mejor así, mejor para todos.

Oh, este pobre muchacho perdido. No parece mucho mayor que Corban. Lo observó mientras se daba vuelta y abandonaba silenciosamente la habitación. Debe pensar que acaba de hacer algo bueno. Oh, Señor, perdónalo. No sabe lo que ha hecho.

Pensó en lo que Bernard había descubierto en Alemania tantos años atrás. Este muchacho consideraba que ella no tenía calidad de vida. Pensaba que ya no valía la pena que viviera su vida. Que no tenía ningún propósito, ningún valor. ¿Esto es misericordia, Señor? ¿Lo es?

Su corazón se hizo pedazos.

Oh, Señor, Señor, esperé tanto tiempo para ser reconciliada. Oré un millón de oraciones. Y mañana podría haber sido el día de la salvación para Eleonora. Ay, mi dulce y amada chiquita podría haber vuelto a mí. Oh, Jesús, cuánto he anhelado este día...

Es hora, amada.

Luz, calidez. La Presencia del amor estaba con ella, levantándola de la cáscara de su cuerpo y enjugando sus lágrimas. He contado cada una de ellas y las he guardado en una botella. La Voz estaba adentro, afuera y en todas partes, alrededor. Ven, amada. Mira lo que he preparado para ti. Ella vibró ante el sonido del amor como un arpa tocada por el maestro.

Sin embargo, una parte de ella se resistía. ¿Y mis hijos, Señor? Los amo tanto. ¿Qué será de mis hijos?

Si Me buscan, Me encontrarán. Él tenía Sus brazos abiertos. Confía en Mí, amada.

Y con un suspiro de entrega, Leota Reinhardt se fue a casa.



El teléfono sonó mientras Nora estaba terminando los últimos retoques de maquillaje, antes de que ella y Fred regresaran al hospital. Todo su ser se heló al escuchar el sonido. Fred atendió al segundo timbrazo. Nora tuvo un mal presentimiento. Su corazón redoblaba pesadamente. Dejando caer el rímel, salió corriendo del dormitorio y bajó la escalera. ¿Quién llamaría a las seis y media de la mañana? Solamente Annie. O Jorge.

Entró a la sala de estar y vio a Fred parado, dándole la espalda. Estaba hablando en voz baja. Él dejó lentamente el auricular del teléfono en su lugar y se volteó hacia ella.

—¿Annie? —Fue lo único que logró decir. Su corazón latía tan fuerte que pensó que se desmayaría.

Él asintió. No tuvo que decir nada. El motivo de la llamada de Annie estaba escrito en todo su rostro.

—Lo lamento, Nora. Lo lamento muchísimo.

—Deberíamos haber regresado anoche. ¡Debería haberte dicho que dieras la vuelta!

—No tenías manera de saber.

¿No la había tenido? Oh, Dios, ¿por qué no te escuché?

Su madre se había ido.

CAPÍTULO 24

ANNIE RECIBIÓ UNA LLAMADA de Charles Rooks en la mañana que el breve obituario de su abuela se publicó en el Oakland Tribune.

—Tengo el testamento de Leota Reinhardt, así como algunos documentos que me hizo guardar para sus hijos. Me gustaría entregar estos personalmente. ¿Podría ponerme en contacto con Eleonora Gaines y Jorge Reinhardt para que todos nos reunamos en mi despacho? Mi oficina está ubicada cerca del Lago Merritt. —Le dio la dirección y el número de teléfono y preguntó si les era conveniente reunirse la tarde siguiente.

—Estoy segura de que podrán reunirse con usted, señor Rooks —dijo Annie—. Los llamaré y les avisaré.

—Necesito hablar con usted también, señorita Gardner.

—¿Conmigo?

—Sí. No puedo encontrarme con los demás si usted no está presente.

Sorprendida y confundida, aceptó asistir.

—En el periódico no había mención alguna al servicio fúnebre —dijo el señor Rooks por teléfono—. Si todavía no ha ocurrido, me gustaría asistir. ¿Usted y la familia estarían de acuerdo con eso?

Annie cerró los ojos y se propuso no llorar otra vez.

—No hubo servicio fúnebre, señor Rooks.

Tío Jorge había dicho que no tenía sentido gastar tanto dinero, siendo que la abuela Leota no había asistido a la iglesia durante años. Cuando Annie planteó que ella había llevado a su abuela varias veces en los últimos meses, él dijo:

—¿Alguien ha llamado para preguntar por ella?

—Arba viene frecuentemente.

—Es una vecina. Puede presentar sus respetos en la casa.

Fue inflexible. ¿Por qué asistiría alguien al servicio fúnebre de una anciana que no conocían y que no había sido parte de su congregación más que unos pocos meses? ¿Había ofrendado grandes sumas de dinero? No. Entonces nadie se tomaría la molestia. Nada pudo disuadirlo.

Fue Jeanne quien luego le dijo a Annie que no creía que su esposo pudiera aguantar el servicio fúnebre. Jeanne le dijo que él había estado en uno solo y que, después de ver a su amigo en un ataúd, juró que nunca más volvería a ir a otro.

—¿No hubo ningún tipo de ceremonia? —dijo Charles Rooks.

—No fue una ceremonia formal. Ayer, algunos nos reunimos aquí en su casa, e hicimos nuestro propio homenaje a la abuela. —Arba Wilson y sus tres hijos, su madre y Fred, Jorge, Jeanne y sus hijos habían estado presentes. Nadie había dicho mucho. Annie no había tenido tiempo suficiente para preparar nada al estilo de fotografías o recuerdos. Tampoco su madre o Jorge hubieran querido verlos.

Su madre parecía demasiado apenada para llorar. Annie se preguntaba qué le pasaría ahora. Ya no estaba enojada; el resentimiento había sido exorcizado. En cambio, su madre estaba consumida por la culpa y la vergüenza de tantos años desperdiciados. Y por no haber hecho caso a lo que fuera que le había dicho que diera la vuelta y regresara a ver a la abuelita Leota la noche

en que murió.

—Perdí mi oportunidad —había dicho—. Nunca podré decirle...

¡Si solo la abuelita Leota hubiera podido aferrarse un poquito más a la vida! Un día hubiera hecho una diferencia tan grande. El doctor dijo que estaba seguro de que había fallecido en paz. Annie daba gracias por eso. Imaginó a su abuela cerrando los ojos, quedándose dormida, para luego despertarse con el Señor. Ah, si la abuela hubiera estado en casa...

—Me gustaría enviar flores, señorita Gardner. —La voz de Charles Rooks la arrancó de sus pensamientos—. ¿Dónde descansan sus restos?

—Todavía no se ha tomado esa decisión, señor Rooks. Abuelita Leota me dijo que quería ser cremada. —Annie recogería sus cenizas cuando el director de la funeraria la llamara.

—Oh.

Sabía que necesitaría tomar decisiones, pero no se sentía cómoda de hablarlas con Charles Rooks. No sabía nada de él, además del hecho de que era el abogado que se había ocupado del testamento de su abuela. Ojalá pudiera discutir las cosas abiertamente con su madre y con su tío. Su madre lloró cuando Annie recibió la llamada de que tenía que firmar los papeles para la cremación de su abuela. Su tío dijo que no tenía idea de dónde sepultarla. Al fin y al cabo, ¿qué importaba?



Annie se encontró con su madre, Fred y el tío Jorge en el vestíbulo del edificio de oficinas donde Charles Rooks tenía su oficina. Su madre estaba pálida y débil; Jorge parecía tranquilo.

—He contactado a una inmobiliaria acerca de la casa de madre —dijo él mientras subían en el ascensor. Eso pareció revivir a la madre de Annie.

—¿Qué hay de Anne-Lynn?

—Supuse que querría volver a vivir con su amiga y regresar al instituto de arte —dijo él a la defensiva, echándole un vistazo a Annie—. O volver a su casa. ¿No es eso lo que esperabas que pasara, Nora?

Annie miró hacia otra parte. La oleada de ira que se levantó en su interior no era santa en absoluto. Sabía que no tenía derecho a juzgar a nadie, pero su corazón clamaba contra ellos.

—No tenemos que discutir esto ahora, Jorge.

—No hay motivo para enfadarse tanto, Eleonora. —Jorge la miró con desdén—. Dudo que la casa se venda tan rápido. Annie puede quedarse cuantas semanas o meses necesite para vaciar el lugar. De hecho, eso sería conveniente. Alguien tendrá que mantener el lugar hasta que aparezca un comprador. Annie podría seguir viviendo allí sin pagar alquiler. Por supuesto, si quieres conservar la casa, Nora, podemos hacer que la tasen y puedes pagarme la mitad.

Annie apretó los labios y trató de contener las lágrimas. No quería que ninguno de ellos viera el efecto que habían causado en ella las palabras del tío Jorge. ¿Cómo podía hablar así? Vaciar el lugar. Qué manera tan terrible de hablar del hogar de la abuelita Leota. Tantos años de recuerdos ligados a esa maravillosa casita. ¡Y el jardín! El refugio de la abuela. Una vez, ella había dicho que todos los días se encontraba allí con el Señor. Annie podía imaginar cuán herida se habría sentido la abuelita Leota de saber que su hijo no tenía ningún sentimiento por ella ni por su propiedad. No veía la hora de venderla y cobrar el dinero que pudiera sacarle. ¡Dinero! ¡El maldito lucro! Era lo único que parecía importarle.

Eso no puede ser cierto. Oh, Señor, no puede ser verdad.

—No quiero hablar de eso en este momento. —Su madre estaba enojada, su voz se quebró.

—Sería más fácil para todos si tomamos la decisión lo antes posible.

Tío Jorge no veía la hora de seguir adelante con su vida. ¿Era eso? ¿Quería evitar el dolor, la culpa, el vacío que debía sentir ahora que no tenía ninguna posibilidad de arreglar las cosas con su madre?

—¡Lo mínimo que podríamos hacer es esperar hasta encontrar un lugar decente para que ella descanse! —dijo la madre de Annie.

—Debería estar al lado de papá, ¿no te parece?

—Está bien, Jorge. ¿Recuerdas tú dónde está enterrado papá?

—Yo estaba en Vietnam...

—¡Y yo estaba divorciándome!

Las puertas del ascensor se abrieron y Annie salió. Al ver un bebedero, caminó hacia él. Se inclinó, deseando poder enfriar su rostro con el agua fría. ¿Cómo podían seguir así tan poco tiempo después de que había muerto la abuela? Tío Jorge le recordaba a un cuervo carroñero picoteando los restos de la abuelita. Y su madre. ¿Qué sería de la vida de su madre, ahora que no tenía ninguna posibilidad de pedir perdón?

Ay, abuelita. Si solo hubieras vivido un día más, una semana más, un mes, un año. Te amo tanto. Te extraño. Había tantas cosas que aún tenías que enseñarme. Tantas anécdotas maravillosas que contar. Yo quería más tiempo. Oh, Dios, ¿por qué no me dejaste tener más tiempo con ella?

—¿Estás bien, Annie? —dijo Fred, tocándole el hombro.

Se incorporó. Él debía pensar que iba a secar el bebedero.

—Estoy haciendo un gran esfuerzo por no decir nada que vaya a lamentar. Señor, dame fuerzas. Y una laringitis.

Fred apoyó su mano en su hombro.

—Los últimos días han sido muy difíciles para tu madre.

Annie podía ver perfectamente cuánto. Deseó haberle explicado semanas antes lo que había sucedido tantos años atrás.

—Tendría que haberlo hablado con ella hace mucho. —Quizás entonces habría habido tiempo suficiente para que la relación de su madre y la abuelita Leota se restaurara. Pero había guardado silencio, con paciencia, así como la abuela Leota había estado callada y paciente todos esos años. Ahora, Annie se preguntaba si su madre alguna vez superaría la culpa y la tristeza de todos los años que se había mantenido alejada, alimentando resentimientos y rehusándose a buscar la verdad.

¿Volverá a culpar a la abuelita, Señor? ¿Empezará a pensar que la abuelita Leota la engañó con la posibilidad de una reconciliación? Como si la muerte hubiera sido el último truco...

¡Cuánto deseaba que la abuelita Leota se hubiera sentido libre de hablar años atrás! Conozco tus motivos para guardar silencio, abuelita, ¿pero de qué sirvió? Oh, Padre, si ella les hubiera dicho la verdad a madre y al tío Jorge, ¿la habrían escuchado?

Fred parecía afligido.

—Tu madre tuvo la corazonada de que debía regresar al hospital la noche que tu abuela murió, pero no actuamos en consecuencia, Annie. Ahora será como una herida en carne viva. Una carga más que tu madre tendrá que llevar, además de todos esos años de amargura.

—Temo por ella, Fred. La abuelita la amaba. Sé que la amaba.

—No dudo de tu palabra, Annie, pero ojalá Leota hubiera tenido la oportunidad de decírselo personalmente. Tal como están las cosas, no sé si tu madre algún día podrá creerlo. Especialmente teniendo en cuenta la culpa que siente ahora. —Parecía cansado y triste—. Será mejor que nos unamos a los demás.

Charles Rooks saludó a Annie cuando entró a su despacho con Fred. Su madre ya estaba sentada en un sillón de cuero marrón. Tío Jorge había ocupado el otro frente al escritorio del abogado. Annie y Fred se sentaron en el sofá contra la pared. El abogado presentó a su secretaria, quien les ofreció café a todos. Todos lo rechazaron. Tío Jorge estaba apurado, como siempre. Tenía una cita de negocios en San Francisco en dos horas. Las personas que actuaban rápido no tenían tiempo para pensar en sus pérdidas.

Al salir, la secretaria cerró discretamente la puerta.

Charles Rooks distribuyó copias del testamento de la abuelita Leota. Annie se preguntó por qué le había dado una a ella, hasta que él empezó a explicar que en el testamento no había bienes para transferir. Había sido redactado simplemente para asegurarse de que los deseos de Leota Reinhardt no se vieran frustrados.

—¿De qué está hablando? ¿Cuáles deseos? —Tío Jorge estaba claramente confundido, y enojándose—. Hay una propiedad. Es cierto que no es gran cosa, pero tenía una casa, totalmente pagada. Hoy en día, debe valer algo en el mercado.

—Anne-Lynn Gardner es la propietaria de la casa.

—¿Qué? —Tío Jorge se volteó hacia ella, con el rostro enrojecido. A su madre se le escapó una carcajada, que rápidamente fue sofocada por un débil sollozo.

—¡No, no es así! —Annie miró fijo al abogado, incrédula—. Está equivocado, señor Rooks.

—No hay ningún error, señorita Gardner. La señora Reinhardt y yo lo discutimos extensamente cuando me reuní con ella en su casa. Aquí mismo tengo una copia de la escritura que su abuela me envió por correo.

—¡Pero eso es imposible! —Annie sintió que todo el calor del cuerpo la abandonaba.

—Sí, claro —dijo tío Jorge con el rostro enrojecido—. Debería haberlo sabido.

—Seguramente hizo que usted firmara los papeles —dijo Charles Rooks con tranquilidad—. Imagino que le dijo que eran para otra cosa. La última vez que hablamos me dejó en claro cuáles eran sus deseos. Quería que usted tuviera la casa y el jardín. El jardín parecía ser lo más importante para ella. Dijo que usted lo cuidaba como ella solía hacerlo.

Tío Jorge miró con furia a Nora.

—Debí saber que sucedería esto. Pensé que era Corban Solsek quien andaba detrás de algo. ¡Debería haber prestado más atención a la familia! —Le dirigió otra mirada fulminante—. ¿Tú fuiste parte de esta estrategia?

—Piensa lo que quieras, Jorge. ¿Qué importa ahora?

—Mamá no fue parte de ninguna estrategia. —Annie ni siquiera intentó disimular en su voz la indignación que sentía—. No hubo ningún plan. ¡Les digo a los dos que esto es un error! La abuela me pidió que firmara unos papeles, pero eran para que pudiera arreglármelas para pagar sus cuentas.

Tío Jorge se levantó y la enfrentó.

—¡Dime sin rodeos que no quieres su casa!

—Yo nunca le hubiera pedido la casa a la abuelita, tío Jorge —dijo ella, con ojos llenos de lágrimas—. Ni en un millón de años. Deberías conocerme mejor. —Claramente, no la conocía en absoluto.

—Es justo, Jorge —dijo su madre con voz quebrantada—. Es exactamente lo que merecemos. No debería sorprendernos que mamá nos haya desheredado. La abandonamos hace años.

—Habla por ti, Eleonora. Yo nunca le guardé rencor como tú.

—No, simplemente no te importaba en ningún sentido. Eres igual que nuestro padre.

Él se puso pálido y, después, rojo.

—¡Esa casa nos pertenece a nosotros! —Se volteó para mirar a Charles Rooks—. Impugnaré el testamento.

—Me temo que usted no entiende, señor Reinhardt. Nada de esto fue por decisión mía. —Ahora, su voz era fría—. Sin embargo, no he terminado. Por favor, siéntese y sigamos con el resto.

—¿El resto de qué? —Tío Jorge se sentó en su lugar—. Madre no tenía nada, salvo la casa. —Parecía agotado y enfermo—. ¿Qué hay de los ahorros? O alguna cuenta corriente.

Annie se ruborizó, angustiada.

Charles Rooks explicó con calma:

—El nombre de Anne-Lynn Gardner está en ambas cuentas.

—¿Por qué no me sorprende? —La voz llena de sarcasmo de tío Jorge despedazó el corazón de Annie—. ¿Cuánto había en esas cuentas? ¿Tenemos permitido saber cuánto se nos ha robado?

—La abuelita vivía del Seguro Social. —Annie no pudo evitar el temblor en su voz—. Nunca había más de doscientos dólares en la cuenta corriente. Me dijo que arreglaría las cosas para transferir unos fondos de sus ahorros para cuando hubiera vencimientos del seguro o de los impuestos. Ay, abuelita Leota, ¿cómo pudiste hacerme esto? ¿Es en represalia por todos los años de abandono? ¡No puedo creerlo! ¡No quiero creerlo!—. Les cederé todo a ti y a madre. Yo no me quedé con la abuelita Leota porque quería algo de ella. Me quedé con ella porque la amaba.

No quería llorar, pero lo hizo. Tenía ganas de levantarse y huir de la oficina, pero Fred se acercó a ella y apoyó una mano sobre su rodilla, como para retenerla en el lugar. Tendría que gatear sobre el regazo de él o pasar por encima de la mesa lateral para escapar.

—¡Impugnaré el testamento! —volvió a decir tío Jorge.

Charles Rooks levantó la mano.

—Su madre tuvo en cuenta que usted podría querer hacerlo. Así que estipuló algunas cosas para asegurarse de que no sucediera. Solo tenía que darle un dólar para evitar que impugnaran el testamento. Dejó cien dólares para cada uno. —Tío Jorge empezó a hablar—. Lo diré nuevamente, señor Rienhardt: no he terminado. Concédame la gentileza de continuar. Todos ustedes. Una vez que lo hagan, descubrirán que no tienen nada que disputar, ni querrán hacerlo. —Miró de frente a tío Jorge—. Cuanto más hable ahora, más se arrepentirá después.

—Entonces, vaya al grano.

Annie temblaba agitadamente.

—Muy bien. —Charles Rooks asintió—. Su madre dejó provisiones para ambos. —Miró a la madre de Annie y a su tío. Levantó dos sobres de manila y le entregó uno a cada uno—. Creo que los sorprenderán gratamente las provisiones que su madre les dejó. —Se recostó hacia atrás en su sillón, sin decir nada más y se limitó a observarlos.

Tío Jorge abrió el sobre rápidamente y extrajo el contenido. Hojeó los documentos, su rostro empalideció, se llenó de color y, luego, se puso pálido. Los tomó y los miró otra vez, más despacio, analizándolos uno por uno.

La madre de Annie sostenía el sobre como si tuviera una serpiente adentro. Annie nunca la había visto tan insegura, tan asustada. El tío Jorge dijo el nombre del Señor en voz baja. Temblorosa, su madre abrió el sobre y revisó el contenido, un documento a la vez. Un gesto de extrañeza. Confusión; luego, comprensión. Parecía completamente devastada mientras las lágrimas se deslizaban silenciosamente por sus mejillas blancas.

—Su madre era una mujer extraordinaria —dijo Charles Rooks en voz baja. Se inclinó hacia adelante otra vez y entrelazó las manos sobre su escritorio—. Me dijo que había comprado esas acciones muchos años atrás, gracias al consejo de una buena amiga. Una amiga muy acertada y astuta, diría yo. Tuvo esos documentos en su casa hasta hace algunas semanas. Ella no tenía idea de cuánto valían. Cuando se lo dije, me pidió que los guardara junto con su testamento.

Tío Jorge empezó a leer en voz alta:

—Exxon, Procter & Gamble, Coca-Cola, DuPont, AT&T. —Negó con la cabeza—. IBM, General Motors... —Se veía como si lo hubieran noqueado. Dejó de leer, pero no levantó la cabeza. Cerró los ojos por un largo momento, y entonces dijo—: Deberíamos conseguirle una lápida a madre. Algo realmente hermoso.

Nora emitió un sollozo ronco, dejó caer los papeles y se cubrió la cara.

—No quise que sonara tan... —Tío Jorge hizo una mueca. Miró al abogado—. ¿Cómo lo

hizo? Ni siquiera creo que haya ganado tanto dinero.

—Imagino que invirtió algunos dólares a la vez durante los años que trabajó para ganarse la vida.

La abuelita Leota había trabajado mucho tiempo.

Annie observó que su madre volvía a meter los documentos en el sobre como si no pudiera soportar mirarlos. Sus manos temblaban. Se restregó las lágrimas del rostro como una niña. Annie sufría por ella. Abuelita Leota había tratado de mostrarle a su hija cuánto la amaba. Pero Annie podía ver que esta herencia solo había cargado a su madre con más culpa.

Oh, Señor, ¿alguna vez entenderá?

Tío Jorge fue el primero en ponerse de pie. Le tendió la mano a Charles Rooks y le agradeció como si él fuera quien había prodigado la recompensa. Vio un destello de vergüenza en su rostro.

—Disculpa, Annie. Estuve fuera de lugar. Debería haberlo sabido. —Echó un vistazo a su reloj—. Tengo que irme corriendo. —Dio un paso hacia la puerta y, luego, hizo una pausa—. ¿Necesitas que te acompañe a la funeraria y te ayude con los preparativos para la lápida? Podría verte allí mañana.

—La abuela me dijo lo que quería, tío Jorge. Me encargaré de eso.

—Diles que me manden la factura.

Su madre se levantó. No le dio la mano a Charles Rooks. Sujetó con la mano izquierda el sobre de manila mientras se daba vuelta hacia Fred. Aun tratando de asimilar todo, Annie empezó a seguirlos para salir de la oficina.

—Señorita Gardner —dijo Charles Rooks. Ella se detuvo en la puerta y giró para mirarlo de manera interrogativa. Él rodeó el escritorio y se acercó—. Estos le pertenecen. —Le entregó la carpeta que contenía la escritura de la casa de la abuelita Leota y una breve nota con la letra de su abuela en la que estaba el número de la cuenta de ahorros, dónde encontrar la llave de la caja de seguridad y una cita bíblica: Isaías 40:27-31. Ella le dio las gracias y salió. Alcanzó a su madre y a Fred en el ascensor.

Bajaron callados. Fred mantenía un brazo alrededor de su madre. Annie no sabía qué decir. Su carro y el de Fred estaban estacionados uno junto al otro en el estacionamiento del sótano.

—Lamento lo de la casa, mamá —dijo Annie—. Nunca tuve la intención de que la abuelita me la diera.

—No pidas perdón, Annie. Tú la amabas. Es mucho más de lo que hice yo alguna vez. —Su madre levantó la cabeza y Annie vio la mirada atormentada en su rostro—. Jamás pidas disculpas. —El corazón de su madre se había ablandado y ahora estaba completamente roto.

—Ay, mamá —dijo Annie. Llorando, la abrazó y sintió la angustia de su madre como si fuera propia.



Annie se conmocionó al ver la pequeña caja de madera que contenía los restos de Leota Reinhardt. No era mucho más grande que una caja de zapatos y pesaba solo unos kilos. El dueño de la funeraria le informó que Jorge Reinhardt había llamado y le había dicho que él se encargaría de cualquier gasto de la lápida, urna o lo que Annie le dijera al dueño que creía que era la voluntad de su madre. Annie había pagado el costo de la opción de gastos funerarios fijos y cremación (sin conmemoración), antes de que tío Jorge decidiera ser magnánimo.

«Deberíamos conseguirle una lápida hermosa».

Abuela, ¿cómo te sentirías si tuvieras una gigantesca cruz de piedra encima de ti? ¿O unos ángeles de mármol con alas enormes? ¡Podrían estar tocando arpas! Una carcajada salió de ella inesperadamente.

—Lo siento —dijo, mortificada. ¿Qué le pasaba? Quería gritar, llorar y reír al mismo tiempo. Se quedó mirando los papeles. Gastos funerarios fijos. Ahora se sentía muy culpable al ver esas palabras. Como el doctor estaba enterado de que ella tenía el poder legal, todos los arreglos habían quedado a cargo de ella. No sabía qué hacer. Había costado ochocientos cincuenta dólares. Casi todo lo que la abuela tenía en su cuenta corriente. Eso incluía todo: completar la documentación oficial, los cuidados post mortem de los restos de la abuela, retirar el cuerpo del hospital y trasladarlo a la morgue, la refrigeración, el uso de las instalaciones y del equipo, el traslado al crematorio y la colocación en una urna de los restos cremados. Todas las cosas de las que Annie desearía no haber tenido que enterarse nunca, pero que, bajo estas circunstancias, tuvo que saber.

Si tío Jorge se hubiera enterado antes de su golpe de suerte, quizás habría insistido en embalsamar a la abuela Leota y sepultarla en el ataúd de «bronce inoxidable», con el interior forrado en «terciopelo Whitehall color champagne».

Voy a volverme loca, Señor. Perderé el control completamente y me pondré histérica. Tengo ganas de agarrar esta mesa a puñetazos hasta partirla en dos.

Pobre tío Jorge. ¿Qué sucedería cuando entendiera de lleno la verdad? Ninguna suma de dinero aliviaría su culpa. Y su madre... Fred la había llamado esa mañana y había dicho que no iría a la funeraria para ayudar a Annie con las decisiones que debía tomar. Su madre estaba tan enferma que no podía salir de la cama.

Los ojos de Annie se llenaron de lágrimas. Le dolía la garganta. Mientras leía las descripciones de las opciones, se dio cuenta que su abuela había sido retirada en una caja de cartón. Oh, Dios mío, ¿cómo pude permitir que sucediera eso? Abuelita, perdóname. Extendió el brazo y acercó más a su cuerpo la caja con las cenizas de la abuelita Leota. Le costaba respirar.

—¿Desearía estar a solas unos minutos, señorita Gardner?

Ella asintió.

El hombre dejó abierto sobre la mesa el catálogo con la lista de servicios, productos y precios. Había sido muy amable cuando ella llamó desde el hospital. ¿Cómo sería administrar una funeraria y ver a los muertos y los afligidos todo el día?

Debía prestar atención al asunto que tenía entre manos y decidirse por una urna. Tomó aire profundamente y, controlando sus emociones, se las guardó en lo profundo de su ser. Aún así, los

sentimientos salieron a la superficie.

Oh, Señor, ¿se llevaron a la abuelita vestida con su bata de hospital? Nunca pensé en eso. Debería haberle llevado algo lindo para vestirla cuando la cremaran. Un traje hermoso. Un vestido bonito. El vestido de novia. Y su Biblia. A la abuelita le habría gustado tener eso en sus manos.

Annie abrió el catálogo y lo hojeó hasta que encontró las páginas con las urnas. Se secó los ojos, se sonó la nariz y estudió las fotografías. Había urnas de varias formas y eran bastante agradables. Había cofres pintados, con esmalte de cloinsonné azul real, de mármol color ébano... urnas de madera de caoba, de cerezo, de arce, de nogal y de álamo. La más cara estaba recubierta en bronce con mármol blanco y parecía un jarrón romano. Se llamaba «La aristócrata». Los labios de Annie temblaron. Ah, abuelita Leota. ¡Cuánto te habría gustado esta! Se rio. No pudo evitarlo. Fue un instante, y luego se le pasó. Costaba más de mil dólares, pero sería la que complacería al tío Jorge.

El hombre pareció saber el momento preciso para volver a la pequeña sala de conferencias.

—¿Ya tomó la decisión?

—Sí, así es. —Giró el catálogo negro para que él pudiera ver la foto que estaba señalando—. Me gustaría esta, por favor.

—Una buena elección.



Annie llenó los primeros días de ausencia de la abuelita Leota lavando sábanas y mantas y tendiendo las camas. Pasó la aspiradora, fregó el piso de la cocina y el del baño, limpió las ventanas, lustró los muebles, y limpió la cocina y el horno. Cada mañana aseaba la jaula de Bernabé y se aseguraba de que tuviera comida fresca. No había dicho nada durante un tiempo, y ella esperaba que no se enfermara y muriera también.

Arba llegó la primera noche con un guiso. No se quedó.

—Cuando estés lista para tener visitas, avísanos —le dijo y se fue. El guiso todavía estaba en el refrigerador.

Al tercer día, Annie salió al jardín de la abuelita Leota.

El aire estaba frío; los árboles, desnudos por el invierno; la tierra, dura. Cuando Annie alzó la vista hacia el cielo gris plomizo, sintió un dolor tan grande en el pecho que creyó que moriría. Casi deseaba poder hacerlo. Al menos, así estaría con el Señor y con la abuelita Leota.

Escuchó que la verja se abría y vio que Arba y los niños entraban al jardín. Trató de sonreír, pero le tembló la boca. No pudo emitir una palabra para saludarlos. El dolor todavía estaba encerrado en su interior.

—Ay, cariño... —Los ojos oscuros de Arba se llenaron de lágrimas—. Necesitas dejarlo salir.

Encogió los hombros, sin atreverse a hablar.

Kenya se acercó y se abrazó a la cintura de Annie.

—Mamá dice que la abuelita Leota está en el cielo.

—¿Qué tienes ganas de hacer? —dijo Arba, presionándola dulcemente.

—Gritar.

—Entonces hazlo, chica. ¿Por qué tendrían que ser los antiguos israelitas los únicos en rasgarse las vestiduras y lamentarse?

Annie se echó a llorar.

—Ay, cariño. ¿Es eso lo mejor que puedes hacer por tu abuelita?

Entonces, el dolor salió de repente y Annie lloró de verdad. Arba y los niños la rodearon, pusieron sus manos sobre ella y lloraron también.

—Eso es —dijo Arba una y otra vez, sollozando con ella—. Así. Déjalo salir, cariño. Déjalo salir.

Y Annie se sintió mejor por hacerlo.



Durante las semanas siguientes, Annie revisó las cosas de la abuelita Leota. La abuelita tenía poca ropa preciosa. En el último cajón de la cómoda, Annie encontró el alhajero mencionado en la nota. Encontró la llave de la caja de seguridad y la puso en su llavero. Había una caja de terciopelo azul que tenía un collar de perlas y una nota: Todo mi amor por siempre, Bernard. Otra caja blanca tenía una bellota, dos plumas azules, tres ágatas y un paquete de semillas de guisantes de olor todavía marcado con el precio de diez centavos.

Annie se preguntó qué significaría esa colección. Ninguno de los artículos valía nada, pero debieron traerle recuerdos a la abuelita. Desearía saber qué sentimientos despertaban en su abuela. No podía dejar de sentir que había perdido una biblioteca entera de conocimientos y sabiduría cuando murió la abuelita Leota. Había tantas cosas que Annie no había tenido la oportunidad de aprender.

Sam Carter la llamó muchas veces y pasaba a verla regularmente. Un día, le sonrió con ternura.

—No dejarás que me acerque demasiado, ¿verdad, Annie? Todavía piensas que soy un sinvergüenza.

—No es eso, Sam.

—Creo que entiendo. Excepto por algo, Annie.

—¿Por qué?

—No eres católica. No puedes ser una monja.

Ella sonrió ante la idea.

—¿No crees que una evangélica protestante pueda consagrar su vida a Dios?

—Supongo que sí, pero qué desperdicio.

Ella se rio.

—Espero que no. —Quizás se casaría algún día, pero, por ahora, ese no parecía ser el plan de Dios para ella. Y estaba contenta.

Con los límites bien marcados, Sam se quedó el resto de la tarde. Hablaron de la abuelita Leota, de la vida, del jardín y de lo que Annie planeaba hacer en cuanto a la casa.

Cuando lo acompañó a la puerta, él sonrió con tristeza.

—Tendría que haberte atrapado cuando tenías quince años y estabas loca de amor por mí. Perdí mi oportunidad. —Se agachó hacia ella y le dio un beso en la mejilla.

Corban vino a visitarla y la ayudó a bajar las cajas del ático otra vez. Ella le preguntó si existía alguna posibilidad de que volviera a estar con Ruth, a lo que él respondió que cuando se congelara el infierno. Luego, se desmoronó y se puso a llorar. Alarmada, se sentó con él en el sofá y lo escuchó mientras desahogaba su pena por el niño que había sido abortado. Entonces lloró con él. Le habló del Señor y del perdón, pero él rechazó sus ideas. Quería mandar a Ruth Coldwell al lago de fuego y dejarla ahí para que ardiera por toda la eternidad. En lo que a él concernía, cuanto más caliente la hoguera, mejor.

—Todos pecamos, Corban.

—Sí, claro, pero no como ella. ¿Qué clase de mujer mata a su propio hijo?

—Ante los ojos de Dios, no hay diferencia entre que Ruth se hiciera un aborto y que tú desees que se muera y arda en el infierno por eso. —Vio que sus ojos parpadeaban. No quería que la malinterpretara—. Y yo no soy mejor que ninguno de ustedes, por dejar que la amargura echara raíces en mí. El pecado es pecado, Corban. No hay pecados grandes ni pecados pequeños. Todo es lo mismo para Dios y, a menos que lo confieses y lo dejes a los pies de la cruz, te separa

de Dios. Por eso es que necesitamos a Jesús, para poder reconciliarnos con él.

No llegó más allá de eso. Él dijo que había estudiado cursos de filosofía. Ella podía percibir su ira. Él dijo que sabía todo sobre el cristianismo. Dijo que lo perdonara si la ofendía, pero que pensaba que toda esa historia de que Jesús había muerto por los pecados del mundo era absurda. Era demasiado fácil. Y era una muleta para las personas que se habían equivocado tanto que no podían solucionar nada. Cuando hacían tanto daño, debían sufrir por ello. Después se levantó y pidió disculpas por llorar como un tonto. Salió por la puerta antes de que ella pudiera decir algo más. Annie se había sentido angustiada al verlo irse. Desde el momento en que mencionó la palabra pecado, supo que no estaba listo para escuchar la Buena Noticia. Había visto el cambio en su mirada. Él levantó una barrera. No pudo haber huido más rápido.

Después de eso, Annie no esperaba volver a tener noticias de Corban. Entonces, tres semanas después, él apareció un miércoles en la mañana. Ella estaba subida en la escalera con una lijadora eléctrica en la mano lijando los aleros descascarados. Él tuvo que gritar para llamarle la atención.

Apagó la máquina, se levantó las gafas protectoras y bajó la mascarilla que tenía en la boca.

—Hola. ¡Cuánto tiempo sin verte! —Lo miró con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Viniste a ayudar?

—Claro. Tengo un tiempo libre.

Ella le tomó la palabra y lo puso a trabajar.

CAPÍTULO 25

NORA TEMÍA LA LLEGADA DE LA PASCUA. Desde que Anne-Lynn la había llamado por teléfono para contarle que iba a «abrir el jardín de Leota para celebrar la Resurrección», Nora se había llenado de temor. No sabía si podría tolerar volver a esa casa y rodearse de los recuerdos de su madre. Sin embargo, no había manera de rechazar la invitación de Anne-Lynn sin herir profundamente a su hija y correr el riesgo de distanciarse de ella. No podía arriesgarse a perder otra vez a Anne-Lynn. Apenas estaban empezando a hablar, a conversar de verdad, como madre e hija.

Desde que su madre había muerto, Nora sentía que su vida se estaba desmoronando desde adentro. Además de la pesada carga de culpa que sentía por cómo había tratado a su madre durante tantos años, estaba la vergüenza de haber descubierto que estaba emparentada con personas que habían sido parte del exterminio de judíos y cristianos durante la Segunda Guerra Mundial. Cuanto más pensaba en eso, más sobrecogida se sentía... y más empatía le generaban su padre y su madre.

¿Qué pensarían de mí las personas si lo supieran? Ni siquiera podía hablar de eso con Fred. Cuando él sugirió que hiciera terapia de duelo, Nora se negó rotundamente. Nunca podría llamar al pastor Burnie para pedirle ayuda. Le había dicho cosas terribles el día que fue a pedirle consejo. Tal vez si le pidiera disculpas... pero ¿por qué la escucharía? Le parecía que había herido a personas en todos los ámbitos. Necesitaba reparar el daño, pero tenía miedo de que nadie quisiera darle la oportunidad. O que, incluso si lo hicieran, no creyeran que era sincera.

¿Cuántos seres queridos perdí a lo largo de los años porque creía que tenía todas las respuestas? Bryan Taggart, Dean Gardner, Michael. Es un milagro que no haya perdido a Fred. No quiero arriesgarme a perder a Annie. Oh, Señor, sella mis labios. Haz que me quede callada. Tengo tanto miedo de terminar sola como mi madre. Yo la abandoné. Quería lastimarla como me había lastimado a mí. Y vaya que le causé dolor. La herí una y otra vez, año tras año, hasta el último día de su vida.

¿Cuántos Días de la Madre habían pasado sin que Nora llamara a su madre para preguntarle cómo estaba? Recordó las veces en que su madre la llamaba y Nora ni siquiera intentaba disimular que no veía la hora de colgar el teléfono. Podría haber incluido a su madre tantas veces en las cenas familiares y las fiestas de cumpleaños de los niños.

Recuerdo cosas que me decía madre que me llenaban de ira y de resentimiento. Y ahora me doy cuenta de que estaba tratando de decirme algo importante, y yo no quería escuchar. No tenía idea de las cargas que llevaba y tampoco estaba dispuesta a enterarme. Estaba demasiado ocupada viviendo la vida a mi manera.

¿Algún día tendría una nieta como Annie, que la quisiera por encima de lo que había hecho? Creí que sabía más que todos los demás... creía que sabía todo sobre mi madre. ¿Por qué me resultaba tan fácil pensar lo peor de ella? ¿Por qué no pude, aunque fuera una vez, tragarme el

orgullo y escuchar su lado de la historia? Ay, ¿por qué no regresé al hospital aquella noche...?

Ya había perdido a Michael. Jesús, por favor, no permitas que ahuyente otra vez a Anne-Lynn.

Nora sentía como si estuviera encerrada en un ascensor que descendía hacia un agujero negro. No había escapatoria. Fred insistió en que viera a un médico, pero cuando le dio una receta para comprar Prozac, ella no quiso surtirla. Sabía cuál era el motivo de su desesperación, y no tenía nada que ver con una inestabilidad química en su cuerpo. Estaba totalmente relacionada con la culpa y con el remordimiento. ¿Por qué librarse del dolor cuando ella había causado tanto?

Ay, mamá, quizás si hubiera tenido un mes contigo para hablar de todo... Una semana habría significado mucho. Hasta un día más. Oh, Dios, me habría alegrado de tener cinco minutos para pedirle perdón. Pero eso nunca sucederá ahora. Estás castigándome por todos los años que abandoné a mi madre, por todos los años que la desprecié y no traté de disimularlo. Dejé que la amargura me cegara. Permití que asfixiara todas las posibilidades de relacionarme con ella. Con razón nunca pudo decirme que me amaba. ¿Cómo podría haberlo hecho, cuando yo la traté de una manera tan atroz?

Finalmente, Fred había perdido la paciencia con ella la noche anterior. Le había dicho que parecía que toda la energía que antes dedicaba a tratar de moldear la vida de Anne-Lynn para que se ajustara a sus requisitos, ahora estaba enfocada en torturarse a sí misma.

—Te has convertido en fiscal, jueza, jurado y carcelera, todo en una sola persona —había dicho exasperado.

Tal vez, sí, ¿pero no era lo justo?

—Annie ha trabajado mucho para que esta sea una Pascua especial para todos. Si vas allá y te la pasas todo el día deprimida, como una muerta en vida, le arruinarás la fiesta. ¡Un día de estos tendrás que dejar de jugar a que eres Dios!

Sacudida, tomó la decisión. Por amor a Anne-Lynn simularía que estaba alegre por la importancia religiosa de la Pascua. Pero para hacerlo tenía que arreglarse de la mejor manera posible. Tenía que sonreír como si realmente tuviera ganas, lo sintiera o no. Así que fue a que le hicieran masajes y un tratamiento facial. Fue a la peluquería y a la manicurista. Fred le sugirió que comprara un vestido de primavera, pero no le atrajo la propuesta. Además, tenía el clóset lleno de ropa para elegir. Podía donar la mitad de lo que tenía, y aun así, no le faltaría nada. La ropa había sido muy importante para ella. Se había avergonzado tanto de la pobreza de su familia, tan determinada a demostrar que ella era tan buena como cualquier otra persona...

No, eso no era cierto. La verdad era que deseaba mostrar que era mejor.

Tapé mi vergüenza con orgullo. Eso es lo que hice. ¿No es verdad, Señor? Como cuando Eva estaba desnuda y se puso las hojas de parra. He estado escondiéndome.

En la mañana de la Pascua, Nora se paró frente a su clóset y buscó entre su ropa. Tenía ganas de vestirse de negro, pero sabía que Anne-Lynn esperaba algo que anunciara la primavera y la Resurrección. Por fin se decidió por un pantalón blanco de vestir y una blusa rosa fuerte con botones de perlas. Completó el conjunto con una chaqueta verde menta y un gran pañuelo en tonos pastel amarillo, rosado y verde. Se puso un prendedor de hojas doradas y perlas en la solapa. Al mirarse en el espejo de cuerpo entero quedó conforme con el resultado general. Se veía bien; más que bien, incluso.

Por fuera.

Fred aprobó. Sus ojos resplandecían mientras la observaba bajar la escalera. Cuando llegó abajo, él la besó.

—Perfecta. Estás hermosa.

La palabra hirió su corazón profundamente. Perfecta. ¿No era esa la raíz de sus problemas? ¿No había sido siempre su objetivo? La perfección en todo. Tenía que lucir perfecta, ser perfecta, tener hijos perfectos. ¡Qué desastre había hecho de todo en sus constantes esfuerzos por alcanzar la perfección!

Soy una farsa. Durante todo el servicio religioso, Nora siguió pensando en su infancia y en todas las maneras en que había tratado de ser mejor que los demás. La abuela Helene siempre había esperado la perfección, pero Nora sabía que era injusto echarle la culpa. La abuela Helene era muy infeliz y había hecho infelices a todos los que la rodeaban.

Igual que yo. El abuelo Reinhardt se sentaba en un banco, pero mis esposos huyeron. Juré que no sería como mi abuela, y es exactamente en lo que me convertí. Severa, decidida a hacer las cosas a mi manera, punitiva cuando no lo lograba, amargada con la vida, controladora, manipuladora. No quiero seguir siendo así. Oh, Dios, no quiero serlo, pero ¿cómo puedo cambiar? Oh, Señor, ya no sé qué hacer. ¡Ayúdame, oh, por favor, ayúdame!

Después del servicio, Fred charló con el pastor mientras ella iba al baño para damas. El pastor Burnie le sonrió a Nora cuando regresó. Hasta le dio la mano y le dijo que lo complacía verla en la iglesia otra vez. Ella dijo que se alegraba por haber regresado. Entonces, se armó de valor y le dijo:

—Perdón, pastor Burnie. Me porté muy mal.

Él no le soltó la mano, sino que apoyó la otra sobre la de ella.

—Todo está perdonado.

—La próxima vez, lo escucharé.

Ella y Fred no hablaron durante el viaje por las colinas hacia Oakland. Fred puso un CD y llenó el carro de sonidos orquestrales reconfortantes. El estómago de Nora era un nudo apretado. Fred parecía preocupado. ¿Le preocupaba que ella dijera o hiciera algo que causara problemas?

—Es un día perfecto para una fiesta —dijo él cuando tomó la salida de la avenida Fruitvale.

Cielo azul y un sol resplandeciente. Sí, era un día perfecto para una fiesta en el jardín.

Oh, Dios, ayúdame a pasar por esto. ¡Ayúdame! ¡Ayúdame!

Fred se dirigió a la calle cercana a la autopista y dobló a la derecha. En lo alto de la colina, al comienzo de la calle de Annie, había un letrero nuevo de Vigilancia Vecinal. Nora se preguntó si sería su imaginación, pero las casas a lo largo de la avenida se veían más prolijas. El césped de los frentes estaba cortado y no había basura volando por la calle. Las rejas de las ventanas de la casa frente a la de su madre habían sido removidas.

No, la casa de Anne-Lynn, se corrigió a sí misma. Quizás sería más tolerable si lo pensara de esa manera.

El carro de Corban Solsek estaba estacionado al frente. Había una fila de carros sobre la

entrada de Annie: el de ella, el viejo VW de Susan Carter y un viejo Firebird. Annie iba a tener la casa llena.

¡La casa!

Nora la miró fijamente. Habían desaparecido las manchas negras de humedad, los canalones pluviales colgantes y los aleros descascarados. La casa estaba recién pintada en un color rosa chicle con bordes blancos. El techo era nuevo y el césped del jardincito delantero lucía un verde exuberante, corto y bordeado a máquina. El ciruelo con flores rosa pálido estaba en todo su esplendor. Los arbustos de camelias y azaleas del frente habían sido podados y moldeados y estaban cubiertos de flores rosadas y blancas. Las macetas colgantes del porche delantero rebosaban de fucsias rosa fuerte y púrpura. Hasta la cerca blanca de madera que bordeaba el costado derecho de la entrada para carros había sido reparada y estaba recién pintada, así como la cochera abierta y el garaje.

—Annie ha estado ocupada. —Fred le sonrió a Nora mientras abría su puerta del carro y la ayudaba a salir.

—Se ve maravillosa. —Nora apenas podía asimilar la transformación. En cada escalón había macetas llenas de geranios rosados y blancos. Dos sillones blancos de mimbre descansaban en el porche delantero, con una mesita de mimbre entre ambos sobre la cual había seis macetas de barro con retoños de árboles. Cada maceta tenía una cinta blanca alrededor.

La puerta delantera estaba abierta, la puerta mosquitera no estaba trabada. Una tarjetita que decía ¡Pasen! estaba pegada con cinta sobre el timbre.

La sala estaba vacía, salvo por Bernabé, que estaba en su percha.

«¿Qué vas a hacer…?» dijo, meciendo la cabeza. «¿Qué vas a hacer…?»

Música cristiana contemporánea sonaba a bajo volumen en la radio junto al viejo sillón reclinable de Leota. Las alfombras estaban limpias, y los muebles, lustrados. Sobre la repisa de la chimenea había un cuadro nuevo: un retrato de Leota cuando era joven. Nora inhaló lentamente y contuvo el aliento con un nudo en la garganta. Recordó cuando su madre era así. Había sido hermosa.

A la derecha de la repisa de la chimenea había un elegante jarrón de mármol y bronce, lleno de lilas y narcisos. La sala estaba llena de una fragancia dulce.

—Todos deben estar en la parte de atrás.

Nora miró a Fred y asintió; luego, contuvo el aliento cuando miró por la ventana de la cocina hacia el jardín que estaba del otro lado. Era como un País de las Maravillas de colores. Su memoria se llenó de recuerdos y, por un instante, creyó que la oleada de dolor la sobrepasaría. Entonces, otras preocupaciones los reemplazaron rápidamente. Tengo que sonreír por Anne-Lynn.

Vio a los otros invitados en el jardín. Corban Solsek, Sam Carter, Susan Carter y sus padres, Arba Wilson, Juanita Alcalá y Lin Sansan con sus hijos. Todos tenían motivos para pensar mal de ella. ¿Acaso Nora no había pensado siempre lo peor de ellos? Tuvo que armarse de todo su valor para seguir a Fred por la puerta de atrás y enfrentarlos.

—¡Mamá! ¡Fred! —dijo Anne-Lynn y se acercó a saludarlos. Nora nunca había visto tan bella a su hija, aunque estuviera vestida con unos jeans viejos y desteñidos y un pulóver amarillo pálido que había conocido mejores épocas. Su cabello era una masa de rizos rubio rojizo salvajes y sus mejillas resplandecían de color. Había estado al sol y lucía un bronceado dorado. Sus ojos azules brillaban de alegría—. Ay, mamá, estás tan hermosa —dijo y, por un momento, al ver la expresión de amor puro en su hija, Nora se sintió hermosa y amada.

Ella y Fred saludaron a los demás y conversaron de cosas sin importancia. Todos fueron amigables y los recibieron con una sonrisa. Anne-Lynn le sirvió un vaso alto con ponche de frutas y entró a la casa para traer más bandejas de comida.

Nora no salía de su asombro al ver el jardín. Nunca lo había visto tan bonito, tan florido. Y las cosas graciosas que Annie había desparramado aquí y allá la hicieron sonreír. ¿A quién se le habría ocurrido usar bolas de boliche en un jardín? Había un viejo carrito Flyer rojo lleno de macetas con retoños, adornadas con cintas.

—Son del albaricoque —le informó Annie, atenta a la mirada de su madre cuando llegó con la bandeja de comida—. Hay una maceta para cada uno, para que se la lleven a casa y planten el retoño.

—Es una idea encantadora. —Y lo dijo en serio. La sonrisa de Annie era puro deleite.

Nora vio a Fred muy entretenido en una conversación con Tom Carter. El teléfono sonó y Annie corrió hacia la casa, dejando a Nora para que diera vueltas por su cuenta.

El garaje y el departamento de atrás habían sido pintados en combinación con la casa. Habían añadido unas persianas y las chapas estaban pintadas con unos diseños exquisitos de flores. La puerta estaba abierta. Nora echó un vistazo adentro y vio a varios de los niños jugando un juego de mesa sobre la alfombra trenzada de retazos. Anne-Lynn había trabajado arduamente ahí también. El departamento estaba recién pintado de un amarillo alegre y tenía dibujos coloridos en los bordes. Ya no estaban la vieja cama y el sillón; habían sido reemplazados por estantes llenos de libros, juegos y materiales artísticos. Los únicos muebles restantes eran dos mesas plegables, una con un rompecabezas a medio armar y la otra con libros para colorear, una lata con crayones y una bolsa plástica con arcilla. Las paredes estaban decoradas con obras de arte infantiles. Había dos caballetes. Uno tenía dos lados con soportes para contenedores de pinturas para que un niño pudiera pintar en cada lado. El otro era el de Annie.

El sendero de ladrillos estaba barrido y había sido reparado con hormigón. Los viejos zuecos de jardinería de la madre de Nora descansaban junto a la verja y alojaban una planta de violetas cada uno. La enredadera de rosas rojas cubría la vieja reja y la pérgola. El aroma era embriagador. La verja estaba abierta hacia el jardín de la victoria. ¿Cuántas horas había pasado su madre labrando la tierra, plantando, cuidando, cosechando? Nora recordó cómo los vecinos intercambiaban verduras con su madre. La señora de al lado cambiaba judías verdes por cebollines, y calabacines por tomates. Ahora, debajo de los árboles frutales en flor había narcisos amarillos, tulipanes rojos, jacintos de la uva y narcisos blancos, que emergían del mar de diminutas borrajas color añil y de los alyssum blancos como la espuma. Nora jamás había visto algo tan bello.

Maryann Carter se acercó y se paró al lado de ella, cerca del rosal de la pérgola.

—Es increíble, ¿cierto? Desde el instante en que lo vi, pensé que así debe haber sido el jardín de Edén.

—Sí. —Nora tenía un nudo en la garganta.

—El aroma es celestial, ¿verdad?

—Sí —dijo Nora, inhalando la mezcla de aromas de rosas, lilas, narcisos blancos, madreselvas y gardenias.

—Fui una tonta cuando dije que Annie nunca podría ser una artista.

Maryann sonrió.

—Las personas pueden ser como las pinturas de Monet. Tienes que tomar cierta distancia para ver lo que son y apreciar toda su belleza.

Conmovida por su bondad, Nora le sonrió.

—Gracias.

Maryann apoyó una mano sobre su brazo.

—¿Por qué no vamos a rellenar nuestros vasos y nos sentamos por ahí para conocernos un poco mejor?

—Eso me agradaría mucho —dijo Nora, sonriendo.



—Annie me dijo que te gradúas en junio —le dijo Corban a Sam mientras se apoyaban contra el carro de Annie y observaban a los invitados en el jardín.

—Así es. Con honores.

—No estás para nada orgulloso de eso, ¿verdad?

Sam sonrió.

—Obvio que estoy orgulloso. No está nada mal para un tipo que pasó apenas raspando toda la preparatoria y que fue dependiente de la Autoridad Juvenil. —Alzó su lata de refresco a modo de saludo burlón—. Tardé un tiempo en madurar.

—¿Ya conseguiste trabajo?

—He tenido algunas entrevistas. Estoy pensando aceptar un empleo en el Departamento de Policía de Los Ángeles. Quizás tenga suerte y termine trabajando con los de la Autoridad Juvenil otra vez. En un rol distinto, eso sí. Pero pienso demorar en tomar la decisión hasta que pase el verano. Me gustaría viajar un poco antes de atarme a un horario de nueve a cinco o lo que sea. ¿Y qué me dices de ti? Annie dijo que también te gradúas en junio. Magna cum laude, por lo que oí. ¿Sigues pensando hacer tus estudios de posgrado en Stanford?

—No, la Universidad de California tiene un mejor programa de posgrado, así que decidí ir allá.

—Sí, claro. Me pregunto por qué querrías quedarte tan cerca de Oakland.

Ignorándolo, Corban observó cómo Annie se movía entre los invitados. Era tan hermosa que lo hacía sufrir.

—Viejo, estás tan mal como estaba yo.

Corban lo miró de mala gana.

—¿Qué?

—Annie. Prácticamente, la miras con la lengua de fuera. —La contempló un momento y, luego, miró a Corban con una sonrisa triste—. Acepta un consejo de alguien que ya pasó por eso: olvídalo.

—El que tú no hayas llegado a nada con ella no significa que yo no llegaré.

Sam se rio.

—Te tienes mucha fe, ¿verdad? Aunque fueras cristiano, no podrías hacer nada.

Los ojos de Corban se entrecerraron. Sam Carter estaba lleno de malas noticias, aunque no podía esperar que un pretendiente rechazado lo apoyara. Sin embargo, mordió el anzuelo.

—¿Por qué no?

—Porque ya está casada.

—¿Casada? —Miró a Annie y volvió a fijarse en Sam—. ¿De qué hablas? No está casada.

—Está más casada que ninguna, Corban, amigo mío. Pero me parece que no lo entiendes. —Sonrió con tristeza—. Tardé en darme cuenta, incluso después de que me dijo a la cara que yo perdía mi tiempo. Creí que podía ganarle con mi encanto y mi guapura. —Su expresión se volvió tierna mientras la observaba—. ¿Ya te habló del Señor?

—Obvio. —Jesucristo siempre estaba presente en alguna parte de las conversaciones. Aunque él tratara de llevar las cosas hacia otro lado, ella siempre volvía a Dios—. He estado tomando un curso de religiones comparadas.

Sam se rio otra vez.

—Ah, eso la impresionará.

Sam Carter podía ser más irritante que un sarpullido.

—No sé demasiado sobre religión. Pensé que podía ser interesante averiguar algo más.

—Una cosa es la religión. La fe es algo totalmente distinto.

—Lo mismo que dice Annie.

—Lo único que tienes que hacer es observar a Annie para entender la diferencia. ¿Dijo algo más?

Corban desvió la mirada de la expresión risueña de Sam. Ella había resumido todo el curso en unas pocas frases: «Todas las religiones del mundo hablan del hombre intentando llegar a Dios, como si se tratara de un proceso a seguir para lograr una meta. Todas te hablan de esforzarte para lograr algo por ti mismo. El cristianismo es la única religión que dice que Dios se acerca al hombre y le ofrece la salvación como un don gratuito, con el premio adicional de tener una relación personal con el Dios Creador por medio de Jesucristo, quien estuvo presente desde el principio».

Corban suspiró.

—Dijo que la gracia es un regalo gratuito.

Sam levantó su lata de refresco, saludándolo.

—Que es gratuita, estamos de acuerdo, pero no fue barata. Y ese es el problema, viejo. Nuestra dulce Annie está apasionadamente enamorada del que pagó el precio de la salvación. —Inclinó la cabeza y sonrió sarcásticamente—. ¿Crees que podrás competir con Jesucristo?

—La fe puede unir a las personas.

—Es cierto. ¿Pero en qué se basa tu fe?

—Todavía no estoy seguro. —Antes de conocer a Annie, nunca había pensado en tener fe en nada más que en sí mismo.

Sam le dirigió una amplia sonrisa.

—Ella te hará un creyente, amigo. Y, luego, te despedirá.

Corban lo miró, fastidiado.

—Parece que alguien está frustrado.

—No. Solo espero que la próxima vez que conozca a una chica como ella, sea de las que se quieren casar. —Sam miró a Annie con ojos tiernos—. El asunto con Annie es que quiere que todo el mundo sienta el mismo gozo y la misma libertad que ella. —Negó con la cabeza—. Es para quedarse mirándola, ¿verdad?

Corban no podía estar más de acuerdo. Estaba radiante, y una parte de esa alegría parecía derramarse en todos los que tenía cerca… excepto en Nora Gaines, que estaba más delgada y pálida que la última vez que él la había visto. La madre de Annie había llegado por la puerta de atrás como una niñita asustada. Ahora, mientras charlaba sentada con la madre de Susan, parecía menos estresada. Seguía pensativa, pero accesible. Annie se unió a ellas un ratito, tomó la mano de su madre, la apretó, se agachó y la besó en la mejilla. Luego, se fue a conversar con su tía Jeanne.

Jorge Reinhardt conversaba con Tom Carter y con Fred Gaines. Corban se preguntó cómo le estaría yendo, ahora que su madre se había ido a conocer a San Pedro en las puertas del cielo y le había dejado una bonita y abultada suma de dinero. A simple vista, no parecía más feliz que la primera vez que Corban lo había visto.

Annie lo miró y sonrió. Para su disgusto, también le sonrió a Sam Carter. Ella no era parcial.

—Qué pena que Annie no nos necesite —dijo Sam, levantándose del carro.

—A lo mejor, un día de estos.

—Espera sentado. Ella tiene todo lo que necesita aquí mismo, en el jardín de Leota.

Corban solo tenía una noción de lo que quería decir eso.



Annie distribuyó las bandejas de comida en la mesa del comedor y dejó la vajilla Fiesta apilada a un lado para que los invitados pudieran servirse cuando cada uno quisiera. El tío Jorge, como de costumbre, estaba sentado solo en la sala, mirando un partido de fútbol. Tenía una cerveza al lado, una que sacó del paquete de seis latas que había traído. Annie se llenó de tristeza al mirarlo. Había sido sociable por una hora y, luego, se había retirado.

Por lo menos Jeanne estaba pasándola bien, charlando y riendo con Arba. Y la última vez que había visto a Marshall y a Mitzi, estaban en el cuarto de juegos, divirtiéndose con los otros niños. La vida continuaba alrededor del tío Jorge, pero él parecía ciego y sordo a ella.

Annie pensó en el abuelo Bernard y en las cosas que la abuela Leota había dicho sobre él. ¿Tío Jorge terminaría así? ¿Encerrado en sí mismo con cualquier demonio que lo acosara?

¿Señor, de qué tiene miedo?

¿Y qué sucedía con su madre? Se esforzaba tanto por ser cortés y agradable con todo el mundo. Obediente a las reglas.

Ay, abuela Leota, cómo desearía que estuvieras aquí. Apretó los labios y terminó de colocar los cubiertos y las servilletas en su lugar.

Su madre conversó un ratito con tío Jorge y, después, se fue al baño. ¿Todavía estaba allí? No, la puerta del baño estaba abierta. Annie la encontró en el segundo cuarto, mirando la pared en la que había varias fotos colgadas.

—Nunca había visto esta fotografía. —Su madre miraba la del día de la boda de Helene y Gottlieb Reinhardt.

—La encontré en el ático. La de la abuela Leota y el abuelo Bernard estaba en el cuarto de la abuela. Y Fred me dio una fotografía de tu boda. Tuve que negociar para que papá me enviara una foto, y dejé un espacio para Michael. Quizás, consiga una copia de su graduación de la universidad.

—Yo te la conseguiré. —Miró la vitrina y Annie se preguntó en qué pensaba. Annie había puesto en ella la Estrella de Plata, la Estrella de Bronce y el Corazón Púrpura, junto con algunas herramientas que encontró en una caja en el garaje: una cinta métrica, un martillo, los planos del departamento y algunos clavos. La vista de su madre avanzó hacia la placa que estaba en el centro de la pared. Annie esperó sin decir nada, dándole tiempo a su madre. Había dedicado varias horas al meticuloso trabajo de escribir en caligrafía, asegurándose de que cada palabra estuviera correctamente escrita. Al fin y al cabo, estaba en alemán y ella no lo hablaba.

Denn also hat Gott die Welt geliebt, dass er seinen eingeborenen Sohn gab, auf dass alle, die an ihn glauben, nicht verloren werden, sondern das ewige Leben haben.

JOHANNES 3:16

—No debería ser tan fácil —dijo su madre en voz baja, llena de culpa.

—Lo único que el Señor no puede perdonar es el rechazo a creer y aceptar el don de su

Espíritu Santo.

—Yo creo, pero…

Analizando a su madre, Annie sintió pena por el dolor que veía en su rostro. Eleonora Gaines soportaría durante años las consecuencias de su conducta y viviría el resto de su vida con remordimientos. Pero no tenía que vivir creyendo que nunca había sido amada. Dios la amaba. La abuela Leota también la amó. Su madre necesitaba saberlo. Necesitaba aceptar el amor para poder seguir adelante y hacer algo constructivo con su vida. La abuela Leota lo había entendido y, con la guía de Dios, había estipulado lo necesario para que lo hiciera. Era hora de que su madre lo supiera.

Annie caminó hasta la vieja máquina de coser ubicada debajo de la ventana que daba a la subida para carros y a la cerca de madera cubierta por los rosales.

—La abuela decía que eras una costurera con mucho talento, mamá. Me contó que solías ir a las tiendas de ropa sofisticada, observabas los estilos nuevos y luego venías a casa y les hacías tus propias mejoras. Decía que tenías talento como para convertirte en una diseñadora magnífica.

—¿Eso te contó?

—Sí, así es. Estaba muy orgullosa de ti. La abuela dijo que todas las mujeres de nuestra familia fueron artistas de una u otra manera. La abuela Helene era experta con la aguja de bordar y en la cocina, como cocinera. La tía abuela Joyce fue una pintora y artista gráfica maravillosa. La abuela Leota tenía buena mano para la jardinería. Tú eres nuestra diseñadora de ropa. —Vio el delator brillo de las lágrimas en los ojos de su madre.

Padre, ¿está escuchando? ¿Está escuchando de verdad?

Annie sabía que su madre hacía un gran esfuerzo por hacer borrón y cuenta nueva, por ser mejor de lo que había sido, por ser valiente. Pero eso nunca sería suficiente. Tenía que renunciar a sí misma y dejar que Dios le mostrara cuál era el plan que tenía para ella. ¿Estaría dispuesta a someter su orgullo a ese propósito mayor?

Hoy podría ser el comienzo. Por favor, Señor, por favor. Tú ya la ablandaste. ¿Aceptará la semilla?

—Es tuya, mamá. —Annie pasó una mano sobre la madera lustrada de la antigua máquina de coser Singer—. Puedes llevártela cuando quieras.

—Es tuya, Anne-Lynn. Todo en esta casa te pertenece.

Notó el dolor en la voz de su madre y supo que, a pesar de la fortuna que había recibido en acciones, se sentía rechazada.

—La abuela Leota me dejó las cosas a mí porque sabía que yo se las daría cuando tú y tío Jorge estuvieran listos. Esto te pertenece, mamá. La abuela quiso que la tuvieras.

Su madre tomó aire, temblorosa.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —Parecía tan vulnerable, tan ilusionada. Como una niña pequeña que anhelaba desesperadamente algo que estaba fuera de su alcance.

—Ábrela. Míralo tú misma. —Annie se acercó, besó a su mamá y salió del cuarto.



Nora se estremeció cuando se quedó sola. Recordó las horas que había pasado en esta vieja máquina de coser. El trabajo le parecía tan placentero y satisfactorio. Se sumergía en él. ¿Cuándo había dejado de hacerlo? ¿Por qué? ¿Fue el año en que huyó y se casó con Bryan? En ese momento, había comprado otra máquina de coser, una más nueva. Pero, a medida que pasaron los años, tuvo dinero suficiente para comprar cosas listas para usar. Y parecía que nunca tenía tiempo para coser. Estaba demasiado ocupada llevando a Annie a la escuela o a sus lecciones de música, o a cualquier otra cosa que había planificado para ella.

Nora pasó la mano sobre la máquina vieja, mirándola ahora con nuevos ojos. Así como su madre se había replegado al jardín, ella lo había hecho en esta habitación, encerrada en su trabajo, soñando sus sueños, esperando que la vida fuera algo más que soledad y rechazo. Oh, mamá, no éramos tan distintas, ¿verdad? ¿Por qué no pude darme cuenta antes? Nora levantó la tapa, estiró la mano y sacó la vieja máquina para trabarla en su posición.

En el frente de la máquina, había un sobre blanco pegado con cinta adhesiva. Tenía escrito Eleonora con la letra de su madre. Con manos temblorosas, Nora lo abrió.

Mi querida Eleonora:

Sé que un día te reencontrarás contigo misma y abrirás otra vez esta máquina. Estoy tan orgullosa de ti. Recuerdo cuando me paraba en la puerta y te observaba coser. Te concentrabas de una manera increíble. Eras tan cuidadosa. Nunca quedabas conforme, hasta que habías hecho bien el trabajo. Y hacías cosas hermosas, querida, la clase de cosas que solo una artista puede crear. El talento artístico viene de familia, ¿sabías? Tu padre era un gran carpintero. Solo tienes que observar la repisa de la chimenea, el departamento de atrás del garaje, la glorieta que comunica al jardín de la victoria. La abuela Helene sabía hacer el mejor strudel de este lado del Atlántico. Y tu abuelo me enseñó a cultivar cosas. Tienes un patrimonio maravilloso.

Me agrada imaginarte sentada nuevamente junto a esta máquina de coser, algún día, haciendo trajes para las obras teatrales de la iglesia, ropa para madres jóvenes sin recursos, ositos para niños y vestidos bonitos para las ancianitas viudas como yo. Y el Señor te bendecirá por ello. Sé que lo hará.

La otra noche me dijiste que nunca te amé. Oh, cuánto te equivocas, querida mía. Tú eres la hija por la que oré, Eleonora. Te amé desde el momento en que supe que estaba embarazada de ti. Te amé aún más cuando te tuve en mis brazos. Te puse tu nombre en honor a una gran dama, una mujer de gran carácter, la mujer que sé que Dios quiere que seas. Confía en Él, y te moldeará como una vasija. Y recuerda… nunca dejé de amarte, Eleonora, incluso durante todos los años que creíste lo contrario. Eres la hija de mi corazón. Aunque estemos alejadas, te abrazo fuerte. Y dondequiera que yo esté en este momento mientras lees esta carta, que estés tranquila, amada mía.

Aún te amo.

Mamá

Nora lloró. Leyó la carta nuevamente a través de sus lágrimas; luego, la apretó sobre su pecho para, finalmente, leerla una vez más.

—Annie me dijo que te encontraría aquí —dijo Fred desde atrás de ella. Puso las manos sobre sus hombros y presionó sus músculos suavemente—. Dijo que tu madre quería que tuvieras la máquina de coser. ¿La quieres?

—Sí. —Más que nada. Más que todas las acciones, pues solo representaban dinero contante y sonante. Durante la lectura del testamento, se había sentido desheredada. Y, ahora, se sentía como el hijo pródigo, que fue recibido con regocijo por su padre. Dobló con cuidado la carta de su madre y la metió nuevamente en el sobre; luego, la guardó en el bolsillo de su chaqueta y mantuvo la mano apoyada en él. Tenía lo que le importaba. Tenía lo que realmente valía. Amor.

—Jorge vino en la furgoneta —dijo Fred—. Tal vez pueda hablar con él para que nos ayude a llevar la máquina de coser esta tarde. Podrían quedarse a dormir.

—Nunca lo han hecho antes.

—Siempre hay una primera vez.

—Tenemos lugar de sobra.

—Los niños podrían ir en el carro con nosotros.

—Eso sería lindo.

Fred la giró y levantó su mentón. La observó detenidamente.

—¿Estás bien?

—Todavía no, pero… Ahora sé que mi madre me amaba.

Gracias, Señor. Oh, muchas gracias.

Él se inclinó y la besó.

—Yo también te amo, Nora. Te amo desde el momento en que te conocí. Y siempre lo haré.

Oh, amado Jesús, soy tan indigna, y estoy tan, tan agradecida. Se metió en los brazos de su esposo y descansó en su abrazo un largo rato.

—¿Me harías un favor, Fred?

—¿Y ahora qué? —dijo él en un tono provocador.

Ella retrocedió un poco y alzó la vista hacia él.

—No me llames más Nora. —Sonrió—. Dime Eleonora.



Annie terminó de secar los últimos platos de la vajilla Fiesta de la abuela y los guardó en los gabinetes de la cocina. En la lavadora estaban los manteles, las servilletas y varios paños de cocina. Las sobras estaban guardadas. Había mandado a Arba a casa con la ensalada alemana de papas, porciones del strudel de manzana para Juanita y la ensalada alemana de papas y salchichas para Lin Sansan.

Sonriente, Annie cerró los gabinetes. Bien, Señor, tuvimos un día internacional, ¿verdad? ¡Nuestro patio fue como una reunión de las Naciones Unidas!

Fue un día maravilloso. Todas las personas que había invitado vinieron a la fiesta en el jardín de la abuela Leota. Juanita incluso se las ingenió para que participara su esposo, Jorge. Era un hombre tranquilo y bastante cauteloso entre la muchedumbre de personas que se paseaba por el jardín, pero poco a poco fue animándose cuando su esposa le presentó a Lin Sansan y a su esposo, Quyen Tan Ng. Era la primera vez que los hombres se veían y hablaban. ¡Era increíble porque habían sido vecinos por tres años!

A mitad de la tarde, Annie decidió organizar una fiesta de barrio. El verano no estaba tan lejano y sería la época perfecta. Cuando le mencionó la idea a Arba, su vecina y amiga dijo que contara absolutamente con ella, que la ayudaría. Lo mismo que Juanita. Ellas harían correr la noticia entre los demás vecinos.

Señor, quiero saber el nombre de todos para cuando finalice el verano. ¡Hombres, mujeres y niños! Pero hará falta conseguir dinamita para sacar a algunos de ellos de su casa. La gente tiene tanto miedo. Padre, deseo que este vecindario sea como solían ser los vecindarios, cuando las personas se conocían unas a otras y todos conversaban por encima de la cerca trasera.

La abuela Leota le contó cómo había sido el vecindario cincuenta años atrás. Ella sabía que podían volver a ser así. Ya estaba empezando. El abrir el jardín a los niños había logrado que las madres pasaran de visita. Ahora, Arba, Juanita y Lin Sansan solían sentarse a charlar en su patio, incluso cuando Annie estaba trabajando. Lo cual era a menudo, desde que Arba le había presentado a Miranda Wentworth, una decoradora de interiores. Desde que Miranda vino a ver las molduras y los bordes pintados, Annie recibía más ofertas laborales de las que podía realizar. Y la galería quería otra pintura. El dueño de la galería vino a la casa y le hizo una oferta por el retrato de la abuela Leota, pero Annie no la aceptó. Estaba pensando en pintar a Arba, Juanita y Lin Sansan mientras tomaban el té en el jardín. Era maravilloso verlas juntas, y sería aún más maravilloso pintarlas. Eran totalmente distintas. Arba con sus colores alegres, Juanita con sus vestidos anticuados de los años cincuenta, Lin Sansan con los pantalones negros y las camisas blancas con cuellos mandarines… diferentes, pero perfectamente combinadas.

A todos les encantaba el jardín. Y todos traían algo para él. Annie siempre estaba recibiendo plantas en macetas, semillas o cositas para meter en los rincones frondosos. Hoy, Sam le había traído un ángel de cerámica: un chiquito ridículo, rechoncho y alado que no se parecía en nada a los ángeles reales descritos en la Biblia.

La abuela Leota había planeado y diagramado el jardín. Todos esos años que había trabajado duro y plantado, mantuvo la esperanza y oró para que este pedacito de tierra se convirtiera en un santuario para aquellos a quienes ella amaba. La abuela Leota había soñado sus sueños y orado sus oraciones mientras estaba arrodillada en la tierra, plantando bulbos. Creyó en que todo sucedería algún día. Nunca abandonó esa esperanza.

Cuánto hubiera disfrutado la abuela este día de Pascua. Annie desearía que hubiera estado sentada entre sus flores, viendo cómo todos reaccionaban ante la belleza del jardín. Sam, Susan, Corban, Arba y los niños vecinos habían compartido entre todos el trabajo de revivirlo. Annie quería que, aquí, las personas se sintieran como en casa. El jardín no tenía el propósito de ser para una sola persona. El jardín era para compartir, ejercitarse, alegrarse, orar. El jardín era una catedral al aire libre para la gloria de Dios, un monumento vivo al nacimiento, a la vida, a la muerte y a la resurrección del Señor. Cada estación era una trompeta que sonaba, cada amanecer y cada atardecer eran el recordatorio diario de la gloria de Dios. Aquí, en este rinconcito de un pequeño vecindario, Annie tenía la esperanza de que las personas pudieran entender un poco mejor cómo deberían haber sido las cosas.

Su madre estaría bien, después de todo. Tío Jorge y Fred cargaron la vieja máquina de coser hasta la furgoneta. Aunque tío Jorge aceptó llevarla hasta su casa, se resistió a quedarse a pasar la noche en Blackhawk. Dijo que tenía que estar en el trabajo en la mañana. Pobre tío Jorge, libre de deudas, agobiado por las deudas eternamente. ¿Alguna vez dejaría de lado sus cargas? Annie sabía que la abuela Leota había escrito una carta para él también.

Con todo guardado en la cocina, Annie entró en la sala y tomó el libro Secuestrado, de Robert Louis Stevenson. Pasó una mano sobre la portada gastada. La abuela Leota le había dicho cuánto le gustaba leer al tío Jorge en su niñez. Este había sido su libro favorito. Annie lo puso sobre la mesa lateral, esperando que el tío Jorge lo tomara y lo hojeara, y encontrara la carta metida adentro. No lo había tocado. Se pasó la mayor parte de la tarde sentado solo, mirando televisión. Ni siquiera había visto los álbumes que ella había recopilado y dejado abiertos sobre la mesa del comedor. Su madre se había llevado a casa uno de los álbumes de recortes.

Simplemente, no había sido el momento adecuado para el tío Jorge. Quizás, la próxima vez que viniera, estaría listo para mirar alrededor, para hacer memoria, para cuestionarse cosas. Quizás, entonces, estaría listo para hacer las preguntas dolorosas y recibir las respuestas redentoras. Señor, por favor, ablándalo. Annie abrió el cajón de la mesa lateral junto al sillón de la abuela Leota, guardó el libro adentro y lo cerró otra vez. Mientras tanto, seguiría orando. La abuela Leota le había enseñado eso. A no rendirse nunca. A no desesperarse nunca. A pesar de lo que sintamos o pensemos, seguir orando. ¡Elegir la esperanza!

El perfume de las lilas y los narcisos llenaba la sala. Annie miró el retrato de la abuela Leota. Sintió que tenía el corazón en la garganta cuando su madre hizo una pausa para mirarlo, antes de irse.

—Realmente, tienes un don, Annie. No dejes que nadie, ni siquiera yo, te diga lo contrario. —Luego, su madre miró la urna de mármol y bronce que había contenido las cenizas de la abuela Leota y que ahora estaba llena de flores—. A tu abuela le encantaban las lilas. —Su madre tocó algunas de las flores.

—Sí, le encantaban. También amaba los narcisos amarillos.

Eleonora se dio vuelta y miró a Annie, sonriendo, con los ojos llenos de lágrimas.

—Y las rosas.

Annie le devolvió la sonrisa. Su madre sabía.

—Esas, también.

Oh, fue un día maravilloso, abuela Leota. Y estuviste con nosotros en cada momento, cerca de nuestro corazón. Estás sana y salva con nuestro Señor.

Recogió todas las cosas de la sala. La puerta estaba cerrada con llave. Annie regresó a la cocina y pasó al porche trasero. Salió al aire fresco de la noche. Los grillos cantaban y varias ranas croaban. Les llamaba la atención un rincón del jardín, donde había armado una fuente. Había usado la mitad de un barril de madera y una pequeña bomba que había adquirido en una tienda de herramientas en la calle Catorce Oriente. Metió plantas sumergibles, marginales y flotantes. Le fascinaba el sonido del agua que corría. Era como el agua viviente, y las ranas mantendrían el jardín libre de insectos.

Caminó por el sendero hacia el jardín de la victoria. La luna había salido y reflejaba su luz sobre los alyssum blancos, las gardenias y las flores pálidas de los frutales, el jazmín del cielo y los narcisos. Las flores mismas alumbraban. La oscuridad se quebraba por la luz de las estrellas, de la luna y de las flores blancas, y el aire estaba lleno de una dulce fragancia.

Annie recordó el primer día que miró el jardín de la abuela Leota desde la ventana de la cocina. Estaba descuidado, cubierto de maleza, con sectores vacíos… Los árboles y los arbustos necesitaban desesperadamente una poda. La abuela le contó cómo solía ser, y Annie lo imaginó y anheló verlo así otra vez. Bajo la dirección de la abuela, la tarea comenzó. Removió la tierra, la ablandó, la cubrió con mantillo y plantó. Podó y recortó los árboles y los arbustos. Fue un trabajo duro, pero mereció el dolor de músculos, las uñas quebradas, los rasguños, los moretones y las ampollas.

Durante el proceso, salieron de la nada algunas sorpresas. Aparecieron bulbos que la abuela había plantado hacía años y que habían sido olvidados. Las plantas perennes desaparecidas mucho tiempo atrás habían dejado semillas y florecieron nuevamente. La vida nueva brotó rápidamente en todas partes, como si Dios hubiera bendecido este pedacito de tierra.

Todo el día, Annie había observado a los miembros de la familia, a los amigos y a los vecinos mientras daban vueltas por el jardín, y seguía pensando que eran como las flores. Algunos eran amapolas que florecían con audacia y brevemente. Otros eran como enredaderas ornamentales, flores de la pasión o floripondios. Y otros eran como las violetas tímidas y los alhelíes. Y todos juntos hacían un mundo hermoso. Todos distintos; todos un asombroso espectáculo.

Annie estaba sumamente agradecida de haber pasado un poco de tiempo con la abuela Leota. Nunca había pensado realmente en el significado de un jardín, hasta que llegó a conocer a su abuela. Leota le había dicho una vez que todo lo importante había sucedido en un jardín…

«Dios creó el jardín para el hombre y lo puso en él. Adán y Eva cayeron en pecado en un jardín. Jesús enseñó en un jardín. Nuestro Señor oró en un jardín. Fue traicionado en un jardín. Y resucitó en un jardín. Y, un día…» los ojos de su abuela brillaron mientras lo decía… «todos volveremos a reunirnos en un jardín».

No todos, quizás.

Annie frunció el ceño. Corban había esperado todo el día y toda la noche para estar a solas con ella. Annie sabía que estaba enamorado de ella, y había tratado de disuadirlo de decir algo que pudiera avergonzarlo. Pero él era insistente, resuelto. Mucho más que Sam. Por otra parte, Sam era cristiano. Tenía la capacidad para entender y aceptar. Ay, si Corban se acercara a esa fe salvadora y tuviera el sentido, el propósito y el gozo que tanto anhelaba. Quizás, entonces, la vida no sería tan difícil para él, tan frustrante y sin sentido.

—Estoy enamorado de ti, Annie —le dijo.

—Yo no puedo amarte como quieres, Corban. —¿Qué más podía decir sino la verdad,

aunque le doliera? Pudo ver su frustración y sentir su anhelo, pero estaba satisfecha. Seguiría tratando de dirigir su atención hacia el Señor. Era lo único que ella podía hacer. Aunque él intentara convencerla de que no viviera sola, o de no vivir en una zona marginal, o de no vivir para los demás más que para sí misma, ella iba a orar por su salvación—. Estoy donde se supone que debo estar, Corban. Estoy donde quiero estar. ¿Dónde más podría querer vivir que en el jardín?

Quizás, a su tiempo, él entendería qué quería decir.

Annie se paró en el césped, respirando el fragante aire nocturno y alzando sus ojos al cielo. Era bien pasada la medianoche, la hora más oscura; sin embargo, las estrellas brillaban más luminosas ahora.

Este fue Tu día, Señor. Ah, yo sé que todos los días son Tu día, pero este fue más especial, y te doy las gracias por eso. Eres asombroso. Oh, Padre, pensé que no quedaba posibilidad de restauración ni de reconciliación alguna cuando la abuela Leota murió. Me había hecho tantas ilusiones de tenerla un tiempo más, para que mi madre pudiera hacer las paces. Por la razón que sea, no pudo ser así. Ah, Señor, confieso que estuve a punto de perder la esperanza cuando la abuela murió. Pensé que cualquier plan que hubieras tenido para mi pobre familia rota había sido, de alguna manera, destruido por Satanás. Luego, me hiciste recordar el jardín, la serpiente y Tu promesa de un libertador. Y vino Jesús. Me acordé de Noé y de sus hijos caprichosos, y de cómo les dijiste que se extendieran por la tierra y se multiplicaran. En lugar de eso, sus descendientes se juntaron y construyeron la Torre de Babel para rebelarse contra Ti. Tú seguiste adelante y cumpliste Tu plan cuando los confundiste, mezclando sus idiomas, y los desparramaste por toda la faz de la tierra. El hombre se esfuerza por hacer las cosas a su manera, pero sin embargo, siempre es Tu voluntad la que prevalece.

Annie levantó sus manos exaltando al Dios del cielo y de la tierra.

¡Oh, Señor, mi Dios, me deleito en Ti! Se rio en voz alta, estaba tan feliz que sentía que su corazón explotaría de gozo. *Oh, Señor, mi Señor, cuán majestuoso eres. Únicamente Tu plan se completará. Parecerá que reina la maldad. Podrán venir guerras, y la violencia extenderse por toda la tierra; el hombre puede tomar la vida por sus propias manos, pero Tú prevaleces. Siempre lo hiciste. Siempre lo harás. Puedo estar en paz al saber eso. Puedo aferrarme a Tus promesas y escuchar Tu voz; puedo andar en Tus caminos. Puedo confiar en Ti, más allá de lo que diga o haga el mundo. Algún día, llegará mi hora, y sea como sea, sé que Tú no me olvidarás. Me llevarás sin peligro a casa.*

Una brisa suave acarició su rostro y ella inhaló el incienso del jardín. Suspirando, bajó los brazos y sonrió. Regresó a la casa. Pronto, llegaría la mañana.

Y había trabajo por hacer.

Preguntas para discusión

ESTIMADO LECTOR:

Acaba de finalizar la conmovedora historia de El jardín de Leota, escrita por Francine Rivers. Como siempre, el deseo de Francine es que usted, como lector, recurra a la Palabra de Dios para descubrir sus principios para la vida. Las siguientes preguntas son simplemente un portal para explorar todo lo que Dios tiene para usted.

Leota era una mujer virtuosa, con intenciones santas. Sin embargo, no vivía en un mundo perfecto, con una familia perfecta ni en las circunstancias ideales. Más bien, Leota y su familia representan la típica familia disfuncional. Leota trató de mantener la paz por respeto a su esposo y a sus suegros. ¡Su silencio le costó caro!

Al igual que Leota, vivimos en un mundo imperfecto. Cada uno ve elementos disfuncionales en su propia familia. Dios no nos ha llamado a «mantener la paz», sino a ser pacificadores. Ser pacificador significa siempre enfrentar la verdad, enfrentarla en amor y en bondad.

Que Dios lo bendiga y lo desafíe a ser un pacificador.

Peggy Lynch

Lea Proverbios 31:10-31. Compare a Leota con la mujer descrita en este pasaje. ¿De qué maneras se parece ella a esta mujer? ¿En qué se diferencia?

Compare a la abuela Helene, a Nora y a Annie con la mujer descrita en Proverbios 31. ¿En qué aspectos cada una no está a la altura o sí lo está?

¿En qué puede compararse usted con la mujer, el esposo y/o los hijos descritos en Proverbios 31?

Considere las instrucciones dadas en Efesios 6:1-4, así como el esposo descrito en Proverbios 31. Analice el papel de Bernard en la vida de sus hijos. ¿Cómo trató él a la madre de sus hijos? ¿De qué manera esto fomentó a su enemistad? ¿De qué forma contribuyó a la brecha que habían creado sus padres? ¿Cómo evitó la verdad? ¿En qué se diferencia Fred, el esposo de Nora?

Compare a Leota y a Nora como madres. ¿En qué sentidos se diferenciaba su estilo de criar a los hijos? ¿De qué maneras se parecían? ¿Cómo explica las diferencias?

Compare a Nora y a Annie como hijas. Analice sus motivaciones. ¿Qué cosas contribuían a sus diferencias? ¿De qué maneras, si es que había alguna, se parecían?

¿Qué le dejaron sus padres como legado? ¿De qué maneras han tenido que ver con su forma de ser y con quien usted es hoy? ¿Qué asuntos pendientes hay en su familia?

Analice a Corban y a Sam a la luz de 2 Timoteo 2:22-25. ¿Qué había aprendido Sam y a qué

costo? ¿De qué maneras demostró que Dios había transformado su corazón? ¿Qué aprendió Corban sobre las compañías equivocadas? ¿Qué descubrió acerca de sí mismo?

Contraste a Susan con Ruth. Ambas son jóvenes modernas; sin embargo, eligen tomar rumbos diferentes. ¿Cómo se maneja cada una respecto de la verdad? ¿Cómo las influyen las amistades?

¿Qué clase de relaciones intenta usted tener? ¿Cómo recibe la verdad? ¿Qué tanto se conoce a sí mismo? Explíquelo. ¿Qué cambios necesita hacer Dios en su corazón?

Lea Efesios 4:15, 25-27, 32 y Santiago 5:16. Teniendo en mente estos pasajes, ¿qué mentiras alberga Leota? ¿Qué mentiras alberga Nora? ¿Qué mentiras alberga usted?

Cuando Leota confiesa y dice la verdad en amor, como nos exhorta a hacer Efesios 4, ¿qué sucede? ¿Por qué le parece que la autora describió a la nieta de Leota como la elegida por Dios para escuchar?

Leota hallaba consuelo en el jardín que había plantado y mantenido, pero estaba sola y distanciada de su familia. Desde el momento en que aprende a decir la verdad en amor, se consuela al contemplar de qué manera el jardín se convierte en un lugar de reunión para su familia y sus amigos. Ya no está sola y el anhelo que hay en su corazón por sus hijos empieza a hacerse realidad. ¿Qué anhelo hay en su corazón? ¿Qué verdad necesitaría decir para experimentar las bendiciones más plenas de Dios? Dígale la verdad a Dios, su Padre celestial. Dígales la verdad a las personas que necesitan escucharla de usted. ¡Hágalo hoy! Luego, confíe en que Dios bendecirá su obediencia en Su tiempo y a Su manera.

Acerca de la autora

FRANCINE RIVERS, escritora de éxito de ventas del New York Times, comenzó su carrera literaria en la Universidad de Nevada, Reno, donde se graduó con una Licenciatura de Humanidades con especialización en Literatura y Periodismo. Entre 1976 y 1985, desarrolló una carrera exitosa en el mercado literario general; sus libros fueron sumamente aclamados por los lectores y los críticos. Aunque creció en un hogar religioso, Francine no tuvo un verdadero encuentro con Cristo sino hasta más adelante en su vida, cuando ya estaba casada, tenía tres hijos y era una reconocida novelista romántica.

Poco después de convertirse en una cristiana nacida de nuevo en 1986, Francine escribió Redeeming Love (Amor redentor) como su declaración de fe. Publicada por primera vez por Bantam Books y luego relanzada por Multnomah Publishers a mediados de la década de los noventa, esta adaptación de la historia bíblica de Gomer y Oseas situada en la época de la Fiebre del Oro en California, actualmente es considerada por muchos una obra clásica de la ficción cristiana. Amor redentor sigue siendo uno de los títulos más vendidos de la Christian Booksellers Association (Asociación de libreros cristianos) y se mantuvo entre las listas de libros cristianos más vendidos durante casi una década.

Desde Amor redentor, Francine ha publicado muchas novelas con temas cristianos (todas éxitos de ventas) y continúa ganando tanto el reconocimiento de la industria como la lealtad de los lectores en todo el mundo. Sus novelas cristianas han ganado o han sido nominadas para diversos premios, incluido el Premio RITA, el Premio Christy, el ECPA Gold Medallion y el Holt Medallion en Honor al Talento Literario Sobresaliente. En 1997, después de ganar por tercera vez el Premio RITA por ficción motivadora, Francine fue incluida en el Salón de la Fama de los Romance Writers of America (Escritores estadounidenses de novelas románticas). Las novelas de Francine han sido traducidas a más de veinte idiomas y gozan de la categoría de libros más vendidos en muchos países, incluidos Alemania, los Países Bajos y Sudáfrica.

Francine y su esposo, Rick, viven en el norte de California y disfrutan los momentos compartidos con sus tres hijos ya adultos y de cada oportunidad que tienen de consentir a sus nietos. Francine aprovecha sus escritos para acercarse más al Señor y, por medio de su obra, desea adorar y alabar a Jesús por todo lo que Él ha hecho y está haciendo en su vida.

Visite su sitio en internet: francinerivers.autortyndale.com

LIBROS POR LA QUERIDA AUTORA

FRANCINE RIVERS


PUENTE
AL REFUGIO
FRANCINE
RIVERS
LA OBRA MAESTRA
FRANCINE
RIVERS

Serie La marca del León

Una voz en el viento

Un eco en las tinieblas

Tan cierto como el amanecer

Otros títulos

Amor redentor

El último devorador de pecados

La obra maestra

Un linaje de gracia

Hombres de valor

Puente al refugio

El hilo escarlata

Serie El legado de Marta

La esperanza de su madre

El sueño de su hija

Libro infantil

Historias bíblicas para niños / Bible Stories for Kids (Bilingüe) (escrito con Shannon Rivers Coibion)

DISPONIBLES EN CUALQUIER

LIBRERÍA CRISTIANA O EN INTERNET

Tyndale.com | Tyndaleespanol.com

francinerivers.autortyndale.com

Table of Contents

Cover Page
El jardín de Leota
Agradecimientos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Preguntas para discusión
Acerca de la autora